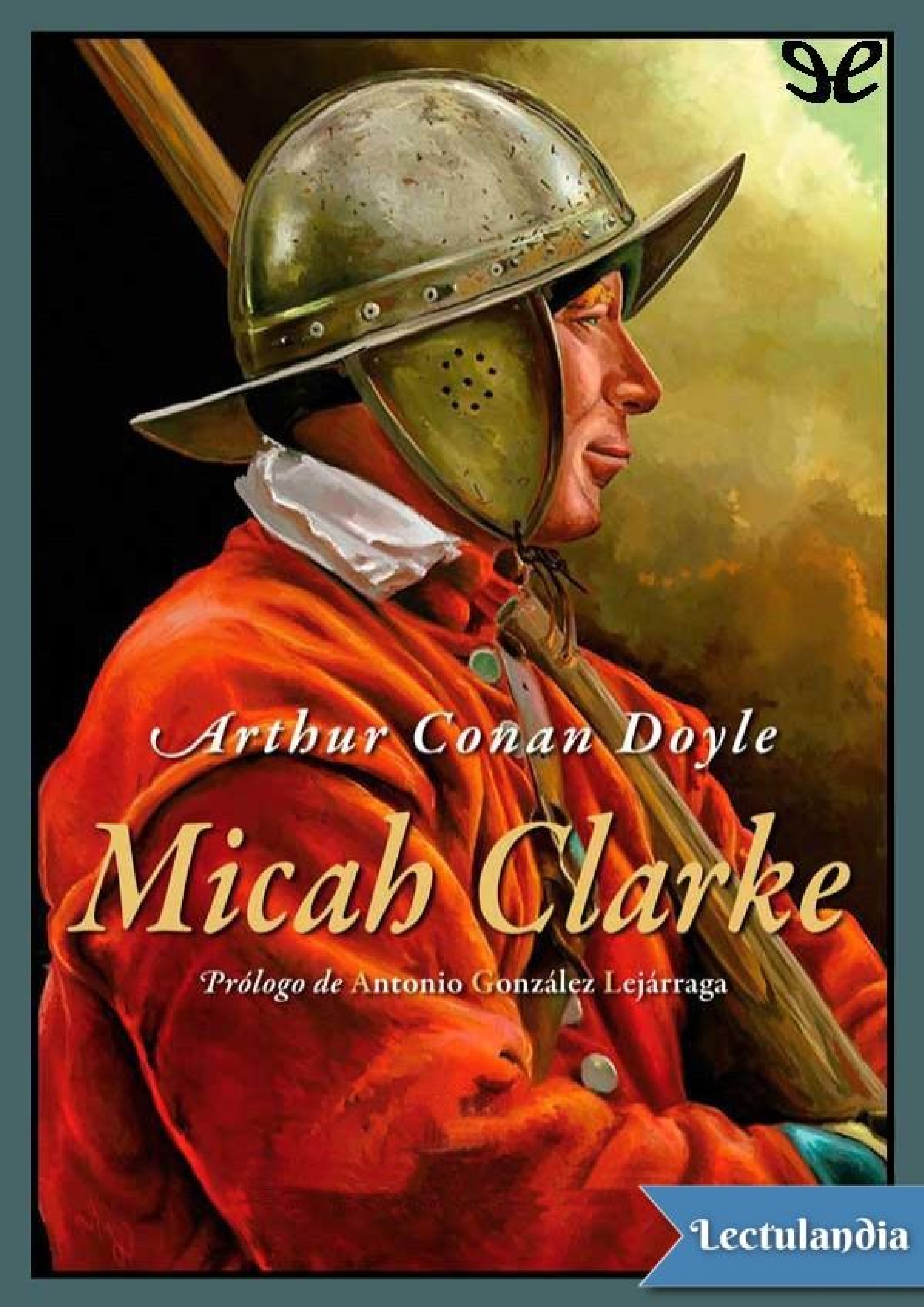

Arthur Conan Doyle
Micah Clarke
Prólogo de Antonio González Lejárraga
Lectulandia

Sherlock Holmes hizo mundialmente famoso a Conan Doyle casi desde el principio de su carrera literaria; pero las obras que él más apreció, entre todas las suyas, aquellas de las que se sentía más orgulloso como escritor, fueron las de carácter histórico centradas en la Edad Media (*Sir Nigel*) y en el periodo napoleónico (*El Brigadier Gerard*), que han hecho las delicias de varias generaciones de lectores. También guardó siempre un especial aprecio a *Micah Clarke* (1889), su primera y del todo desconocida incursión en este género, que recrea muy fiel y muy brillantemente una oscura rebelión de carácter dinástico y religioso (*La Rebelión de Monmouth de 1685*) contra uno de los últimos Estuardo, James II. Una pequeña joya que no decepcionará a ningún lector de Conan Doyle o que ame las novelas históricas que son a la vez excelentes y emocionantes novelas de aventuras.

Arthur Conan Doyle

Micah Clarke

ePub r1.0
Titivillus 19.11.2020

Título original: *Micah Clarke*
Arthur Conan Doyle, 1889
Traducción: José Matos Mar
Ilustraciones: Henry C. Pitz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


PRÓLOGO

MICAH CLARKE, UNA GRAN NOVELA DE AVENTURAS

Micah Clarke es la gran novela histórica que cimentó la reputación de Arthur Conan Doyle en este género, fama merecidísima que se confirmaría con su más conocida *The White Company*.

Micah Clarke se publicó en 1889 y está considerada la tercera de sus novelas —por cierto, la primera editada en tapa dura— después de *A Study in Scarlet* (1887) y de *The Mystery of Cloomber* (1889), que apareció como *El misterio de Cloomber* —en esta misma colección—; estas dos últimas, editadas en rústica.

En realidad, se trata de la cuarta novela larga escrita por Doyle, porque *The Firm of Girdlestone* —traducida en España como *El millón de la heredera*— dormía en un cajón después de haber pasado de mano en mano por diferentes editores que la habían rechazado por poco consistente, opinión que compartía el propio Conan Doyle. Posteriormente, en 1890, se publicó, pues crecía la fama del autor por el éxito de su genial creación, Sherlock Holmes, y los editores miraron con mayor benevolencia sus obras menos afortunadas, por los dividendos que pudieran producir.

Arthur Conan Doyle ya había escrito varios relatos de mayor o menor extensión para distintas publicaciones periódicas, como *London Society*, *Corhill Magazine* o *The Boys Own Paper*.

Conan Doyle estaba francamente satisfecho de esta primera incursión en el género histórico, que siempre consideró muy superior al detectivesco. Y así lo cuenta en sus memorias, donde incluso hace mención al interés que la obra que prologamos suscitó incluso en Oscar Wilde.

El manuscrito pasó por varios editores, hasta que Andrew Lang de *Longmans* se decidió a editarlo. La obra, escrita en tres meses durante la estancia de Conan Doyle en Porsthmouth Eye Hospital mientras ampliaba sus estudios de medicina en el campo de la óptica, le sirvió para reflejar en ella

todos sus conocimientos sobre el siglo XVII. El texto aparece plagado de refranes, dichos y poemas que el traductor (un desconocido José Matos) de la única edición española de 1912, recuperada para esta ocasión, supo verter al español de manera que no desmerecen del original inglés. También son muchas las referencias a textos y aforismos en latín con que uno de los principales personajes, Decimus Saxon, adorna su retórica, dando fuerza a sus argumentos.

Micah Clarke es una novela escrita con punto de vista autobiográfico, en la que los hechos históricos —la sublevación de Monmouth— se narran en primera persona por boca del protagonista. Conviven en la narración los personajes reales con los de ficción, todos retratados con una verosimilitud tal que no es fácil distinguir unos de otros. ¿Cuáles son los reales y cuáles son fruto de la imaginación de Conan Doyle?

Es también una novela de iniciación, en la que asistimos a la transformación de su protagonista, joven y fuerte mozalbete, en un hombre curtido por los avatares de la guerra.

Y es, naturalmente, una novela histórica en la mejor tradición británica capitaneada por Walter Scott (me viene a la memoria su *Quentín Durward*), sin dejar de encontrar en ella reminiscencias del mejor Dumas de *Los tres mosqueteros*, o de R. L. Stevenson y *La flecha negra*.

El pretexto histórico que envuelve la narración son los hechos acaecidos a mediados del siglo XVII —concretamente el mes de junio de 1685— cuando James Scott, primer duque de Monmouth, se alzó contra el rey Jacob II, su tío, invocando la defensa del credo protestante y su derecho legítimo al trono, al ser —aunque bastardo— hijo del rey Charles II.

Monmouth ya había estado implicado en 1683 en el complot de Rye House con idénticas pretensiones, por lo que había tenido que exiliarse a Holanda, donde vivía tranquilamente hasta que volvió a insistir en sus pretensiones, no se sabe bien si movido por ambiciones personales —su mujer estaba firmemente decidida a que fuera rey—, o mal aconsejado por miembros de la nobleza, que veían con desconfianza al católico Jacob II y la influencia que iban adquiriendo los llamados papistas o partidarios de la Iglesia de Roma.

El 11 de junio de 1865 Monmouth junto al duque de Argyll, al frente de tres barcos, desembarcó en Lyme Regis con la pretensión de ir ganando adeptos en un supuesto camino triunfal hacia Londres, donde se levantarían los descontentos para coronarle rey, pero el no poder tomar Bristol, ciudad clave en el levantamiento, dio al traste con sus planes.

Los hechos, como la historia ha venido a demostrar, no se desarrollaron según lo previsto, y a pesar de ser aclamado y ganar muchos adeptos en su incursión por el suroeste británico, su aventura terminó el 6 de julio del mismo año en la llanura de Sedgemoor, lugar en que el ejército real derrotó a los insurrectos. La represión regia, dirigida por el siniestro juez Jeffryes —magistralmente retratado en la novela— que ha pasado a la historia como «El Juez de la horca», sembró los campos de Dorset y Hampshire de patíbulos y condenó a muchos de los insurrectos a ser vendidos como esclavos en las colonias. El cabecilla de la sublevación, Monmouth, fue decapitado en Tower Hill.

Todo está narrado desde la perspectiva de un liberal que opinaba, y así lo deja sentir a lo largo de la narración en numerosas ocasiones a través de los pensamientos del protagonista, que las creencias religiosas forman parte del interior del individuo y que no deberían ser causa de derramamientos de sangre. A su pesar, Conan Doyle era un ferviente pacifista, y en las páginas de esta novela describe con horror y repugnancia los desastres que conlleva toda guerra, y, particularmente en este caso, las guerras de religión, en que hermanos en la misma fe dan rienda suelta a sus peores instintos y pasiones, arengados por pastores de escasa o nula educación. ¡Cómo describe a fanáticos puritanos, que anteponen la fe a la razón y juzgan con severidad a los que no piensan lo mismo que ellos! Las escenas del asalto a la catedral de Wells son buena muestra.

Tampoco salen bien parados los vencedores, que, con el juez Jeffryes a la cabeza, dan rienda suelta a una venganza sangrienta, sin el menor atisbo de piedad y que Conan Doyle presenta equiparada al fanatismo de los vencidos.

Algunos críticos señalan que las escenas de acción son lo mejor de la novela y citan la huida por las llanuras de Salsbury perseguidos por los sabuesos, el combate con los dragones del rey, el ya mencionado asalto a la catedral de Wells con la destrucción de las imágenes de los santos, y las escenas de la batalla de Sedgemoor. Sin quitarles mérito por su rigor, estas descripciones, llenas de la intensidad y emoción que provoca una novela histórica, nos hacen admirar en igual medida una buena novela de aventuras.

Pero, en mi opinión, lo mejor de la novela son sus personajes. Sin lugar a dudas, el mejor de todos es el soldado de fortuna Decimus Saxon, ferviente protestante al que poco importa saltarse su credo y faltar a alguno que otro de los preceptos del decálogo si la ocasión lo demanda; es el verdadero protagonista de la narración. Está dibujado con una maestría que nada tiene que envidiar a otros protagonistas de novelas del mismo género. Algunos han

visto en la figura de Decimus Saxon el antecedente del Brigadier Gerard, protagonista de futuras novelas del autor.

Este viejo soldado curtido en mil batallas en los campos Europeos, que carece de escrúpulos a la hora de poner una vela a Dios y otra al Diablo, es el verdadero conductor de la trama y sirve de unión con los otros personajes y con las diferentes peripecias que éstos pasan.

No hay episodio de la novela en la que la figura de Decimus Saxon se sienta directa o indirectamente. Es él quien induce a Micah Clarke a la rebelión y el que le guía en la batalla, y, a la postre, es el que le redime de su triste destino.

Micah Clarke, el narrador, mira con respeto y al tiempo con recelo las opiniones fundamentalistas de su padre, aunque no le contradice y toma su lugar en las filas del ejército rebelde, más en busca de aventuras que a favor de un pretendiente al que considera ilegítimo.

Aparecen otros muchos personajes: Reuben Lockarby, el fiel amigo de Micah; Jacob Clarke, padre del protagonista, veterano de la guerra civil de 1640 en las fuerzas de Cromwell; también son interesantes *sir* Gervas Jerome, noble venido a menos que se une con entusiasmo a la causa del pretendiente en busca de aventuras y por qué no, para —en el caso de victoria— recuperar su mal perdida hacienda en el juego y en la vida cortesana; el eremita y alquimista *sir* Jacob Clancy; el carpintero Zachariah Palmer o el viejo lobo de mar Solomon Sprent, descritos todos con una amplia paleta de matices que los hace tan verídicos como los personajes de existencia real, y son utilizados por el autor para poner en sus bocas sus opiniones y su visión de los acontecimientos históricos.

Los personajes reales están igualmente muy bien dibujados: el propio Monmouth, como hombre de indudable atractivo que suscita el entusiasmo a su paso, es al mismo tiempo un hombre indeciso y a la postre un cobarde que no duda en abandonar a sus seguidores con tal de salvar su vida. Incluso está dispuesto a abjurar de su fe con tal de salvar la cabeza.

Henry Somerset, duque de Beaufort que sabe nadar y guardar la ropa.

George Jeffries, el temible juez de la horca.

Conan Doyle dedicó mucho tiempo al cuidado y caracterización de los personajes y fue aún más lejos al añadir un apéndice con material, que él consideraba relevante, en relación tanto a los hechos narrados como a las costumbres de la época: así, hay apuntes sobre la velocidad de los correos, sobre los derechos del que presta un caballo, sobre la pronunciación en el

siglo XVII, o nos indica las razones invocadas por Monmouth a favor de su legitimidad.

Indudablemente, no es la mejor novela de su autor, pero su lectura es entretenida y agradable; está muy bien escrita, apoyada con una traducción excelente —que enriquece en grado sumo la obra—, y las peripecias de los protagonistas están narradas con brío y emoción, lo que hace de su lectura un pasatiempo muy recomendable, al tiempo que sirve para desvelar, de manera amena y al tiempo documentada, un episodio de la historia de Gran Bretaña poco conocido para los lectores españoles. Y a los devotos de la obra de Arthur Conan Doyle les ofrece una buena ocasión para continuar completando su biblioteca.

ANTONIO GONZÁLEZ LEJÁRRAGA
Madrid, junio de 2016


H.P.

I

DE QUIÉN FUE EL ALFÉREZ JOSEPH CLARKE DE LOS *IRONSIDES*



Tal vez, mis queridos nietos, me hayáis oído contar, en alguna que otra ocasión, casi todos los incidentes de mi azarosa vida. A vuestro padre y madre, al menos, sé que a todos ellos les son familiares. Sin embargo, cuando considero que el tiempo se va pasando sin sentirlo, y que al apuntar las canas suele flaquear la memoria, me

confirmo en la idea de aprovechar estas largas veladas de invierno para exponeros mi historia desde el principio, de modo que la conozcáis en todos sus pormenores y podáis transmitirla a los que han de venir después de vosotros. Porque ahora que está sólidamente establecida en el trono la casa de Brunswick, y que reina la paz en el país, ha de llegar a seros más difícil, de año en año, comprender los sentimientos, tan distintos de los de hoy, que animaban a los hombres cuando los ingleses guerreaban unos contra otros, y el que debió servir a sus súbditos de amparo y égida no pensaba más que en obligarlos a aceptar lo que más aborrecían y detestaban.

Mi historia es tal, que podéis muy bien guardarla en vuestra memoria y referirla a otros, porque no es probable que, en todo este condado de Hampshire, ni aun quizá en toda Inglaterra, haya persona alguna, distinta de vuestro abuelo, que pueda hablar de estos sucesos con mayor conocimiento de causa, adquirido por experiencia propia, o que haya desempeñado en ellos un papel tan importante y activo. Trataré de presentaros sobriamente y con el orden debido todo cuanto sé. He de procurar, en beneficio vuestro, traer de nuevo a la vida a muchos hombres que dejaron de existir, y evocar, de entre las nieblas de lo pasado, aquellas escenas tan animadas en su desarrollo, y que parecen tan insustanciales y pesadas en las páginas de los dignos escritores que emprendieron la tarea de describirlas. Acaso mis palabras lleguen a sonar en los oídos de personas extrañas a gratuita cháchara de viejo. Mas para vosotros, que sabéis que estos ojos que os están contemplando, contemplaron también los sucesos que refiero, y que esta mano ha peleado por la buena causa, no dudo que ha de ser otra cosa muy distinta. Grabad en vuestro ánimo, al paso que escucháis mi relación, que por vuestra causa tanto como por la nuestra peleamos entonces, y que, si ahora crecéis con la esperanza de ser hombres libres en un país de libertad, con el privilegio de pensar y rezar conforme os dicte vuestra conciencia, podéis dar gracias a Dios de estar recogiendo la cosecha que vuestros padres sembraron con sangre y sufrimientos, cuando los Stuarts ocupaban el trono.

El que os habla en estos momentos nació en el año 1664, en Havant, aldea floreciente situada a pocas millas de Portsmouth, no lejos del camino real de Londres, y allí fue donde pasó la mayor parte de su juventud. Esa aldea es hoy, como lo era entonces, un sitio agradable y sano, con un centenar o más de pequeñas casas de ladrillos, diseminadas a lo largo de una sola calle irregular, cada una con su jardincito enfrente, y tal vez uno o dos árboles frutales detrás. En medio de ella se alzaba la vieja iglesia con su torre cuadrada y el gran cuadrante solar que parecía una arruga de su rostro gris,

ennegrecido por el tiempo. En las cercanías tenían su capilla los presbiterianos; pero, cuando se aprobó el Acta de Uniformidad, por la que fue arrojado de la iglesia nacional de Inglaterra un considerable número de sacerdotes, maese Breckenridge, cuyos discursos habían atraído frecuentemente un numeroso auditorio a sus toscos bancos, mientras permanecían desiertos los cómodos escaños de la iglesia, fue metido en la cárcel, con lo que se dispersó su grey. En cuanto a los *independientes*, en cuyo número se contaba mi padre, también estaban comprendidos en la proscripción de la ley, mas no por eso dejaron de asistir al conventículo de Emsworth, adonde trabajosamente nos encaminábamos, lloviera o hiciera sol, todos los sábados por la mañana. Más de una vez fueron disueltas esas reuniones; pero la congregación se componía de personas tan inofensivas, y tan amadas y respetadas por el vecindario, que los agentes de policía llegaron con el tiempo a olvidarse de ellas, dejándolas que practicaran el culto a su modo. También entre nosotros había algunos católicos, los cuales se vieron en la necesidad de ir hasta Portsmouth para oír su misa. De este modo, como veis, con ser tan pequeña nuestra aldea, formábamos una excelente miniatura del país entero, pues teníamos nuestras sectas y facciones, que luchaban entre sí con tanto mayor encono, cuanto más confinado y estrecho era el círculo en que se movían.

Mi padre, Joseph Clarke, era más conocido en la región por el nombre de Joe el *ironside*, a causa de haber servido en su juventud en el famoso regimiento de caballería de Oliver Cromwell, formado con tropas de Yaxley; y había predicado tan fervorosamente y peleado con tal denuedo, que el mismo excelente Noll —que era como solían llamar a Cromwell familiarmente— lo sacó de la categoría de soldado raso después de la batalla de Dunbar, y lo elevó al grado de alférez. Ocurrió, sin embargo, que, habiendo entrado poco tiempo después en una disputa con cierto subordinado suyo, acerca del misterio de la Trinidad, el hombre, que era un fanático medio loco, cruzó a mi padre el rostro de un bofetón; obsequio que mi padre pagó con una estocada, que envió a su adversario al otro mundo a dar fe, en persona, de la verdad de sus creencias. En la mayoría de los ejércitos del mundo se hubiera reconocido que mi padre estuvo en su perfecto derecho al castigar en el acto tan brutal insubordinación; pero los soldados de Cromwell tenían un concepto muy elevado de su importancia y privilegios, y llevaron a mal aquella justicia sumarísima ejecutada en su compañero. Compareció mi padre ante un consejo de guerra, y probablemente hubiera sido sacrificado, como víctima expiatoria, para aplacar el furor de la soldadesca, de no haber

intervenido lord *Protectory* limitado el castigo a la expulsión del ejército. Así, pues, el alférez Clarke fue despojado de su coselete de ante y casco de acero, después, anduvo vagando de un lugar a otro hasta llegar a Havant, donde se dedicó al negocio de curtidos y venta de cueros, privando así al Parlamento del soldado más leal que jamás había desenvainado espada en su servicio. Viendo que prosperaba en su nueva profesión, tomó por mujer a Mary Shepstone, joven anglicana, y el primer fruto de su unión fui yo, Micah Clarke.

Mi padre, según me lo presentan mis recuerdos más remotos, era alto y bien plantado, de hombros muy anchos y pecho robusto. Su cara era angulosa y seria, de facciones ásperas y salientes, barba hirsuta, cejas peludas y colgantes, nariz carnosa de amplias ventanas y boca de labios gruesos, que se apretaban y quedaban inmóviles cuando estaba enfadado. Tenía ojos pardos de mirada penetrante y marcial; sin embargo, yo los vi pestañear alguna vez, iluminados por un rayo de bondad y de alegría. No he oído en mi vida una voz más tremenda e imponente que la suya, y bien puedo creer lo que he oído, y es que, cuando en la batalla de Dunbar rompió mi padre a cantar el salmo C, mientras cargaba contra los «gorros azules», como llamaban a los soldados escoceses, el torrente de su voz ahogó el agudo clamoreo de las trompetas y el estampido de los cañones, a modo del profundo mugido del romper del oleaje. Con todo, aunque poseía todas las prendas necesarias para desempeñar el distinguido empleo de oficial, renunció a sus hábitos militares al volver a la vida civil. Habiendo prosperado y adquirido importantes riquezas con su negocio, podía muy bien haberse permitido el lujo de usar espada, a fuer de caballero; pero, en lugar de eso, se limitó a llevar colgado al cinto, donde los demás hombres solían sujetar sus armas, un pequeño ejemplar de la Biblia. Sobrio y mesurado en el hablar, rara vez traía a cuento, ni siquiera en el seno de su familia, los episodios en que había intervenido los grandes hombres como Fleetwood y Harrison, Blake e Ireton, Desborough y Lambert, con quienes se había codeado, algunos de ellos simples soldados rasos, como él, al estallar los disturbios. Se distinguía además mi padre por su frugalidad en el comer y su moderación en la bebida, no permitiéndose otros regalos que tres pipas al día de un tabaco especial, que guardaba siempre en un tarro de color pardusco, junto al sillón de madera y sobre el tablero de la chimenea al lado izquierdo del fogón.

Mas, a pesar de todo su comedimiento, la vieja levadura dejaba en ocasiones sentir en él los efectos de su fermentación, dando lugar a arrebatos que sus enemigos hubieran llamado de fanatismo y sus amigos de piedad,

aunque sea preciso reconocer que esa piedad era muy propensa a revestir una forma feroz e impetuosa. Al volver los ojos a lo pasado, surgen entre mis recuerdos uno o dos casos con tal viveza y claridad, que más bien se me presentan como escenas del último drama al que he asistido que como reminiscencias de mi niñez, relacionadas con hechos que pasaron hace más de sesenta años, cuando se sentaba en el trono Charles II.

El primero de esos incidentes ocurrió siendo yo tan joven, que no me es dable recordar los sucesos anteriores y posteriores al mismo, y se ha conservado en el fondo de mi espíritu, mientras otras muchas cosas han desaparecido por completo. Una bochornosa tarde de verano estábamos todos en casa, cuando de pronto oímos ruido de tambores y estrépito de caballería que hicieron salir a la puerta a mi padre y a mi madre, llevándome ésta en brazos para que pudiera ver mejor el espectáculo. Era un regimiento que marchaba de Chichester a Portsmouth, con música y banderas desplegadas, ofreciendo el cuadro más rico de color y de vida en que jamás se habían posado mis ojos. ¡Con qué asombro y admiración contemplé los lucientes e inquietos caballos, los cascos de acero, los sombreros de los oficiales adornados de elegantes airones, los cintos y bandoleras! Pensé al momento que jamás se había visto una cabalgata tan bizarra como aquélla, y sin poderme contener comencé a palmotear y dar gritos de alegría. Sonrió mi padre gravemente, y tomándome de los brazos de mi madre, dijo:

—No es para tanto, chicuelo; como hijo de soldado que eres, deberías tener discernimiento suficiente para no entusiasmarte a la vista de esa gentecilla. ¿No ves, aunque seas aún un niño, que sus armas están descuidadas, sus estribos llenos de orín y sus filas sin orden ni concierto? Además, tampoco han sabido enviar un escuadrón de avanzada, como debería hacerse incluso en tiempo de paz, y su retaguardia anda desparramada desde aquí hasta Bedhampton.

»¡Eh! —continuó, extendiendo de pronto su brazo hacia los soldados y dirigiéndose a ellos—, sois como mies en sazón para la hoz que sólo aguarda el brazo de los segadores.

Varios jinetes refrenaron sus caballos, deteniéndolos al oír esta súbita andanada.

—¡Dale a ese bergante, John! ¡Dale a ese perro desorejado! ¡En la cabeza para que no cojee! —dijo uno de los soldados hablando con su compañero, mientras hacía girar en redondo a su caballo.

Pero debió descubrir en el semblante de mi padre algo que le impidió retraer las riendas e incorporarse nuevamente a las filas sin haber realizado su

propósito. El regimiento siguió su rumorosa marcha, y mi madre apoyó sus delicadas manos en el brazo de mi padre y aquietó con sus amables zalamerías el demonio de la ira que se había despertado en él.

En otra ocasión de las que puedo recordar, cuando ya contaba mis diecisiete o dieciocho años, la cólera de mi padre estalló con resultados más graves. Una tarde de primavera estaba yo jugando cerca de él, mientras trabajaba en el terreno cercado donde teníamos la fábrica de curtidos, cuando entraron por la puerta, que estaba abierta, dos caballeros respetables, dándose aires de grandes señores, con levitas adornadas de guarniciones de oro y sombreros de tres picos que lucían a un lado elegantes escarapelas. Eran, según supe después, oficiales de la armada que pasaban por Havant, y viéndonos trabajar en la tenería, resolvieron hacernos algunas preguntas sobre el camino que debían tomar. El más joven de los dos se acercó a mi padre y comenzó a despotricar un turbión de palabrotas que me sonaron a chino puro. Al presente sé bien que eran una sarta de juramentos, como los que suelen andar en boca de los marinos, por más que nunca he llegado a comprender por qué razón hombres que están en gravísimo peligro de comparecer ante Dios han de salirse de sus casillas, para insultarle. Mi padre, con voz áspera y severa, le pidió que hablara con más reverencia de las cosas santas; a lo que replicaron los dos soltando a un tiempo la lengua para desahogarse con blasfemias diez veces más sacrílegas que las anteriores, y llamando a mi padre villano, hipócrita y presbiteriano insolente de cara santurrona. No sé qué otra cosa debieron añadir, para que mi padre tomara un gran rodillo con que suavizaba el cuero, y lanzándoselo, diera con él en la cabeza de uno de ellos tan violento golpe, que, a no ser por el paño duro de su sombrero, el hombre no habría vuelto a proferir jamás otra blasfemia. Así y todo, cayó como un tronco sobre las piedras del sitio donde tendíamos nuestros curtidos, mientras el otro desenvainó su espadín y tiró a mi padre una estocada mal dirigida; pero el autor de mis días, que era tan ágil como fuerte, dio un salto y, apoderándose de su garrote, descargó sobre el brazo tendido del oficial un palo que se le rompió, como si fuera el mango de una pipa de fumar. No fue poco el ruido que este suceso dio, porque precisamente ocurrió en una época en que los archiembusteros Oates, Bedloe y Carstairs andaban perturbando la tranquilidad pública con sus rumores de complots; y, al mismo tiempo, en todo el país se esperaba un levantamiento de cualquier clase. A los pocos días, se contaba en todo Hampshire el hecho del malhumorado curtidor de Havant, que había roto la cabeza y el brazo a dos servidores de su majestad. Abierta una información judicial sobre el caso, resultó que no había indicios del

crimen de traición; y como los oficiales confesaron que la contienda surgió por ellos, los jueces se contentaron con imponer a mi padre una multa, encargándole, además, que se guardara de meterse con nadie en un período de seis meses.

Os refiero estos incidentes para que tengáis idea de la vehemencia y ferocidad que acompañaban a los sentimientos religiosos, no sólo de vuestro antepasado, sino de la mayoría de los que se habían formado en las filas de los ejércitos parlamentarios. Por muchos conceptos, antes parecían sarracenos, partidarios fanáticos de la propaganda de su fe a sangre y fuego, que discípulos del Evangelio. No puede, sin embargo, negárseles el mérito de haber llevado, en su mayoría, una vida pura y ejemplar, porque cumplieron rígidamente las leyes que querían imponer a los demás con la punta de la espada. Verdad es que entre esta mayoría no faltaron algunos cuya piedad servía de escudo a su ambición y también hubo otros que practicaban en secreto lo mismo que condenaban en público; pero sabido es que ninguna causa, por excelente que sea, está libre de padecer la plaga de semejantes parásitos de la hipocresía. Que la mayor parte de los santos, como ellos se apellidaban, fueron hombres de vida sobria y temerosa de Dios, puede evidenciarse por el hecho de que, después de disolverse el ejército de la República, los antiguos soldados acudieron en tropel a dedicarse a los negocios y oficios en el país entero, haciéndose notar en todas partes por su laboriosidad y digno comportamiento. Muchas de las casas de negocios que hoy disfrutan en Inglaterra de envidiable prosperidad, deben su origen al espíritu de economía y honradez de algún sencillo piquero de Ireton o de Cromwell.

Pero, a fin de ayudaros a comprender el genio de vuestro bisabuelo, voy a contaros un incidente, donde se demuestra el fervor y sinceridad de los sentimientos que generaron las violentas manifestaciones que os he descrito anteriormente. Andaba yo cerca de cumplir los doce años; mis hermanos Hosea y Ephraim, contaban, respectivamente, nueve y siete años, mientras la pequeña Ruth apenas pasaba de los cuatro. Pocos días antes, se había hospedado en nuestra casa cierto predicador ambulante que pertenecía a la secta de los llamados *independientes*, y sus servicios religiosos habían puesto a mi padre caviloso y en un estado de gran excitación. Una noche me había ido a la cama, como de costumbre, y estaba profundamente dormido al lado de mis dos hermanos, cuando se nos despertó mandándonos bajar a las habitaciones de la planta baja de la casa. Arrebujados en nuestras ropas,

seguimos a mi padre a la cocina, donde mi madre, pálida y asustada, estaba sentada, teniendo a Rut sobre sus rodillas.

—Poneos a mi alrededor, hijos míos —dijo con voz grave y reverente—, para que podamos comparecer juntos ante el trono del Altísimo. El reino de Dios se acerca; disponeos a recibir al Todopoderoso. Esta misma noche, amados míos, lo veréis en todo su esplendor, con los ángeles y arcángeles que forman el trono de su poder y de su gloria. Vendrá a la tercera hora, a esa misma hora tercera que está a punto de sonar.

—Joseph querido —repuso mi madre dulcemente—, te estás atormentando a ti mismo y sobresaltando a tus hijos sin necesidad. Si verdaderamente ha de venir el Hijo del Hombre, ¿qué importa que nos sorprenda de pie o en la cama?

—¡Calma, mujer! —replicó mi padre con seriedad—; ¿no ha dicho Él mismo que vendrá como ladrón en las tinieblas de la noche, y que debemos estar preparados para recibirle? Acompáñame, pues, en mis piadosas jaculatorias para que nos halle adornados del vestido nupcial. Démosle gracias por haberse dignado generosamente a avisarnos por medio de su siervo. ¡Oh, Señor, volved los ojos a esta pequeña grey y conducidla a vuestro aprisco! ¡No mezcléis el trigo, aunque sea escaso, con los abundantes hierbajos inútiles del mundo! ¡Oh, Padre misericordioso, mirad benignamente a mi esposa y perdonadle el pecado de *erastianismo*, ya que no es más que una débil mujer, sin energías para sacudir el yugo del Anticristo, en que ha nacido! Y también a estos mis pequeñuelos, Micah y Hosea, Ephraim y Ruth, que todos llevan nombres de fieles siervos vuestros de la ley antigua, ¡dignaos a colocarlos esta noche a vuestra diestra!

De este modo continuó dando suelta a un torrente de fervorosas plegarias, y retorciéndose postrado en el suelo con la vehemencia de su devoción, mientras nosotros, pobres criaturas, temblando de miedo, y acurrucados en las faldas de nuestra madre contemplábamos con terror las contorsiones de la figura que aparecía medio iluminada por el vacilante resplandor de una pobre lámpara de aceite. De pronto, una campanada del reloj de la nueva iglesia anunció que la hora había llegado. Se levantó mi padre del suelo en un instante y lanzándose a la ventana, clavó sus ojos con expresión de ansiosa esperanza en el cielo estrellado. Bien fuera porque en su excitado cerebro surgió alguna extraña visión, o porque el choque del dolor que le causó ver defraudadas sus esperanzas lo pusiera fuera de sí, lo cierto es que levantó sus brazos en alto, lanzó un grito ronco y cayó de espaldas sobre el piso, echando espumarajos por la boca, mientras un temblor general sacudía todos sus

miembros. Por espacio de una hora o más, mi pobre madre y yo hicimos cuanto estaba en nuestra mano para aliviarle, mientras los niños lloriqueaban en un rincón, hasta que al fin mi padre se puso lentamente de pie y, con palabras breves y entrecortadas, mandó que nos retirásemos a nuestras habitaciones. Desde entonces, nunca le oí aludir a este incidente, ni nos dio nunca las razones que tenía para haber esperado con tanta confianza la segunda venida, precisamente aquella misma noche. Después acá, sin embargo, he sabido que nuestro visitante, el predicador, pertenecía a la secta llamada en aquel tiempo «los hombres de la quinta monarquía», la cual estaba formada por puritanos, que esperaban el establecimiento de un nuevo reinado de Cristo en la tierra, después de las cuatro grandes monarquías del Anticristo, profetizadas por Daniel. No me cabe la menor duda de que algo de lo dicho por el predicador había metido a mi padre en la cabeza semejante pensamiento, y su violenta condición hizo lo demás.

Baste con lo dicho por lo que atañe a vuestro bisabuelo Joseph el *ironside*. Me ha parecido más conveniente narraros los anteriores episodios, porque si hemos de creer el dicho de que las obras hablan mejor que las palabras, entiendo que para pintar el genio y condición de cualquier hombre, lo mejor es presentar ejemplos en que se refleje su carácter, en lugar de emplear los términos corrientes y generales. Si yo hubiera dicho que era un hombre fanático por su religión y sujeto a padecer extraños arrebatos de piedad, las palabras tal vez os hubieran causado escasa impresión; pero al referiros, como lo he hecho, su arremetida contra los oficiales de la Armada en la tenería, y el modo cómo nos llamó en el silencio de la noche para aguardar la segunda venida, podéis juzgar por vosotros mismos los excesos a que le llevaría su fe. Por lo demás, vuestro abuelo era un excelente negociante, honrado y hasta generoso en sus tratos, respetado por todos y amado de muy contadas personas, porque su natural era tan poco expansivo, que no admitía demasiados afectos. Para nosotros fue un padre severo y rígido, que nos castigó duramente por todo lo que él creía que debía ser castigado en nuestro comportamiento. Tenía gran caudal de proverbios por el estilo de los siguientes: «Llenad al niño o al muchacho el papo, y no sabrán dar ni recibir un sopapo»; o «los hijos son cuidados ciertos, y alivios inciertos», con los que intentaba moderar los impulsos excesivamente tiernos de mi madre. No podía soportar que nos entretuviéramos en la pradera con juegos de trampas, ni que saltáramos con otros niños bailando, los sábados por la noche. Por lo que se refiere a mi madre, que era un alma de Dios —¡madre querida!— su pacífica y dulce influencia fue la que apartó a mi padre de sus excesos y suavizó el

austero rigor de su gobierno. Raras veces, por cierto, dejaron de devolver la calma a su espíritu, cuando estuvo dominado por sus accesos más sombríos, el contacto cariñoso de su mano o el suave acento de su voz. Descendía de una familia ligada a la Iglesia oficial y se mantuvo fiel a su religión con una firmeza serena, capaz de resistir todas las tentativas que se hicieron para moverla a que la abandonara. Supongo que en algún tiempo su marido había discutido mucho con ella sobre la doctrina del *arminianismo*, que negaba la predestinación absoluta, de Calvino, y la gracia irresistible, así como acerca del pecado de simonía; pero en vista de que sus exhortaciones de nada servían, debió de resolver no tratar más del asunto, a no ser en muy contadas ocasiones. A pesar de la firmeza con que profesaba mi madre el episcopalismo, es decir, el gobierno de la Iglesia y su dirección por los obispos, permaneció fiel al partido de los *whigs*, y nunca consintió que su lealtad al trono la absorbiera hasta el punto de no ver cómo se portaba el monarca que se sentaba en él.

Hace cincuenta años, casi todas las mujeres inglesas eran buenas amas de casa, pero mi madre sobresalía entre las mejores. Al ver sus puños inmaculados y su bata blanca como la nieve, apenas se podría creer que trabajara tan rudamente en las faenas domésticas. Donde aparecía de relieve su constante laboriosidad era en el orden que reinaba en los muebles y en la limpieza esmeradísima de todas las habitaciones. Sabía hacer ungüentos y colirios, cosméticos y confituras, cordiales y bebidas tónicas, agua de azahar y aguardiente de cerezas, cada cosa en su tiempo, y todo de la mejor calidad. También era muy entendida en hierbas y brebajes. Los aldeanos y labriegos hubieran preferido sus recetas en muchas ocasiones a las del doctor Jackson de Purbrook, que nunca preparó una pócima sino mediante una pieza de plata de cinco chelines. En toda la región no hubo mujer más justamente respetada y estimada que mi madre, lo mismo por los grandes que por los pequeños, y tanto por los que gozaban de una posición más elevada como por los más pobres.

Tales fueron mis padres, conforme a los recuerdos de la niñez, que de ellos conservo. Por lo que a mi persona atañe, dejaré que el relato de mi vida explique el desenvolvimiento de mis condiciones naturales. Mis hermanos y mi hermana eran todos de color moreno, aldeanitos robustos, sin rasgos típicos, fuera de una afición desapoderada a las travesuras, reprimida por el temor que tenían a su padre. Ellos y Martha, la criada, formaron el círculo de nuestra familia durante los primeros años de la vida y el período en que el alma dócil del niño se transforma en el ánimo asentado del hombre. Reservaré

para una futura sesión referiros de qué modo se dejaron sentir en mí sus influencias; y si os canso recordándolas, no debéis olvidar que os refiero estas cosas, más bien para que os aprovechéis de ellas que para entreteneros, y que mi deseo es ayudaros en el camino de la vida, haciéndoos ver cómo lo ha seguido vuestro abuelo antes que vosotros.

II

DE CÓMO FUI AL COLEGIO Y SALÍ DE ÉL



Merced a las influencias domésticas de las que os he hablado, fácilmente podréis concebir que mi tierno espíritu había de inclinarse a dar importancia al asunto de la religión, tanto más que a ello contribuían las diferentes opiniones de mi padre y de mi madre sobre el particular. El antiguo soldado puritano sostenía que la Biblia contiene por sí sola todas las cosas esenciales para salvarse; y que tal vez

convenga que las personas dotadas de sabiduría y elocuencia expongan las Escrituras a sus hermanos; pero que de ningún modo era necesario, sino más bien perjudicial y degradante admitir una corporación organizada de ministros o de obispos que pretendieran gozar de especiales prerrogativas y se atribuyeran el papel de mediadores entre la criatura y el Criador. Porque mi padre sentía el más profundo desprecio a los ricos dignatarios de la Iglesia, que se hacían llevar en espléndidos carruajes a sus catedrales, para predicar las doctrinas de Jesús, que recorrió las regiones de Galilea a pie y sin otro vehículo ni regalo que el de sus sandalias. Y no trataba con mayor benignidad a los miembros más pobres del clero que hacían la vista gorda a los vicios de sus protectores, con la mira de obtener un asiento en su mesa; y que eran capaces de pasar una noche entera entre profanidades y regalos, a trueque de no marcharse sin haber saboreado las golosinas de última hora y los licores exquisitos. A mi padre se le hacía imposible creer que tales hombres representaran la verdad religiosa, y ni siquiera hubiera dado su adhesión a la forma de gobierno de la Iglesia, preferida por los presbiterianos, y según la cual, los asuntos eclesiásticos habrían de estar dirigidos por un concilio general de los ministros. A su juicio, todos los hombres eran iguales ante Dios, y ninguno tenía derecho a reclamar preferencia alguna sobre su prójimo en materia de religión. La Biblia se había escrito para todos, y todos podían leerla igualmente, con tal que sus almas estuvieran ilustradas por el Espíritu Santo.

Mi madre, por otra parte, defendía que la verdadera esencia de la Iglesia consistía en tener una jerarquía y un gobierno compuesto de jurisdicciones subordinadas dentro de ella, con el rey en el puesto más alto, los arzobispos debajo del monarca, los obispos dirigidos por los anteriores, y así sucesivamente hasta los ministros y el pueblo ordinario. Tal era, en su sentir, la Iglesia establecida en un principio, y ninguna religión que careciera de tales caracteres podía pretender el derecho de ser la verdadera. Para ella, el ritual tenía tanta importancia como los mandamientos de la ley de Dios; y si se permitía a todo negociante o cultivador inventar oraciones y modificar los ritos en la forma que su imaginación le sugiriera, sería imposible conservar la pureza del credo cristiano. Admitía que la religión se funda en la Biblia, pero también que ésta contenía muchos pasajes oscuros, y mientras esa oscuridad no fuera aclarada por un siervo de Dios debidamente elegido y consagrado, por un descendiente en línea recta de los discípulos del Salvador, toda la sabiduría humana sería inútil para interpretarla rectamente. Tal era el modo de ver de mi madre; y ni argumentos ni exhortaciones bastaban para disuadirla

de lo que pensaba. El único punto de fe en que mis padres estaban de acuerdo era en su ardiente aversión a las formas cultuales del catolicismo romano; en lo cual la mujer anglicana era en absoluto tan resuelta como el marido en su condición de *independiente* fanático.

Quizá os parezca extraño, en estos días de tolerancia, que los católicos fueran objeto de tan universal malevolencia durante sucesivas generaciones en Inglaterra. Hoy en día reconocemos que no hay entre nosotros ciudadanos más útiles y leales que nuestros hermanos adeptos a la Iglesia de Roma; y de tanta consideración goza Alexander Pope o cualquier otro católico ilustre como el mismo William Penn, con su cuaquerismo en el reinado de James. Apenas podemos creer que nobles como lord Stafford, eclesiásticos como el arzobispo Plunkett, y miembros de la Cámara de los Comunes como Langhorne y Pickering, fueran conducidos al suplicio acusados por hombres de los más viles instintos, sin que se levantara una voz en favor suyo; ni cómo pudo considerarse acto patriótico por parte de un protestante inglés llevar debajo de su manto una maza reforzada con plomo, como amenazador emblema contra sus inocentes prójimos que diferían de él en punto de doctrina. Todo eso fue una prolongada locura que al presente ha pasado para no volver, o, al menos, se presenta, en una forma más suave y menos frecuente.

Por más insensato que parezca semejante modo de proceder, hubo algunas razones sólidas que lo explican, cuando no lo disculpan. Sin duda habréis leído que un siglo antes de nacer yo, el gran reino de España campeaba sobre todos los otros por su incomparable prosperidad. Sus navíos cubrían todos los mares, sus tropas lograban victoria donde quiera que aparecían, y tanto en letras como en erudición, en todas las artes de la paz y en las de la guerra, España era la primera nación de Europa. También tenéis noticia de la enemiga y del encono que existía entre esta gran nación y nosotros; y de cómo nuestros piratas asolaban sus posesiones del otro lado del Atlántico, replicando ellos con quemar a todos los marinos ingleses que pudieron entregar a su diabólica Inquisición, y amenazando nuestras costas, tanto desde Cádiz como desde sus provincias de los Países Bajos. Al fin, se encendió de tal modo el odio entre ambos países, que los demás Estados de Europa se mantuvieron a la expectativa, aunque ayudando secretamente a uno u otro de los contendientes conforme lo exigían sus intereses particulares, mientras se peleaba la batalla entre España e Inglaterra. En toda esta campaña, Felipe II se ufanó de representar el papel de emisario del Papa y vengador de la perseguida Iglesia de Roma. Verdad es que lord Howard y muchos otros grandes personajes que

profesaban la antigua religión, pelearon denodadamente contra los españoles; pero el pueblo no pudo olvidar jamás que la fe reformada había sido la bandera que le había guiado en sus conquistas y que la bendición del pontífice se había puesto de parte de sus adversarios. Vino luego la cruel e insensata tentativa de María, que se empeñó en imponer a Inglaterra un credo que no le era simpático por lo mismo que le invocaba otra gran potencia católica para amenazar nuestra libertad desde el continente. El creciente poderío de Francia fomentó la desconfianza y recelo con que era mirado en Inglaterra el catolicismo; y ese poder llegó a su apogeo cuando, por la época a la que me refiero, Louis XIV nos amenazó con una invasión precisamente al revocar el edicto de Nantes, dando prueba de su intolerante espíritu para con la fe que a nosotros nos era tan cara. El protestantismo de Inglaterra, de carácter tan peculiar y exclusivista, fue menos un sentimiento religioso que una respuesta patriótica al fanatismo agresivo de sus enemigos. Nuestros prohombres católicos de la campiña carecían de popularidad, no tanto porque creyeran en la transustanciación, como por las injustas sospechas que respecto de ellos se tenían, suponiendo que simpatizaban con el emperador o con el rey de Francia. Ahora que nuestros triunfos militares nos han puesto en una situación inaccesible al temor de vernos acometidos, nos hemos despojado por fortuna de aquel enconado odio religioso, que en vano intentaron sostener Oates y Dangerfield con sus mentiras.

En los días de mi juventud, hubo especiales motivos que contribuyeron a inflamar este odio, exacerbándolo tanto más, cuanto concurría la circunstancia de ir mezclado con una especie de miedo. Mientras los católicos estuvieron reducidos a la condición de un grupo faccioso oscuro, pudieron pasar inadvertidos; mas, cuando a fines del reinado de Charles II, pareció absolutamente cierto que estaba a punto de subir al trono una dinastía católica y que el catolicismo había de ser la religión de la corte y el medio de escalar los primeros puestos, pensaron muchos que tal vez se aproximaba un día de venganza para los que lo habían ultrajado en todas las formas, mientras lo vieron indefenso. Se difundió la inquietud y el sobresalto en todas las clases sociales. La Iglesia de Inglaterra, que depende del monarca, a la manera que un arco depende de su clave; la nobleza, cuyas propiedades y cofres se habían enriquecido con el despojo de las abadías, y la plebe, cuyas ideas acerca del catolicismo andaban mezcladas con los instrumentos de tortura y el martirologio de Fox, se sintieron igualmente acometidas de honda turbación. Lo porvenir no se mostraba halagüeño a su causa. Charles era un protestante poco fervoroso; y, a la verdad, en su lecho de muerte dio pruebas de no tener

la menor fe en la religión reformada. Por otra parte, no quedaba ya probabilidad alguna de que tuviera legítima descendencia. El duque de York, su hermano más joven, era, por consiguiente, el heredero del trono, y se sabía que profesaba con gran rigor y austeridad la religión católica, mientras su esposa, Maria di Modena, era tan fanática como él. Si llegaban e tener hijos, indudablemente habían de ser educados en la fe de sus padres, y el trono de Inglaterra estaría ocupado por una línea de monarcas católicos. La situación venidera se presentaba tan intolerable para la Iglesia oficial, representada por mi madre, como para los no conformistas, de los que tenía un ejemplo en mi padre.

Os he referido con tanta extensión esta vieja historia porque veréis, al paso que voy adelantando en mi narración, que semejante estado de cosas originó al fin tal inquietud y agitación en todo el país, que hasta yo, un sencillo aldeano de pocos años, me vi arrastrado a entrar en el torbellino de los acontecimientos, de tal modo, que toda mi vida se resintió de esas influencias. Si no os presentara con claridad la marcha de los sucesos, difícilmente comprenderíais las causas que tan profundamente influyeron en toda la historia de mi vida. Entretanto quiero recordaros que cuando subió al trono el rey James II, lo hizo en medio de un sombrío silencio por parte de un gran número de sus súbditos; y que tanto mi padre como mi madre se contaban entre los que deseaban vivamente la sucesión protestante en el trono.

Mi niñez fue triste, como ya he dicho. De tiempo en tiempo, cuando había feria en Portsdown Hill, o algún titiritero ambulante se detenía en la aldea, mi buena madre deslizaba en mi mano un penique o dos, sustraídos del dinero que tenía para los gastos ordinarios de la casa, y me enviaba a ver el espectáculo mientras se ponía el dedo sobre los labios recomendándome cautela. Pero esos felices momentos fueron tan raros y abrieron tan honda huella en mi espíritu, que cuando tenía dieciséis años hubiera podido contarlos por los dedos de la mano. Entonces vi a William Harker, el hombre de fuerzas hercúleas, que levantaba en peso la yegua ruana del cultivador Alcott; y a Tubby Lawson, el enano que podía acomodarse en un tarro de pepinillos; de estos dos me acuerdo perfectamente por la impresión de asombro que causaron en mi ánimo juvenil. También vi por entonces el teatro de muñecos, y el espectáculo de la isla encantada con el de Mynheer Munster de los Países Bajos, que podía atarse fuertemente con una maroma, mientras tocaba una melodía dulcísima en un clavicordio. Por último, y lo que a mi juicio superó a todo lo demás, el gran espectáculo de la feria de Portsdown:

Verdadera y antigua historia de Maudlin, hija del mercader de Bristol, junto con la de su amante Antonio, donde aparecía cómo fueron arrojados a las costas de Berbería, y se veían las sirenas que flotaban en el mar y cantaban sobre las rocas, previniéndoles el peligro que corrían. Esta piececita me produjo un placer más vivo del que muchos años después disfruté con las mayores comedias de Congreve y Dryden, representadas por Kynaston, Betterton y por los mejores artistas de la compañía del rey. En Chichester recuerdo haber pagado una vez un penique por ver el zapato izquierdo de la hermana menor de la mujer de Putifar; pero como ese zapato se parecía mucho a cualquier otro y tenía aproximadamente el tamaño que convenía a los pies de la dueña de los títeres, muchas veces me ha asaltado la sospecha de que mi penique fuese a parar a manos de unos tunantes.

Pero había otros espectáculos que podía ver de balde, y que, no obstante, eran más reales, y por todos conceptos tan interesantes como cualquier otro de los que me habían costado dinero. De cuando en cuando, se me permitía, en ciertos días de fiesta, ir a Portsmouth, y hasta en una ocasión fui llevado allá cabalgando con mi padre en su jaca, y cuando llegamos a la ciudad anduve recorriendo con él las calles mirando con ojos asombrados los extraños objetos que me rodeaban. Las murallas y los fosos, las puertas y los centinelas, la magnífica avenida High con los grandes edificios del gobierno y el constante redoblar de tambores y sonar de trompetas, espectáculo que hizo palpitar mi corazón de adolescente bajo el jubón de lana que me servía de abrigo. Aquí estaba la casa en que, unos treinta años antes, el orgulloso duque de Buckingham cayó mortalmente herido bajo el puñal de un asesino. También se alzaba allí la residencia del gobernador, y recuerdo que mientras yo la estaba contemplando, llegó dicho funcionario a caballo, con el semblante rubicundo y hosco, en el que resaltaba una nariz prominente, como convenía a persona de tal dignidad, y con el pecho cubierto de galones de oro.

—¿Verdad que es mi gran hombre? —dije levantando los ojos para fijarlos en mi padre.

El interpelado se echó a reír y se caló el sombrero hasta las cejas.

—Ésta es la primera vez que contemplo la cara de *sir* Ralph Lingard —replicó—, pero ya le había visto la espalda en la derrota de Preston. ¿Ves, muchacho, lo arrogante que parece? Pues si el gran Noll apareciera en la puerta, *sir* Ralph no se detendría a medir la distancia para tirarse por la ventana.

El resonar de las armas o la vista de un coleto de ante bastaban siempre para despertar en el corazón del autor de mis días el encono propio de los

viejos «cabezas redondas».

Pero otras cosas había que ver en Portsmouth además de las levitas rojas de los soldados y de la persona del gobernador. Su astillero era el segundo del reino, y había siempre en él algunos barcos de guerra nuevos, dispuestos a zarpar. También anclaba en el puerto una escuadra de los barcos del rey, y en ocasiones toda la flota de Spithead, apareciendo entonces las calles llenas de marineros, de rostros atezados cuyo color semejaba el de la caoba y con coletas tan rígidas y duras como los machetes que ceñían al cinto. Una de las diversiones que más me recreaban era contemplar su andar desgarbado, a modo de patos, y oír su extraño y curioso lenguaje y sus relatos de las guerras con Holanda; y algunas veces, cuando estuve solo me pegué a un grupo de ellos y pasé el día vagando de taberna en taberna. Pero en una de esas excursiones ocurrió que uno de ellos mostró especial ahínco en que le ayudara a beber su vaso de vino de Canarias, y luego con picardía me persuadió a tomar un segundo vaso, resultando que fue preciso llevarme a casa enteramente ebrio y sin habla, en el carro del ordinario; por lo que en lo sucesivo no se me volvió a permitir ir solo a Portsmouth. Mi padre se mostró menos asombrado del incidente de lo que yo esperaba, y recordó a mi madre que Noé se había embriagado de una manera análoga. También refirió cómo un cierto capellán de tropa del regimiento de Desborough, llamado Grant, habiendo bebido, después de un día caluroso y de una caminata entre polvo, algunas botellas de cerveza, rompió después a cantar ciertas tonadas indecentes y a bailar de una manera poco conforme con su sagrada profesión. Pero, añadió mi padre, que posteriormente había explicado el hecho diciendo que tales deslices no debían ser considerados como faltas individuales, sino como positivas obsesiones del espíritu del mal, que se valía de esos medios para escandalizar a los fieles, y que al efecto elegía a las personas de mayor piedad.

Esta ingeniosa defensa del capellán de tropa libró mis espaldas de una regular tunda, porque mi padre, que creía a pies juntillas en el refrán de que «a asno lerdo, arriero loco», tenía una fuerte vara de fresno y un brazo robusto para todo lo que él creía que era salirse del verdadero camino.

Desde el día en que aprendí por primera vez las letras en la cartilla sentado sobre las rodillas de mi madre, tuve siempre vivos deseos de aumentar mis conocimientos y puse gran empeño en leer cuantos impresos me cayeron en las manos. Mi padre profesaba tal odio sectario a la erudición, que se oponía a tener en casa cualquier clase de libros profanos[1]. Por tanto, yo me vi en la necesidad de obtenerlos por mediación de uno o dos amigos de la

aldea, que me prestaron a la vez algunos volúmenes de sus reducidas librerías. Pero tenía que llevarlos a casa ocultos debajo de la camisa, y sólo me atrevía a sacarlos cuando se me ofrecía ocasión de escurrirme a dar una vuelta por el campo, donde me tendía entre el follaje y la hierba, o por la noche, cuando la candela primitiva, con pábilo hecho de médula de junco, continuaba ardiendo, y los ronquidos de mi padre me aseguraban contra el riesgo de ser descubierto. De este modo leí enteramente *Don Belianis de Grecia* y los *Caballeros de la Tabla Redonda* con las «bufonadas» de Tarleton y otros libros semejantes, hasta que pude adquirir el gusto necesario para saborear las poesías de Waller y de Herrick o los dramas de Massinger y Shakespeare. ¡Qué dulcemente se pasaban las horas, cuando podía echar a un lado todas las cuestiones del libre albedrío y de la predestinación, tendiéndome al aire libre sobre el aromático trébol para oír al viejo Chaucer contar la dulce historia de Grisel el paciente, o para llorar por la casta Desdémona y hacer duelo sobre el fin prematuro de su galante esposo! Hubo ocasiones, en que al levantarme con el ánimo lleno de los más elevados pensamientos poéticos y contemplar extasiado las hermosas laderas de la región, con el mar que se tendía brillante más allá de las mismas y el perfil escarlata de la isla de Wight en los confines del horizonte, este espectáculo me infundía el pensamiento de que el ser que había creado tantas maravillas y dado al hombre el poder de concebir tan magníficas producciones no era patrimonio exclusivo de una secta u otra ni de esta nación o aquélla, sino el Padre amantísimo de todas las criaturas a quienes había permitido recrearse a su sabor en el gran campo de recreo de la naturaleza. Me causaba entonces gran pena, como me la causa ahora, que un hombre de tanta sinceridad y elevados propósitos como vuestro bisabuelo, viviera tan esclavizado por su férrea adhesión a las austeras doctrinas puritanas y concibiera a su Creador como un ser tan avaro de sus mercedes y tan implacable en sus rigores, que no había de perdonar a noventa y nueve entre ciento. Hay que tener en cuenta que los hombres son lo que de ellos hace la educación; y que, si mi padre llevaba sobre sus anchos hombros una cabeza que albergaba pensamientos tan estrechos, al menos, le cabía la honra de hacer y padecer todo lo que fuera necesario por lo que él creía ser la verdad. Si vosotros, queridos míos, llegáis a tener ideas más ilustradas, cuidad de que os hagan llevar una vida que responda a ellas.

Cuando tuve catorce años, y era un mozalbete de pelo rubio y rostro atezado, fui enviado a un pequeño colegio particular de Petersfield, y allí permanecí durante un año, regresando a casa los últimos sábados de cada mes. Llevé conmigo una escasa colección de libros escolares, junto con la

Gramática latina de Lilly y la obra de Rosse: *Examen de todas las religiones que ha habido en el mundo, desde la creación hasta nuestros días*, que mi buena madre me puso en las manos como regalo en el momento de partir. Con este reducido número de autores lo hubiera pasado medianamente, a no haber tenido mi maestro, el señor Thomas Chillingfoot, una excelente librería, complaciéndose en prestar sus libros a todos los discípulos que mostraran deseos de instruirse. Merced al cuidado de este buen viejo, no sólo aprendí algunos rudimentos de latín y griego, sino que hallé manera de leer buenas traducciones inglesas de muchos autores clásicos y de adquirir cierto conocimiento de la historia de mi nación y de varias otras. Crecía rápidamente, así en instrucción como en desarrollo físico, cuando mi carrera de escolar quedó interrumpida por un acontecimiento grave, y fue mi expulsión nada menos que sumaria e ignominiosa. Voy a exponer ahora cómo sobrevino este inesperado fin de mis estudios.

Petersfield había sido siempre uno de los grandes baluartes del anglicanismo, y dentro de sus confines apenas se encontraba un no conformista. La razón de ello era que la mayor parte de la propiedad urbana pertenecía a celosos anglicanos, los cuales se negaban a alquilar las casas a los que no aceptaran las doctrinas de la Iglesia oficial, impidiendo así que se estableciera en la población ninguno de ellos. El vicario, que se llamaba Pinfold gozaba, por esto, de gran ascendiente en la ciudad, y como era hombre de elevado y altivo continente y de modales aparatosos, inspiraba no escaso respeto a los tranquilos habitantes de aquélla. Me parece verle ahora con su nariz aguileña, pecho redondeado y piernas estevadas, como si indicaran ceder al peso de sabiduría que se veían precisadas a llevar. Al pasear lentamente, con la mano derecha rígidamente extendida, y golpeando el pavimento a cada paso que daba con su bastón de empuñadura metálica, solía detenerse ante cada persona que pasaba a su lado, aguardando a ver si se le tributaba el saludo que creía debido a su dignidad. Cortesía era esta que jamás pensó en devolver, excepto en el caso de alguno de sus ricos feligreses; pero si por casualidad se omitía la mencionada demostración de respeto, se apresuraba a seguir al culpable, y agitando el bastón delante de él, insistía en hacerle quitar la gorra. Los muchachos, si tropezábamos con él en nuestros paseos, nos dispersábamos a toda prisa huyendo de su presencia como una nidada de pollos al ver a un viejo pavo; y hasta nuestro digno maestro mostraba inclinación a mudar de acera, cuando la arrogante figura del vicario aparecía renqueando hacia nosotros. Este orgulloso eclesiástico ponía especial empeño en conocer la historia de cada uno de sus feligreses, y habiendo

sabido que yo era hijo de un *independiente*, reprendió severamente al señor Chillingfoot la indiscreción que había cometido admitiéndome en su escuela; y si no insistió en que se me arrojara de ella, fue tan sólo por la buena fama que tenía mi madre en materia de ortodoxia.

Al otro extremo de la ciudad había un colegio de externos; y entre sus alumnos y los que estudiábamos con el señor Chillingfoot había una rivalidad constante. Nadie supo decir cuál fue el origen de aquella guerra, pero el hecho fue que por espacio de muchos años vino subsistiendo un perpetuo antagonismo entro los dos centros docentes, que daba por resultado escaramuzas, asaltos, emboscadas, y de cuando en cuando una batalla campal. De esos encuentros no resultaban graves daños, porque las armas ordinariamente empleadas eran bolas de nieve, en invierno, y piñas o terrones duros en el verano. Aun en los casos en que la contienda se peleó más de cerca, poniéndose los combatientes al alcance de los puños, lo peor que pudo ocurrir eran algunos chichones y tal cual derramamiento de sangre de menor cuantía. Nuestros adversarios nos superaban en número; pero nosotros teníamos la ventaja de estar siempre juntos y de contar con un asilo seguro donde refugiarnos, mientras ellos, como vivían en casas dispersas en todo el ámbito de la parroquia, carecían de un lugar de reunión. Dividía en dos partes la ciudad una corriente, sobre la que se alzaban dos puentes rústicos, y ese arroyo era el límite que separaba nuestros dominios de los del enemigo. El muchacho que pasara cualquiera de los puentes se encontraba enseguida en terreno hostil.

Sucedió que en la primera refriega que sobrevino después de mi llegada a la escuela, me distinguí entre los demás, tomando aparte al más terrible de nuestros adversarios y administrándole tan fuerte puñetazo, que vino a tierra sin poder valerse, y fue llevado por nuestro bando como prisionero de guerra. Este hecho de armas sirvió de base a mi fama de buen soldado, y de este modo llegué al fin a ser considerado como el jefe de nuestras fuerzas, a quien miraban con respeto otros muchachos de mayor edad. Semejante promoción excitó de tal modo mi fantasía que me dispuse a demostrar la justicia de la misma, ideando nuevos e ingeniosos planes para derrotar a nuestros enemigos.

Una tarde de invierno nos llegaron noticias de que aquéllos estaban a punto de emprender una operación contra nosotros a favor de las tinieblas de la noche y que se proponían venir por el acostumbrado puente de madera con la mira de evitar que nosotros los viéramos. Este puente estaba casi fuera de la ciudad y constaba de un simple tablón, sin parapeto; y se le había construido a

fin de que sirviera de paso al escribiente y secretario del ayuntamiento de la ciudad que vivía precisamente al lado opuesto. Resolvimos ocultarnos entre los arbustos que crecían junto a la corriente del lado que a nosotros nos correspondía, y atacar inesperadamente a los invasores en el momento mismo de pasar por el puente a nuestros dominios. Mas, cuando ya comenzábamos a poner por obra esta resolución, me ocurrió una ingeniosa estratagema que, según mis lecturas, había sido aplicada en las guerras germánicas, y habiéndola expuesto a mis compañeros con no pequeña satisfacción de los mismos, tomé la sierra del señor Chillingfoot y partí para el lugar de la acción.

Al llegar al puente todo estaba tranquilo y silencioso. Reinaba una oscuridad casi absoluta y se sentía mucho frío porque estábamos en vísperas de Navidad. No había la menor señal de la presencia de nuestros adversarios. Cambiamos en voz baja algunas palabras para decidir quién había de encargarse de la atrevida faena, y como los demás se retrajeran de ejecutarla, yo, que no era capaz de proponer cosas que no supiera llevar a cabo, tomé la sierra y montando sobre el puente comencé a trabajar en su mismo centro.

Mi propósito era debilitarlo en tal forma que, si bien pudiera soportar el peso de un individuo, se hundiera en el momento de estar sobre él el grueso de nuestros enemigos precipitándolos en el seno helado de la corriente. En aquel sitio la profundidad del agua no pasaba de dos pies; de suerte que lo único que podía ocurrirles era llevarse un susto y un chapuzón. Un recibimiento tan glacial no podía menos de retraerlos de volver a invadir nuestro campo, confirmando mi reputación de jefe audaz. Reuben Lockarby, mi teniente, hijo del viejo John Lockarby, de la posada Wheatsheaf, ponía en orden nuestras fuerzas detrás del seto, mientras yo serraba vigorosamente la tabla hasta dejarla casi partida por la mitad. No me asaltaba remordimiento alguno en cuanto a la destrucción del puente, porque mis conocimientos de carpintería eran bastante extensos para hacerme comprender que un hábil ensamblador no invertiría más de una hora en dejarlo más fuerte que nunca, poniendo un soporte debajo del punto en que yo lo había dividido. Cuando al cabo advertí, por el modo con que cedía la tabla, que había hecho lo bastante y que el menor esfuerzo lo derrumbaría, me escurrí tranquilamente, y ocupando mi puesto entre los demás escolares, aguardé la llegada del enemigo.

No bien me había ocultado, cuando oí los pasos de alguien que se aproximaba por el sendero que conduce al puente. Nos agazapamos para evitar ser vistos, convencidos de que el ruido debía proceder de algún espía

enviado por nuestros enemigos para explorar el campo, y evidentemente era un muchacho corpulento, porque sus pisadas eran fuertes y lentas, yendo mezcladas de un ruido metálico, respecto del que no sabíamos que pensar. Los pasos sonaban cada vez más cerca, hasta que se destacó de la oscuridad en el lado opuesto al en que estábamos una figura confusa, y después de detenerse ésta y escudriñar el sitio por un momento, avanzó en derechura hacia el puente. Sólo cuando estaba poniendo el pie en la tabla y comenzando a caminar por ella cautelosamente pudimos distinguir el perfil de una persona conocida y comprendimos la terrible verdad de que el extraño a quien habíamos tomado por una avanzada del enemigo era ni más ni menos que el vicario Pinfold, y que el golpeteo rítmico de su bastón era el ruido particular que se mezclaba al de sus pisadas. Fascinados ante aquella visión, quedamos enteramente sin aliento para avisarle del peligro, que todos los ojos miraban espantados el advenimiento de la catástrofe. Un paso, dos, tres dio el arrogante clérigo, cuando de pronto rechinó la tabla, cediendo, y el hombre desapareció en un estruendoso chapuzón bajo la rápida corriente. Debió de caer de espalda, porque pudimos observar el perfil curvo de su respetable figura que sobresalía por encima de la superficie, mientras luchaba desesperadamente para ponerse de pie. Al fin lo consiguió, y chapoteando se encaminó a la ribera, profiriendo tal serie de jaculatorias piadosas, mezcladas con juramentos que, a pesar de nuestro terror, no pudimos contener la risa. Escapando de él como una nidada de pollos salvajes, desaparecimos por el campo y regresamos a la escuela, donde, como podéis imaginar, no dijimos a nuestro buen maestro nada de lo ocurrido.

El asunto era demasiado serio y no era fácil que pasara inadvertido. El repentino enfriamiento originó cierto trastorno en el cuerpo del vicario, que precisamente había estado bebiendo una botella de cerveza con el secretario de la ciudad, y le sobrevino un ataque de gota que lo tuvo en cama quince días. Entretanto un examen del puente había demostrado que alguien lo había aserrado de un lado a otro, y la investigación llevada a cabo sobre el asunto atribuyó el origen de todo a los pensionistas del señor Chillingfoot. Para evitar que todos los alumnos del colegio fueran expulsados de la ciudad, me vi precisado a confesarme culpable de la fechoría y a manifestar que yo había sido su inventor y ejecutor. Chillingfoot estaba enteramente sometido al vicario, por lo que no tuvo más remedio que leerme una larga homilía en público —contrarrestada por una cariñosa despedida en privado— y expulsarme solemnemente de la escuela. Nunca volví a ver a mi viejo maestro, porque murió pocos años después; pero supe que su segundo hijo

William continuaba dirigiendo el colegio y que éste había adquirido mayor prosperidad y desenvolvimiento que los que tuvo anteriormente. Su hijo mayor se hizo cuáquero y marchó a colonizar Pensilvania, donde los salvajes lo asesinaron, según noticias posteriores.

La aventura de mi expulsión impresionó profundamente a mi querida madre, pero le cayó en gracia a mi padre, quien reía del hecho hasta que toda la aldea resonó con sus estentóreas carcajadas. Mi hazaña, según dijo, le había hecho recordar una estratagema semejante empleada en Market Drayton por el valeroso guerrero y temeroso de Dios coronel Pride, y que fue causa de que se ahogaran un capitán y tres soldados de su regimiento de caballería de Lunsford y a que muchos otros se precipitaran en el río, para mayor gloria de la verdadera Iglesia y satisfacción del pueblo escogido. Hasta no pocos anglicanos se alegraron secretamente de la desgracia que le había sobrevenido al vicario, porque su arrogancia y orgullo le habían hecho odioso en todo el distrito.

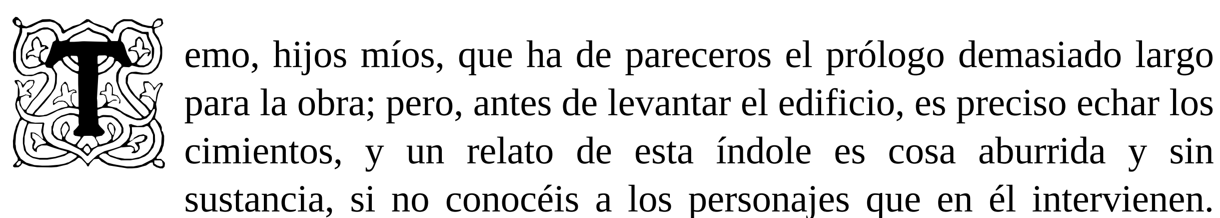
Por entonces había crecido lo bastante para convertirme en un mozo robusto de anchas espaldas, y cada mes que repasaba mi estatura se hacía más elevada. Cuando cumplí los dieciséis años podía llevar un costal de trigo o una pipa de cerveza tan bien como cualquier otro hombre de la aldea, y era capaz de arrojar una piedra de quince libras a la distancia de treinta y seis pies, o sea cuatro pies más que Ted Dawson, el herrero. Una vez que mi padre no tuvo fuerzas para transportar un fardo de pieles fuera de la tenería, lo tomé a pechos y me lo eché a la espalda. El anciano me miraba a menudo gravemente por debajo de sus peludas cejas, y moviendo su cabeza entrecana mientras sentado en su sillón fumaba la acostumbrada pipa decía:

—Te estás haciendo demasiado grande para el nido, muchacho. El día menos pensado caerás en la cuenta de que tienes alas y tomarás el portante.

Allá en el fondo de mi corazón ansiaba la llegada de ese tiempo, porque estaba cansado de la tranquila vida de la aldea y sentía el deseo de ver el gran mundo, del que había oído y leído tantas cosas. No podía volver mis ojos hacia el sur sin sentir que mis entusiasmos se encendían al contemplar aquellas olas negruzcas, cuyas espumadas crestas parecen banderas de enganche que se agitan llamando a la juventud inglesa y estimulándola a emprender algún proyecto desconocido y glorioso.

III

DONDE SE TRATA DE DOS AMIGOS DE MI JUVENTUD



Temo, hijos míos, que ha de pareceros el prólogo demasiado largo para la obra; pero, antes de levantar el edificio, es preciso echar los cimientos, y un relato de esta índole es cosa aburrida y sin sustancia, si no conocéis a los personajes que en él intervienen. Tened, pues, paciencia, mientras os hablo de los antiguos amigos de mi juventud, algunos de los cuales volverán a salir en mi relación más adelante, al paso que otros se quedarán olvidados en las aldeas de la campiña, a pesar de lo cual han dejado huellas de sus pasadas relaciones con vuestro abuelo en el carácter de éste, y tan duraderas que tal vez sean aún perceptibles.

Entre todos los que tuve la dicha de tratar sobresale en primer término Zachariah Palmer, el carpintero del lugar, hombre cuyo cuerpo, curtido por los años y los trabajos, albergaba un espíritu de extremada sencillez y pureza. Pero he de advertiros que esa gran sencillez no era, en modo alguno, resultado de la ignorancia, porque desde las enseñanzas de Platón a las de Hobbes había pocos sistemas filosóficos que Palmer no hubiera leído y ponderado. Cuando yo era muchacho, los libros eran más estimados que hoy, y si bien los carpinteros recibían menor paga que al presente, el viejo Palmer estaba contento con su jornal que le bastaba, a causa de vivir sin mujer ni hijos y gastar poco dinero en comer y vestir. Así se explica que en una repisa colocada sobre su cama pudiera tener una selecta colección de volúmenes, pocos en número, pero más valiosos quizá que los que figuraban en la librería de los hacendados ricos o en la del párroco; y Palmer había leído estos libros con diligencia y perseverancia que le permitieron no solamente comprenderlos, sino comunicar a otros sus doctrinas.

Este venerable filósofo de aldea, de luenga barba blanca, gustaba de sentarse a la puerta de su miserable casucha en ciertas tardes de verano, y nunca estaba tan contento como cuando algunos de los jóvenes abandonaban furtivamente su juego de bolos o sus tejos, para tenderse en la hierba a sus pies y hacerle preguntas sobre los grandes hombres de la antigüedad y sobre sus dichos y hechos. Pero entre todos los mozalbetes de la aldea sus favoritos éramos yo y Reuben Lockarby, el hijo del posadero, porque éramos los primeros en acudir a su puerta y los últimos en escuchar su conversación. Ningún padre amó a sus hijos con mayor ternura que la que él nos manifestó, y no se ahorró molestias para ilustrar nuestros inexpertos entendimientos y explicarnos todo lo que nos traía perplejos y turbados. Como todos los que comienzan a pensar, nos habíamos propuesto a la consideración el gran problema del universo. Nuestros ojos adolescentes se habían asomado con curiosidad a los profundos abismos en que las inteligencias más penetrantes de la especie humana no habían alcanzado a ver fondo. Pero, cuando mirábamos a nuestro alrededor en el pequeño mundo formado por la aldea en que vivíamos, y nos percatábamos del encono y rencor que dominaban en todas las sectas, no podíamos menos de pensar que un árbol capaz de producir tales frutos encerraba necesariamente algún virus ponzoñoso. Éste era uno de los pensamientos, no manifestados a nuestros padres, y que exponíamos al buen viejo Zachary, hallando éste siempre mucho que decir para consolarnos y confortarnos.

«Estas riñas y altercados —decía— son cosas puramente superficiales, hijas de la vanidad infinita del espíritu humano, que siempre ha tenido una propensión especial a adaptar las creencias religiosas a su peculiar idiosincrasia y modo de ver. Lo importante es el sólido fondo que se oculta debajo de todos los credos cristianos. Si os hubiera sido dado vivir entre los romanos o los griegos, en la época anterior a la predicación del cristianismo, habríais podido apreciar el profundo cambio que esta nueva religión operó en el mundo. Que este o aquel texto se interpreten de un modo o de otro es cosa que no tiene importancia, por más recias y acaloradas que puedan ser las disputas sostenidas por hombres que piensan de distinto modo. Lo verdaderamente sustancial y de altísima trascendencia es que todos los hombres tengan buenas y sólidas razones para observar una vida sencilla y pura; y éste es precisamente el gran bien que nos ha traído el credo cristiano».

«No quisiera que fuerais virtuosos sólo por miedo —decía en otra ocasión —, pero la experiencia de una larga vida me ha enseñado que las transgresiones de la ley moral tienen siempre su sanción en este mundo,

independientemente de lo que haya de suceder en el otro. Siempre hay algún castigo, que consiste en un quebranto de la salud, en la perdida de algunas comodidades o intereses o en la intranquilidad del espíritu, cosas con que se expían en cierto modo todas las faltas. Con las naciones sucede lo mismo que con los individuos. Un libro de historia es un libro de sermones. Considerad cómo los lujuriosos babilonios fueron destruidos por los sobrios persas, y cómo estos mismos persas, cuando aprendieron los vicios que suele llevar consigo la prosperidad, cayeron bajo la espada de los griegos. Leed y observad cómo los sensuales griegos fueron sometidos por los romanos, más robustos y endurecidos en los trabajos, y finalmente cómo los últimos, habiendo perdido sus virtudes varoniles, vinieron a ser destrozados por los pueblos del norte. El vicio y la ruina van siempre agarrados de la mano de esta suerte, la Providencia se ha valido sucesivamente de todos esos pueblos como de azote, para castigar con los unos los crímenes de los otros. Estas cosas no suceden por casualidad, sino que son parte de un gran sistema que funciona dirigiendo nuestras vidas. Cuantos más años estéis en el mundo tanto más os convenceréis de que el pecado y la desdicha no andan nunca muy apartados y distantes, y de que no puede existir verdadera prosperidad fuera de la virtud».

De muy diferente estilo eran las enseñanzas del lobo marino Solomon Sprent, que vivía en la penúltima casa de la acera izquierda en la calle principal de la aldea. Era uno de los viejos marinos que bajo el pabellón de la cruz de color de sangre había peleado contra los franceses, españoles, holandeses y moros, hasta que una bala le voló un pie, poniendo término para siempre a sus valentías. Tenía una complexión enjuta y recia, piel morena, una movilidad flexible como la de un gato y era corto de cuerpo y largo de brazos, cada uno de los cuales terminaba en una mano de dimensiones desproporcionadas, y siempre medio contraída, como si se agarrara a una cuerda. Desde la cabeza a los pies estaba cubierto del más admirable tatuaje que cabe imaginar, ejecutado en azul, rojo y verde, comenzando con la Creación en su garganta y terminando con la Ascensión en el tobillo izquierdo. En mi vida he visto una obra de arte ambulante de tal naturaleza. Hay que decir que, si este hombre se hubiera ahogado y las olas le hubieran arrojado a un país salvaje, los naturales hubieran podido aprender el Evangelio entero contemplando su cadáver. Sin embargo, con pena debo deciros que la religión de nuestro viejo marino parecía haberse fijado en la piel de tal manera, que fue muy poco lo que quedó para uso interno. Se había esparcido por la superficie, como el tabardillo pintado; pero su sistema estaba

enteramente limpio de ella. Sabía jurar en once lenguas y en veintitrés dialectos, y nunca dejó que sus grandes facultades sobre el particular se atrofiaran por falta de práctica. Juraba lo mismo cuando estaba contento que cuando estaba triste, cuando le dominaba el amor, como cuando le arrebataba la ira; pero tales juramentos venían a ser una especie de muletilla, sin malicia ni encono, de suerte que hasta mi padre apenas hubiera podido indignarse con sus blasfemias. Pero, según fue pasando el tiempo, el anciano se hizo más sobrio y reflexivo, hasta que en sus últimos días volvió a las sencillas creencias de su niñez y aprendió a pelear contra el diablo con el mismo valeroso denuedo que había mostrado frente a los enemigos de su nación.



El viejo Solomon era una fuente inagotable de recreo e interés para mi amigo Lockarby y para mí. En los días de gala tenía gusto en que comiéramos con él, porque podía regalarnos con un plato especial que era un picadillo de carne y hortalizas llamado *lobscouse*, o un salpicón o pisto que recibe el nombre de *salmagundi*, o tal vez algún plato exótico, como el *pillaw*, de origen puramente mahometano, compuesto de carne de gallina hervida con arroz y especias, o la olla podrida española, o bien pesca asada a la parrilla, al estilo de las Azores, porque nuestro Solomon casi justificaba su nombre en

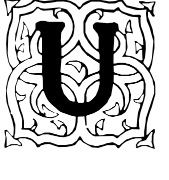
asuntos culinarios y sabía preparar los manjares más delicados de todas las naciones. Todo el tiempo que pasábamos en su compañía lo dedicaba a contarnos las historias más maravillosas de Rupert, a cuyas órdenes había servido, refiriéndonos cómo gritaba desde la popa a su escuadra que girara hacia la derecha, o cargara contra el enemigo, o hiciera alto según lo pidiera el caso, ni más ni menos, como si en lugar de mandar a marinos estuviera al frente de un regimiento de caballería. También sabía muchas anécdotas referentes a Blacke; pero ni siquiera el nombre de éste le era tan caro como el de *sir* Christopher Mings. Solomon había sido en algún tiempo su patrón, y podía hablar por espacio de largas horas de los valerosos hechos en que se había distinguido desde que entró en la Armada como grumete, hasta que cayó en su castillo de popa, siendo almirante de los del color rojo, y fue sepultado en el cementerio de Chatham por sus mismos marineros que acompañaron el féretro llorando. «Si allá hubiera un mar —decía el viejo marino—, apuesto a que Christopher verá que la bandera inglesa es respetada y que los extranjeros no se burlan de nosotros. He servido a sus órdenes en este mundo, y no pido otra cosa que ser su patrón en el otro, en el supuesto de que ocurriera alguna vacante». Estas remembranzas solían terminar siempre bebiendo un cuenco de ponche y brindando solemnemente a la memoria del héroe.

Siendo tan interesantes como eran las relaciones de Solomon, relativas a sus antiguos jefes, no nos causaban impresión tan honda como cuando, después de su segundo o tercer vaso, se abrían las puertas de su memoria y nos hacía largas descripciones de los países que había visitado y de los pueblos que había visto. Echados hacia adelante en nuestros asientos, con la barbilla apoyada en la mano, los dos mozalbetes permanecíamos por espacio de horas con los ojos fijos en el viejo aventurero, bebiendo sus palabras, mientras él, complacido al ver el interés que despertaba en nosotros, fumaba lentamente su pipa y empalmaba historia tras historia sobre todo lo que había visto o ejecutado. En aquel tiempo, queridos míos, no había autores como Defoe que nos describieran las maravillas del mundo ni publicaciones por el estilo del *Spectator*, que nos esperaran en la mesa a la hora del desayuno, ni escritores parecidos al autor de Gulliver que satisficieran nuestro amor por las aventuras, contándonos cosas que nunca sucedieron. Tampoco caía en nuestras manos en un mes una carta que contuviera noticias. Los variados sucesos de índole personal eran, por tanto, de más valor que lo son al presente, y la conversación de un hombre como el viejo marino Sprent, equivalía a toda una librería. Para nosotros, era todo aquello real. Su bronco

acento y sus palabras mal aplicadas sonaban en nuestros oídos como la voz de un ángel, y nuestra imaginación excitada suplía los pormenores y lagunas de sus relatos. En una sola noche, acometimos a un pirata moro frente a las columnas de Hércules; costeamos las riberas del continente africano y vimos las grandes rompientes de la península española, que cubrían de blanca espuma la amarilla arena; pasamos junto a los mercaderes de marfil con sus cargamentos humanos; arrostramos las terribles tempestades que se desencadenan alrededor del cabo de Buena Esperanza; y por último, continuamos nuestra navegación por el gran océano entre las islas de coral vestidas de palmeras, seguros de que los dominios del sacerdote John de las Indias estaban allá en la lejanía, detrás de la bruma de oro que rielaba en el horizonte. Luego, tras terminar una excursión de tal índole, caíamos en la cuenta de que estábamos en una aldea de Hampshire; y, al chocar con las toscas realidades de la vida del campo, no podíamos menos que sentirnos como aves salvajes encerradas en jaulas, después de haber caído en las redes del cazador. Las palabras de mi padre: «te han salido las alas y no tardarás en dejar el nido» volvían a mi memoria, llenándome de una inquietud que ni todas las sabias enseñanzas del carpintero Zachary podían apaciguar.

IV

DEL EXTRAÑO PEZ QUE SACAMOS EN SPITHEAD



na tarde del mes de mayo de 1685, hacia fines de la primera semana del mes, mi amigo Reuben Lockarby y yo alquilamos el bote de recreo de Ned Marley y salimos a pescar frente a la bahía de Langston. Por entonces andaba yo cerca de cumplir los veintiún años, mientras mi compañero era algo más joven. Entre nosotros había nacido una gran intimidad, fundada en la estimación mutua porque él, que era un hombrecito de menguado desarrollo físico, estaba orgulloso de mi robustez y estatura, a la vez que mi melancolía y genio algo displicente se deleitaban con la jovialidad y viveza que nunca abandonaban a mi amigo y con el ingenio inofensivo que sazonaba todas sus palabras. Reuben era pequeño y cuadrado; tenía la cara redonda con rojas mejillas, y, a decir verdad, mostraba cierta propensión a engordar demasiado, si bien él nunca se avino a confesar que su crasitud pasara de una conveniente morbidez, que, a su juicio, era el colmo de la hermosura varonil entre los antiguos. Los peligros comunes y mutuas penalidades por los que ambos hubimos de pasar me dan derecho a decir que no era posible desear un compañero más fiel y constante. Puesto que estaba destinado a no separarse de mí en lo futuro, nada más natural que le tuviera a mi lado en aquella tarde de mayo, en que comenzaron nuestras aventuras.



Navegamos mar adentro, hasta más allá del sitio denominado Warner Sands, a la distancia de medio camino entre aquellas playas y el Nab, donde solíamos hallar lubinas en abundancia. Una vez allí, arrojamos por la borda la pesada piedra que nos servía de áncora, y comenzamos a preparar nuestros aparejos de pesca. El sol, al hundirse lentamente detrás de un plomizo estrato, teñía de franjas rojizas todo el occidente y sobre ellas como sobre un fondo fantástico resaltaban las montañas de la isla de Wight, cubiertas de espesa vegetación, que aparecía medio velada por vapores de púrpura. Soplaba, del sudeste una fresca brisa, guarneciendo las prolongadas y verdes olas con flecos de blanca espuma, mientras llenaba nuestros ojos y labios de una especie de pátina salitrosa. Cerca de la punta de St. Helen un buque de la Armada avanzaba por el canal, mientras un gran bergantín solitario se movía sin dirección fija a la distancia de un cuarto de milla o menos del lugar en que nosotros estábamos. Tan cerca estábamos que pudimos percibir las figuras que se movían sobre cubierta, al escorar el bergantín impulsado por la brisa; y

pudimos oír el crujido de sus vergas y la violenta sacudida de las velas, en el momento en que se preparaba a tomar rumbo.

—Mira, Micah —dijo mi compañero mientras dirigía la vista hacia la nave próxima, dejando de atender a su caña—. Ahí tienes el barco más loco que he visto en mi vida; ése me parece que no hará camino en el mundo. ¡Vaya una manera de bailar a merced del viento y de las olas! Ni vira, ni avanza. Se conoce que le gusta estar a todos los vientos: es el lord Halifax del océano.

—¡Calla! Debe de haberle ocurrido alguna avería —repliqué mirando al bergantín de hito en hito al amparo de la sombra de mi mano—. Sus guiñadas indican que no hay nadie en el timón. ¡Vaya una facha la del palo mayor! ¡Anda! Ahora vuelve a poner la proa al viento. Por fuerza la tripulación está de baile o de riña. ¡Arriba con el ancla, Reuben, y abordémoslo!

—Arriba el ancla y alejémonos de él —respondió mi amigo, sin quitar los ojos de la extraña embarcación—. ¿Quién nos manda meternos sin necesidad en el peligro?… Verdad es que lleva el pabellón holandés; pero ¿sabemos de dónde viene? ¡Sería bonito que fuéramos a caer en las garras de un filibustero para ser vendidos en las plantaciones!

—¿Un filibustero en el Solent? —pregunté a mi amigo en son de burla—. Cualquiera diría que el día menos pensado nos los vamos a encontrar en Emsworth Creek. Pero ¡calla! ¿Qué es eso?

En este momento sonó a bordo del bergantín un disparo de mosquete. Luego sucedió un instante de silencio y después un nuevo estampido, al que siguió un coro de aclamaciones y de gritos. Al mismo tiempo, las vergas recobraron su posición normal; la brisa hinchó nuevamente las velas, y el barco partió siguiendo un rumbo que parecía dirigirse a la punta de Bembridge, fuera del canal inglés. Mientras navegaba, su casco se estremeció con una sacudida; una repentina humareda salió de él y una bala de cañón pasó rozando las olas y botando sobre ellas a menos de cien metros de donde nosotros estábamos. Hecho este saludo de despedida, volvió a tomar viento y continuó navegando hacia el sur.

—¡Santo Dios! —exclamó Reuben sobrecogido de asombro—. ¡Villanos! ¡Asesinos!

—¡Lástima que no les dé caza nuestro barco de guerra o los barra de un cañonazo! —grité yo furioso, porque aquel ataque inmotivado me había llenado de indignación—. ¿Qué pretenderían los grandísimos bergantes? Seguramente están borrachos o locos.

—Iza, hombre, iza y levemos el ancla —dijo con vehemencia mi compañero saltando del asiento—. Ahora lo entiendo todo. ¡Arriba el ancla!

—¿Qué es eso? —pregunté mientras le ayudaba a halar, elevando la gran piedra, hasta que logramos sacarla a flote.

—No es a nosotros a quien disparaban, sino a alguien que está en el mar entre ellos y nuestro bote. ¡Boga, Micah! ¡Aprisa! Algún pobre hombre está tal vez ahogándose.

—Ya le veo —dije mirando por encima del hombro mientras remaba—, allí flota su cabeza sobre la cresta de una ola. Despacio o chocaremos con él. Dos golpes más, y ya puedes echarle mano. ¡Ánimo, amigo! Vamos a socorrerte.

—Guardaos ese socorro para el que lo necesite —dijo una voz que salía del mar.

¡Eh!, muchacho, ¡cuidado con el remo! Más temo una caricia suya que todas las olas del océano.

Estas palabras fueron pronunciadas con tal calma y sangre fría, que dejamos de intranquilizarnos por el peligro del nadador. Levantando nuestros remos, volvimos la cara para verle. La derivada del bote nos había llevado tan cerca de él, que pudo haberse asido a la borda, si lo hubiera deseado.

—¡Rayos y truenos! —exclamó en tono indignado—; ¡y pensar que es mi hermano Nonus el que me juega esta mala pasada! ¿Qué hubiera dicho nuestra bendita madre si lo hubiera visto? Todo mi equipaje se lo llevó el diablo, para no decir nada del resultado de mi viaje. ¡Y haber tenido que tirar un par nuevo de botas de caña que me costaron dieciséis *rix-dollars* en la zapatería de Vanseddar’s, en Ámsterdam! No puedo nadar con botas de caña, ni andar sin ellas.

—¿Queréis entrar en el bote, señor? —preguntó Reuben, que apenas podía contener la risa ante el aspecto y las palabras del desconocido.

Salieron del agua dos brazos largos, y en un momento, con la agilidad de una culebra, el nadador saltó al bote y se acomodó en la cámara. Era un hombre alto y delgado, de rostro duro y anguloso, enteramente afeitado y curtido por el sol, con una infinidad de arrugas que se entrecruzaban en todas direcciones. Había perdido su sombrero, y el cabello rubio y corto de su cabeza, que comenzaba a ponerse entrecano, estaba erizado como las púas de un puerco espín. No era fácil calcular su edad, porque si bien parecía tener ya sus cincuenta años, la facilidad con que había entrado en nuestro bote indicaban un brío y agilidad extraordinarios. Pero entre todos sus rasgos fisonómicos, lo que más atrajo mi atención fueron sus ojos, casi enteramente

ocultos por párpados medio caídos, que dejaban entrever un brillo y penetración notables en la escasa porción de esclerótica que asomaba por la estrecha abertura de los mismos. Una mirada superficial tal vez sugiriera la idea de un temperamento lánguido y adormecido; pero un examen más minucioso descubría, en aquellas líneas de luz, móviles y brillantes, un indicio que aconsejaba prudencia y no fiarse demasiado de las primeras impresiones.

—Podría nadar hasta Portsmouth —observó mientras registraba los bolsillos de su chaqueta, empapada de agua—; podría nadar hasta cualquier punto. En una ocasión nadé desde Gran en el Danubio hasta Budapest, mientras una infinidad de jenízaros danzaban con rabia en la ribera… Recuerdo que fue en la fiesta de San Pedro… Los Pandours de Wessenburg podrían deciros si Decimus Saxon sabe nadar o no… Seguid mi consejo, jóvenes, y guardad siempre el tabaco en una caja de metal, cerrada herméticamente de modo que el agua no pueda penetrar en ella.

Mientras así hablaba, sacó un bote aplastado de su bolsillo y varios tubos de madera que atornilló sucesivamente hasta formar una larga pipa. Después la llenó de tabaco, y habiéndola encendido mediante un eslabón y un pedernal con un pedazo de yesca tomado del interior de su bote, cruzó las piernas; se sentó sobre ellas al estilo oriental y se puso a fumar muy tranquilo. Había en todo aquel incidente un fondo tan extraño, sobre todo al fijar la atención en el continente y acciones del desconocido, que mi amigo y yo prorrumpimos en estrepitosas carcajadas, hasta que nos faltaron las fuerzas. El náufrago no nos acompañó en nuestras joviales demostraciones, ni tampoco dio muestras de ofenderse por ellas, sino que continuó dando fuertes chupadas a su pipa, con semblante impasible y estólido, en el que no se advertía otra particularidad que el rápido movimiento de los ojos al pasar de mi persona a la de mi amigo.

—Dispensad, señor —dije yo por fin—. Somos dos jóvenes no acostumbrados a semejantes aventuras, y celebramos el feliz final de la vuestra. ¿Podríamos saber a quién hemos recogido en nuestro bote?

—Me llamo Decimus Saxon —respondió el extranjero—, y soy el décimo descendiente de un padre honrado, como indica el mismo nombre latino. De modo que hay nueve hermanos antes que yo para heredar; pero… ¡quién sabe!, la viruela o la peste podrían resolverme el problema.

—Hemos oído sonar un tiro a bordo del bergantín —dijo Reuben.

—Era mi hermano Nonus que disparaba contra mí —observó el extranjero moviendo la cabeza tristemente.

Pero se oyó además un segundo tiro.

—¡Ah!, ése era yo que disparaba contra mi hermano Nonus.

—¡Válgame Dios! —exclamé—: no lo habréis herido, seguramente.

—A lo sumo, el proyectil ha debido causarle una rozadura —respondió—. Me pareció lo más conveniente huir, para que el asunto no trajera peores consecuencias… Tengo la seguridad de que ha sido él quien ha disparado contra mí el cañón de nueve libras, cuando estaba en el agua, porque la bala pasó rozándome la cabeza. Siempre ha sido un buen tirador, lo mismo con falconete que con mortero… Si es que está herido, esa circunstancia no ha estorbado que bajara a tiempo desde popa a donde estaba la batería.

A estas palabras sucedió un breve silencio, y entretanto el extranjero sacó del cinto un largo cuchillo y limpió con él su pipa. Reuben y yo preparamos los remos, y después de subir nuestros cordeles de pescar, que venían arrastrando detrás del bote, nos pusimos a bogar hacia tierra.

—La cuestión ahora —dijo el extranjero— es saber adónde vamos.

—A la bahía de Langston —respondí—, y allí hemos de llegar bien pronto.

—¡Hemos de llegar! ¡Hemos de llegar! —exclamó en tono de burla—. ¿Estáis seguros de ello, eh? ¿Estáis seguros de que no vamos a Francia? Veo que tenemos a nuestra disposición un mástil y una vela, y no falta agua en el depósito. Únicamente necesitamos alguna pesca, y, según mis noticias, abunda en estas aguas, de modo que podemos hacer una excursión hasta Barfleur.

—Nosotros vamos a la bahía de Langston —repetí fríamente.

—Sí, pero habréis notado que en el mar no hay más derecho que la fuerza —expuso él con una sonrisa que cubrió su cara de arrugas—. Yo soy soldado viejo y hombre endurecido en la pelea, y vosotros, dos mozalbetes inexpertos. Yo tengo un cuchillo, mientras a vosotros os faltan las armas. ¿Comprendéis el valor de mi argumento? Queda, por tanto, en pie la cuestión sobre el final de nuestro viaje.

Al oír estas expresiones, me quedé mirándolo cara a cara con el remo en la mano.

—Os habéis jactado de poder nadar hasta Portsmouth —repliqué—, y, en efecto, vais a hacerlo ahora mismo. ¡Al agua, al instante, canalla, o de otro modo os arrojaré yo mismo de cabeza, tan cierto como me llamo Micah Clarke!

—¡Tirad el cuchillo u os atravieso con el bichero! —exclamó Reuben poniéndolo de punta a pocas pulgadas de la garganta del desconocido.

—¡Voto a tal, si esto no ha de ser lo más conveniente! —dijo envainando su cuchillo y sonriéndose con dulzura—. Me gusta poner a prueba el ánimo de la gente joven. Soy como el acero, ¿sabéis?, que hace saltar las chispas del pedernal… Es una comparación de mérito, y que el mismo Samuel Butler, el hombre más ingenioso que jamás se ha conocido, no consideraría indigna de sí. Esto —continuó, palpando una protuberancia que yo había advertido en su pecho— no es una deformidad natural, sino un ejemplar de aquel inestimable *Hudibras* que sabe unir la ligera delicadeza de Horacio a la franca jovialidad de Catulo. ¿Qué os parece la crítica, eh?

—¡Venga ese cuchillo! —dije yo con acento firme.

—Ciertamente —repuso el náufrago, mientras me lo alargaba con una cortés inclinación—. ¿Hay algo más en que yo pueda serviros? Estoy dispuesto a entregaros cualquier cosa para complaceros, con tal de que no se trate de mi buen nombre y reputación de soldado, o de este mismo ejemplar de *Hudibras* que llevo siempre en mi seno, junto con un tratado latino sobre los usos de la guerra, compuesto por cierto autor que por razón de su nacionalidad se denomina Flamenco y está impreso en Lieja, en los Países Bajos.

Me senté a su lado empuñando el cuchillo y dije a Reuben:

—Boga con los dos remos; yo me encargaré de tener cuidado de este perillán para evitar que nos la pegue. Me parece que tienes razón y que el hombre es sencillamente un pirata. Pero yo le aseguro que ha de ir a parar a manos de la justicia, tan pronto como lleguemos a Havant.

El extranjero se inmutó al oírme, y creí que su sangre fría le abandonaba por un momento, porque su semblante reflejaba profunda contrariedad.

—Aguardad un momento —repuso—; me habéis dicho que os llamáis Clarke y que vivís en Havant. ¿Conocéis a Joseph Clarke, el viejo *cabeza redonda* de aquella villa?

—¡Ya lo creo que le conozco! —respondí—. ¡Como que es mi padre!

—¡Hola! ¿Conque esas tenemos? —repuso él dando una carcajada—; pues habéis de saber entonces que cuento con un medio de haceros caer de rodillas a mis pies. ¡Mirad, joven, mirad esto! —Y mientras así hablaba, sacó de su bolsillo interior un paquete de cartas, envuelto en un trozo de paño alquitranado, y después de abrirlo, eligió una de entre ellas, la puso sobre mis rodillas y dijo señalando el sobre con su largo y delgado dedo—: ¡Leed!

Allí aparecía escrito en grandes y claros caracteres: «Para Joseph Clarke, comerciante de cueros de Havant, por mano de maese Decimus Saxon, copropietario del barco *Providence*, que hace la navegación de Ámsterdam a

Portsmouth». El sobre estaba sellado por ambos lados con placas macizas de lacre rojo, y además precintado con una ancha tira de seda.

—Veintitrés como esta tengo que entregar en los alrededores de vuestro pueblo —observó—. Eso os demostrará qué clase de relaciones son las de Decimus Saxon. ¡Veintitrés vidas y libertades están en mis manos! Ya veis, joven, las facturas y conocimientos de embarque no suelen hacerse de ese modo. Lo que trae este viejo no tiene nada que ver con un cargamento de pieles flamencas. Se trata de otras pieles en las que están interesados los corazones de los buenos ingleses, o, mejor dicho, las espadas y el valor de los que estén dispuestos a pelear por su libertad y su religión. Yo arriesgo mi vida para llevar esta carta a vuestro padre, y en cambio vos, su hijo, me amenazáis con entregarme a la justicia. ¡Qué vergüenza! ¡Qué infamia! Perdonad que yo mismo me sonroje al ver vuestro comportamiento.

—No entiendo lo que queréis decir —respondí—. Hablad más claro si queréis que os comprenda.

—Y ese mozo, ¿es persona de fiar? —preguntó moviendo la cabeza en dirección a Reuben.

—Tanto como yo mismo.

—¡Magnífico! —dijo entre burlón y sonriente—. David y Jonatás, o para decirlo en términos más clásicos y menos escriturarios, Damón y Pitias, ¿verdad?… Pues bien, estos papeles proceden de los leales que están en el extranjero, de los desterrados en Holanda, ¿comprendéis?, que proyectan hacer una revolución y venir a ver al rey Jacob en su mismo país con las espadas ceñidas al cinto. Las cartas son para aquellas personas de quienes esperan apoyo, y les participan cuándo y dónde piensan hacer el desembarco. Ahora bien, mi querido joven, no se os ocultará que en lugar de estar yo en vuestro poder, sois vos quien está en el mío tan completamente, que me basta pronunciar una palabra para arruinar a toda vuestra familia. Pero, tranquilizaos: Decimus Saxon es noble y fiel, y esa palabra no saldrá nunca de sus labios.

—Si todo eso es verdad —repuse—, y si vuestra misión es verdaderamente la que habéis dicho, ¿por qué hace un instante intentabais marchar a Francia?

—La pregunta está en su punto; pero la respuesta es bastante sencilla —replicó—.

Por más ingenuos y bondadosos que parezcan vuestros rostros, no puedo leer en ellos que seáis *whigs* y amigos de la antigua y buena causa. Vosotros podíais llevarme en presencia de los cobradores de tributos o de otros

funcionarios que hubieran querido registrar todos mis papeles, con lo cual correría grave peligro mi comisión. Antes que eso, prefería hacer el viaje hasta Francia en un sencillo bote abierto.

—Os llevaré a casa de mi padre —repuse después de meditar algunos momentos—. Allí podréis entregar vuestra carta y probar que vuestra historia es verdadera. Si realmente sois hombre de nobles sentimientos, encontraréis una calurosa acogida; pero si, como sospecho mucho, resulta que sois un pillo, no esperéis hallar misericordia.

—¡Bravo mozo! Habláis como el ministro de Justicia de Inglaterra. Ya lo decía el viejo poeta:

En su prudente labio
siempre brillaba la dicción del sabio.

Pero los versos citados no hablan de amenaza, que es la mercadería en que más os gusta tratar.

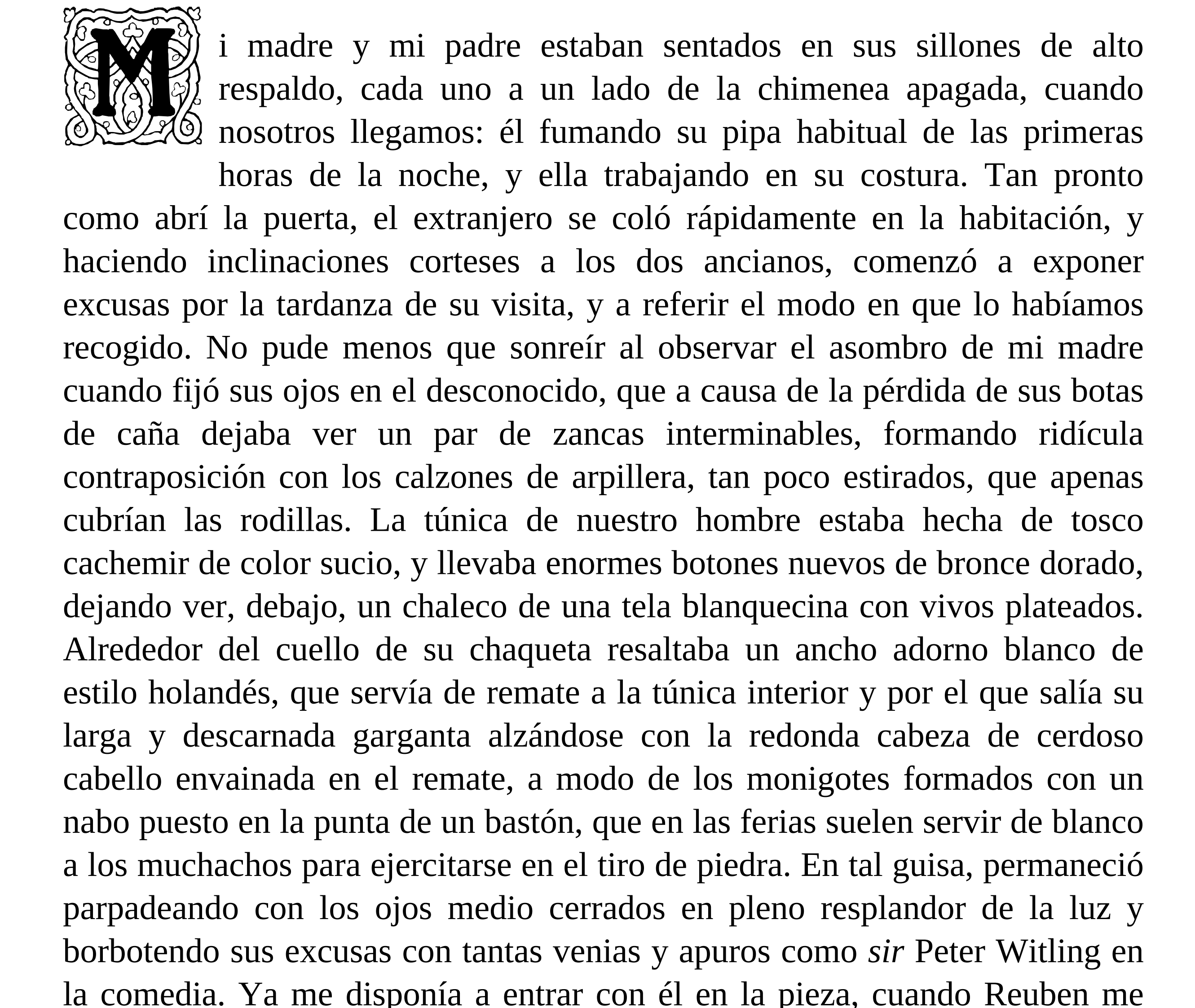
Osado y arrogante,
soltaba una amenaza a cada instante.

¿Qué tal, eh? El mismo Walter no hubiera redondeado tan bien el asunto en versos pareados.

Entretanto Reuben no había dejado de remar, y a la sazón penetrábamos en la bahía, deslizándonos rápidamente por la superficie tranquila de la misma. Sentado en las escotas, me puse a pensar en lo que había dicho el desconocido. Eché una ojeada por encima de su hombro a las señas de algunas cartas y leí: «Steadman de Basingstoke», «Wintle de Alresford», «Fortescue de Bognor»; todos ellos eran jefes bien conocidos de los disidentes. Si aquellas cartas contenían lo que decía el extraño mensajero, era fácil comprender que se preciara de tener en sus manos la suerte de aquellos hombres. El gobierno se alegraría sobremanera de poder invocar una razón poderosa para castigar duramente a sus adversarios. Convenía, bien pensado todo, tratar cuidadosamente el asunto; por lo que le devolví el cuchillo a nuestro prisionero y le hablé con mayor consideración. Era ya casi de noche cuando amarramos el bote, y estaba completamente oscuro antes de que llegáramos a Havant. Esta circunstancia fue, por cierto, afortunada, porque el estado de nuestro compañero, descalzo, sin sombrero y empapado de agua, forzosamente hubiera dado que decir, y aun tal vez llamado la atención de las autoridades. En cambio, apenas tropezamos con alma viviente hasta llegar a la puerta de mi casa.

V

SOBRE EL HOMBRE DE LOS PÁRPADOS CAÍDOS



Mi madre y mi padre estaban sentados en sus sillones de alto respaldo, cada uno a un lado de la chimenea apagada, cuando nosotros llegamos: él fumando su pipa habitual de las primeras horas de la noche, y ella trabajando en su costura. Tan pronto como abrí la puerta, el extranjero se coló rápidamente en la habitación, y haciendo inclinaciones corteses a los dos ancianos, comenzó a exponer excusas por la tardanza de su visita, y a referir el modo en que lo habíamos recogido. No pude menos que sonreír al observar el asombro de mi madre cuando fijó sus ojos en el desconocido, que a causa de la pérdida de sus botas de caña dejaba ver un par de zancas interminables, formando ridícula contraposición con los calzones de arpillera, tan poco estirados, que apenas cubrían las rodillas. La túnica de nuestro hombre estaba hecha de tosco cachemir de color sucio, y llevaba enormes botones nuevos de bronce dorado, dejando ver, debajo, un chaleco de una tela blanquecina con vivos plateados. Alrededor del cuello de su chaqueta resaltaba un ancho adorno blanco de estilo holandés, que servía de remate a la túnica interior y por el que salía su larga y descarnada garganta alzándose con la redonda cabeza de cerdoso cabello envainada en el remate, a modo de los monigotes formados con un nabo puesto en la punta de un bastón, que en las ferias suelen servir de blanco a los muchachos para ejercitarse en el tiro de piedra. En tal guisa, permaneció parpadeando con los ojos medio cerrados en pleno resplandor de la luz y borbotendo sus excusas con tantas venias y apuros como *sir* Peter Witling en la comedia. Ya me disponía a entrar con él en la pieza, cuando Reuben me tiró de la manga deteniéndome.

—No, Micah —dijo— yo no necesito entrar contigo; de todo esto va a salir algún disgusto grave… Mi padre, es verdad, gruñe y maldice, cuando se

calienta un poco bebiendo; pero es fiel a la Iglesia anglicana y hombre tan pacífico, que huye de todos esos quebraderos de cabeza.

—Tienes razón —respondí—; tú no necesitas meterte en tales líos; pero haz el favor de no decir una palabra de lo que has visto.

—Puedes estar seguro de que callaré como un muerto —replicó, y apretándome la mano, salió, desapareciendo en la oscuridad.

Cuando volví a la sala, observé que mi madre se había retirado apresuradamente a la cocina, donde sonaban chasquidos de partir leña, indicio de que estaba preparando una buena fogata. Decimus Saxon se había sentado en un extremo del cofre de roble con guarniciones de hierro, y observaba atentamente con sus brillantes ojillos a mi anciano padre ocupado en calarse las antiparras y romper los sellos del paquete que su extraño visitante acababa de entregarle.

Poco después vi que el anciano miraba la firma puesta al final de la extensa y engrosada carta, lo cual le hizo dar un profundo suspiro de sorpresa y quedar inmóvil algunos momentos contemplándola. Evidentemente, las noticias no eran malas, porque sus ojos brillaron de alegría cuando suspendió la lectura y reía con fuerza varias veces. Al fin preguntó a Saxon cómo había caído en su poder aquella misiva y si tenía noticia de su contenido.



—En cuanto a lo primero —respondió el interrogado—, debo decir que me la dio el mismísimo Dicky Rumbold en persona y en presencia de otros individuos que no me está bien nombrar. Y, por lo que atañe al contenido, vuestro buen sentido os dictará que difícilmente había que arriesgar mi vida para llevar un mensaje no sabiendo cuáles pudieran ser su objeto y naturaleza… No soy tan nuevo en el oficio, señor. Por mis manos han pasado, sin extraviarse nunca, proclamas, carteles, misivas de guerra, peticiones de tregua, propuestas de armisticios y otros documentos de análoga importancia.

—Perfectamente —asintió mi padre—. Y vos mismo ¿sois del número de los verdaderos fieles?

—Al menos espero ser de los que están en el camino estrecho y difícil —replicó Decimus hablando por la nariz, como acostumbraban los sectarios de ideas extremosas.

—Camino es ése en que no hay prelado capaz de servirnos de guía —dijo mi padre.

—Y en el que el hombre es nada y el Señor lo es todo —añadió Saxon.

—¡Bien! ¡Muy bien! —exclamó su interlocutor—. Micah, lleva a este señor a mi cuarto y pon a su disposición ropa blanca que esté seca y el segundo de mis dos mejores vestidos de terciopelo de Utrecht. Que se sirva de él hasta que los suyos estén en las debidas condiciones. Mis botas, también, quizás le sean útiles… me refiero a las botas de montar, de cuero crudo… Encima de ellas, en el armario, está colgado un sombrero con cinta y guarniciones de plata… Procura que no eche de menos nada de cuanto en casa podemos suministrarle. La cena estará pronta, cuando se haya mudado de vestido… Haced el favor de ir enseguida, maese Saxon, no sea que pesquéis un resfriado.

—Una sola cosa falta —dijo nuestro visitante levantándose solemnemente de la silla y cruzando sus nervudas manos—. No dilatemos un momento más en elevar una plegaria al Todopoderoso por sus múltiples beneficios, y especialmente por la gran merced que se ha dignado concedernos, librándome a mí y a mis cartas de la voracidad del piélago profundo, lo mismo que libró a Jonás de los malvados que lo arrojaron por la borda y aun quizá dispararon contra él falconetes, por más que las Sagradas Letras no den noticia de este pormenor. ¡Oremos, pues, amigos míos!

Entonces rezó una larga oración de acción de gracias en un chillón canturreo, y terminó pidiendo luz y gracia para la casa y sus moradores. Después de concluir con un sonoro amén, se dejó conducir a las habitaciones superiores, adonde mi madre, que le había escuchado con gran edificación,

acudió presurosa a servirle un vaso de *whisky* verde, con diez gotas de elixir *Daffy*, que era su soberano récipe contra los efectos de una caladura. No había suceso alguno en la vida, desde un bautismo a un matrimonio, para el que no tuviera el recetario de mi madre alguna comida o bebida adecuada; ni existía dolencia humana para la que no contuviera nuestro bien provisto aparador algún remedio agradable.

Maese Decimus Saxon, vestido con el traje de terciopelo negro de Utrecht usado por mi padre en los días festivos y luciendo sus botas de montar de cuero crudo, parecía un personaje muy distinto del astroso perdulario que se nos había metido, como un congrio, en nuestro bote de pescar. Cualquiera diría que, con su nuevo vestido, Decimus había mudado enteramente de maneras, porque, durante la cena, trató a mi madre con ciertos humos de señoril galantería, que por cierto le sentaba mejor que el petulante y locuaz descaro que nos había demostrado a Reuben y a mí. A decir verdad, si ahora guardaba un comportamiento más reservado, había fundadas razones para ello, porque su boca, incesantemente ocupada en devorar, tenía poco tiempo para intervenir en la conversación. Al fin, después de haber hecho los honores a un plato de fiambre de buey y a un pastel de gallina, seguido de una perca de dos libras, que los comensales pudimos rociar con repetidos tragos de cerveza, nuestro hombre nos miró a todos sonriente, para manifestarnos que sus necesidades corporales habían sido satisfechas por aquella vez.

—Tengo por regla —observó— obedecer el sabio precepto que recomienda levantarse de la mesa con apetito bastante para comer otro tanto como lo que se ha comido.

—De lo que me habéis dicho, señor, colijo que habéis pasado por duros trances en la milicia —observó mi padre cuando estuvo quitada la mesa y mi madre se hubo retirado a dormir.

—Soy un veterano de la guerra —respondió nuestro visitante mientras atornillaba los tubos del mango de su pipa—, un viejo alano de antigua casta. Mi cuerpo lleva las señales de muchos mandobles y heridas recibidas peleando a favor de la fe protestante, aunque también algunos tengan su origen en las campañas contra los turcos en beneficio de toda la cristiandad. Todo el mapa de Europa, señor, está salpicado con mi sangre. Debo, no obstante, confesar que algunas veces la derramé no por una causa pública, sino para defender mi propio honor en un duelo o reyerta de índole privada como los que se estilan en las naciones del Norte. Es necesario que todo caballero de distinción, obligado a vivir como extraño en países extranjeros, se porte con alguna arrogancia en ciertos lances, porque representa, por

decirlo así, a su país, cuyo buen nombre debe serle más querido que el suyo propio.

—En tales ocasiones el arma sería la espada, ¿no es verdad? —preguntó mi padre, moviéndose inquieto en su asiento, como solía hacer cuando se despertaban sus antiguos instintos.

—Para mí son iguales todas las armas, montante o espadín, espada de Toledo o espontón, hacha de batalla o pica, media pica o alabarda y hasta lo que los alemanes llaman *morgenstiern*. Sin faltar a la modestia, puedo decir que con chafarote, espada y daga, espada y rodela, sable curvo sencillo, o compuesto, lo mismo que con otra arma me atrevo a sostener combate contra cualquier hombre, por más experto que sea, sin otra excepción que la de mi hermano mayor, Quartus.

—A fe mía —dijo mi padre con los ojos brillantes de entusiasmo—, si tuviera veinte años menos, habíamos de medir nuestras fuerzas, porque hombres valerosos y avezados al combate elogiaron siempre mi esgrima de montante. Dios me perdone si vuelvo todavía a tales vanidades.

—Hombres piadosos y santos han hablado de ellas delante de mí —observó Saxon—. El mismo maese Richard Rumbold hablaba de sus hazañas, refiriéndoselas al duque de Argyle. ¿No sonó por entonces el nombre de un escocés llamado Storr o Stour?

—¡Ah!, sí, ya caigo, Storr de Drumlithie. En vísperas de la batalla de Dunbar estuvo a punto de alcanzarle con un tajo que dio en el arzón de su caballo en una escaramuza. ¿De manera que Richard Rumbold no lo había olvidado?, ¿eh? Richard fue siempre un bravo lo mismo en el campo de batalla como en el retiro de la oración. Hemos cabalgado juntos en los combates, y buscado la verdad unidos en el oratorio. ¡Vaya! ¿Conque Richard piensa vestirse de nuevo la armadura? Su genio no le permitiría estar tranquilo, si se da un golpe a favor de nuestra fe pisoteada… puede suceder que la ola de la guerra tome ese rumbo, y entonces también yo… ¡Quién sabe! ¡Quién sabe!

—Aquí tenéis un esforzado guerrero —dijo Saxon, pasando su mano por debajo de mi brazo—. No le faltan nervio y bravura, y sabe emplear palabras fuertes si se ofrece la ocasión, como he podido conocer por mí mismo en el escaso tiempo transcurrido desde nuestra primera entrevista. ¿No sería conveniente que tuviera también parte en esta contienda?

—Ya discutiremos ese asunto —respondió mi padre mirándome con aire pensativo, al amparo de sus cejas—. Al presente, amigo Saxon, he de rogaros

que nos refiráis con mayor detenimiento la historia de lo ocurrido esta tarde. Si no me engaño, mi hijo Micah os sacó del mar. ¿Cómo fuisteis a parar a él?

Decimus Saxon guardó silencio algunos minutos mientras chupaba su pipa lanzando espesas bocanadas de humo, como quien recuerda los hechos y los dispone en el orden debido.

—El hecho ocurrió del modo siguiente —dijo por fin—. Cuando John de Polonia arrojó al turco de las puertas de Viena, la paz reinó en los principados, y muchos caballeros andantes como yo quedaron sin ocupación. No había guerra de importancia, reduciéndose todo a algunas escaramuzas en Italia, en las que difícilmente podía ningún soldado ganar dinero ni reputación; por lo que me di a vagar por el continente, muy contrariado de ver que en todas partes dominaba una extraña paz. Llegué por fin a los Países Bajos, y allí supe que el *Providence*, barco equipado y mandado por sus mismos propietarios, que eran mis dos hermanos, Nonus y Quartus, estaba a punto de zarpar de Ámsterdam para un viaje de aventuras a la costa de Guinea. Les propuse entonces unirme a ellos, y se me admitió en el negocio como asociado con tal de que pagara una tercera parte de los gastos de la expedición. Mientras permanecía en el puerto, se me ocurrió tropezar con algunos desterrados de este país, y habiendo sabido mi adhesión a la causa protestante, me presentaron al duque de Argyle y al señor Rumbold, quienes me confiaron estas cartas. Ahí tenéis el modo de cómo vinieron a mi poder.

—Resta que nos digáis ahora cómo fuisteis a parar al agua —sugirió mi padre.

—Cosa de la mismísima casualidad —respondió el aventurero un poco turbado—. Podría decir que el hecho ha sido uno de los azares de la guerra, o más bien, de la paz. Había yo rogado a mis hermanos que tocáramos en Portsmouth a fin de entregar las cartas que llevaba; pero ellos replicaron con modales descompuestos y rudos que estaban aguardando todavía las mil guineas correspondientes a mi participación en la aventura. Les dije en tono de fraternal confianza que, siendo una cantidad tan mezquina, se la pagaría con los beneficios ganados en la empresa. Su respuesta fue que yo había prometido entregar al punto el dinero, y que necesitaban tenerlo en su poder sin más dilación. Entonces intenté demostrarles, tanto por el método de Aristóteles como por el de Platón, esencialmente deductivo, que, no teniendo guineas en mi poder, me era imposible entregarles, ni una ni mil, no sin indicarles al mismo tiempo que el hecho mismo de asociárseles en el negocio un hombre honrado como yo constituía una cumplida remuneración del dinero que ellos ponían, puesto que sus reputaciones dejaban mucho que

desear. No contento con esto, les ofrecí en el mismo tono franco y amistoso batirme con cualquiera de ellos, en singular combate, a sable o a pistola, proposición que hubiera agradado a cualquier caballero celoso de su honor. Mas ellos, que son hombres animados de bajos sentimientos mercantiles, tomaron, al oírme, dos mosquetes, uno de los cuales descargó contra mí Nonus; y Quartus hubiera seguido probablemente su ejemplo, al no arrancarle yo el arma de la mano y descargarla para evitar mayores males. En la operación mencionada, recelo que una de las postas debió de abrir algún orificio en la piel de mi hermano Nonus. Viendo que había probabilidades de que la contienda continuara a bordo del barco, resolví inmediatamente abandonarlo, y al efecto tuve que quitarme mis excelentes botas de caña, que, al decir del mismo Vanseddars, eran el mejor par salido de su tienda, con excelentes tacones cuadrados, doble suela y, ¡oh, desgracia irremediable!, con un becerro de primera calidad.

—¡Extraña coincidencia, la que hayáis sido recogido por el hijo de la misma persona para quien teníais una carta!

—Disposición sabia y amorosa de la Providencia —respondió Saxon—. Pero conservo aún otras veintidós misivas que deben ser entregadas en mano. Si me permitís permanecer en vuestra casa algún tiempo, de buena gana establecería en ella mi cuartel general.

—Figuraos desde ahora que estáis en una morada que os pertenece, y no se hable más del asunto —repuso mi padre.

—Favor que os agradezco de todas veras, señor —añadió Decimus, poniéndose de pie y haciendo una reverencia con la mano puesta en el corazón—. Es, en verdad, un excelente refugio donde descansar, después de la irreligiosa y profana compañía de mis hermanos. ¿Os parece conveniente que terminemos con un himno nuestras faenas del día?

Accedió a ello mi padre de buen grado, y todos juntos cantamos el *¡Patria feliz!* después de lo cual nuestro huésped me siguió a su cuarto, llevando consigo la botella de *whisky*, no terminada aún, y que mi madre había dejado sobre la mesa. Explicó el hecho de apropiarse lo que restaba del licor, diciendo que lo tomaba para evitar la reaparición de unas fiebres persas, adquiridas en una batalla contra los otomanos. Lo dejé en el mejor cuarto que teníamos de repuesto, y volví al lado de mi padre, que continuaba sentado todavía en su antiguo rincón profundamente pensativo.

—¿Qué pensáis de mi hallazgo, padre? —pregunté.

—Que es un hombre de prendas y de piedad —contestó—; y, a la verdad, me ha traído noticias tan gratas, que no hubiera podido menos de dispensarle

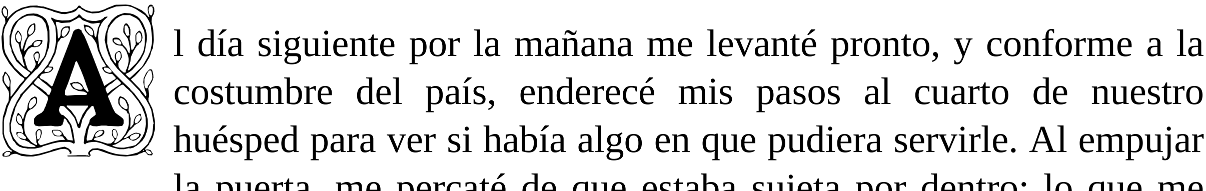
en mi casa la acogida más amistosa, aunque hubiera sido el mismo papa de Roma.

—¿Qué noticias son ésas?

—¡Aquí, aquí! —exclamó arrebatado de gozo mientras sacaba nerviosamente del seno una carta—, hay cosas extraordinarias y voy a leértelas, muchacho. Pero no; tal vez sea mejor consultar el asunto con la almohada y darte a conocer mañana el contenido de esta carta, cuando estén más despejadas nuestras cabezas. ¡Quiera el Señor guiar mis pasos y confundir al tirano! Pide luz, muchacho, porque están en litigio mi vida y la tuya.

VI

DE LA CARTA QUE VINO DE LOS PAÍSES BAJOS



Al día siguiente por la mañana me levanté pronto, y conforme a la costumbre del país, enderecé mis pasos al cuarto de nuestro huésped para ver si había algo en que pudiera servirle. Al empujar la puerta, me percaté de que estaba sujeta por dentro; lo que me sorprendió aún más porque sabía que del lado interior de la habitación no había llave ni cerrojo. Sin embargo, insistí, y cuando comenzó a ceder, pude observar que se había colocado un pesado cofre, el que siempre estaba puesto al lado de la ventana, a fin de impedir toda intrusión. Semejante cautela, tomada en casa de mi padre, como si fuera una guarida de ladrones, me indignó de tal modo, que di un empujón con el hombro y arrastré el arca, dejando libre el camino para entrar en la pieza.

El buen Saxon estaba sentado en la cama, mirando con extrañeza a su alrededor como si quisiera cerciorarse del lugar donde se encontraba. Tenía atado alrededor de la cabeza un pañuelo blanco, a guisa de gorro de dormir, y su semblante afeitado y de expresión hosca, junto con su huesuda y angulosa figura, le daba cierto parecido a una vieja de elevada estatura. Al lado de su cama yacía la botella de *whisky* completamente vacía. Evidentemente se habían realizado sus temores y le había asaltado un acceso de fiebre persa.

—¡Ah, mi joven amigo! —dijo por fin—. ¿Es acaso costumbre en esta parte del país tomar las habitaciones de los huéspedes por asalto o escala en las primeras horas de la mañana?

—¿Y es acaso costumbre de ninguna parte —pregunté a mi vez en tono serio— poner barricadas en la puerta del dormitorio, cuando se descansa bajo el techo de un hombre honrado? ¿Qué temíais, para tomar semejante precaución?

—Está visto que sois inflamable como la pólvora —replicó dejándose caer sobre la almohada y componiendo las ropas del lecho—; una cabeza de

fuego, o para decirlo en alemán, *ein feuerkopf*, y en ocasiones, *ein tollkopf*, que significa literalmente «cabeza de tonto». Vuestro padre, según mis noticias, fue un hombre valiente y recio, cuando corría por sus venas sangre joven; pero en cuanto a vos, me inclino a pensar que no sois como él. Sabed, por tanto, que el portador de papeles comprometedores, *documenta preciosa sed periculosa*, precisa no dejar nada al riesgo, tomando todas las precauciones necesarias para cumplir fielmente el encargo que se le ha confiado. Verdad es que estoy en la casa de un hombre honrado; pero ignoro quiénes pueden entrar o salir durante las horas de la noche. Y baste por ahora con lo dicho. En breve me tendréis a vuestra disposición.

—Vuestros vestidos están secos y preparados —observé.

—¡Basta! ¡Basta! —repuso—. No quiero discusiones sobre el traje que vuestro padre me ha prestado. Tal vez estoy acostumbrado a mejores cosas, pero las que ahora tengo me servirán perfectamente. Al fin y al cabo, el campo no es la corte.

Para mí era evidente que el vestido de mi padre superaba incomparablemente, así en la tela como en la calidad, al que nuestro visitante había traído. Pero, como éste hubiera sepultado su cabeza bajo las ropas de la cama, allí no había más qué decir, y bajé a la sala del primer piso, donde hallé a mi padre ocupado en sujetar una hebilla nueva al cinturón de la espada, mientras mi madre y la sirvienta preparaban el almuerzo.

—Ven conmigo al cercado de las tenerías, Micah —dijo mi padre—; tengo que decirte una cosa.

Los operarios no habían venido todavía a su trabajo; de modo que salimos a respirar el aire puro de la mañana y nos sentamos en el poyo formado por la piedra donde se adobaban las pieles.

—Antes de ahora he estado aquí —comenzó mi padre—, ejercitándome en el manejo del montante, y veo que no me falta la agilidad de otros días para las estocadas, pero mis tajos son demasiado lentos y poco seguros. Tal vez pudiera servir de provecho en un apuro, pero ¡ay!, no soy el mismo espadachín que cabalgó al frente de la división izquierda en el mejor regimiento de caballería del mundo. «El Señor lo había dado y Él lo quitó», pero, si es verdad que estoy viejo y gastado, en cambio, puede reemplazarme un descendiente mío, esgrimiendo la misma espada en defensa de una causa idéntica. Tú irás en mi lugar, Micah.

—¡Yo iré en vuestro lugar! ¿Y adónde?

—Silencio, muchacho, y escucha. Que no se entere tu madre del asunto, porque las mujeres tienen el corazón demasiado tierno. Cuando Abraham se

dispuso a hacer el sacrificio de su primogénito, se me figura que no debió de dar a Sara grandes noticias. Aquí está la carta. ¿Sabes quién es este Richard Rumbold?

—Recuerdo haberos oído hablar de él como de un antiguo compañero.

—El mismo: un hombre leal, constante y sincero. Tan leal se ha mostrado, hasta en combatir a sus enemigos, que cuando el ejército de los buenos se dispersó, no abandonó su celo al abandonar el coleto de ante. Emprendió un negocio como fabricante de malta en Hoddesdon, y en su casa se fraguó el famoso complot de Rye House, en el que salieron perjudicados tantos inocentes.

—¿Pero, no es verdad que fue un complot de asesinos? —pregunté.

—¡Ea! ¡Ea! No nos dejemos extraviar por denominaciones apasionadas. Aquellos hombres no maquinaron ningún asesinato: eso es una vil calumnia de las malas lenguas. A la plena luz del día proyectaban dar el golpe, treinta de los conjurados contra cuarenta de la Guardia Real, cuando Charles y James pasaran en dirección a Newmarket. Si los reales hermanos habían de recibir un pistoletazo o una cuchillada, sería en lucha franca y con riesgo de sus asaltantes. Aquello era cosa de dar y recibir, no de asesinar.

Se detuvo y se quedó mirándome como si quisiera escudriñar mis más íntimos pensamientos y aguardando sin duda que yo le contestara; pero en realidad no podía decirle que estuviera conforme, porque un ataque dirigido contra las vidas de hombres desarmados y enteramente desprevenidos no era justificable en mi opinión, aunque esos hombres fueran escoltados.

—Al fracasar el plan —continuó mi padre—, Rumbold tuvo que salvarse huyendo, y logró burlar la persecución de los agentes del gobierno y llegar a los Países Bajos. Allí se encontró con muchos otros fugitivos que también eran adversarios del régimen existente. Los continuos mensajes que recibieron de Inglaterra, especialmente de los condados del oeste y de Londres, les aseguraban que sólo con intentar una invasión podrían contar con la ayuda de hombres y dinero. Sin embargo, por algún tiempo echaron de menos la falta de representación de un jefe prestigioso, capaz de llevar a cabo tan gran proyecto. Pero ahora, por fin, ya tienen uno, que es el mejor en que pudieron haber pensado, el protestante de alcurnia regia, muy amado por el pueblo, James, duque de Monmouth, hijo de Charles II.

—Pero hijo ilegítimo —observé yo.

—Eso será o no será verdad. Hay quien dice que Lucy Walters estuvo casada con el rey; pero, bastardo o no, sostiene los verdaderos principios religiosos y cuenta con el amor del pueblo. Deja que aparezca en el oeste y

verás cómo brotan por todas partes soldados, como brotan las flores en primavera.

Se detuvo al llegar aquí y me condujo al extremo más lejano del cercado donde teníamos los curtidos, porque los operarios habían comenzado a llegar y a formar corrillos a nuestro alrededor.

—Monmouth está ya en camino para Inglaterra —continuó—, y espera que se agrupen en torno a su bandera todos los protestantes de corazón. El duque de Argyle capitaneará una expedición separada a la que se unirán los montañeses de Escocia. Con el auxilio de ambos, espero que salga humillado el tirano perseguidor de los verdaderos fieles… Pero estoy oyendo la voz de nuestro mensajero Saxon, y no quiero que diga que le he tratado de cualquier modo… Aquí está la carta, muchacho. Léela con cuidado y no olvides que cuando los valientes luchan en defensa de sus derechos, no debe faltar a su lado alguien que represente la antigua casa rebelde de Clarke.

Tomé la carta que mi padre me entregaba, y echándome a vagar por los campos, me acomodé bajo un árbol y me puse a leerla. Este pliego amarillo que veis en mi mano es el mismo de que fue portador Decimus Saxon, y el que leí en aquella hermosa mañana de mayo medio oculto entre las ramas de un espino:

A mi amigo y compañero en la causa del Señor, Joseph Clarke.

> Sabrás, amigo, que se acerca la liberación de Israel, y que el malvado rey, junto con todos sus partidarios, caerá vencido y enteramente derrotado, de modo que su memoria quedará borrada del país. Apresúrate, pues, a dar testimonio de tu fe, a fin de que no faltes en el día de la prueba.
>
> De cuando en cuando han venido reuniéndose en esta buena ciudad luterana de Ámsterdam muchos miembros de la afligida Iglesia, procedentes no sólo de nuestro país, sino también de Escocia; y su número ha crecido de tal suerte, que creen estar en condiciones de acometer una gran empresa. Porque se encuentran entre nosotros lord Grey de Wark, Wade, Dare de Taunton, Ayloffe, Holmes, Hollis, Goodenough y muchos otros que ya conocerás. Entre los escoceses se cuentan el duque de Argyle, que ha sufrido mucho por la causa del Covenant[2], hecho para asegurar la libertad civil y religiosa, *sir* Patrick Hume, Fletcher de Saltoun, *sir* John Cochrane, el doctor Ferguson, el mayor Elphinstone con varios más. A éstos; nos hubiéramos complacido en añadir a Locke y al viejo Hal Ludlow, pero de ellos podemos decir lo mismo que dicen las Escrituras de la Iglesia de Laodicea: «no son ni calientes ni fríos».

Pero ha ocurrido ahora que Monmouth, después de haber vivido por largo tiempo en íntimo trato con una mujer madianita, llamada Wentworth, al fin se ha decidido a emprender cosas más arriesgadas, consintiendo en presentar su reclamación a la corona de Inglaterra. Se ha averiguado que los escoceses preferían seguir a un capitán de su país, por lo que Argyle-M'Callum More —como lo llaman los rudos salvajes de Inverary— mandará, conforme a lo convenido, una expedición aparte que desembarcará en la costa occidental de Escocia. Allí hay esperanzas de levantar en armas a cinco mil Campbells, los que se unirán todos los firmantes del Pacto y los *whigs* de Occidente, formando tropas aguerridas y valerosas, como lo hicieron en tiempos pasados, con tal de que tengan jefes temerosos de Dios y experimentados en el conocimiento y usos de la guerra. Con estas fuerzas, el duque de Argyle podrá sostenerse en Glasgow, y arrojar hacia el norte a las tropas del rey. Ayloffe y yo vamos con Argyle. Es probable que pisemos suelo escocés antes que tus ojos lean estas líneas.

La expedición principal saldrá con Monmouth y desembarcará en un punto adecuado del oeste, donde estamos seguros de tener numerosos amigos. No puedo decirte el lugar, por temor de que esta carta se extravíe, pero lo sabrás en breve. He escrito a todos los buenos partidarios de nuestra causa, que moran a lo largo de la costa, pidiéndoles que se preparen para apoyar el levantamiento. El rey es débil y la mayoría de sus súbditos lo odian; bastará, por tanto, un buen golpe para derribarle del trono. Monmouth partirá dentro de pocas semanas, cuando se hayan terminado todos los preparativos y el tiempo sea favorable. Si puedes acudir, sé bien, antiguo camarada mío, que no necesitarás de invitaciones por mi parte para reunirte con los que siguen nuestra bandera. Si, por casualidad, la flaqueza de los años y el hábito de una vida pacífica te impiden secundar nuestros esfuerzos, confío en que has de hacerlo por medio de la oración, a ejemplo del santo profeta del Antiguo Testamento; y puesto que, según me dicen, has prosperado en los bienes de este mundo, tal vez te sea dable equipar uno o dos piqueros y enviar algún donativo para la caja de guerra, que no cuenta con sobrados recursos. Aunque no ponemos nuestra confianza en el oro, sino en el acero y en nuestra buena causa, no por eso dejamos de recibir de buen grado los auxilios pecuniarios. En el caso de sucumbir, caeremos como hombres y cristianos. Mas, si la victoria nos favorece, veremos con qué valor y grandeza de ánimo sabrá soportar la adversidad que se le vendrá encima al perjuro James, perseguidor de los santos, el hombre de corazón de piedra, que sonreía viendo descoyuntar los pulgares

a los verdaderos fieles en Edimburgo. ¡Dígnese el Todopoderoso prestarnos su ayuda!

Mis noticias sobre el portador de esta carta son escasas, y no puedo decirte otra cosa, sino que alardea de pertenecer al número de los elegidos. Suponiendo que te resolvieras a presentarte en el campamento de Monmouth, procura llevar en tu compañía al mensajero, porque me dicen que es guerrero de experiencia, adquirida en las campañas alemanas, suecas y turcas.

Tuyo en la fe de Cristo,

RICHARD RUMBOLD.

Ofrece mis respetos a tu esposa, y recomiéndale que lea la Epístola a Timoteo, capítulo segundo, versículos noveno al quincuagésimo.

Leí con gran atención esta larga misiva, y metiéndola luego en el bolsillo, regresé a casa a tomar el almuerzo. Mi padre me escudriñó, al entrar, con ojos curiosos; pero no pude decirle nada, porque mi espíritu estaba lleno de confusiones y perplejidades.



Aquel día partió Decimus Saxon, con el propósito de hacer una excursión por el país y entregar sus cartas, pero prometiendo volver poco después. Antes de marchar, tuvimos en casa un pequeño percance, y fue que, mientras mis padres y yo hablábamos del viaje de Decimus, Hosea se puso a jugar con el frasco de pólvora que teníamos para nuestras cacerías, y sin saber cómo

estalló repentinamente, dejando cubiertos los muros de trozos de metal. Tan inesperado y estruendoso fue el estallido, que mi padre y yo saltamos de nuestros asientos; pero Saxon, que estaba vuelto de espalda a mi padre, permaneció arrellanado en su silla sin volver la cabeza ni contraer su arrugado rostro con el menor gesto. Por fortuna, nadie salió herido, ni aun el autor de la fechoría; pero el incidente me hizo formar concepto más elevado de nuestro huésped. Al empezar su caminata pasando por la calle principal de la aldea, su seca y estirada figura, de semblante extraño y anguloso, adornada con el sombrero de guarniciones de plata perteneciente a mi padre, atrajo la atención más de lo que yo quisiera, considerando la importancia de los documentos que llevaba y la seguridad de que caerían en poder de las autoridades si a éstas se les ocurría detenerle como a vagabundo. Por fortuna, la curiosidad de mis convecinos se redujo a salir a las puertas y ventanas y a contemplarle con ojos asombrados, mientras el viajero, satisfecho de la atención que excitaba, siguió su camino con la cabeza erguida y blandiendo en la mano un garrote de mi propiedad. Las impresiones que dejaba atrás, en el hogar de su patrón, no podían ser más halagüeñas. Su piedad y los sacrificios que pretendía haber hecho por la fe habían conquistado la benevolencia de mi padre. A la dueña de la casa le había hablado del modo en que se llevan los tocados en Serbia y del método usado en algunas partes de Lituania para conservar hierbas medicinales. En cuanto a mí, confieso que conservaba un vago recelo contra nuestro hombre, estando resuelto a no fiarme de él más de lo que fuera estrictamente necesario, aunque, al presente, por fuerza tenía que tratarle con todos los honores propios a un embajador de amigos nuestros.

Volviendo a la proposición de mi padre, ¿qué resolución convendría tomar? ¿Seguiría los deseos del anciano y desenvainaría mi espada, virgen aún, en defensa de los insurrectos, o permanecería alejado de la lucha, contemplando cómo se desenvolvían por sí mismos los acontecimientos? Desde luego, era más conveniente mi participación en la contienda que la de mi padre. Mas, por otra parte, no sentía gran celo por la causa de la religión, y según mi entender todos tenían sus razones, lo mismo los papistas que los protestantes de la Iglesia oficial y los disidentes, sin que hubiera motivo para derramar por su causa ni una gota de sangre humana. James podría ser muy bien un hombre perjuro y de sentimientos viles; pero a lo que a mí se me alcanzaba, no podía negarse su derecho al trono de Inglaterra; y todas las historias referentes a matrimonios y diligencias secretas eran impotentes para desnaturalizar el hecho patente de la ilegitimidad de su rival, que por tal concepto estaba incapacitado para ceñir la corona. ¿Quién podría señalar el

crimen cometido por el monarca, y que justificara la rebelión de un pueblo que deseaba repudiarle? ¿Quién era el juez en semejante causa? Sin embargo, bien mirado todo, el monarca había faltado públicamente a sus compromisos, y esta infidelidad seguramente eximiría a sus súbditos de los deberes de lealtad. La cuestión era ardua, y para un muchacho de aldea, difícil de resolver; mas, a pesar de todo, había que buscar una solución, y lo antes posible. Tomé, pues, el sombrero y salí a dar una vuelta por el pueblo, revolviendo el asunto en mi cabeza.

Habéis de saber, empero, mis queridos niños, que no era fácil para mí la tarea de ir por la calle engolfado en un asunto serio, porque en cierto modo no había en mi lugar natal otro más mimado que yo por las familiaridades cariñosas de todos, fueran jóvenes o viejos; de suerte que no podía andar diez pasos sin tropezar con algún saludo o forzosa entrevista. Por un lado, no me dejaban a sol ni a sombra mis mismos hermanos, los cuales en esta ocasión se empeñaron en seguirme; y poco después tropecé con los niños del panadero Mitford, que se asieron con fuerza a mis pantalones y las dos niñas del molinero, cada una de las cuales me cogió de la mano. No bien había logrado persuadir a esta gentecilla retozona a que me dejaran continuar mi camino, cuando me salió la señora Fullarton, la viuda, quien comenzó a referirme que se había desmontado la piedra de afilar, y ni ella ni la gente que tenía en casa podían restituirla nuevamente a su sitio. Arreglado este asunto, y cuando proseguía mi camino, no pude pasar frente a la posada, que se honraba con el rótulo de *The Wheatsheaf* sin que el padre de Reuben, John Lockarby, me cortara el paso, insistiendo en que entrara a tomar una copa.

—Vas a probar —me dijo con orgullo— el mejor hidromiel de toda la comarca. ¡Bienvenido por aquí, maese Micah! Un mozo de esa estampa necesita sostener la persona bebiendo de lo bueno.

—Y una malta de esa calidad está pidiendo también un hombre de pelo en pecho —añadió Reuben, que andaba ocupado con el arreglo de las botellas.

—¿Qué te parece, Micah? —preguntó el patrón—. Ayer por la mañana estuvieron aquí el señor Milton con el hijo de John Ferneley, que es de la parte de la ribera, y se empeñaban en sostener que hay por allá un hombre, en el pueblo de Fareham, capaz de luchar contigo, e incluso con otro más corpulento. No tenían inconveniente en apostar cualquier cosa a que su campeón te buscaría las vueltas y daría contigo en tierra.

—¡*Ta, ta, ta*! —respondí—. ¿De modo que me tomáis por un perro de presa y os entretenéis en enseñar mis dientes a toda la comarca? Y bien, ¿qué importa que el hombre ese pueda derribarme a mí o yo a él?

—¿Qué importa? —replicó—. ¡Cómo! ¿La honra de Havant no importa nada?… Pero tienes razón —continuó, después de apurar el contenido de su vaso de cuerno—: ¿qué significa esta pobre aldea ni sus miserables triunfos para un hombre como tú? Porque la verdad es que tú estás aquí tan fuera de sitio como un vino añejo en una cena de coles. Inglaterra entera y no las calles de Havant es el campo que conviene a un hombre de tu temple. ¿Qué tienes tú que ver con la vulgar faena de tundir pieles y curtir cuero?

—A mi padre le gustaría que te echaras por esos mundos a correr aventuras como caballero andante, Micah —dijo mi amigo riendo—. Y bien pudiera ocurrir que te molieran la piel y te curtieran el pellejo.

—¡Oiga! ¿Dónde se ha visto lengua más larga en cuerpo tan corto? —preguntó el posadero—. En Dios y en mi ánima, amigo Micah, hablo con toda seriedad cuando te digo que estás malgastando los años de tu juventud, en que la vida se muestra tan sonriente, y te has de arrepentir, cuando no te queden más que las heces insípidas de la vejez.

—Mi padre está hablando como quien es —repuso Reuben—, pero tiene razón en lo que dice, a pesar de su peculiar manera de expresarlo.

—Lo pensaré —respondí, y despidiéndome de ellos con una muda inclinación, reanudé mi camino.

Zachary Palmer trabajaba puliendo una tabla cuando pasé por su puerta. Levantó la vista y me dio los buenos días.

—Tengo un libro para ti, muchacho —añadió.

—Precisamente acabo de terminar el *Comus* —le respondí, porque me había prestado ese poema de John Milton—. Y, ¿qué libro nuevo es, abuelo?

—Uno de la pluma del docto Locke y trata de los estados y de la ciencia del gobierno. Es pequeño, pero vale por toda una librería. Lo tendrás tan pronto como lo haya terminado, mañana o pasado… ¡Un buen hombre el maestro Locke! ¿No lo tenemos ahora desterrado en los Países Bajos por no querer doblar la rodilla ante lo que su conciencia reprueba?

—Entre los proscritos hay muchos hombres de bien, ¿no es verdad?

—La flor y nata del país —contestó el carpintero—. ¡Desgraciada nación la que arroja de su suelo a los ciudadanos más honrados y valerosos! Temo que se acerca el día en que los hombres tendrán que elegir entre sus creencias y su libertad. Soy un viejo, Micah, pero todavía puedo vivir bastante para ver cosas extrañas en este reino, antes protestante.

—Pero si esos desterrados salieran con su intento —objeté—, pondrían en el trono a Monmouth, trastornando el derecho de sucesión.

—Nada de eso, hombre, nada de eso —replicó el viejo Zachary, dejando el cepillo—. Si se valen del nombre de Monmouth, es sólo para apoyar mejor su causa haciendo ver que tienen un jefe de gran reputación. Pero, si James es arrojado del trono, la Cámara de los Comunes se reuniría para nombrarlo sucesor. Entre los que están detrás de Monmouth, hay muchos que no conspirarían si así no fuera.

—Entonces, abuelo, ya que sois hombre de fiar y que me habéis de decir lealmente vuestro sentir, ¿haría yo bien en seguir la bandera de Monmouth, si llega a levantarse?

El carpintero se atusó la barba blanca y quedó unos momentos pensativo.

—He ahí una pregunta embarazosa —respondió al fin—, y para la que a mi juicio no hay más que una contestación, en especial por lo que al hijo de tu padre se refiere. Suponiendo que se ponga término al gobierno de James, no es tarde aún para conservar a la nación en su antigua fe; pero si se consiente la difusión de la enfermedad, puede suceder que la expulsión del tirano no impida que la mala semilla vuelva a brotar. Mi opinión es, por tanto, que si los desterrados se lanzan a la intentona, todo el que estime en algo la libertad de conciencia debe incorporarse a sus filas. Y tú, hijo mío, que eres el orgullo de la aldea, ¿qué otro uso mejor podrás hacer de tu fuerza que dedicarla a librar al país de tan insoportable yugo? El consejo es revolucionario y peligroso; podría dar lugar a una delación y a la muerte; pero Dios sabe bien que si fueras hijo mío había de decirte lo mismo.

Así habló el viejo carpintero con acento tembloroso y conmovido; después, volvió a cepillar su tabla, mientras yo le di las gracias en breves frases y proseguí mi camino, ponderando las razones que me había expuesto. Mas, apenas me había alejado un poco, cuando la voz bronca de Solomon Sprent vino a sacarme violentamente de mis meditaciones.

—¡Hola, camarada! ¡Cómo por aquí! —gritó a corta distancia de mi oído —. Pero ¿qué? ¿Pensabas pasar por delante de mi proa sin echar el ancla? ¡Arría velas, muchacho! ¡Arría velas!

—¡Perdón, capitán! No os había visto. Iba completamente distraído.

—A la deriva y sin vigías, ¿eh? —continuó Sprent abriéndose paso por la cerca del jardín. ¡Maldita miseria, hombre! No abundan tanto los buenos amigos, que puedas pasar a su lado sin saludar con la bandera. Si llego a tener cañón a bordo, te hago fuego contra la proa.

—No he tenido ánimo de ofenderos, capitán —respondí, porque el veterano parecía irritado—; tengo muchas cosas en que pensar esta mañana.

—Lo mismo me sucede a mí, camarada —repuso con voz más suave—. ¿Qué te parece mi aparejo, eh?

Mientras así hablaba, giró sobre sí lentamente en plena luz del sol, y pude observar que estaba vestido con esmero inusitado. Llevaba un traje azul de paño fino adornado con ocho filas de botones, siendo el calzón del mismo paño que la chaqueta y mostrando en la rodilla una especie de fleco hecho de cinta. El chaleco se distinguía de las demás piezas por su azul más claro, esmaltado de áncoras de plata y guarnecido en la parte superior con un encaje de un dedo de ancho. Sus botas eran tan holgadas, que parecía tener metidos los pies en dos baldes, y lucía al lado un machete sujeto a una bandolera que le cruzaba el pecho pasando por el hombro.

—Me he dado una nueva mano de pintura en toda mi persona —me dijo guiñando el ojo—. ¡Ca… ramba! Aunque viejo, mi barco es todavía nave estanca. Y, ¿qué dirías ahora si supieras que estoy a punto de echar un cabo a una vaquita para traérmela a bordo?

—¿Cómo una vaca? —pregunté con asombro.

—No entiendes, hombre. ¿Por quién me has tomado? Una moza, Micah, una barquichuela tan apretada como jamás navegó con rumbo al puerto del matrimonio.

—¿Conque esas tenemos? —pregunté—. No sabía que estuvierais desposado. Y, ¿cuándo es la boda?

—Despacio, amigo, despacio y ojo a la sonda, porque has salido del canal y entrado en aguas de poco fondo. No hay esponsales todavía. En este momento levo anclas para llegarme a ella e intimarle la rendición. Oye, muchacho —continuó quitándose el gorro y rascándose las hirsutas greñas—, he tenido muchas aventuras con mozas desde Oriente a las Antillas, pero con mozas de esas que encuentran los marineros, todo pintura y enfermedad de bolsillo. Si les arrojas una granada de mano, a la primera explosión arrían la bandera. Ésta es una nave de otro aguante; y si no gobierno con cuidado, lo puede dejar a uno a flor de agua antes de caer en la cuenta de haber dado principio el combate. Vamos a ver, ¿cuál es tu opinión?, ¿deberé colocarme atrevidamente al costado y acosarla con la mosquetería, o ponerme a distancia y romper contra ella fuego de cañón? Pero has de tener en cuenta que yo no soy como vosotros, los hombres de secano, habladores y veletas; y que, si ella quiere un buen compañero, me tendrá a su lado, aunque vengan temporales y arrecien los vientos, en tanto que aguante mi tablazón.

—En el caso que me proponéis, apenas sé qué consejo daros —repliqué —, porque tengo menos experiencia que vos. Pero me atrevería a deciros que

lo mejor que podéis hacer es hablarle con sinceridad en el lenguaje franco de los marinos.

—¡Toma, toma! Ahí está el escollo en que puedo embarrancar: porque falta que ella acepte o no ese lenguaje. Es Phoebe Dawson, la hermana del herrero. Volvamos a echar un trago de un vinillo superior antes de zarpar. Tengo una pipa recién llegada, que no ha pagado al rey una blanca.

—¡Oh! Lo mejor es dejar eso por ahora —respondí.

—¿Eso me dices? Bien, tal vez tengas razón. Suelta las amarras y tiende el velamen, porque vamos a navegar.

—Pero yo no tengo que ver nada en el asunto —le dije.

—¡Ah! ¿Conque no tienes que ver nada? ¿De veras?

El hombre estaba empeñado en que yo había de acompañarle, y se quedó mirándome con severa expresión de enojo.

—No te creía así, Micah. ¿Serías capaz de consentir que este viejo carracón entrara en batalla sin estar tú al lado para disparar una andanada?

—Pero entonces, ¿qué queréis que haga?

—Pues sencillamente ayudarme, conforme lo pida la ocasión. Si me tiro al abordaje, querría que te pusieras a proa para inclinarla. Si la ataco por la parte de babor, tú debes mantenerte a estribor. Si salgo con averías, tú has de continuar el fuego hasta que me repare. ¡Vamos, hombre! Espero que no me has de abandonar.

Las metáforas y conceptos del viejo marino no siempre me eran inteligibles; pero era evidente que se le había metido en la cabeza llevarme en su compañía, cosa que yo estaba resuelto a evitar a todo trance. Al fin, después de largos razonamientos, logré hacerle comprender que mi presencia le serviría de estorbo más que de ayuda y que probablemente sería fatal para el buen resultado de su expedición.

—¡Bien! ¡Bien! —gruñó—. Hasta, ahora no había tenido que pensar en combates de esta índole, y puesto que la costumbre es que cada barco pelee solo, así lo haré. Tú vendrás conmigo dándome escolta, pero te quedarás a la mira en alta mar, dispuesto a echarme a pique si pierdo la serenidad.

Mi espíritu estaba enteramente ocupado con los planes de mi padre y las diversas perspectivas que se me abrían para lo futuro. Con todo, al parecer, era necesario, en vista del obstinado empeño de Solomon, dejar el otro asunto por el momento y seguir esta nueva aventura hasta su desenlace.

—Bueno, conforme, Solomon —repliqué—, pero ten en cuenta que yo no traspasaré los umbrales de la casa.

—Perfectamente, camarada. Puedes divertirte a tu sabor. Yo tengo que navegar contra viento y marea todo el camino. Ella está a la mira, porque la saludé anoche y le hice saber que me tendría allí a eso de las siete de la mañana.

Mientras nos encaminábamos a casa de Phoebe, iba yo pensando en que ella necesitaría aprender los términos de mar para entenderse con el viejo Solomon. De pronto, éste se detuvo y metió las manos en su bolsillo.

—¡Rayos y truenos! —exclamó— se me ha olvidado traer una pistola.

—¡Santo Dios! —repuse asombrado—. ¿Para qué queríais esa pistola?

—Pues para hacer señales con ella —respondió—. ¡Malhaya mi cabeza! ¡Haberme olvidado de una cosa tan necesaria! ¿Cómo va a saber la nave compañera lo que pasa en vanguardia si el buque insignia no lleva artillería? En el caso de que la muchacha acceda a mis deseos, yo podría disparar un cañonazo para que tú lo supieras:

—¡Bah! —respondí— si os quedáis dentro, creeré que todo marcha a pedir de boca.

—Si salgo victorioso, izaré bandera blanca por la parte de proa. Esa bandera significa que ha arriado la suya a la nave enemiga: ¡Ira de Dios! Cuando servía en la santabárbara del viejo barco *Lion*, el día que trabamos combate con la *Spiritus Sanctus*, que llevaba dos ringleras de cañones, con ser la primera vez que oía silbar las balas, no me palpitó el corazón tanto como ahora. ¿No será mejor que nos volvamos con viento en popa y espitemos la pipa de vino?

—No, hombre, no —repliqué cuando llegábamos a la casucha vestida de yedra, tras la cual estaba la herrería del lugar—. ¿Es posible, Solomon? Un marino inglés nunca temió al enemigo, usara faldas o pantalones.

—¡Trágueme el infierno si tal hice! —contestó Solomon levantando sus hombros—; nunca temí ni a los españoles, ni a los holandeses, ni al mismo diablo, como ahora la temo a ella.

Hablando así, entró en la casa, dejándome a mí en la puerta del huerto, entre complacido y contrariado con esta interrupción de mis meditaciones y planes.

A lo que resultó, el marinero no tropezó con grandes dificultades en su pleito y consiguió en breve capturar su presa, para decirlo en el lenguaje que él usaba. Desde el huerto oía yo el bronco murmullo de su voz, interrumpido a trechos por alegres carcajadas que acabaron por un grito débil, lo que a mi juicio significaba que Solomon estrechaba el ataque. Luego hubo un rato de silencio, y al fin vi un pañuelo blanco que ondeaba en la ventana y advertí

además que la misma Phoebe era quien lo agitaba. La muchacha tenía buen parecer y carácter afable, por lo que me alegré en el fondo de mi corazón de que el viejo marino hubiera hallado tan buena esposa que le atendiera.

Aquí dejé definitivamente establecido para el resto de su vida a un buen amigo. Entretanto el otro me advertía que malgastaba mis mejores años en la aldea, y un tercero, que era el más respetable de todos, me aconsejaba sin rodeos ni ambages unirme a los insurrectos, si se ofrecía la ocasión. En el caso de que rehusara, pasaría por la vergüenza de ver a mi anciano padre partir para la guerra mientras yo permanecía tranquilamente en casa. Y, ¿por qué había de rehusar? ¿Por ventura no alimentaba secretamente en mi corazón el deseo de ver algo del gran mundo? ¿Qué mejor ocasión podía presentarse? Mis aspiraciones, el consejo de mi amigo y las esperanzas de mi padre, todo coincidía en señalar la misma dirección.

—Padre —le dije, cuando hubo regresado a casa—, estoy dispuesto a ir donde queráis.

—¡El Señor sea bendito! —exclamó solemnemente—. Quiera Él velar por vuestra vida y mantener vuestro corazón fiel a la causa, que es suya indudablemente.

Y de este modo, mis queridos nietos, quedó tomada la gran resolución y me hallé comprometido en la contienda nacional, a favor de uno de los bandos beligerantes.

VII

DEL JINETE LLEGADO DEL OESTE

Inmediatamente, mi padre se puso a disponer lo necesario para nuestro equipo, proveyéndonos ampliamente de lo que había de servirnos en la campaña tanto a Saxon como a mí, porque había resuelto que la riqueza adquirida en sus últimos años ayudara al triunfo de la buena causa de igual suerte que había cooperado a su triunfo el vigor de la juventud. Fue preciso hacer estos preparativos con la mayor cautela, porque en el pueblo había numerosos prelatistas, es decir, partidarios de la dignidad episcopal; y dada la agitación del espíritu público, cualesquiera diligencias, llevadas a cabo por un hombre de antecedentes y sentimientos tan notorios como mi padre, hubieran atraído al punto la atención. El antiguo soldado arregló las cosas tan cuidadosamente, que pronto estuvimos en condiciones de partir al primer aviso, sin que ninguno de nuestros vecinos tuviera de ello la menor noticia.

Su primera determinación fue comprar por vía de un agente dos buenos caballos en la feria de Chichester, los cuales fueron conducidos a los establos de un labrador *whig* de confianza que vivía cerca de Portchester, mandándole que las tuviera guardadas hasta que se lo pidieran. Uno de estos animales era de color gris moteado y tenía ocho cuartas y media de alto, como convenía a mi peso, porque en aquellos días, queridos míos, no había perdido las carnes como hoy y pesaba cerca de nueve arrobas estando en la plenitud de mi desarrollo y fuerza. Algún crítico pudiera haber dicho que *Covenant* —pues tal era el nombre que puse a mi bridón—, era un poco pesado de cuello y cabeza; pero a mí me pareció un bruto noble, dócil y de gran poder y resistencia. Saxon, que con todos sus arreos apenas llegaba a las ocho arrobas, tenía una jaca baya española de mucha sangre y brío. Le dio el nombre de *Clhoe*; que era el de una piadosa doncella conocida suya; a pesar de que en semejante denominación había, según observó mi padre, cierto sabor impío y

pagano. Estos caballos con sus arneses fueron comprados y provistos de todo lo necesario, sin que de ningún modo interviniera mi padre en el asunto.

Arreglado tan importante menester, quedó todavía por resolver la cuestión de las armas, la cual dio origen a una controversia reñidísima entre Decimus Saxon y mi padre, citando cada uno a su favor numerosos ejemplos que se les habían ocurrido, y en los que la presencia o ausencia de alguna pieza de la armadura había sido de capital importancia para el que la llevaba. Vuestro bisabuelo se había empeñado en que me pusiera el peto que conservaba todavía las abolladuras de las lanzas escocesas, recibidas en la batalla de Dunbar; mas al tratar de acomodármelo, vimos que era demasiado pequeño para mí. Confieso que este incidente me causó gran sorpresa, porque cuando reflexioné en el respeto que me había inspirado la elevada estatura y gran corpulencia de mi padre, me parecía admirable tener aquella prueba convincente de haberlas superado yo. Al dar la última mano al cinturón y a los ojales por donde podía pasarse un cordón, mi madre dispuso las cosas de suerte que pudiera usarlo con toda comodidad. Un par de rodilleras y quijotes con los correspondientes brazales y guanteletes se tomaron de la armadura antigua de mi padre, junto con el gran montante y un par de pistolas de arzón que formaban las habituales armas de un caballero. Me había comprado mi padre un casco en Portsmouth, guarnecido exteriormente del terciopelo fino usado en los birretes y forrado por dentro de cuero flexible y suave, formando un todo muy ligero y de gran resistencia.

Cuando estuve enteramente equipado, tanto Saxon como mi padre convinieron en que no me faltaba nada de lo necesario a un soldado dispuesto a salir al campo. Saxon había comprado un coleto de ante, un casco de acero y un par de botas altas, de suerte que con el espadín y pistolas que le había regalado mi padre, estuvo dispuesto a salir a campaña en cualquier tiempo.

Esperamos no tropezar con grandes dificultades para incorporarnos a las fuerzas de Monmouth cuando llegara la hora. En aquellos días de revuelta, los caminos principales estaban infestados de bandoleros y salteadores, de tal modo que los viajeros acostumbraban a llevar armas y hasta corazas para defenderse.

No había, por tanto, motivo para que nuestra desaparición despertara sospechas.

Por si acaso se nos interrogaba, mi compañero tenía preparada una larga historia, según la cual nosotros viajábamos para unirnos a Henry de Somersetshire, duque de Beaufort, a cuya servidumbre pertenecíamos. Me explicó detenidamente esta ficción con numerosos pormenores que habían de

servir para corroborarla; mas cuando le dije resueltamente que antes me dejaría ahorcar como rebelde que decir una mentira, se quedó mirándome asombrado y movió la cabeza dando muestras de no comprender mi resolución. Me dijo: «Con algunas semanas de campaña, se te quitarán esos escrúpulos». Por lo que a él se refería, en sus primeros años nadie le había aventajado en sinceridad y rectitud; pero había aprendido a mentir peleando en el Danubio, y consideraba esa cualidad como uno de los requisitos necesarios del soldado.

«Porque, si bien se mira —argüía él—, ¿qué son todas las estratagemas emboscadas y engañosas acometidas sino mentiras en gran escala? ¿Qué viene a ser un buen general sino un hombre hábil para ocultar la verdad? Cuando en la batalla de Senlac, William de Normandía mandó a su gente fingir que se retiraban huyendo, a fin de desordenar a sus enemigos, artificio practicado por los escitas en tiempos antiguos y por los croatas en nuestros días; ¿qué es todo ello en realidad sino utilizar una mentira? Y, cuando Aníbal, después de atar teas encendidas a los cuernos de numerosas parejas de bueyes, hizo creer a los cónsules romanos que su ejército se retiraba, ¿no constituyó este hecho un engaño o infracción de la verdad? Punto es este dilucidado con abundancia de doctrina y razones por un soldado de gran reputación en la obra que lleva por título: *An in bello dolo uti liceat; an apud hostes falsiloquio uti liceat*[3]».

De modo que; según Saxon, yo debía, en conformidad con estos grandes modelos, manifestar, para salir con mi intento, que pertenecíamos a la gente de Beaufort, aunque en realidad fuéramos en busca de Montmouth, porque estaba conforme con los usos de la guerra y las costumbres de los grandes generales. Por mi parte, no intenté dar satisfactoria respuesta a este especioso argumento, limitándome a repetir que mi compañero podía aprovecharse de aquella costumbre, pero sin acudir a mí para corroborar sus asertos. Además, le prometí guardar mi lengua y no decir nada que pudiera comprometerle; y con esta promesa tuvo que contentarse.



Al fin, mis sufridos oyentes, vamos a salir ahora de la humilde vida de la aldea, dejando mi relato referente a los hombres que eran viejos cuando yo estaba en la flor de la edad, y que al presente descansan desde hace años en el cementerio de Bedhampton. Habéis de acompañarme para que veáis la Inglaterra de aquellos días y sepáis cómo emprendimos las guerras de religión y qué aventuras nos sucedieron. Y si, por caso, lo que yo os narro se diferenciara de lo que habéis leído en el libro del señor Coke o del señor Oldmixon, o de cualquier otro que haya puesto en letras de molde estos asuntos, debéis tener presente que os estoy refiriendo las cosas que he visto con estos mismos ojos que se ha de comer la tierra, y que yo he contribuido a hacer historia, lo cual es de mucho mayor mérito que escribirla.

Continuando, pues, mi relato os diré que al caer la noche del doce de junio de 1685, llegó a nuestra región la noticia de que Monmouth había desembarcado el día antes en Lyme, pequeño puerto situado entre Dorsetshire y Devonshire. Una gran hoguera que brillaba en Portsdown Hill fue la primera noticia que tuvimos de ello y posteriormente oímos el redoble de tambores y rumor bélico que procedía de Portsmouth, donde las tropas se

habían reunido dispuestas a combatir. Mensajeros a caballo cruzaron como flechas por la calle de la aldea, echados hacia adelante con la cabeza sobre el cuello de sus cabalgaduras para llevar la noticia a Londres a fin de que el gobernador de Portsmouth supiera lo que tenía que hacer[4]. Estábamos nosotros a la entrada de la casa en la oscuridad observando el ir y venir y la línea de señales luminosas que se extendía hacia el este, cuando llegó a nuestros umbrales un hombrecillo galopando y detuvo allí su jadeante caballo.

—¿Está aquí Joseph Clarke? —preguntó.

—Yo soy —respondió mi padre.

—¿Se puede tener confianza en estos hombres? —murmuró señalando con la fusta a Saxon y a mí—. Entonces, el punto de reunión es Taunton; comunicadlo a todos vuestros conocidos. Haced el favor de dar a mi caballo un pienso y agua, porque necesito continuar mi camino.

Mi hermano más joven, Hosea, miraba con gran curiosidad al fatigado viajero, mientras nosotros llevábamos al establo su caballo y le sacábamos al hombre una copa de cerveza. El recién llegado era enjuto de rostro y cuerpo y tenía en la mejilla una señal notable que se conocía ser de nacimiento. Su rostro y vestidos aparecían llenos de polvo y mostraba tal entumecimiento y cansancio de estar en la silla, que apenas podía andar.

—He reventado ya un caballo —dijo—, y el que llevo difícilmente podrá resistir otras veinte millas. Necesito estar en Londres mañana por la mañana, porque esperamos que Danvers y Wildman logren levantar a la población. Ayer tarde partí del campamento de Monmouth, cuya bandera azul flota sobre Lyme.

—¿Qué fuerzas tiene con él? —preguntó mi padre con ansiedad.

—Hasta ahora sólo lo acompañan los jefes. La fuerza acudirá del pueblo que en este momento espera en sus casas el aviso. Están con él lord Grey de Wark, Wade, el alemán Buyse y unos ochenta o cien más. Por desgracia, hemos perdido a dos de los que acudieron. Es un augurio fatal, pésimo.

—¿Pues qué ha ocurrido?

—Que el platero de Taunton, Dare, ha muerto de una cuchillada que le dio Fletcher de Saltoun en una pendencia de poca monta, con motivo de un caballo. Los campesinos comenzaron a pedir a gritos que se castigara al matador, y éste se vio forzado a huir refugiándose en un barco. Es un contratiempo desgraciado, porque nos priva de un jefe entendido y de un soldado veterano.

—¡Ea! ¡No exageremos! —exclamó Saxon con impaciencia—, no faltarán jefes más expertos y soldados más curtidos en achaques de la guerra que

puedan tomar su puesto inmediatamente en el oeste. Pero, si conocía los usos de la guerra, ¿cómo se explica que se atreviera a entrar en una contienda de índole privada en semejante ocasión?

Sacó, mientras esto decía, un libro grueso y pardo de su seno, y recorrió con la punta de su largo y seco índice los títulos del contenido.

—Aquí está —continuó— el caso mismo del que estábamos hablando. *Subsectio nona: An in bello publico provocatus ad duellum privatae amicitiae causa declinare possit*[5]; en el cual el docto flamenco demuestra que el honor privado del hombre debe posponerse al bien público. ¿No me sucedió a mí mismo que la víspera de levantarse el sitio de Viena, habiendo sido invitados los oficiales extranjeros a la tienda del general, un irlandés rubio, llamado O'Daffy, que era un veterano del regimiento de Pappenheimer pretendía colocarse antes que yo, fundándose en que era de sangre más noble? A lo cual repliqué cruzándole mi guante en la cara, no en un arrebato de indignación, sino para indicar que no estaba conforme con su opinión. Ofreció él entonces sostener su derecho, pero habiéndole yo leído la subsección que acabo de citar, se convenció de que no podíamos dirimir la contienda, conforme a los cánones del honor, mientras los turcos no hubieran sido arrojados de la ciudad. Y en efecto, después del ataque…

—Bien, bien, señor, ya oiremos ese relato otro día —dijo el mensajero, vacilando al ponerse de pie—. Tengo que llegar a tiempo a Chichester y no puedo detenerme. Defended ahora la buena causa o seréis esclavos para siempre. ¡Adiós!

Dicho esto, saltó a la silla de su caballo, y poco después oíamos el ruido que hacía al galopar, perdiéndose por el camino de Londres.

—Ha llegado el momento de que partas, Micah —dijo mi padre solemnemente.

—¡Basta de lloros, mujer! El muchacho necesita alientos para emprender el camino y conviene dárselos con palabras animosas y cara alegre. No necesito recomendarte que te portes viril e intrépidamente en esta lucha. Si la guerra se extiende hacia esta región, tal vez veas a tu padre cabalgando a tu lado… Postrémonos ahora e imploremos los auxilios del Todopoderoso para esta expedición.

Nos pusimos todos de rodillas en aquel cuarto de techo bajo cruzado de gruesas vigas, mientras el anciano rezaba con gran fervor una plegaria para que las cosas nos salieran bien. Aquella escena surge aún ahora mismo en mi ánimo al hablaros de ella. Vuelvo a ver el semblante severo y rugoso de vuestro bisabuelo, arrodillado con las nervudas manos cruzadas y recitando

fervorosas plegarias. Mi madre aparece a su lado con el rostro afable, surcado por gruesas lágrimas, ahogando sus sollozos para no amargarme con ellos la despedida. Los niños están en las habitaciones interiores, correteando por el dormitorio; y el ruido de sus pisadas llegaba hasta nosotros. Saxon yace tendido sobre una de las sillas de roble, medio de rodillas, medio reclinado, con sus largas piernas estiradas por detrás y el rostro sepultado entre las manos. En derredor, y a la vacilante luz de la lámpara colgada en la pared, veo los objetos que me fueron tan familiares desde mi niñez: el hueco del fogón, los sillones de alto respaldo y rígidos brazos, el zorro disecado puesto encima de la puerta, y el cuadro que representaba al pueblo de Dios contemplando la tierra prometida desde la cima de la montaña deleitable; cosas todas pequeñas en sí mismas, pero que contribuyen a formar esa cosa admirable que llamamos hogar, imán irresistible que atrae el corazón del peregrino desde el extremo más apartado de la tierra. ¿Volvería yo a verle otra vez, como no fuera en mis sueños, después de dejar su abrigo para sepultarme en el corazón de la tormenta?

Terminada la oración, nos pusimos todos de pie, excepto Saxon, que permaneció con el rostro cubierto por las manos durante un minuto poco más o menos. Me asaltó la maliciosa sospecha que había estado enteramente dormido, a pesar de habernos explicado que se había quedado rezando otra oración. Mi padre me puso sus manos sobre la cabeza e invocó para mí la bendición del cielo. Entonces tomó aparte a mi compañero y pude oír un resonar de monedas, del que colijo que le estaba entregando cierta cantidad, con que atender a los gastos del viaje. Mi madre me estrechó contra su corazón, entregándome furtivamente un pequeño manuscrito, mientras me recomendaba que procurara leerlo en mis ratos de ocio, considerando que la haría feliz con sólo cumplir las instrucciones que se contenían en el papel. Prometí hacerlo así, y separándome de mis progenitores, partí por la oscura calle de la aldea con mi seco y estirado compañero que iba a mi lado dando grandes zancadas.

Era cerca de la una de la madrugada y hacía tiempo que toda la gente de la región estaba en la cama. Al pasar por el mesón Wheatsheaf y por la casa del viejo Solomon, no pude menos de preguntarme qué le habría parecido mi garbo y mi aire marcial si hubiera estado despierto. Apenas había tenido tiempo de formular el mismo pensamiento al llegar frente a la casucha de Zachary Palmer, cuando se abrió la puerta de su vivienda y el carpintero salió corriendo con el blanco cabello agitado por la fresca brisa de la noche.

—Te estaba esperando, Micah —exclamó—. He sabido que Monmouth se ha levantado en armas, y estaba seguro de que no dejarías pasar una noche sin partir para la guerra. ¡Dios te bendiga, muchacho! ¡Dios te bendiga! Por la fuerza de tu brazo y la blandura de tu corazón, por tu piedad con los débiles y rigor con los tiranos, mereces que te acompañen las oraciones y el amor de todos tus conocidos.

Estreché las manos que me tendía, y su figura envuelta en las sombras de la noche y que se agitaba deseándome un feliz viaje, fue lo último que vi de mi aldea natal.

A través de los campos, nos encaminamos a la casa de Whittier, el labrador *whig*, donde Saxon se vistió sus armas. Hallamos nuestros caballos preparados ya con silla y brida, porque mi padre había enviado, a la primera señal de alarma, un aviso de que los necesitábamos. A eso de las dos de la madrugada avanzábamos hacia Portsdown Hill con nuestras armas y monturas, dando feliz principio a nuestro viaje hacia el campamento rebelde.

VIII

DONDE SE RELATA CÓMO PARTIMOS PARA LA GUERRA



Mientras seguíamos nuestro camino a lo largo de las lomas de Portsdown Hill, tuvimos constantemente debajo de nosotros las luces de Portsmouth y las de los barcos del puerto hacia la izquierda, mientras a la derecha brillaban las hogueras de alarma que anunciaban el desembarco del invasor. Un gran resplandor llameaba sobre la cima de Butser, y más allá, hasta donde alcanzaba la vista, una multitud de puntos luminosos que oscilaban con intermitencias mostraban que

la noticia se iba extendiendo en la dirección norte hasta el interior de Berkshire y por el este hasta Sussex. Estas hogueras estaban formadas unas por montones de leña y otras por barriles de brea sujetos al extremo de un palo largo. Precisamente cuando llegábamos frente a Portchester, pasamos junto a uno de los últimos; y los centinelas que había alrededor de él, al oír el galopar de nuestros caballos y el sonido metálico de nuestras armas, prorrumpieron en clamorosos hurras, creyendo sin duda que éramos oficiales del rey pertenecientes a las tropas del oeste.

Maese Decimus mostraba en plena campiña el mismo buen humor de que había dado pruebas en presencia de mi padre, y se despachó a su gusto con numerosos chistes y versos sueltos o canciones, mientras galopábamos en la oscuridad.

—¡Voto al diablo! —dijo en tono franco—, me gusta poder hablar libremente, sin tener que ribetear cada sentencia con una aleluya o un amén.

—Y, no obstante, vos erais el que llevaba la voz cantante en estos piadosos ejercicios —observé con acento duro.

—Muy bien y a tiempo: habéis dado en el clavo. Pero cuando haya que hacer alguna cosa, tomad la dirección, trátese de lo que se quiera. Ahí tenéis una buena máxima que me ha prestado excelentes servicios antes de ahora. No recuerdo si os he contado cómo en otro tiempo caí prisionero de los turcos y fui conducido a Estambul. Allí éramos un centenar o más, pero los demás o sucumbieron a las palizas que les dieron o continúan hasta hoy amarrados al remo en las galeras imperiales otomanas, donde probablemente permanecerán hasta morir bajo el látigo, o hasta que alguna bala veneciana o genovesa pase de parte a parte sus escuálidos cuerpos. Yo soy el único que logré recobrar la libertad.

—Y ¿querríais decirme cómo escapasteis? —pregunté.

—Gracias al ingenio del que quiso la Providencia dotarme —respondió con aire satisfecho—; porque, viendo que la maldita religión era el punto flaco de aquellos perros infieles, procuré imponerme en ella. Al efecto, observé el modo con que nuestros guardias practicaban sus ejercicios piadosos de la mañana y de la noche, y después de convertir la manta con que me abrigaba en traje de oración, me puse a imitarlos, procurando distinguirme de ellos únicamente en orar por más tiempo y con mayor fervor.

—¡Cómo! —exclamé horrorizado—. ¿De manera que fingisteis creer en el Corán?

—¡Ca, hombre! Allí no hubo fingimiento de ningún género, sino que me hice musulmán, así como suena. Pero esto se quede entre nosotros, porque no

me pondría en buen predicamento con algún reverendo Aminadab de esos que se apellidan Fuente de Gracia, que hallaremos en el campamento rebelde y no pueden ser admiradores de Mahoma.

Me causó tal asombro la impudencia de esta confesión, salida de los labios del mismo que había dirigido los ejercicios piadosos de una familia cristiana, que por un momento me quedé turbado sin saber qué decir. Mi acompañante comenzó a silbar algunos compases de una tonada alegre, y después continuó:

—Mi perseverancia en esos ejercicios fue en breve causa de que me apartaran de los demás prisioneros, hasta que adquirí tal ascendiente cerca de mis guardianes, que se me abrieron las puertas de la cárcel, permitiéndome salir de ella, a condición de presentarme una vez al día. Y ¿en qué os parece que empleé mi libertad?

—¡Bah! En cualquier cosa, porque de todo sois capaz —respondí.

—Pues me fui inmediatamente a la principal mezquita, que era la de Santa Sofía; y cuando se abrían sus puertas y el muecín llamaba a la oración, yo era el primero en comenzarla y el último en terminarla. Si veía que un musulmán tocaba con su cabeza el pavimento alguna vez, yo hacía lo mismo dos veces. Si le veía doblar la cabeza o inclinarse profundamente, yo me postraba en tierra sin más dilación. De este modo, no tardó en andar de boca en boca por toda la ciudad el devoto fervor del *giaourconvertido*; con lo que se me dio una choza para que pudiera entregarme a mis piadosas meditaciones. En este nuevo estado podía pasarlo muy bien; y, ciertamente, casi me había resuelto a seguir la carrera de profeta y añadir un nuevo capítulo al Corán, cuando una minucia de escasa importancia hizo que los creyentes entraran en sospechas de la honradez de mi conversión. La causa de todo fue la tontería de cierto individuo que, habiendo venido a consultarme sobre un punto de fe, halló en mi choza una muchacha; esto bastó para que se desataran en paganas murmuraciones contra mí. En vista de ello, creí más prudente huir en un barco levantino de cabotaje y dejar el Corán incompleto. Y tal vez estuvo acertado, porque habría sido cosa insoportable tener que despedirme para siempre de las mujeres cristianas y del jamón, a cambio de sus huríes que apestan a ajo y de sus sarnosas piltrafas de carnero.

Durante esta charla, habíamos pasado por Fareham y Botley y atravesábamos en dirección al camino que conduce a Bishopstoke. El terreno cambia aquí, convirtiéndose de calizo, que era antes, en arenoso; de modo que los cascos de nuestros caballos no producían más que un ruido sordo, insuficiente para ahogar o confundir nuestras palabras, o más bien las de mi

compañero, porque yo apenas hacía otra cosa que escuchar. En realidad, mi espíritu estaba tan preocupado con la empresa en que nos habíamos metido y con el recuerdo de mi hogar y familia, que me faltaba humor para intervenir secundando el jovial palique de mi compañero. El cielo aparecía un poco nublado, pero de cuando en cuando asomaba la luna iluminando el largo camino que se tendía a nuestra vista. A uno y otro lado se veían casas aisladas con huertos que llegaban hasta el camino. El aire dejaba percibir el aroma pesado y enfermizo de las fresas.

—Y decid, joven, ¿no habéis dado nunca muerte a un hombre en un momento de arrebato? —preguntó Saxon, mientras avanzábamos a galope.

—Nunca —respondí.

—¡Ah! Pues entonces ya veréis que al oír el choque de acero contra acero y tener ante vos a vuestro enemigo que os clava los ojos con expresión siniestra se olvidan sin querer todas las reglas, máximas y preceptos de la esgrima que vuestro padre u otros puedan haberos enseñado.

—He aprendido poco de ese arte —respondí—. Mi padre no me ha enseñado más que a tirar honrados tajos de frente; pero esta espada puede cortar una barra de hierro de una pulgada cuadrada.

—La espada de Scanderbeg debe ser esgrimida por el brazo de Scanderbeg —observó—. Ya había reparado en que era una excelente hoja de acero por el estilo de aquellos antiguos y poderosos instrumentos de que los creyentes se valieron antaño para inculcar textos y exponer salmos, cuando se gozaban en:

Demostrar su ortodoxia de católicos
a porrazos y golpes apostólicos.

¿De modo que no os habéis ejercitado mucho en la esgrima?

—Casi nada —respondí.

—Lo mismo da. En el caso de un espadachín viejo y experimentado como yo, el conocimiento del arma lo es todo; pero en el de vos, que sois un joven impetuoso, lo principal es la fuerza y el denuedo. Muchas veces he tenido ocasión de observar que los más hábiles en el tiro del picamaderos, en el hender la cabeza del turco y en otros deportes semejantes valen poco en el campo de batalla. Si el picamaderos poseyera a su vez una ballesta con la flecha a punto de ser disparada, o el maniquí turco tuviera puños como tiene cabeza, difícilmente habían de conservarse inalterables los nervios de esos valientes… No dudo, maese Clarke; que hemos de ser buenos y leales camaradas. ¿Qué es lo que decía el viejo Butler?:

Jamás se conoció en el mundo lo entero

para escudero tal, tal caballero.

Durante las pasadas semanas, apenas me atreví a citar a mi *Hudibras*, por temor de que se sublevara el temperamento pactista de nuestro viejo.

—Sí, en efecto, hemos de ser camaradas —dije yo en tono serio—, debéis aprender a hablar con mayor reverencia y menos petulancia de mi padre, que seguramente no os hubiera recibido en casa teniendo noticia de la historia que acabáis de referirme.

—Tal vez no —respondió el aventurero, riéndose para sí—. Hay gran distancia de una mezquita a un conventículo. Pero no seáis tan delicado, amigo mío. Os falta aquella calma y reposo que indudablemente poseeréis en edad más madura. ¡Caramba, hombre! A los cinco minutos de verme, quisisteis partirme la cabeza con un remo, y desde entonces me habéis seguido la pista como un sabueso, dispuesto a ladrarme tan pronto como me desvío un paso de lo que vos consideráis la línea recta. No olvidéis que al presente vais a tratar con hombres que se lanzan a un duelo por la cosa más insignificante. Una frase de mal humor puede significar una estocada.

—Pues tenedlo vos también presente —repuse en tono acalorado—; mi temperamento es pacífico, pero no tolera desplantes ni amenazas veladas.

—¡Por San Jorge! —exclamó—. Veo que queréis comenzar abriéndome en canal, para llevarme hecho piezas al campamento de Monmouth. No, hombre, no; bastantes ocasiones tendremos de pelear con otros sin buscarlas nosotros mismos… ¿Qué casas son aquellas que se ven a la izquierda?

—La aldea de Swathling —repliqué—. Las luces de Bishopstoke están a la derecha, en aquel gran hueco que se descubre.

—Entonces hemos andado quince millas, y me parece que apunta ya en el oriente el tinte rojo de la aurora… ¡Hola!… ¿Qué es esto? Se conoce que andan escasas las camas en esta parte del país; porque la gente se viene a dormir a los caminos.

Un bulto negro que yo había divisado en nuestra ruta, frente a nosotros, se había convertido, al aproximarnos, en la figura de un hombre, que yacía tendido cuan largo era, boca abajo, y con la cabeza descansando sobre los brazos cruzados.

—Quizá sea algún trasnochador que ha venido aquí a dormir la borrachera tomada en la posada —observé.

—Huele a sangre —dijo Saxon olfateando con su corva nariz como el buitre cuando percibe el olor de la carne muerta—. Barrunto que duerme el sueño del que no se despierta.

Al decir esto saltó de la silla y puso boca arriba al cuerpo que yacía inmóvil. La fría y pálida luz de los primeros destellos de la alborada cayó sobre los ojos vidriosos y rostro descolorido del hombre, mostrando que el viejo soldado tenía un instinto certero, y que habíamos dado con un cadáver.

—¡Ésta sí que es buena! —dijo Saxon, arrodillándose junto al muerto y registrándole los bolsillos—. Salteadores, sin duda. No hay ni una blanca en sus bolsillos ni el menor objeto de valor que ayude a pagar los gastos del entierro.

—¿Cómo lo han matado? —pregunté con horror, fijando la mirada en el semblante del desgraciado, que me pareció como la fachada de una casa desierta y abandonada por sus moradores.

—Una cuchillada por la espalda y un pistoletazo a quemarropa… no puede hacer mucho que ha muerto; y sin embargo no le queda un ardite. Debía ser hombre de posición a juzgar por sus vestidos: abrigo de paño fino de gran marca como se descubre por el tacto, calzones de raso y hebillas de plata en los zapatos. Los ladrones han debido llevarse alguna cantidad de importancia. Emprendamos su persecución, Clarke; sería una gran cosa si lográramos darles alcance.

—Ciertamente que sí —repliqué con calor—. ¿Hay algo mejor que hacer justicia en tan cobardes asesinos?

—¡Bah! ¡Bah! —exclamó—. La justicia es una dama voluble y tiene en la mano una espada de dos filos que por un lado hiere al delincuente y por otro al perseguidor. Bastante justicia tendremos en nuestra condición de rebeldes para hartarnos de ella, tal vez aunque no queramos. Si me gustaría dar caza a esos ladrones, es para despojarlos de sus *spolia opima*[6] junto con cualquier otra riqueza que pudieran haber acumulado ilegalmente. Mi docto amigo Fleming demuestra de un modo satisfactorio que no es robo robar a un ladrón. Pero ¿dónde ocultaremos este cuerpo?

—Eso mismo pregunto yo —repliqué—. Pero, bien mirado, ¿para qué hemos de ocultarlo?

—Muy sencillo, hombre. Como no estáis avezado a los percances de la guerra ni conocéis las precauciones que necesita tomar el guerrero, no os dais cuenta que, si llegan a encontrar aquí este cadáver, cundirá la alarma por toda la comarca y se nos arrestará por sospechas, dada la circunstancia de ser forasteros. Suponiendo que llegáramos a sincerarnos, cosa no muy fácil, la justicia querría por lo menos saber de dónde venimos y adónde vamos; y una indagación de tal índole no había de traernos nada bueno… me tomaré, por tanto, la libertad, mi silencioso y desconocido amigo, de arrastraros detrás de

estos arbustos, donde por espacio de un día o dos siquiera permanezcáis sin ser visto, y no perjudiquéis a hombres honrados.

—¡Por Dios, Saxon! No lo tratéis de esa manera —exclamé, saltando del caballo y tomando del brazo a mi compañero—. No hay necesidad de arrastrarlo tan inconsideradamente. Si ha de ser trasladado de aquí, yo lo haré con toda la reverencia debida. —Y así diciendo, tomé en brazos el cadáver y, llevándole junto a un montón de árgomas, lo coloqué respetuosamente en tierra y tendí sobre él las ramas para cubrirlo.

—Sois fuerte como un toro y blando como una mujer —murmuró mi compañero—. ¡Voto a Cristo! ¡Y qué razón tenía aquel viejo y canoso cantor de salmos al decir que cuatro puñados de tierra bastan para tapar todo tipo de crímenes! Ahora podemos continuar con calma nuestro camino, sin temor de que nos llamen a responder por pecados ajenos. Aguardad un poco que apriete la cincha de mi montura y no tardaremos en estar fuera del peligro.

Mientras avanzábamos, Saxon añadió:

—No es la primera vez que he tenido que habérmelas con gente por el estilo de estos bandoleros, salteadores albaneses, bandidos del Piamonte, lansquenetes y «caballeros libres» del Rin, pícaros argelinos y otros perillanes de la misma laya. Con todo, no puedo recordar uno solo que se haya enriquecido suficientemente para retirarse a bien vivir al llegar a viejo. Es un oficio miserable, que más tarde o más temprano suele acabar en una danza acrobática con el dogal al cuello y algún amigo piadoso que tire de las piernas para ayudar al ahorcado a que suelte el último aliento.

—Y lo peor es que no acaban ahí todos los males —observé.

—No. Queda todavía Satanás y las llamas del infierno. Así nos lo cuentan nuestros buenos amigos los curas… Bien; si un hombre, además de no hacer dinero en este mundo, acaba muriendo en la horca para después arder eternamente, no cabe duda de que ha seguido un camino trabajoso y desgraciado. Pero, por otra parte, si se pudiera echar siempre el guante a una bolsa bien provista, como lo han hecho estos ladrones hace pocas horas, podría uno resignarse con arriesgar algo de lo tocante al mundo venidero.

—Y ¿de qué les serviría esa bolsa tan repleta? —objeté—. ¿De qué les valdrán a esos desgraciados malhechores las monedas que hayan podido robar a ese pobre hombre, cuando les llegue la última hora?

—Cierto —dijo Saxon secamente—; pero entretanto pudieran muy bien serles útiles… ¿Decís que aquello es Bishopstoke? ¿Y las luces que se vislumbran más allá?

—Me parece que ese resplandor procede de Waltham del obispo —respondí.

—Necesitamos apretar el paso, porque me gustaría estar en Salisbury antes de que sea completamente de día. Allí daremos descanso a nuestros caballos hasta la noche y dormiremos algo, porque no gana nada un hombre ni una bestia con llegar a la guerra sin alientos. Además, todo el día de hoy, estos caminos de occidente han de estar llenos de correos, y aun quizá patrullados por caballería, de modo que no podemos dar la cara sin peligro de ser detenidos y registrados. En cambio, si dormimos durante el día y recomenzamos el viaje al oscurecer dejando el camino real y atravesando la llanura de Salisbury y los bajos de Somersetshire, estaremos menos expuestos a sufrir un percance.

—Y ¿qué ocurrirá si Monmouth ha entrado en batalla antes de llegar nosotros? —pregunté.

—En ese caso, habremos perdido la ocasión de que nos corten el cuello… ¡Qué ocurrencia, hombre! Suponiendo que Monmouth hubiera sido puesto en fuga y dispersado enteramente, ¿no ganaríamos gran crédito presentándonos en la escena como dos leales caballeros de la campiña, que han cabalgado todo el camino que hay desde Hampshire para combatir contra los enemigos del rey? Y aun pudiera cabernos la fortuna de obtener alguna recompensa en dinero o en tierras por nuestro celo… No arruguéis el ceño, porque estoy hablando en broma… Llevemos al paso a nuestros caballos hasta la próxima colina. Mi jaca está tan animosa como cuando salió; pero vuestro enorme caballo da muestras de gran cansancio.

La franja de luz que aparecía en el oriente había crecido, y el cielo aparecía salpicado de rosadas nubecillas. Mientras pasábamos frente a las pequeñas colinas junto a Chandler’s Ford y Romsey, pudimos ver el humo de Southampton al sudeste, y la ancha sombra del New Forest envuelto en la neblina matinal. Tropezamos con algunos jinetes que pasaron de largo, tan preocupados en sus propios asuntos, que no se detuvieron a averiguar los nuestros. Un par de carros y una larga ristra de bestias de carga, transportando principalmente fardos de algodón, avanzaban lentamente por un camino inmediato; y los conductores y arrieros se descubrieron al vernos, deseándonos buen viaje. En Dunbridge la gente se estaba levantando de la cama, y nos contempló desde las ventanas durante un momento, para bajar después a las empalizadas de los huertos y vernos pasar. Al entrar en Dean, asomó por el borde del horizonte el gran disco rojo del sol, mientras el aire se llenaba de zumbidos de insectos y de los suaves aromas de la mañana. Nos

apeamos en la villa últimamente citada a tomar una copa de cerveza, mientras descansaban y bebían nuestros caballos. El patrón no supo decirnos nada acerca de los insurrectos, y parecía importarle muy poco el asunto a favor de una parte o de otra.

—Mientras el aguardiente pague por derechos de aduana seis chelines y ocho peniques por galón, y ascienda además a media corona el coste del porte y las mermas, teniendo yo que venderlo a doce chelines, me da igual quienquiera que sea el rey de Inglaterra. Dadme un monarca que asegure la cosecha de lúpulo y seré el primero en defenderle.

A eso se reducía la política del patrón; y me atrevo a decir que otros muchos pensaban del mismo modo.

Desde Dean a Salisbury el camino avanza, recto, por un páramo entre pantanos y marjales, sin que rompa la monotonía del paisaje más que la aldea aislada de Aldersbury, precisamente en los límites de Wiltshire. Nuestros caballos, después de cobrar fuerzas con el breve descanso que les dimos, partieron briosamente; y el movimiento del galopar unido a la luz del día y a la hermosura de aquella mañana contribuyeron a reanimarnos, haciendo desaparecer la depresión causada por el largo viaje de la noche y el incidente del viajero asesinado. De ambos lados del camino, levantaron el vuelo algunos patos salvajes, cercetas y agachadizas al oír el ruido que hacíamos al caminar; y en una ocasión vimos salir de entre los helechales un rebaño de ciervos que huyó en dirección al bosque. En otra ocasión, al pasar junto a un espeso grupo de árboles, divisamos entre las sombras un animal blanco medio oculto por los troncos que, según imaginé, debía ser alguna res salvaje, de las que he oído hablar a los campesinos, y que se encuentran en los lugares más apartados de los bosques del Mediodía, mostrando tal ferocidad, que no hay quien se atreva a acercarse a ellas. La grandeza del paisaje, junto con la suavidad del ambiente y la conciencia de la gran empresa que habíamos acometido, influyó para hacer circular por mis venas una corriente de vida nueva que la tranquila aldea nunca había podido infundirme. Hasta mi compañero, que era más experimentado en aventuras, participó también de aquella impresión vivificadora, porque su voz cascada entonó un monótono canto que, según me aseguró, era una oda oriental y se la había enseñado la segunda hija del hospodar de Valaquia.

—Por lo que atañe a Monmouth —observó Saxon volviendo de pronto a la realidad de nuestra situación—, no es verosímil que pueda emprender la campaña hasta después de algunos días; aunque el resultado dependa en gran parte de un golpe repentino capaz de dar ánimo a sus partidarios antes que

caigan sobre él las tropas reales. Habéis de observar, amigo, que no solamente necesita soldados sino también armas; cosa esta última no tan fácil de conseguir. Supongamos que logra levantar cinco mil hombres, aunque, indudablemente no podrá comenzar con menos; pues de cada cinco sólo uno se hallará que tenga mosquete, de suerte que los demás han de valerse de picas, hocinos u otros instrumentos rudos que puedan tener a mano. Todo esto lleva tiempo; y aunque acaso haya algunas escaramuzas, difícilmente se dará un combate serio antes que nosotros lleguemos.

—Pero cuando esto último suceda, hará ya tres cuatro días que Monmouth ha desembarcado —repuse.

—Precisamente el tiempo que necesita para recoger su gente y dividirla en regimientos con ayuda de su escasa oficialidad. Apenas tengo esperanza de hallarle en Taunton, aunque nos encamináramos allá directamente. ¿No habéis oído hablar nunca de si hay por esta región algunos papistas ricos?

—No tengo la menor noticia —repliqué.

—Si así fuera, acaso pudiéramos hallar armarios provistos de vajilla preciosa y azafates de plata, sin contar las joyas de las señoras y otras menudencias que siempre vienen bien para recompensar a un soldado leal. ¿Qué sería de la guerra sin sus despojos? Una botella sin vino; unas valvas sin ostra… Mirad aquella casa que asoma por entre los árboles. Apostaría lo que fuera a que encierra todas las cosas buenas que vos y yo pudiéramos desear, con sólo que las pidamos con la espada en la mano… Y a propósito: vos sois testigo de que vuestro padre me dio su caballo y no me lo prestó.

—¿Y a qué viene eso ahora?

—Porque no sea que reclame la mitad del botín que yo pueda ganar. ¿Qué dice mi docto Fleming en el capítulo: *An qui militi equum praebuit, praedae, ab eo captae, particeps esse debeat*?, que significa: «Si el que prestó un caballo tiene derecho a participar en el botín del que lo tomó prestado». En esta disertación cita el caso de un general español que prestó un caballo a uno de sus capitanes; y como éste hizo prisionero al general enemigo, el jefe español le puso pleito, reclamando la mitad de las veinte mil coronas que constituían el rescate del prisionero. Un caso análogo lo cita el famoso Petrinus Bellus en su libro *De re militari*, muy conocido por los capitanes de gran reputación**[7]**.

—Puedo prometeros —respondí— que mi padre no ha de haceros una reclamación de tal índole. Mirad allá lejos, por encima de la cresta de la colina, cómo reverbera, el sol en la torre de la catedral, que con su gigante

dedo de piedra parece señalar el camino que debemos seguir todos los hombres.

—En alguna de esas iglesias —observó mi compañero— suele haber ricos tesoros de plata y alhajas. Recuerdo que en Leipzig, cuando yo servía en mi primera campaña, logré adquirir un candelabro que me vi precisado a vender a un chamarilero judío por la cuarta parte de su valor; y aun así y todo bastó para llenarme la mochila de buenas piezas de oro.

En esto sucedió que la jaca de Saxon se había adelantado a mi caballo un corto trecho, mientras él hablaba; de modo que pude contemplarlo a mi sabor sin necesidad de volver la cabeza. Durante nuestro viaje, apenas había tenido ocasión de ver cómo le sentaba la armadura a causa de la falta de luz, pero ahora quedé asombrado al observar la mudanza tan señalada que los nuevos arreos habían operado en el hombre. En traje de paisano, su delgadez y extremada altura le daban un aspecto desfavorable; pero a caballo, con su delgado y anguloso rostro protegido por el casco de acero, su peto y chaqueta de ante redondeándole el busto, y sus altas botas de cuero crudo que llegaban hasta la mitad de los muslos, representaba al hombre de armas veterano que hacía profesión de ser. La desenvoltura con que cabalgaba, la altanera y audaz expresión de su rostro, y la gran longitud de sus brazos, todo indicaba en él al soldado que puede dar buena cuenta de sí en una refriega. Al juzgarlo sólo por sus palabras, no había podido depositar en él gran confianza; pero, al observar ahora su continente, descubrí algo que, aun a quien como yo no era más que un novicio en el arte de la guerra, le daba plena seguridad de que aquel hombre era un militar experimentado.

—Eso que brilla entre los árboles —observé— es la iglesia de Avon. Estamos a unas tres millas de la ciudad de Salisbury.

—¡Magnífica aguja! —dijo, echando una ojeada a la gran flecha de piedra que se alzaba delante de nosotros—. Los hombres de antaño parecen haberse pasado el tiempo en poner unas piedras sobre otras. Y, sin embargo, la historia nos habla de reñidas batallas y hábiles estratagemas, las cuales demuestran que les quedaba algún tiempo para dedicarse a la noble profesión de las armas, y que no todo era trabajar como albañiles y picapedreros.

—La iglesia era rica en aquella época —respondí sofrenando a *Covenant*, que comenzaba a dar signos de cansancio—. Pero aquí viene alguien que quizá pueda darnos algunas noticias de la guerra.

En efecto, se acercaba rápidamente a nosotros un jinete que tenía trazas de haber cabalgado por largo tiempo y con gran celeridad; porque tanto el caballero como el caballo estaban cubiertos de polvo y salpicados de fango; a

pesar de lo cual, seguía galopando a rienda suelta y con el cuerpo inclinado hacia adelante como quien tiene conciencia de que cada paso que da es de gran valor.

—¿Qué hay, amigo? —gritó Saxon, atravesando su jaca en el camino, como para cortar su paso al hombre—. ¿Qué noticias hay del oeste?

—No puedo detenerme —replicó el mensajero, moderando la velocidad por un instante—. Llevo papeles de importancia de Gregory Alford, alcalde corregidor de Lyme para el consejo de su majestad. Los rebeldes adquieren a cada instante mayor importancia y se reúnen como abejas en época de enjambrar. Hay ya algunos millares en armas, y todo Devonshire está en movimiento. La caballería rebelde, mandada por lord Grey, ha sido rechazada de Bridport por la milicia roja de Dorset; pero todos los *whigs* avispados que hay desde el canal hasta Severn acuden a reforzar las huestes de Monmouth.

Después de darnos este breve resumen de las noticias más importantes, siguió su camino pasando junto a nosotros y desapareció entre una nube de polvo encaminándose a cumplir su cometido.

—Ya ha comenzado la función —dijo Decimus Saxon mientras proseguíamos nuestro viaje—. Ahora que ya se han roto las hostilidades, los rebeldes no tienen más remedio que sacar la espada y arrojar la vaina, porque o triunfan, o tendrán horca en todas las plazas de sus ciudades. ¿Qué os parece, joven? Vamos a tener parte en una brava contienda.

—Reparad en que lord Grey ha sufrido un descalabro —dije.

—¡Bah! Eso no tiene importancia. A lo sumo se trata de una escaramuza de caballería, porque es imposible que Monmouth haya llevado el grueso de sus fuerzas a Bridport; ni se hubiera ocurrido hacerlo, aunque hubiera podido, porque no entra eso en sus planes. El combate del que nos ha hablado el mensajero es una de esas refriegas de tres disparos y un galope, donde cada parte beligerante huye y pretende haber alcanzado la victoria. Pero henos aquí en las calles de Salisbury. Ahora vais a dejarme a mí el encargo de hablar, no sea que vuestra mal entendida veracidad nos ponga en un aprieto antes de tiempo.

Penetramos en la ancha calle principal y nos apeamos frente al mesón *Blue Boar*, entregando nuestros fatigados caballos al mozo de paja y cebada, a quien Saxon, en voz alta y con abundante copia de juramentos militares, dio instrucciones estrictas respecto al modo en que debía tratarlos. Después entró haciendo resonar las armas en el recibidor; se dejó caer en una silla, poniendo los pies sobre otra; hizo venir al patrón a su presencia, y le explicó lo que

necesitábamos en el tono y con los modales que pudieran darle la debida idea de nuestra categoría.

—Lo mejor que tengáis y sin dilación —dijo—. Preparad la pieza más espaciosa de dos camas, con las sábanas más finas de vuestro ropero y bien perfumadas con lavanda; porque hemos hecho una jornada fatigosa y necesitamos descansar. Y ¡cuidado, patrón!, no adulteradnos los vinos; los queremos de dos clases, añejos y nuevos; a ver si no nos dais aguados vinos franceses en lugar de los legítimos viñedos de Hainault. Querría que os percatarais de que mi amigo y yo somos hombres de distinción en el mundo, aunque no tengamos a bien dar nuestros nombres al primero que se presenta. Procurad, por tanto, complacernos, si no queréis salir mal librado.

Estas razones, unidas a los altivos gestos y semblante feroz de mi compañero, causaron tal efecto en el dueño de la posada, que sin más tardanza nos brindó a que tomáramos el almuerzo que había sido preparado para tres oficiales de la Guardia Real, que estaban aguardando en la habitación inmediata. Tuvieron, pues, que continuar en ayunas por espacio de otra media hora; y pudimos oír a través del tabique, sus quejas y juramentos, mientras devorábamos nuestro capón y pastel de venado. Habiendo comido con excelente apetito y rociado los manjares con una botella de Borgoña, nos retiramos a nuestro cuarto, y arrojando en la cama nuestros cansados miembros, caímos pronto en un sueño profundo.

IX

DE UN PASO DE ARMAS EN EL BLUE BOAR



Había dormido varias horas, cuando súbitamente me despertó un alboroto extraordinario, seguido de crujir de armas y voces acaloradas que salían de la planta baja. Salté de la cama y vi que estaba libre la de mi compañero, y de par en par la puerta de la habitación. Como el ruido continuaba todavía, y me pareció distinguir su voz,

cogí mi espada, y sin esperar a ponerme el casco, el peto ni los brazales, corrí al lugar de la escena.

El recibidor y el pasillo estaban llenos de toscas sirvientas y curiosos, atraídos como yo por la batahola, me abrí paso por entre ellos para entrar en la pieza donde había almorzado por la mañana, y allí se me ofreció una escena del más espantoso desorden. La mesa redonda del centro yacía derribada, mientras el piso estaba cubierto de botellas rotas de vino, con manzanas, peras, nueces y fragmentos de los platos que las contenían. Entre estos objetos había un par de barajas y una caja de dados. Cerca de la puerta estaba en pie Decimus Saxon, con la espada desenvainada en la mano y otra arma blanca a sus pies, y frente a él había un joven oficial de uniforme azul, cuyo semblante aparecía rojo de vergüenza e indignación, y que miraba furioso por los distintos rincones del cuarto, como si buscara algún arma con que reemplazar la que había perdido. Cibber o Gibbons hubieran podido tomarle por modelo para esculpir la estatua del furor impotente. Otros dos oficiales que lucían idéntico uniforme estaban al lado de su camarada, y como observé que tenían puesta la mano en la empuñadura de sus espadas, ocupé mi puesto al lado de Saxon y me apresté a atacar, si la ocasión se ofrecía.

—¿Qué diría a esto el maestro de armas, el profesor de esgrima? —preguntó mi compañero—. A mi juicio debería perder su puesto por no haberos enseñado otra posición más correcta. ¡Fuera con él! ¿Es ése el modo de enseñar a los oficiales de la guardia de su majestad cómo han de servirse de sus armas?

—Esas burlas, señor —dijo el más viejo de los tres, que era un hombre rechoncho, moreno y de rostro abultado—, no son justas; y, sin embargo, acaso debamos dispensároslas. No tengo inconveniente en decir que nuestro amigo os ha atacado con alguna irreflexión, y que un militar de tan pocos años debiera haber mostrado mayor deferencia con un caballero de vuestra edad y conocimientos.

El otro oficial, que era persona de aspecto fino y semblante noble, se expresó casi de igual modo.

—Si esa disculpa sirve —dijo—, estoy dispuesto a asociarme a ella. Pero si se desea otra cosa, me alegraré de encargarme de la contienda.

—¡Nada de eso! ¡Tomad vuestra arma! —dijo Saxon de buen humor, empujando la espada hacia su joven adversario—. Pero ¡tenedlo bien presente!, al tiraros a fondo debéis dirigir la punta hacia arriba más bien que hacia abajo, porque de otro modo dejaréis expuesto el puño a los golpes de vuestro adversario, que seguramente no dejará de desarmaros. En cuarta,

tercera o en cualquier otra posición os servirá igualmente la misma advertencia.

El joven envainó su espada, enteramente abochornado por la facilidad de su derrota y la forma despreciativa en que su oponente le había despedido; por lo que dio media vuelta y salió apresuradamente del cuarto. Entretanto, Decimus Saxon y los dos oficiales se pusieron a levantar la mesa y a poner nuevamente en orden la habitación; tarea en que hice lo que pude para ayudarles.

—Era la primera vez que había tomado tres reinas en lo que llevamos de juego —gruñó el soldado aventurero—. Estaba a punto de anunciarlas, cuando ese majadero se me arrojó al cuello. También él ha tenido la culpa de que hayamos perdido tres botellas de la mejor muscadina. Si hubiera trasegado tanto vino malo como yo me he visto forzado tomar, no habría mostrado la misma precipitación en echar a perder el bueno.

—Es un mozalbete de genio arrebatado —replicó el oficial más viejo—, y alguna reflexión solitaria, añadida a la lección que le habéis dado, podría servirle de no poco provecho. Por lo que se refiere al vino perdido, pronto quedará subsanada esa deficiencia, con tanto más gusto, cuanto vuestro amigo, que está presente, nos ayudará a beberlo.

—Me despertó el crujir de las armas y el ruido —dije—, y apenas sé qué es lo que ha ocurrido.

—Sencillamente una bronca de taberna, que la prudencia y juicio de vuestro amigo han sabido apaciguar, impidiendo que pasara a mayores. Toma la silla de asiento de enea; y tú, John, manda que sirvan vino. Si nuestro compañero ha derramado lo último que nos habían servido, a nosotros nos corresponde reemplazarlo con otro nuevo; y al efecto danos lo mejor que haya en la bodega. Hemos estado jugando una partida de pinta, en la que el señor Saxon ha demostrado tanta habilidad como para esgrimir el espadín. Ocurrió que la suerte le fue adversa al joven Horsford; y esta circunstancia, a no dudarlo, lo predispuso a tomar la ofensiva. Conversando vuestro amigo sobre los incidentes que le han ocurrido en diversos países extranjeros, observaba que las tropas francesas de la Casa Real eran, a su juicio, más disciplinadas que ninguno de nuestros regimientos; y con este motivo Horsford se encolerizó, y después de algunas palabras acaloradas, salieron a relucir las espadas y llegaron las cosas al extremo que habéis visto. El muchacho no está acostumbrado a los lances del servicio; y, como es natural, se muestra excesivamente ansioso de dar pruebas de su valor.

—En lo cual —dijo el oficial más alto— no me ha guardado la debida consideración; porque, en todo caso, las palabras hubieran sido ofensivas para mí, que soy capitán más antiguo con grado de comandante, mientras él es un pobre alférez, que apenas sabe lo necesario para enseñar a sus tropas el ejercicio.

—Tienes razón, Ogilvy —replicó el otro, volviendo a ocupar su asiento junto a la mesa, y limpiando los naipes que estaban sucios de vino—. Si la comparación se hubiera hecho por un oficial de la Guardia de Louis, con ánimo de ofender o de echárselas de guapo, entonces habríamos tenido motivo para concertar un duelo. Pero, al haber salido de labios de un inglés de madura experiencia, más debe ser para nosotros una observación instructiva que una ocasión de enojo.

—Así es, Ambrose —añadió el otro—. Sin una crítica de esa índole, un ejército se estancaría, y no podría tener la esperanza de ponerse al nivel de las tropas continentales, que constantemente rivalizan entre sí por aumentar su eficiencia.

Tan complacido quedé de estas juiciosas observaciones expresadas por aquellos desconocidos, que me alegré de estrechar las buenas relaciones con ellos apurando una botella de excelente vino. Los prejuicios de mi padre me habían hecho creer que un oficial del rey era un hombre medio valentón, medio pendenciero; pero vi por experiencia que esa idea, como tantas otras que se aceptan sin previo examen, carecen de sólido fundamento. Como es de suponer, si hubieran estado vestidos con uniforme menos vistoso y sin sus espadas y botas de montar, habrían pasado por personas particulares de modales afectuosos y suaves, porque su conversación versó sobre temas corrientes y asuntos de erudición, discutiendo las investigaciones de Boyle sobre química y el peso del aire con gran seriedad y copia de doctrina. Al mismo tiempo, su porte animado y aspecto varonil demostraban que al cultivar las ciencias no habían sacrificado el espíritu militar.

—¿Podría preguntaros, señor —dijo uno de ellos dirigiéndose a Saxon—, si durante vuestra larga carrera habéis tropezado alguna vez con alguno de esos sabios o filósofos que tanta honra y fama han dado a Francia y a Alemania?

Mi compañero dio muestras de alguna inquietud, como el que siente que le han metido en terreno extraño y desconocido.

—Allá en Núremberg había, en efecto, uno de esos hombres —contestó —; un tal Gervinus o Gervanus, que, al decir de las gentes, podía convertir un lingote de hierro en otro de oro con tanta facilidad como yo convierto en

cenizas este tabaco. El viejo Pappenheimer le tomó la palabra, y le entregó una tonelada de metal, amenazándolo con ponerle las empulgueras si no la convertía en monedas de oro. Puedo certificar que allí no había una sola pieza de ese metal, porque yo era el capitán de la guardia y registré cuidadosamente todo el calabozo. Tengo que decirlo con pena, porque me habría gustado añadir alguna barrita de hierro al montón, con la esperanza de que, si verdaderamente se verificaba el cambio, me hubiera tocado alguna participación en el experimento.

—La alquimia, la transmutación de los metales y otras cosas semejantes han sido desterradas por la verdadera ciencia —observó el oficial más alto—. Hasta el viejo *sir* Thomas Browne de Norwich, que está siempre dispuesto a defender la causa de los antiguos, no puede decir nada en favor de esas experiencias. Desde Trismegisto acá, pasando por Alberto el *Magno*, Tomás de Aquino, Raimundo Llull, Basilio Valentín, hasta Paracelso y los demás, no hay uno que haya dejado más que un fárrago de palabras, como fruto de sus investigaciones.

—Ni más ni menos que el charlatán citado por mí —dijo Saxon—. Hubo además un cierto Van Helstatt, que fue hombre de gran saber, y hacía horóscopos mediante una pequeña remuneración u honorario. Nunca he tropezado con hombre tan sabio, porque hablaba de los planetas y de las constelaciones como si las tuviera en el corral de su casa. Los cometas le eran tan conocidos como las naranjas chinas de corteza rugosa, y nos explicaba su naturaleza, diciendo que no eran más que estrellas ordinarias, pero con un gran boquete o agujero por el que echaban las entrañas o lo que tuvieran dentro. ¡Éste sí que era un gran filósofo!

—¿Y no pusisteis alguna vez a prueba su habilidad? —preguntó uno de los oficiales con una sonrisa.

—No, ciertamente, porque siempre he procurado huir de la magia negra y de otras diabluras del mismo jaez. Mi camarada, Pierce Scotton, que fue coronel en la brigada de la Caballería imperial, le dio en una ocasión una noble rosa para que le vaticinara lo porvenir. Si no recuerdo mal, las estrellas decían que era muy aficionado al vino y a las mujeres; cosa que el agorero debió colegir de sus miradas lascivas y de su nariz que la tenía enrojecida como un carbunclo. Anunciaron también que obtendría el bastón de mariscal y moriría en edad madura; y seguramente la predicción hubiera resultado cierta, si no se hubiera caído del caballo un mes después en Ober-Graustock y no le hubiera pasado por encima parte de su tropa de caballería destrozándole completamente. Ni los planetas, ni siquiera el experto veterinario del

regimiento pudieron prever que el caballo de mi amigo había de desplomársele con resultados tan fatales.

Los oficiales celebraron con grandes carcajadas el relato de mi compañero y se levantaron de las sillas porque la botella estaba vacía y la tarde comenzaba a declinar.

—Tenemos que despachar aquí algunas diligencias —dijo uno de ellos después de ponerse en pie a ejemplo de Ogilvy—. Además, necesitamos buscar a ese loco de muchacho, y darle a entender que no es ninguna desgracia ser desarmado por un espadachín tan hábil como *Mr*. Saxon. También nos falta preparar alojamiento para la caballería que llegará, a fin de unirse a las fuerzas de Churchill, esta noche lo más tardar. Vosotros tendréis que presentaros en el oeste, ¿no es verdad?

—Pertenecemos a la servidumbre del duque de Beaufort —dijo Saxon.

—¿De veras? Creí que pertenecíais a la milicia del regimiento amarillo de Portman. Sin duda el duque quiere recoger todos los hombres que pueda y operar con sus tropas, hasta que lleguen las fuerzas reales.

—¿Cuántos hombres podrá traer Churchill? —preguntó mi compañero como al descuido.

—A lo sumo ochocientos caballos; pero le seguirá milord Feversham con cerca de cuatro mil infantes.

—Tal vez nos encontremos en el campo de batalla, cuando no antes —dije yo, y a continuación nos despedimos cordialmente de nuestros corteses enemigos.

—¡Ingenioso equívoco el que acabáis de emplear, maese Micah! —repuso Decimus Saxon—, aunque no deje de traslucirse su doble significación en un hombre tan amante de la verdad como vos. Si nos encontramos con ellos en el campo de batalla, me parece que necesitaremos tener delante de nosotros algunos piqueros montados en caballos de Frisia y otros armados de *morgensterns* con los correspondientes abrojos, cerrándoles el paso, porque Monmouth no tiene caballería que oponer a los guardias reales.

—¿Cómo habéis llegado a entablar relaciones con ellos? —pregunté.

—Había dormido algunas horas; y estoy acostumbrado a pasarme con menos tiempo de descanso en época de campaña. Viendo que vos dormitabais tranquilamente, mientras abajo sonaba el choque de dados, descendí sin hacer ruido y hallé manera de entrar en la partida; con lo cual mi haber ha aumentado en quince guineas y tal vez hubiera ganado algo más si aquel insensato joven no me hubiera provocado, o si la conversación no hubiera versado posteriormente sobre asuntos tan extraños como las leyes de la

química y otras cosas parecidas. Yo os ruego que me digáis qué tiene que ver la Guardia Real de caballería con semejantes ciencias. Wessenburg de los Pandours era un hombre que, aun estando a la mesa, permitía hablar con toda libertad, tal vez más de lo que convenía a la dignidad de un jefe; pero, si sus oficiales se hubieran aventurado a tratar de semejantes asuntos, habrían sido sometidos a un consejo de guerra sumarísimo o al menos a la degradación.

Sin detenerme a discutir la opinión del maese Saxon ni la de Wessenburg de los Pandours, propuse que mandáramos preparar la cena y gastáramos el tiempo que nos quedaba en dar una vuelta por la ciudad. Lo principal que hay que ver en ella es la magnífica catedral, construida con tan exactas proporciones, que se equivocaría cualquiera al apreciar sus enormes dimensiones si no entra dentro y recorre sus largas y sombrías naves laterales. El trazado de su arquería causa tal impresión de magnificencia y es tan fantástico el efecto de las prolongadas ráfagas de diversos matices que penetran por las vidrieras de colores proyectando extrañas sombras entre las columnas que, hasta mi compañero, que no solía impresionarse con nada, se mostró silencioso y subyugado. Aquel templo era una grandiosa plegaria de piedra.

Al regresar a la posada, pasamos por el calabozo de la ciudad, que presenta frente a él un espacio cercado, en el que correteaban tres enormes sabuesos de hocico negro, mirando a todos lados con ojos fieros y encendidos, mientras sus rojas lenguas colgaban de la boca. Un curioso que allí estaba nos dijo que se los empleaba para cazar criminales en la llanura de Salisbury, antiguo refugio de ladrones y malhechores, hasta que hubo necesidad de adoptar este arbitrio a fin de perseguirlos en sus mismas guaridas. Casi había oscurecido antes de que volviéramos al mesón; y era completamente de noche a la hora en que habíamos tomado nuestra cena, pagado la cuenta y dispuesto lo necesario para reanudar el viaje.

Antes de partir, me acordé del papel que mi madre me había deslizado en la mano en el momento de la despedida, y sacándolo de mi bolsillo lo leí a la luz de la candela en nuestro cuarto. Conservaba todavía las manchas de las lágrimas que la bienaventurada había derramado sobre él, y decía así:

INSTRUCCIONES DE LA SEÑORA MARY CLARKEA SU HIJO MICAH EL DOCE DE JUNIO DEL AÑO DEL SEÑOR MIL SEISCIENTOS OCHENTA Y CINCO

Con ocasión de salir, como David en tiempos antiguos, a dar batalla contra el Goliat del papismo, que ha manchado y desacreditado aquella

consideración legítima y reverente al ritual que debería existir en la Iglesia de Inglaterra, según ordenan las leyes, deberá observar los puntos siguientes, a saber:

Primero.— Múdate las medias cuando se te ofrezca ocasión. Llevas dos pares en la alforja y puedes comprar algunos otros, porque los artículos de lana son buenos en el oeste.

Segundo.— Una pata de liebre colgada del cuello es seguro remedio contra el cólico.

Tercero.— Reza las oraciones de la noche y la mañana. Lee también las Sagradas Escrituras, especialmente el libro de Job, los Salmos y el Evangelio según San Mateo.

Cuarto.— El elixir *Daffy* posee virtudes extraordinarias para purificar la sangre y expeler las flemas, humores, malos vapores y reumas. La dosis es cinco gotas. Hallarás un frasquito del mismo en el cañón de tu pistola izquierda, envuelto en algodones para que no se rompa.

Quinto.— Diez piezas de oro van cosidas en el dobladillo de la manta que te sirve de mullido. No las toques sino en caso de necesidad extrema.

Sexto.— Pelea valerosamente por la causa del Señor; pero te ruego, Micah, que no avances demasiado en la batalla, sino que dejes a otros que cumplan también con su deber. No te lances al corazón de la refriega; pero tampoco vaciles en seguir la bandera de la fe protestante.

Y, sobre todo, Micah, hijo mío, vuelve sano y salvo a los brazos de tu madre, porque de otro modo no habrá para mí consuelo.

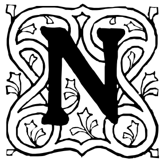
La que escribe estas líneas no cesará un momento de orar por ti.

Este inesperado rasgo de ternura al final de aquellas cortas líneas hizo afluir las lágrimas a mis ojos; y, no obstante, apenas pude dejar de sonreírme al observar el carácter de todo el escrito, porque mi querida madre no disponía de tiempo para cultivar las gracias del estilo; y su intento había sido, evidentemente, expresar las anteriores instrucciones en cierta forma legal para más obligarme a observarlas. No pude detenerme a meditar sus advertencias; pues no bien había terminado la lectura, cuando se oyó la voz de Decimus Saxon y el chocar de los cascos de los caballos contra los guijarros del patio, avisándome de que todo estaba dispuesto para nuestra partida.

X

DE NUESTRA PELIGROSA AVENTURA EN LOS LLANOS





o nos habríamos alejado de la ciudad media milla, cuando el estruendo de timbales y el sonido de trompetas nos anunció la llegada del regimiento de caballería, que estaban esperando nuestros amigos de la posada.

—Así como así —dijo Saxon—, tal vez nos ha venido de perlas quitárnoslos de encima, porque ese joven perdiguero podía haber olfateado el rastro y jugarnos una mala pasada. ¿Habéis visto por casualidad mi pañuelo de seda?

—No —respondí.

—Pues entonces es indudable que se me cayó del bolso durante la pelea. Difícilmente puedo estar sin él, porque no ando muy provisto de tales artículos de viaje… Ochocientos hombres, según dijo el mayor, y tres mil más que vendrán después… Si me encontrara con ese Oglethorpe o con Ogilvy, cuando haya terminado el negocio, yo le daría una leccioncilla para que pensara menos en asuntos de química y algo más acerca de la necesidad de guardar precauciones militares. Bien está siempre tratar con cortesía a los extraños y darles las noticias que piden; pero no está mal tampoco que esas noticias sean falsas.

—Como, en efecto, podrían serlo —sugerí.

—No, no, de ninguna manera; las palabras fueron pronunciadas irreflexivamente… ¡Quieta, *Chloe*, quieta!… Como está repleta de pienso, le gustaría galopar. ¡Mala peste para esta oscuridad que apenas nos permite ver por dónde vamos!

Continuamos trotando por el ancho camino real, que blanqueaba débilmente en las tinieblas, entre sombrías masas de árboles que parecían danzar a nuestro paso esfumándose en el fondo oscuro del cielo. A la sazón llegábamos al borde oriental de la gran llanura que se extiende cuarenta millas por una parte y veinte por la otra, abarcando la mayor parte del territorio de Wiltshire. El camino principal que conduce al oeste bordea este yermo páramo; pero habíamos convenido en seguir una ruta menos importante, capaz de conducirnos al punto de nuestro destino, aunque con mayores molestias. Esperábamos que la escasa importancia de aquella vereda contribuyera a que la caballería del rey no se cuidara de ella; y al fin avanzamos hasta el punto en que el camino principal se bifurca en otros dos, cuando oímos galopar de caballos a nuestra espalda.

—Aquí viene alguno que no teme correr a rienda suelta, a pesar de las tinieblas —observé.

—Hagamos alto aquí en la sombra —exclamó Saxon con voz apagada—. Requerid la espada por lo que pueda ocurrir. Debe ser algún extraviado para cabalgar con tanta prisa, estando la noche como está.

Al tender la vista por el camino pudimos descubrir en la oscuridad un bulto sombrío que se resolvió pronto en un hombre a caballo. El jinete estuvo

casi encima de nosotros antes de darse cuenta de nuestra presencia, y de pronto refrenó su caballo de un modo torpe y extraño y se puso frente a la dirección que llevábamos.

—¿Va ahí Micah Clarke? —preguntó una voz que sonó en un tono extraordinariamente familiar para mis oídos.

—Ése es mi nombre —respondí.

—Pues aquí tienes a Reuben Lockarby —dijo nuestro perseguidor con un acento burlescamente heroico—. ¡Ah, querido Micah! Te daría un abrazo si no estuviera seguro de caer de la silla al intentarlo, arrastrándote tal vez a ti conmigo. Esta parada en seco ha estado a punto de hacerme salir por la cabeza de mi montura. Desde que salí de Havant no he cesado de dar tumbos y resbalones. Seguramente nadie ha montado jamás un caballo tan a propósito para resbalar en la silla.

—¡Santo Dios, Reuben! —exclamé asombrado—. ¿Qué te trae de casa por estos caminos?

—La misma causa que a ti y a don Decimus Saxon, procedente del Solent, a quien me parece ver en la sombra detrás de ti. ¿Cómo va, ilustre?

—¡Hola! ¿Con que sois vos, tierno faisán de los bosques? —gruñó Saxon en un tono de voz que no dejaba traslucir excesiva alegría.

—El mismo en cuerpo y alma —replicó Reuben—. Y ahora, mis galantes caballeros, volved los bridones y seguid vuestro camino, porque no hay tiempo que perder. Necesitamos estar todos en Taunton mañana.

—Pero, mi querido Reuben —dijo—; no es posible que vengas con nosotros a incorporarte a las fuerzas de Monmouth. ¿Qué diría tu padre? Esto no es una gira de recreo, sino una expedición que puede tener un fin triste y grave. En el caso más favorable, sólo a fuerza de derramar sangre y correr peligros podrá obtenerse la victoria; y en el más desfavorable, lo mismo puede ocurrirte tener que danzar en la cuerda en el patíbulo como el que salgas libre y salvo.

—¡Adelante, adelante! —exclamó, espoleando su caballo—; he pasado el Rubicón, y ahora me encuentro a punto de ofrecer mi augusta persona, con una espada que me han prestado y un caballo que he substraído, a su protestantísima majestad James, duque de Monmouth.

—Pero ¿cómo se explica esto? —pregunté, mientras cabalgábamos juntos —. Tenía vivísimos deseos de verte; pero como nunca has mostrado gran interés en asuntos de religión o de política… ¿De dónde viene ahora esta repentina resolución?

—Bien; si he de decir la verdad, no soy del rey ni del duque; ni me importa un bledo que se siente quienquiera en el trono; porque supongo que ninguno de los dos ha de aumentar la parroquia de nuestra posada Wheatsheaf, ni nombrar consejero de estado a Reuben Lockarby. Soy, sencillamente, del partido de Micah Clarke, desde la planta de los pies a la coronilla de la cabeza, y si él va a la guerra, ¡que me mate un rayo o me ataque la peste, si no lo sigo en sus aventuras como la sombra al cuerpo!

Al decir esto, gesticulaba con viveza; y, como consecuencia de ello, perdió al punto el equilibrio y cayó en un espeso grupo de arbustos al lado del camino, donde sus piernas se agitaron desesperadamente en las tinieblas.

—Con ésta van diez —dijo, trepando apresuradamente y a fuerza de repetidos saltos a la silla de su cabalgadura—. Mi padre solía decirme que no se ha de montar un caballo echándose sobre él; y que el buen jinete lo hace alzándose gallardamente sobre el estribo y cayendo luego sobre la silla. «Dos gestos solo: elevarse y caer», era la frase empleada por el viejo. Pero ¡Dios me valga!, que en mi sistema de montar entra por más el caer que el levantarse; y, por cierto, que ninguna de las dos cosas me salen con gallardía.

—¡Me gusta la frescura! —exclamó Saxon—. Y entonces, decidme por todos los santos del calendario, ¿cómo esperáis sosteneros en presencia de un enemigo, si perdéis la silla en un pacífico camino de carros?

—Lo intentaré, al menos, ilustre —respondió, componiéndose sus arrugados vestidos—. Bien pudiera ocurrir que la índole inesperada y repentina de mis evoluciones dejara desconcertado al enemigo más valeroso.

—Pues, aunque habléis en broma, quizá haya en vuestras palabras mayor verdad de lo que creéis —replicó Saxon, cabalgando al lado izquierdo de Lockarby, de modo que apenas quedaba espacio para que pudiera caer entre nosotros—. Por mi parte, mejor pelearía con un hombre que tuviera algún conocimiento de la esgrima, que con uno como Micah o como vos mismo que la ignoráis en absoluto. Porque, en el primer caso, sabe uno lo que ha de hacer el adversario; pero, en el segundo, tropezáis a lo mejor con quien sigue un sistema de su propia cosecha, que le sale admirablemente por aquella vez. El coronel Muller estaba reconocido como el mejor espadachín del ejército del emperador, y en un asalto podía quitar al adversario uno por uno todos los botones del chaleco sin cortar el paño. Y, sin embargo, cayó muerto en un encuentro con Fahnführer Zollner, que era un simple alférez de nuestro cuerpo de infantería húngara, y que sabía tanto del manejo del espadín como vos de equitación. Sabido es que nadie usa el espadín para dar tajos, sino solamente para estocadas; y por eso a los que lo manejan no se les ocurre

ponerse en guardia contra un mandoble. Pero Zollner, que tenía los brazos largos, cruzó la cara al coronel con su arma, como si se tratara de un bastón; y antes que tuviera tiempo de reponerse lo atravesó bonitamente de parte a parte. Indudablemente, si el lance se hubiera repetido, el coronel hubiera sido el primero en dar una estocada a su adversario; pero tal como las cosas ocurrieron, no hubo lugar a explicaciones ni excusas; y el famoso espadachín se quedó tan muerto como mi abuelo.

—Si la falta de conocimiento y pericia hace temible a cualquiera que maneje la espada —observó Reuben—, entonces yo os aseguro que he de ser más peligroso que ese caballero cuyo impronunciable nombre acabáis de citar. Continuando mi historia, que interrumpí para bajar del caballo, pude darme cuenta en las primeras horas de la mañana que habíais partido; y Zachary Palmer pudo decirme para dónde. Me resolví, por tanto, a lanzarme yo también al mundo; y al efecto tomé prestada una espada a Solomon Sprent; y como mi padre se había marchado a Gosport me proveí de la mejor jaca que había en la cuadra, porque hago constar que yo tengo gran respeto al anciano y no permito que su carne y sangre vaya a la guerra sin el equipo necesario. He cabalgado todo el día, desde las primeras horas de la mañana, y se me ha detenido dos veces por sospechas de no ser afecto a la causa del monarca; pero con la buena suerte de haber salido bien de ambos apuros. Sabía que no andabais muy lejos, porque vi que preguntaban por vosotros en el mesón de Salisbury.

—¿Con que preguntaban por nosotros? —repitió Decimus, después de silbar significativamente.

—Sí. Parece que tenían alguna noticia de que no erais lo que indicaban las apariencias; de modo que habían cercado la posada cuando yo pasé, pero nadie supo decir el camino que habíais tomado.

—¿No lo decía yo? —preguntó Saxon—. Aquella víbora de alférez ha movido el regimiento entero contra nosotros. Conviene apretar el paso, porque podrían enviar un destacamento en persecución nuestra.

—Al presente —observé yo—, caminamos ya fuera del camino real; y aunque nos persigan, no parece probable que acierten con esta vereda.

—Sin embargo, no estaría de más que no puedan echarnos la vista encima —dijo Saxon espoleando a su jaca y poniéndola al galope.

Lockarby y yo seguimos su ejemplo, y todos juntos emprendimos con gran velocidad la marcha por el páramo.

Atravesamos algunas zonas cubiertas de pinos, donde se oía el maullar de un gato salvaje y el graznido de los mochuelos, prosiguiendo por extensiones

pantanosas, donde el silencio sólo era interrumpido por el agudo grito del alcaraván o el rumoroso aleteo de los patos salvajes que cruzaban por encima de nuestras cabezas. El camino estaba cubierto a trechos por espesos zarzales y los carros habían abierto en él tan profundas roderas y eran tan numerosos los hoyos, que más de una vez nuestros caballos cayeron sobre las patas delanteras. En cierto sitio, el puente de madera tendido sobre un arroyo se había venido abajo sin que nadie hubiera intentado repararlo, de modo que nos vimos compelidos a meter los caballos en el torrente. En un principio, algunas luces que brillaban aquí y allá nos hicieron creer que estábamos cerca de algún lugar habitado; pero al paso que avanzábamos, aquellas halagüeñas señales fueron desapareciendo, hasta que por fin se extinguió la última que quedaba y nos encontramos en el desolado páramo, que se extendía en una soledad no interrumpida hasta los últimos confines del horizonte. La luna había roto la cerrazón de las nubes y resplandecía débilmente por entre la espesa niebla arrojando una débil claridad sobre aquel extraño paisaje y permitiéndonos seguir el camino carretero, que ahora apenas podía distinguirse de la llanura en que estaba por haber desaparecido la vegetación de sus orillas.

Aflojamos el paso creyendo que no había motivo para temer por más tiempo la persecución; y Reuben nos entretenía describiéndonos la conmoción causada en Havant al tener noticia de nuestra partida, cuando, rompiendo el silencio de la noche, llegó a mis oídos un sordo y monótono ruido que se repetía acompasadamente. En el mismo instante, Saxon saltó de su caballo y escuchó atentamente aquel extraño *rat-tat-tat*.

—¡Botasillas! —exclamó, volviendo a montar apresuradamente—. Nos persiguen tan cierto como soy Decimus Saxon. Lo menos deben ser doce por el ruido. Tenemos que librarnos de ellos o despedirnos de Monmouth.

—¡Dios los confunda! —respondí, y poniendo espuelas a nuestras cabalgaduras, nos precipitamos como una tromba a través de las tinieblas.

Covenant y *Chloe* estaban tan descansados como podía desearse y no tardaron en lanzarse a todo galope. Pero el caballo de nuestro amigo había caminado durante el día entero y su prolongada y fatigosa respiración demostraba que no podría resistir mucho tiempo. Entre el ruido producido por los cascos de nuestras cabalgaduras podía percibir aún de cuando en cuando el siniestro rumor que sonaba a nuestra espalda.

—Así no haremos nada, Reuben —dije con ansiedad, al ver que su cansada jaca tropezaba lanzando al jinete a tierra en una caída peligrosa.

—Mi viejo caballo está casi por completo exhausto —dijo en tono lastimero—; ahora hemos salido del camino y el terreno inculto es demasiado áspero para mi pobre jaca.

—En efecto, hemos dejado el camino —confirmó Saxon volviendo la cabeza, porque sólo nos aventajaba algunos pasos—. Tened presente que la Guardia Azul ha estado de marcha todo el día, de modo que sus caballos no deben poder tenerse en pie. Pero ¿cómo diablos han podido saber el camino que hemos tomado?

A modo de respuesta a la anterior pregunta, se alzó en el silencio de la noche detrás de nosotros el sonido claro y vibrante de una nota prolongada que se ensanchó hasta llenar en apariencia el aire con su armonía.

—¡Uno de los perros de presa! —exclamó Saxon.

En aquel instante resonó una segunda nota más aguda y alta que terminó en un aullido indescriptible, confirmando la impresión que nos había causado la primera.

—¡Otro sabueso! —aseguró Saxon—. Han soltado los perros que vimos cerca de la catedral. ¡Por el cielo! ¡Qué poco nos figuramos cuando estuvimos contemplándolos por encima de la verja hace algunas horas, que habíamos de tenerlos tan pronto en persecución nuestra! Apretad las rodillas y sosteneos con firmeza, porque una caída en estas circunstancias equivaldría a la muerte.

—¡Madre de mi alma! —exclamó Reuben—. Me había resignado a morir en el campo de batalla; pero ser devorado por los perros… ¡qué horror!… eso de ningún modo entraba en mis conjeturas.

—Se conoce que los tienen sujetos con la traílla —dijo Saxon entre dientes—, porque de otro modo dejarían atrás a los caballos y se perderían en las tinieblas. Si pudiéramos tropezar con agua corriente, lograríamos hacerles perder la pista.

—Mi caballo no puede continuar a este paso más que algunos minutos —gritó Reuben—. Si me vengo abajo, vosotros continuad, teniendo presente que sois los perseguidos, pues conmigo nada tienen que ver. Han hallado motivo para sospechar de los dos forasteros que estuvieron en la posada, pero no de mí.

—Eso ni pensarlo siquiera, Reuben; juntos nos salvaremos o juntos pereceremos —repuse tristemente, porque a cada paso su cabalgadura se debilitaba más y más—. Fuera de que, en la oscuridad en que estamos, difícilmente puedan distinguir a las personas.

—¡No desmayéis! —gritó el viejo soldado, que nos había sacado la ventaja de unas veinte yardas—. Podemos oírlos perfectamente, porque el

viento sopla en esta dirección; pero sería un milagro que ellos nos hubieran oído a nosotros. Me parece que desisten de perseguirnos.

—Verdaderamente, el ruido de sus caballos apenas se advierte —añadí con tono regocijado.

—Tan débil es, que yo he dejado de percibirlo —repuso mi compañero.

Detuvimos nuestras fatigadas cabalgaduras y aguzamos el oído para escuchar; pero a nosotros no llegó otro sonido que el del suave murmullo de la brisa entre las aliagas interrumpido a trechos por el melancólico grito de la corneja. Detrás de nosotros se tendía la ancha y ondulada llanura, medio iluminada, medio envuelta en sombras, perdiéndose en la lejana y borrosa línea del horizonte, sin la menor señal de vida ni movimiento.

—Deben haberse quedado tan atrás, que habrán perdido las esperanzas de alcanzarnos —dije yo—. Pero ¿qué les pasa a los caballos para temblar y resoplar de este modo?

—Mi pobre bestia está enteramente agotada —observó Reuben, inclinándose hacia adelante y acariciando con la mano el cuello de su jaca.

—A pesar de todo, no podemos detenernos —dijo Saxon—. El peligro no ha pasado todavía. Cuando hayamos andado una o dos millas más, podremos considerarnos libres de ellos. Pero no me gusta nada…

—¿Qué es lo que no os gusta?

—El espanto de esos caballos. Los animales ven y oyen en ocasiones mejor que nosotros, como podría probarlo con varios ejemplos que yo mismo he presenciado en el Danubio y en el palatinado, si el tiempo y la ocasión se prestaran a ello. Prosigamos, pues, y luego descansaremos.

Los caballos respondieron briosamente a nuestros esfuerzos por seguir adelante, y yo galopé por terreno quebrado durante un tiempo considerable. Al fin, estábamos pensando en hacer alto definitivamente y en celebrar la buena fortuna de haber burlado la persecución, cuando de pronto resonó en nuestros oídos el aullido vibrante percibido anteriormente, pero tan fuerte y claro ahora, que sin duda teníamos los perros muy cerca.

—¡Malditos sabuesos! —exclamó Saxon metiendo espuelas a su cabalgadura y saliendo disparado delante de nosotros—; me lo estaba temiendo. Los han soltado de la traílla. No hay manera de escapar de esos demonios; pero podemos elegir el sitio más a propósito para hacerles frente.

—¡Vamos, Reuben! —grité—. Al presente sólo tenemos que habérnoslas con los perros. Sus dueños los han dejado en libertad, y regresado a Salisbury.

—¡Permita Dios que revienten antes de llegar allá! —imprecó mi amigo —. Nos echan perros como si fuéramos ratas en la tarima de un sollado. ¡Y

luego dicen que Inglaterra es un país de cristianos! Es inútil, Micah. La pobre *Dido* no puede dar un paso más.

Mientras hablaba, resonó de nuevo el agudo y feroz aullido de los sabuesos vibrando claro y sostenido en la reposada atmósfera de la noche y aumentando en intensidad y tono desde un gruñido sordo y profundo hasta un grito agudo y rabioso. Parecía notarse un dejo de alegría en aquel grito salvaje, como si conocieran que la presa que olfateaban estaba a punto de caer en sus fauces.

—¡Ni un paso más! —dijo Reuben Lockarby, deteniendo su cabalgadura y desenvainando la espada—. Si es preciso pelear, me defenderé aquí mismo.

—No puede haber sitio mejor —repliqué.

Frente a nosotros se alzaban dos escarpadas rocas, brotando abruptamente del terreno y dejando entre ambas un espacio de doce o quince pies. Penetramos por aquel hueco, y gritamos a Saxon que se nos incorporara. Pero su caballo nos había sacado gran ventaja; y al renovarse la alarma, se arrancó nuevamente a todo galope; de suerte que se hallaba a la distancia de algunos centenares de yardas. De nada servía llamarle, aun cuando pudiera oír las voces que le dábamos; porque seguramente tendríamos a los perros encima antes de que él tuviera tiempo de regresar.

—No nos cuidemos de él —dije apresuradamente—. Guía tu cabalgadura detrás de aquella roca, mientras yo me coloco detrás de ésta. Ellas han de servirnos para quebrantar el ímpetu del primer ataque. No te apees, suceda lo que quiera; y cuando llegue el momento, hiere, y hiere con toda tu alma.

Medio ocultos en la sombra de la roca, aguardamos en silencio la llegada de nuestros perseguidores. Cuando recuerdo aquella escena, mis queridos nietos, no puedo menos de reconocer que aquel trance fue una prueba terrible para soldados tan jóvenes como Reuben y yo, concurriendo la circunstancia de ser la primera vez que desenvainábamos nuestras espadas y teniendo que hacerlo en una situación tan desventajosa. Porque tengo por sabido, y varias personas me han confirmado en mi opinión, que de todos los peligros que un hombre puedo verse precisado a arrostrar, el más espantoso es el procedente de animales salvajes y feroces. Cuando se pelea contra hombres, hay siempre la probabilidad de que alguna flaqueza o vacilación de vuestros adversarios puedan daros alguna ventaja sobre ellos; pero cuando hay que combatir con fieras no existe semejante esperanza. Tenemos la certeza de que las bestias que nos acometen no nos soltarán de sus garras o dientes mientras les quede algún aliento. Además, siente uno en el fondo de su corazón que el combate es desigual, porque la vida de un hombre es preciosa, al menos para vuestros

padres y amigos; pero las vidas de las fieras, ¿qué valor tienen? Todo esto y mucho más nos pasó rápidamente por el pensamiento, mientras aguardábamos con las espadas desnudas, aquietando como mejor podíamos a nuestros temblorosos caballos y aguardando de un instante a otro la llegada de los perros.

No tuvimos que esperar mucho tiempo. Junto a nosotros resonó otro aullido estruendoso y prolongado, después del cual reinó un profundo silencio, interrumpido sólo por el agitado y tembloroso respirar de los caballos. En aquel momento apareció de pronto, y sin hacer ruido alguno, un enorme sabueso pardo con el negro hocico pegado a la tierra y la piel de debajo de los ojos colgando a ambos lados de la boca; y después de entrar en el espacio iluminado por la luna entre las rocas, se sepultó en la sombra que éstas proyectaban. No se detuvo ni abandonó un instante la dirección que traía, sino que siguió su curso avanzando directamente sin mirar a la izquierda ni a la derecha. Momentos después llegó un segundo podenco y detrás de él un tercero, todos de enorme tamaño, que parecía mayor y más terrible a la indecisa y escasa luz que bañaba la escena. A ejemplo del primero, no se enteraron de nuestra presencia, y siguieron el rastro que había dejado Decimus Saxon.

Dejé pasar al primero y segundo sabueso, porque apenas podía comprender que no hicieran el menor caso de nosotros. Pero, cuando se presentó el tercero en el claro que teníamos delante, saqué la pistola de la derecha del arzón y apoyándola en el antebrazo izquierdo, le disparé en el momento de pasar. La bala dio en el blanco, porque el animal lanzó un fiero alarido de rabia y dolor, pero continuó en su rastro sin volverse ni mudar de dirección. Lockarby hizo fuego también cuando el perro desaparecía entre los arbustos, aunque al parecer sin resultado alguno. Con tal rapidez y silencio atravesaron por delante de nosotros aquellas bestias feroces, que hubiéramos podido tomarlos por espantables y mudos espíritus de la noche o por los perros fantasmas del cazador Herne, a no ser por el fiero aullido que siguió a mi disparo.

—¡Qué fieras, Santo Dios! —exclamó mi compañero—; ¿qué haremos, Micah?

—No cabe la menor duda de que los han puesto sobre la pista de Saxon —repliqué—. Sigámoslos, porque nuestro compañero difícilmente podrá defenderse de sus ataques. ¿Percibes algún rumor que dé indicios de nuestros perseguidores?

—No oigo nada.

—Se conoce que han abandonado la tarea de seguirnos, soltando los perros como último recurso. Indudablemente los tienen enseñados a volver a la ciudad. Pero no debemos vacilar un momento, Reuben, y hemos de acudir en auxilio de nuestro compañero.

—Un esfuerzo más, pobre *Dido* —dijo Reuben, hablando con su cabalgadura— ¿no podrás dar todavía otra nueva carrera?… No, no te desgarraré más los ijares. Si puedes, sé que lo harás.

La jaca dio un resoplido, como si comprendiera las palabras de su dueño, y sobreponiéndose al cansancio se lanzó al galope. Tan vigoroso fue su arranque, que, aunque yo apliqué las espuelas a *Covenant*, nunca pudo colocarse más que a poca distancia de la jaca.

—Me parece que ha debido de tomar esta dirección —dije, escudriñando ansiosamente la oscuridad—. Seguramente no habrá ido muy lejos, porque hablaba de hacer un descanso. Aunque bien pudiera suceder que, no estando nosotros con él, lo fíe todo a la velocidad de su caballo.

—¿Y qué probabilidades puede tener de escapar de la boca de esas fieras? —observó Reuben—. No pueden menos de alcanzarle; y él seguramente no lo ignora. Pero ¡calle! ¿Qué es esto?

Un bulto oscuro yacía tendido frente a nosotros a la luz de la luna; y era el cuerpo muerto de uno de los sabuesos, evidentemente el que había recibido mi disparo.

—¡Un enemigo menos! —exclamé lleno de gozo—; ya sólo tendremos que habérnoslas con dos.

Mientras hablaba, oí dos pistoletazos a poca distancia y en la dirección de nuestra izquierda. Volviendo los caballos hacia aquella parte, avanzamos a todo correr. De allí a poco salió de la densa sombra que se extendía frente a nosotros un estruendoso rumor de ladridos que nos llenó de grandísimo sobresalto. Aquello no era un sencillo lamento como el que los sabuesos habían lanzado mientras seguían su pista, sino un estrépito constante formado por rugidos tan persistentes y feroces, que indicaban evidentemente la llegada de los sabuesos al término de su carrera.

—¡Quiera Dios que no le hayan derribado! —imprecó Reuben con voz desmayada.

El mismo pensamiento había cruzado por mi espíritu, porque recordaba haber oído una confusión semejante de furiosos rugidos, aunque menos alborotada que la presente, en ocasión de haber caído una reala de perros sobre su presa y estar desgarrándola. Con el corazón oprimido de angustia, desenvainé mi espada resuelto a vengar a nuestro compañero si por desgracia

era demasiado tarde para salvarle. Saltando por espesos matorrales, salimos a un descampado, donde se nos ofreció una escena tan extraña e inesperada, que hicimos alto mudos de asombro.

Frente a nosotros se abría un espacio circular, brillantemente iluminado por la plateada luz de la reina de la noche. En el centro de aquel lugar se alzaba una piedra gigante, una de esas elevadas y negruzcas columnas que suelen hallarse en las llanuras y especialmente en los parajes situados alrededor de Stonehenge. Lo menos tenía quince pies de altura, y, a no dudarlo, antiguamente había estado del todo derecha; pero el viento y los temporales junto con el arrastre de tierras la habían empujado poco a poco, inclinándola de tal suerte, que un hombre hábil podía con facilidad encaramarse a la parte superior.

Sobre el vértice de esta antigua piedra estaba sentado Decimus Saxon, inmóvil y con las piernas cruzadas, semejante a un extraño ídolo de época remota, fumando tranquilamente la luenga pipa que solía ser su alivio en momentos de apuro. Debajo de él, y en la base del monolito, como llaman nuestros sabios a esa clase de piedras, saltaban los dos enormes sabuesos, chocando uno con otro en su furor e inútiles esfuerzos por alcanzar la impasible figura colocada encima, desahogando su rabia y desesperación en los horribles ladridos, que tan terribles pensamientos nos habían sugerido.



Sin embargo, no dispusimos de mucho tiempo para contemplar aquella extraña escena, porque al aparecer nosotros, los perros desistieron de sus inútiles tentativas por alcanzar a Saxon, y lanzando un feroz gruñido de satisfacción se abalanzaron contra Reuben y contra mí. Uno de ellos, con los ojos encendidos y la boca horriblemente abierta, donde a la luz de la luna

blanqueaban sus formidables colmillos, saltó al cuello de *Covenant*; pero lo recibí con un terrible tajo de mi montante que le cercenó el hocico, dejándolo pataleando entre alaridos en un charco de sangre. Entretanto, Reuben había espoleado su caballo para salir al encuentro de su enemigo; mas la fatigada cabalgadura vaciló al ver al perro y se quedó repentinamente inmóvil, siendo causa de que el jinete saliera despedido por la cabeza y cayera en las fauces mismas del animal. No lo habría pasado muy bien mi amigo, a no contar con otros recursos que los propios. A lo sumo, sólo por breves instantes hubiera podido librar su garganta de los crueles colmillos del sabueso; pero, al advertir yo el peligro, saqué la pistola que me quedaba y después de arrojarme del caballo, la disparé a quemarropa sobre el costado del animal que luchaba con mi amigo. Lanzó la bestia un último aullido de rabia y de dolor, abriendo las fauces con un impotente y salvaje ímpetu, para caer después lentamente en tierra mientras Reuben se arrastraba huyendo de su enemigo, con algunos desgarrones y rozaduras, que era lo menos que podía haber sacado de su peligrosa aventura.

—Te estaré eternamente agradecido por este favor, Micah —dijo con acento alterado por la emoción—. ¡Ojalá que se me ofrezca en la vida ocasión de hacer otro tanto por ti!

—Y yo os quedo igualmente obligado a los dos —añadió Saxon, que se había deslizado por la columna abajo abandonando su lugar de refugio—. Soy hombre que sabe pagar sus deudas, lo mismo las buenas que las malas. Allá arriba hubiera podido permanecer hasta tener que comerme las botas de montar, porque pocas probabilidades tenía de librar con vida semejante lance… ¡Santa María! ¡Qué tremendo mandoble habéis dado aquí, amigo Clarke! La cabeza del animal yace partida en dos mitades como una calabaza podrida… No extraño que los sabuesos me hayan seguido la pista, porque me dejé olvidado un cinturón que traía de repuesto y mi pañuelo; y esos objetos han sido utilizados para ponerlos en el rastro de *Chloe* y en el mío.

—Pero ¿dónde tenéis vuestra montura? —pregunté, limpiando la espada.

—*Chloe* ha tenido que mirar por sí misma. Al ver que los perros me sacaban ventaja, les disparé mis pistolas; pero ¿quién que cabalgue con una velocidad de veinte millas por hora puede tener la probabilidad de poner en el blanco una simple posta? En aquellas circunstancias, me hice cargo de la gravedad de la situación, porque no me quedaba tiempo para cargar de nuevo las pistolas; y el espadín, aunque sea el rey de las armas en un duelo, apenas ofrece seguridad alguna en trances como el presente. Quiso mi buena estrella que, precisamente cuando estaba perplejo sin saber qué hacer, me viera junto

a esta elevada columna, que los buenos sacerdotes de tiempos remotos debieron erigir, a lo que se me alcanza, con el único fin de suministrar a los caballeros valerosos un medio de librarse de tan innobles enemigos. No me fue dado demorar un instante el encaramarme a ella, porque tuve que arrancar mi talón de la boca del primer sabueso, que tal vez me hubiera derribado, a no haber sido mis espuelas un bocado demasiado duro para sus mandíbulas… Pero juraría que les ha alcanzado alguna de mis balas.

Así diciendo, encendió un trozo de yesca sacada de su petaca y soplando sobre ella para dar más fuerza a la luz que despedía, recorrió el cuerpo del sabueso que me había atacado, y después el del otro.

—¡Qué cosa más extraña! Este animal tiene perforada la piel como si fuera una criba —exclamó—. ¿Con qué cargáis los pistolones, buen maese Clarke?

—Con dos postas de plomo.

—¿Y cómo es que dos solos balines han hecho tantos agujeros?… ¡Cosa más rara!… El animal tiene hundido en el costado el cuello de un frasco.

—¡Cielos! —exclamé—. Ahora caigo en ello. Mi buena madre había colocado un botellín de elixir *Daffy* en el cañón de mi pistola.

—De modo que se lo has disparado al sabueso —vociferó Reuben—. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Cuando lo oigan contar junto a las barricas de cerveza del Wheatsheaf, más de cuatro han de sentir la boca seca de tanto reír. ¡Al demonio le ocurre haberme salvado la vida disparando a un perro con un frasco de elixir *Daffy*!

—Y también con una bala, Reuben, aunque juraría que los murmuradores no tardarán en omitir este pormenor. Fortuna no pequeña ha sido no reventar la pistola… pero bien, ¿qué pensáis hacer ahora, maese Saxon?

—¡Toma! Recobrar mi jaca, si hay modo de hacerlo —dijo el aventurero —. Porque en esta vasta soledad y entre tinieblas, va a ser tan difícil dar con ella como hallar en el *Hudibras* unos calzones escoceses o un verso insípido.

—Pues la cabalgadura de Reuben Lockarby no puede dar un paso más —observé—. Si la vista no me engaña, allá lejos me parece divisar un débil resplandor, ¿no es verdad?

—Un fuego fatuo —dijo Saxon.

Cuyo brillo fascina a los humanos
llevándolos por fosos y pantanos

y, no obstante, confieso que aquel fulgor parece fijo y claro, como si saliera de alguna lámpara, candela, antorcha, linterna u otro artefacto semejante.

—Donde hay candela, hay quien vela —comentó Reuben—. Acerquémonos y veamos qué probabilidad hay de encontrar allí albergue.

—Seguramente no daremos con nuestros amigos los del uniforme azul —repuso Decimus—. ¡Mala peste los lleve! ¿Cómo han podido sospechar quiénes éramos? ¿No será más bien que aquel joven Fahnführer o Fanfarria les ha inducido a perseguirnos por los insultos inferidos al regimiento? Como vuelva a ponerse al alcance de mi espada, yo le aseguro que no han de quedarle ganas de volver a meternos en otros apuros. Bien, proseguid con vuestros caballos; y vamos a explorar aquella luz, ya que no podemos hacer cosa mejor.

Rompiendo la marcha por el páramo, nos encaminamos en dirección al punto brillante que titilaba en la lejanía; y, mientras avanzábamos, cada cual comenzó a exponer mil conjeturas sobre el origen del resplandor misterioso. Si aquello fuera una vivienda humana, ¿qué clase de persona podía haber tenido la idea de venir a morar a este desierto eligiendo un sitio tan apartado de las veredas que lo cruzan? El camino carretero quedaba a nuestra espalda; y probablemente sólo aquéllos a quienes empujara una necesidad como en la que nosotros estábamos, habían de visitar una región tan desolada. Ningún ermitaño podía desear un retiro más enteramente aislado de todo comercio con sus semejantes.

Al paso que nos aproximábamos, vimos que la luz procedía en efecto, de una miserable casucha, edificada en un hueco, de modo que únicamente podía divisársela desde el lugar en que nosotros caminábamos. Frente a la humilde vivienda se tendía una faja de terreno limpia de arbustos y cubierta de césped; y en el centro de ella estaba pastando la yegua que nos faltaba. La misma luz que trajo nuestra atención, hirió sus ojos, y no dudando, se encaminó hacia ella esperando hallar agua y avena. Saxon entró nuevamente en posesión de su perdida *Chloe* con un suspiro de satisfacción, y tomándola de la brida se acercó a la puerta de la casa solitaria.

XI

QUE TRATA DEL SOLITARIO Y DEL COFRE DE ORO

El vivo resplandor amarillento que nos había servido de norte a través del páramo, se abría paso por una sola y estrecha hendidura a lo largo de la puerta, que más bien parecía hacer las veces de tosca ventana. Al avanzar hacia ella, la luz se tornó de pronto roja, y luego verde, bañando de fantástica palidez nuestros rostros, y realzando de un modo especial el tono cadavérico de las austeras facciones de Saxon. Al mismo tiempo percibimos un sutilísimo y nauseabundo olor, que emponzoñaba el aire alrededor de la casa. Este conjunto de prodigiosas circunstancias en un lugar tan aislado despertó en el viejo soldado sentimientos supersticiosos en tal grado, que se detuvo, y volviendo el rostro clavó en nosotros una mirada interrogativa. Tanto Reuben como yo, estábamos decididos a llevar hasta el fin aquella aventura; por lo que Saxon hubo de contentarse con dejarnos ocupar la delantera, mascullando algún exorcismo acomodado a la ocasión. Me llegué a la puerta, y la golpeé con el puño de mi montante, anunciando que éramos viajeros fatigados y buscábamos un albergue donde pasar la noche.

El primer efecto causado por mi llamamiento fue un ruido procedente de alguien que andaba de un sitio a otro apresuradamente, junto con cierto sonido metálico y crujir de cerraduras. Se extinguió poco después; y ya me disponía a llamar nuevamente, cuando una voz temblorosa resonó del otro lado de la puerta.

—Escaso albergue hallaréis aquí, caballeros, y más escasas provisiones todavía —dijo—. No hay más que seis millas hasta Amesbury, donde encontraréis el mesón Cecil Arms, que seguramente puede suministrar cuanto necesitéis vosotros y vuestras caballerías.

—No, no, invisible amigo —repuso Saxon que se reanimó al oír una voz humana—, ésa no es manera de recibirnos. Uno de nuestros caballos está agotado, y los otros en condiciones parecidas; de suerte que nos es tan imposible llegar hasta el Cecil Arms de Amesbury como lo sería el ir a la posada *Grüner Mann* de Lübeck. Os ruego, por tanto, que nos permitáis pasar el resto de la noche en el asilo de vuestro hogar.

Dichas estas razones, se oyó gran crujir de cerraduras y rechinar de cerrojos, terminando el ruido con abrirse lentamente la puerta y presentarse a ella la persona que nos había hablado.

A la luz clara que brilló tras la puerta, pudimos ver que era un hombre de venerable presencia, con cabellos blancos como la nieve, y aspecto que indicaba un temperamento dado a la meditación y al mismo tiempo altivo. Las cejas prominentes y cogitabundas, así como la larga barba revelaban un filósofo; pero los ojos vivos y brillantes, la curva aguileña de la nariz y la pequeña talla, erguida a pesar de los años, sugerían la idea de la vida militar. Su altivo porte y rico, aunque severo, traje de terciopelo negro, formaban una extraña contraposición con la humildad de la morada que había elegido para residencia.

—¡Hola! —dijo clavando en nosotros una mirada penetrante—; de manera que dos de vosotros ajenos todavía a los azares de la guerra, y el otro un viejo soldado. Ya veo que os han perseguido.

—Y ¿cómo lo habéis averiguado? —preguntó Decimus Saxon.

—¡Ay, amigo mío! Yo también he servido en mis tiempos. Mis ojos no son tan viejos que no sepan advertir cuándo los caballos han sido espoleados hasta agotar sus fuerzas; y, por otra parte, no es difícil descubrir que la espada de este joven mozarrón se ha empleado en algo menos inocente que en degollar corderos. Podéis guardaros, no obstante, vuestra historia… Todo buen soldado piensa primero en su caballo; y, por tanto, me permito rogaros que atéis los vuestros ahí fuera, porque no tengo palafrenero ni criado que se encargue de ello.

La extraña vivienda donde penetramos se extendía, de pronto, por la parte de la colina a la que estaba adosada, de suerte que formaba un larguísimo y estrecho salón. Las extremidades de esta gran pieza, aparecieron envueltas en la sombra, al entrar nosotros más; en el centro de la misma brillaba un refulgente resplandor que salía de un brasero lleno de carbón, sobre el que estaba colgada una vasija de bronce. Junto al fuego había una larga mesa de madera repleta de frascos de cristal con el cuello encorvado, jofainas, tubos y otros instrumentos, cuyo nombre y destino me eran desconocidos. A lo largo

de un anaquel se veía una larga hilera de botellas que contenían diversos líquidos coloreados y variadas sustancias en polvo; y encima de ellos aparecía una segunda tabla con una excelente colección de volúmenes forrados de pardo pergamino. El resto del mobiliario estaba formado por una segunda mesa toscamente labrada, un par de armarios, tres o cuatro banquillos de madera y varios biombos sujetos a los muros y cubiertos en toda su extensión de figuras y símbolos para mí ininteligibles. El hedor que habíamos percibido antes de entrar, era más intolerable en el interior de la pieza, y, al parecer, procedía de los vapores exhalados por el líquido que hervía y burbujeaba en la cacerola de bronce.

—Ahora, aquí tenéis a vuestro servidor —dijo nuestro patrón inclinándose cortésmente—, al último vástago de una antigua familia. Soy *sir* Jacob Clancing de Snellaby Hall.

—Smellaby será, me parece —murmuró Reuben en un tono de voz tan débil, que no llegó a los oídos del antiguo caballero.

—Os ruego que os sentéis —continuó y que os quitéis los petos, cascos y botas de montar. Figuraos que estáis en vuestra posada y portaos con igual libertad… Habéis de perdonarme que por un momento deje de atenderos para continuar la operación en que estoy ocupado y que no admite demora.

Saxon comenzó al punto a soltar sus hebillas y quitarse el arnés mientras Reuben, dejándose caer en una silla, dio muestras de estar tan fatigado, que sólo se aflojó el cinto de la espada. Por mi parte, me alegré de echar a un lado mi armadura, pero seguí con atención, entretanto, todos los movimientos de nuestro huésped, cuyas afables maneras y aspecto de sabio habían despertado mi curiosidad y admiración.



Se acercó al pote mal oliente y lo agitó con semblante que indicaba tanta mayor ansiedad, cuanto era claro que había llevado su cortesía con nosotros al extremo de arriesgar el resultado de algún experimento importante. Hundió un cucharón en el contenido del hediondo recipiente; lo revolvió y sacó fuera una

parte, vertiéndolo después lentamente en la vasija, y dejando ver un líquido turbio y amarillento.

El aspecto de éste lo tranquilizó evidentemente, porque desapareció de su rostro la mirada de ansiedad y lanzó una exclamación de júbilo. Tomó luego una cucharada de un polvo blanquecino de cierto bote que tenía al lado y la echó en la cacerola, cuyo contenido comenzó de pronto a bullir y espumar sobre el fuego, haciendo que las llamas tomaran el color verdoso que habíamos observado a nuestra llegada. Esta operación causó el efecto de aclarar el líquido; y el químico pudo envasarlo en una botella donde apareció tan transparente como el agua, quedando en la cacerola un sedimento pardo que fue vaciado en una hoja de papel. Hecho esto, *sir* Jacob Clancing puso a un lado todos sus cachivaches y se volvió hacia nosotros con semblante risueño y expresión más animada.

—Veremos —dijo— lo que mi pobre despensa puede suministrar. Entretanto este olor podría molestar vuestras narices no acostumbradas a él, y, por consiguiente, voy a hacerlo desaparecer.

Echó en el brasero algunos granos de resina balsámica y la habitación se llenó de un agradabilísimo aroma. Tendió después sobre la mesa un mantel blanco, y, tomando de un armario un plato que contenía trucha fría y un enorme pastel de carne, lo colocó en la mesa y nos invitó a acercar a ella nuestros bancos y servirnos lo que creyéramos conveniente.

—Si tuviera otros manjares más apetitosos que ofreceros —dijo— los habría puesto a vuestra disposición. En Snellaby Hall no se os hubiera tratado de una manera tan mezquina; tenedlo por cierto. Con todo, esos alimentos podrán satisfacer el hambre, y aun me quedan algunas botellas de añejo de Alicante.

Así diciendo, sacó de una alacena un par de ellas, y después de ver que cada uno de nosotros había tomado su ración y de habernos llenado los vasos, se sentó en un sillón de roble de alto respaldo, y presidió nuestro banquete con la cortesía propia de otros tiempos. Mientras cenábamos, le expliqué la índole y condiciones de nuestro viaje y le referí las aventuras de la noche, aunque sin hacer mención de nuestro destino.

—Vosotros pertenecéis a las huestes de Monmouth —dijo tranquilamente, cuando hube acabado, clavando en mi rostro sus penetrantes ojos—. Lo sé; pero no tenéis que temer que os haga traición, aun cuando pudiera. Y ¿qué probabilidades de triunfar contra las fuerzas del rey, a vuestro juicio, tiene el duque?

—Tantas como un gallo de corral contra otro de pelea, provisto de acerados espolones, si se fía de su gente —respondió Saxon—. Pero tiene motivos para creer que toda Inglaterra está hecha un depósito de pólvora, y espera ser la chispa que la haga estallar.

El anciano movió su cabeza tristemente.

—El rey dispone de grandes medios —observó—. ¿De dónde va a sacar Monmouth tropas instruidas?

—Cuenta con la milicia —sugerí.

—Y además abundan los soldados del antiguo ejército parlamentario, que no andan muy distantes de lanzarse al campo en defensa de su fe —añadió Saxon.

Con sólo que comenzaran a hacer propaganda una docena de predicadores de gran facundia y ascendiente, todos los presbiterianos acudirían en pos de ellos, como moscas a la miel. Jamás los sargentos encargados de la recluta levantarán un ejército tan formidable como el que reunieron los predicadores de Cromwell en los condados del este, donde la promesa de tener un asiento junto al trono de Dios, fue de más valor que una prima de diez libras. ¡Pluguiera al cielo poder pagar mis deudas con promesas análogas!

—Casi me atrevería a pensar —observó nuestro anfitrión—, juzgándoos por vuestras palabras, que no pertenecéis a ninguna secta. Y entonces, ¿cómo es que echáis el peso de vuestra espada y experiencia en el platillo más ligero?

—Por la misma razón de ser el platillo más débil —respondió el soldado aventurero—. De buena gana hubiera ido con mi hermano a la costa de Guinea, absteniéndome de intervenir a favor de unos o de otros, fuera de entregar algunas cartas y de otras diligencias por el estilo. Pero, puesto que ahora necesito hacer algo, elijo pelear a favor del protestantismo y de Monmouth. A mí me importa más bien poco el que ocupe el trono, ya sea James Stuart o James Walters; pero la corte y el ejército del rey tienen ya cubiertos todos sus puestos; y, como Monmouth necesita cortesanos y soldados, puede suceder que le agraden mis servicios y los remunere con un puesto honroso.

—No discurrís mal —dijo nuestro huésped—, sólo que habéis pasado por alto la gran probabilidad de perder la cabeza, si el partido del duque sale derrotado en la contienda.

—El que algo quiere algo le cuesta; y el que no se aventura no pasa la mar —replicó el veterano.

—Y a vos, joven —continuó el anciano—, ¿qué os ha movido a meteros en juego tan peligroso?

—Desciendo de una familia de *independientes* —respondí—, y mis allegados, que han figurado siempre entre los más leales «cabezas redondas», acuden al campo cuantas veces haya que pelear por la libertad del pueblo y la destrucción de los tiranos. Yo voy en lugar de mi padre.

—¿Y vos, señor? —siguió preguntando nuestro huésped mirando a Reuben.

—Yo he venido para ver algo del mundo y por acompañar a mi amigo y condiscípulo que está presente —replicó.

—Pues yo tengo razones más poderosas que cualquiera de vosotros —afirmó *sir* Jacob— para tomar las armas contra quien se apellide Stuart, sea quien fuere. Si no tuviera que desempeñar aquí una misión imposible de abandonar, tal vez me sintiera tentado a acudir al oeste con vosotros, calándome una vez más sobre estos cabellos grises el rudo casco de acero. Porque ¿dónde está ahora el noble castillo de Snellaby, y dónde los territorios y bosques en que vivieron y murieron los ilustres Clancing, desde los tiempos en que puso el pie en Inglaterra el normando Williams? Todas esas posesiones pertenecen al presente a un mero negociante, a un hombre que a fuerza de explotar a sus operarios hambrientos ha dejado una riqueza mal ganada. Si yo, que soy el último de los Clancing, me atreviera a poner el pie en esas fincas puede que fuera entregado al juez de la aldea como un delincuente, o azotado tal vez por los látigos de insolentes monteros.

—Y ¿cómo se ha verificado ese trastorno tan repentino de vuestra fortuna? —pregunté.

—¡Llenad los vasos! —exclamó el viejo acompañando la palabra con la acción—. He aquí el brindis que os propongo: «¡Maldición y ruina para todos los príncipes desleales!». ¿Que cómo ha ocurrido, me preguntáis? Pues oíd. Cuando sobrevinieron las revueltas contra el primer Charles, yo estuve a su lado y otro tanto hizo mi hermano. En Edgehill, en Naseby, y en muchas otras escaramuzas y batallas, peleé con denuedo a favor de su causa, manteniendo a mis expensas una tropa de caballería, formada por mis jardineros, lacayos y sirvientes. Entonces andaban escasos los fondos de guerra, y se necesitaba dinero para proseguir la campaña. Mis bandejas y candelabros de plata fueron a parar al crisol, como los de tantos otros caballeros, para convertirse en moneda y después en soldados y piqueros. Resistimos de este modo algunos meses hasta que se vació la bolsa, y nuevamente volvimos a llenarla entre nosotros. Ahora les tocó el turno a las alquerías y los robledales. Luego vino

la batalla de Marston Moor, con lo que se necesitaron el último hombre y el último penique para reparar tan gran desastre. No vacilé un instante y entregué cuanto tenía. Cierto villano, cansado de llenar el estómago de sopas de ajo, hombre astuto y precavido, con facha de patán, se había mantenido alejado de las luchas civiles mirando con ojos avaros el castillo de mi familia. Miserable gusano, acostumbrado a vivir bajo un techo lleno de goteras y una casucha agrietada, sólo su ambición pudo llevarlo a soñar en adquirir el espléndido castillo de mi familia. Lo dejé salir con su intento y entregué la suma recibida, guinea por guinea, para engrosar el tesoro del rey. Y de esta suerte me sostuve hasta la derrota definitiva de Worcester, en que cubrí la retirada del joven príncipe y puedo decir con toda verdad que, excepto en la isla de Man, fui el último realista que defendió la autoridad de la Corona. La República había puesto a precio mi cabeza, considerándome como un malhechor peligroso. Me vi, pues, obligado a tomar el portante en un queche de Harwich, y en él llegué a los Países Bajos sin otro haber que mi espada y algunas piezas de escaso valor en el bolsillo.

—Aun en esas circunstancias —observó Saxon—, un caballero lo hubiera pasado bien. Siempre hay guerras en Alemania donde un hombre puede ganarse la vida. Cuando los alemanes del norte no están en armas contra los suecos o franceses, es seguro que los del sur han de andar a la greña con los jenízaros.

—Tomé, de hecho, las armas y milité durante algún tiempo al servicio de las Provincias Unidas; y de ese modo me encontré frente a frente con mis antiguos enemigos los puritanos. Oliver había prestado a los franceses la brigada de Reynolds, y por cierto que Louis pudo considerarse afortunado de tener a su servicio tropas tan avezadas en el arte de la guerra. Dios me es testigo de que me tocó estar en la contraescarpa de Dunquerque; de suerte que, en lugar de pelear con los defensores, sumé mis esfuerzos a los de los asaltantes. Sentí mi corazón palpitar de entusiasmo, al ver cómo aquellos valientes trepaban por la brecha con sus picas arrastrando, sin vacilar un momento mientras cantaban su tonada religiosa, a pesar de llover sobre ellos las balas tan espesas como una granizada. Y cuando llegaron a las manos con los flamencos, puedo deciros que lanzaron tal gritería bronca de militar regocijo, que me enorgullecí de mis compatriotas, sobreponiéndose este sentimiento al odio que les tenía como enemigos. Sin embargo, mi vida de soldado no duró mucho, porque la paz se concertó poco después; y entonces emprendí el estudio de la química, a la que sentía poderosa inclinación, primero con Vorhaager de Leiden y posteriormente con Huy de Estrasburgo,

si bien recelo que estos ilustres nombres no signifiquen nada en vuestros oídos.

—Así es la verdad —dijo Saxon—; pero debe de haber cierto fatal hechizo en este asunto de la química, porque hemos encontrado a dos oficiales de la Guardia Real en Salisbury que, a pesar de ser bizarros militares y personas dignísimas por otros conceptos, tenían también su debilidad en ese particular.

—¿De veras? —preguntó con interés *sir* Jacob—. Y ¿a qué escuela pertenecían?

—No sé, porque soy enteramente profano en estos asuntos —respondió Saxon—; lo único que puedo decir es que no creían en la habilidad de Gervinus de Núremberg, a quien yo tuve prisionero, ni tampoco en la de otro hombre alguno para efectuar la transmutación de los metales.

—Por lo que se refiere a Gervinus, no puedo asegurar nada —dijo nuestro huésped—; mas, por lo que toca a la posibilidad del hecho, no tengo inconveniente en empeñar a favor de la misma mi palabra de caballero. Pero hablaremos de ello poco después. Llegó, por fin, el tiempo en que Charles II fue invitado a ocupar de nuevo el trono, y todos nosotros, desde Jeffrey Hudson, el bufón y enano de la corte, hasta milord Clarendon, cobramos grandes esperanzas de volver a conquistar nuestros antiguos puestos. Por espacio de algún tiempo me abstuve de presentar ninguna reclamación, creyendo que el rey se complacería en mostrar su magnanimidad tendiendo la mano a un pobre caballero que se había arruinado por defender a su familia, sin necesidad de excitaciones de ningún género. Esperé días y meses, pero no recibí el menor aviso; de modo que, al fin, tuve que acudir a la corte solicitando una recepción que se me otorgó oportunamente. «¡Ah! —dijo, saludándome con la cordialidad que tan bien sabía fingir—; vos sois, si no me equivoco, *sir* Jasper Killigrew, ¿no es así?. —Yo respondí—: No, majestad, soy *sir* Jacob Clancing, de la antigua casa de Snellaby Hall en Staffordshire»; y al punto le hablé del combate de Worcester y de muchos lances que nos habían ocurrido estando juntos. «¡Cáspita! —exclamó—. ¿Cómo puedo haberme olvidado tan pronto? Y ¿qué tal por Snellaby?». Entonces le expliqué cómo ya no era dueño del castillo, exponiéndole en pocas palabras la situación a que había quedado reducido. Se nubló su semblante al oírme; y de pronto advertí en su trato una gran frialdad. «Todo el mundo acude a mí en busca de empleo o de dinero —dijo—, y la verdad es que los Comunes me escatiman, aun a mí mismo, lo necesario de tal modo, que difícilmente puedo ser generoso con los demás. Sin embargo, *sir* Jacob, veré qué es lo que puedo

hacer por vos», y con estas palabras me despidió. Aquella misma noche me buscó el secretario de milord Clarendon y me notificó con gran formalidad y aparato, que en consideración a mi antigua lealtad y a las pérdidas que había sufrido, el rey se había dignado graciosamente nombrarme *caballero de lotería*. «Y bien, señor, ¿qué es eso de "caballero de lotería"? —pregunté—. —A lo que me respondió—: Pues, sencillamente, una persona que tiene permiso para abrir una casa de juego». Ésta era la remuneración que merecían mis servicios. Se me autorizaba para establecer un garito en la plaza de Covent Garden para atraer allí a los galancetes de la ciudad y desplumarlos secretamente. De suerte que para restaurar mi fortuna tenía que arruinar las de otros. Nada debían importarme mi honor, mi familia ni mi reputación, mientras tuviera modo de engatusar algunos tontos y sacarles las guineas.

—Tengo entendido que algunos de esos caballeros de lotería lo pasaban en grande —observó Saxon con aire pensativo.

—Lo pasaran como quisieran, ese empleo no era digno de mí. Solicité, por tanto, una audiencia del rey, y le supliqué que diera otra forma a la merced que me dispensaba. Su única respuesta fue que mi extremada pobreza me había hecho totalmente importuno. Durante semanas y semanas anduve rondando la corte con otros pobres caballeros como yo, y entonces tuve ocasión de observar cómo los príncipes derrochaban en juegos y mancebas enormes cantidades, que habrían sido bastantes para restaurar nuestros patrimonios. En cierta ocasión vi a Charles poner a una carta el dinero que hubiera dejado satisfecho al más exigente de nosotros. En los parques de St. James, o en la galería de Whitehall, procuré todavía que me viera el monarca, esperando que se dignara hacerme alguna gracia. Al fin, recibí de él un segundo mensaje, participándome que, si no podía vestir con mayor decencia, me dispensaba de asistir a la corte. Ése era el modo de corresponder a los servicios de un antiguo soldado, que había sacrificado su salud, riqueza, posición y en una palabra todo cuanto tenía en servicio de su padre y de él mismo.

—¡Qué vergüenza! —exclamamos los tres a un tiempo.

—¿Podéis extrañar ahora que maldijera toda la estirpe de los Stuarts, hombres falsos, lascivos y crueles? En cuanto al palacio de mi familia, podría comprarle de nuevo mañana mismo, si lo creyera conveniente; pero ¿de qué me serviría sin la herencia?

—¡Hola! ¿Conque tanto habéis prosperado? —dijo Decimus Saxon, clavando en nuestro patrón una de sus peculiares miradas de reojo—. Puede que hayáis descubierto el modo de convertir la batería de cocina en oro por el

procedimiento del que habéis hablado… Pero no parece que sea así, porque estoy viendo en la habitación objetos de hierro y bronce que difícilmente continuarían como están si hubierais podido convertirlos en oro.

—El oro tiene sus usos especiales como los tiene el hierro —dijo *sir* Jacob hablando en tono dogmático—; y el uno no puede suplantar al otro.

—Sin embargo, los oficiales de la Guardia —observé— nos dijeron que la alquimia se reducía a una superstición del vulgo.

—Pues entonces, esos oficiales demostraron que su ciencia era inferior a los prejuicios que alimentaban. El escocés Alexander Seton fue el primero que logró efectuar la mencionada trasmutación en los tiempos modernos. En el mes de marzo de 1602 transformó una barra de plomo en oro en casa de un tal Hansen, en Rotterdam, quien dio testimonio de ello. Con posterioridad, no solamente repitió la experiencia ante tres sabios enviados por el emperador Rudolph, sino que enseñó el procedimiento a Johann Wolfgang, a Dienheim de Friburgo y a Gustenhofer de Estrasburgo, el cual se lo comunicó más tarde a mi ilustre maestro…

—Quien a su vez os lo enseñaría a vos —exclamó Saxon con aire de triunfo—. Por ahora, mi señor y amigo, no tengo a mano otra cantidad de metal que la que traigo conmigo: peto, espaldar, rodilleras y quijotes junto con la espada, espuelas y las hebillas del arnés. Os ruego, pues, que apliquéis a estos objetos vuestro arte tan excelente como laudable; y yo os prometo que dentro de pocos días habré puesto a vuestra disposición una cantidad de metal más digna de vuestra pericia.

—¡Oh!, no es necesario —dijo el alquimista sonriendo y haciendo signos negativos con la cabeza—. La referida conversión puede, sin duda, efectuarse, pero sólo de una manera lenta y ordenada; pocas piezas cada vez, y con gran dispendio de trabajo y paciencia. El hombre que pretenda, enriquecerse por ese medio, necesitará trabajar con gran ahínco muchos años; pero no negaré que al fin pueda lograrlo, y ahora, puesto que las botellas están vacías y vuestro joven compañero comienza a quedarse traspuesto en su silla, quizá os convenga dormir durante el resto de la noche.

Después de esto, sacó de un rincón varias mantas y petates y los tendió sobre el piso.

—Esta es la cama del soldado —añadió—; pero bien podría ocurrirnos dormir en peores condiciones antes de restablecer a Monmouth en el trono de Inglaterra. Por lo que a mí respecta, tengo la costumbre de dormir en una cámara situada en el interior y debajo de la colina.

Dijo algunas otras palabras acompañándolas de varias menudas diligencias encaminadas a procurarnos alguna comodidad, y se retiró con la lámpara, penetrando por una puerta en que nosotros no habíamos fijado la atención y que se abría en el extremo más lejano de la sala.

Como Reuben no había descansado desde que partió de Havant, se tendió al punto sobre las ropas que le correspondían y se quedó dormido apoyando la cabeza en uno de los arzones. Saxon y yo permanecimos sentados durante algunos minutos más, a la luz del brasero encendido.

—Otra ocupación habría peor que la de dedicarse a este negocio de la química —observó mi compañero sacudiendo las cenizas de su pipa—. ¿Veis allí aquel cofre con guarniciones y abrazaderas de hierro, que está medio oculto en el rincón?

—¿Y qué hay de particular en él?

—Que está lleno de oro hasta más de la mitad, con lo fabricado por este respetable caballero.

—¿Y cómo lo sabéis? —pregunté en tono de incredulidad.

—Cuando golpeasteis la puerta con el puño de vuestra espada, lo mismo que cuando la empujasteis, sin duda llegaría a vuestros oídos un rumor especial producido por el cerrar de un arca y el girar de una llave. Bien, gracias a mi sagacidad, he podido atisbar por aquella hendidura del muro, y he visto a nuestro amigo meter en el cofre algo que sonó, y cerrar después. No pude más que echar una ojeada al contenido, pero juraría que aquella luz amarillenta era reflejada por un metal que debe ser oro. Veamos si verdaderamente está cerrado.

Y levantándose de su asiento, se encaminó hacia donde estaba el cofre y tiró con fuerza de la tapa.

—¡Dejad eso enseguida, Saxon! —exclamé indignado—. ¿Qué diría nuestro huésped si os sorprendiera en semejante maniobra?

—¡Que diga lo que quiera! Lo mejor sería que no guardara tales tesoros en su casa. Seguramente lo abriría, si tuviera un escoplo o una daga.

—¡Vive Dios! —murmuré—. Si llegáis a intentarlo, os romperé la cabeza.

—Bien, bien, joven Anac; no era más que el capricho de ver otra vez el tesoro. Pero, además, si por acaso el rey tuviera en el viejo un partidario merecedor de sus favores, este cofre con el oro que contiene no sería más que nuestro legítimo botín de guerra. ¿No reparasteis en que se jactaba de haber sido el último realista que peleó en Inglaterra, confesando que se le había condenado a proscripción como a un malhechor? Tened por cierto que vuestro padre, con ser un santo, no hubiera tenido escrúpulo alguno en despojar a un

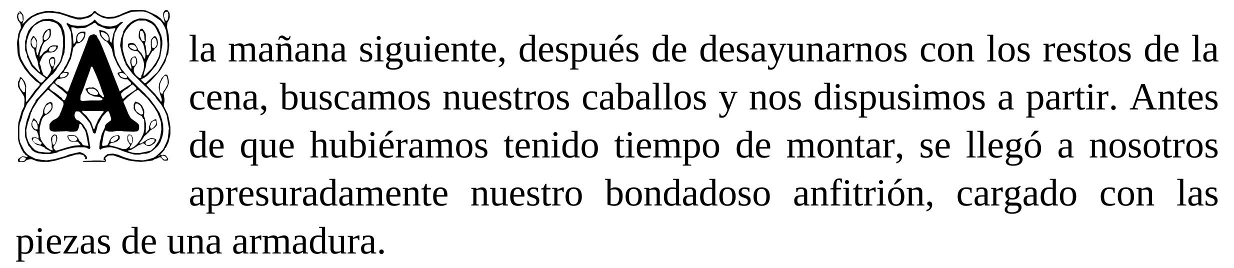
amalecita de este jaez. Además, tened presente que este hombre puede fabricar el oro con tanta facilidad como vuestra madre hace púdines de arándanos.

—¡Basta ya de eso! —respondí en tono serio—. No admito discusiones. Id a acostaros, porque si no llamaré al patrón para decirle qué clase de hombre sois.

Saxon consintió, al fin, no sin reiteradas murmuraciones, en tender sus largos miembros en la estera; mientras yo me acostaba a su lado permaneciendo despierto hasta que la suave luz de la mañana penetró por las hendiduras del techo. Si he de decir la verdad, recelaba quedarme dormido por temor de que las filibusteras mañas del soldado aventurero lo arrastraran a cometer una mala acción, desacreditándonos a los ojos de nuestro huésped. Sin embargo, al instante, su respiración tranquila y profunda me dio la seguridad de que se había quedado dormido, y pude gozar algunas horas de grato descanso.

XII

DE ALGUNOS LANCES QUE NOS OCURRIERON EN EL PÁRAMO



A la mañana siguiente, después de desayunarnos con los restos de la cena, buscamos nuestros caballos y nos dispusimos a partir. Antes de que hubiéramos tenido tiempo de montar, se llegó a nosotros apresuradamente nuestro bondadoso anfitrión, cargado con las piezas de una armadura.

—Venid acá —dijo señalando a Reuben—. No es conveniente, joven, que salgáis a pecho descubierto contra el enemigo, mientras vuestros camaradas van vestidos de acero. Aquí tengo mi antiguo peto y casco, que, a lo que entiendo, han de veniros bien porque, aunque seáis más grueso que yo, no me aventajáis en corpulencia… Nada, lo que he dicho… Si el armero de la corte, Silas Thomson, los hubiera fabricado a vuestra, medida, seguramente no podrían sentaros mejor… ¡Ea! Ahora el casco. También os cae de maravilla… Ahora sois todo un caballero de quién puede sentirse orgulloso Monmouth o cualquier otro general.

Tanto el yelmo como el peto y el espaldar eran de finísimo acero milanés, espléndidamente guarnecidos con adornos de oro y plata y con dibujos raros y curiosos. El aspecto de aquellos arreos era tan severo y marcial, que daban origen a una extraña y un tanto burlesco contraste con el semblante coloradote y bonachón de nuestro amigo.

—¡Nada, nada! —prosiguió el anciano al observar que sonreíamos—; una joya tan preciosa como la de un corazón leal debe tener una digna envoltura que la proteja.

—Os quedo sinceramente agradecidísimo, señor —dijo Reuben—; y apenas hallo palabras con que expresaros mi reconocimiento… ¡Cielo

bendito!, me dan ganas de volver sin pérdida de tiempo a Havant, para que vean mis paisanos qué gran hombre de armas se ha criado entre ellos.

—Es acero de prueba —observó *sir* Jacob—; y la bala de una pistola quizá no lo atraviese. Y vos —continuó volviéndose hacia mí—, aquí tenéis un pequeño regalo, como recuerdo de nuestra entrevista. He observado que mi pequeña librería os inspiraba interés. El volumen que os ofrezco contiene las vidas de los grandes hombres de la antigüedad, escritas por Plutarco y traducidas al inglés por el ingenioso Latimer. Lleváoslo y procurad amoldar vuestra vida al ejemplo de los héroes cuyos grandes hechos ahí se relatan. En la bolsa de vuestra silla de montar he colocado un paquete pequeño, pero importante, que deseo entreguéis a Monmouth el día que lleguéis a su campamento. En cuanto a vos, señor —dijo hablando con Decimus Saxon—, os regalo una esferita de oro puro, que podrá tomar la forma de un alfiler u otro adorno semejante. Podéis usarlo con la conciencia tranquila, porque se os da de buen grado y no es un objeto substraído a vuestro huésped mientras dormía.

Saxon y yo cambiamos una rápida mirada de asombro al colegir de aquellas palabras que no le era desconocida nuestra conversación de la noche pasada. Con todo eso, *sir* Jacob no dio la menor muestra de enojo, sino que pasó a indicarnos el camino y darnos algunos avisos referentes al viaje.

—Debéis seguir esta vereda hasta encontrar un camino más ancho que conduce al oeste —dijo—. Apenas transita gente por él, y hay escasa probabilidad de que topéis con ninguno de vuestros enemigos. Esta ruta os llevará por entre las aldeas de Fovant y Hindon, y después a Mere, que dista poco de Bruton en los límites de Somersetshire.

Después de dar las gracias a nuestro venerable huésped por sus señaladas bondades, rompimos la marcha, dejándolo entregado a la extraña y solitaria vida que allí llevaba. El sitio en que estaba construida su casita había sido elegido tan hábilmente, que cuando volvimos el rostro para enviarle una última despedida, tanto él como su morada habían desaparecido de nuestra vista, sin que nos fuera posible discernir entre los numerosos montículos y hondonadas, cuál era el lugar donde estaba la vivienda que nos había dado albergue. Frente a nosotros se extendía la gran llanura ondulada, con sus tonos grises, abarcando todo el horizonte, y sin el menor vallado o desigualdad que rompiera la monotonía de su superficie cubierta de raquítica aliaga. No se descubría el menor signo de vida en toda su extensión, fuera del ruido ocasionado de cuando en cuando por algún conejo que escapaba a

refugiarse en su madriguera al acercarnos nosotros, o alguna que otra oveja hambrienta que pastaba la escasa y pobre hierba de aquel suelo infecundo.

El camino era tan estrecho, que necesitábamos avanzar uno tras otro; pero, poco después lo abandonamos todos, sirviéndonos únicamente de él como de guía y galopando a uno y otro lado del mismo sobre la ondulada llanura. Todos íbamos silenciosos: Reuben contemplando su nuevo coselete al que no dejaba de dirigir la vista; Saxon con los ojos medio cerrados debía de ir meditando algún asunto especial suyo; y yo revolviendo en mi imaginación los ignominiosos proyectos del viejo soldado referentes al cofre de oro y la vergüenza afrentosa que se nos seguía de haber adivinado nuestro huésped el intento del ladrón. Nada bueno podía esperarse de la compañía de un hombre tan desprovisto de todo sentimiento de honor y gratitud. Estas reflexiones me pusieron de tan mal talante, que al fin rompí el silencio para señalar un camino que atravesaba el nuestro alejándose de él, y recomendar a Saxon que lo siguiera, puesto que había dado pruebas de no poder vivir con gente honrada.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó echando mano a la empuñadura de su espada—. ¿Estáis en vuestro juicio? Esas palabras son tales, que ningún caballero digno de tal nombre puede tolerarlas.

—Pero no por eso dejan de ser la pura verdad —respondí.

La hoja de su acero brilló un momento en el aire, mientras su jaca saltaba dos veces al sentir el rudo aguijón de sus espuelas.

—Aquí tenemos —dijo haciendo girar a su cabalgadura, con semblante lleno de ira—, un excelente lugar perfectamente llano donde discutir el asunto. Desenvainad vuestro acero y mantened las palabras que acabáis de pronunciar.

—No haré el menor movimiento para atacaros —repliqué—. ¿Por qué había de hacerlo, si no os tengo mala voluntad? Pero os advierto que, si avanzáis contra mí, os arrojaré de la silla, a pesar de todas las tretas de vuestra esgrima.

Desenvainé mi espada, mientras hablaba, y me puse en guardia, porque sospechaba que, peleando con un soldado tan veterano, la acometida había de ser rápida y violenta.

—¡Por todos los santos del cielo! —gritó Reuben—. Al primero de vosotros que trate de herir, le disparo mi pistola a la cabeza. Cuidado con vuestras bromas, señor Decimus; pues, por Dios, que os levantaré la tapa de los sesos, ¡aunque fuerais hijo de mi madre! Envainad la espada, porque el gatillo cae fácilmente, y mi dedo tiembla sobre el disparador.

—¡Así revientes, mala pécora! —gruñó Saxon volviendo la espada a la vaina—. Bien, Clarke —añadió después de algunos momentos de reflexión—; es una chiquillada que dos compañeros empeñados en una empresa de importancia vengan a las manos por una minucia como ésta. Tengo edad bastante para ser vuestro padre y debo desistir de tomar en serio el asunto, porque la lengua de los jóvenes se mueve a veces de una manera impulsiva y sin la debida consideración. Me contento con que declaréis haberos excedido en vuestro lenguaje.

—Tal vez mi manera de decir las cosas haya pecado esta vez de demasiado franca y ruda —respondí viendo que el hombre sólo pedía un poco de bálsamo para la herida que le habían inferido mis palabras—. Al mismo tiempo debo deciros que nuestras ideas y costumbres difieren por entero de las vuestras y que es preciso remediar en lo posible este inconveniente, porque de otro modo no os tendremos por verdadero compañero nuestro.

—Perfectamente, ilustre Catón —repuso—. Tendré que olvidar algunas de las habilidades de mi oficio… ¡Cuerpo de Dios!, hombre, si tales reparos encontráis en mi persona, ¿qué diablos de opinión puede mereceros alguien que yo me sé? Pero dejémoslo pasar. Ahora es tiempo de ir a la guerra, porque nuestras espadas no se resignan a estar por más tiempo en la vaina;

Que de Toledo la tajante espada,
si ociosa está, de orín queda tomada
cuando no corta y raja, destructora,
con su diente a sí misma se devora.

¡Nada! Está visto que no se puede pensar en cosa alguna, sin tropezar con el viejo poeta.

—¡Gracias a Dios que se acaba, por fin, esta árida llanura! —exclamó Reuben. Su insípida monotonía es capaz de sacar de quicio al mismísimo Job. Mejor nos fuera estar en los desiertos de Libia, y no en este condado de Wiltshire, perteneciente a los dominios de su graciosa majestad.

—Allá lejos, al lado de aquella colina se percibe humo —dijo Saxon, apuntando hacia el sur.

—Me parece que veo una línea de casas —observé mirando al amparo de mi mano.

—Pero, como están tan lejos, el reverbero del sol no permite distinguirlas con claridad.

—Debe de ser la aldea de Hindon —dijo Reuben—, pero ¡qué calor da este vestido de acero!, estoy pensando en que acaso no sea muy contrario a las leyes de la milicia quitármelo y colgarlo sobre el cuello de *Dido*. Me voy a

cocer vivo dentro de mi armadura, como un cangrejo en su caparazón. Decidme, ilustre, ¿hay alguno de esos treinta y nueve artículos citados por el autor que lleváis en el bolsillo que prohíba despojarme de estos arreos?

—Uno de los ejercicios de la guerra —respondió Saxon gravemente— consiste, joven, en que os acostumbréis a soportar el peso de vuestro arnés; cosa que sólo podréis conseguir con una práctica como la que al presente estáis soportando. Necesitáis aprender muchas cosas, y entre ellas la de no apuntar con las pistolas a la cabeza de nadie cuando estéis a caballo. Las sacudidas de vuestra montura pudieron muy bien, hace un instante, ocasionar la caída del gatillo, con lo que hubierais privado a Monmouth de un soldado veterano y experto.

—Sin duda —replicó mi amigo—, habría gran fundamento en lo que decís, a no ser que, conforme recuerdo ahora, no me hubiera olvidado de volver a cargar mi pistola, desde que la disparé anoche contra aquella maldita bestia que estuvo a punto de devorarme.

Decimus Saxon movió la cabeza tristemente.

—Dudo mucho que lleguéis nunca a ser un buen soldado —observó—. Os caéis del caballo con sólo que este cambie de paso, dando pruebas de un ligereza que no se compadece bien con la gravedad propia del verdadero jinete; como si esto fuera poco, os atrevéis a amenazar, apuntando con pistolas descargadas; y, por último, pedís permiso para quitaros una armadura, que podría cubrir al mismo Cid Campeador, para colgarla al cuello de vuestra jaca… Con todo eso, me parece que tenéis corazón y brío; porque, de otro modo, no estaríais aquí.

—¡Gracias, señor! —exclamó Reuben, haciendo una venia que casi lo precipitó de su cabalgadura—; vuestra última observación subsana todas las demás a no ser así, me hubiera visto precisado a cruzar mi acero con el vuestro para mantener mi reputación de soldado.

—Con respecto al incidente de la noche pasada —dijo Saxon—, es decir, el asunto del cofre que yo suponía lleno de oro, mostrándome inclinado a considerarlo legítimo botín de guerra, no tengo inconveniente ahora en admitir que me porté con demasiada precipitación y ligereza, pues reconozco que el anciano nos trató generosamente.

—No volváis a decir una palabra sobre el particular —repuse—; y más bien guardaos de seguir tales impulsos en lo futuro.

—No son cosa que salga de mí —repuso—; sino de Will Spotterbridge, que fue un hombre de lo más perdido que hubo en el mundo.

—Y ¿cómo diablos puede ese señor tener que ver nada en el asunto? —pregunté con curiosidad.

—¿Cómo?, pues de la manera siguiente. Mi padre se casó con la hija de ese mismo Spotterbridge, echando a perder así una buena y antigua familia mediante el cruce con una estirpe de mala ley. Will fue un perdulario de Fleet Street en tiempo de Jacob, un verdadero gallito de Alsacia, patria de rufianes y fanfarrones. Su sangre se nos transmitió por medio de la hija a diez de nosotros, aunque me complazco en decir que, siendo yo el décimo, ha perdido una gran parte de su virulencia, reduciéndose ésta a poco más que cierto orgullo y un laudable deseo de prosperar.

—Pero ¿puede saberse de qué manera inficionó la raza? —pregunté.

—Pues es muy sencillo —respondió el veterano—; los Saxon antiguos eran gente carirredonda y pacífica que vivió tan contenta hojeando sus libros comerciales durante seis días de la semana, y la Biblia el séptimo. Si mi padre se extralimitaba alguna vez, bebiendo una copa de cerveza más de las justas, prorrumpiendo en alguna exclamación por el estilo de: «¡Malditos los santos!» o «¡voto al diablo!», se arrepentía de ello como si hubiera cometido los siete pecados capitales. ¿Es posible que un hombre de tal pasta, siguiendo el curso ordinario de la naturaleza, engendrara diez hijos secos y larguiruchos, nueve de los cuales podrían ser primos carnales de Satanás y hermanastros de Belcebú?

—¡Desgracia bien grande fue la suya! —observó Reuben.

—¿La suya?, no: la nuestra debéis decir. Si él con todos sus ojos abiertos, eligió por mujer la hija de un diablo encarnado como el tal Will, porque sin duda se prendó de ella viéndola tan empolvada y peripuesta, ¿qué derecho tiene a quejarse? Nosotros somos los que llevamos la sangre de aquel Héctor de las tabernas, mezclada con la sana de los Saxon; y por tanto, a nosotros nos asiste la verdadera razón de protestar.

—Pues si así es —dijo Reuben—, por ese mismo sistema de razonar, colijo que alguno de mis antepasados debió casarse con una mujer que padecía una calamitosa sequedad de garganta, acompañada de insaciable sed de beber cerveza, porque tanto mi padre como yo padecemos del mismo achaque.

—Lo que seguramente habéis heredado —gruñó Saxon— es una lengua de lo más desatado y liviano que jamás se conoció… Por lo que os he referido vendréis en conocimiento de que mi vida entera es una lucha entre la virtud natural de la línea paterna y los impulsos aviesos de la materna. El hecho de

que con razón os quejabais la noche anterior, no es más que un ejemplo de la desdicha a que vivo sujeto.

—¿Y qué me decís de vuestros hermanos y hermanas? —pregunté—; ¿de qué modo los afectó esa circunstancia?

El camino era yermo y largo; de suerte que la charla del viejo soldado contribuía a disminuir el tedio de la marcha.

—Todos han sucumbido —dijo Saxon en tono lastimero—. ¡Qué gran desgracia! Habrían formado una excelente familia si hubieran dedicado sus facultades a fines más laudables. Prima fue nuestra hermana mayor, y gozó de buena salud hasta que llegó a ser moza; pero no pasó de ahí. Secundus nació con inclinación al mar, y poseía un barco de su propiedad, cuando aún era joven. Llamó la atención, no obstante, el hecho de haber partido para un viaje en una goleta y regresado con un bergantín; novedad que dio motivo a algunas investigaciones. Tal vez fuera cierto, como él dijo, que le había encontrado navegando a la derivada en el mar del Norte, y que abandonó su barco por acudir en su socorro; pero lo ahorcaron antes de que pudiera probarlo. Tertia se escapó con un ganadero de la región septentrional y hasta la fecha no se ha tenido más noticia de ella. Quartus y Nonus se han ocupado por largo tiempo en la tarea de sacar a los negros de su atrasado y salvaje país para conducirlos como lastre o los ingenios de América, donde puedan aprender las bellezas del cristianismo. Pero debo reconocer que son hombres de condición violenta y lenguaje impío, enteramente despojados de todo afecto a su hermano menor. Quintus era un muchacho de esperanzas, pero tuvo la desgracia de hallar una barrica de ginebra, que había sido arrojada al mar por un barco náufrago; y adquirió la costumbre de empalmar las borracheras, hasta que murió no mucho después. Sextus pudo haber hecho fortuna, porque entró de escribiente en casa del procurador Johnny Tranter; pero, como era mozo de genio emprendedor, de la noche a la mañana se escapó llevándose los negocios, papeles, caja y cuanto pudo encontrar, a los Países Bajos, con no escasa contrariedad de su amo que desde entonces no ha podido volver a verlos por ninguna parte. Septimus murió joven. Por lo que atañe a Octavius, desde luego se manifestó en él la índole de Guillermo Spotterbridge, y murió acuchillado en una riña con motivo de un dado que, al decir de sus enemigos, tenía un contrapeso dispuesto de tal modo que siempre salía el número seis. Os sirva, jóvenes, esta conmovedora relación para que procuréis, en el caso de que vuestra necedad os induzca a unciros al yugo del matrimonio, examinar cuidadosamente que vuestra costilla no sea de mala raza, porque un rostro hermoso suele ser el disfraz de un alma viciada.

Reuben y yo no pudimos menos de celebrar con sendas risotadas aquella franca confesión de familia, hecha por nuestro compañero sin la menor señal de vergüenza ni cortedad.

—A buen precio habéis pagado la falta de discreción de vuestro padre —observé—. Pero ¿qué diablos es esto que aparece a nuestra izquierda?

—Parece una horca —dijo Saxon irguiéndose para ver por entre el escaso ramaje que cubría la loma de un pequeño otero—. Pasemos junto a ella, ya que no dista mucho de nuestro camino. La verdad es que se ven cosas raras en Inglaterra, aunque en el palatinado, si he de decir verdad, había más horcas que piedras miliarias, cuando Turena estuvo en él. Entre los espías y traidores que trajo consigo la guerra, los bandoleros y *lanzknechte*, bohemios vagabundos, y tal cual campesino que fue necesario quitar de en medio para que no hiciera alguna fechoría, abundaban de tal modo las ejecuciones, que jamás se conoció una cosecha más abundante de frutos patibularios.

Al paso que nos acercábamos a esta horca solitaria, divisamos los áridos despojos de algo que difícilmente podía ser reconocido como objeto que hubiera tenido jamás forma humana, y que estaba oscilando en el centro del espantoso patíbulo. Esta desgraciada reliquia de muerte estaba sujeta al travesaño superior por una cadena de hierro, y se balanceaba al impulso de la brisa. No bien habíamos detenido nuestros caballos para contemplar en silencio aquel andamiaje fúnebre, cuando un bulto que nos había parecido un montón de leña seca, arrojado al pie de la horca, empezó de pronto a moverse y nos presentó el rostro marchito de una vieja, surcado por arrugas reveladoras de criminales pasiones y de expresión tan maligna, que nos inspiró más horror que el repugnante objeto suspendido sobre su cabeza.

—¡Dios del cielo! —exclamó Saxon—. ¡Siempre lo mismo! Una horca atrae a las brujas como un imán el acero. Todas las hechiceras de la región se reunirán en torno a este patíbulo como las moscas alrededor de un panal de miel. ¡Libraos de ella porque tiene mal mirar!

—¡Pobre infeliz! Lo que tiene es mal de hambre —dijo Reuben guiando hacia ella su cabalgadura—. ¿Quién vio jamás tal saco de huesos? Apostaría a que se está desmayando por falta de una corteza de pan.

La vieja exhaló un gemido y alargó sus enflaquecidas manos para tomar la pieza de plata que nuestro amigo había arrojado. Sus brillantes ojos negros y nariz aguileña, unidos a los descarnados miembros cubiertos con una piel amarilla y apergaminada le daban un aspecto temeroso, semejante al de alguna siniestra ave de rapiña o al de esos vampiros de que nos hablan las historias fantásticas.

—¿Para qué quiere el dinero en esta soledad? —observé—; seguramente no se comerá esa moneda de plata.

La envolvió apresuradamente entre sus andrajos, como si temiera que yo tratara de arrebatársela.

—Con ella compraré pan —refunfuñó.

—¿Pero hay aquí quien lo vende, señora? —pregunté.

—Lo venden en Fovant, y lo venden en Hindon —repuso—. Yo me recojo aquí por el día y viajo por la noche.

—Apostaría cualquier cosa a que lo hace sobre el palo de una escoba —dijo Saxon—; pero díganos, madre, ¿de quién es el cadáver que está colgado ahí encima?

—Del asesino de mi hijo más pequeño —respondió la vieja, clavando una mirada de odio en la momia, alargando hacia ella una mano huesuda, tan seca como los despojos del ahorcado—. Ése es el que arrebató la vida a mi hijo. Se encontró con él allá fuera en el desierto páramo, y le dio muerte, cuando no había una mano que pudiera detener el golpe. En ese lugar fue derramada la sangre de mi pobre hijo; y de ese riego brotó este árbol de la horca que lleva tan magnífico fruto. Y aquí vendrá su madre a sentarse, en tiempo de sol o de lluvia, mientras permanezcan unidos dos solos huesos del hombre que asesinó al amado de mi alma.



Se sentó sobre sus harapos, mientras así hablaba y apoyando la barba en las manos, se quedó mirando fijamente los repugnantes restos del ajusticiado con una expresión de odio insaciable.

—¡Vámonos de aquí, Reuben! —exclamé, porque aquel espectáculo era capaz de hacerle a uno aborrecer su mismo linaje—. Eso es un vampiro y no una mujer.

—¡Puf! Esto produce náuseas —observó Saxon—. ¿Quién quiere dar un galope hasta las hondonadas? ¡Huyamos de la peste y la carroña!

Por el duque a guerrear salió sir *John*
en su negro bridón la, la.
nuevo coleto de ante luce al pecho.
Y al cinto un espadón la, la.
¡Ja! ¡Ja!, muchacho, somos los rebeldes
de bravo corazón la, la,
que pueden derribar al rey James,
e infligir a su orgullo humillación.

¡Largo de aquí, mozos, a rienda suelta y picando espuelas!

Aplicamos las nuestras a las cabalgaduras y huimos a todo galope de aquel siniestro lugar, pareciéndonos más puro el ambiente y más delicados sus aromas por el contraste que formaban con la fúnebre pareja que habíamos dejado a nuestra espalda… ¡Qué mundo tan hermoso sería éste, queridos míos, si no fuera por los crímenes y vilezas de los hombres!

Cuando, al fin, hicimos alto en nuestra carrera, habíamos interpuesto tres o cuatro millas entre nosotros y la horrible horca. A la derecha teníamos entonces una bonita aldea recostada sobre el lomo de un ribazo, con su iglesia, cuya roja techumbre se alzaba entre sombrías masas de arbolado. Se deleitaban nuestros ojos, fatigados por la aridez del páramo, en contemplar el verdor del ramaje y la zona de huertos que ceñía el pueblecito. Durante la mañana entera no habíamos visto rastro alguno de seres humanos, fuera de la vieja bruja del marjal y de algunos operarios que recogían turba, a gran distancia. Nuestros cinturones comenzaban a aflojarse y a desaparecer el recuerdo de haber tomado el desayuno.

—Ésta —dije yo— debe de ser la aldea de Mere, por la que habíamos de pasar antes de llegar a Bruton… No tardaremos en hallarnos en los límites de Somersetshire.

—Donde quisiera estar ya —dijo Reuben en tono lastimero— delante de un buen plato de bistec, porque siento un apetito que se parece mucho al hambre. Una aldea tan bonita debe tener, seguramente, una posada concurrida, aunque, a decir verdad, todavía no he visto en mis viajes ninguna que pueda compararse al Wheatsheaf.

—Ni comida ni posada por ahora —replicó Saxon— mirad allá lejos hacia el norte, y decidme qué alcanzáis a ver.

En los últimos límites del horizonte se divisaba una prolongada línea de puntos luminosos y refulgentes que despedían vivos destellos, remedando una gigantesca sarta de brillantes. Aquel conjunto de manchas resplandecientes se movía con rapidez, pero conservando la posición relativa que las luces guardaban entre sí.

—¿Qué puede ser aquello? —preguntamos mi amigo y yo.

—Caballería en marcha —respondió Saxon—. Tal vez nuestros amigos de Salisbury que han caminado todo el día sin descansar; o lo que es más probable algún regimiento del rey. Están muy lejos y lo que desde aquí percibimos es el sol que reverbera en sus cascos; pero, si no me equivoco, se encaminan a esta aldea. Creo lo más prudente abstenernos de entrar en ella, no sea que los labriegos nos los pongan sobre la pista. Sigamos hasta Bruton, donde nos sobrará tiempo para merendar y cenar.

—¡Adiós mi comida, pobre de mí! —exclamó Reuben en acento dolorido—. Me estoy quedando tan seco, que mi cuerpo hace ruido dentro de la armadura como un guisante en su vaina. Pero no importa, muchachos, porque todo se lo merece nuestra fe protestante.

—Otra caminata hasta Bruton, y después descansaremos en paz —dijo Saxon—. No me gusta la comida en que puedan servirle a uno a los postres un jinete del rey, como plato de gracia. Nuestros caballos están todavía descansados y llegaremos allá en cosa de una hora.

Proseguimos, pues, nuestro camino, pasando a respetuosa distancia de Mere, que es precisamente la aldea donde Charles II se ocultó después de la batalla de Worcester. Desde ese punto, el camino estuvo más frecuentado por labriegos que salían de Somersetshire y por carros de agricultores que llevaban víveres al oeste, con ánimo de sacar algunas guineas, bien fuera de las tropas del rey, bien de los rebeldes. Pedimos a varios de ellos noticias de la guerra; pero, aunque estábamos en las cercanías del país levantado en armas, no pudimos obtener informes claros acerca de la situación; únicamente convinieron todos en afirmar que la insurrección iba en aumento. El terreno que atravesábamos era hermoso y estaba cubierto de pequeñas y convexas colinas, bien cultivadas y regadas por numerosos arroyuelos. Después de pasar el río Brue por un buen puente de piedra, llegamos, por fin, a la ciudad hacia donde nos encaminábamos, la cual yace media oculta entre árboles y emparrados en medio de amplias y fértiles praderas, huertas y cañadas. Desde una eminencia inmediata a la ciudad, volvimos la vista para explorar la llanura, y no descubrimos en ella los menores indicios de tropa. Además, supimos por una anciana del lugar que, si bien el día antes había pasado por allí una división de los guardias del rey de Whiltshire, al presente no quedaba ningún soldado en las cercanías. Tranquilizados por tales informes, penetramos sin reparo alguno en la ciudad, encaminándonos inmediatamente a la posada principal. Todavía conservo un vago recuerdo de la antigua iglesia que se levantaba en un alto y de la extraña cruz de piedra colocada en la plaza del mercado; pero de todos los recuerdos que conservo de Bruton, ninguno tan agradable como el de la rolliza patrona de la posada y el de los humeantes platos que nos presentó sin pérdida de tiempo.

XIII

ACERCA DE *SIR* GERVAS JEROME, CABALLERO CON BANDERA, DEL CONDADO DE SURREY



La posada estaba concurridísima, a causa de la afluencia de agentes del gobierno y numerosos correos que iban y venían del lugar del levantamiento, a los que se agregaban los desocupados del lugar que se reunían allí para cambiar noticias y saborear la cerveza casera de la señora Hobson que era la dueña de la posada. Sin embargo, a

pesar de la excesiva concurrencia de parroquianos y de la batahola consiguiente, la hostelera nos condujo a sus habitaciones particulares donde en paz y gracia de Dios pudimos tomar la refacción excelente que nos sirvió. Esta merced singular se debió, en mi concepto, a la buena maña de Saxon y a ciertas palabras pronunciadas en voz baja, porque es de saber que, entre otras habilidades, adquiridas por nuestro compañero en su borrascosa carrera, se contaba la de un don especial para establecer relaciones amistosas con el bello sexo, independientemente de las condiciones de edad, figura o genio. Bien fueran mujeres educadas, o bien rústicas, ora pertenecieran a la iglesia oficial o alguna secta disidente, y figuraran en el partido *whig* o en el *tory*, por el mero hecho de llevar faldas, nuestro camarada lograba siempre, a pesar de sus cincuenta años, atraerse sus simpatías con la volubilidad de su charla y desembarazo de sus modales.

—Nos complacemos, señora, en reconocernos agradecidos servidores —dijo cuando estuvieron sobre la mesa el humeante plato de ave y el pudín batido—. Os hemos privado de vuestro cuarto… ¿No tendríais a bien honrarnos sentándoos a nuestro lado y acompañándonos en la comida?

—¡Oh! De ningún modo, señor —respondió muy oronda la rolliza dama, halagada por la proposición—; no me corresponde alternar con caballeros tan distinguidos.

—La belleza tiene privilegios que las personas de calidad y sobre todo los caballeros que ciñen espada son los primeros en reconocer —repuso Saxon con los ojillos encandilados que se fijaban ávidos en el fresco semblante de la patrona—. No, por mi vida, no saldréis de aquí. Cerraré la puerta primero. Si no queréis tomar nada, al menos beberéis conmigo un vaso de Alicante.

—¡Por Dios, caballero! Eso sería demasiado honor —repuso la señora Hobson con una sonrisa simplona—. Tengo que bajar a los sótanos para traeros una botella de lo mejor.

—Por quien soy, no puedo consentir tal cosa —objetó Saxon levantándose rápidamente—. ¿Para qué queréis toda esa infernal caterva de gandules, si habéis de descender vos misma a menesteres tan bajos?

Dicho esto, hizo tomar asiento a la viuda; salió, disparado, al almacén donde estaban las pipas, y momentos después le oímos increpar a los criados, llamándolos cuadrilla de haraganes y de granujas que abusaban de la bondad angelical de la dueña y de su incomparable mansedumbre.

—Aquí está el vino, hermosa señora —dijo volviendo al punto con una botella en cada mano—. Permitidme que os sirva… ¡Magnífico! Este color de oro y esta transparencia indican un vino de primera calidad… Ya veis cómo

esos galopines saben moverse cuando tropiezan con un hombre que se les impone.

—¡Ojalá pudiera ocurrir siempre lo mismo! —dijo la viuda con intención, mirando lánguidamente a nuestro compañero—. Mi casa está a vuestra disposición, señor… Y a la vuestra también, señoritos —añadió libando remilgadamente su vino—. Quiera Dios que acabe pronto ese levantamiento porque, juzgando por vuestro lujoso equipo, debéis ser soldados del rey.

—Por su causa vamos al oeste —contestó Reuben—, y todo nos induce a creer que no ha de tardar en quedar sofocada la insurrección.

—Sí, después de derramarse mucha sangre —repuso la dueña moviendo la cabeza—. Cuentan que los rebeldes son más de siete mil y que han jurado no dar ni admitir cuartel… ¡Infames! ¡Asesinos!… ¡Pobre de mí!… No acierto a comprender cómo hay caballeros capaces de meterse en tan peligrosas contiendas, pudiendo tener una ocupación decente y honrada, como la de poner una casa de huéspedes u otra cosa semejante. Porque hay mucha diferencia entre dormir en el duro suelo, sin saber cuándo han de sepultarle a uno en él y pasar las noches en una cama mullida y calentita, con el aditamento de una buena bodega provista de vinos como los que estamos bebiendo.

La patrona clavó nuevamente los ojos en Saxon, mientras exponía las anteriores razones; y Reuben y yo nos dimos de codo al observarlo.

—Indudablemente esta contingencia de la guerra habrá favorecido bastante vuestro negocio —observó Saxon.

—Sí, por cierto —dijo ella—, porque se ofrecen mejores ocasiones de ganar algunas guineas. Las pocas barricas de cerveza que consume la gente ordinaria ni quitan ni ponen rey. Pero ahora que a cada paso tenemos por aquí gobernadores, oficiales, comandantes y caballeros de todas clases que vagan por estos andurriales, en tres días he vendido más botellas de vinos añejos y exquisitos que antes en todo un mes. Porque a esos señores no les deis cerveza ni aguardiente ni otros licores parecidos, sino *Priniac, Languedoc, Tent*, *Muscadine*, *Chianti*, *Tokay* y otras marcas que no valen menos de media guinea por botella.

—¡Así es! —dijo Saxon con aire distraído—. Esto es lo que se llama una casa bien arreglada, y una renta abundante y saneada.

—¡Lástima que no viva mi pobre Peter para disfrutarla en su compañía! ¡Ay, si Dios me hubiera conservado aquel hombre! —dijo la señora Hobson, dejando el vaso encima de la mesa y enjugándose los ojos con la punta del pañuelo—. ¡Pobrecillo! Era un alma de Dios, aunque hablando en paridad y

aquí entre nosotros, se había puesto tan pesado y grueso como un tonel… Pero no importa; el corazón es lo principal… ¡Andaos si no con remilgos!… Si una mujer hubiera de estar esperando siempre a que le saliera la proporción que ella sueña, habría en el mundo más doncellas que casadas.

—Y decidnos, si os place, amable señora, ¿qué rumbos suelen preferir vuestros sueños? —preguntó Reuben maliciosamente.

—Pues ninguno de los que llevan a gente moza y metida en carnes —respondió agudamente la dueña, echando una mirada burlona a nuestro gordinflón compañero.

—¡Vuelve por otra, Reuben! —dije yo.

—No me gustan los jóvenes deslenguados y fanfarrones —continuó la patrona—. A mí dadme un hombre que sepa lo que es mundo y tenga experiencia de la vida. Lo quiero alto y de fibra, que no se muerda la lengua y sepa alegrar las horas de fastidio y hacer pasar un rato agradable a las personas que vengan a tomar una botella de lo bueno. Además, ha de entender el negocio, porque ésta es una casa de mucho movimiento y han de pasar por sus dedos más de doscientas libras al año. Si Jane Hobson ha de ir otra vez al altar a recibir la bendición del cura, será con un hombre así.

Con gran atención había seguido Saxon el razonamiento de la viuda, y a punto estaba de abrir los labios para contestar, cuando resonó fuera de la pieza un ruido y ajetreo que indicaban la llegada de algún viajero. Nuestra patrona apuró su vaso de vino y aplicó el oído para escuchar la respuesta de Saxon; pero al percibir en el pasillo las voces altas e imperativas con que el recién llegado pedía una habitación particular y un vaso de tinto, el sentimiento del deber se sobrepuso a sus intereses particulares, y salió después de pronunciar breves palabras de excusa para atender al nuevo huésped.

—¿Qué os parece, muchachos? —preguntó Decimus tan pronto como desapareció—, ya podéis ver cómo están las cosas. Me vienen tentaciones de dejar a Monmouth que se las componga como Dios le dé a entender, mientras yo planto mi tienda en esta pacífica ciudad inglesa.

—¿Cómo es eso de plantar vuestra tienda? —preguntó Reuben—. ¡Valiente tienda de campaña la que está provista de bodegas con vino como el que estamos bebiendo! Y por lo que atañe a la tranquilidad, ilustre veterano, si fijáis aquí vuestra residencia, apostaré que va a duraros muy poco.

—Vosotros habéis visto bien a la viuda —repuso Saxon con el ceño fruncido en señal de honda meditación—. No es una proporción vulgar, y un hombre tiene que mirar por sí mismo. Doscientas libras al año no se

encuentran a la vuelta de cada esquina… Sin duda no es una cantidad para vivir a lo príncipe, pero significa mucho para un viejo soldado aventurero que lleva ya pasados cincuenta y tres años de campaña, y siente que los huesos se le ponen tan duros como el arnés… ¿Qué dice a este propósito nuestro sabio Fleming?… *An mulier…* Pero ¿qué diablos está pasando aquí?

La anterior pregunta fue motivada por el ruido de una lucha no lejos de la puerta, y que fue seguida de las siguientes palabras de la patrona: «¡Por Dios, señor! ¿Qué van a pensar las muchachas?». El altercado terminó abriéndose la puerta y volviendo a entrar en el cuarto la señora Hobson con el rostro encendido, seguida de un joven delgaducho, que vestía con la mayor elegancia.

—Tengo la seguridad, mis buenos señores —dijo la dueña—, que no habéis de molestaros porque este noble joven tome una botella de vino en vuestra habitación, puesto que todas las demás están ocupadas por gente de la ciudad y de la campiña.

—Está visto que tendré que hacer yo mismo la presentación —dijo el forastero poniéndose debajo del brazo izquierdo su gorro galoneado de oro y apoyando la mano sobro el corazón, mientras se inclinaba hasta tocar casi con su frente el borde de la mesa—. Señores, vuestro humilde servidor, *sir* Gervas Jerome, caballero con bandera del condado de Surrey de su majestad, y en otro tiempo *custos rotulorum* del distrito de Beacham Ford.

—Bien venido, caballero —respondió Reuben mirándolo con burlona jovialidad—. Aquí tenéis al señor Decimus Saxon, persona de noble alcurnia, descendiente legítimo en línea recta de los tatarabuelos de Williams, el Normando, y a su lado se complacen en ofreceros sus respetos Micah Clarke y *sir* Reuben Lockarby, ambos del condado de Hampshire de Su Majestad.

—Me honro y congratulo de saludaros, señores —replicó el recién llegado con cierto jactancioso retintín—. Pero ¿qué vino es éste? ¿Alicante? ¡Bah! ¡Bah!… Bebida buena para muchachos. ¡Venga el tinto de más cuerpo que haya en la bodega! Yo soy de los que sostienen que el blanco es para la juventud, el tinto para la edad madura y los licores fuertes para la vejez. ¡Vuela al instante, prenda! ¡Mueve tus delicados pies, porque, vive Dios, que tengo la garganta como la suela de un zapato! ¡Caramba! Me parecía haber bebido bastante la noche pasada y ahora veo que me quedé corto, porque he despertado con el cuerpo seco como un pergamino.

Saxon continuó sentado a la mesa silenciosamente, mirando con expresión tan siniestra al forastero con sus ojillos brillantes y medio cerrados, que temí la repetición de la pendencia ocurrida en Salisbury, con resultados quizá

menos satisfactorios. Pero, al fin, el mal humor despertado en nuestro camarada por las desenvueltas finezas con que el galante caballero obsequiaba a la patrona, se desahogó en algunos juramentos ahogados y terminó por la operación de encender su larga pipa, remedio infalible para todas sus contrariedades. Por lo que se refiere a Reuben y a mi persona, nos limitamos a contemplar a nuestro nuevo compañero con un sentimiento, mezcla de regocijo y admiración, porque su aspecto y modales ofrecían bastante novedad para interesar a mozos tan inexpertos como nosotros.

Ya he dicho que vestía conforme a la última moda de la gente elegante; y tal fue en realidad la impresión que me causó a primera vista. Su rostro era fino y aristocrático, con nariz saliente y bien perfilada, delicadas facciones y expresión alegre y franca. La ligera palidez de las mejillas y los círculos oscuros que se notaban alrededor de sus ojos, indicando penalidades de viaje o efectos de la disipación, sólo servían para realzar la distinción de su persona. El blanco peluquín que adornaba su cabeza, el gabán de terciopelo con guarniciones de plata, el chaleco fino y perfumado y los rojos calzones de satén eran prendas del mejor estilo y corte; pero al mirarlas de cerca mostraban señales de haber alcanzado mejores días. Además del polvo y manchas del viaje, se advertía en algunos puntos cierto lustre y desgaste que no se avenían bien con el coste de la tela ni con el porte del que las usaba. Una de sus largas botas de montar dejaba ver una hendidura en el lado, mientras la puntera de la otra aparecía desgastada y rota. Llevaba además ceñido al cinto un hermoso espadín con empuñadura de plata, y lucía camisa de batista escarolada, casi nueva y abierta de frente conforme a la moda de los galanes de aquel tiempo. Mientras hablaba, tenía en la boca un mondadientes que masticaba sin cesar; y esta circunstancia, unida al hábito de pronunciar constantemente las *oes* como *aes*, hacía que su conversación sonara en nuestros oídos de una manera extraña[8]. Mientras tomábamos nota de estas particularidades, nuestro galán permanecía recostado sobre el mejor canapé de la señora Hobson, forrado de tafetán, ocupándose tranquilamente en peinar su peluca con un delicado instrumento de marfil que había sacado de la bolsita de satén, sujeta al lado derecho del cinturón.

—¡El Señor nos guarde de posadas rurales! —exclamó—. Esta cáfila de patanes que deambula por todos los cuartos, la falta de espejos, de agua perfumada y otros menesteres se me hacen insoportables. Y, ¡gracias que no tenga uno que aliñarse el traje y componerse un poco en el recibidor!… ¡Caramba! Preferiría viajar por los dominios del Gran Mogol.

—Cuando lleguéis a mi edad, joven señor —respondió Saxon—, habréis aprendido a no quejaros de una cómoda posada del pueblo.

—¡Muy probable, caballero, muy probable! —respondió el galán con una sonrisa negligente—. Pero hoy por hoy y en estas circunstancias no puedo menos de sentir la enorme diferencia que hay entro los salvajes campos de Wiltshire con sus posadas como esta de Bruton y las espléndidas habitaciones de Pontack o de Coca Tree. ¡Vaya! Aquí está ya el vino. Destapad la botella, mi linda Hebe, y enviad un sirviente con vasos limpios para que estos caballeros me honren bebiendo en mi compañía… ¿Os gusta el rapé, señores?… Sí… Podéis contemplar a vuestro gusto la caja… Es un bonito regalo, caballeros, de cierta señora de título, que no quiero nombrar, aunque, si dijera que ese título comienza con una D y su nombre con una C, todo caballero de la corte podría adivinar quién era.

Nuestra patrona, después de haber traído vasos limpios, se retiró; y Decimus Saxon no tardó en hallar ocasión favorable para salir tras ella. *Sir* Gervas Jerome continuó en franca charla con Reuben y conmigo mientras tomábamos el vino, despachándose a su gusto con tanta jovialidad y desenfado, como si fuéramos antiguos amigos.

—¡Desdichada sea mi suerte, si no he espantado de aquí a vuestro camarada! —observó—. Aunque bien puede ser que se haya ido al olorcillo de la rolliza viuda. Me parece que no le hizo mucha gracia el que yo la besara tras la puerta. Pero es una cortesía que rara vez niego a quienquiera que vista faldas. El aspecto de vuestro amigo habla más de Marte que de Venus; y, no obstante, los que adoren al dios necesitan estar en buenas relaciones con la diosa. Si he de juzgarle por su facha y fisonomía, parece un soldado veterano.

—Que ha servido largos años en el extranjero —respondí.

—¡Hola! Así, os cabe la buena fortuna de ir a la guerra en compañía de tan cumplido caballero, porque presumo que vais en realidad a la campaña, pues tales armas y arreos lleváis.

—Tenemos nuestro puesto en el oeste —repliqué con alguna reserva, porque en ausencia de Saxon procuraba no ser demasiado explícito.

—Y, ¿con qué destino? —insistió—. ¿Vais a arriesgar vuestro dinero en defensa del rey James, o a pelear, salga lo que saliere, con esos bandidos de Devon y Somersetshire? Que Dios me mate, si yo no estoy lo mismo a favor del rey que al de su bufón, con todo el respeto debido a vuestros principios.

—Sois hombre despreocupado —repuse— y veo que no tenéis inconveniente en manifestar vuestras opiniones en el recibidor de cualquier

posada. ¿Ignoráis que las palabras que habéis pronunciado, comunicadas al juez de paz más próximo, podrían costaros la libertad, cuando no la vida?

—A mí la vida y la libertad me importan un comino —repuso nuestro caballero dando una castañeta—. Que me quemen vivo, si no había de experimentar una nueva sensación teniendo una pelotera con algún juez cabezudo, que tenga metido en las entretelas el espíritu del complot papista y me sepultara en un calabozo, como al héroe de la última pieza de John Dryden. Más de una vez he tenido la casa rodeada por centinelas en los antiguos tiempos del rey James; pero, al presente, el asunto revestiría mayor interés dramático, con los incidentes de alta traición, cepo, tajo y hacha.

—Y potro además con sus correspondientes pinzas para prólogo —dijo Reuben—. Por mi parte me parece esa ambición la más extraña de cuantas han llegado a mis oídos.

—Cualquier cosa, a trueque de cambiar de situación —replicó *sir* Gervas llenando su copa—. ¡Brindo por la dama que más cerca esté de nuestro corazón y por el corazón que más ame a las damas!… Guerra, vino y mujeres, ¿qué sería del mundo sin estas tres cosas?… Pero todavía no habéis respondido a mi pregunta.

—Tenéis razón, señor —dije—; pero aun habiendo sido tan franco con nosotros, difícilmente podemos pagaros en la misma moneda, porque no contamos para ello con el permiso del caballero que acaba de salir del cuarto y es nuestro jefe. Con habernos sido tan grata esta breve entrevista, no puedo menos de confesar que las confidencias irreflexivas en los tiempos que corren, pueden ser causa de estériles arrepentimientos.

—¡Sois todo un Daniel en prudencia y sabiduría! —exclamó *sir* Gervas—. Las palabras que habéis dicho parecen más dignas de un anciano que de un muchacho como vos. Seguramente contáis cinco años menos que el cabeza de chorlito que os habla en este momento; y, no obstante, habláis como los siete sabios de Grecia. ¿Queréis tomarme por vuestro *valet*?

—¿Cómo *valet*? —exclamé.

—Sí, *valet*, criado o lacayo. Llevo tantos años acostumbrado a ser servido, que ahora me toca a mí servir; y no podría desear un amo más de mi gusto que vos. Pero ¡vive Dios!, que, al solicitar el puesto, debo explicaros quién soy y cuáles son mis habilidades. Así lo hicieron conmigo siempre los pícaros que tuve a mi servicio, aunque, a decir verdad, rara vez di oídos a tales informes. Si se trata de honradez… aquí hay un hombre capaz de dar quince y raya al galopín más redomado; si de sobriedad… el mismo Ananías apenas podría decir que poseo esa virtud; si de lealtad… me suele acometer la

indiferencia; si de constancia… ¡hum!, allá andaré con la veleta más movediza de las agujas de nuestros templos. Que me cuelguen si no soy hombre lleno de excelentes propósitos; pero un vaso de vino añejo o una mirada picaresca me arrastran sin poder remediarlo, como el imán al acero. Todo eso por lo que respecta a mis debilidades. Ahora veamos qué prendas y dotes puedo apuntar a mi favor. Gran sangre fría y serenidad de ánimo, excepto cuando me acometen los escrúpulos y se me alegra excesivamente el corazón. De todos modos, me apunto dos en esta materia. Sé bailar la zarabanda, el minué y la música de los lanceros; conozco la esgrima y la equitación y canto algunas canciones francesas… ¡Pardiez! ¿Dónde se vio jamás un criado que reuniera tantas habilidades? No hay nadie que me gane en Londres a jugar al *picquet*. Por lo menos así lo reconoció *sir* George Etherege el día que le saqué dos mil puntos en el Groom Parter. Pero todo eso no me favorece gran cosa. ¿Qué otras buenas condiciones puedo citar?… ¡Ah, caramba! Se me olvidaba decir que puedo preparar un ponche y asar un endiablado pollo. No es mucho; pero lo hago bien.

—Perfectamente, señor —dije sonriendo—, ninguna de esas habilidades nos sería de gran utilidad en la empresa que ahora traemos entre manos. Pero evidentemente habláis en broma al tratar de descender a posición tan humilde.

—¡De ningún modo! —replicó con gran seriedad—. «A tan bajos servicios tenemos que descender», como dijo William Shakespeare. De vos depende el poder decir que tenéis a vuestro servicio a *sir* Gervas Jerome. Caballero con bandera y único dueño del parque de Beacham Ford, con una renta de cuatro mil buenas libras al año, porque el buen señor se saca ahora a pública subasta y va a ser adjudicado al postor que más guste de él. Dad vuestro consentimiento y pediremos otra botella de tinto para cerrar este ventajoso trato.

—Pero —repuse yo—, si verdaderamente sois tan rico, ¿cómo os rebajáis a tan ruin ocupación?

—¡Ay, sagacísimo y al mismo tiempo lerdísimo amo mío! ¡Qué poco sabéis lo que son los judíos! Las diez tribus han caído sobre mí, y me han acosado, saqueado, esclavizado, asolado y despojado. El mismo Agag, rey de los amalecitas, no estuvo nunca tan enteramente a merced del pueblo escogido como lo está, al presente, *sir* Gervas; y la única diferencia es que han despedazado todas mis posesiones, en lugar de hacerme trizas a mí mismo.

—¿De modo que lo habéis perdido todo? —preguntó Reuben con expresión de asombro.

—¡Oh, no… no todo de ninguna manera todo! —respondió riendo jovialmente—; me quedan todavía en la bolsa un *jacobus* de oro y una guinea o dos. Con ellas habrá aún para tomar alguna botella. Tengo también mi espadín con empuñadura de plata, mis anillos, mi caja de oro para el rapé y mi reloj que es un cronómetro excelente de la marca de las tres coronas. Juraría que ha debido costar lo menos cien libras. Fuera de eso, hay, además, algunos restos de pasada grandeza en mi persona, si bien comienzan a dar muestras de tanta fragilidad y poca frescura, como la virtud de una criada de servicio. En este saquito conservo los utensilios necesarios para conservar la limpieza y elegancia que, aunque me esté mal el decirlo, hacen de mí el hombre más pulcro que puso jamás los pies en el parque de San James. Aquí hay tijeras francesas, cepillito para las cejas, estuche de mondadientes, caja de parches, polvera, peine y un par de zapatos de tacón rojo. ¿Qué más puede desear un hombre? Todo eso unido a una garganta seca, ávida siempre de mojarse con vino de las mejores marcas y un corazón alegre y una mano dispuesta a todo constituyen al presente todos los fondos de que dispongo.

Reuben y yo no pudimos menos de celebrar con grandes risotadas el curioso inventario de artículos que *sir* Gervas había salvado del naufragio de su fortuna. Al observar nuestro regocijo, se sintió tan tentado a burlarse de su propia desgracia, que al fin prorrumpió en carcajadas de tono agudísimo, que resonaron en toda la casa.

—Por el Dios que nos oye —dijo al fin—, confieso que nunca me había divertido tan honradamente en mi época de prosperidad, como lo he hecho hoy a expensas de mi ruina. ¡Llenad vuestros vasos, muchachos!

—Tenemos que recorrer todavía alguna distancia esta noche y no nos conviene beber más —observé porque la prudencia me decía que era peligroso para dos jóvenes del campo acostumbrados a vinos generosos alternar con un borrachín de larga historia.

—¿Cómo es eso? —exclamó maravillado—. Yo hubiera creído que la razón por vos expuesta valdría para lo contrario, o sería una *raison de plus*, como dicen los franceses. Pero desearía que vuestro zancudo amigo regresara, aunque fuera con ánimo de cortarme el pasapán por la obsequiosa manera con que he tratado a la viuda. Apuesto cualquier cosa a que no es hombre que retroceda ante un vaso de vino… ¡Maldito polvo de Wiltshire, y cómo se pega a mi peluca!

—Si no lo tomáis a mal, *sir* Gervas —dije yo—, podríais, mientras mi camarada regresa, contarnos cómo os han sobrevenido esos calamitosos tiempos que soportáis con tanta filosofía.

—¡Oh!; ¡la vieja historia! —respondió sacudiendo el polvo de rapé que le había caído en el encaje, con su pañuelo de batista—. ¡La, viejísima historia! Mi padre que era un rico hacendado de la campiña, un *baronet*, viendo bastante repleta la bolsa de la familia, pensó llevarme a la capital para hacerme hombre. Una vez allí, no faltó quien me presentara en la corte; y como era un muchacho de genio vivo y despierto, lengua fácil y modales descocados, llamé la atención de la reina, que me nombró su paje de honor. Conservé ese puesto hasta que me cansé de él y me retiré de la capital; pero no tardé en persuadirme de que necesitaba volver a ella, porque el Parque de Beacham Ford me parecía tan insoportable como un monasterio, después de la vida que había llevado anteriormente. De regreso en Londres tuve por compañeros a personajes tan empingorotados como Tommy Lawson, milord Halifax, *sir* Jasper Lemarck, el joven George Chichester y al anciano Sidney Godolphin de la Tesorería; porque este último, a pesar de su gravedad y sus mamotretos, sabía acompañarnos a tomar una copa y era tan bondadoso entre un corro de jóvenes lechuguinos como en una comisión donde se tratara de medios y arbitrios. Pues bien: el tiempo se pasó agradablemente, y que me ahorquen si no volvería a las andadas, a encontrarme en circunstancias favorables. Aquello era como el dulce resbalar por una pendiente, porque en un principio se va despacio, y se tiene la creencia de poder suspender la marcha; pero, poco después, la velocidad aumenta más y más, hasta que al fin llega uno a estrellarse en las rocas de la ruina.

—Y ¿es posible que hayáis derrochado cuatro mil libras de renta al año? —pregunté con extrañeza.

—¡Caramba, hombre! Habláis de esa miserable suma como si fuera la riqueza de las Indias. ¿Qué os habéis figurado? Desde Ormonde o Buckingham, con sus veinte mil, hasta el fantoche del pequeño Richard Talbot, no había ninguno del grupo al que yo pertenecía que no gastara mucho más. Sin embargo, necesitaba tener mi coche y tiro de cuatro caballos, mi palacio en la capital, mis criados de librea y mis caballerizas bien surtidas. Para estar a la moda, hube de procurarme un poeta y darle un puñado de guineas por cada composición que me dedicaba. ¡Pobre infeliz! Seguramente es uno de los que me echarán de menos. Puedo asegurar que su humor era tan desdichado como sus versos, al ver que yo abandonaba la capital, aunque tal vez haya ganado en aquella época algunas guineas escribiendo contra mí una sátira. Hubiera podido venderla fácilmente entre mis amigos. ¡Pardiez! ¿Cómo lo pasarán ahora mis visitantes que solían acudir a mi mesa, y a quién se habrán pegado todos los pretendientes y pedigüeños que me acosaban? Allí

estaban una mañana y otra el alcahuete francés, el matón de oficio, el literato hambriento, el inventor desvalido… y llegué a creer que nunca me vería libre de ellos, pero lo cierto es que ahora los tengo muy lejos de mí. Cuando desaparece el tarro de miel, no vuelven a verse más moscas a su alrededor.

—¿Y vuestros nobles amigos? —pregunté—: ¿no hubo ninguno que permaneciera a vuestro lado en la adversidad?

—Bien, bien; no tengo motivo para quejarme de ellos —repuso *sir* Gervas —. La mayor parte se portó con gallardía. Podría haber continuado honrándome con su correspondencia, mientras sus dedos fueran capaces de sostener la pluma, pero ¡mala peste sobre mí, si me gusta molestar a mis compañeros! Quizá me hubieran procurado un empleo, a estar yo dispuesto a ocupar un lugar secundario allí donde había figurado en primer término. Porque, a decir verdad, no me importa cuando estoy entre extraños dedicarme a cualquier cosa; pero me hubiera sido difícil resignarme a vivir en la capital sin el boato y comodidades de otros días.

—Pues en cuanto a lo que proponíais de servirnos de criado —dije—, no hay que pensar en ello. Nosotros, a pesar de la presentación hecha por mi amigo en son de broma, no somos más que dos simples y rudos aldeanos y no tenemos más necesidad de criado alguno que de cualquiera de esos poetas de los que habéis hablado. Por otra parte, si os agrada incorporaros a nosotros, os llevaremos a donde halléis servicio más acomodado a vuestro gusto que la ocupación de rizar pelucas o cepillar cejas.

—¡Oh, amigo mío! No habléis con ligereza tan inverosímil de los misterios del tocador —exclamó—. No perderíais nada con usar mi peine de marfil y lavaros a menudo con la famosa agua de Murphy para limpiar la piel; cosmético del que yo me sirvo habitualmente.

—¡Mil gracias, señor! —repuso Reuben— pero la famosa agua de manantial que la divina Providencia nos ofrece de balde, basta y sobra para tal propósito.

—Y, además, la señora naturaleza me ha regalado a mí una magnífica peluca de su propia invención y que sentiría mucho tener que cambiar por otra cualquiera —añadí yo.

—¡Nada! ¡Lo que yo me había figurado! ¡Bárbaros! ¡Verdaderos bárbaros! —exclamó el Exquisito levantando en alto sus blancas manos—. Pero se oyen pisadas fuertes y sonar de una armadura en el pasillo. Debe de ser, si no me equivoco, nuestro amigo, el caballero de furibundo aspecto.

Y, en realidad, el que venía era Saxon, que entró en el cuarto a decirnos que nuestros caballos aguardaban en la puerta, y que todas las cosas estaban

preparadas para la partida. Llevándolo aparte, le expliqué en voz baja lo que había pasado entre el forastero y nosotros, con la circunstancia que me había sugerido la idea de invitarlo a que nos acompañara. El viejo soldado frunció el ceño al oír aquellas noticias.

—¿Para qué va a servirnos semejante monigote? —preguntó—. Nos esperan duros azares y contratiempos penosos. Ese caballero no sirve para las rudas faenas de la guerra.

—Sin embargo, decís que Monmouth debe de estar falto de caballería —repliqué—. Pues bien, aquí tenemos un jinete con todo el equipo y que, según todas las apariencias, es un hombre desesperado y dispuesto a cualquier cosa. ¿Por qué no habremos de sumarlo a nuestras filas?

—Temo mucho —dijo Saxon— que, no estando acostumbrado a las fatigas, ha de resentirse muy pronto del nuevo género de vida… A pesar de todo, quizá pudiéramos sacar algún provecho de esa misma circunstancia. El título mismo con que se honra pudiera caer bien en el campamento, porque, según mis noticias, la clase media y alta se mantiene aislada de la insurrección.

—Había recelado —observé hablando todavía en voz baja— que íbamos a perder un compañero en esta posada de Bruton, en lugar de ganar otro.

—Lo he pensado mejor —replicó Saxon sonriendo—. Ya os lo referiré dentro de breves instantes… Bien, *sir* Gervas Jerome —añadió en voz alta, volviéndose hacia nuestro nuevo socio—, me dicen que queréis venir con nosotros. Por un día tendréis que contentaros con seguirnos, sin entrar en preguntas ni hacer observaciones de ningún género. ¿Estamos de acuerdo?

—Con mil amores —exclamó *sir* Gervas.

—Entonces, bebamos un vaso por la consolidación de nuestras buenas relaciones —dijo Saxon tomando su copa y levantándola en alto.

—¡Brindo por todos vosotros! —exclamó el galante caballero—. ¡Que venga luego una buena batalla donde obtengan la victoria los hombres de más corazón!

—¡Rayos y truenos! —exclamó Saxon—. Veo que sois hombre de pelo en pecho a pesar de vuestro afeminado traje. Comenzáis a serme simpático. ¡Venga esa mano!

El soldado aventurero estrechó la delicada mano de nuestro nuevo amigo en prenda de compañerismo. Luego, pagamos nuestra cuenta y nos despedimos cordialmente de la señora Hobson que, a lo que entonces me pareció, clavaba los ojos en Saxon con expresión de protesta o de esperanza;

después de lo cual, continuamos nuestro viaje entre una multitud de curiosos aldeanos que nos aplaudía con fuertes hurras al pasar junto a ellos.

XIV

DEL PATITIESO PÁRROCO Y DE SU GREY



Nuestro camino pasaba por Castle Carey y Somerton, pequeñas ciudades situadas en el centro de una hermosísima región, abundante en pastos, vestida de bosques y regada por numerosas corrientes. Los valles, por cuyo fondo culebrea el camino, son fértiles y ostentan una vegetación lujuriosa, que crece protegida contra los vientos por largas y ondulantes lomas esmeradamente cultivadas. De cuando en cuando, divisábamos, no lejos de nosotros, la torrecita vestida de yedra de algún viejo castillo o los puntiagudos gabletes de alguna casa señorial, que sobresalía sobre el arbolado, indicándonos la residencia campesina de alguna familia rica e influyente de la localidad. Más de una vez, cuando tales mansiones no distaban mucho de nuestra ruta, pudimos percibir las brechas y

estragos sufridos por los muros durante el tempestuoso período de los trastornos civiles. Según parece, Fairfax había operado en aquella parte, dejando abundantes recuerdos de su visita. Si mi padre hubiera venido con nosotros, podría habernos contado muchas historias, referentes a estas señales de la cólera puritana.

El camino estaba muy frecuentado por aldeanos, que viajaban en dos principales corrientes, una de las cuales se dirigía de este a oeste y la otra en dirección contraria. Se componía esta última, principalmente, de ancianos y niños que huían del peligro, retirándose a condados más tranquilos, hasta que terminaran los disturbios. Muchos individuos de entre esta pobre gente llevaban a la cabeza parihuelas cargadas con algunas ropas de cama y trastos viejos, que representaban toda su riqueza. Otros, mejor acomodados, iban en carritos, tirados por peludos potros cerriles, de los que se crían en los marjales de Somersetshire. La condición de estos animales, a medio domar, y la impericia de los conductores daban lugar a frecuentes contratiempos; y así nos ocurrió al tropezar con varios grupos que habían volcado en un pantano con su ajuar o que trabajaban ansiosamente por componer o reforzar alguna viga rajada o algún eje roto.

Al contrario, la gente de la campiña que caminaba en dirección al oeste eran hombres en la flor de la vida, y con escaso o ningún bagaje. Sus rostros curtidos por la intemperie, botas de caña y blusas indicaban que en su mayoría pertenecían a la clase de mozos de labor, si bien no dejábamos de tropezar aquí y allá con algunos otros que usaban botas de campana y traje de una tela parecida al terciopelo, los cuales debían ser arrendatarios o hacendados ricos. Viajaban éstos en pelotones e iban generalmente armados de fuertes garrotes de roble, que en apariencia servían de bastón de viaje, pero que en realidad podían resultar armas terribles en manos de hombres vigorosos. De cuando en cuando, uno de estos viajeros entonaba un salmo que coreaban al punto todos los que podían oírle y el canto continuaba debilitándose hasta perderse completamente por efecto de la distancia. Al pasar nosotros, nos miraban algunos con mal disimulado furor, mientras otros murmuraban en voz baja y movían sus cabezas, dando evidentes muestras de dudar de nuestro carácter y propósitos. Una y otra vez, advertimos entre los caminantes el sombrero de ala ancha y el manteo ginebrino que eran los distintivos de los clérigos puritanos.

—Al fin hemos llegado al territorio de Monmouth —me dijo Saxon, porque Reuben y *sir* Gervas Jerome se nos habían adelantado—. Esa gente es la materia prima que tendremos que desbastar para convertirla en soldados.

—No parece mala —repliqué fijando la atención en el robusto continente y atrevidos semblantes de los hombres—. ¿De modo que creéis que van destinados al campamento del duque?

—¡No cabe la menor duda! ¿Veis allá aquel párroco larguirucho, a la izquierda… el del enorme sombrerón? ¿No advertís la rigidez especial con que mueve la pierna izquierda?

—Sí, perfectamente se conoce que la caminata lo tiene medio derrengado.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —reía mi compañero—. No es la primera vez que observo ese síntoma. El buen clérigo lleva una espada dentro de la pernera de sus pantalones. Apostaría cualquier cosa que es un veterano del ejército parlamentario. Cuando pise terreno firme, sacará a relucir su arma… ¡vaya!… y la esgrimirá, seguramente; pero, mientras corra peligro de caer en manos de la caballería del rey, se guardará mucho de ponérsela al cinto el chafarote. Juzgándole por el porte, es de la madera de aquellos que:

llaman reformación santa y divina
al degüello, al incendio y a la ruina,

como dice mi viejo poeta describiéndolos de una plumada. Allí hay otro, delante de él, que lleva debajo de la blusa la hoja de una guadaña. ¿No alcanzáis a divisar el perfil? Juraría que ninguno de estos perillanes deja de llevar oculta alguna hoz o el hierro de una pica. Comienzo a sentir los primeros anuncios de la guerra y vuelve otra vez a bullir dentro de mí el espíritu de otros tiempos… ¡Ea, ea, muchacho! ¡Dichosa la hora en que resolví no quedarme en la posada!

—Pero entonces parecíais vacilar —repuse.

—¡Toma!, el caso no era para menos. Se trataba de una real moza y el albergue brindaba comodidades nada despreciables. Éstos son hechos que no puedo negar. Con todo, el matrimonio, amigo mío, es una ciudadela, cuya entrada se presenta excesivamente fácil; mas no sucede lo mismo con la salida, y el mismo Tilly con toda su experiencia y pericia no sabría escapar con honra. Un ejemplo de ello he visto en el Danubio, donde a la primera acometida, los mamelucos abandonaron la brecha con el propósito de atraer a las tropas imperiales, a las estrechas calles del interior, de donde fueron muy contados los que salieron. Pero a mí no ha de ocurrirme ese percance… «al perro viejo no hay tus tus». Conseguí ganarme la confianza de una persona bien enterada y sonsacarle lo que sabía respecto de la buena viuda y de su posada. Parece que la mujer tiene algo de arpía cuando llega la ocasión; y que su lengua tuvo más parte en la muerte del infeliz marido que la hidropesía por la que sucumbió. Además de eso, se ha abierto en la aldea una nueva posada,

mejor dirigida y que probablemente le irá robando poco a poco la clientela. Y, luego, como vos decíais muy bien, el lugar es triste y enervante. Todas estas razones me decidieron a salir de allí dejando en paz a la viuda y efectuando la retirada, mientras pudiera hacerlo con honra y con todos los honores militares.

—Mejor es así —dije yo—; porque no podríais haberos acostumbrado a una vida de comodidades y constante copeo. Y, ¿qué pensáis de nuestro nuevo camarada?

—A fe mía —respondió Saxon—, no tardaríamos en convertirnos en una turba indisciplinada de bergantes, si fuéramos a recibir en nuestra compañía a todos los galanes desocupados. Con todo eso, por lo que se refiere a *sir* Gervas, me parece, como dijo en la posada, que tiene más bríos de los que yo le atribuí a primera vista. Estos jóvenes, que descienden de hacendados ricos están siempre dispuestos a pelear; pero dudo mucho que tengan la resistencia y constancia que se necesitan para una campaña como la que vamos a emprender. Por otra parte, su aspecto ha de abonarle poco a los ojos de los puritanos, y aunque Monmouth es hombre de pocos escrúpulos, en sus consejos han de llevar la voz cantante los prohombres de aquella fracción… Mirad la facha que hace, al refrenar su montura y volver el rostro hacia nosotros; observad cómo lleva el sombrero ladeado sobre el ojo, el pecho descubierto, la fusta colgando del ojal, la mano en la cadera, y con más juramentos en su boca que cintas tiene el jubón. Fijad sobre todo la atención en su modo de mirar a los campesinos que tiene al lado… Como no mude bastante de condición, no podrá pelear al lado de los fanáticos. Pero ¡calle!, o mucho me equivoco, allí ocurre algo grave.

Nuestros amigos quisieron hacer alto aguardando nuestra llegada. Pero aún no se habían detenido, cuando la procesión de labriegos que venía por el camino frente a ellos, se alborotó formando un nutrido grupo alrededor de los dos jinetes, amenazándolos con gestos y palabras injuriosas. Otros campesinos, viendo que se preparaba alguna reyerta, acudieron presurosos a prestar socorro a sus compañeros. Saxon y yo picamos espuelas, y arremetiendo por entre el montón de gente, a cada instante más nutrido y amenazador, nos abrimos paso para ayudar a nuestros amigos, que estaban sitiados por aquella canalla. Reuben había puesto mano a la espada, mientras *sir* Gervas masticaba tranquilamente el palillo que tenía en la boca y contemplaba el furor de aquel populacho con aire de regocijado desprecio.

—Esta gente apesta —observó—; no les vendría mal un frasco o dos de esencia. Lástima que no tenga a mano una botella de agua de lavanda para rociarlos un poco.

—Manteneos en guardia, pero no desenvainéis —exclamó Saxon—. ¿Qué diablos les pasa a estos labriegos, repletos de tocino? Parece que quieren hacer alguna barbaridad… Pero, vamos a ver, amigos, ¿a qué viene este alboroto?

La pregunta anterior, en lugar de apaciguar el tumulto, exacerbó extraordinariamente los ánimos. En todo el corro formado por veinte filas de campesinos no se veían más que rostros salvajes y ojos indignados, junto con el intermitente brillar de algún arma que asomaba por debajo de la ropa. La batahola que en un principio era un confuso e inmenso relincho, tomó forma al fin en los siguientes gritos: «¡Abajo los papistas! ¡Abajo los prelatistas! ¡Mueran estos perros erastianos! ¡Cortad la cabeza a los filisteos! ¡Abajo con ellos!».

Poco después silbaron junto a nuestros oídos algunas piedras; y ya nos habíamos visto precisados a desenvainar las espadas para defendernos, cuando el altivo ministro, de quien ya he hablado, se abrió paso por entre la multitud, y merced a su elevada estatura y tonante voz, consiguió imponer silencio.

—Vais a contestar en el acto —dijo volviéndose hacia nosotros—: ¿peleáis por Baal o por el Señor? El que no está con nosotros está contra nosotros.

—¿Cuál es el bando de Baal, reverendísimo ministro, y cuál el del Señor? —preguntó *sir* Gervas Jerome—. Si hablarais inglés corriente, en lugar de hebreo, tal vez llegáramos a entendernos más pronto.

—Ahora no estamos para bromas —exclamó el ministro con el rostro enrojecido por la cólera—. Si queréis salvar la piel, decidme: ¿Sois partidarios del usurpador y criminal James Stuart, o defendéis la bandera de su protestantísima majestad, el rey Monmouth?

—¡Vaya! ¡Ya salió a relucir el título! —exclamó Saxon—. Sabed, pues, que somos cuatro humildes caballeros, que vamos a ofrecer nuestros servicios a la causa protestante.

—Miente, buen maese Pettigrue, miente a boca llena —barboteó un corpulento aldeanote de la última fila—. ¿Quién vio jamás a un buen protestante en el traje de polichinela que usa ese jinete de más allá? ¿No están indicando sus vestidos que es un verdadero amalecita? ¿No son esos adornos los usados por los esclavos de la prostituida Roma? ¿Por qué no le cortamos el cuello ahora mismo?

—¡Gracias, mi digno amigo! —dijo *sir* Gervas cuyo vestido había despertado la cólera de aquel valiente—. Si estuvierais más cerca, os daría la

propina por los informes que os merece mi persona.

—¿Qué prueba nos dais de que no sois mercenarios del usurpador, ni vais a pelear contra los verdaderos fieles? —preguntó el clérigo puritano.

—Os repito —dijo Saxon con impaciencia—, que hemos viajado desde Hampshire para pelear contra James Stuart; y que cabalgaremos con vosotros hasta el campamento de Monmouth. ¿Qué mejor prueba, podéis desear?

—Lo que buscáis, sin duda, es la ocasión de escapar de nuestras manos —observó el ministro después de consultar a uno o dos de los principales labriegos—. Por tanto, opinamos que antes de incorporaros a nosotros nos habéis de entregar las espadas, pistolas y todas las armas carnales que llevéis.

—Eso no puede ser de ningún modo, buen señor —replicó nuestro jefe—. Ningún caballero que estime en algo su honor puede entregar su espada ni su libertad en la forma que pedís. Mantente a mi izquierda, Clarke, y abre en canal al primer galopín que trate de ponerte la mano.

Un terrible murmullo salió de la multitud, y al instante siguiente se alzaron contra nosotros numerosos garrotes y hojas de guadaña; pero el ministro se interpuso de nuevo y mandó callar a su alborotada grey.

—¿Habré oído bien? —preguntó—. ¿Os apellidáis Clarke?

—Sí, señor —respondí.

—¿Y vuestro nombre de pila?

—Micah.

—¿Dónde vivís?

—En Havant.

El clérigo habló, durante algunos momentos, con un hombre de barba castaña y semblante hosco que estaba a su lado.

—Si verdaderamente sois Micah Clarke de Havant —continuó—, podréis decirnos el nombre de un viejo soldado, que ha adquirido larga experiencia en las guerras de Alemania y había de venir en vuestra compañía al campamento de los leales de Monmouth.

—Perfectamente —respondí—, es el señor que me acompaña y se llama Decimus Saxon.

—Sí, sí, maese Pettigrue —exclamó el anciano—. Ése es el mismo nombre, dado por Dicky Rumbold, que prometió traerle él mismo o enviarle con su hijo. ¿Y quiénes son esos otros?

—Uno, el señor Reuben Lockarby, también de Havant; y el otro *sir* Gervas Jerome, de Surrey —repliqué—. Ambos están aquí como voluntarios que desean servir a las órdenes del duque de Monmouth…

—Me alegro mucho de veros —dijo entonces el ministro en tono afectuoso—. Amigos, yo respondo de estos caballeros y garantizo que están a favor de la gente honrada y de la antigua causa.

Al oír estas palabras, la rabia de la muchedumbre se tornó al momento en la más extravagante adulación y alegría. Nos rodearon, se asieron a nuestras botas de montar y comenzaron a curiosearnos, a estrecharnos la mano y a pedir al cielo que hiciera descender sobre nosotros sus bendiciones, hasta que el pastor logró por fin librarnos de sus obsequios y persuadirlos a que continuaran el viaje. Avanzamos con nuestros caballos en medio de ellos, y el clérigo se colocó entre Saxon y yo. Era, según observó Reuben, muy a propósito para servirnos de intermediario, porque me aventajaba a mí en estatura, aunque no en corpulencia y no igualaba a Saxon en la talla, pero lo excedía en el grosor. En su rostro largo y delgado se veían dos melancólicos ojos, iluminados a veces por un repentino brillo de feroz entusiasmo, y sepultados en hondas cuencas guarnecidas de cejas hirsutas.

—Mi nombre, señores, es Joshua Pettigrue —dijo—, y aunque indigno operario de la viña del Señor, quiero pelear y dar testimonio de palabra y de hecho a favor de su santo pacto. Estos que me acompañan son mis feligreses, la grey que me ha sido confiada, y la conduzco hacia occidente, para disponerla a merecer del Todopoderoso, que la recoja en su seno cuando plegue a su soberana voluntad.

—Y, ¿por qué no la habéis dispuesto en alguna orden? —preguntó Saxon —. Andan chocando unos con otros por el camino, como manada de pavos en vísperas de Navidad. Se conoce que no tenéis ningún temor, porque no usáis de las debidas precauciones; pero ¿no está escrito que «la calamidad sobreviene de pronto, y que repentinamente seréis confundidos sin remedio»?

—Verdad es, amigo; mas ¿no dice también la Escritura: «confía en el Señor con todo tu corazón y no te empecines en tu propio sentir y entender»? Debéis advertir que, si yo hubiera de ordenar mi gente a la usanza militar, llamaría la atención y podría ser atacada por alguno de los destacamentos de caballería de James Stuart que suelen andar por estos caminos. Mi deseo es conducirla al campo y proveerla de armas antes de exponerla a un combate tan desigual.

—Verdaderamente, señor, es una prudente resolución —dijo Saxon con semblante torvo—; porque si sobre esta buena gente cayeran algunos escuadrones de caballería, el pastor se hallaría muy pronto sin su rebaño.

—¡Oh! Eso no puede ser —exclamó maese Pettigrue con ardiente fervor —; decid más bien que el pastor, la grey y todas sus cosas entrarían en la

nueva Jerusalén siguiendo el áspero camino del martirio. Sabed, amigo, que después de haber estado con Monmouth, he recibido de él la orden de conducir a estos hombres a su campo, con instrucciones del mismo, o más bien de maese Ferguson para vigilar y mirar por vosotros y por los demás fieles que esperamos de la parte de oriente. ¿Qué camino habéis, traído?

—Hemos atravesado la llanura de Salisbury por la parte de Bruton.

—¿Y no habéis visto ni encontrado a otros amigos en el camino?

—No —respondió Saxon—. Sin embargo, en Salisbury dejamos a los guardias azules, y hemos vuelto a ver a algunos de ellos o de otro regimiento por esta parte de la llanura, en la aldea de Mere.

—¡Ah! «Las águilas comienzan a reunirse» —exclamó maese Joshua Pettigrue moviendo la cabeza—. Esa gente trae lujosos vestidos, caballos de guerra, carrozas y suntuosos arreos, como los antiguos asirios; pero el ángel del Señor caerá sobre ellos en el silencio de la noche, y el Altísimo los dispersará en su indignación y serán destruidos.

—¡Amén! ¡Amén! —respondieron todos los campesinos que pudieron oír las palabras de su pastor.

—Han levantado con arrogancia las astas de su orgullo, maese Pettigrue —dijo el puritano de cabello castaño—. Han puesto en alto su candelero, el candelero de su ritual perverso y de su culto idólatra… ¿No serán quebrantados por la mano del Todopoderoso?

—Y he aquí, que ese mismo candelero con su vela se irguió con gran soberbia y ardió con luz fuliginosa y pestífera en los días de nuestros padres —añadió un labrador fornido y coloradote, cuyos vestidos lo presentaban como a uno de los más ricos hacendados de su comarca—. Así acaeció cuando el gran Cromwell tomó las despabiladeras para atizarle. También al presente la luz arde con un pábilo negruzco que sólo las espadas de los fieles han de cercenar.

Una feroz carcajada del grupo entero aplaudió la piadosa chocarrería de su camarada…

—¡Ah, hermano Sandcroft! —exclamó el pastor—; ¡cuánta dulzura y celestial maná se oculta en tus palabras! Pero el camino es largo y árido. ¿No será mejor suavizar sus asperezas cantando un himno? ¿Dónde está el hermano Thislethwaite, cuya voz es a un tiempo címbalo, tambor y chirimía?

—Oíd un momento, piadosísimo maestro Pettigrue —dijo Saxon—, yo también, en ciertas ocasiones, me he atrevido a levantar mi voz pecadora delante del Señor.

Y sin hacerse de rogar, ni extenderse en más explicaciones, rompió a cantar con voz estentórea el siguiente himno, cuyo estribillo repitió al momento el pastor y su congregación.

El Señor es el yelmo y la celada
que me ha de preservar de toda herida;
el Señor es la cota de acerada
malla que en derredor llevo ceñida.
¿Quién no desnudará con gran valor
su espada en las batallas del Señor?

El Señor es mi escudo, el adorable
broquel que de mi brazo izquierdo pende;
el Señor es el peto impenetrable
que de mis enemigos me defiende.
¿Quién no desnudará con gran valor
su espada en las batallas del Señor?

En vano el violento sus furores
desplegará, de orgullo arrebatado;
lucharé contra fuerzas superiores,
que el pifie de fortaleza está a mi lado.
¿Quién no desnudará con gran valor
su espada en las batallas del Señor?

Mi fe es inexpugnable fortaleza
con sus murallas, fosos y aspilleras:
no humillarán su indómita fiereza
minas, brechas, portillos ni trincheras.
¿Quién no desnudará con gran valor
su espada en las batallas del Señor?

Saxon dejó de cantar, pero el reverendo Joshua Pettigrue agitó sus largos brazos y repitió el estribillo, que fue coreado una vez y otra por la prolongada columna de campesinos en marcha.

—Es un himno devoto —dijo nuestro compañero, que con gran disgusto y evidente asombro de Reuben y *sir* Gervas, volvió a tomar el tono de voz gangoso y nasal que había empleado en presencia de mi padre—. Y ha servido de mucho en el campo de batalla.

—Verdaderamente —repuso el clérigo—, si vuestros compañeros están dotados de la dulce unción que a vos os distingue, seréis para los fieles de tanta importancia como una brigada de picas —la frase despertó un murmullo de asentimiento en los puritanos que estaban cerca—. Puesto que —continuó maese Pettigrue— habéis adquirido gran experiencia en los ardides de la guerra, me alegraré de entregaros el mando de este destacamento de fieles, hasta que lleguemos a incorporarnos con el ejército.

—Ya es hora, a decir verdad —respondió Saxon tranquilamente—, que tengáis al frente de vosotros un soldado… O mi vista me engaña, o veo resplandecer espadas y corazas en las lomas de aquella montaña. Me parece que nuestros piadosos ejercicios nos han atraído al enemigo.

XV

DE NUESTRA REFRIEGA CON LOS DRAGONES DEL REY



A poca distancia de nosotros desembocaba un camino. Esta nueva ruta daba la vuelta por la falda de una colina cubierta de bosque, y seguía a la misma altura por espacio de un cuarto de milla poco más o menos antes de unirse al nuestro. Precisamente en lo más alto de aquella ondulación del terreno se alzaba un grupo espeso de árboles, y

por entre sus troncos brillaba con intermitencias un vivo centelleo de armaduras y cascos que denunciaba la presencia de tropas. Algo más allá, en el punto en que el camino torcía de pronto, y avanzaba a lo largo de la pendiente de la colina, podían verse con toda claridad algunos jinetes, cuyas siluetas se proyectaban sobre el cielo de la tarde. Sin embargo, tan pacífico era el paisaje de la campiña, dulcificado por los dorados matices del sol poniente, y tal aspecto de serena tranquilidad le daban las agujas de las iglesias rurales y algunas casas de grandes propietarios medio ocultas entre el ramaje, que costaba trabajo creer en la posibilidad de que el espectro de la guerra se cerniera realmente sobre aquel hermoso valle, y que de un momento a otro pudiera aparecer con todos sus horrores.

Los campesinos, sin embargo, no tuvieron dificultad alguna en comprender el peligro que les amenazaba. Los que huían del oeste prorrumpieron en un grito de consternación, y echaron a correr por el camino o arrearon sus bestias de carga a fin de alejarse cuanto fuera posible del temido ataque. El coro de gritos agudos y voces alborotadas que se mezclaban con el chasquido de los látigos, el crujir de las ruedas y el estrépito de los carros cargados de ropas y muebles, todo ello formaba un ruido ensordecedor, sobre el que descollaba la voz de nuestro jefe dictando órdenes y tranquilizando a los asustados labriegos. Pero, cuando resonó por la parte del bosque el agudo y metálico clamor de una trompeta y comenzaron a bajar por la loma las avanzadas de una división de caballería, el pánico aumentó todavía más, y nos fue difícil mantener ningún orden en los revueltos grupos de los fugitivos aterrados.

—¡Detened ese carro, Clarke! —gritó Saxon con vehemencia mientras su espada apuntaba a una vieja carreta, abarrotada de colchones y ropas de cama y que avanzaba pesadamente, tirada por dos potros medio bravíos. En el mismo momento le vi dirigir su caballo al centro de la multitud y tomar los ramales de otro vehículo semejante. No tardé en poner a *Covenant* delante del carro que me había indicado y, después de algunos esfuerzos, conseguí detener por un momento a los furiosos potros.

—¡Desenganchad! —ordenó nuestro jefe con el tono de imperiosa serenidad que sólo podía salir de un hombre avezado a los azares de la guerra —. ¡Cortad inmediatamente las correas y cuerdas! En ese momento obedecieron el mandato una docena de navajas y las inquietas bestias que no cesaban de luchar y tirar coces rompieron a correr por el campo dejando atrás sus cargas. Saxon saltó de su caballo y dio el ejemplo de echar una mano al vehículo para atravesarlo en el camino, mientras algunos labriegos, dirigidos

por Reuben Lockarby y maese Joshua Pettigrue, hicieron lo mismo con otras dos carretas para interceptar el camino cincuenta yardas más allá, con una segunda barricada. Esta determinación obedecía al propósito de prevenir la probable contingencia de que la caballería del rey diera la vuelta por los campos y nos atacara por la espalda. El plan fue concebido y ejecutado con tanta rapidez, que a los pocos minutos de la primera alarma, nuestro frente y retaguardia habían quedado protegidos por un elevado parapeto, formando una improvisada fortaleza guarnecida por ciento cincuenta hombres.

—¿Con cuántos tiradores podemos contar? —preguntó Saxon apresuradamente.

—A lo sumo con una docena de hombres que llevan pistola —respondió Williams, el puritano más viejo, a quien sus compañeros designaban con el nombre de *Re-Hope*—. John Rodway, el cochero, tiene su trabuco. Aquí están también dos piadosos guardabosques, que proceden de Hungerford y han traído sus armas.

—Helos aquí, señor —dijo un tercero apuntando a dos individuos robustos y barbados que estaban atacando los largos cañones de sus mosquetes—. Se llaman Wat y Nat Millman.

—Dos hombres capaces de dar en el blanco con todos sus tiros, valen por un batallón entero que dispare al aire —observó nuestro jefe—. Poneos al abrigo del carro, amigos míos, y apoyad vuestras armas en la retranca. No disparéis hasta que esos hijos de Belial estén a la distancia de tres picas.

—Mi hermano y yo —dijo uno de ellos— podemos meter una posta en el ojo de un gamo en plena carrera, a doscientos pasos. Nuestras vidas están en las manos del Señor; pero dos, por lo menos, de esos asesinos mercenarios han de ir al otro mundo delante de nosotros.

—Para nosotros es una delicia la caza del armiño o del gato salvaje —añadió el otro colándose debajo del vehículo—. Ahora, nos toca guardar la grey del Señor, hermano Wat, y la verdad es que los enemigos con quienes vamos a vernos son una parte de las alimañas que la infestan.

—¡Que se pongan en línea junto al carro todos los que tienen pistolas! —intimó Saxon, mientras ataba su jaca al borde del seto; ejemplo que seguimos nosotros—. Vos, Clarke, encargaos de la derecha con *sir* Gervas, mientras Lockarby ayuda a maese Pettigrue a dirigir la izquierda. Los restantes que se coloquen detrás con piedras. Si tratan de saltar por encima de nuestras barricadas, herid a los caballos con vuestras guadañas. Los jinetes que derribéis no podrán luchar con vosotros.

De entre los campesinos salió un murmullo sordo y confuso de enérgica resolución, mezclado con piadosas jaculatorias y breves trozos de himnos y oraciones. Todos ellos habían sacado de debajo de sus blusas armas rústicas de diversas clases, unos diez o doce tenían pistolones que, a juzgar por su aspecto de antigüedad y por el óxido de que estaban cubiertos, prometían ser más peligrosos para sus dueños que para el enemigo. Otros estaban armados de hoces, hojas de guadaña, mazos, chuzos o martillos y los restantes empuñaban largos cuchillos y enormes porras de roble. Con ser tan sencillas estas armas, la Historia ha demostrado que en manos de hombres dominados por el fanatismo religioso pueden ocasionar estragos considerables. No había más que fijar la atención en los semblantes torvos de nuestros compañeros y en el entusiasmo y esperanza que brillaban en sus ojos, para persuadirse de que aquellos hombres no habían de acobardarse ni retroceder ante fuerzas superiores y mejor equipadas.

—¡Por Cristo! —murmuró *sir* Gervas—: ¡Esto es magnífico! Una hora aquí vale por un año entero pasado en el mejor círculo de Londres. Ya está en el redondel el bravo toro puritano de otros días. Veremos qué tal les sale la lidia a los fantoches del uniforme azul. ¡Apuesto cinco contra cuatro a favor de los labriegos!

—Ahora no estamos para apuestas necias —repuse en tono seco, porque la ligereza de su charla me causaba fastidio en aquel momento tan solemne.

—Bueno, pues entonces, cinco contra cuatro a favor de los soldados —insistió—. La partida va a ser superior; y es lástima no arriesgar alguna cantidad a favor de unos o de otros.

—Nuestras vidas son las que van en la apuesta —repuse yo.

—Como hay Dios, que no había reparado en ello —replicó masticando su mondadientes—. «Ser o no ser», como decía William de Stratford. Por cierto, el actor Kynaston estaba admirable al recitar esas palabras; pero estos sucios gañanes no lo están menos en esa actitud que parece decir: «¿*Semos* o no *semos*?». ¡Ea!, ya suena la campanilla y va a levantarse el telón.

Mientras habíamos estado ocupados en los anteriores preparativos, la división de caballería, que resultó ser única, había trotado por el atajo y descendido al camino real. A lo que pude juzgar, eran unos noventa jinetes, y de sus sombreros de tres picos, petos de acero, mangas rojas y bandoleras se deducía, evidentemente, que eran dragones del ejército regular. El grupo principal hizo alto, a un cuarto de milla de nosotros, y al mismo tiempo se pusieron al frente tres oficiales, que conferenciaron breve rato. La entrevista terminó picando uno de ellos espuelas a su caballo y galopando hacia

nosotros. Algunos pasos tras de él venía un corneta, agitando en la mano un pañuelo blanco y dando de tiempo en tiempo un toque de atención.

—Aquí tenemos un emisario —exclamó Saxon encaramado en la carreta —. Nosotros, hermanos míos, no tenemos timbales ni cornetas, pero poseemos el instrumento de que la Providencia nos ha dotado. Demostremos a esos de la chaquetilla roja que sabemos usarlo.

En vano el violento sus furores
desplegará, de orgullo arrebatado;
lucharé contra fuerzas superiores,
que el Dios de fortaleza está a mi lado.

Siete voces, formando un ronco coro, cantaron a continuación:

¿Quién no desnudará con gran valor
su espada en las batallas del Señor?

En aquel momento pude forjarme la ilusión de que los espartanos habían hallado en el cojo Tirteo al más afortunado de sus generales, porque el sonido de aquellas voces acrecentó la confianza de los campesinos, mientras la letra marcial del viejo himno robustecía la obstinación en sus corazones. Tan grande fue su entusiasmo, que interrumpieron el cántico con una gritería guerrera, blandiendo sus armas en el aire, dispuestos, según todas las probabilidades, a saltar por encima de sus barricadas y atacar de frente a los jinetes. En medio de aquel clamoreo y tumulto, el joven oficial de dragones, que era un muchacho arrogante y de rostro hermoso y color aceitunado, se acercó intrépidamente a la barrera y deteniendo su magnífico caballo ruano, levantó la mano con un gesto imperioso que pedía silencio.

—¿Quién es el jefe de este conventículo? —preguntó.

—Comunicadme vuestro mensaje, señor —contestó nuestro jefe desde lo alto de la carreta—; pero tened entendido que vuestra bandera blanca, sólo os protegerá, en tanto que empleéis el lenguaje que corresponde a un cortés adversario al dialogar con otro. Exponed lo que tenéis que decir o retiraos.

—¡Cortesía! —replicó el oficial en tono despreciativo—; ese honor no se extiende a rebeldes que están en armas contra su legítimo soberano… Suponiendo que seáis el jefe de esta gentuza, debo advertiros que si en el término de cinco minutos, contados por este reloj no se dispersan —decía mientras mostraba un elegante cronómetro de oro—, caeremos sobre ellos y los destrozaremos por entero.

—El Señor puede muy bien proteger a los suyos —respondió Saxon en medio de un feroz murmullo de aprobación que salió de la multitud—. ¿Es eso todo lo que tenéis que decir?

—Eso es todo y debe pareceros bastante, traidor presbiteriano —repuso con voz airada el alférez de dragones—. Y vosotros, idiotas engañados, oídme bien —continuó, levantándose sobre los estribos para hablar a los labriegos que estaban del otro lado de la carreta—. ¿Qué es lo que pensáis hacer con esos cuchillos y ralladores de queso? Si queréis salvar el pellejo, entregadnos inmediatamente a vuestros jefes.

—¡A tierra todo el mundo y pegaos bien al suelo! —ordenó Saxon—. ¡Van a hacer fuego!

El estruendo de una descarga cerrada y la lluvia de proyectiles que se clavaban en la tierra y llevaban hojas y ramas del seto a ambos lados de nosotros, hicieron resaltar la oportunidad de la orden dada por nuestro jefe. Muchos labriegos se agazaparon detrás de los colchones y mesas sacadas del carro. Otros se tendieron al abrigo de esto y algunos se refugiaron detrás o debajo del mismo. No faltaron quienes se metieron en las zanjas de ambos lados del camino y se tendieran a la larga sobre el mismo, mientras unos cuantos mostraban su fe en la Providencia, continuando de pie sin huir de las balas. Entre estos últimos se hallaban Saxon y *sir* Gervas: el primero para dar ejemplo a sus tropas bisoñas, y el segundo por pura indiferencia y dejadez. Reuben y yo nos sentamos juntos en la cuneta, y puedo aseguraros, mis queridos nietos, que nos sentíamos extraordinariamente inclinados a doblar la cabeza cada vez que oímos silbar las balas cerca de nuestros oídos. Si algún soldado os dijere que no ha hecho lo mismo al entrar en fuego por primera vez, no es hombre digno de crédito. Pero, después de haber permanecido sentados, rígidos y silenciosos como dos maniquíes por espacio de algunos minutos, desapareció enteramente aquella impresión y no he vuelto a experimentarla desde entonces. Como veis, la familiaridad engendra desprecio a las balas, lo mismo que a otras muchas cosas; y aunque ofrezca sus dificultades llegar a cobrarles afición y gusto, como el rey de Suecia o milord Cutts, no cuesta demasiado el mirarlas con indiferencia.

La muerte del alférez no quedó impune por mucho tiempo. Un viejecito, armado con una hoz que había permanecido de pie cerca de *sir* Gervas, dio un grito agudo y repentino, seguido de un salto y de la exclamación: «¡Gloria a Dios!» para caer muerto de bruces. Una bala le había entrado por el ojo derecho. Casi en el mismo instante, uno de los labriegos del carro recibió un tiro que le atravesó el pecho. El infeliz se incorporó tosiendo y vomitando sangre sobre la rueda, y maese Joshua Pettigrue lo tomó en sus largos brazos y puso algo mullido bajo su cabeza, de modo que el herido quedó respirando anhelosamente y balbuciendo oraciones. El ministro dio pruebas de gran valor

aquel día, porque en medio del espantoso fuego enemigo, iba y venía intrépidamente de un punto a otro, con un espadín en la mano izquierda, pues era zurdo, y una Biblia en la derecha.

—Por esta dais la vida, mis queridos hermanos —clamaba sin cesar, agitando el volumen—; ¿no estáis dispuestos a morir por ella?

Y cada vez que hacía esta pregunta, salía de las cunetas, del carro y del camino un sordo y vehemente murmullo de asentimiento.

—Apuntan lo mismo que los aldeanos que se ensayan en el tiro —dijo Saxon sentándose junto al carro—. Como todos los soldados nuevos hacen la puntería demasiado alta. Cuando fui ayudante, tenía la costumbre de bajar a mis soldados los cañones de los mosquetes, hasta que mi ojo me decía que estaban al verdadero nivel. Esos vagos creen haber cumplido con su deber con sólo echarse el arma a la cara, y de ese modo tienen tanta probabilidad de dar a las calandrias que vuelan allá arriba como a nosotros.

—Nos han herido ya a cinco hombres —dijo Williams Re-Hope—. ¿No haremos una salida para pelear con esos hijos del Anticristo? ¿Vamos a permanecer aquí, hechos unos monigotes de feria, para que los soldados se ejerciten con nosotros en tirar al blanco?

—Allá lejos por el lado de la colina se ve un granero de piedra —observé —. Si nosotros, los que tenemos caballos, con algunos más, pudiéramos entretener a los dragones, nuestra gente podría buscar refugio en él y librarse así del fuego.

—Al menos permitid que mi hermano y yo les hagamos algunas descargas —dijo uno de los guardabosques apostados detrás de la rueda.

Pero a todas las indicaciones y ruegos, nuestro jefe contestaba moviendo negativamente la cabeza, y permaneció columpiando sus largas piernas encima del carro, con los ojos clavados en los jinetes, muchos de los cuales habían echado pie a tierra y estaban colgando sus carabinas a las grupas de los caballos.

—Esto no puede continuar, señor —dijo el pastor protestante con voz sorda y angustiada—; acaban de caer otros dos hombres.

—Pues, aunque caigan otros cincuenta más, no tenemos otro remedio que aguardar a que carguen —respondió Saxon—. ¿Qué queréis que hagamos? Si la gente abandona esta defensa, el enemigo nos dispersará y pereceremos todos. Cuando hayáis pasado por tantos trances de guerra como yo, aprenderéis a sobrellevar con sosiego lo que no se puedo remediar. Ahora me acuerdo de otro caso análogo en que la retaguardia de las tropas imperiales fue perseguida por los croatas, que prestaban servicio al gran Turco por su

correspondiente salario. La mitad de mi compañía quedó destrozada, antes que aquellos mercenarios renegados se acercaran bastante para pelear con ellos al arma blanca… ¡Ánimo, valientes, que comienzan a montar! No tendremos que esperar mucho tiempo.

Los dragones estaban en realidad con el pie en el estribo preparándose a subir sobre sus caballos, y poco después formaban en el camino con la intención manifiesta de cargar sobre nosotros. Al mismo tiempo, unos treinta soldados se destacaron del grupo principal y emprendieron el trote por el campo para atacar nuestro flanco derecho. Saxon gruñó una sorda imprecación al observarlo.

—Se ve que entienden algo de guerrear, al fin y al cabo —dijo—. Quieren cargarnos de frente y por el flanco. Maese Joshua, procurad que vuestra línea de guadañiles se sostenga firme en la derecha al abrigo del seto de zarzas. ¡No cedáis un pie de tierra, hermanos míos, ni tengáis miedo a los caballos! Los que llevan hoces que se coloquen en la zanja y procuren cortar las patas de la caballería enemiga. Detrás de estos que se pongan en línea los que saben arrojar piedras… A corta distancia una buena pedrada equivale a un tiro. Si queréis volver a ver a vuestras mujeres e hijos, defended el seto vivo sin dejar penetrar en él a uno solo de los dragones… Ahora vamos al ataque de frente. ¡Que se coloquen dentro del carro todos los que tienen pistolas! Vos, Clarke, tenéis dos, y vos, Lockarby, otras dos. Yo puedo prestar una también. Con esta tenemos cinco… Que se pongan aquí ahora los otros diez que tienen la misma arma y los tres mosquetes. Veinte tiros en total. ¡No tenéis, vos, pistolas, *sir* Gervas!

—No, pero puedo adquirir un par de ellas —dijo nuestro compañero, y poniéndose de un salto a caballo, saltó la zanja, pasó la barrera y se lanzó a todo correr hacia los dragones.

Aquel movimiento fue tan repentino e inesperado, que por algunos segundos reinó un silencio de muerte, interrumpido al fin por un rugido de odio y execración que salía de los campesinos al «¡Fuego sobre él! ¡Pegad un tiro a ese falso amalecita!» —gritaban—. «¡Se escapa con los suyos entregándonos en manos del enemigo! ¡Judas! ¡Judas!». Respecto a los dragones, que estaban todavía formando para la carga y esperando que el destacamento encargado de flanquearnos se colocara en la debida posición, contemplaron el hecho mudos e inmóviles, sin saber qué hacer del caballero elegantemente vestido que corría hacia ellos a todo galope.

Nuestra duda, sin embargo, no duró mucho tiempo. Apenas *sir* Gervas hubo llegado al sitio en que yacía el alférez, saltó del caballo y se apoderó de

las pistolas del cadáver y del cinto que contenía la pólvora y las balas. Terminada esta operación, montó con gran calma, entre una lluvia de balas que levantaban una blanca polvareda a su alrededor, y volviéndose contra los dragones, les disparó una de sus pistolas. Girando luego en redondo, tomó cortésmente su sombrero y, saludando con él, galopó hacia nosotros, sin otros percances que una leve herida de su caballo en el menudillo y un agujero en el faldón de su redingote. Los campesinos lanzaron un grito de júbilo, al verlo volver, y desde aquel día se permitió a nuestro amigo usar sus pintorescos vestidos y hacer lo que quisiera, sin sospechar nuevamente cosa alguna de aquella librea de Satanás, ni recelar que a su dueño le faltara celo por la causa de los santos.

—Ya vienen —gritó Saxon—. ¡Que nadie dispare hasta que no lo haga yo! Si alguno se me anticipa, le enviaré una bala, aunque sea mi último tiro y tengamos a los dragones encima.

Mientras nuestro jefe profería esta amenaza y paseaba la vista por nosotros con expresión amenazadora, reflejando su propósito de ejecutarla, resonó un agudo toque de corneta entre los jinetes que estaban frente a nosotros, al que respondió otro procedente de nuestro flanco. Al oír aquella señal, ambos escuadrones picaron espuelas y se lanzaron contra nosotros a todo galope. Los que avanzaban por el campo se retrasaron algunos momentos, cayendo en algún desorden a causa de ser blando y pantanoso el terreno por donde caminaban; pero, habiendo logrado abrirse paso por él, recobraron la formación y se lanzaron con bizarría contra el seto. En tanto que nuestros adversarios hallaron el camino libre no aflojaron un instante, sino que avanzaron unidos contra nuestras toscas barricadas, con gran estrépito de arneses y una tempestad de juramentos.

¡Ah, hijos míos! Cuando un hombre, al llegar a viejo, trata de describir sucesos como éste, y de hacer ver a otros las cosas por las que él mismo ha pasado, se da cuenta de cuán escaso es el caudal de palabras que la generalidad de los hombres usa en la vida ordinaria y cuán insuficiente es para satisfacer a las diversas necesidades. Porque, aunque en este momento pueda recordar aquel blanco camino de Somersetshire, con la desenfrenada carrera de la caballería, los semblantes enrojecidos y airados de los jinetes y las narices dilatadas de los bridones, todo ello envuelto en una nube de polvo, no puedo enorgullecerme de pintarlo con bastante viveza ante vuestros ojos, que nunca contemplaron escenas análogas, y que ojalá no las contemplen jamás. Al pensar en el murmullo sordo y débil que resonó en un principio y que fue aumentando en intensidad y extensión a cada instante, hasta que cayó

sobre nosotros con un estruendoso y ensordecedor estrépito que producía la impresión de un poder irresistible, hallo que mis débiles palabras son impotentes para expresarlo. A soldados inexpertos como nosotros les parecía imposible que nuestras frágiles defensas y débiles armas pudieran detener por un instante el ímpetu arrollador de los dragones. Entonces vi a derecha e izquierda rostros cubiertos de palidez cadavérica con los ojos abiertos y fijos, mostrando una tenacidad y obstinación que provenía de una actitud desesperada, más bien que de la confianza en la victoria. Por todas partes se oían exclamaciones y jaculatorias piadosas: «¡Señor, salva a tu pueblo! ¡Misericordia, Señor, misericordia! ¡No nos abandone, en este trance! ¡Recibe nuestras almas, oh, Padre misericordioso!». Saxon yacía sobre el carro con los ojos despidiendo fuego y apuntando su pistola al enemigo con el brazo rígido y enteramente extendido. Siguiendo su ejemplo, todos afinamos la puntería, cuanto nos fue posible, contra la primera fila del enemigo. Toda nuestra esperanza de salvación estribaba en que aquella descarga fuera tan mortífera, que el enemigo quedase quebrantado en términos de no poder continuar el ataque.

Pero ¿cuándo llegaba el momento de hacer fuego? Había que esperar a que los jinetes estuvieran a diez pasos de nosotros. Pude distinguir las hebillas en los pechos de los dragones y los frascos de pólvora colgando de sus bandoleras. Un nuevo avance, y al fin la pistola de nuestro jefe hizo fuego, siguiendo su ejemplo nosotros con una descarga cerrada, que apoyaron los forzudos campesinos que estaban detrás con una lluvia de pesados guijarros. Pude oírlos chocar contra los cascos y las corazas, como el granizo al caer sobre las techumbres. La nube de humo que veló por un instante la línea de caballos que avanzaban al galope con sus bizarros jinetes, se desvaneció lentamente, dejando ver una escena muy distinta. Una docena de hombres y de caballos rodaban en confuso y sangriento montón, y sobre ellos caían los que venían detrás, a quienes no habían derribado nuestras balas y piedras. Caballos sueltos que lanzaban fuertes resoplidos, botas provistas de espuelas, figuras vacilantes que se levantaban y caían, hombres con la cabeza desnuda y expresión de furor y asombro, medio aturdidos por la caída, sin saber qué resolución tomar, tal era el conjunto que aparecía en el cuadro en primer término, mientras detrás y en el fondo se veía el resto de la tropa huyendo a todo correr, lo mismo los heridos que los sanos, movidos todos por el único deseo de llegar a un paraje seguro, donde pudieran renovar su deshecha formación. Los campesinos, alborozados, lanzaron una gritería de alabanzas y acción de gracias al Todopoderoso; y, saltando por encima de la barricada,

dieron muerte o hicieron prisioneros a los pocos soldados indemnes que no habían podido o querido unirse a sus compañeros en la fuga. Los vencedores se apoderaron con avidez de las carabinas, espadas y bandoleras; y como algunos de ellos habían servido en la milicia y conocían bien el manejo de las armas que habían ganado, contamos para lo sucesivo con una ventaja nada despreciable.

La victoria, empero, no había sido completa. El escuadrón enemigo encargado de atacarnos por el flanco, había llegado atrevidamente hasta el seto, y una docena o más de dragones se habían abierto paso por el mismo, a pesar de la lluvia de piedras y esfuerzos desesperados de los piqueros y guadañiles. Cuando los dragones estuvieron entre los campesinos, tuvieron sobre estos gran ventaja merced a los chafarotes y armaduras de que disponían; y aunque las guadañas derribaron a varios caballos, los soldados continuaron junto a ellos, rechazando y obligando a retroceder a sus feroces, pero mal armados enemigos. Un sargento de dragones, hombre de gran resolución y de fuerza prodigiosa, parecía ser el jefe del grupo y alentaba a sus soldados con la palabra y con el ejemplo. Una terrible picada de un chuzo hizo venir a tierra su caballo, pero el sargento saltó de la silla en el momento de caer y vengó la muerte de su corcel barriendo de un mandoble al piquero. Agitando en el aire el sombrero que tenía en su mano izquierda continuó animando a su gente y combatiendo a todos los puritanos que se le oponían, hasta que un hachazo le hizo caer de rodillas y el golpe de un mazo le rompió la espada cerca de la empuñadura. Al ver caer a su jefe, los soldados volvieron la espalda y huyeron por el seto. Pero el bizarro sargento, a pesar de estar desangrándose, continuó peleando, y seguramente le habrían dado el golpe de gracia si yo no le hubiera sacado de entre sus enemigos para transportarlo a la carreta, donde tuvo el buen acuerdo de permanecer tranquilo hasta que terminó la escaramuza. De los doce que habían saltado el seto sólo cuatro escaparon, y varios otros quedaron muertos o heridos del otro lado de las zarzas, atravesados por las guadañas o derribados de sus caballos por las piedras. En resumen, nueve dragones quedaron muertos y catorce heridos, teniendo además nosotros siete prisioneros que no habían recibido daño alguno, diez caballos aptos para el servicio y una veintena o más de carabinas, con abundante provisión de pólvora y balas. El resto de la tropa hizo una descarga irregular y luego huyó galopando por la encrucijada para desaparecer por entre los árboles de donde habían salido.

Sin embargo, todos estos resultados no se habían conseguido sin graves pérdidas por nuestra parte. El fuego de la mosquetería nos había hecho tres

muertos y seis heridos, uno de ellos gravísimo. Además, cayeron heridos otros cinco en el ataque de nuestro flanco, y de ellos sólo uno daba esperanzas de vida. Un pistolón antiguo había reventado, ocasionando la muerte a su mismo dueño; y otro campesino tenía el brazo roto por la coz de un caballo. En total, nuestras pérdidas eran ocho muertos y otros tantos heridos; número que no podía menos de considerarse como excesivamente moderado, dada la violencia de la acometida y la superioridad del enemigo en disciplina y armamento.

Tan orgullosos se pusieron los labriegos con su victoria, que los que habían apresado caballos del enemigo pedían a gritos permiso para perseguir a los dragones a las órdenes de *sir* Gervas y Reuben que lo deseaban vivamente. Pero Decimus Saxon no quiso dar oídos a semejante demanda, así como tampoco accedió al deseo del reverendo Joshua Pettigrue que proponía subir inmediatamente a la carreta, y como pastor aprovechar la ocasión para pronunciar una plática sentida de acción de gracias.

—Verdad es, buen maese Pettigrue, que debemos al Señor grandes alabanzas y vivas efusiones de agradecimiento, rivalizando en dulcísimas y santas demostraciones por la bendición que se ha dignado hacer descender sobre Israel —dijo—, pero la hora no ha llegado todavía. Hay tiempo de orar y tiempo de trabajar… Y, vamos a ver, amigo —continuó hablando con uno de los prisioneros—: ¿a qué regimiento pertenecéis?

—Esa es una pregunta a la que no debo responder —dijo el interrogado en tono brusco.

—¡Hola! ¿Conque esas tenemos? Pues habrá que ver si una cuerda atada alrededor de tu cabeza y algunas vueltas de un palo de tambor sirven para buscarte la lengua —replicó Saxon arrimando su cara a la del prisionero y mirándole en el fondo de los ojos con expresión tan feroz, que el hombre retrocedió asustado.

—Esa división de caballería —dijo— pertenece al segundo regimiento de dragones.

—Y, ¿dónde está ahora el regimiento?

—Lo hemos dejado en el camino de Ilchester y Langport.

—Ya lo oís —exclamó nuestro jefe—. No tenemos un momento que perder, si no queremos que se nos eche encima la fuerza entera del enemigo. Colocad los muertos y heridos en los carros y, si es preciso, uncid a ellos dos de esos caballos. No estaremos seguros hasta que hayamos llegado a la ciudad de Taunton.

En vista de eso, el mismo maese Joshua se convenció de que las circunstancias no permitían ningún género de ejercicios espirituales. Los heridos fueron trasladados a la carreta y acostados sobre colchones, y los muertos tuvieron su puesto en el carro que había servido para defender nuestra retaguardia. Los dueños del vehículo anduvieron tan lejos de oponer dificultades a que de esta manera se empleara un objeto de su propiedad, que nos ayudaron en todas las formas posibles a poner los arreos y enjaezar. A la hora de haber terminado la escaramuza, nos hallábamos de nuevo prosiguiendo nuestro camino; y al volver la vista al lugar de la pelea, descubrimos a la luz del crepúsculo varias manchas, negruzcas, esparcidas aquí y allá en el camino blanco, y eran los cadáveres de los dragones que señalaban la escena donde habíamos obtenido la victoria.

XVI

DE NUESTRA LLEGADA A TAUNTON



La sombra púrpura del crepúsculo teñía ya el paisaje con su color, y el sol se había ocultado detrás de las lejanas colinas de Quantock y Brendon, cuando nuestra columna de rústica infantería avanzaba penosamente por entre Curry Rivel, Wrantage y Henlade. Cada vez que pasábamos por alguna de las viviendas situadas cerca del camino o por alguna casa de labranza cubierta de encarnadas tejas, los moradores de las mismas salían a nuestro encuentro con jarros llenos de leche o cerveza y, después de estrechar la mano a los labriegos, los invitaban a que comieran y

bebieran. En las pequeñas aldeas, jóvenes y viejos salían a saludarnos con gran regocijo, y vitoreaban con voces estruendosas al rey Monmouth y a la causa protestante. Los que en esos puntos habían permanecido en casa, eran en su mayor parte ancianos y niños; pero, de cuando en cuando, tropezábamos con algún labrador joven, a quien los deberes de su posición o la duda del triunfo habían retenido en el lugar de su residencia; y, al ver éstos el aparato marcial con que marchábamos y los trofeos de nuestra victoria, se proveyeron de un arma y se unieron a nuestras filas.

La pasada refriega había mermado el número de combatientes, pero al mismo tiempo contribuyó no poco a convertir aquella turba de campesinos en una verdadera fuerza militar. La dirección de Saxon y sus breves y severas frases de alabanza o censura aumentaron esos mismos resultados. La gente guardaba cierta formación, marchando junta en un cuerpo compacto que se movía con cierto aire marcial. A la cabeza de la columna cabalgábamos el soldado veterano y yo, llevando en el medio a maese Pettigrue que continuaba a pie. Después venía el carro de nuestros muertos, a los que llevábamos en nuestra compañía a fin de darles decente sepultura. Detrás seguían dos veintenas de guadañiles y segadores precediendo al segundo carro que conducía a los heridos con sus rústicas armas al hombro. A continuación, venía el grueso del contingente de campesinos; y finalmente cerraba la marcha la retaguardia, formada por diez o doce hombres que, a las órdenes de Lockarby y *sir* Gervas, cabalgaban en los caballos capturados y llevaban los petos, espadas y carabinas de los dragones.

Pude observar que Saxon caminaba volviendo la cabeza a nuestra espalda, echando frecuentes miradas a la campiña que dejábamos detrás y haciendo alto cada vez que el terreno presentaba alguna eminencia, para asegurarse de que no nos perseguían. Hasta después de haber recorrido muchas millas, no logramos percibir las luces de Taunton que titilaban a lo lejos en el valle de la hondonada hacia la que avanzamos; y entonces el viejo soldado exhaló un profundo suspiro de satisfacción y manifestó su creencia de que había pasado el peligro.

—No soy hombre —dijo— que se acobarde por muchas cosas; pero, como llevamos esta impedimenta de heridos y prisioneros, quisiera saber qué hubiera hecho el mismo Petrinus en el caso de habernos dado alcance la caballería enemiga. Ahora, maese Pettigrue, puedo fumar tranquilamente mi pipa sin sobresaltarme a cada chasquido de las ruedas de nuestros carros o a cada grito de cualquier vociferador de aldea.

—Aun cuando nos hubieran perseguido —respondió el ministro con acento de firme convicción—, mientras nos escude la protección del Todopoderoso, ¿por qué habíamos de temerlos?

—¡Sí, sí! —repuso Saxon con impaciencia—, pero el diablo prevalece en ciertas ocasiones. Pues, ¿qué?, ¿el mismo pueblo escogido no fue derrotado y sometido a cautividad? ¿Qué decís, vos, Clarke?

—Que una refriega como la que hemos tenido es faena bastante para un día —dije—. ¡Pardiez! Si en lugar de dar la carga, hubieran continuado haciendo fuego con sus carabinas, no hubiéramos tenido más remedio que salir de detrás de nuestros parapetos, so pena de haber perecido allí todos.

—Precisamente por esa razón prohibí a nuestros amigos, los guardabosques, contestar con sus mosquetes —repuso Saxon—. Nuestro silencio les indujo a creer que no tendríamos más que una o dos pistolas, y por eso se resolvieron a caer sobre nosotros. La descarga cerrada con que los recibimos fue tanto más terrible cuanto menos la esperaban. Apostaría cualquier cosa a que no hubo entre ellos un solo hombre que no temiera haber caído en una emboscada. Reparad bien en cómo volvieron grupas los grandísimos canallas y huyeron todos a una como si fuera una evolución convenida de antemano.

—Sin embargo, es preciso reconocer que los campesinos se han portado como hombres —añadí.

—¡Oh! No hay nada como una tintura de calvinismo para robustecer una línea de batalla —dijo Saxon—. Y si no, ahí tenéis a los suecos. Mientras están en sus casas, ¿qué gente más honrada y sencilla podéis hallar? En ellos no encontraréis ni una sola de las virtudes militares, como no sea la de que pueden despachar más cerveza de la que vos podríais pagar. Pero, calentadles un poco la cabeza con algunos pasajes belicosos de la Biblia, dadles una pica y poned a su frente un Gustavo y veréis que no hay en el mundo infantería capaz de resistir su empuje. Y, hablando de otra gente, ¿no he visto yo a jóvenes turcos, enteramente ajenos a la instrucción militar, combatir en defensa del Corán con tanto denuedo como esos valientes patanes lo han hecho por la Biblia, que maese Pettigrue levantaba en la mano delante de ellos?

—Me parece, señor —observó el ministro gravemente— que no intentaréis con las palabras que acabáis de pronunciar, establecer comparación entre nuestras Sagradas Escrituras y los preceptos del impostor Mahoma, ni inferir tampoco que exista la menor semejanza entre la furia

demoníaca de los infieles sarracenos y la fortaleza cristiana de los que pelean por la verdadera fe.

—Nada menos que eso —replicó Saxon guiñándome el ojo por encima de la cabeza del ministro—. Únicamente trataba de hacer ver con cuánta perfección puede imitar el espíritu de las tinieblas las obras del Espíritu Santo.

—Demasiado cierto, por desgracia, maese Saxon, demasiado cierto —respondió el clérigo en tono triste—. En medio del conflicto y de la discordia perenne entre el bien y el mal es difícil seguir el verdadero camino… Pero una de las cosas que más me maravillan es cómo entre las asechanzas y tentaciones que acompañan a la vida del soldado, habéis podido, vos, conservaros íntegro y sin mancha, con el corazón adherido a la verdadera fe.

—Seguramente ese privilegio no se debe a mi menguado valer y esfuerzo —respondió Saxon con acento fervoroso.

—En hecho de verdad, hombres como vos son los que se necesitan en el ejército de Monmouth —afirmó maese Josué—. Según mis noticias, hay en el campamento varios soldados procedentes de Holanda, Brandeburgo y Escocia, los cuales poseen gran experiencia de las cosas de la guerra, pero tienen tan poco respeto a nuestra causa, que con sus lamentos y maldiciones aterrorizan a los campesinos y atraen sobre nuestras armas la cólera del cielo. Otros, al contrario, permanecen fieles a la verdadera fe y se han criado entre los justos; pero ¡ay!, carecen de la instrucción militar necesaria. Nuestro celestial Señor puede obrar grandes cosas con instrumentos mezquinos; mas no por eso deja de ser cierto que hombres capaces de brillar como lumbreras en el púlpito, sirven de poco en un combate parecido al de hoy… Aquí me tenéis a mí que puedo componer un discurso a gusto de mis feligreses, los cuales fruncen el ceño al ver que ha caído toda la arena de la clepsidra[9]; y, no obstante, estoy convencido de que esa habilidad vale muy poco, cuando llega el momento de levantar barricadas y esgrimir las armas carnales. De esta suerte, ocurre en el ejército de los fieles una cosa particular, y es que los que son aptos para dirigir en la guerra, no gozan de la estimación del pueblo; mientras los que merecen el amor y reverencia de éste, apenas entienden nada de asuntos militares. Ahora bien, hoy hemos visto que vos sois tan inteligente como activo, experimentado en la pelea, y no obstante, de costumbres sobrias y moderadas, lleno de santos anhelos conforme a la palabra de Dios y dispuesto siempre a la lucha contra Lucifer. Por eso repito que habéis de ser entre nosotros un verdadero Josué o un Sansón destinado a derribar las columnas gemelas de la prelacía y el papado, sepultando en la ruina a este gobierno corrompido.

Decimus Saxon no respondió al anterior panegírico más que con uno de aquellos suspiros profundos que entre los fanáticos más ardientes eran el símbolo de una intensa emoción y lucha interior. Tan austera y devota era la expresión del semblante de Decimus, tan solemne su continente y tan frecuentes las elevaciones de sus ojos al cielo, el cruzar las manos y hacer otros signos característicos de los sectarios más extremosos, que no pude menos de admirar la perfección y recónditos senos de la hipocresía que de manera tan completa servía de disfraz a los rapaces instintos de aquel veterano. Dejándome llevar de un maligno impulso, me complací en pensar que al menos yo sabía bien a qué atenerme respecto del valor de su religiosidad, y así le dije:

—¿No habéis referido al reverendo ministro la historia de vuestra cautividad entre los musulmanes y la noble defensa que hicisteis de la fe cristiana en Estambul?

—No me ha dicho nada de eso —repuso maese Joshua—, y me gustaría de conocer ese episodio de su vida. Me asombra mucho que una persona tan creyente e inflexible como vos, maese Saxon, pudiera escapar del furor de los sanguinarios secuaces de Mahoma.

—No me corresponde a mí hablar de esas cosas —respondió Saxon con gran calma y dominio de sí mismo, mirándome de reojo y, al mismo tiempo, de una manera insidiosa—. Mis compañeros de desgracia son los que podrían describir los horrores que sufrí por la fe. No me cabe la menor duda, maese Pettigrue, de que vos hubierais hecho lo mismo en mi lugar. La ciudad de Taunton parece enteramente tranquila allá abajo, y se divisan pocas luces para la hora que es, pues todavía no han dado las diez. Evidentemente no han llegado aún las fuerzas de Monmouth; porque, de ser así, veríamos algunas hogueras del campamento en el fondo del valle. Verdad es que la temperatura permite dormir al aire libre; pero los soldados necesitan fuego para preparar el rancho.

—El ejército apenas ha tenido tiempo de avanzar tanto —dijo el pastor—. He oído que la falta de armas y de disciplina ha sido causa de un gran retraso. Además, habéis de tener presente que Monmouth desembarcó en Lyme el día once de este mes, y que ahora estamos en la noche del catorce. En ese tiempo ha sido necesario hacer muchas cosas.

—¡Cuatro días enteros y verdaderos! —gruñó el veterano—. Aunque, a decir verdad, no podía esperarse otra cosa, puesto que, según mis informes, carece de soldados expertos. Por la santa cruz de mi espada aseguro que Tilly o Wallenstein no hubieran empleado cuatro días en llegar desde Lyme a

Taunton, aunque hubieran tropezado en el camino con toda la caballería de James Stuart. Las grandes empresas no se llevan a cabo con tantas dilaciones. El golpe debería ser vigoroso y repentino. Pero decidme, venerable señor, todo lo que sabéis sobre el particular, porque nosotros sólo hemos recogido en el camino rumores y conjeturas. ¿No ha habido cierto encuentro en Bridport?

—Ciertamente, allí se ha derramado alguna sangre. Los dos primeros días se pasaron, según creo, en alistar a los leales y buscar armas con que equiparlos. Tenéis razón para lamentaros, porque las horas son preciosas… Al cabo, se logró reunir quinientos hombres y, dispuestos en algún orden, emprendieron la marcha a lo largo de la costa, a las órdenes de lord Grey de Wark y de Wade el ahogado. En Bridport le salieron al encuentro la milicia roja de Dorset y una parte de los amarillos de Portman. A ser cierto lo que se dice, ninguna de ambas partes tiene motivo para ufanarse de la victoria. Grey y su caballería no descansaron hasta haber regresado nuevamente a Lyme; aunque algunos aseguran que su fuga obedeció más bien a ser los caballos duros de boca, que a la cobardía de los jinetes. Wade y sus infantes se portaron con gran valor y derrotaron a las tropas del rey. En el campamento se oyeron graves quejas contra Grey; pero Monmouth, difícilmente podía mostrarse severo con el único noble que tiene bajo su bandera.

—¡Bah! —exclamó Saxon en tono despreciativo—. No sé si fueron numerosos los nobles en el ejército de Cromwell, pero, a pesar de ello, se sostuvo contra el rey que tenía con él más lores que espinas hay en un zarzal. Teniendo al pueblo de nuestra parte, ¿para qué queremos a esos empelucados señores, cuyas blancas manos y finos espadines sirven de tanto en la guerra como los alfileres de muchas señoritas?

—¡Por vida mía! —exclamé yo—, si todos los pisaverdes desprecian su vida como nuestro amigo *sir* Gervas, no quiero otros camaradas en el campamento.

—Cierto que sí —exclamó maese Pettigrue—. ¿Qué importa que vaya vestido como José con una túnica de tantos colores y que emplee un lenguaje tan extraño? Todo eso no le ha impedido pelear con denuedo y bizarría contra los enemigos de Israel. Seguramente nuestra juventud es sana en el fondo y merecerá que el Espíritu derrame sobre ella sus dones, aunque al presente esté enredada en las locuras del mundo y en las vanidades de la carne.

—Así tenemos que esperarlo —repuso Saxon devotamente—. Y, ¿qué más podéis decirnos del levantamiento, respetable señor?

—Poca cosa, fuera de que los campesinos habían acudido en tanto número, que fue preciso despedir a muchos por falta de armas. Todos los

principales vecinos de Somersetshire andan buscando hachas y guadañas. No hay herrero alguno que no tenga que trabajar en la fragua durante el día entero en forjar hierros de picas. Hay en el campo seis mil hombres, pero no tienen mosquete la quinta parte. Según mis noticias, han avanzado sobre Axminster, a donde deben encontrar al duque de Albemarle, que ha salido de Exeter con cuatro mil hombres, de los que saben la instrucción.

—Entonces por fin llegaremos demasiado tarde —observé.

—Tendréis batallas de sobra, antes que Monmouth cambie su sombrero de viaje por la corona y el capote corto por la púrpura real —observó Saxon—. Si nuestro respetable amigo está correctamente informado y se verifica el encuentro del que habla, no será más que el prólogo del drama. Cuando Feversham y Churchill lleguen con las tropas del rey, entonces será cuando Monmouth se jugará la última carta, yendo a parar al trono o al cadalso.

Mientras esta conversación había seguido su curso, nuestras cabalgaduras avanzaron por el tortuoso camino que se extiende a lo largo de la vertiente oriental de Taunton Deane. Algún tiempo antes, habíamos podido percibir en el fondo del valle las luces de la ciudad y la prolongada corriente del río Tone. La luna brillaba en un cielo sin nubes, derramando su tranquila y silenciosa luz sobre los valles más hermosos de Inglaterra. Residencias de lores y casas señoriales, torres coronadas por agudos pináculos, grupos de casas con techos cubiertos de bardas, anchas e inmóviles zonas sembradas de trigo, sombríos grupos de árboles por entre cuyas ramas salía con intermitencias la luz de las viviendas; todos estos objetos nos rodeaban formando el sombrío y mudo paisaje que se extendía ante nosotros sirviendo de marco a nuestros sueños. Tan tranquila y deliciosa era la escena, que detuvimos nuestros caballos en la curva que ofrecía la vereda; y los campesinos, fatigados, hicieron también alto, mientras los heridos se incorporaban en la carreta para recrear la vista con el espectáculo de aquella tierra de promisión. De pronto resonó en el silencio de la noche una voz potente y fervorosa que impetraba el favor y auxilio a la Fuente de todo Bien, pidiéndole que guardara y conservara sus criaturas. Era Joshua Pettigrue que, hincado de rodillas, imploraba a las luces de lo alto y daba gracias por haber librado a su grey de sucumbir en los numerosos peligros que le habían asaltado durante el viaje. Quisiera, hijos míos, tener uno de esas mágicas bolas de cristal de las que os hablan los cuentos de hadas para poder presentaros la escena en toda su viva realidad. Las sombrías figuras de los jinetes, el grave y severo continente de los rústicos, al orar de rodillas o apoyados en sus toscas armas, la expresión medio burlesca, medio cobarde de

los dragones cautivos, la línea de rostros pálidos contraídos por el dolor que asomaba por encima de los tableros del carro, y el coro de gemidos, gritos y jaculatorias que se formó al oírse la voz solemne y augusta del pastor: ahí tenéis los elementos principales del cuadro. Encima de nosotros se tendía el brillante cielo, y debajo el valle cuyas hermosas laderas aparecían iluminadas por la blanca luz de la luna y avanzaban hasta perderse en la lejanía. Si me fuera dado pintar semejante escena con la habilidad que lo hubieran hecho Verrio o Laguerre, no tendría necesidad de describirla con estas pobres y descoloridas palabras.

Maese Pettigrue había concluido su acción de gracias, disponiéndose a dejar la humilde postura que tenía, cuando el timbre musical de una campana salió de la adormecida ciudad. Por espacio de algunos minutos continuó regalando a nuestros oídos su dulce y pura cadencia. Luego siguió otra nota más profunda y bronca a la que se unió después otra tercera, hasta que al fin el aire se llenó de alegres melodías. Al mismo tiempo llegaron a nosotros los rumores de vítores y hurras, creciendo poco a poco y convirtiéndose de pronto en atronador estruendo. Aparecieron innumerables luces en las ventanas; se oyó el redoblar de tambores y la ciudad entera hervía en demostraciones de alborozo. Tales signos de regocijo, a raíz de haber terminado su plegaria el ministro, fueron acogidos como augurio feliz por los supersticiosos labriegos, que lanzaron gritos de alegría y apresuraron su marcha, no tardando en llegar a las afueras de la ciudad.

Las diversas avenidas y calzadas negreaban, cubiertas de gente, hombres, mujeres y niños, muchos de los cuales llevaban antorchas y faroles acudiendo todos al mismo punto. Detrás de ellos, seguimos nosotros hasta la plaza del mercado, donde grupos de muchachos apilaban leña para hacer una hoguera, mientras otros espitaban algunos barriles de cerveza. La causa de esta repentina explosión de júbilo, según se nos dijo, eran las noticias recibidas de que la milicia de Devonshire, mandada por Albemarle, había desertado en parte, y en parte había sido derrotada en Axminster, aquella misma mañana. Cuando se tuvo noticia de nuestra victoriosa escaramuza, la alegría del pueblo subió de punto. Se amontonaron a nuestro alrededor vitoreándonos en el extraño y áspero lenguaje del oeste y se precipitaron a abrazar a los caballos y a nosotros. No tardó en disponerse lo necesario para alojar a los campesinos victoriosos. Un amplio y desocupado almacén de lanas, cuyo piso estaba cubierto de una espesa capa de paja, fue el lugar que se nos ofreció junto con un tonel de cerveza y abundantes provisiones de fiambres y pan de trigo. Por nuestra parte, emprendimos la marcha por la calle East entre una multitud que

nos aclamaba y aplaudía palmoteando, en dirección a la posada White Hart, donde, después de tomar algo apresuradamente, nos fuimos a buscar nuestras camas. Bastante avanzada ya la noche, nuestro sueño fue interrumpido por los repetidos clamores de la multitud, que después de quemar las efigies de lord Sunderland y de Gregory Alford, alcalde de Lyme, continuó entonando canciones del país e himnos puritanos hasta las primeras horas de la mañana.

XVII

DE LA PARADA Y REUNIÓN CELEBRADAS EN LA PLAZA

La hermosa ciudad en la que estábamos, constituía el verdadero centro de la insurrección, a pesar de aún no haber llegado a ella Monmouth. Era una población próspera, con gran tráfico de lanas y paños bastos, que daba trabajo a unos siete mil habitantes. Ocupaba, por tanto, un lugar preeminente entre las villas inglesas que tenían derecho de representación en el Parlamento, y sólo era inferior en importancia a Bristol, Norwich, Bath, Exeter, York, Worcester y Nottingham. Taunton gozaba de gran fama, hacía mucho tiempo, no sólo por su riqueza y por el genio industrioso de sus habitantes, sino también por la hermosura y el excelente cultivo del terreno que la rodea, siendo la cuna de una raza valiente de ricos hacendados. Desde tiempo inmemorial, Taunton había sido el punto de reunión de los partidarios de la libertad, y por espacio de muchos años se había inclinado a favor de la república en política y del puritanismo en religión. Ningún otro lugar del reino había peleado más valerosamente a favor del Parlamento; y aunque había sido sitiada dos veces por Goring, sus habitantes, capitaneados por el invicto Robert Blake, habían luchado con tal desesperación, que los realistas se vieron siempre obligados a retirarse desconcertados. En otra ocasión, los defensores de la ciudad mencionada tuvieron que alimentarse con carne de perro y caballo, pero su heroico jefe, que era el mismo Blake, a cuyas órdenes había peleado el viejo marino Solomon Sprent contra los holandeses, no quiso oír hablar de rendición. El Consejo Privado del rey, después de haber sido restaurado Charles en el trono, había dado muestras de tener presente el importante papel desempeñado por la capital de Somersetshire, dictando una orden especial para que fueran derribadas las murallas que cercaban la fortaleza principal. Así, pues, en la época a la que me refiero, sólo una línea de ruinas y algunos

baluartes que apenas tenían aspecto de tales, representaban el círculo macizo de espesos muros que tan valerosamente habían sido defendidos por la última generación de tauntoneses. Sin embargo, no faltaban todavía rastros de aquellos tiempos de disturbios. Las casas de las afueras presentaban aún las brechas y derribos producidos por las bombas y granadas de los sitiadores. En realidad, la villa entera ofrecía cierto aspecto marcial que la distinguía como a una veterana entre las de su clase, con señales de haber militado en otros tiempos y de estar dispuesta nuevamente a presenciar los fogonazos de los cañones y oír el estruendo de los disparos.

El Consejo de Charles pudo destruir los baluartes que sus soldados no supieron tomar; pero ningún edicto real era capaz de extinguir el espíritu resuelto y atrevidas opiniones de los habitantes de Taunton. Muchos de ellos, nacidos y criados entre los trastornos de la guerra civil, se habían acostumbrado desde niños a las historias de la antigua guerra y conservaban recuerdos del gran asalto, en que los valentones de Lunsford fueron rechazados de la brecha principal por el denuedo y arrojo de sus padres. De esta suerte, se fomentó en Taunton un espíritu más belicoso y agresivo del que suele encontrarse en las ciudades inglesas de la campiña; y este sentimiento fue dessarrollado por infatigables ministros de una fracción escogida de clérigos no conformistas, entre los que sobresalía Joseph Alleine. No podía haberse elegido un foco más adecuado para el levantamiento, porque ninguna ciudad estimaba tanto las libertades y el credo que estaban en litigio.

Una gran parte de los ciudadanos había abandonado sus residencias para incorporarse al ejército rebelde; pero no pocos se quedaron defendiendo la ciudad; y estos últimos fueron reforzados por bandas de campesinos como la que nos acompañaba, reunidas allí de la región cercana, y que ahora repartían el tiempo entre escuchar a sus predicadores favoritos y aprender a ponerse en línea de batalla y a manejar sus armas. En las calles, en la plaza y en el gran cercado de la ciudad los advenedizos practicaban marchas y ejercicios por la noche, por la mañana y al mediodía. Cuando, después del desayuno, salimos a dar un paseo a caballo, toda la ciudad resonaba con las voces de mando y el estrépito de las armas. Nuestros propios amigos del día anterior se encaminaban a la plaza del mercado en el momento en que entrábamos, y no bien nos divisaron, cuando levantando en alto sus sombreros, nos vitorearon con gran entusiasmo y no cejaron en el empeño de que nos uniéramos a ellos y nos colocáramos a la cabeza.

—Han dicho que no quieren otro jefe que a vos —dijo el ministro colocándose al estribo de Saxon.

—No podía desear tener a mis órdenes gente más valerosa —repuso el último—. ¡Ea! ¡A desplegar en doble línea frente al ayuntamiento de la ciudad!… ¡Así, así, con bizarría, fila de retaguardia! —gritó colocando junto a ellos su caballo—. Ahora vais a girar en redondo sin perder la formación. El flanco izquierdo que conserve su puesto mientras los otros ejecutan la evolución… ¡Aire marcial! ¡Así has de marchar, erguido y firme como un Andrea Ferrara!… Oye, amigo, llevas la pica como si fuera un azadón… ¡Inclínala más hacia adelante!… Aunque, de todos modos, confío en que has de trabajar bien con ella en la viña del Señor… ¡Ese de la tercerola!… ¡No se lleva el arma como un bastón!… ¿Dónde se ha visto jamás tener que poner orden en una multitud tan abigarrada? El mismo Flamenco, mi buen amigo, no me sirve aquí para nada; ni Petrinus, en su obra *De re militari*, trae observaciones de ningún género sobre la manera de enseñar la instrucción a un hombre armado con una guadaña o con una hoz.

—¡Guadañas al hombro! ¡Tercien guadañas! ¡Preparen guadañas!… ¡Aaaa… guadañar! —dijo Reuben en voz baja a *sir Gervas*, y ambos se echaron a reír, sin hacer caso de las furiosas miradas de Saxon.

—Dividámoslos —dijo el último— en tres compañías de ochenta hombres. O si no aguardad… ¿cuántos mosqueteros tenemos en total? Cincuenta y cinco… Que avancen y formen la primera línea o compañía… *Sir* Gervas Jerome, vos habéis servido de oficial en la milicia de vuestro condado, e indudablemente tendréis algún conocimiento de la instrucción del recluta. Como jefe de esta fuerza, os nombro capitán de la compañía de mosqueteros. Formará la primera línea de batalla; es un puesto que a mi parecer no ha de desagradaros.

—¡Voto a tal! —exclamó *sir* Gervas con decisión—; ahora sí que les obligaré a que se peinen y perfumen la cabeza.

—Os encargaréis de ordenarlos y dirigirlos en todo —repuso Saxon—. ¡Vamos a ver! La primera compañía. ¡Seis pasos al frente!… Así… Avancen todos los piqueros… Ochenta y siete, una buena compañía… Lockarby, encargaos de estos hombres, y no olvidéis que las guerras alemanas han demostrado ser tan impotente la mejor fuerza de caballería contra un cuadro de piqueros como las olas del mar contra una roca. Os nombro capitán de la segunda compañía y habéis de cabalgar al frente de ella.

—Aseguro, por quien soy, que si no muestran más habilidad para la pelea que su capitán para montar —murmuró Reuben—, esto va a ser un mal

negocio. Pero espero en que han de mantenerse más firmes en el campo que yo en la silla.

—Os confío a vos, capitán Micah Clarke, la tercera compañía de guadañiles —continuó Saxon—. El buen maese Pettigrue nos servirá de capellán. ¿Acaso no ha de ser para nosotros su voz y su presencia como un maná en el desierto o como una fuente de agua en regiones yermas y áridas? Ya veo que habéis elegido vuestros cabos y sargentos; los capitanes que han de dirigiros podrán aumentar el número de los mismos con los que se distingan en la pelea por su bravura. Ahora tengo que deciros una cosa, y os la participo para que os enteréis bien, y nadie pueda quejarse en lo sucesivo de que no se le han expuesto con claridad las reglas a que ha de atenerse. Pues bien, os hago saber que cuando suene el toque de retirarse a descansar y se pongan a un lado los yelmos y las picas, yo soy como vosotros y vosotros como yo, compañeros de trabajo en el mismo campo y creyentes que abrevamos nuestras almas en las mismas fuentes de vida… Así, pues, rezaré con vosotros, predicaré con vosotros, oiré con vosotros las pláticas de nuestro capellán u os expondré alguna doctrina espiritual o haré cualquier otra cosa que siente bien a un peregrino encargado de acompañar a sus hermanos en el fatigoso camino que conduce a la eternidad. Pero reparad bien, amigos míos: cuando estemos en armas y empleados en la gran obra que es preciso llevar a cabo, de marcha, en el campo de batalla, o en parada, entonces es preciso que vuestro comportamiento sea estricto, marcial y escrupuloso, mostrándoos atentos a oír y prontos a obedecer, porque no quiero gandules ni poltrones; y si entre vosotros hubiere alguno de esa condición, le haré sentir todo el peso de mi rigor, hasta quitarle de en medio, si no se corrige. Repito que para tales soldados no habrá misericordia.

Al llegar aquí, se detuvo un momento y paseó la mirada por sus tropas, con rostro severo y los ojos sepultados bajo los párpados medio caídos.

—Sí, pues —continuó—, hay alguno entre vosotros que tema el yugo de la disciplina, salga de aquí al punto y le confiaremos a otro jefe menos escrupuloso; porque os aseguro que mientras yo tenga el mando de estas tropas, el regimiento de infantería de Wiltshire, mandado por Saxon, ha de dar pruebas de que verdaderamente es digno de la grande y gloriosa causa, que defenderemos hasta el último trance.

El coronel puso término a su arenga y permaneció silencioso en la jaca que montaba. Las prolongadas filas de aldeanos se quedaron contemplando, unos con mirada estólida, otros con expresión de asombro y algunos con

temor, el severo y enjuto rostro y los terribles ojos del jefe. Nadie se movió, sin embargo, y entonces volvió a decir el coronel:

—El digno alcalde de esta ilustre villa de Taunton, maese Timewell, que ha sido fuerte como una roca en la defensa de la verdadera fe durante estos tiempos de prueba, se dispone a pasarnos revista, cuando hayan llegado todos los refuerzos. ¡Capitanes, a vuestras compañías! ¡Mosqueteros, a formar! ¡Más juntos, de modo que queden tres pasos entre las filas! Guadañiles, colocaos a la izquierda, y que los cabos y sargentos ocupen sus puestos en los flancos y a retaguardia. ¡Así! No está mal para la primera vez; aunque un buen instructor, provisto de una vara al estilo imperial, podría hallar ocupación en vosotros.

Mientras de este modo nos organizábamos rápida y eficazmente, en un regimiento, otros cuerpos de campesinos, más o menos disciplinados, habían marchado a la plaza y tomado allí su puesto. Los que estaban a nuestra derecha, procedían de Frome y Radstock, puntos situados al norte de Somersetshire, y eran una muchedumbre confusa armada de mazos, martillos y otros instrumentos análogos, sin otro signo de orden ni cohesión que una ramita verde en el sombrero. El grupo colocado a nuestra izquierda, enarbolaba una bandera en señal de que pertenecían a Dorset y era poco numeroso, pero estaba mejor equipado y presentaba una línea de frente como la nuestra, enteramente armada de mosquetes.



Entretanto, los buenos habitantes de Taunton con sus mujeres e hijas habían salido a los balcones y ventanas, que dominaban la plaza, a fin de gozar del espectáculo. Desde cualquier lugar, miraban a la plaza grupos de ciudadanos de semblante grave y barbudo, envueltos en amplios vestidos y acompañados de sus majestuosas señoras que lucían prendas de terciopelo y

abrigos de tafetán, mientras aquí y allá aparecía el semblante tímido de alguna doncella puritana justificando la antigua nombradía que gozaba Taunton de ciudad donde abundaban las mujeres hermosas y los hombres valientes. En las aceras se apiñaba una muchedumbre de gente ordinaria: ancianos operarios de blanca barba, matronas de rostros severos, muchachas de la campiña con sus chales y mantillas sobre la cabeza y enjambres de chiquillos que vitoreaban con sus voces chillonas al rey Monmouth y a la sucesión protestante.

—A fe mía —dijo *sir* Gervas refrenando su caballo frente al mío—, nuestros rutinarios amigos, que al parecer están reñidos con los preceptos de la moda, no deberían tener tanta prisa por ir al cielo, viviendo rodeados de tantos ángeles en la tierra. ¡Vive Dios, y que son hermosas! Ni un lunar postizo, ni un diamante, y, sin embargo, ¿qué no darían nuestras ajadas bellezas del Mall o de la Piazza por la inocencia y frescura de estas señoritas?

—¡Por los clavos de Cristo, *sir* Gervas, no les sonriáis ni saludéis así, de esa manera! —dije yo—. Tales cortesías pueden pasar en Londres, pero se interpretarían mal entre estas sencillas muchachas de Somersetshire y sus cabezudos y violentos paisanos.

—No bien había pronunciado las anteriores palabras, cuando se abrieron de par en par las puertas del ayuntamiento y comenzó a salir a la plaza del mercado una procesión cívica formada por las personas de mayor representación de la ciudad. Los precedían dos trompeteros con casacones de diversos colores, y al paso que avanzaban hacían sonar en sus instrumentos un breve toque. Detrás seguían los regidores y concejales, ancianos venerables, cubiertos con largas togas de seda negra guarnecidas de rica piel y con esclavinas de armiño. A continuación, iba el secretario del ayuntamiento y notario de la ciudad, hombre rechoncho y de semblante rubicundo, llevando en la mano el bastón propio de su cargo; y cerraba el cortejo de dignatarios la alta y majestuosa figura de Stephen Timewell, alcalde corregidor de Taunton.

El aspecto de este magistrado atraía por muchos títulos la atención, porque en él aparecían encarnados y exagerados los caracteres del partido puritano al que pertenecía. Era, como hemos dicho, muy alto y delgado; y su enjuto y demacrado semblante, en el que se reflejaba una austera modestia, hablaba de ayunos y vigilias. La curvatura de sus espaldas y la cabeza caída sobre el pecho anunciaban los estragos de la edad, pero sus brillantes ojos de color gris de acero y la animación de su expresivo rostro mostraban hasta qué punto el entusiasmo religioso puede sobreponerse a la flaqueza corporal. Una revuelta barba entrecana que terminaba en punta descendía hasta la mitad del

pecho, y sus largos cabellos de nívea blancura se derramaban saliendo por debajo del casquete de terciopelo. Esta prenda se ajustaba tan estrechamente a su cabeza, que hacía sobresalir excesivamente sus orejas a ambos lados; circunstancia que le había merecido entre sus partidarios el título de orejudo, con que frecuentemente le designaron sus adversarios. El traje que usaba era de estudiada sencillez y color oscuro y se componía de manto negro, calzones de terciopelo y medias de seda completándose con zapato bajo, adornado con lazo de terciopelo en lugar de las hebillas de plata, entonces en boga. Una gruesa cadena de oro, colgada del cuello, constituía la insignia de su cargo. Frente a él se pavoneaba la personalidad rechoncha del notario de la ciudad, vestido de rojo, con una mano apoyada en la cadera y la otra empuñando la vara de su oficio. Este funcionario marchaba con gran fausto y solemnidad saludando a derecha e izquierda, como si todos los aplausos del público fueran exclusivamente para él. Nuestro hombrecillo llevaba al cinto un enorme espadón que arrastraba sonando sobre los guijarros, al avanzar su dueño, y de cuando en cuando se le enredaba, obligándolo a levantar gravemente una pierna para conseguir que el arma volviera a su primitiva posición, después de lo cual proseguía su marcha sin menoscabo alguno de su dignidad. Al fin, viendo que tales interrupciones sobrevenían con demasiada frecuencia, apoyó la mano izquierda sobre la empuñadura del espadón, de modo que al descender aquélla se elevara la punta en alto, y de esta suerte continuó su marcha majestuosa, como gallo de Java, con una sola pluma en la cola.

El alcalde, después de pasar por delante y detrás de los diversos cuerpos de tropa y de haberlos inspeccionado con una minuciosidad y atención propias del militar que conserva íntegras sus facultades, se volvió a nosotros con intención manifiesta de pronunciarnos un discurso. El actuario se colocó al punto frente a la primera autoridad de Taunton y levantando en alto los brazos comenzó a gritar: «¡Silencio, honrado pueblo! ¡Silencio, que va a hablar el respetabilísimo alcalde corregidor de nuestra ciudad! ¡Silencio en consideración al digno *sir* Stephen Timewell!». Pero en medio de tales voces y ademanes se enredó una vez más en el enorme espadón, y cayó cuan largo era en la cuneta agitando manos y piernas.

—¡Vos sois quien ha de guardar silencio, maese Tetheridge! —dijo con acento severo el principal magistrado—. Si os recortaran un poco la espada y la lengua saldríamos ganando mucho, tanto vos como nosotros. ¿No he de poder decir cuatro palabras oportunas a estos buenos ciudadanos, sin que vos me interrumpáis con vuestros discordantes gritos?

La multitud se apiñó inquieta y ávida detrás del grupo formado por los consejeros, mientras el alcalde subía lentamente las escaleras de la cruz que se levantaba en el centro de la plaza. Desde este punto nos dirigió la palabra comenzando con una voz alta y chillona que tomó cuerpo al adelantar el orador en su discurso, hasta que se hizo oír en los ángulos más apartados del cuadrilátero.

—Amigos en la fe —dijo—, doy gracias al Señor por haberme conservado en mi vejez para contemplar esta magnífica asamblea. Porque nosotros, los ciudadanos de Taunton, siempre hemos mantenido vivo el fuego del Covenant, verdadero pacto sagrado, que, si bien a veces ha sido oscurecido por hombres esclavos del mundo a ejemplo de los habitantes de Laodicea, no por eso ha dejado de arder en los corazones de nuestro pueblo. Sin embargo, nos sentíamos rodeados de una calamidad, peor que las tinieblas de Egipto, a cuyo amparo podrían desencadenarse y causar estragos sin límites el papismo y las perniciosas doctrinas de los prelatistas, arminianos, erastianos y simoníacos. Pero ¿qué es lo que ahora miran mis ojos? ¿Veo a los fieles ocultándose medrosos en sus escondrijos y aguzando su oído para percibir el galopar de la caballería de sus opresores? ¿Veo a una generación esclava del siglo, que tiene la mentira en los labios y sepulta la verdad en su corazón? ¡No! Veo delante de mí a hombres dignos y excelentes que no sólo son de esta ciudad, sino de toda la comarca que la rodea, y de Dorset, y de Wiltshire, y aun, según tengo entendido, de Hampshire, todos dispuestos con los más vehementes deseos de hacer cosas grandes por la causa del Señor. Y cuando veo a estos hombres fieles, y cuando pienso que cada sueldo de las cajas de mis conciudadanos está pronto a socorrerles, y cuando me consta que los que quedan en todo el país sufriendo persecución se deshacen en oraciones por nosotros, entonces oigo dentro de mí una voz que me dice que hemos de derribar los ídolos de Dagón y edificar en nuestra querida Inglaterra un templo de la verdadera fe, tan firme y grandioso, que ni el papismo, ni el prelatismo, ni la idolatría, ni ningún otro artificio del espíritu del mal prevalecerá jamás contra él.

Un profundo y arrollador murmullo de aprobación estalló en el auditorio comenzando en las apretadas filas de la infantería insurrecta y yendo acompañado de un sordo estruendo producido por los mangos de las guadañas, las culatas de las carabinas y las astas de las picas al golpear el pavimento de piedra. Saxon volvió un poco su semblante airado, levantando al mismo tiempo una mano impaciente y el bronco murmullo se extinguió entre los nuestros, si bien los compañeros que teníamos a izquierda y derecha,

menos disciplinados, continuaron agitando las verdes ramas que traían y haciendo sonar sus armas. Los tauntoneses permanecieron sombríos y silenciosos, pero la expresión de sus rostros demostraba que la oratoria del alcalde había conmovido hondamente el fanático espíritu que los distinguía.

—En mis manos está la proclama que nuestro augusto jefe ha enviado como heraldo de su venida a Inglaterra —continuó el venerable Timewell sacando un rollo de papel—. En el primer manifiesto que su magnanimidad se dignó dar a conocer en Lyme, declaró que dejaría la elección del monarca a los Comunes del reino; pero habiendo visto que sus enemigos abusaban escandalosa e indignamente de este acto de abnegación por su parte, llevando su impudencia al extremo de asegurar que nuestro jefe fiaba poco en la justicia de su causa, que no se atrevía a usar en público el título que se le debe, ha resuelto poner término a tal estado de cosas. Sabed, por tanto, que en virtud del nuevo documento queda proclamado James, duque de Monmouth, por legítimo rey de Inglaterra de aquí en adelante; y que James Stuart, el papista y fratricida, es un infame usurpador, cuya cabeza, viva o muerta, se pone a precio, pagándose cinco mil guineas al que la presente; y tened, además, entendido que la asamblea establecida en Westminster, y que se denomina a sí misma con el título de Comunes de Inglaterra, es una asamblea ilegal, y sus actos carecen de todo valor ante la ley. ¡Dios bendiga al rey Monmouth y a la religión protestante!

Los trompeteros dejaron oír un breve toque, y el pueblo prorrumpió en vítores y aclamaciones; pero el alcalde levantó sus delgadas y blancas manos en demanda de silencio.

—Esta mañana me ha llegado un mensajero del rey —continuó—. Su majestad envía un saludo a todos sus fieles súbditos protestantes, y manifiesta, que después de hacer alto en Axminster para descansar a raíz de la victoria obtenida, proseguirá su avance sin pérdida de tiempo y estará con vosotros dentro de dos días lo más tarde. Sin duda ha de causaros gran pena la noticia de que el buen corregidor Rider pereció en lo más recio de la pelea. Ha muerto como buen cristiano, dejando todas sus riquezas temporales, junto con sus fábricas de paño y fincas de familia para la continuación de la guerra. Entre los demás muertos sólo se cuentan diez de esta ciudad. Han caído también dos valientes hermanos, Oliver y Ephraim Hollis, cuya pobre madre…

—No os apenéis por mí, buen señor Timewell —clamó una voz de mujer que salía de la multitud—. Me quedan aún otros tres hijos tan animosos como ellos, y que pelearán por la misma causa.

—Sois una heroica mujer, señora Hollis —repuso el alcalde—, y no perderéis a vuestros hijos. El otro nombre que sigue en mi lista de muertos es Jesse Trefail, después del que vienen Joseph Millar y Aminadab Holt…

Un viejo mosquetero que estaba en la primera línea de la infantería de Taunton se caló el sombrero hasta las cejas y gritó con voz alta y firme:

—El Señor lo dio, y el Señor lo quitó. Sea su nombre bendito.

—Era el único hijo que teníais, maese Holt —continuó el alcalde—, pero también el Señor sacrificó a su único hijo, para que vos y yo pudiéramos beber las aguas de la vida eterna. Los demás son Path de Light Regan, James Fletcher, Salvation Smith y Rober Johnstone.

El viejo puritano enrolló gravemente sus papeles, y después de permanecer algunos momentos con las manos cruzadas sobre el pecho en silenciosa oración, descendió de la escalinata de la cruz y emprendió el regreso, seguido de los regidores y consejeros. La multitud comenzó a dispersarse tranquila y moderadamente con semblantes serios y ojos recogidos. Sin embargo, un gran número de aldeanos, más curiosos o menos devotos que los habitantes de la ciudad, se amontonaron alrededor de nuestro regimiento para contemplar a los vencedores de los dragones.

—*Miá a ese* hombre con cara de gerifalte —dijo uno señalando con el dedo a Saxon—; éste es el que mató ayer tarde al oficial filisteo y ganó la batalla a favor de los fieles.

—Mira aquel otro de más allá —añadió una vieja alcahueta—, aquél tan señorito, vestido como un príncipe. Es uno de los señores de calidad, que ha venido de Londres para sacar la cara por el credo protestante… Un caballero muy piadoso. ¡Vaya si lo es! Y si *hubiá* quedado en aquella mala ciudad… le *hubián* cortado la cabeza, como hicieron con el bendito lord Roossell, y luego le *hubián* cargado de cadenas *pa toa su vida* como al buen maese Baxter.

—¡Anda, rediez, compadre! —añadió un tercero—. Ese de la bandolera y del caballo pardo es el soldado que más me gusta. Tiene los carrillos lisos y colorados, como las muchachas de los cerros de Brendon, y es tan fuerte, como un Goliat. Apuesto cualquier cosa a que puede agarrar al bruto de Jones y tirarle por encima de la silla tan fácilmente como Towser tira su morrillo… Pero aquí está el buen maese Tetheridge, el notario, y que viene bien aprisa, porque es hombre que no pierde el tiempo y se desvive por la buena causa.

—¡Sitio, buena gente, sitio! —exclamó el empleadillo del municipio hinchando la voz con tono autoritario—. No impidáis a los altos oficiales de la Corporación municipal el ejercicio de sus elevadas funciones. Y tampoco debéis poneros a los flancos de la tropa, porque los estorbaríais si tuvieran

que desplegar y extender la línea como suelen ordenar ahora muchos grandes generales. Decidme, ¿quién manda esta cohorte, o, mejor dicho, legión, puesto que, según veo, lleva aneja fuerza de caballería?

—Este es un regimiento, señor —dijo Saxon con acento áspero—. El regimiento de infantería de Wiltshire del coronel Saxon, que me cabe la honra de mandar.

—Pido mil perdones a vuestra coronelería —repuso nerviosamente el actuario esquivando el moreno rostro del soldado—. Ya he oído hablar de vos, coronel, y de vuestras hazañas en las guerras alemanas. También yo he manejado una pica en mi juventud y he roto dos o tres cabezas, sí, señor… y algún corazón de mujer cuando usaba coleto de ante y bandolera.

—Dad al punto el recado que traéis —dijo nuestro coronel con sequedad.

—Es un encargo del muy venerable señor alcalde, para vos y para vuestros capitanes, que indudablemente son estos fornidos caballeros que veo a ambos lados. A fe mía que son bravos mozos; pero vos y yo sabemos bien que algún conocimiento de la esgrima basta para poner al menor de nosotros al nivel del hombre más forzudo. Aseguro que vos y yo, con ser soldados viejos, podríamos habérnoslas, espalda con espalda, contra estos tres valientes.

—Despachad, amigo —repuso Saxon malhumorado, y estirando su largo brazo asió al gárrulo empleado por las solapas del gabán y lo sacudió varias veces hasta que su larga espada volvió a chocar de nuevo contra los guijarros del piso.

—¡Cómo! ¿Qué hacéis, coronel? —exclamó maese Tetheridge cuyo uniforme pareció adquirir un tinte más oscuro a causa de la repentina palidez de su rostro—. ¿Os atrevéis a poner la mano en el representante del alcalde? Llevo una espada al cinto, como veis, y además soy algo arrebatado y colérico; y, por tanto, os prevengo que os abstengáis de cuanto pueda dar origen a un lance personal. Por lo que se refiere a mi mensaje, debo decir que el muy honorable señor alcalde desea hablar algunas palabras con vos y vuestros capitanes en el ayuntamiento.

—Allí iremos ahora mismo —dijo Saxon, y volviéndose al regimiento, se puso a explicar algunas evoluciones lo mismo a los oficiales que a los soldados, porque, aunque *sir* Gervas tenía algún conocimiento del manual del recluta, Lockarby y yo lo desconocíamos por completo. Cuando se dio la orden de romper filas, nuestros compañeros se volvieron al cuartel improvisado en el almacén de lanas; y nosotros entregamos nuestros caballos

a los mozos de la posada White Hart y marchamos a ofrecer nuestros respetos al señor alcalde.

XVIII

SIR STEPHEN TIMEWELL, ALCALDE CORREGIDOR DE TAUNTON

Dentro del ayuntamiento todo era ruido y confusión. A un lado se veía una mesa baja cubierta de bayeta verde, junto a la cual se sentaban dos escribientes con enormes rollos de papel frente a ellos. Una larga fila de vecinos iba pasando poco a poco por delante de ellos y poniendo cada uno sobre la mesa un paquete o saco de dinero, que anotaban debidamente los que lo recibían. No lejos de éstos, había un arca con guarniciones de hierro, y en ella se depositaban las cantidades entregadas, pudiendo nosotros advertir al pasar que estaba medio llena de monedas de oro. Forzosamente notamos que muchos de los donantes usaban mantas raídas y sus flacos rostros indicaban que la riqueza por ellos entregada tan espontáneamente, había sido reunida para tal fin a costa de privaciones y trabajos. La mayoría de ellos acompañaban su donativo con alguna breve plegaria o algún texto oportuno referente al tesoro que el orín no roe o al préstamo que se hace al Dueño de todas las cosas. El actuario de la ciudad estaba junto a la mesa dando los comprobantes de cada suma; y su charla inagotable llenaba el salón, mientras leía en voz alta los nombres y cantidades respectivas, intercalando entre ellos observaciones de su cosecha.

—Abraham Willis —vociferó al entrar nosotros—; entrega veintiséis libras y diez chelines. Vos recibiréis el diez por ciento aquí en la tierra, señor Willis y os aseguro que no seréis olvidado después. John Standis, dos libras. William Simons, dos guineas. Atento, Healing, cuarenta y cinco libras. ¡Gran golpe es el que descargáis aquí contra las costillas del prelatismo, amigo Healing!… Solomon Warren, cinco guineas. James White, cinco chelines… el óbolo de la viuda, buen James. Thomas Bakewell, diez libras. Como quien dice, señor Bakewell, el producto de las tres fincas situadas en las riberas del Tone y de las mejores praderas del pago de Athelney… Más que esto podéis

ahorrar y sacrificar por la buena causa. Sin duda os volveremos a ver por aquí. El regidor Smithson, noventa libras. ¡Hola!, aquí tenemos un buen bofetón dado a la púrpura de Roma. Algunos más como éste, y su trono quedará convertido en una silla de chapuzar. Hemos de derribarla, respetable señor Smithson, como Jehú, hijo de Nimshi, derribó el templo de Baal.

Y así prosiguió su cháchara entre elogios, mandatos y reprimendas; aunque, a decir verdad, los graves y solemnes vecinos hacían poco caso de su gárrulo clamoreo.

Al otro lado de la sala había varios pozales de madera, que servían para recoger en ellos picas y hoces. Se habían enviado por toda la región mensajeros especiales y recaudadores para hacer una requisa de armas, y al regreso iban poniendo las que habían obtenido en esos lugares al cuidado del armero general. Además de las armas comunes de los campesinos, se veía un barril medio lleno de pistolas y pedreñales, junto con un regular número de mosquetes escopetas de chispa, tercerolas, armas de caza y carabinas con una docena de trabucos naranjeros y algunas otras de mayor calibre, tales como falconetes y culebrinas, tomadas de las casas señoriales del condado. Muchas otras armas se encontraron en los muros y camaranchones de estos antiguos edificios; y nuestros padres las estimaron indudablemente como objetos de gran valor; aunque a vosotros ha de pareceros bien extraño en el día de hoy que un mosquete pueda disparar una vez cada dos minutos y poner una bala a la distancia de cuatrocientos pasos. También se veían allí alabardas, hachas de guerra, manguales, chuzos, mazas y antiguas cotas de malla, que aun hoy podrían defender a cualquiera de un tajo o de una lanzada.

Entre el ir y venir de la gente se veía de pie al señor alcalde, Timewell, disponiéndolo todo, como autoridad competente y previsora. Tuvo ocasión de advertir la confianza y amor que por él sentían sus convecinos, al mirarlo trabajar con la prudencia de un anciano y la vivacidad de un joven. Al acercarnos a él estaba muy ocupado en comprobar la llave de un falconete; mas, al vernos, nos salió al encuentro y nos saludó con mucha afabilidad.

—Me han contado muchas cosas de vos —dijo el alcalde—; y entre ellas que supisteis disponer a los fieles en plan de batalla y rechazar a la caballería del usurpador. Espero que no sea ésa la última vez que los veáis volver grupas. También he oído, coronel Saxon, que habéis servido durante largos años en el extranjero.

—La divina Providencia se ha dignado servirse de este humilde instrumento suyo para llevar a cabo muchas buenas obras —dijo Saxon inclinándose—. He peleado al lado de los suecos contra los de Brandeburgo,

y luego a favor de estos contra los suecos, después de cumplir el tiempo y las condiciones estipuladas con los últimos. Posteriormente he militado al servicio de Baviera, luchando contra los suecos y los brandeburgueses unidos. Fuera de eso, he hecho las grandes campañas del Danubio contra el turco y dos más contra los grandes señores del palatinado, si bien las acciones de este período, antes podían llamarse pasatiempos que verdadera pelea.

—¡Magnífica práctica, a fe mía, del arte de la guerra! —repuso el alcalde acariciándose la blanca barba—. También me dicen que sobresalís en el canto y en la oración. Sois, pues, a lo que veo, uno de aquellos antiguos coroneles del cuarenta y cuatro; hombres que pasaban el día entero en la silla, y orando arrodillados la mitad de la noche. ¿Cuándo llegaremos nosotros a imitarlos? Sólo quedan cuatro caducos como yo, que han perdido enteramente el brío y entusiasmo de la juventud, sin restarles otra cosa que las cenizas de la letargia y la tibieza.

—Ni muchísimo menos —dijo Saxon—; vuestra situación y presentes ocupaciones no se corresponden del todo con la modestia de esas palabras. Pero aquí tenemos jóvenes que suministrarán el vigor de su brazo, con tal de que las personas de edad concurran con el consejo y la inteligencia. Tengo el honor de presentaros al capitán Micah Clarke, al capitán Lockarby y al honorable capitán *sir* Gervas Jerome, todos los cuales han venido dispuestos a desnudar la espada en defensa de la fe, que hoy vemos escarnecida.

—Taunton, jóvenes señores, os da la bienvenida —dijo el alcalde mirando de reojo al *baronet*, que había sacado su espejo de bolsillo y se ocupaba en cepillarse las cejas—. Espero que durante vuestra permanencia en esta ciudad os alojéis en mi casa. Allí encontraréis un sencillo y modesto pasar; pero las necesidades del soldado son escasas. Y ahora, coronel, me agradaría oír vuestra opinión sobre estos tres falconetes. Decidme si creéis que, reforzados con algunas abrazaderas, quedarían en condiciones de prestar servicio; y también si estos medios cañones, usados en las antiguas guerras parlamentarias nos servirían, y aun tal vez podáis añadir algo bueno sobre las condiciones de la gente.

El viejo soldado y el puritano entraron al punto en una profunda y docta disquisición sobre el valor de las armas empleadas en la defensa de las fortificaciones y en los sitios, tales como morteros, medias culebrinas, falconetes, miñones y repetidores, respecto de los cuales Saxon tuvo mucho que decir, apoyándolo en la observación y experiencia personal. Luego se detuvo a hablar del valor de las armas arrojadizas llamadas faláricas, tales como flechas y picas que llevan fuego en la punta para el ataque o defensa de

las plazas fuertes, entrando finalmente a disertar sobre baluartes y defensas, *directis lateribus* y sobre parapetos semilunares, rectilíneos, horizontales y orbiculares, multiplicando las referencias a las obras de su imperial majestad en Gran, de tal modo que su discurso no daba muestras de terminar. Al fin nosotros nos retiramos, dejando al coronel discutiendo todavía los efectos causados por las granadas austriacas en una brigada bávara de piqueros en la batalla de Ober-Graustock.

—¡Maldita sea, si acepto la oferta de ese vejastrón! —dijo *sir* Gervas a media voz—. Ya he oído hablar de esas familias puritanas. Mucha devoción y poco alimento, con una lluvia de textos de la Biblia más duros y cortantes que guijarros puntiagudos. A la cama al ponerse el sol, y una sermonata cada vez que miréis con buenos ojos a la criada o tarareéis el estribillo de alguna canción alegre.

—Pues la casa de ese buen señor —observé— podrá ser mayor que la de mi padre, pero difícilmente la aventajará en rigidez.

—De eso yo salgo fiador —dijo Reuben—. Siempre que danzábamos el bolero o la danza morisca, o nos divertíamos los sábados por la tarde jugando con las muchachas al corro o a prendas, el *ironside* señor Joe se acercaba a nosotros y nos echaba unos ojos que nos quitaban las ganas de reír. Apostaría que hubiera ayudado al coronel Pride a andar a tiros con los osos y a derribar los mayos.

—Para un hombre de tal índole constituía un verdadero fratricidio matar a sus congéneres plantígrados —observó Gervas—, sea dicho con todo el respeto debido a vuestro antecesor, amigo Clarke.

—Lo mismo que para vos el tirar a un picamaderos —repuse riendo—; pero por lo que toca, al ofrecimiento del alcalde, podemos ir a comer con él ahora; y si su compañía resultara molesta, os sería fácil poner alguna excusa y libraros de ella decorosamente. Pero tened entendido, *sir* Gervas, que tales familias son, en realidad, muy distintas de las que vos estáis acostumbrado a tratar. Por consiguiente, cuidado con la lengua, si queréis evitarnos un disgusto. Cuando me oigáis toser o decir ¡ejem!, es señal de que debéis callaros.

—Convenido, joven Solomon —replicó mi compañero—. No está mal contar con un piloto como vos que conocéis estos mares llenos de espirituales escollos; porque en cuanto a mí, nunca sé cuándo estoy a punto de irme a pique. Pero observo que nuestros amigos han terminado la batalla de Ober… ¿qué?… Ya, no lo recuerdo, y vienen hacia nosotros… Supongo, dignísimo

señor alcalde, que habrán quedado resueltas todas vuestras dificultades, ¿no es verdad?

—Sí, por cierto, señor —replicó el puritano—. Estoy complacidísimo de las explicaciones de vuestro coronel, y no dudo que sirviendo a sus órdenes habéis de sacar gran provecho de su madura experiencia.

—Es probable, señor, muy probable —respondió *sir* Gervas distraídamente.

—Pero ya es cerca de la una —continuó el alcalde—, y nuestra frágil carne pide el necesario alimento. Os ruego que me hagáis la merced de acompañarme a mi humilde morada donde hallaremos a la gente de casa puesta ya a la mesa.

Con estas palabras salió del ayuntamiento y avanzó lentamente por la calle de Fore, retirándose la gente que encontrábamos para dejarle paso y descubriéndose ante él respetuosamente. Aquí y allá vimos que se habían hecho algunos preparativos a fin de cortar el tránsito del camino con fuertes cadenas destinadas a impedir un ataque repentino de la caballería. Además, en ciertos sitios y en el ángulo de una casa, se había abierto un boquete en la obra de mampostería, asomando por él la negra boca de una carronada o de algún cañón de muralla. Estas precauciones eran tanto más necesarias, cuanto se sabía que dentro del territorio del Deane había varios cuerpos de la caballería real, además del que nosotros habíamos rechazado, y que por tanto la ciudad, privada de sus murallas, quedaba abierta a la incursión de cualquier jefe atrevido.

La residencia de la primera autoridad de Taunton era un edificio de piedra achatado y de planta cuadrada que se alzaba dentro de un recinto al que daba acceso la calle East. La puerta de roble que terminaba en un arco apuntado, ofrecía un aspecto tétrico y desapacible a pesar de los anchos clavos de bronce que la cubrían en toda su extensión; pero el zaguán tenía luces y aire en abundancia y mostraba en las paredes una brillante entabladura de cedro y en el techo un artesonado de madera negra que despedía un agradable aroma como de violeta. Al final del pasillo se abría un ancho tramo de escaleras, por el que, al entrar nosotros, bajaba con gran agilidad una joven de semblante dulce, seguida de una anciana señora que llevaba en la mano un rimero de mantelería nueva. Al vernos la mujer de más edad, retrocedió, volviendo a subir las escaleras, mientras la niña bajó de tres en tres las gradas que le faltaban y tendiendo los brazos al venerable alcalde se le abrazó al cuello y lo besó tiernamente, mirándole al rostro con la intensa solicitud que una madre

muestra al fijar los ojos en el semblante del niño a quien cree asaltado de algún padecimiento.

—Cansadito otra vez, abuelín, cansadito otra vez —dijo la joven moviendo la cabeza con expresión de ansiedad y puestas las blancas y menudas manos sobre los hombros del alcalde—. Cierto y muy cierto, abuelito, que el espíritu es fuerte y la carne flaca.

—No tanto, no tanto, chiquilla —dijo acariciando con la mano la espléndida mata de pelo castaño de la muchacha—. El operario debe trabajar, hasta que suene la hora del descanso… Esta niña, caballeros, es mi nieta Ruth, la única reliquia de mi familia y la alegría de mi vejez. Todo el ramaje se ha venido al suelo, y sólo quedan en pie el viejo tronco y el brote más tierno. Estos caballeros, queridita, han venido de muy lejos para defender la santa causa y han tenido a bien honrarnos con aceptar nuestra pobre hospitalidad.

—Bienvenidos seáis, señores —repuso la doncella mirándonos frente a frente a los ojos con una sonrisa tan dulce como la de una hermana al saludar a sus hermanos—. Toda la familia y servidumbre está ya reunida alrededor de la mesa y la comida aguarda desde hace un rato.

—Pues también nosotros aguardamos el momento de tomarla —repuso el animoso anciano—. Encárgate de colocar a nuestros huéspedes en sus aposentos, mientras yo voy a mi cuarto a dejar este uniforme con la cadena y esclavina.

Siguiendo a nuestra hermosa guía, penetramos en un amplio y elevado salón, cuyos muros estaban enmaderados con un entablamento de roble y colgados en ambos extremos con tapices. En el piso se veía un mosaico francés, cubierto a trechos por pieles y alfombras. En uno de los extremos de la sala se alzaba una enorme chimenea de mármol blanco que parecía formar por sí sola una cuarta habitación y se hallaba sostenida por una columna de hierro en el centro al estilo antiguo, mientras a ambos lados del fogón se mostraban anchos asientos de piedra. Varias escarpias colocadas en la parte superior del tablero de la chimenea y a alguna distancia del mismo habían servido, a lo que pude suponer, para colgar armas, porque los ricos comerciantes de Inglaterra necesitaban tener abundante reserva de ellas para sus aprendices y maestros. Al presente, sin embargo, habían sido quitadas de allí, sin que se descubriera indicio alguno de los revueltos tiempos en que estábamos, como no fuera por un montón de picas y alabardas apiladas en un rincón.

Ocupaba el centro de la sala una larga mesa maciza que aparecía rodeada por treinta o cuarenta personas, la mayoría de las cuales eran varones. Estaban de pie al entrar nosotros y un hombre de semblante grave rezaba con gran lentitud una serie interminable de preces, que comenzando por la acción de gracias continuó impetrando los auxilios del cielo para la Iglesia y el Estado y acabó por último orando por Israel que a la sazón se aprestaba a pelear las batallas del Dios de los ejércitos. Mientras esta ceremonia seguía su curso, permanecimos de pie y descubiertos formando un grupo junto a la puerta y pasamos el tiempo en examinar más de cerca a los comensales; cosa que la cortesía nos hubiera vedado hacer, a no estar ellos recogidos y con el pensamiento en el asunto de su oración.

Había allí gente de todas las edades, desde el adulto de barba gris hasta el mozalbete que apenas ha cumplido los veinte años y todos mostraban la misma expresión solemne y austera, tanto en su continente como en el vestido y porte familiar y sombrío. A no ser por los amplios cuellos y puños blancos, nada hubiera roto la uniforme severidad de su traje. Sus chaquetas y jubones negros eran ajustados y ceñidos, y los zapatos de cordobán, que en aquel tiempo solían llevar algún pequeño adorno, se adaptaban a la forma más ordinaria y sencilla y estaban sujetos al pie por una cinta de color oscuro. La mayoría de ellos llevaba cinturones lisos de cuero sin labrar, pero las armas junto con los sombreros de ala ancha de fieltro habían sido colocadas en los bancos o en los anaqueles de las paredes. Todos estaban de pie con las manos cruzadas y las cabezas sobre el pecho, escuchando la prolongada charla y prorrumpiendo de cuando en cuando en algún suspiro o exclamación arrancados por las palabras del predicador.

Al fin, terminaron las preces, y los comensales se sentaron en silencio y comenzaron, sin más espera ni ceremonia a servirse trozos de las enormes piezas de carne que humeaban sobre la mesa. Nuestra joven patrona nos condujo a la cabecera de la mesa, donde un alto sillón, adornado con labores de talla y provisto de un negro cojín señalaba el puesto que correspondía al amo de la casa. *Lady* Timewell se sentaba a la derecha del alcalde, teniendo a su lado a *sir* Gervas, mientras el puesto de honor de la izquierda se lo asignó a nuestro coronel. A mi izquierda tenía a Lockarby, cuyos ojos pude observar que se habían fijado con admiración franca e intensa en la doncella puritana desde el primer momento que se presentó. La mesa no tenía gran anchura, de suerte que podíamos conversar unos con otros a pesar del ruido de platos y fuentes, del ajetreo de la servidumbre y del profundo murmullo de las conversaciones.

—Esta es la dependencia de mi padre —dijo la niña hablando con Saxon —. Todos ellos trabajan en nuestra fábrica, y además tenemos muchos aprendices; de suerte que no hay día del año que no nos sentamos a la mesa cuarenta personas.

—Y los manjares tampoco escasean ni son de calidad ordinaria —repuso Saxon recorriendo la mesa con la mirada—. Salmón, chuletas de ternera, lomo de carnero, asado de buey, pasteles de carne… ¿qué más se puede pedir? Y, además, abundante cerveza de casa con que mojar todos los platos. Si el respetable señor Timewell pudiera conseguir que el ejército estuviera avituallado de igual modo, yo le quedaría eternamente reconocido. En el campamento, todos estos bocados exquisitos tendrán que ser sustituidos probablemente por un pedazo de carnuza asada en la hoguera con una baqueta.

—Tengamos fe —dijo la doncella puritana—. ¿No se dignará el Todopoderoso alimentar a sus soldados como a Elías en el yermo y a Agar en el desierto?

—Así será sin duda alguna —afirmó un joven larguirucho y moreno que se sentaba a la derecha de *sir* Gervas—. Él proveerá, como en otro tiempo hizo brotar el agua de la peña y llover en el desierto el maná y bandadas de codornices.

—También yo alimento la misma esperanza —repuso Saxon—, pero no por eso estaría de más preparar un tren de víveres compuesto de suficientes carros, todos por su orden y con su carrero correspondiente, al estilo alemán. Esas prevenciones no deberían dejarse a la casualidad.

Lady Timewell contempló con alguna extrañeza al autor de la precedente observación, como si experimentara la sorpresa desagradable de descubrir en ella falta de fe. Sin duda, su pensamiento se habría exteriorizado en alguna frase de recriminación si su padre no hubiera entrado en la sala en ese preciso instante; motivo que indujo a que los comensales se levantaran de sus asientos y lo saludaran con una inclinación mientras se encaminaba a ocupar su sitio.

—¡Quietos, quietos, amigos míos! —dijo el señor de la casa acompañando sus palabras con un movimiento de la mano—. Nosotros, coronel Saxon, somos gente sencilla y conservamos a los ancianos el respeto usado en otros tiempos… Supongo, Ruth —continuó— que has procurado atender a nuestros huéspedes.

Todos nosotros manifestamos que jamás nos habíamos visto favorecidos con tantas atenciones y obsequios.

—Bien, bien —repuso el buen tejedor de lana—. Pero observo que vuestros platos están limpios y vuestros vasos vacíos… ¡A ver, William, encárgate de servir! Un buen operario es siempre un buen comensal. Si cualquier aprendiz mío no sabe despachar bien su plato, me hace pensar que tampoco será muy hábil para cardar la lana y el paño. El nervio y la resistencia necesitan alimento… ¡Sírveme una tajada de esa pieza de carne!… Y volviendo ahora, coronel, a la batalla de Ober-Graustock, ¿qué papel desempeñó en la refriega ese regimiento de caballería húngara en que, según tengo entendido, vos prestabais servicio como oficial?

Pregunta era ésta, que como puede imaginarse, dio a Saxon ocasión de hablar largo y tendido. No tardaron en enredarse los dos en una discusión acalorada sobre el valor relativo de los combates reñidos en las hondonadas de Roundway y en el páramo de Marston, comparados con otros de impronunciable nombre que se verificaron en los Alpes de Estiria y a lo largo del Danubio. Stephen Timewell, en los mejores años de su juventud, había capitaneado, primero un escuadrón, y luego un regimiento durante las guerras de la época parlamentaria, e intervenido en numerosos combates desde el del campo de Chalgrove hasta la batalla final de Worcester; de suerte que sus acciones de guerra, aunque menos variadas y numerosas que las de nuestro compañero, le permitían expresar y defender opiniones fundadas. Coincidían éstas en sustancia, con las del soldado aventurero; pero cuando diferían en algún punto, salía a relucir inmediatamente un tiroteo de términos militares, tal retahíla de estacadas, empalizadas, trincheras, zanjas, terraplenes… y tales comparaciones entre la caballería ligera y la pesada, entre piqueros y mosqueteros, entre lansquenetes y soldados regulares, que los oídos no acostumbrados a tales términos no podían menos de oír con extrañeza, conversación tan desusada. Al final, habiendo entrado en el asunto de las fortificaciones, el alcalde trazó sobre la mesa sus obras de defensa valiéndose de las cucharas y cuchillos, contra las cuales Saxon abrió sus trincheras paralelas con líneas de pan, haciéndolas avanzar rápidamente mediante zanjas oblicuas y galerías subterráneas, hasta que consiguió establecerse en el ángulo reentrante del reducto construido por el alcalde. Esto dio lugar a una nueva disputa sobre las contraminas, acalorándose de nuevo ambos contendientes.

Mientras seguía su curso la polémica anterior, *sir* Gervas Jerome y *lady* Ruth se habían enredado en larga conversación al otro lado de la mesa. Rara vez he visto, mis queridos nietos, un semblante tan hermoso como el de esta dama puritana, cuya modestia y virginal comedimiento daban a su hermosura un realce especial y una suavidad que nacía de la pureza y religiosidad de su

alma. El cuerpo, admirablemente modelado, parecía ser la expresión adecuada de la perfección espiritual e interna. Su cabellera castaña nacía de una frente amplia y marfileña, enmarcada por dos graciosas cejas, a cuyo amparo se abrían los ojos azules de mirada dulce y profunda. El conjunto de sus facciones era elegante y sencillo; pero el firme trazado de la boca y la delicada prominencia de la barbilla indicaban que, en épocas de lucha y peligro, la doncellita daba pruebas de ser digna descendiente del antiguo soldado *cabeza redonda* y magistrado puritano. No me cabe la menor duda de que, en aquellas circunstancias donde otras señoras más charlatanas y resueltas se hubieran acobardado, la nieta del alcalde habría dado pruebas del espíritu indomable que la animaba. Me divirtió observar los esfuerzos de *sir* Gervas para sostener con ella la conversación, porque la joven vivía en un mundo completamente distinto al suyo; y así el antiguo cortesano ponía a prueba todo su ingenio y galantería para hacérsele inteligible.

—Seguramente pasaréis gran parte del tiempo leyendo, *lady* Ruth —observó el elegante—. No acierto a concebir qué otra ocupación podríais tener viviendo tan lejos de la ciudad.

—¿Cómo de la ciudad? —replicó sorprendida la joven—. ¿Pues qué, Taunton no es ciudad?

—Líbreme el cielo de negarlo —replicó *sir* Gervas— y mucho menos en presencia de sus dignos habitantes, que gozan fama de ser celosos de la honra de su villa natal. Mas, a pesar de todo, *milady*, queda siempre en pie el hecho de que Londres aventaja a todas las demás poblaciones de tal modo que puede llamársela, como yo lo he hecho momentos antes, la ciudad por antonomasia.

—¿Tan grande es? —preguntó la joven con inocente asombro—. Pues ahora se están construyendo en Taunton nuevas casas, fuera de las antiguas murallas, hasta más allá de Shuttern, y algunas también allende el río. Tal vez con el tiempo llegue a igualar a la misma Londres.

—¡Oh, *milady*! Aunque se incorporara a Londres la población entera de esta ciudad con sus edificios, nadie podría percatarse de que hubiera aumentado.

—¡Qué ocurrencia! Sin duda habláis en broma; porque eso no puede creerse —repuso la joven.

—Preguntad a vuestro abuelo y veréis cómo me da la razón —replicó *sir* Gervas—. Mas volviendo a vuestras lecturas, aseguraría que os son conocidas todas las páginas de Scudéry y su *Grand Cyrus*. Indudablemente estaréis familiarizada también con los mejores pensamientos de Cowley, Waller o Dryden.

—No tengo la menor idea de ellos. ¿Podéis decirme en qué iglesia predican?

—¡Pardiez! —exclamó el *baronet* riendo—, el buen John predica en la iglesia de Will Unwin, conocida generalmente con el nombre de *Will's*, donde con frecuencia le dan las dos de la mañana antes de haber acabado su sermón. Pero extraño vuestra pregunta. ¿Creéis, por ventura, que no puede escribir nadie más que los que usan sotana, y suben al púlpito? Yo me figuraba que todas las jóvenes de vuestra edad conocerían a Dryden. Y decidme entonces, *milady*, ¿cuáles son vuestros autores predilectos?

—El que más me gusta es Alleine, que ha escrito el *Grito de alarma para los no convertidos*. Es un libro admirable y que ha hecho gran bien. ¿No lo habéis experimentado vos mismo?

—Confieso —respondió *sir* Gervas— que no lo he leído jamás.

—¿Es posible? —interrogó sorprendida—. Verdaderamente, yo hubiera creído que todo el mundo conocía la piadosa obra de Alleine. Y entonces, ¿qué opináis de las *Controversias Fieles*?

—Que me son enteramente desconocidas.

—¿Y también los *Sermones* de Baxter?

—También.

—¿Y el *Cordial del Espíritu*, de Bull?

—Lo mismo que el anterior.

Lady Ruth Timewell se le quedó mirando de hito en hito con asombro mal disimulado.

—Quizá me tachéis de maleducada, si os digo, señor, que no puedo menos de preguntarme dónde habéis residido o qué habéis hecho en toda vuestra vida. ¡Vaya! Hasta los niños de la escuela han leído las obras que os he citado.

—Pues en Londres apenas tenemos noticias de ellas —respondió *sir* Gervas—. Para nosotros una pieza de George Etherege o unas rimas de *sir* John Suckling constituyen un alimento del espíritu más ligero, aunque tal vez menos saludable. En la capital cualquier persona puede estar al corriente de la literatura sin leer demasiado; porque la charla de los cafés, las reseñas de las hojas volantes, las lecturas de los poetas y los chistes de las reuniones con una o dos visitas semanales al teatro y con Vanbrugh o Farquhar, hacen que vivamos en trato constante con las musas. Al salir del teatro, si no se está de humor para dar una vueltecita por el Groom Porter y echar un vistazo al tapete verde, puede uno pasar el rato en el Coca Tree si es *tory*, o en el círculo de St. James si es *whig*, y apuesto diez contra uno a que la conversación gira,

más tarde o más temprano, sobre el mérito de los alcaicos o sobre si es mejor el verso blanco que el rimado. Luego, después de cenar a altas horas, se cuela uno en la reunión de los Will's o en la de Slaughter, seguro de encontrar allí al célebre John, a Tickell, Congrève y a los demás, discutiendo con gran calor las unidades dramáticas o el mérito relativo de las composiciones poéticas, u otros asuntos análogos. Confieso que mis gustos no van por ese lado, porque a esas horas solía yo estar peor entretenido entre botellas de vino, dados, o…

—¡Ejem!, ¡ejem! —interpuse yo en tono de aviso, porque varios puritanos estaban escuchando con semblantes que no expresaban aprobación.

—Me interesa mucho lo que decís de Londres —dijo la joven puritana—, a pesar de que esos nombres y lugares carecen de significación para mis ignorantes oídos. Pero creo que habéis hablado de un teatro. ¿Es posible que ninguna persona decente se acerque a esos antros de iniquidad donde Lucifer tiende sus redes para cazar a las almas? ¿No ha dicho muy bien el piadoso y santo maestro Bull que esos sitios son el punto de reunión de los perversos, la morada predilecta de los infames asirios, y de tanto peligro para los fieles como esos templos papistas en los que se confunde sacrílegamente a la criatura con el Creador?

—¡Muy bien hablado, *milady* Timewell! —exclamó el flacucho joven puritano que se sentaba a la derecha y había estado escuchando atentamente toda la conversación—. Mayor maldad se encierra en esas casas que en todas las grandes ciudades de la llanura. No dudo que la cólera del Señor descenderá sobre ellas y las destruirá y confundirá junto con los hombres disolutos y las mujeres de mal vivir que las frecuentan.

—Esas apreciaciones tan atrevidas, amigo mío —repuso *sir* Gervas tranquilamente— nacen, sin duda, del perfecto conocimiento que tenéis de la materia. ¿Cuántas veces habéis estado en esos teatros que execráis con tanto encono?

—Doy gracias al Señor de no haberme apartado jamás del verdadero camino hasta el extremo de poner los pies en ninguno de ellos —respondió el puritano—; y también se las doy por no haber estado nunca en esa gran sentina que se llama Londres. Pero tengo esperanzas de que algunos de los fieles podamos abrirnos paso hasta ella, cuando se haya terminado el asunto presente, y entonces yo aseguro que no hemos de contentarnos con cerrar esas moradas del vicio, como hizo Cromwell, sino que no dejaremos en ellas piedra sobre piedra y sembraremos de sal los lugares donde se alzan, para que sean el escarnio y la burla del pueblo.

—Tenéis razón, amigo Derrick —dijo el alcalde, que había alcanzado a oír la última parte de sus observaciones—. Pero me parece que un tono más humilde y unos modales más modestos os sentarían mejor al hablar con los huéspedes de vuestro amo. Respecto a los teatros, coronel, cuando hayamos logrado el triunfo esta vez, no hemos de consentir que la vieja cizaña siga impidiendo el desarrollo del trigo nuevo. Ya sabemos los frutos que dieron esos lugares de espectáculos en los días de Charles, de los Gwynnes, de los Palmers y de toda esa caterva de parásitos y gandules. ¿No habéis estado nunca en Londres, capitán Clarke?

—No señor, he nacido y me he criado en el campo.

—Tanto mejor para vos —dijo nuestro huésped—; yo he estado allí dos veces. La primera fue en tiempo del Parlamento expurgado, cuando Lambed llevó allá su división para intimidar a los Comunes. Estuvimos entonces alojados en la posada Four Crosses, establecida en Southwark, y administrada a la sazón por John Dolman, que era un hombre honrado y digno, con quien sostuvo muchas conversaciones edificantes sobre la predestinación. Todo estaba en aquel tiempo tranquilo, reinando por todas partes la mayor moderación, y se podía ir desde Westminster a la Torre en el silencio de la noche sin oír otra cosa que el murmullo de la oración y el canto de los himnos. No se tropezaba en las calles con un rufián ni con una ramera desde que oscurecía, ni se veía otra cosa que ciudadanos ocupados en sus negocios o alabarderos haciendo centinela. La segunda visita que hice fue con motivo del asunto de las murallas que se trataba de derribar, cuando fuimos enviados mi vecino Foster el guantero, y yo, a la cabeza de una comisión de la ciudad para presentarnos al Consejo Privado de Charles. ¿Quién hubiera creído que a los pocos años se hubiera verificado tal mudanza? Todos los males que en época anterior permanecieron ocultos bajo tierra, habían vuelto a brotar y a crecer difundiéndose por todas partes, de suerte que las personas honradas y piadosas se vieron en la tesitura de no salir a la calle. Lucifer había triunfado, aunque sólo fuera por breve tiempo. Ningún ciudadano pacífico podía transitar por los caminos sin correr el peligro de ser arrojado a la cuneta por fanfarrones o acosado por las mujeres de vida alegre. Por todas partes no se veían más que salteadores y rateros, galanes y soldados, matones y alcahuetes; ni se oía otra cosa que juramentos y blasfemias… Os aseguro que el demonio andaba suelto, que aquello era un infierno. Ni siquiera se estaba seguro de los ladrones en el refugio de un carruaje.

—¿Es posible? —preguntó Reuben.

—Tal como lo digo. Como yo pasé por todo ello, puedo hablar del asunto con conocimiento de causa. Debéis saber que, después de haber sido recibido con gran frialdad —porque el Consejo Privado nos vio con tan buenos ojos como las aldeanas a los que van a cobrar el tributo del fogaje— se nos pidió, más por burla que por cortesía, que acudiéramos a la recepción del palacio de Buckingham. Nos hubiéramos alegrado de poder excusarnos de ir, pero temimos que nuestra negativa se interpretara como una ofensa y echara a perder el resultado de nuestra misión. Mis vestidos caseros eran algo toscos para presentarme en aquel lugar; pero resolví presentarme con ellos, añadiéndoles un chaleco nuevo de bayeta forrado de seda y una gran peluca, por la que pagué tres libras y diez chelines en Haymarket.

El joven puritano que se sentaba enfrente, alzó los ojos al cielo y murmuró algunas palabras referentes al «sacrificio hecho a Dagón» que, afortunadamente para él, no fueron oídas por el vivaracho anciano.

—Aquello no era más que una vanidad mundana —continuó el alcalde—; porque, sea dicho con toda la deferencia, *sir* Gervas Jerome, el cabello propio, peinado con cierto gusto y tal vez un poco espolvoreado, es, a mi juicio, el mejor ornamento de la cabeza. Lo que importa es la persona y no sus atavíos. Después de proveernos de tales prendas, el buen maese Foster y yo alquilamos una calesa y nos encaminamos al palacio. Íbamos en conversación seria y provechosa a toda carrera por las interminables calles de la capital, cuando de pronto sentí que me tiraban violentamente de la cabeza, cayéndome el sombrero sobre las rodillas. Levanté las manos, y… ¡horror!, tropecé con mi cabello recortado, porque la peluca había desaparecido. Habíamos seguido por la calle Fleet sin que hubiera nadie en la calesa más que mi vecino Foster, que estaba tan asombrado como yo. Miramos por todas partes y registramos los asientos, pero no había ni el menor rastro de mi peluca.

—Pues ¿adónde había ido a parar? —interrogamos a una voz.

—Esa fue la pregunta que nosotros nos hicimos. Por un momento creímos que era un castigo del cielo, por haber hecho caso de tan carnales locuras. Después me pasó por la mente la idea de que aquello fuera obra de alguna bruja o duende como el *Tamborilero de Tedworth* o los que producían los alborotos de la vieja casa de Gast en la pequeña aldea de Burton, aquí en Somersetshire[10]. Con este pensamiento interrogamos al cochero después de referirle lo que nos había pasado. El hombre bajó de su asiento y después de oír nuestra historia prorrumpió en largas imprecaciones y examinó la parte trasera de su calesa, donde nos mostró una abertura. Por aquella parte, el

ladrón había introducido la mano y asido mi peluca, apoyándose entretanto en el travesaño del coche. Lo ocurrido, según él, no tenía nada de particular, porque funcionaba en Londres una compañía de ladrones de pelucas, los cuales se apostaban junto a las tiendas y talleres en que se vendían, y cuando veían salir a un parroquiano con algún ejemplar de cierto valor, lo seguían, y si por casualidad tomaba un coche lo despojaban de ella en la forma que habían hecho conmigo. Sea de ello lo que quiera, el hecho es que no volví a ver mi peluca y tuve que comprar otra antes de presentarme al rey.

—Verdaderamente es una aventura bien extraña —exclamó Saxon—. ¿Y cómo lo pasasteis el resto de la tarde?

—De una manera nada agradable, porque el semblante de Charles, que en ocasiones era bastante sombrío, lo estuvo en grado supremo con nosotros, sin que su hermano el papista se mostrara más complaciente. Nos habían hecho ir a palacio para deslumbrarnos con su pompa y adornos, a fin de que volviéramos al oeste contando maravillas del rey y de la corte. Allí había cortesanos siempre dispuestos a doblarse en profundas reverencias y nobles de andar arrogante y mujeres mundanas con los hombros desnudos, que a pesar de la elevación de su nacimiento merecían que se las hubiera echado a galeras mejor que cualquier pobre muchacha de la ínfima clase. Luego vimos a los gentiles hombres de cámara con sus uniformes de color canela y sus sombreros adornados de plumas de colores, luciendo grandes adornos de oro y plata y una pluma de avestruz. El buen Foster y yo parecíamos allí dos cuervos que se hubieran metido entre un grupo de pavos reales. Pero no perdimos de vista la clase a la que pertenecíamos y a la que representábamos, y así nos portamos, según creo, como ciudadanos ingleses *independientes*. Su Gracia, el duque de Buckingham, comenzó a burlarse de nosotros y el de Rochester a decirnos cuchufletas y las mujeres a sonreírse; pero nosotros permanecimos muy plantados, discutiendo, si mal no recuerdo, puntos importantísimos sobre la predestinación y la reprobación, sin hacer gran caso ni de los que se mofaban de nosotros ni de los tahúres que teníamos a nuestra izquierda, ni de los que bailaban a nuestra derecha. Allí estuvimos toda la tarde, hasta que viendo aquellos buenos señores que no les dábamos gran materia de diversión, milord Clarendon, que era el gran canciller, nos dio permiso para retirarnos, lo que hicimos con gran complacencia después de saludar al rey y a los que le acompañaban.

—Eso es lo que no hubiera hecho yo jamás —exclamó el joven puritano, que había seguido con gran atención el relato de su señor—. ¿No hubiera sido más conveniente haber alzado las manos a lo alto impetrando la venganza del

cielo contra aquellos criminales, como hizo el santo Patriarca del Antiguo Testamento contra las ciudades perversas?

—¡Bien, hombre! ¿Conque más conveniente? —increpó el alcalde incomodado—. Lo más conveniente sería que guardarais silencio, hasta que se os pidiera parecer sobre la materia. La ira del Señor avanza con pies de plomo, e hiere con mano de hierro. Él es quien juzga a su debido tiempo, cuando está, llena hasta derramarse la copa de las iniquidades de esos hombres; y no somos nosotros los que hemos de darle lecciones. Los anatemas, dice el sabio, suelen caer sobre la cabeza del que los profiere. Tened eso bien presente, maese John Derrick, y no los prodiguéis en demasía.

El joven aprendiz, que no era otra cosa, inclinó la cabeza ante la reprimenda con aire compungido y el alcalde continuó su historia después de una breve pausa.

—Como la noche estaba serena —dijo el narrador— resolvimos volver a pie al lugar de nuestro alojamiento, y nunca olvidaré las escenas criminales que se nos ofrecieron en el camino. El buen maese Bunyan de Elstow podría haber añadido algunas páginas a su descripción de la *Feria de las Vanidades* si hubiera estado con nosotros. Las mujeres, llenas de parches, de coloretes y de desvergüenza; los hombres, galleando, bravuconeando y echando sapos y culebras por la boca… Por todas partes bulla, prostitución y borracheras. ¡Bonito reino digno de ser gobernado por semejante corte! Al fin, habíamos conseguido llegar a calles más tranquilas y esperábamos que tuvieran término nuestras aventuras, cuando de pronto salió un tropel de caballeros medio borrachos que acometieron a los transeúntes con sus espadas, de suerte que creímos haber caído en una emboscada de salvajes en alguna región del paganismo. Eran estos tales, a lo que supuse, de la misma laya que aquellos de quienes escribió el ilustre John Milton:

Los hijos de Belial,
reventando de vino y de insolencia…

¡Ay! Mi memoria no es ya lo que era, porque en otro tiempo podía decir de corrido todos los cantos de este magnífico y excelente poema.

—Y ¿cómo lo pasasteis con esos rufianes, señor? —pregunté.

—Pues la emprendieron con nosotros y con algunos honrados ciudadanos que se encaminaban a sus casas, y blandiendo las espadas desnudas, nos intimaron a entregar las armas y rendir homenaje. «¿A quién?», pregunté. Entonces nos indicaron a uno de la cuadrilla que usaba un traje más llamativo y estaba algo más borracho que los demás. «Éste es nuestro señor soberanísimo» dijeron. «¿Soberano de quién?» pregunté. «De la orden de

Tityre Tus» respondieron. «¡Oh, barbarísimos y mansísimos ciudadanos! ¿No reconocéis que habéis caído en las manos de nuestro nobilísimo instituto?». «Éste no es vuestro verdadero monarca» repuse, «sino que está muy debajo de nosotros, encadenado en el infierno, donde reunirá algún día en torno de sí a sus leales súbditos». «¡Oíd! El hombre acaba de proferir palabras de alta traición» gritaron; y sin más ni más, arremetieron contra nosotros con espada y daga. Mi vecino Foster y yo nos pusimos de espalda a la pared, y después de liarnos las capas al brazo izquierdo, comenzamos a defendernos con nuestros estoques, logrando herir a uno o dos de aquellos pelaires de callejuela. En particular el amigo Foster dio una estocada al rey con tal acierto, que su majestad huyó chillando por la calle como perro herido de una pedrada. Nos acometieron, después, en gran número, y tal vez hubiera concluido allí nuestra misión, a no haberse presentado en la escena los vigilantes, que nos hicieron soltar las armas con sus alabardas y arrestaron a toda la cuadrilla. Mientras duraba la refriega, los vecinos de las casas inmediatas no dejaron de echarnos agua como si fuéramos gatos riñendo en los tejados; y, si bien es verdad que el líquido no enfrió el ardor de la pelea, nos puso en una condición miserable y molesta. Así fuimos conducidos a la prevención, donde pasamos la noche entre rufianes, ladrones y mujerzuelas de la vida; pero puedo decir con orgullo que ni mi vecino Foster ni yo les dijimos la menor palabra de consuelo o alegría. A la mañana siguiente nos soltaron, y enseguida sacudimos de nuestro calzado el polvo de Londres y huimos de allí. No pienso volver más, como no sea a la cabeza de nuestro regimiento de Somersetshire para ver al rey Monmouth ciñendo la corona arrebatada en buena lid al perverso papista.

Cuando el señor Timewell concluyó su relato, un pisoteo general producido por los comensales al levantarse, anunció el término de la comida. Los asistentes desfilaron lentamente por orden de antigüedad, mostrando todos la misma expresión austera y sombría y la misma modestia y compostura. Estas costumbres puritanas me eran familiares desde la niñez; pero nunca había visto hasta entonces una reunión tan numerosa que las observara ni tantos jóvenes en quienes se advirtiera el sello de las mismas.

—Esperad un momento —dijo el alcalde, al disponernos a seguir el ejemplo de los demás—. William, trae una botella de un blanco añejo. Estos regalos temporales no suelo sacarlos ante mi servidumbre, porque para ella lo mejor es la honrada cerveza. Pero, en ciertas ocasiones, opino como Paul, que una botella de vino entre amigos no perjudica ni al espíritu ni al cuerpo. Ahora, niña, puedes retirarte, si tienes algo que hacer.

—¿Volveréis a salir, abuelito? —preguntó *lady* Ruth.

—Dentro de breves momentos para ir a la casa consistorial. No hemos terminado aún el examen de las armas.

—Entonces voy a prepararle la ropa y a disponer lo necesario en las habitaciones de nuestros huéspedes —añadió, y sonriéndonos alegremente salió disparada del comedor.

—¡Lástima que no pueda yo ordenar los asuntos de la ciudad tan bien como esa criatura los de la casa! —dijo el alcalde—. No hay necesidad alguna que no esté atendida aun antes de dejarse sentir. La niña adivina mis pensamientos sin necesidad de que yo se los manifieste. Si todavía puedo trabajar por el servicio público, se debe a que mi vida privada está llena de tranquilo reposo. Bebed con confianza el vino, señores; viene de la casa Brooke y Hellier de Abahurch Lane, que no da jamás artículos adulterados.

—¿Quién será capaz de demostrar que es bueno un producto recibido de Londres? —observó *sir* Gervas.

—Tenéis razón —dijo el anciano sonriendo—. Y ¿qué pensáis de mis jóvenes? Por fuerza han de diferenciarse mucho de la clase de personas que estáis acostumbrados a tratar si, según tengo entendido, habéis frecuentado los círculos de la corte.

—¡Vaya! Me parecen bastante bien —respondió *sir* Gervas con cierta ligereza—. Pero se me figura que les falta vida y viveza. Lo que circula por sus venas no es sangre sino horchata de chufas.

—¡Oh, de ningún modo! —respondió el alcalde con energía—. Indudablemente no les hacéis justicia. Lo que hay es que saben dominar sus pasiones y sentimientos, como el hábil jinete domina su caballo; pero esas pasiones existen, como existe la agilidad y la resistencia en el mencionado animal. ¿No habéis observado al piadoso joven que se sentaba a vuestra derecha, y cuyo excesivo celo he tenido ocasión de reprender más de una vez? Pues ahí tenéis un buen ejemplo de cómo un hombre puede sobreponerse a sus sentimientos y dominarlos.

—Y ¿qué prueba me dais de ello? —pregunté.

—Pues aquí entre amigos —repuso el alcalde—, ese joven me pidió el 25 del pasado marzo, día de la Anunciación, la mano de mi nieta Ruth. Está a punto de terminar el período de aprendizaje, y su padre, Sam Derrick, es un buen maestro, de modo que el matrimonio no tendría nada de desigual. Pero a la niña no le ha gustado para marido. Sabido es que las jóvenes tienen sus caprichos. Y el asunto quedó terminado. A pesar de eso, el muchacho sigue viviendo bajo el mismo techo que su antigua novia y viéndola desde por la

mañana hasta por la noche, sin dar jamás la menor muestra de una pasión que difícilmente ha podido extinguirse tan pronto. De entonces acá, han ocurrido dos incendios por la noche en mi almacén de lanas; y en los dos casos el joven ha sido el primero en acudir a apagar el fuego. No habrá muchos que, después de haber recibido unas calabazas, se porten con la misma resignación.

—Me voy sintiendo inclinado a creer que vuestro juicio es exacto —observó *sir* Gervas Jerome—. Ya antes de ahora había aprendido a desconfiar de mis primeras impresiones, bien penetrado de la verdad que encierran aquellos versos de John Drydem:

Los errores, como la paja, en el mundo
flotan sobre la faz de la corriente;
de la verdad las perlas el prudente
ocultas hallará en lo más profundo.

—El mismo pensamiento expresa el ilustre doctor Samuel Butler —añadió Saxon— en su inmortal poema de *Hudibras*, cuando dice:

El necio mira sólo a la apariencia;
el sabio aspira a penetrar la esencia.

—Extraño mucho, coronel Saxon —dijo nuestro huésped con severidad—, que os merezca tanta estima ese licencioso poema, compuesto, según mis noticias, con el único intento de ridiculizar a las personas piadosas. Por ese camino temo que lleguéis a ponderarnos la perversa e insensata obra de Hobbes, en la que se dilucida la criminal tesis de *a deo rex, a rege lex*.

—La verdad es —repuso astutamente Saxon— que por mi parte condeno y desprecio el uso que Butler ha hecho de su sátira; pero no por eso dejo de admirar la sátira misma; al modo que puede celebrarse la perfección de una hoja damasquina sin aprobar la causa en cuyo favor se desnuda.

—Esas distinciones —replicó el austero puritano— tal vez son demasiado sutiles para mi viejo caletre. En cambio, veo con perfecta claridad que tenemos a Inglaterra dividida en dos campos, el de Dios y el del Anticristo. El que no está con nosotros, está contra nosotros; y cualquiera que milite bajo la bandera del demonio no podrá esperar de Stephen Timewell otra cosa que el rigor de su odio y el filo de su espada.

—Bien, bien —dijo Saxon llenando su vaso—, por fortuna no pertenezco al número de los tibios, a ejemplo de los fieles de Laodicea, ni soy hombre que busca sólo el medro temporal. Pronto hemos de ver que la buena causa no echará de menos ni mi lengua ni mi espada.

—Nunca lo he puesto en duda, mi digno y honrado amigo —añadió el alcalde—; y os ruego que me excuséis, si por ventura mis palabras encierran

alguna dureza. Siento tener que daros malas noticias. No he querido comunicarlas a los comensales, para no infundirles desaliento, pero voy a participároslas a vosotros en la seguridad de que sólo han de servir para aumentar vuestro entusiasmo, a la manera que el asperón hace brillar el acero y aumenta la finura de su corte. Pues bien, habéis de saber que ha fracasado el levantamiento de Argyle, y que tanto él como sus compañeros han sido capturados por el hombre que nunca supo usar la misericordia con sus enemigos.

Al oír estas palabras, todos quedamos asombrados, mirándonos unos a otros con expresión consternada. Únicamente *sir Gervas* Jerome no se inmutó en lo más mínimo, mostrando así que su natural serenidad no se conmovía fácilmente por cualquier contratiempo. Conviene que recordéis, queridos niños, que, al comenzar a referiros estos pasajes de mi vida, dije que las esperanzas del partido de Monmouth descansaban en gran parte en la incursión efectuada por Argyle y los desterrados de Escocia en el condado de Ayrs, donde contaban con provocar graves disturbios, atrayendo a aquel punto una buena parte de las fuerzas del rey James y dejándonos así expedito el camino de Londres. Se alimentaba gran confianza en obtener tal resultado, porque los dominios de Argyle radican precisamente en esa parte de Escocia, donde podía levantar en armas cinco mil hombres de entre su misma gente. En los condados occidentales abundaban también los partidarios animosos dispuestos a sostener la causa del Covenant y que habían dado pruebas de ser valientes guerreros en numerosas escaramuzas. Con la ayuda de los *highlanders* y los partidarios del Pacto, parecía seguro que Argyle había de poder sostenerse, tanto más cuanto que tenía en su compañía al puritano inglés Rumbold y a muchos otros guerreros de experiencia. Por tanto, la inesperada noticia de su completa derrota y captura encierra gravedad extrema, porque, en vista de ella, tendremos que luchar contra todas las fuerzas del gobierno.

—¿Proceden esas noticias de una fuente digna de crédito? —preguntó Decimus Saxon, tras un prolongado silencio.

—Sobre ese particular no tengo la menor duda —respondió el señor Timewell—. Con todo, comprendo que os resistáis a creerlas, dados los excelentes consejeros que el duque ha tenido en su compañía. Entre ellos se contaba *sir* Patrick Hume…

—Sujeto tan largo en palabras, como corto en obras —observó nuestro compañero.

—Y Richard Rumbold…

—La antítesis del anterior —volvió a decir Saxon—. Ése me parece que habrá dado buena cuenta de sí.

—Además, también estaba allí el mayor Elphinstone.

—A quien todo se le vuelven necias baladronadas —añadió Saxon.

—Y *sir* John Cochrane…

—Que es todo un haragán, tan hablador como falto de ingenio y de resolución —dijo el soldado aventurero—. La expedición estaba condenada a fracasar desde un principio, teniendo al frente semejantes hombres. Sin embargo, yo creí que al menos pudieran haber escapado al interior de las montañas del país, y que a favor de las nieblas y especiales condiciones del terreno se hubieran sostenido, siendo gente acostumbrada a batirse como bandidos desarrapados. Pero, según decís, todos ellos han caído prisioneros; y en ese hecho podemos ver una lección y una advertencia. Yo os aseguro que, si Monmouth no procede con mayor energía, y se tira a fondo, en lugar de andarse en amagos y floreos de esgrima, hemos de correr la misma suerte que Argyle y Rumbold. ¿Qué significan esos dos días perdidos en Axminster precisamente cuando los minutos son preciosos? ¿Por ventura que cada vez que lo privan de una parte de sus milicias ha de detenerse cuarenta y ocho horas a cantar *Te Deums*, estando Churchill y Feversham, según mis informes, avanzando hacia el oeste con todos los hombres de los que pueden disponer, y los granaderos holandeses haciendo incursiones en la misma región sin que nadie intente detenerlos?

—Tenéis mucha razón coronel Saxon —respondió el alcalde—; cuando el rey llegue a esta ciudad, hemos de aconsejarle que tome una resolución decisiva. Sin duda, ha de andar muy necesitado de militares entendidos, porque desde que marchó Fletcher, apenas le acompaña hombre alguno que tenga experiencia de la guerra.

—Bien —dijo Saxon con aire pensativo—; ahora que Argyle ha desaparecido del campo, tendremos que habérnoslas frente a frente con James, fiándolo todo al valor de nuestro brazo.

—Sí, y a la justicia de nuestra causa. Y a vosotros, jóvenes, ¿qué os parecen las noticias? ¿Han hecho perder al vino su buen gusto? Supongo que no desertaréis de la bandera del Señor.

—Por mi parte, quiero continuar hasta el último instante —dije.

—Y yo seguiré en todo el ejemplo de mi amigo Micah Clarke —añadió Reuben Lockarby.

—A mí me da lo mismo —repuso *sir* Gervas— y no deseo más que estar en buena compañía y entretenido en algún asunto de importancia.

—En ese caso —dijo el alcalde—, lo mejor es que cada cual vuelva a ocupar su puesto, y que procuremos tenerlo todo preparado para la llegada del rey. Hasta entonces, espero que os sirváis honrar mi humilde morada.

—Siento no poder aceptar vuestro ofrecimiento —replicó Saxon—. Cuando estoy en campaña, necesito disponer libremente de todas las horas del día y de la noche. Pienso, por tanto, instalarme en la posada, que, aunque no muy provista de vituallas, puede al menos suministrarme un sencillo pasar; y eso con un vaso de cerveza y una pipa de *Trinidado* es todo lo que necesito.

En vista de que Saxon estaba firme en su resolución, el alcalde se abstuvo de insistir; pero mis dos amigos y yo hicimos uso de la hospitalidad que nos brindaba el anciano y sentamos nuestros reales en su casa.

XIX

UN COMBATE NOCTURNO



Decimus Saxon no quiso acompañarnos en la residencia del señor Timewell, porque, siendo el alcalde un presbiteriano empedernido, consideró que su amistad con él podría malquistarle con los *independientes* y otros fanáticos. Realmente, mis queridos niños, desde esa época en adelante aquel hombre astuto ordenó toda su vida y

acciones al propósito de atraerse a los sectarios, esperando que lo eligieran por jefe. Porque el aventurero tenía la creencia firme de que en todas las turbulencias análogas a las que nosotros nos habíamos metido, al fin la victoria solía ser de los partidos más extremosos. «El fanatismo —me decía en una ocasión— supone fervor; y éste, resolución para el trabajo y la lucha, cualidad que lleva consigo la fuerza y el poder». Tal era la base de sus planes y manejos.

En primer lugar, se esforzó por dar a entender a todos que era un excelente soldado; y a este fin no perdonó diligencia ni sacrificio alguno. Desde por la mañana hasta el mediodía, y desde las primeras horas de la tarde hasta la noche, no cesábamos de hacer el ejercicio, hasta que, a decir verdad, nuestros oídos se cansaron de oír las voces de mando y el ruido de las armas. Los buenos vecinos de Taunton tuvieron ocasión de persuadirse de que el regimiento de infantería del condado de Wilts mandado por el coronel Saxon constituía un elemento tan peculiar e inseparable de la plaza de la ciudad, como la cruz que se alzaba en el centro o como el poste de la parroquia destinado a castigar a la gente maleante. Era mucho lo que había que hacer en poco tiempo; y no pocos hubieran creído absurdo intentarlo. No solamente era la plaza el lugar destinado para pasar revista, sino que allí habían de practicar todas las compañías sus diversos ejercicios, mientras nosotros aprendíamos los nombres y condiciones de los soldados. Sin embargo, una circunstancia contribuía a hacernos más llevadero aquel trabajo; y era la certeza que teníamos de que no era inútil, pues a cada nuevo ensayo, nuestros ganapanes mostraban mayor marcialidad y manejaban sus armas con mayor soltura.

Desde que apuntaba el alba hasta la puesta del sol, en las calles de la ciudad no resonaban otros gritos que los de «¡Armas al hombro!». «¡Descansen armas!». «¡Tercien armas!». «¡Preparen fulminantes!» y todas las demás voces de mando del antiguo manual de ejercicios.

Al paso que aumentaba nuestra instrucción militar, el regimiento crecía también en número, porque la apostura y garbo que adquiríamos con el ejercicio nos atrajo la flor y nata de los forasteros. Mi compañía llegó a ser tan grande, que hubo necesidad de dividirla; y a las demás les ocurrió algo parecido. Los mosqueteros del *baronet* ascendieron a más de ciento, y la mayoría de ellos conocía perfectamente el uso del arma. Nuestro número total se elevó de trescientos a cuatrocientos cincuenta; y, al mismo tiempo, el dominio de las prácticas del ejercicio militar hizo que se nos felicitaran generalmente por el estado de la tropa.

A hora avanzada de la noche, volvía yo cabalgando tranquilamente a la casa de maese Timewell, cuando Reuben me dio alcance y me rogó que volviera con él a ver un curioso espectáculo. Aunque no estaba muy de humor para tales cosas, volví las riendas a *Covenant* y avancé por la calle High hasta penetrar en el barrio denominado Shuttern, donde mi compañero hizo alto, frente a un edificio abandonado que parecía ser un pajar o troje, y me rogó que mirara por la ventana.

El interior se reducía a una amplia nave y era el almacén vacío, en que se acostumbraba depositar la lana. A la sazón aparecía iluminado por lámparas y candelas, a cuya luz se veía un numeroso grupo de soldados, pertenecientes a mi compañía y a la de mi compañero, los cuales estaban tendidos a ambos lados del recinto, unos fumando, otros rezando y algunos limpiando las armas. En el medio se había colocado una fila de banquetas, y sobre ellas cabalgaban los cien mosqueteros de la compañía del *baronet*, ocupándose cada uno de ellos en arreglar el pelo del que estaba delante y en tejerlo por detrás en forma de coleta. Un muchacho iba y venía con un pote de grasa y mediante ella y algunos cordeles de bramante, la faena progresaba satisfactoriamente. El mismo *sir* Gervas permanecía sentado con una gran polvera de harina sobre un fardo de lana que había a la cabeza de la fila, y tan pronto como quedaba terminada alguna coleta, el jefe la examinaba con su monóculo, y si la encontraba de su agrado, la empolvaba delicadamente, con tanto cuidado y reverencia como si se tratara de alguna ceremonia de la Iglesia. Jamás hubo cocinero alguno que procediera sazonar sus platos con mayor cautela y esmero del que nuestro amigo desplegaba en blanquear las cabezas de su compañía. Al levantar un instante los ojos, nos vio sonriendo en la ventana; pero su tarea era tan importante que no creyó del caso abandonarla, y al fin nos alejamos sin haber hablado con él.

Era aquélla una hora en que la ciudad estaba tranquila y silenciosa, porque la gente del país acostumbraba retirarse pronto a dormir, a no ser que alguna circunstancia especial les obligara a permanecer levantados. Volvimos lentamente por las desiertas calles, escuchando el ruido de los cascos de nuestros caballos al chocar contra las piedras del pavimento, y conversando sobre asuntos propios de nuestra edad. La luna brillaba espléndida sobre nuestras cabezas, bañando en su plateada luz los edificios de la ciudad y alfombrando el piso con los encajes de sombra, que proyectaban los remates y pináculos de las iglesias. Al llegar al patio de la casa de maese Timewell, salté de la silla; pero Reuben, atraído por la quietud y belleza de la noche, siguió cabalgando con ánimo de llegar hasta la puerta de la ciudad.

Continuaba todavía ocupándome en aflojar las hebillas de mi correaje y en quitarme la armadura, cuando de pronto resonó en la calle ruido de voces y de pelea en el que se percibía el choque de aceros y la voz de mi amigo que pedía auxilio. Sin perder un instante, desnudé mi espada y salí corriendo al lugar del alboroto.



A corta distancia había un descampado, en el que derramaba su luz el astro de la noche, y pude divisar en el centro de aquel claro la obesa figura de mi amigo saltando de un lugar a otro con una presteza de la que nunca le hubiera creído capaz, y cambiando estocadas con tres o cuatro hombres que lo estrechaban de cerca. Un bulto oscuro aparecía postrado en tierra, y más allá la jaca de Reuben piafaba junto a los contendientes, respondiendo a las voces de su amo. Al embestir yo dando gritos y blandiendo mi espada, los enemigos huyeron por una callejuela, con excepción de uno que era alto y nervioso, el cual se lanzó sobre Reuben, descargándole furiosos tajos y llenándole al mismo tiempo de maldiciones. Lleno de horror, pude observar mientras iba corriendo, que la hoja de aquel malsín alcanzó a mi amigo, y que éste arrojó su arma y cayó en tierra mientras su adversario, después de tirarle una última estocada, huyó por una de las estrechas y tortuosas callejuelas que conducen desde la calle East hasta las riberas del Tone.

—¿Estás herido, Reuben? —pregunté con ansiedad cayendo de rodillas junto a él—. ¿Dónde has recibido el golpe?

—En el pecho es donde principalmente siento la molestia —respondió soplando con fuerza, como el fuelle de una fragua—, y también detrás de la cabeza. Haz el favor de darme la mano.

—Pero ¿estás realmente sano y salvo? —insistí con alegría al ayudarlo a levantarse—. Creí que ese villano te había herido.

—Ni más ni menos que si hubiera tratado de traspasar a un crustáceo con un alfiler —repuso—. Gracias al buen *sir* Jacob Clancing, señor en otro tiempo de Snellaby Hall y a la sazón establecido en la llanura de Salisbury, sus espadas no han hecho más que arañarme el peto. Pero ¿qué ha sido de la joven?

—¿Qué joven? —interrogué.

—La que ha motivado esta contienda. Precisamente desenvainé mi espada para defenderla contra esos merodeadores nocturnos que la acosaban. Mira, allí se la ve levantarse. Esos criminales la habían derribado, cuando yo caí sobre ellos.

—¿Cómo os sentís, *milady*? —pregunté, porque la figura que antes estaba postrada en tierra se había levantado, tomando la forma de una mujer en la flor de la edad y según todas las apariencias, hermosa, si bien este pormenor no podía percibirse por tener el rostro cubierto con un manto—. Celebraré que no hayáis recibido el menor daño.

—No, señor —respondió con voz dulce y apagada—, pero si he librado con bien, se debe al denuedo de vuestro amigo y a la sabia Providencia de aquel que desbarata los planes de los malvados. Sin duda alguna, todo caballero hubiera prestado esta ayuda a una joven puesta en igual riesgo; pero debo añadir para satisfacción vuestra que la persona a quien habéis prestado este servicio no os es enteramente desconocida.

Al acabar de decir estas palabras dejó caer su manto, y volvió hacia nosotros el semblante a la luz de la luna.

—¡Cielo bendito! ¡*Lady* Timewell! —exclamé asombrado.

—Volvamos a casa —dijo con acento firme y rápido—. La vecindad comienza a alarmarse, y dentro de poco tendremos aquí una muchedumbre de curiosos. No demos lugar a necias murmuraciones.

Las ventanas habían comenzado a abrirse con estrépito en todas direcciones, mientras se oía preguntar por lo que ocurría. Allá lejos, en la misma calle, se percibía el resplandor de faroles que oscilaban con el movimiento de los corchetes de la ronda que acudía presurosa. Nos deslizamos por entre las sombras, y al fin nos hallamos a salvo dentro del patio del alcalde, sin haber tropezado con obstáculo alguno.

—Espero, señor, que verdaderamente no os hayan causado daño alguno —dijo la joven a mi compañero.

Reuben había permanecido mudo, desde que *lady* Timewell descubrió el semblante, ofreciendo el aspecto de un hombre que está entregado a un sueño delicioso sin que le aflija otra molestia que la del temor de despertar.

—No —respondió—, no he recibido ningún daño, pero desearía que nos dijerais quiénes son esos canallas y dónde podríamos encontrarlos.

—¡Oh, de ningún modo! —replicó la joven levantando el índice con aire imperioso—; esto debe terminar aquí y vosotros debéis absteneros de dar ningún paso en este asunto. En cuanto a mis asaltantes, no puedo decir con certeza quiénes son. Había salido a visitar a la señora Clatworthy, que estaba con fiebres tercianas, y me acosaron al regresar. Tal vez sean algunos que no están conformes con las opiniones políticas de mi abuelo y querían vengarse de él, hiriéndome a mí. Pero, puesto que habéis sido tan bondadosos, ¿me rehusaréis un favor que voy a pediros?

Mi amigo y yo manifestamos que no teníamos intención de negarle nada y le prometimos acceder a su petición con la mano puesta en la empuñadura de la espada.

—No, no se trata de emplearla contra mis enemigos; reservadlas para pelear las batallas del Señor —dijo *lady* Ruth sonriendo al observar nuestra

acción—. Todo lo que tengo que pediros es que no digáis a mi abuelo una palabra de lo ocurrido, porque tiene un genio violento, y cualquier cosilla le irrita extraordinariamente, a pesar de sus años. Sentiría que abandonara el cuidado de los asuntos públicos, por atender a una minucia de tan escasa importancia como la presente. ¿Me dais palabra de hacerlo así?

—Podéis contar con la mía —repuse haciendo una venia.

—Y con la mía —añadió Lockarby.

—Gracias, mis buenos amigos… Pero ¡ay!, ahora me doy cuenta de que se me ha caído un guante en la calle. No importa; dejémoslo y demos gracias a Dios de que nadie haya salido con daño. Os reitero mi agradecimiento junto con la promesa de no olvidar tan señalado favor.

Dichas estas palabras, subió rápidamente las escaleras y desapareció en un instante.

Reuben y yo quitamos los arneses a nuestros caballos y los colocamos en el establo sin decir una palabra. En la misma actitud penetramos en la casa y subimos a nuestros aposentos; pero, al llegar mi amigo al suyo, se detuvo un instante para decirme:

—Antes de ahora he oído la voz de aquel hombre alto que me embistió con tanta furia.

—También yo —le respondí—. El viejo debe guardarse de sus aprendices… Pero me dan ganas de volver por el guante de *milady*.

El ceño que nublaba el semblante de Reuben se disipó instantáneamente, y abriendo la mano izquierda, me mostró la prenda de ante arrugada por la presión que había sufrido.

—No lo cambiaría por todo el oro que hay en los cofres del venerable alcalde —dijo en un repentino arrebato, y luego, medio riéndose, medio avergonzado de aquella declaración, se coló rápidamente en su alcoba dejándome entregado a mis propios pensamientos.

Y de esta suerte aprendí por vez primera, queridos niños, que mi buen compañero había sido herido por las flechas del cieguecillo dios del amor. Cuando un hombre llega a los diecinueve años, la pasión del amor brota de pronto en él como una llamarada en un montón de pólvora al que se aplicó la mecha.

No os referiría mi historia de un modo conveniente si no os hiciera notar que mi amigo era un muchacho de genio franco, arrebatado e impulsivo, cuya razón pocas veces regulaba los movimientos de sus inclinaciones. Un hombre de tal índole no puede menos de sentirse irresistiblemente atraído por una joven encantadora, a la manera que la aguja sigue fatalmente la atracción del

imán. Esos jóvenes aman tan naturalmente como canta el malvís o retozan los gatitos.

Por el contrario, un individuo como yo, de inteligencia tarda y genio flemático, en cuyas venas la sangre circuló siempre con cierta frialdad y moderación, puede entrar en los asuntos de amor, como el caballo que baja por el cauce inclinado de una corriente, avanzando paso a paso; pero los hombres del temple de Reuben, no bien han apoyado el pie en la pendiente, cuando poco después se encuentran sumergidos en ella.

Sólo Dios sabe cuál fue la causa determinante de aquella pasión. Lo único que puedo decir es que desde aquel día vi a mi compañero triste y malhumorado en ciertos ratos, y alegre y extraordinariamente jovial en otros. El buen humor e ingenio que siempre le habían distinguido, desaparecieron como por encanto; y mi hombre quedó tan desmayado y miserable como los pollos al mudar la pluma; hecho que siempre me ha parecido uno de los resultados más extraños de lo que los poetas llaman el feliz estado de enamoramiento. En realidad, los dolores y las alegrías andan tan mezclados y juntos en este mundo que parecen vivir tabique por medio, bastando el más ligero golpe para derribar el muro que los separa. Se tropieza a veces con hombres tan llenos de suspiros, como una granada lo está de pólvora; tienen el semblante triste y sombrío y parecen tener el espíritu en apartadas regiones, pero si les hacéis observar la miseria de su estado, os responderán que no cambiarían su suerte por la de los más grandes reyes y emperadores. Para ellos las lágrimas vienen a ser monedas de oro, y las risas despreciables piezas de cobre. Bien, queridos míos, es inútil que trate de explicaros lo que yo mismo no puedo comprender. Si, según he oído, es imposible hallar dos hombres que tengan iguales las líneas de la piel de sus pulgares, ¿cómo vamos a esperar que coincidan en sus más íntimas ideas y sentimientos? Con todo eso, he de deciros sinceramente que, cuando pedí la mano de vuestra abuela, no lo hice con el aspecto triste del que preside el duelo en un funeral. Ella confirmará que me presenté con la sonrisa en los labios, aunque tal vez me palpitara un poco el corazón, y que tomando su mano le dije… Pero ¡Válgame Dios! ¿Adónde hemos ido a parar? ¿Qué tiene que ver todo esto con la ciudad de Taunton y el levantamiento de 1685?

La noche del miércoles 17 de junio supimos que el rey, como se llamaba a Monmouth en todo el oeste, estaba a menos de diez millas de distancia con sus tropas, y que efectuaría su entrada en la leal ciudad de Taunton a la mañana siguiente. Como podéis suponer muy bien, se practicaron todas las diligencias necesarias para recibirlo con la pompa y entusiasmo que

correspondía a la ciudad más *whig* y protestante de Inglaterra. Se había erigido en la puerta de Occidente un arco de siemprevivas, que llevaba la inscripción: «¡Bienvenido sea el rey Monmouth!» mientras otro se tendía desde la entrada de la plaza del mercado hasta la ventana más alta de la White Hart, con la leyenda: «¡Dios salve a la Iglesia protestante!» en grandes letras rojas. Un tercero, si mal no recuerdo, se alzaba a la entrada del patio del castillo, pero no puedo deciros cuál era el rótulo que en él se había puesto. La industria de paños y tejidos de lana constituía, como ya os he dicho, el principal negocio de la ciudad, y los comerciantes sacaron a relucir sus telas más ricas para colgar con ellas las calles. Se veían flotar en ventanas y balcones ricos tapices, satinados terciopelos y costosos brocados. Las calles East, High y Fore estaban forradas desde el arranque de los tejados al pavimento con raras y hermosas colgaduras, mientras a ambos lados pendían de las techumbres alegres banderolas y largos festones que iban de una casa a otra. La bandera real de Inglaterra ondeaba en la torre más alta de St. Mary Magdalene, mientras la enseña azul de Monmouth campeaba en la torrecita gemela de St. James. Los trabajos de ornamentación duraron hasta hora bien avanzada de la noche, y al salir el sol el jueves 18 de junio, iluminó el espectáculo más brillante y colorido que jamás ofreció ciudad alguna. Taunton se había trocado, como por arte de magia, de una ciudad industrial en un jardín de flores.

Sir Stephen Timewell desplegó gran diligencia en todos esos preparativos, pero no olvidó al mismo tiempo que lo mejor con que podía regalar los ojos de Monmouth era el nutrido cuerpo de hombres armados que estaban dispuestos a arriesgar por él la vida. En la ciudad había seiscientos combatientes, de los que doscientos eran jinetes, bien armados y equipados en su mayoría. Estas tropas fueron colocadas a lo largo de la carrera que había de seguir el rey. Los soldados de la villa se pusieron en fila en la plaza del mercado de tres en fondo, extendiéndose desde la puerta del castillo hasta la entrada de la calle High; a partir de aquí, siguiendo por el barrio de Shuttern, Dorsetshire y Frome, los campesinos cubrían los dos lados de la calle; y nuestro regimiento se estacionó en la puerta de Occidente. Con las armas bien limpias, las filas en orden, y nuevos brotes verdes en los birretes, el ejército ofrecía el aspecto más brillante que era posible desear. Cuando cada cual ocupó su puesto, y los vecinos con sus mujeres se engalanaron con el traje de los días festivos, luciendo la alegría en el semblante y grandes canastillas de flores recién cortadas, todo estuvo dispuesto para recibir al ilustre visitante.

—Tengo que comunicar las órdenes siguientes —dijo Saxon avanzando hacia nosotros, que permanecíamos al frente de nuestros compañeros—: mis capitanes y yo nos incorporaremos a la escolta del rey en el momento de pasar, y lo acompañaremos hasta la plaza del mercado. Los soldados presentarán armas y continuarán firmes hasta que regresemos.

Los tres subordinados desnudamos las espadas y saludamos a nuestro jefe.

—Si queréis seguirme, aguardad a la derecha de la puerta inmediata —dijo—, tal vez pueda deciros algo de los personajes que forman la escolta del rey. Los treinta años que llevo militando en diversos países me dan derecho a exponer algunas observaciones a los que todavía son aprendices en el arte de la guerra.

Los capitanes nos alegramos de seguir su consejo y salimos por la puerta que se reducía a un ancho hueco y se abría en los terraplenes que señalaban las líneas de las antiguas murallas.

—No se ve todavía la menor señal de que se acerquen —observé, mientras avanzábamos en dirección a una pequeña eminencia—. Supongo que deben venir por este camino que da la vuelta por el valle de enfrente.

—Hay dos clases de malos generales —dijo Saxon—; los que se precipitan demasiado y los excesivamente lentos. A los consejeros de su majestad no podrá nunca acusárseles del primer defecto, cualesquiera que sean las equivocaciones en que pueden incurrir. En este momento me acuerdo del viejo mariscal Grunberg, con quien milité en Bohemia veintiséis meses. Aquel hombre volaba de un punto a otro del país llevando en revuelta confusión la caballería, la infantería y la artillería, como si el diablo le picara la retaguardia. Podía cometer cincuenta errores, pero el enemigo nunca tuvo tiempo de aprovecharse de ellos. En una ocasión, habíamos invadido el territorio de Silesia, avanzando con nuestra habitual celeridad, cuando a los dos días de haber caminado por la montaña, el jefe de su Estado Mayor le dijo que la artillería no podía seguir la marcha. *Lass es hinter*! respondió. Así, pues, abandonamos los cañones y seguimos la marcha; pero al día siguiente por la tarde, la infantería estaba agotada. Entonces el jefe de Estado Mayor volvió le a decir al mariscal: «Mi general, los infantes no pueden andar otra milla más». *Lassen Sie hinter!*[11] replicó nuevamente. Continuamos con la caballería, estando yo a la sazón en su regimiento de tropas húngaras por mi desgracia. Pero después de algunas escaramuzas con el enemigo y de haber transitado por caminos erizados de obstáculos, nuestros caballos se negaron a proseguir. «Los caballos están rendidos» dijo el jefe de Estado Mayor. *Lassen Sie hinter*!, —exclamó Grunberg—; y apuesto que hubiera llegado hasta

Praga, si su Estado Mayor se lo hubiera permitido. Desde entonces lo llamábamos siempre el general *Hinterlassen*.

—¡Eso es lo que se llama un general de rompe y rasga! —observó *sir* Gervas—. Me hubiera gustado servir a sus órdenes.

—Sí, ¿eh? Pues os advierto que tenía un sistema particular de instruir y adiestrar a sus reclutas, y dudo mucho que fuera del agrado de nuestros buenos amigos de este país —dijo Saxon—. Estando de campaña en el ejército que sitiaba a Salzburgo, después de habernos apoderado del castillo o fortaleza de este nombre, se nos incorporaron algunos miles de infantes bisoños, reclutados en Dalmacia para pelear a favor del emperador. Al aproximarse a nuestras líneas, agitando las manos y haciendo salvas de mosquetería, el viejo mariscal Hinterlassen dio orden de descargar contra ellos toda la artillería de las murallas, dando muerte a sesenta de los que llegaban y sembrando el pánico en los demás. «Ahora es menester —dijo— que esos pícaros se acostumbren a resistir el fuego, más pronto o más tarde; de ese modo habrán comenzado ya su instrucción militar y recibido su bautismo de sangre».

—Sin duda, era un instructor excesivamente rudo —observé—; porque bien podía haber dejado esta última parte del bautismo de sangre, para que se encargara de ella el enemigo.

—A pesar de todo, sus soldados lo amaban —continuó Saxon—. Siempre que se tomaba por asalto alguna ciudad, no hacía caso alguno de las quejas de las mujeres contra la soldadesca, ni de las reclamaciones de los vecinos que tenían la desgracia de ser robados. Pero, en lo que toca a jefes calmosos y amigos de proceder despacio, en sus planes no he conocido a otro que igualara al brigadier Baumgarten, que también pertenecía al servicio imperial. Se complacía en levantar sus cuarteles de invierno para poner sitio a alguna plaza fuerte; y al efecto comenzaba a construir frente a ella un baluarte y emprender trabajos de zapa, hasta que los soldados se cansaban de ver la fortaleza que estaban combatiendo; y después de haber jugado con ella, como el gato con el ratón, cuando ya estaba a punto de abrir sus puertas, el brigadier, de buenas a primeras, levantaba el sitio y se volvía tranquilamente a los cuarteles de donde había salido. Dos campañas hice a sus órdenes, sin conquistar honra ni beneficio alguno de los saqueos y despojos, fuera de un mezquino estipendio de tres florines pagados en mala moneda y con seis meses de atraso… Pero observad la gente que está más allá de la torre. Agitan los pañuelos, como si descubrieran alguna cosa.

—No alcanzo a ver nada —respondí poniendo mi mano encima de los ojos y examinando el valle, salpicado de grupos de árboles y que se elevaba suavemente hasta las fértiles colinas de Blackdown.

Los que están en los caballetes de los tejados saludan y señalan a cierto sitio —dijo Reuben—. Me parece que yo mismo percibo el brillo del acero entre los bosques más distantes.

—Allí está —exclamó Saxon extendiendo su mano cubierta con el guantelete—, en la ribera izquierda del Tone, hacia el puente de madera. Seguid mi dedo, Clarke, y decid si podéis distinguirlo.

—Sí, ciertamente —exclamé— veo un resplandor débil que parece ir y venir. Y allá a la izquierda, donde el camino da la vuelta por la colina, ¿no divisáis aquella nutrida masa de tropa? ¡Ah! La cabeza de la columna comienza a salir de los árboles.

No había una nube en el cielo; pero el intenso calor del día había levantado una neblina en el fondo del valle, la cual se extendía a lo largo del accidentado curso del río y suspendía pequeños jirones sobre la vegetación que viste la ribera. Al través de esta fina masa de vapores se veían brillar, de cuando en cuando, deslumbradores destellos, producidos por los rayos del sol que reverberaban en los petos y cascos. Una vez y otra, la suave brisa del verano traía trozos de música marcial, mezclados con el agudo clamor de las trompetas y el rumor prolongado y profundo de los tambores. Poco después, la vanguardia del ejército comenzó a salir de entre la espesura y a trazar una mancha negra sobre el blanco y polvoriento camino. La línea se extendía lentamente avanzando desde el bosque como un gigantesco reptil negro de brillantes escamas, hasta que todo el ejército rebelde, con su caballería, infantería y artillería, apareció debajo de nosotros. El resplandor de las armas, el ondear de innumerables banderas, los airones de los capitanes y las columnas cerradas que formaba la tropa, ofrecía un cuadro que entusiasmó a los ciudadanos, encaramados en lo más alto de las casas de las desmanteladas murallas, a fin de poder divisar desde allí a los defensores de su fe. Si con sólo ver pasar a un regimiento, vuestros pechos se estremecían ante el espectáculo, podéis imaginar lo que sucedería cuando los soldados que contemplarais estuvieran en armas para defender vuestros intereses más sagrados y regresaran de haber reñido una batalla sangrienta y victoriosa… Aunque todo el resto de la nación estuviera contra nosotros; al menos aquellos valientes peleaban a nuestro lado, y por eso no podíamos menos que saludarlos como a hermanos y amigos. Entre todos los lazos que unen a los

hombres en este mundo, no los hay más fuertes que los que nacen de un peligro común.

Todo aquello se me representaba a mis ojos como un maravilloso cuadro de guerra de aspecto imponente, y pensé al contemplar tan brillantes aprestos que nuestra causa estaba ganada. No fue, por tanto, pequeña mi sorpresa cuando observé que Saxon hacía gestos desdeñosos, hasta que, por fin, no pudiendo dominar su impaciencia, comenzó a desahogar el profundo descontento que lo dominaba.

—¡Vaya una manera de disponer la vanguardia que sube por la pendiente! —exclamó—. ¿Dónde están los batidores o *vorreitercomo* los llaman los alemanes? ¿Dónde se ha dejado el espacio que debe haber entre las primeras avanzadas y el cuerpo principal del ejército? Por la espada de Scanderbeg; más que ejército, esa gente parece una procesión o romería de peregrinos, como los que he visto encaminarse al santuario de St. Sebaldus en Noruega con sus banderas y estandartes. Indudablemente, entre aquel grupo de jinetes debe cabalgar nuestro nuevo monarca. ¡Qué lástima no tener con él un hombre capaz de disponer esa confusa turba de campesinos en algún orden de campaña! Pues mirad ahora esas cuatro piezas de artillería que vienen arrastrando a la zaga, como el ganado cojo detrás del rebaño. ¡Ira de Dios! No quisiera ser más que un oficialillo del rey con un escuadrón de caballería ligera y encontrarme en aquellas lomas de más allá. A fe mía, que había de barrer el camino, como el gavilán dispersa una bandada de avefrías. Luego, una carga repartiendo tajos y estocadas… Abajo inmediatamente los indefensos artilleros; unos cuantos disparos para cubrir el objetivo de la acción; media vuelta con la caballería; y largo con los cañones del enemigo entre una nube de polvo. ¿Qué os parece, *sir* Gervas?

—Una operación muy divertida, coronel —respondió el interrogado con un ligero tinte de carmín en sus mejillas—. Supongo que en ella me tocaría desempeñar un papel importante con mi caballería húngara.

—No, pues les aseguro que tendrán que organizarse o sucumbir: no hay término medio. Pero me parece que nuestros amigos no son tan numerosos como decían las crónicas. Yo los calculo en un millar de caballos, y unos cinco mil doscientos infantes. Hubiera creído que los informes eran más exactos. Con mil quinientos voluntarios que hay en la ciudad, y que sumados a los que vienen, nos aproximarán a ocho mil hombres, no hay bastante para invadir un reino y disputar una corona.

—Si el oeste, solo, puede dar ocho mil hombres, ¿cuántos no podrán suministrar los demás condados de Inglaterra? —pregunté—. ¿No es ése el

mejor modo de considerar el asunto?

—La popularidad de Monmouth radica principalmente en el oeste —dijo Saxon—. Esa circunstancia precisamente es la que le ha movido a levantar su estandarte en estos condados.

—Sus estandartes, más bien —observó Reuben—. Cualquiera diría que habían puesto a secar toda la ropa blanca, tendiéndola a lo largo de la línea.

—¡Ciertamente! Tienen más enseñas de las que jamás he visto en una fuerza tan poco numerosa —repuso Saxon alzándose en los estribos—. Una o dos son azules; y las demás, a lo que puedo distinguir, blancas, con algunos motes o divisas.

Mientras sosteníamos esta conversación, la división de caballería, que formaba la vanguardia del ejército protestante, se había acercado a la distancia de un cuarto de milla o menos de la ciudad; y de pronto un agudo toque de trompeta ordenó hacer alto. La señal fue repetida sucesivamente por todos los regimientos o escuadrones, alejándose con rapidez el sonido hasta extinguirse a lo lejos. Mientras la retaguardia se ponía en orden en el camino blanco, moviéndose de una manera insegura, a lo largo de la línea curva y ondulada que formaba el ejército, la formación de este trajo nuevamente a mi ánimo la imagen de una serpiente.

—Me parece una boa gigante —observé— que extendiera sus anillos para envolver a la ciudad.

—Yo diría más bien una serpiente de cascabel —observó Reuben señalando a los cañones que venían detrás—. Lleva todo el ruido en la cola.

—Aquí viene la cabeza, si no me engaño —añadió Saxon—. Lo mejor será que nos coloquemos al lado de la puerta.

Mientras hablaba, un grupo de caballeros elegantemente vestidos se destacó del cuerpo principal y avanzó directamente a la ciudad. Su jefe era un joven alto, delgado y de aspecto distinguido, que montaba con garbo y gracia, y sobresalía entre los que lo rodeaban por el noble porte y la riqueza de sus vestidos. Mientras galopaba hacia la puerta, estalló en la multitud una tempestad de aclamaciones, que se repitieron y prolongaron en toda la extensión cubierta de gente del pueblo, del que una gran parte no podía ver lo que pasaba en las primeras filas, pero colegía por los aplausos que el rey estaba efectuando su entrada en la ciudad.

XX

DONDE SE DESCRIBE LA REVISTA DE LAS FUERZAS DEL OESTE





onmouth estaba, a la sazón, en sus treinta y seis años, y se distinguía por esas cualidades exteriores que agradan a la multitud y conquistan al que las posee el aura popular. Era joven, de palabra fácil y amena, agudo y adiestrado en todo género de

ejercicios viriles y marciales. Mientras avanzaba por la región del oeste, no creyó indigno de su elevada categoría besar a las muchachas de las aldeas, ofrecer premios a los que sobresalieran en los deportes rurales y tomar parte en campeonatos de carreras, luchando con sus botas puestas contra los más ágiles campesinos descalzos[12]. Los caracteres distintivos de su índole eran la vanidad y la prodigalidad; pero Monmouth sobresalía en la ostentosa magnificencia y franca generosidad que se atraen siempre el amor del pueblo. Tanto en Europa como en Bothwell Bridge de Escocia, había capitaneado ejércitos con buena fortuna; y su bondad y clemencia con los partidarios del Pacto después de la victoria fue causa de que los *whigs* le cobraran tanto amor y estimación como odio sentían contra Dalzell y Claverhouse. Al refrenar su magnífico caballo negro a las puertas de la ciudad y saludar a la clamorosa multitud quitándose el birrete adornado con un airón, la gracia y dignidad de su porte eran las que correspondían al caballero errante que se lanza a la lucha en condiciones adversas para reconquistar una corona que le ha sido arrebatada por un tirano.

Se le consideraba de facciones atrayentes y hermosas, pero por mi parte no encontré justa esa apreciación. Su rostro era, a mi juicio, demasiado largo y descolorido para lo que pide la hermosura y gentileza, pero tenía rasgos nobles y señoriles, con nariz bien perfilada y ojos escrutadores. En su boca podía advertirse tal vez algún indicio de la debilidad que eclipsó las buenas condiciones de su genio, si bien la expresión era dulce y amable. Usaba una especie de casaca de las que en aquella época se llamaban *roquelaures*, de color de púrpura, guarnecida con encajes dorados que formaban las solapas, por entre las que brillaba un peto plateado. Las demás prendas eran de terciopelo algo más oscuro que el *roquelaure*, y calzaba un par de botas altas de cordobán amarillo llevaba al cinto un espadín de empuñadura de oro al lado izquierdo y un puñal de Parma al derecho, pendientes uno y otro de vainas de tafilete. Adornaba su cuello con una ancha golilla de encaje de Malinas que le caía sobre los hombros; y de sus mangas salían guarniciones de los puños de la misma tela. Una vez y otra se descubrió e inclinó sobre la silla correspondiendo a las aclamaciones del pueblo. «¡Salud Monmouth!». «¡Salud al jefe protestante!». «¡Viva el noble rey Monmouth!» eran los gritos que se oían sucesivamente, mientras en todas las ventanas, tejados y balcones ondeaban pañuelos y banderolas comunicando nueva animación a la regocijada escena. La avanzada rebelde se entusiasmó a la vista del espectáculo y prorrumpió en estruendosos hurras, que fueron repetidos una y otra vez por el resto del ejército, haciendo resonar la localidad entera.

Entretanto los vecinos más respetables, presididos por nuestro amigo el alcalde, avanzaron desde la puerta de la ciudad, vestidos con sus togas de seda guarnecidas de pieles y con esclavinas de la misma materia, a tributar homenaje al rey. Maese Timewell hincó la rodilla junto al estribo de Monmouth y besó la mano que éste le alargaba.

—¡Arriba, arriba, señor alcalde! —dijo el rey con voz clara y fuerte—, a mis enemigos es a quien toca postrarse ante mí y no a mis amigos. ¿Qué pergamino es ese que estáis desenrollando?

—Un mensaje de bienvenida y de fidelidad, señor, que ofrece a vuestra majestad la villa de Taunton.

—No necesito tales mensajes —dijo el rey Monmouth mirando a su alrededor—. Escrito lo veo en los semblantes que me rodean con caracteres más hermosos de los que jamás pudieron usarse en pergaminos. Mis buenos amigos me han hecho comprender su adhesión y fidelidad sin la intervención de amanuense ni escribano. Vuestro nombre, señor alcalde, es Stephen Timewell, según tengo entendido.

—El mismo, majestad.

—Nombre demasiado breve para persona tan honorable —dijo el rey, desenvainando su espada y tocándole con ella el hombro—. Quiero alargarlo añadiéndole tres letras. Levantaos, *sir* Stephen, y ¡ojalá que halle en mis dominios muchos otros caballeros tan leales y animosos como vos!

Entre los hurras que estallaron nuevamente celebrando el honor otorgado a la ciudad, el mayor se retiró con los concejales a la izquierda de la puerta, mientras Monmouth y su Estado Mayor formaban un grupo a la derecha. Obedeciendo a una señal, un trompetero hizo sonar un toque militar; los tambores batieron paso de carga, y el ejército insurrecto, formado en columnas y con banderas desplegadas continuó su avance hacia la ciudad. Al aproximarse, Saxon nos señaló los diversos jefes y personajes que rodeaban al rey, diciéndonos sus nombres y breves palabras referentes a su carácter.

—Aquel señor pequeño y delgado, de mediana edad, que está a la izquierda del rey, es lord Grey de Wark. Ha sufrido prisión en la Torre por traición. Es el que huyó con *lady* Henrietta Berkeley, hermana de su mujer. ¡Vaya una persona de conducta edificante para figurar entre los jefes que defienden una causa santa! El que está a la izquierda, de cara tan roja y abultada, y gorro adornado con una pluma blanca, es el coronel Holmes, hombre valeroso que no izará nunca el color blanco como bandera de paz o de parlamento a pesar de su airón. El otro que monta el caballo castaño de gran alzada es un abogado, aunque por quien soy puedo afirmar que vale más al

frente de un batallón que dictando una minuta. Es el republicano Wade, que capitaneó a la infantería en la escaramuza de Bridport, logrando sacarla a salvo. El alto y grave militar que usa gorro de acero, es Anthony Buyse, brandeburgués, soldado aventurero y hombre de gran corazón como la mayor parte de sus paisanos. He peleado con él y contra él, antes de ahora.

—Reparad en el caballero alto y delgado que está detrás de él —exclamó Reuben—. ¿Observáis que ha desenvainado la espada y la está esgrimiendo sobre su cabeza? ¡Extraña oportunidad la que elige para ejercitarse en el manejo del montante! Debe de estar loco.

—Tal vez no andéis muy equivocado —dijo Saxon—. Sin embargo, yo os aseguro que, a no ser por ese hombre, no habría ejército protestante que avanzara en dirección a esta ciudad por el camino que desde aquí divisamos. Él es el que, a fuerza de hablarle a Monmouth de la probabilidad que se le ofrecía de ceñirse la corona, le indujo a abandonar su cómodo retiro de Bravante. No hay uno solo de esos hombres a quien no haya tentado con un cebo u otro para comprometerlo en esta empresa. A Grey le ha ofrecido un ducado; a Wade el puesto de gran canciller; y a Buyse el saqueo de la calle de Cheapside. Cada uno de ellos tiene sus aspiraciones; pero ese loco fanático es quien los maneja a su gusto y los hace danzar como muñecos a su capricho. Ha conspirado y mentido más que cualquier *whig* y ha sufrido menos que todos ellos.

—Entonces debe de ser el doctor Robert Ferguson, de quien he oído hablar a mi padre —repuse.

—Así es. Una sola vez lo he visto en Ámsterdam, pero lo reconozco perfectamente por su original peluca y la curvatura de su espalda. Se susurra que últimamente el exceso de amor propio le ha trastornado el juicio. Mirad cómo el alemán le pone la mano sobre el hombro, y le aconseja que envaine la espada. El rey Monmouth vuelve también la cabeza y le sonríe al contemplarlo como si viera en él a un bufón de la corte, cubierto con un manto de Ginebra en lugar del traje de colorines. Pero ya tenemos aquí las avanzadas. ¡Ea! A vuestras compañías, y cuidad de levantar las espadas saludando siempre que pase la bandera de algún regimiento.

Mientras nuestro compañero hablaba, todo el ejército protestante había seguido su marcha hacia la ciudad y las primeras avanzadas llegaban a la puerta de ésta. Rompían la marcha cuatro jinetes mal equipados y montados, con cuerdas en vez de bridas y, en algunos casos, con mullidos de jerga en lugar de sillas. Iban armados en su mayor parte de espada y pistola, y algunos pocos, muy contados, tenían coletos de ante, petos y cascos tomados en el

combate de Axminster y que conservaban aún manchas de sangre de sus antiguos dueños. En medio de ellos cabalgaba un abanderado que llevaba una gran enseña cuadrada pendiente de un asta apoyada en un soporte fijo al cinturón. En la tela se veía escrita en letras de oro la leyenda: *Pro libertate et religione nostra*. Esta tropa de caballería estaba compuesta de hijos de hacendados y labradores, ajenos a la disciplina y que tenían un alto concepto de su importancia como voluntarios del ejército insurrecto; circunstancia que los hacía discutir y poner dificultades a todas las órdenes que se les daban. Por tal razón, a pesar de no carecer de valor y denuedo, sirvieron de poco en la guerra, constituyendo un obstáculo más bien que una ayuda para el ejército.

Seguía detrás de los que acabamos de describir la infantería, que marchaba de seis en fondo, dividida en compañías de número variable, cada una de las cuales llevaba su bandera con el nombre de la ciudad o aldea correspondiente. Este modo de disponer las tropas se aceptó, a causa de haber visto que no era posible separar a los voluntarios, unidos por relaciones de parentesco o vecindad. Dijeron que querían pelear juntos, o que de otro modo no pelearían. Por mi parte, no me parece mala la idea, porque cuando llega el momento de resistir una carga, esos hombres se mantienen firmes sabiendo que están entre amigos y conocidos. Muchos de los lugares antes mencionados llegué a conocerlos posteriormente por referencias de los que a ellos pertenecían y además yo había viajado por algunos otros; de suerte que pude interpretar los nombres de las banderas en su verdadera significación. El gran poeta Homero tiene un capítulo o libro dedicado a recordar los nombres de todos los jefes griegos y su procedencia, junto con el número de soldados que llevaron al ejército común. Es lástima que no tengamos algún Homero del occidente de Inglaterra, que hubiera recordado los nombres de aquellos valientes campesinos y artesanos y referido lo que cada uno hizo y sufrió por defender una causa noble, aunque desastrosa. Al menos no han de perderse los nombres de los pueblos donde nacieron, hasta donde mi débil memoria alcance a recordarlos.

El primer regimiento de infantería, si es que tal nombre puede darse a una turba de gente mal ordenada, se componía de marineros, pescadores y habitantes de la costa que usaban toscos chaquetones azules y mostraban en el andar y porte la rudeza de su clase. Sus rostros de color de caoba estaban curtidos por la intemperie y sus armas consistían en escopetas de caza, machetes y pistolas. Tengo idea de que no era ésta la primera vez que tales armas se volvían contra las tropas del rey James, porque las costas de Somersetshire y Devon fueron famosos centros de contrabandistas; nada,

pues, tenía de extraño que en esta ocasión muchos lugres rebeldes permanecieran amarrados en alguna ensenada o bahía, mientras sus dotaciones efectuaban la expedición militar a Taunton. En cuanto a disciplina, esa gente no tenía la menor noción de ella y marchaban con el rudo aire de la gente de mar, entre voces y frases de saludo populachero que se dirigían mutuamente o a la muchedumbre de curiosos. Desde la Punta de la Estrella hasta los Caminos de Portland, pocas serían las redes ocupadas en la pesca durante un largo espacio de tiempo; y el depósito de Lyme Cobb lo mismo que el mercado de Plymouth, tendría que carecer del surtido acostumbrado durante todo ese tiempo. Cada grupo o cuadrilla de esta gente de mar llevaba su bandera, apareciendo al frente de todas la de Lyme, a la que seguían las de Topsham, Colyford, Bridport, Sidmouth, Otterton, Abbotsbury y Charmouth todas ellas poblaciones meridionales, situadas en la costa o cerca de ella. Por ese orden desfiló la tropa delante de nosotros, con la mayor rudeza y descaro, llevando las gorras echadas al cogote y dejando en pos de sí un rastro de olor a tabaco, al modo que un caballo cansado deja en la ruta que sigue el tufo de su aliento. En cuanto a su número tal vez fueran unos cuatrocientos, poco más o menos.

La columna siguiente llevaba en primer término a los labriegos de Rockbere, armados de mazos y guadañas, a los que seguía la bandera de Honiton, defendida por doscientos fornidos operarios de artículos de pasamanería, procedentes de las riberas del Otter. Estos hombres mostraban en el color de su rostro que el trabajo a que se dedicaban no los exponía al rigor de la intemperie, pero aventajaban a sus paisanos los labriegos en desenvoltura y aire militar. En realidad, en todas las tropas observamos que, si bien los campesinos sobresalían por su resistencia y denuedo, los artesanos los aventajaban en asimilarse de una manera más rápida el garbo y espíritu de la milicia. Detrás de los voluntarios de Honiton, venían los operarios puritanos de las fábricas de paños de Wellington con su alcalde montado en un caballo blanco junto al que llevaba la enseña de la villa y una banda de veinte instrumentos en primera línea. Éstos en su mayoría eran hombres de aspecto grave y austero semblante y usaban trajes de color gris con sombreros de ala ancha. El mote escrito en el estandarte que llevaban decía: *Por Dios y por la Fe*. Formaban tres fuertes compañías, y todo el regimiento contaría cerca de seiscientos hombres.

El tercer regimiento llevaba al frente quinientos infantes de Taunton, hombres todos de vida pacifica dedicada a la industria, pero profundamente imbuidos en los grandes principios de la libertad civil y religiosa, que tres

años después habían de predominar en toda Inglaterra. Al entrar por las puertas de la ciudad, fueron saludados con atronadoras aclamaciones por sus convecinos, desde lo alto de las murallas y desde las ventanas. El orden y seguridad que se advertía en sus filas y la franqueza y honradez de sus semblantes me parecieron indicar que dominaba en ellos un espíritu de disciplina y de concienzuda laboriosidad. Detrás de ellos venían los contingentes de Winterbourne, Ilminster, Chard, Yeovil y Collumpton, compuestos cada uno de un centenar de piqueros o más, que hacían ascender el total del regimiento a cerca de mil hombres.

Junto a ellas avanzó al trote un escuadrón de caballería, seguido de cerca por el cuarto regimiento, que llevaba en la vanguardia los estandartes de Beaminster, Crewkerne, Langport y Chidiock, pacíficas aldeas de Somersetshire, que habían enviado todos sus hombres hábiles para pelear en favor de la vieja causa. Varios ministros puritanos, con sus picudos sombreros y mantos de Ginebra, negros en otro tiempo, pero blancos ahora por el polvo del camino, marchaban con paso firme y resuelto entre sus feligreses. Después, apareció una nutrida compañía de rústicos pastores, oriundos de las grandes llanuras que se extienden desde la región de los Blackdowns en el sur hasta los Mendips en el norte; hombres por cierto muy diferentes de los Corydones y Strephones, que nos pintan maese Waller o el amigo Dryden, los cuales suelen estar siempre vertiendo lágrimas de amor y tañendo alguna zampoña quejumbrosa. Mucho recelo que Chloe o Phyllis hubieran hallado demasiado toscas las amorosas atenciones de estos salvajes de occidente. A continuación, vimos a los mosqueteros de Dorchester, a los piqueros de Newton Poppleford, seguidos de un cuerpo de vigorosa infantería reclutado entre los tejedores de estameña de St. Mary de Ottery. Este cuarto regimiento contaba más de ochocientas plazas, pero era inferior en armamento y disciplina al que le había precedido.

A la cabeza del quinto regimiento marchaba una columna de gente de los marjales, natural de los tristes territorios fronterizos que se extienden alrededor de Athelney. Estos hombres habían conservado en los sórdidos y sombríos lugares que habitaban el mismo espíritu de intrépida independencia que sirvió de último arbitrio al rey Alfred en tiempos antiguos y de protector escudo a los condados occidentales contra las incursiones de los daneses, que nunca pudieron abrirse paso por el territorio pantanoso de aquellos condados, defendido por baluartes inexpugnables. Dos compañías de voluntarios, que se distinguían por sus estoposas cabezas y piernas desnudas, no menos que por el fervor con que cantaban sus himnos y rezaban sus oraciones, habían venido

de las tierras pantanosas de occidente para prestar su ayuda a la causa protestante. En pos de ellos seguían los leñadores y hacheros de Bishop Lidiard del obispo, robustos y de elevada estatura, luciendo verdes chaquetones, y los aldeanos de Huish Champflower, célebres por sus blancas camisas. La retaguardia del regimiento constaba de cuatrocientos hombres que usaban chaquetas rojas, con tahalís blancos y mosquetes bien bruñidos. Eran estos desertores de la milicia del condado de Devon, y habían marchado con Albemarle desde Exeter y alcanzado a Monmouth en el campamento de Axminster. Iban juntos formando una división; pero había otros muchos milicianos con chaquetas rojas y amarillas entre los varios cuerpos anteriormente descritos. El regimiento del que hablo tendría unos setecientos hombres.

La sexta y última columna de infantería llevaba por avanzadas los campesinos de Minehead, que enarbolaban una bandera con el nombre de su villa y la divisa formada por tres fardos de lana y un barco velero, los cuales constituían las armas de aquel antiguo lugar, dotado del privilegio de representación parlamentaria como tantos otros distritos. La mayor parte de estos últimos voluntarios habían venido de la región salvaje situada al norte del castillo de Dunster junto a las márgenes del canal de Bristol. Marchaban luego los cazadores furtivos y monteros de Porlock Quay, los cuales habían dejado los ciervos de Exmoor pastando en paz, mientras ellos emprendían una campaña más noble. Inmediatamente aparecieron los contingentes que procedían de Dulverton, Milverton, Wiveliscombe y de las soleadas laderas de los Quantocks junto con los atezados y arrogantes moradores de los desiertos páramos de Dunkerry Beacon y los elevados y fornidos yegüeros y ganaderos de Bampton. Las banderas de Bridgewater, Shepton, Mallet y de Nether Stowey pasaron junto a nosotros con la de los pescadores de Clovelly y los picapedreros de los Blackdowns. Al final venían tres compañías de hombres extraños, de estatura gigantesca, aunque algo encorvados por el trabajo, con luengas e hirsutas barbas y revueltas greñas que les caían sobre los ojos. Estos eran los mineros de los cerros de Mendip y de los valles de Oare y Bagworthy, gente ruda y bravía, cuyos ojos se fijaban asombrados en los vestidos de terciopelo y brocado de los ciudadanos de Taunton o bien se clavaban con feroz intensidad, causa de medrosa inquietud para las últimas, en las damas que los miraban sonrientes. De este modo fue desenvolviéndose la prolongada línea, hasta que terminó con los tres escuadrones de caballería y los cuatro pequeños cañones, servidos por artilleros holandeses de chaquetilla azul, tan rígidos como sus escobillones, y que formaban la retaguardia. Un

largo tren de carros y vagones que había seguido al ejército fue conducido a los campos inmediatos a las murallas y en ellos hizo alto.

Cuando hubo pasado el último hombre por la puerta de Shuttern, Monmouth y sus jefes penetraron por ella, yendo el alcalde junto al estribo del rey. Mientras saludábamos, la comitiva volvió el rostro hacia nosotros y pude advertir que brilló en el pálido semblante de Monmouth un rápido destello de sorpresa y satisfacción al advertir nuestras apretadas líneas y porte militar.

—A fe mía, caballeros —dijo, volviéndose a su Estado Mayor—, nuestro excelente amigo, el alcalde, debe de haber heredado los dientes del dragón de Cadmo. ¿De dónde habéis sacado esta gente tan lucida, *sir* Stephen? Y ¿cómo habéis llegado a tal perfección de indumentaria, que hasta estoy viendo el cabello empolvado de los granaderos?

—Tengo mil quinientos hombres en la ciudad —respondió con orgullo el anciano fabricante de géneros de lana—, pero no puedo decir que todos posean la misma instrucción. Este destacamento procede de Wiltshire, y los oficiales, de Hampshire. En cuanto a la organización militar que en él advertís, la honra se debe no a mí, sino al veterano coronel Decimus Saxon, a quien han nombrado su jefe, así como a los capitanes que sirven a sus órdenes.

—Os doy expresivas gracias, coronel —dijo el rey volviéndose a Saxon, quien se inclinó y tocó la tierra con la punta de su espada—, también a vosotros, caballeros. No olvidaré el celo y lealtad que en tan breve espacio de tiempo habéis sabido traerme desde Hampshire. ¡Ojalá que me fuera dado hallar iguales pruebas de generosa abnegación en esferas más elevadas! Pero, coronel Saxon, me dicen que habéis militado largos años en el extranjero. ¿Qué pensáis del ejército que acaba de desfilar ante vos?

—Si place a vuestra majestad —respondió Saxon—, podría compararse a una buena cantidad de lana en bruto, que, aunque presenta un aspecto rudo y tosco, puede con el tiempo convertirse en un rico y vistoso traje.

—¡Hum! No disponemos de mucho tiempo para la operación del tejido —dijo Monmouth—. Pero pelean bien. Habíais de haberlos visto embestir en Axminster. Esperamos teneros en nuestro Consejo y oíd vuestras opiniones. Pero ¡calle!, yo he visto antes de ahora el rostro de este caballero.

—Es el honorable *sir* Gervas Jerome del condado de Surrey —repuso Saxon.

—Tal vez me haya visto vuestra majestad en el palacio de St. James —respondió el *baronet*, quitándose el sombrero— o en los balcones de

Whitehall. Durante los últimos años del difunto rey asistía con mucha frecuencia a la corte.

—Sí, sí. Recuerdo el nombre y también el semblante —exclamó Monmouth—. Ya veis, señores —continuó, volviéndose a su séquito—; al fin, comienzan a venir los cortesanos. ¿No fuisteis vos quien tuvo el duelo con *sir* Thomas Killigrew detrás de la Casa de Dunquerque? Por lo menos, tal había creído. ¿No querríais pertenecer al personal de mi servicio?

—Si place a vuestra majestad —respondió *sir* Gervas—, opino que podría servir mejor a la causa real continuando a la cabeza de mis mosqueteros.

—¡Sea así! ¡Sea así! —dijo el rey Monmouth.

Picando espuelas al caballo, se quitó el sombrero para responder a las aclamaciones de la tropa y partió a medio galope por la calle High entre una lluvia de flores arrojadas desde los tejados y ventanas sobre él y sobre su Estado Mayor y escolta. Nosotros nos habíamos incorporado, conforme a las órdenes del coronel, de suerte que tuvimos nuestra participación en aquel obsequio. Reuben agarró en el aire una de las rosas que caían, y pude observar que se la llevó a los labios, guardándola luego dentro del peto. Al levantar la vista sorprendí la cara sonriente de la hija de nuestro huésped que nos miraba desde una ventana.

—¡Bien pescada, Reuben! —le dije en voz baja—. En los juegos de manos, lo mismo que en el del cayado o la pelota, siempre fuiste nuestro campeón.

—Mi querido Micah —respondió—, bendigo el día que te seguí a la guerra. No me cambiaría hoy por el mismo Monmouth.

—¿Tanto has progresado? —pregunté—. A la verdad, creí que estabas abriendo las trincheras; pero veo que me hablas como si hubieras tomado la ciudad.

—Quizá me dejo engañar de mis esperanzas —respondió perdiendo súbitamente su entusiasmo, como suele ocurrir a los enamorados que se tornan de arrebatados en fríos, a modo de los que padecen terciana u otra dolencia análoga—. Dios sabe que no la merezco, pero, no obstante…

—No pongas tus ambiciones en lo que pudiera resultar superior a tus facultades —lo repliqué—. El viejo es rico y ha de apuntar muy alto.

—Desearía que fuera pobre —suspiró Reuben, con todo el egoísmo de un enamorado—. Si esta guerra continúa, podría conquistarme algún honor o título. ¿Quién sabe? Otros lo han hecho; ¿por qué no habré de ser yo uno de tantos?

—Pues, señor… de los tres que hemos venido de Havant —observé—, el uno se siente arrastrado por la ambición; y el otro por el amor. ¿Qué voy a hacer yo no importándome nada ni los altos puestos ni los bonitos rostros de las muchachas? ¿Qué motivos han de impulsarme a combatir?

—Las razones que nos mueven a nosotros son circunstanciales; pero las tuyas pertenecen a un orden superior —dijo Reuben—. El honor y el deber, Micah, son las dos estrellas que han de guiarte siempre en tu carrera.

—¡Por mi vida, que *lady* Ruth te ha enseñado a decir palabras hermosas! —exclamé—; pero me parece que ahora podremos verla aquí entre las bellezas de Taunton.

Mientras decía esto, penetrábamos en la plaza del mercado, que a la sazón estaba ocupada por nuestras tropas. Alrededor de la cruz se había formado un grupo de jóvenes vestidas de muselina blanca, sobre la que resaltaban sus ceñidores azules. Al aproximarse el rey, estas tiernas doncellas se adelantaron hacia él con gracioso garbo, y le ofrecieron una bandera bordada por ellas y un ejemplar de la Biblia elegantemente encuadernado y con broches de oro. Monmouth tomó la bandera y la entregó a uno de sus capitanes; pero colocó el libro sobre su cabeza diciendo en voz alta que había venido allí para defender las verdades contenidas en él; con lo cual los vítores y aclamaciones estallaron con redoblado vigor. Se creyó que hablaría al pueblo desde la cruz, pero se contentó con permanecer junto a ella, mientras los heraldos proclamaban sus títulos a la Corona, e inmediatamente dio la orden de dispersarse, acudiendo las tropas a los diferentes centros donde se les había preparado la comida. El rey y los principales personajes que le acompañaban se hospedaron en el castillo, y los demás jefes en las casas de los principales vecinos y en la residencia del alcalde. En cuanto a los soldados rasos, un gran número de ellos fueron alojados entre los vecinos, otros acamparon en las calles y en los alrededores del castillo, y los restantes fijaron sus pertenencias en los campos de las afueras de la ciudad, donde hicieron grandes hogueras y pudieron asar suculentas raciones de carnero y beber cerveza en abundancia, como si la expedición que habían emprendido para conquistar la capital del reino fuera una gira campestre realizada en un día festivo.

XXI

DE CÓMO MEDÍ MI PULSO CON EL BRANDEBURGUÉS

El rey Monmouth había convocado un consejo para aquella noche e invitó al mismo a Decimus Saxon. Yo le acompañé llevándome el pequeño paquete que *sir* Jacob Clancing me había dado a guardar. A nuestra llegada al castillo, nos percatamos de que el monarca no había salido aún de su cámara; pero se nos llevó al gran salón de espera, que era una magnífica pieza con estrechos y altos ventanales y un rico artesonado de finas maderas. En el testero se había colocado el escudo real sin la siniestra barra que en otro tiempo había usado Monmouth. Aquí se habían reunido los principales jefes del ejército con muchos oficiales, funcionarios de la ciudad y otros que deseaban presentar algunas peticiones. Lord Grey de Wark permanecía silencioso junto a la ventana, contemplando el paisaje con rostro sombrío. Wade y Holmes conversaban en voz baja en un rincón moviendo la cabeza con aire desesperanzado. Ferguson paseaba, de un lado a otro, a grandes zancadas, con su peluca descompuesta, canturreando plegarias y exhortaciones con acento marcadamente escocés. Algunos de los que estaban vestidos con mayor elegancia se colocaron alrededor de la apagada chimenea y escuchaban el relato de cierto sujeto que profería al hablar repetidos juramentos y arrancaba frecuentes carcajadas a los que lo escuchaban. En otro rincón se había formado un numeroso grupo de fanáticos que usaban togas negras o bermejas con anchas bandas blancas y largas capas y escuchaban atentamente a algún predicador de nota, que ocupaba el centro del corro o discutían en tono moderado cuestiones de filosofía calvinista relacionadas con la política.

Unos cuantos jefes militares, de aspecto llano y sencillo, que no eran sectarios ni cortesanos, vagaban de un sitio para otro, o bien se asomaban a

las ventanas y esparcían la vista por el bullicioso campamento, establecido en la pradera del castillo. Saxon me condujo adonde estaba uno de esos militares, notable por su elevada estatura y robustos hombros, y, tocándole en la manga, le tendió la mano como a un viejo amigo.

—*Mein Gott!*[13] —exclamó el soldado alemán aventurero, porque era el mismo que mi compañero me había indicado por la mañana—, apenas tenía certeza de que fueras tú, Saxon, cuando te vi junto a la puerta de la ciudad, porque estás mucho más delgado que en otro tiempo. Cómo un hombre pueda echarse al coleto tanta cantidad de cerveza bávara como la que tú has bebido, y a pesar de todo no criar más carnes es cosa que no puedo comprender. Y ¿qué tal lo has pasado?

—Como antaño —dijo Saxon—. Más golpes que *thalhers*, y más necesidad de un cirujano que de una caja de caudales. ¿Cuándo nos vimos la última vez, amigo? ¿No fue en el ataque de Núremberg, en el que tú mandabas el ala izquierda de la caballería pesada y yo la derecha?

—No, hombre —respondió Buyse—. Posteriormente nos hemos encontrado en nuestras aventuras guerreras. ¿Es posible que te hayas olvidado de la refriega que tuvimos en las riberas del Rin cuando me disparaste aquel tiro a quemarropa? ¡Ira de Dios! Si no es porque en aquel momento un canalla me mató el magnífico alazán que montaba, te hubiera barrido de un tajo la cabeza, con la misma facilidad que la hoz del segador troncha los tallos de las espigas.

—Tienes razón —repuso nuestro coronel con acento reposado—, ya no lo recordaba. Tú caíste prisionero, si la memoria no me es infiel, pero poco después dejaste por muerto al centinela dándole un golpe en la cabeza con los mismos grillos que te sujetaban, y atravesaste a nado el Rin bajo el fuego de un regimiento. Sin embargo, creo que te ofrecimos iguales condiciones que a los demás si querías quedarte con nosotros.

—Se me hizo, a la verdad, cierta oferta indecorosa —dijo el alemán en tono serio—. Y entonces respondí que, aunque había vendido mi espada, por nada del mundo quería vender mi honor. Porque conviene que un soldado aventurero sepa demostrar, cuando llega el caso, la firmeza y la… ¿cómo la llamáis?… la inviolabilidad de sus compromisos, hasta tanto que haya terminado la guerra… Después, que se le deje cambiar de jefe si lo cree conveniente. *Warum nicht?*[14]

—Muy cierto, amigo mío, muy cierto —replicó Saxon—. Esos desarrapados italianos y esos pordioseros suizos han convertido en un tráfico indecente el servicio militar de los mercenarios, y se venden en cuerpo y alma

a la bolsa más espléndida con tanta facilidad que nosotros o tenemos más remedio que portarnos con delicadeza en cuestiones de honor. Pero ¿conservas todavía en el puño aquel brío que te dio el campeonato en todo el palatinado por tus irresistibles apretones de manos? Pues aquí tienes a mi capitán, Micah Clarke, guapo mozo, a quien querría que demostraras la calurosa efusión con que un alemán del norte sabe estrechar la mano de un amigo.

El brandeburgués sonrió ligeramente dejando ver su blanca dentadura, mientras me tendía su ancha y morena diestra. Tan pronto como hizo presa en la mía la dobló repentinamente con toda su fuerza estrujándome los dedos hasta que la sangre se agolpó en los pulpejos, dejándome la mano rendida y poco menos que inútil.

—¡Rayos y truenos! —exclamó, riéndose, con toda su alma, al observar la cara de sorpresa y dolor que debí poner—. Es un juego prusiano un poco fuerte; y parece que no les sienta bien a los jóvenes de Inglaterra.

—Os aseguro, señor —repuse—, que me ensayo por primera vez en este pasatiempo; y por cierto, me gustaría ejercitarme en él bajo la dirección de un maestro tan competente.

—¡Ah! ¿De modo que queréis repetir la suerte? —preguntó—. Yo creía que vuestros dedos habrían quedado un tanto doloridos. Por mi parte no he de rehusaros la petición, aunque temo que la experiencia os reste el brío necesario para apretar la empuñadura de la espada.

Mientras esto decía, me alargó nuevamente su mano, y entonces yo la así firmemente, procurando mantener el codo a conveniente altura para echar toda mi fuerza sobre él. Su artificio consistía, según observé, en dominar la diestra del adversario mediante un gran esfuerzo hecho al principio, y eso es lo que yo evité poniendo en juego todo el brío y resistencia de mi brazo. Por espacio de un minuto o algo más, permanecimos inmóviles, contemplándonos el uno al otro; pero no mucho después observé que brotaban de su frente unas ligeras gotas de sudor, y por ellas conocí que mi contendiente estaba vencido. Poco a poco aflojó la presión con que apretaba mi mano, debilitándose la suya cada vez más, hasta que se vio forzado a pedir con voz áspera y temblorosa la terminación del pugilato reconociendo mi superioridad.

—¡Voto a cien mil demonios! —exclamó sacudiendo la sangre que le brotaba de debajo de las uñas—, tanto me hubiera valido meter la mano en un laminador. Vos sois el primero de los que hasta ahora midieron el pulso con Anthony Buyse.

—En Inglaterra se cría nervio de tan buena calidad como el de Brandeburgo —dijo Saxon riéndose a carcajadas de la derrota del soldado alemán—. ¡Vaya! Yo he visto a este joven tomar a todo un sargento de dragones, que era un hombrón, y echarlo en un carro como si se tratara de un costal de paja.

—El muchacho es fuerte —refunfuñó Buyse, retorciéndose todavía la mano—, fuerte como el célebre Götz de Berlichingen, el del férreo puño. Pero ¿para qué sirve la fuerza sola cuando se necesita manejar un arma? Lo que principalmente importa no es la fuerza del golpe, sino la forma en que se le descarga. Vuestra espada, señor capitán, pesa mucho más que la mía, a juzgar por lo que veo; y, sin embargo, mi hoja penetraría mucho más causando una herida de mayor peligro. ¿No es verdad que ese deporte corresponde mejor a lo que piden las necesidades de la guerra que la chiquillada de pulsear y otras cosas análogas?

—Mi subordinado es un joven modesto —dijo Saxon—. Pero querría veros contender con él probando la fuerza de un fendiente.

—Y, ¿cuánto vamos a apostar? —gruñó el alemán—. Todo el vino que podamos beber de una sentada.

—Pues en todo caso, señalemos una cantidad respetable —dijo Buyse—; por lo menos un par de galones. Conforme a lo dicho. ¿Aceptáis, capitán?

—Fiaré lo que pueda —respondí—, aunque difícilmente podré descargar un golpe tan fuerte como el de un soldado veterano y experto.

—¡Ea, joven! Dejémonos de cumplimientos —exclamó Buyse con cierta acrimonia—. Con esas blandas palabras me habéis estrujado los dedos… Bien, aquí está mi casco de acero de prueba; como veis tiene algunas melladuras procedentes de los golpes recibidos, y una más no ha de hacerle perder su valor. Aquí lo pongo, sobre este banquillo de roble que tiene altura suficiente para descargar sobre él un mandoble con toda comodidad. ¡Hala con él, joven!, y veamos si podemos hacerle una señal nueva más profunda que las que ya tiene.

—Comenzad vos —dije—, puesto que de vos ha partido el desafío.

—De manera que necesito echar a perder mi propio casco, para afianzar mi buen nombre de guerrero —gruñó—. Bien, bien; ya ha resistido en otras ocasiones uno o dos tajos.

Desenvainó su chafarote, y después de mandar retirarse a los curiosos reunidos en nuestro alrededor, blandió su espadón con tremenda fuerza alrededor de la cabeza y lo dejó caer sobre la bruñida superficie del capacete con un tajo de través limpio y vigoroso. El casco saltó en el aire a gran altura

y cayó luego sobre el entarimado de roble, dejando ver una hendidura larga y profunda abierta en el metal.

—¡Bravo golpe! ¡Soberbio tajo! —exclamaron los espectadores—. Se conoce que es acero de prueba de triple hoja martillada, y garantizado para resistir la hoja más cortante —observó uno, levantando el casco para examinarlo, y volviéndole a poner sobre el banquillo.

—He visto a mi padre cortar piezas de acero de prueba con esta misma espada —dije desenvainando mi arma que tenía una antigüedad de medio siglo—. Aunque es verdad que él descargaba el golpe con mayor fuerza que vos. Le he oído decir que un buen mandoble debe arrancar de la espalda y de los riñones, más bien que de los músculos del brazo.

—Aquí no necesitamos lecciones, sino un *beispeil*, digo, un ejemplo —replicó el alemán—. Lo que nos importa es vuestro golpe y no las instrucciones de vuestro padre.

—Mi golpe estará en conformidad con esas enseñanzas —dije yo, blandiendo a mi vez la espada y dándole algunas vueltas, la descargué con toda mi fuerza y poder sobre el yelmo del alemán. La antigua y bien probada hoja de la época de la República penetró en la plancha de acero, y, después de cortarla en todo su espesor, hendió en dos partes el banquillo y clavó su punta a dos pulgadas de profundidad en el roble del entarimado—. Este es un juego que requiere cierta maña —añadí—, y lo he practicado en casa en ciertas tardes de invierno.

—Pero no me agradaría que lo ensayarais en mi persona —dijo lord Grey, en medio de un murmullo general de aplauso y admiración—. ¡Pardiez, muchacho! ¡Lástima que no te hubiera tocado vivir dos siglos antes! ¿Quién sabe adónde hubieras llegado con esos bríos, antes que la invención de la pólvora pusiera a todos los hombres al mismo nivel?

—*Wunderbar!*[15] —refunfuñó Buyse—, *Wunderbar*! He perdido el primer puesto, capitán, y os cedo de buen grado la palma de la fuerza. Ha sido un golpe de primera. Me cuesta un par de barriles de vino de Canarias y un excelente yelmo antiguo; pero no me quejo, porque se ha hecho como Dios manda. Le doy sinceras gracias porque no estaba dentro del mismo mi cabeza. En otras ocasiones Saxon solía mostrarnos algunas habilidades de su cosecha, si bien no es hombre de corpulencia bastante para descargar golpes tan terribles como el último.

—Mi ojo sigue siendo certero y mi mano firme, aunque tal vez hayan perdido algo por la falta de uso —dijo Saxon, complaciéndose en que se le ofreciera ocasión de atraer sobre sí las miradas de los jefes—. Con sable,

espada y daga, espada y rodela, simple cimitarra y juego de cimitarras, desafío todavía a cualquier adversario, exceptuando únicamente a mi hermano Quartus, que maneja todas las armas blancas tan bien como yo, pero con la ventaja de alcanzar media pulgada más.

—En mis tiempos estudié la esgrima con el *signor* Contarini de París —dijo lord Grey—. ¿Con quién la aprendisteis vos?

—Con el *signor* Stern Necessity, gran profesor europeo —respondió Saxon—. Llevo cincuenta y tres años defendiendo mi vida diariamente con esta lámina de acero. Voy a mostraros un pequeño juego que supone alguna finura de vista, y consiste en arrojar al techo esta sortija, y recogerla en la punta de mi espadín. A primera vista, quizá parezca sencillo, pero sólo puede ejecutarse con perfección después de alguna práctica.

—¿Sencillo decís? —exclamó Wade el abogado, que era un hombre de rostro franco y mirada audaz—. Pues yo creo que no siendo esa sortija de mucho mayor diámetro que el grueso de vuestro dedo, podrá tomársela en el aire alguna vez por casualidad; pero la suerte no deberá repetirse mucho sin riesgo de salir chasqueado.

—Apostaré una guinea a que la ensarto en mi espada —dijo Saxon; y lanzando al aire el menudo anillo de oro blandió el espadín y tiró una estocada. La sortija resbaló a lo largo de la hoja de acero y chocó contra la cruz de la empuñadura. Con un rápido movimiento de la muñeca la disparó nuevamente al techo, donde tropezó en uno de los adornos del mismo, mudando de dirección; pero Saxon avanzó rápidamente hacia ella, y en el momento de caer, la recibió en la punta de su espada—.Seguramente habrá aquí algún caballero que ejecute la misma suerte con tanta limpieza como yo —dijo mientras volvía a colocarse en el dedo la sortija.

—Me parece, coronel, que podría yo arriesgarme a ensayar ese juego —dijo una voz; y al volver la cabeza vimos que Monmouth había entrado en la sala y permanecía tranquilamente cerca del corro, sin que nosotros hubiéramos advertido su presencia, entretenidos como estábamos en mostrar nuestras habilidades—. Quietos, quietos, caballeros —continuó diciendo afablemente, al observar que nos descubríamos e inclinábamos un tanto avergonzados—; ¿qué ocupación mejor podrían tener mis leales amigos que ejercitarse en la esgrima? Dadme vuestro espadín, coronel.

Sacó del dedo una sortija de diamantes, y después de lanzarla a lo alto, la traspasó con la misma destreza y seguridad que Saxon.

—He practicado este ejercicio en La Haya, donde, por cierto, tenía muchas horas que dedicar a semejantes niñerías. Pero ¿qué significan estos

trozos de acero y las astillas que veo esparcidas sobre el piso?

—Un hiju d’ Anak ha aparecidu entre nosotrus —dijo Ferguson, volviendo su rostro hacia mí, y pronunciando con exagerado acento escocés—. Un verdaderu Guliat de Gath qu’ ha descargadu un porrazu capaz e partir una columna. ¿No es verdad que tieni cara e niñu y fuerzas d’ un *behemoth*, como se llama la bestia descrita en el libro de Job[16]?.

—Ciertamente que éste es un tajo extraordinario —observó el rey Monmouth, recogiendo la mitad del banquillo—. ¿Cómo se llama el autor de la hazaña?

—Es mi capitán, majestad —respondió Saxon, envainando el espadín que el rey le había alargado—; Micah Clarke, natural de Hampshire.

—En esa región hay gente fornida y briosa —dijo Monmouth—; ¿pero a qué habéis venido aquí, señor? He convocado esta junta sólo para que en ella tengan parte el personal de mi servicio y los coroneles de los regimientos. Si hubiéramos de admitir en nuestros consejos a todos los capitanes, tendríamos que celebrar las reuniones en la pradera del castillo, porque aquí no habría sala bastante capaz para todos nosotros.

—Me he atrevido a venir, señor —repliqué—, porque, durante mi viaje, se me confió un encargo consistente en entregaros este pequeño paquete; y he creído que no debía diferir el cumplimiento de mi cometido.

—¿Qué es ello? —preguntó Monmouth.

—No lo sé —respondí.

El doctor Ferguson murmuró algunas palabras al oído del rey; y éste se echó a reír y alargó la mano para tomar el paquete.

—¡Bah! ¡Bah! —dijo Monmouth—. Han pasado ya, doctor, los tiempos de los Borgias y los Médicis. Además, el joven no es ningún conspirador italiano, y sus honrados ojos azules y pelo rubio constituyen un buen certificado natural respecto de su carácter. Esto pesa un poco… parece un lingote de plomo. Dadme vuestra daga, coronel Holmes. Está atado con un bramante. ¡Callad! Es una barra de oro… oro sólido y puro… ¡verdaderamente admirable! Encargaos de ello, Wade, y procurad que vaya a aumentar el fondo común. Esa piececita del precioso metal puede suministrarnos diez piqueros. ¿Qué tenemos aquí? Una carta y un sobre. «Para James, duque de Monmouth…» ¡hum!, está escrita antes que tomáramos nuestro real título. «*Sir* Jacob Clancing, oriundo de Snellaby Hall, envía un respetuoso saludo junto con un pequeño obsequio en testimonio de adhesión. Proseguid la buena obra comenzada hasta llevarla a cumplido término. Otros cien lingotes más os esperan, cuando hayáis cruzado la llanura

de Salisbury». ¡Excelente promesa, *sir* Jacob! Yo hubiera deseado que la hubierais cumplido desde luego. Bien, caballeros, ya veis cómo de todas partes nos llegan socorros y frases afectuosas. ¿No estaremos en vísperas de iniciar una serie interminable de triunfos? ¿Podrá sostenerse el usurpador por mucho tiempo? ¿No lo abandonarán sus defensores? Dentro de un mes o menos he de veros reunidos a todos en Westminster; y entonces nada consideraré tan grato como saber que todos, desde el más alto al más bajo, habéis recibido la recompensa debida a vuestra lealtad en la hora de angustia y de peligro.

Del grupo de los cortesanos salió un murmullo de agradecimiento por aquellas generosas palabras; pero el alemán tiró de la manga a Saxon mientras le decía en voz baja:

—Le abrasa la fiebre; mas, dentro de poco, lo verás tiritar.

—Aquí se me han unido mil quinientos hombres, cuando sólo esperaba un millar escaso —continuó el rey—. Si sentíamos grandes esperanzas, al desembarcar en Lyme Cobb con sólo ochenta hombres, ¿no hemos de tenerlas ahora que estamos en la ciudad principal de Somersetshire con ocho mil valientes a mi alrededor? Esto ya es muy distinto de lo de Axminster, y el poder de mi tío se vendrá abajo como un castillo de naipes. Pero sentaos a la mesa, caballeros, y discutiremos los asuntos en debida forma.

—Veo ahí un trozo de papel que no habéis leído, señor —dijo a Wade mientras recogía la hoja que había venido incluida en el billete—. Son unos versos o quizá la leyenda de una sortija —dijo Monmouth, echando una ojeada al escrito—. ¿Qué vamos a hacer con esto?

Cuando tu estrella esté en trino,
entre eclipsarse y lucir,
¡oh, Monmouth, Monmouth,
guárdate mucho del Rin!

»¡Tu estrella en trino! ¿Qué estúpida jerigonza es ésta?

—Con permiso de vuestra majestad —dije—, tengo motivos para creer que la persona que os envía este mensaje es uno de los hombres más peritos en las artes de la adivinación, y que pretenden predecir la suerte de los hombres por el movimiento de los cuerpos celestes.

—Este caballero tiene razón, señor —observó lord Grey—. La frase «tu estrella en trino» es un término astrológico, que significa: cuando el planeta que presidió vuestro nacimiento esté en cierta región del cielo; y el verso tiene todo el corte de una profecía. Se dice que antiguamente los caldeos y egipcios habían adquirido gran habilidad en el arte mencionado; pero confieso que no

me fío mucho de los profetas de época reciente, y menos de alguno que se ocupa en contestar a las necias preguntas de las amas de llaves.

Por Venus y la luna les declara
quién se llevó el dedal y la cuchara.

Murmuró Saxon, citando su poema favorito.

—¡Hola! Aquí parece que nuestros coroneles se hacen eco del comentario que os ha merecido el verso del adivino —dijo el rey riéndose—. Tendremos que dejar la espada y tomar el arpa, como lo hizo Alfred en estas mismas regiones. O bien me convertiré en un rey de bardos y trovadores, a ejemplo del buen René de Provenza. Pero, caballeros, si los tales versos fueran de hecho una profecía, me parece que no son adversos para nuestra empresa sus presagios. Sin duda se me advierte que me prevenga contra el Rin; pero no hay probabilidades de que hayamos de pelear en aquellas riberas.

—¡Tanto peor! —murmuró el alemán entre dientes.

—Podemos pues dar las gracias a *sir* Jacob y a su gigante mensajero, tanto por el vaticinio como por el oro que nos regala. Mas aquí viene el digno alcalde de Taunton, que es el más anciano de nuestros consiliarios y el más joven de nuestros caballeros. Capitán Clarke, deseo que permanezcáis de guardia en esta puerta para prevenir cualquier intrusión. Tengo la confianza plena de que guardaréis secreto sobre lo que aquí se trate.

Hice una inclinación y ocupé mi puesto, conforme se me ordenaba, mientras los consejeros y jefes se reunían alrededor de la gran mesa de roble que ocupaba la parte central del salón. La suave luz del crepúsculo penetraba por las tres ventanas de occidente y el lejano murmullo de los soldados que acampaban en la pradera del castillo sonaba como el zumbido adormecedor de un enjambre de insectos. Monmouth se puso a pasear con aire precipitado e incierto de un extremo a otro de la pieza hasta que todos estuvieron sentados, y, entonces, se volvió hacia ellos y les habló así:

—Sin duda habréis supuesto, caballeros, que os he convocado hoy para oír vuestros consejos sobre los pasos que conviene dar. Hemos avanzado al presente unas cuarenta millas por el interior de nuestro reino, y en todas partes se nos ha otorgado la favorable acogida que esperábamos. Muy cerca de unos ocho mil hombres siguen nuestras banderas, habiendo tenido que retirarse otros tantos por la falta de armas. Dos veces hemos encontrado al enemigo, logrando proveernos de armamento a sus expensas. Desde el principio al fin todo nos ha salido favorablemente, y tenemos motivos para esperar que nuestros resultados sean más satisfactorios aún en lo futuro. Para conseguirlo os he reunido en este lugar, ahora os pido que me deis vuestro

parecer sobre la situación presente, retirándoos luego que haya oído vuestras opiniones, a fin de que pueda yo formar mi plan. Entre vosotros hay estadistas y militares, no faltando tampoco sujetos de piedad que acaso puedan suministrarnos luz en puntos donde no lo hagan los hombres de guerra y de gobierno. Hablad, pues, sin reserva de ningún género, y manifestadme lo que pensáis.

Desde el sitio que yo ocupaba junto a la puerta, podía distinguir las filas de rostros que aparecían a ambos lados de la mesa: graves puritanos enteramente rasurados, militares de color moreno y cortesanos de blancos mostachos y pelucas. Mis ojos se posaron especialmente en las escorbúticas facciones de Ferguson, en el anguloso y aquilino perfil de Saxon, en el abultado semblante del alemán y en el continente meditabundo y enclenque de lord Wark.

—Si ningún otru de los presentis quieri dar su opinión —comenzó a decir el fanático doctor—, no por esu dejaré yo e manifestar lo que sientu interiormenti. Porque, ¿no es verdad que vengu trabajandu con todas mis fuerzas a favor de la buena causa, sacrificándome por ella y soportandu grandes sufrimientus y vejaciones procedentis de enemigus perversus, los cuales han puesta a prueba mi virtud? ¿Acaso no he sidu trituradu como en prensa e lagar y arrojadu al arroyu entre burlas y escarnius?

—Nos son bien conocidos vuestros méritos y penalidades, doctor Ferguson —dijo el rey—. La cuestión que hemos de ventilar se refiere a la manera de portarnos en lo futuro.

—¿Quién no ha oídu la voz que s’ha levantadu en el esti? —continuó el empedernido *whig*—. ¿Por ventura no ha resonadu como un gran gritu e protesta y recriminación, lanzadu contra un Pactu roto y una generación delincuenti? ¿De onde vinu ese gritu? ¿Quién articuló esa voz? ¿No ha sido Robert Ferguson, que s’ ha levantadu contra los grandes de la tierra, sin qu’ haya nada ni nadie capaz de hacerli callar?

—Sí, sí, doctor —dijo Monmouth con impaciencia—. Ceñíos a la cuestión principal, o dejad que hable otro.

—Voy a explicarmi con toda claridad, señor. ¿No hemos oídu qu’ Argyle ha sido copadu? ¿Y por qu’ ha sido copadu? Porque no tenía la debida fe en las obras del Altísimo y porque se empeñó en rechazar la ayuda de los hijos de la luz, favoreciendu así a los despreciables partidarios del prelatismu, que son medio paganos, medio papistas. Si hubiera caminadu por las sendas del Señor no estaría ahora en las mazmorras de Edimburgo sin otra perspectiva que la del tajo y el hacha. ¿Por qué no ciñó sus lomos y marchó en busca el

enemigu, desplegando la bandera de la luz, en lugar d’ entretenerse aquí y d’ aguardar allá, a manera d’ un Didimo irresoluto y vacilanti? Pues otro tantu o algo parecidu nos sobrevendrá si no marchamos tierra aentro y plantamos nuestra enseña en la perversa ciudá e Londres; la ciudá en que se dejará sentir la mano el Señor, y cuya cizaña está a puntu de ser separada del trigu y puesta en hacis para el fuego.

—En resumen —dijo Monmouth—: que a vuestro juicio debemos avanzar.

—Sí, debemos seguir adelanti, señor, y prepararnus para ser vasos de gracia absteniéndonus de infamar la causa del Evangelio usando la librea del diablu —decía mientras sus ojos se fijaban en el traje elegante de un caballero, sentado al otro lado de la mesa— y guardándonus también de los juegus de naipes, de las canciones profanas y de los juramentus y por miembros de esti ijércitu, con gravi iscándalo del pueblu e Dios.

Un murmullo de asentimiento y aprobación salió del grupo puritano del consejo al oír aquellas palabras, mientras los cortesanos se miraban mutuamente y fruncían los labios con expresión de burla. Monmouth dio dos o tres vueltas y luego pidió otra opinión.

—Vos, lord Grey —dijo—, sois soldado y hombre de experiencia. Decidnos cuál es vuestro pensamiento. ¿Deberemos hacer alto aquí o avanzar hacia Londres?

—Avanzar hacia el este nos sería fatal, en mi humilde sentir —respondió Grey, hablando lentamente a la manera del hombre que ha pensado por largo tiempo lo que dice—. James Stuart cuenta con numerosa caballería y nosotros carecemos de tal arma. Podremos sostenernos en terreno fragoso o quebrado; pero ¿qué probabilidades de vencer tendríamos en medio de la llanura de Salisbury? Cuando los dragones nos rodearan, vendríamos a ser como un rebaño de ovejas entre una manada de lobos. Fuera de esto, cada paso que demos hacia Londres nos aleja del terreno donde se nos ofrecen las principales ventajas y de la fértil región que suministra los víveres; y al mismo tiempo nuestro enemigo cobra nueva fuerza al acortarse la distancia de los puntos adonde tiene que trasportar sus tropas y vituallas. Por consiguiente, en tanto que no tengamos noticia de haber ocurrido algún gran levantamiento en cualquier parte o alguna insurrección general a nuestro favor en Londres, lo mejor que podemos hacer es defendernos aquí del ataque de nuestros enemigos.

—Razonáis con gran tino y agudeza, milord Grey —dijo el rey—. Pero ¿cuánto tiempo tendremos que esperar ese levantamiento que nunca llega, y

ese apoyo que se nos viene prometiendo sin que hasta ahora haya llegado el momento de recibirlo? Siete largos días hace que estamos en Inglaterra, y durante todo ese tiempo no ha venido a presentársenos ni un solo miembro de la Cámara de los Comunes o de los Lores, excepto milord Grey, que está desterrado también. Ningún barón, ningún conde, ningún *baronet*, ha tomado las armas a mi favor. ¿Dónde están los hombres, que Danvers y Wildman me habían prometido desde Londres? ¿Dónde están los animosos jóvenes de la *City*, que, según nos dijeron, ansiaban mi venida? ¿Dónde las insurrecciones que habían de levantarse desde Berwick hasta Portland? Nadie se ha movido, más que estos buenos labriegos. Se nos ha engañado, escarnecido, puesto en riesgo de perecer, atraído al matadero por viles agentes de mis enemigos.

Dicho esto, comenzó a pasear de un lado a otro, cruzando las manos y mordiéndose los labios con aire de desesperación. Observé entonces que Buyse sonreía y murmuraba algunas frases al oído de Saxon; y supuse que se referiría al acceso de frío que debía de seguir a la elevada temperatura del entusiasmo, anteriormente descrito.

—Decidme, coronel Buyse —continuó el rey, dominando su emoción con un esfuerzo supremo—. ¿Estáis de acuerdo, como soldado, con el dictamen de milord Grey?

—Preguntad a Saxon, señor —respondió el alemán—. En todos los consejos a los que he asistido, mi opinión se ha identificado siempre con la suya.

—Entonces acudiremos a vos, coronel Saxon —dijo Monmouth—. Entre los aquí reunidos hay quienes opinan a favor de un avance, y quienes creen lo más acertado mantenernos aquí. El número y calidad de las personas que sostienen los dos extremos enunciados son, a mi juicio, casi iguales. Si tuvierais vos el voto decisivo, ¿qué haríais?

Todas las miradas se volvieron hacia nuestro jefe, porque su marcial continente y el respeto que le había demostrado el veterano Buyse hacían creer que su opinión inclinara la balanza. Saxon continuó algunos momentos en silencio con el rostro sepultado entre las manos.

—Voy a decir mi parecer, señor —dijo por fin—. Feversham y Churchill están avanzando en dirección a Salisbury con tres mil infantes, y tienen ya en dicha región ochocientos caballos de la Guardia Real y dos o tres regimientos de dragones. Por consiguiente, si tuviéramos que pelear en la llanura de Salisbury, como ha dicho muy bien lord Grey, nuestra infantería, armada de un modo imperfectísimo y abigarrado, difícilmente podría resistir el empuje de la caballería enemiga. Verdad es, conforme ha dicho sabiamente el doctor

Ferguson, que todo es posible para el Señor, ya que nosotros no representamos otro papel que el de granos de polvo en el hueco de su mano; pero también es cierto que nos ha dado la razón para elegir el mejor camino, y si no lo hacemos así, debemos sufrir las consecuencias de nuestra locura.

Ferguson se echó a reír con expresión de desprecio y murmuró una plegaria; pero muchos de los demás puritanos inclinaron la cabeza, reconociendo la sensatez de las razones expuestas por nuestro jefe.

—Por otra parte, señor —continuó Saxon—, me parece que es imposible permanecer aquí. Los amigos de vuestra majestad en toda Inglaterra desmayarían si el ejército continuara inactivo sin descargar un golpe. Los labriegos se desbandarían, regresando al lado de sus mujeres y familias; y, una vez dado el ejemplo, los demás no tardarían en seguirlo. He tenido ocasión de ver a un gran ejército disolverse como la escarcha herida por los rayos del sol. Una vez que los voluntarios se hayan retirado a sus casas, no es fácil volver a reunirlos. Para evitar que se marchen, necesitamos tenerlos ocupados y no dejarlos ociosos un minuto. Obligadlos a hacer la instrucción, a marchar, a ejercitarse en el manejo del arma, a trabajar, a que oigan sermones, a que obedezcan a Dios y a su coronel. Esto no puede hacerse teniéndolos acuartelados con abundantes provisiones o acampados cómodamente. Es preciso que se muevan. No podemos dar por terminada nuestra empresa hasta que estemos en Londres. Ésa debe ser nuestra constante aspiración; mas, para llegar a la capital pueden elegirse diversos caminos.

»Vuestra majestad tiene, según mis noticias, muchos amigos en Bristol y en la región central de Inglaterra. Si se me permitiera dar un consejo, recomendaría que diéramos la vuelta por esa parte. Cada día que pasa puede servir para engrosar nuestras fuerzas y mejorar la condición de nuestras tropas teniendo siempre algún proyecto importante que realizar. En el caso de sernos posible tomar a Bristol, que según mis noticias no posee grandes fortificaciones, contaríamos con una posición muy ventajosa para ejercer nuestro dominio sobre la marina y a la vez un centro excelente de operaciones. Si todas las cosas nos salen bien, podemos emprender el camino de Londres por los condados de Gloucester y Worcester. Entretanto, me atrevería a indicar la conveniencia de ayunar un día dedicándolo a prácticas piadosas, a fin de atraer las bendiciones del cielo a favor de nuestra causa.

Este discurso, en el que se combinaban hábilmente la prudencia mundana y el celo espiritual, conquistó los aplausos de todos los concurrentes y especialmente los del rey Monmouth, cuya melancolía se desvaneció como por arte de encantamiento.

—A fe mía, coronel —dijo—, habéis aclarado el asunto cuanto podía desearse. Por supuesto, si nos hacemos fuertes en el oeste, y surge en otra parte cualquiera una rebelión contra mi tío, no tendrá probabilidades de sostenerse contra nosotros. Para combatirnos en nuestro terreno, necesita sacar tropas del norte, sur y éste, cosa en que no puede pensarse. Por tanto, podemos perfectamente avanzar hacia Londres por la vía de Bristol.

—Me parece que el consejo del coronel Saxon es acertado —observó lord Grey—; pero yo le preguntaría qué fundamentos tienen para decir que Churchill y Feversham están en la región que ha indicado con tres mil hombres de infantería regular y varios regimientos de caballería.

—Pues los motivos que tengo son la palabra de un oficial de la guardia del rey con quien he conversado en Salisbury —replicó el interpelado—. Ese jefe me habló con toda confianza, creyéndome incorporado a la servidumbre del duque de Beaufort. En cuanto a la caballería, una parte de ella nos persiguió en la llanura de Salisbury valiéndose de sabuesos; y la otra nos atacó a veinte millas de aquel lugar, perdiendo algunos soldados y un alférez.

—Hemos tenido algunas noticias acerca de ese encuentro —dijo el rey—. Fue una acción brillante… Pero si esos hombres están tan cerca, no dispondremos de mucho tiempo para prepararnos.

—La infantería del enemigo no puede tardar una semana en llegar aquí —dijo el alcalde—. Para entonces podemos estar detrás de los muros de Bristol.

—Hay un punto en que conviene fijar la atención —observó Wade, el abogado—. Conforme ha dicho vuestra majestad fundadamente, tropezamos con un obstáculo grave en el hecho de no haberse declarado a nuestro favor ningún noble ni representante popular de nombradía. La causa de ello, a mi juicio, es que todo el mundo espera que comience por dar el ejemplo el vecino. Bastaría que se nos incorporaran uno o dos para que los demás siguieran pronto su ejemplo. Ahora bien, ¿de qué modo lograremos atraer uno o dos próceres a nuestra bandera?

—Esa es la cuestión, maestro Wade —dijo Monmouth moviendo la cabeza con aire de desconfianza.

—Me parece que podría hacerse —continuó el abogado *whig*—. A esos peces gordos no se los pesca con proclamas dirigidas a la nación; ni puede esperarse que traguen el anzuelo vacío. Por eso, yo recomendaría el empleo de una especie de intimación ordenándoles comparecer en nuestro campo en un plazo prudencialmente establecido, y conminándolos con la pena de alta traición.

—Habló el curial —dijo riéndose el rey Monmouth—. Pero habéis omitido decirnos cómo había de llegar el documento a manos de los delincuentes.

—Ahí tenemos al duque de Beaufort —continuó Wade, sin hacer caso de la dificultad propuesta por el rey—. Ocupa el cargo de presidente de Gales, y es, como vuestra majestad no ignora, gobernador de cuatro condados ingleses. Su influencia predomina en toda la parte occidental del país. Tiene doscientos caballos en sus establos de Badminton y, según he oído, diariamente comen en sus mesas un millar de hombres. ¿Por qué no había de hacerse un esfuerzo especial para conquistarnos el apoyo de una persona de tanto valimiento, sobre todo, dada la circunstancia de tener nosotros que avanzar en esa dirección?

—Por desgracia —repuso Monmouth con acento contrariado—, Henry, duque de Beaufort está ya en armas contra su soberano.

—Así es, señor, pero podría inducírsele a que volviera a vuestro favor las mismas armas que ha levantado en contra. Es protestante, y según se dice, *whig*. ¿No convendría enviarle un mensaje? Halagando su orgullo, invocando su religión, brindándolo con señaladas distinciones, o amenazándolo con severos castigos… ¿Quién sabe? Y hasta pudiera tener sus quejas particulares de las que nada sabemos, y que acaso vinieran a favorecer con gran oportunidad nuestro proyecto.

—No está mal vuestro consejo, Wade —dijo lord Grey—, pero me parece que su majestad ha hecho una pregunta importante. El portador de vuestros documentos sería colgado en alguna de las viejas encinas de Badminton, si al duque se le antojara dar una prueba más de lealtad a James Stuart. Y, ¿dónde vamos a hallar un hombre bastante astuto y atrevido para el desempeño de semejante misión a no ser que arriesguemos la vida de algún jefe de los pocos con que contamos?

—Es verdad —dijo el rey—. Antes que emplear ese procedimiento de una manera torpe y con escasas probabilidades de éxito, sería preferible no pensar en él. Beaufort podría pensar que se trataba de una estratagema encaminada a desacreditarle. Pero ¿qué significan los gestos que nos hace el centinela colocado a la puerta?

—Si place a vuestra majestad —dije—; desearía que se me permitiera hablar una palabra.

—Con mucho gusto os escucharemos, capitán —respondió el rey afablemente—. Si vuestro entendimiento corresponde de alguna manera a la

extraordinaria fuerza que poseéis, no podrá menos de ser respetable vuestro sentir.

—Me ofrezco, señor, para, servir de mensajero en este asunto. Mi padre me encargó cooperar con alma y vida al triunfo de la buena causa; y si este honorable Consejo cree que es posible atraer al duque a nuestro partido, por mi parte, doy todas las seguridades de que el mensaje llegará a su destino, en cuanto cabe esperarlo de medios humanos.

—Seguramente no se hallará otra persona de más confianza a quien encargar el asunto —afirmó Saxon—. El joven posee gran serenidad y valor a toda prueba.

—Siendo así, joven capitán, aceptaremos vuestra leal y generosa oferta —dijo Monmouth—. ¿Estáis todos conformes, caballeros?

Un murmullo general de asentimiento contestó a la anterior pregunta.

—Vos, Wade, os encargaréis de redactar el documento. Ofrecedle dinero, un puesto de prioridad entre los duques, la presidencia perpetua de Gales… lo que queráis, con tal de que logréis conmoverlo. En caso contrario, el secuestro, el destierro e infamia perdurable. Y, oídlo bien, podéis incluir una copia de los documentos escritos por Van Brunow, que demuestran el casamiento de mi madre, junto con las declaraciones de los testigos. Los tendréis dispuestos para mañana al apuntar el día, momento en que podrá salir el mensajero[17].

—Vuestra majestad será obedecido —dijo Wade.

—Entonces, señores —continuó el rey Monmouth—, podéis retiraros a vuestros puestos. Si algo nuevo ocurriera, os convocaré de nuevo para consultaros. Por el momento permaneceremos aquí, con el beneplácito de *sir* Stephen Timewell, hasta que la gente descanse y se incorporen los reclutas. Luego emprenderemos la marcha en dirección a Bristol y veremos qué contingencias nos aguardan en el norte. Si Beaufort nos presta su apoyo, todo irá bien. Adiós, mis buenos amigos, no creo necesario recomendaros diligencia y fidelidad.

Los consejeros se levantaron, al oír estas palabras del rey y, haciéndole una inclinación, comenzaron a salir de la sala del castillo. Varios de los miembros me rodearon para hacerme indicaciones relativas a mi viaje o al comportamiento que debía guardar.

—Es hombre orgulloso e insolente —dijo uno—. Habladle con humildad, porque de otro modo, en lugar de daros oídos, mandará que os arrojen a palos de su presencia.

—Nada de eso —observó otro—. Tiene temperamento colérico, pero le gustan los hombres resueltos y de corazón. Habladle con firmeza y seriedad, y así conseguiréis que se dé a razones.

—Lo mejor es que os expreséis en la forma que el Señor os dicte —dijo un puritano—; porque el mensaje que lleváis es de Dios tanto como del rey.

—Procurad tener con él una entrevista a solas y en lugar apartado con cualquier excusa —dijo Buyse—, y luego echadle mano y plantadle en vuestro caballo, escapando con él a toda prisa. ¡Rayos y truenos! Sería una jugada de primera.

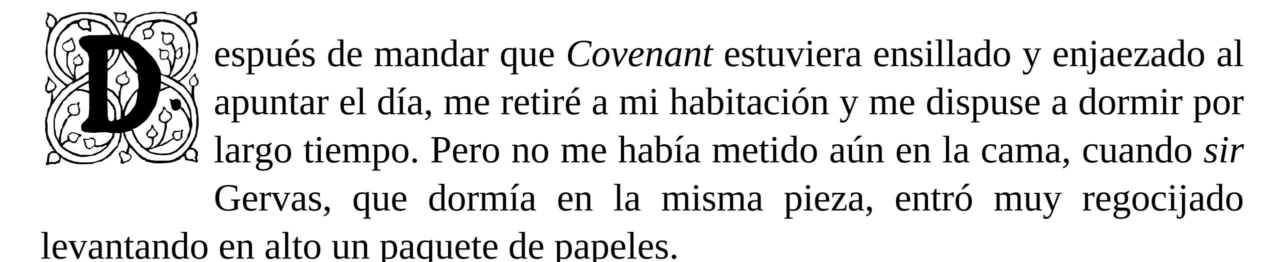
—Dejadle solo —intervino Saxon—. El muchacho tiene tanto juicio como cualquiera de vosotros, y seguramente sabrá elegir el camino más acertado. Vamos, amigo Clarke, a incorporarnos a nuestra gente. Me duele tener que prescindir de vuestra cooperación y compañía —dijo el coronel, mientras nos abríamos paso por entre los grupos de labriegos y soldados que llenaban la pradera del castillo—. Seguramente vuestros soldados han de sentir la ausencia de su capitán. Lockarby cuidará de las dos compañías. Suponiendo que no haya ningún tropiezo, estaréis de regreso dentro de tres o cuatro días. Inútil me parece advertiros que la empresa es arriesgada. Si el duque quiere demostrar a James que con él no se juega, sólo puede hacerlo castigando al mensajero, cosa que está en sus facultades, en épocas de revuelta, como gobernador que es del condado. Tened en cuenta que, si los informes no mienten, es hombre de genio áspero. Por otra parte, si salís airoso en vuestra demanda, tal vez la hazaña sea la base de vuestro futuro engrandecimiento, a la vez que el medio de salvar a Monmouth. Por cierto, que bien necesita el auxilio del duque. Jamás he visto una caterva de gente tan desarrapada y salvaje como la de este ejército. Buyse dice que pelearon animosamente en Axminster, pero está de acuerdo conmigo en que cuatro descargas cerradas y varias cargas de caballería bastarían para dispersarlos por la campiña; ¿tenéis que confiarme algún recado?

—Ninguno, como no sea afectos cariñosos para mi madre —respondí.

—Perfectamente. Si llega a ocurriros alguna desgracia, no olvidaré al duque de Beaufort; y el primero de sus parientes o subordinados que caiga en mi poder será colgado tan alto como Amán. Y ahora, lo mejor que podéis hacer es retiraros a vuestro aposento y dormir lo que podáis, puesto que mañana al apuntar la aurora comienza vuestra nueva misión.

XXII

DE LAS NOTICIAS RECIBIDAS DE HAVANT



Después de mandar que *Covenant* estuviera ensillado y enjaezado al apuntar el día, me retiré a mi habitación y me dispuse a dormir por largo tiempo. Pero no me había metido aún en la cama, cuando *sir* Gervas, que dormía en la misma pieza, entró muy regocijado levantando en alto un paquete de papeles.

—Tres adivinanzas, Clarke —dijo—. ¿Qué es lo que más querríais?

—Cartas de Havant —respondí con acento de viva ansiedad.

—Muy bien —respondió entregándomelas—. Ahí tenéis tres; y ninguna parece escrita por mujer. Que me maten si entiendo lo que habéis hecho en toda vuestra vida. No rezan con vos, por lo visto, aquellos versos que dicen:

¿Podrá eludir la juventud su sino
de amar las bellas y el chispeante vino?

»Pero tan absorto estáis con vuestras noticias que ni siquiera habéis advertido mi transformación.

—¡Callad! ¿De dónde os ha venido ese lujo? —pregunté asombrado, al percatarme de que vestía un traje finísimo de verde malva con botonadura y guarniciones de oro, completado por medias de seda y zapatos de piel española con rosas en el empeine.

—Más propio es de la corte que del campamento —añadió *sir* Gervas frotándose las manos y contemplándose con cierta satisfacción—. Pues habéis de saber que además me he avituallado en cuestión de ratafía y agua de azahar, y que he adquirido dos pelucas nuevas, una de bucles cortos y otra de etiqueta, una libra de rapé imperial, marca de *El Negro*, una caja de polvos para el pelo de Crepigny, un manguito de piel de zorro y varias otras cosas necesarias. Pero veo que os estorbo en la lectura.

—Ya he leído lo bastante para saber que en casa no ocurre ninguna novedad —respondí mirando a mi interlocutor por encima de la carta de mi padre—. Y ¿cómo os han llegado todas esas cosas?

—Por vía de algunos jinetes llegados de Petersfield, los cuales las han traído consigo. En cuanto a mi baúl, que me ha sido remitido por un buen amigo de Londres, hubo de ser dirigido a Bristol, donde suponían que estaba, y donde en efecto me hallaría, a no haber tenido la buena fortuna de tropezar con vosotros. Sucedió, pues, que el baúl llegó a la posada *Bruton*, y la patrona, cuyas simpatías me había atraído, halló manera de remitírmelo. Mientras peregrinemos en esta vida mortal, ya lo sabéis, Clarke, una regla que da buenos resultados es la de besar a las dueñas de las posadas. Quizá parezca una pequeñez; pero la vida no es más que un tejido de minucias como ésa. Tengo pocos principios fijos; pero hay dos a los que rara vez falto, o mejor dicho, no falto nunca, y son: llevar siempre un descorchador y no olvidarme de besar a la patrona.

—Juzgando por lo que he visto —dije riendo—, podría jurar que habíais cumplido siempre esos dos deberes.

—También yo tengo cartas —dijo sentándose al lado de la cama y repasando un fajo de papeles—. «Vuestra inconsolable Araminta…», ¡hum!… La muchacha no puede persuadirse de que estoy arruinado; porque, de otro modo, no tardaría en consolarse… ¿Qué es esto?… Un desafío para una riña de mi gallo *Julius*, con el gallillo de milord Dorchester… En el *matchirán* apostadas cien guineas… ¡Sí, por cierto! ¡Pues no ando yo ahora poco ocupado con sacar triunfante el gallo de Monmouth!… Aquí hay otro que me invita a una cacería de ciervos en Epping. ¡Caramba! ¡No es mala escapada la que he tenido que dar para librarme de ser cazado por una cuadrilla de corchetes que me seguían de cerca la pista!… Una factura importunísima de mi sastre. Bien puede perder el importe de esta cuenta, porque otras muchas y más largas me ha cobrado… Una oferta de tres mil guineas de Dicky Chichester… No, no, Dicky, no es preciso. Un caballero que se estime no debe vivir a costa de sus amigos. Sin embargo, se agradece el obsequio… ¡Esto sí que es bueno! Una misiva de la señora Butterworth diciendo que desde hace tres semanas no hay dinero en casa y que están en ella los alguaciles. Ya veis, ¡maldita desdicha!, si todo esto no es demasiado malo.

—Pero ¿de qué se trata? —pregunté, echando una mirada a *sir* Gervas.

El pálido rostro del *baronet* había tomado un ligero tinte rubicundo y paseaba furioso a grandes zancadas de un lado a otro del cuarto, estrujando en

la mano una carta.

—¡Es de lo más vergonzoso que cabe imaginar, Clarke! —exclamó—. ¡Aunque reviente tendré que darle mi reloj! ¡Un reloj construido por Tompion, de la marca *Tres Coronas*, comprado en el gran establecimiento Paul's Yard y que, de nuevo, costó cien guineas! Con el producto de mi cronómetro podrá sostenerse algunos meses. Pero le juro a Mortiner que tendrá que batirse conmigo por esta fechoría; y le he de escribir en todo el cuerpo la palabra «villano» con la punta de mi espadín.

—Nunca os había visto enfadado hasta ahora —dije.

—¡Oh, enfadarme, no! —respondió sonriendo—. Muchos han vivido conmigo por espacio de años y podrían darme un certificado de genio tranquilo y apacible. Pero esto es demasiado. *Sir* Edward Mortimer es el hermano menor de mi madre, Clarke; pero casi somos de una edad. Muchacho formal, bien vestido y afable, progresó considerablemente en riquezas, aumentando sin cesar sus posesiones, finca tras finca, como un antiguo patriarca de la ley antigua. En otro tiempo lo había protegido yo con mi bolsillo, pero no tardó en aventajarme en riqueza, porque conservaba todo lo ganado, mientras que lo adquirido por mí… bien, se disipaba como el humo de la pipa que estáis fumando. Cuando vi que lo había perdido todo, recibí de Mortimer un anticipo que bastaba para los gastos del viaje hasta Virginia, conforme al proyecto que entonces tenía, junto con un caballo y un equipo completo. Había alguna probabilidad, Clarke, de que fueran a parar a él los territorios que a mí me hubieran tocado en dicha colonia, de suerte que no tuvo dificultad en contribuir a que partiera para aquella tierra de fiebres y de salvajes que arrancan a sus prisioneros el cuero cabelludo. No, no mováis la cabeza, mi querido joven de la campiña; pues desconocéis las artimañas del mundo.

—Pensemos de él lo mejor, mientras no se demuestre lo peor —dije sentado en la cama fumando con mis cartas esparcidas en desorden frente a mí.

—Lo peor está ya demostrado —dijo el *baronet* con semblante torvo—. Como he dicho, Mortimer había recibido de mí algunos favores, que debería recordar, aunque no me esté bien echárselos en cara. Esa señora Butterworth es mi antigua nodriza, y ha sido costumbre de mi familia proveerla de todo lo necesario. No puedo soportar la idea de que, al arruinarse toda mi fortuna, pierda la mísera guinea semanal que le libraba de pasar hambre. Lo único que le pedí a Mortimer fue que, en atención a nuestra antigua amistad, continuara pagándole la pitanza, y le prometí que si llegaba a prosperar en mis negocios

le reembolsaría todo lo que hubiera gastado. El miserable juró hacerlo así, dándome un apretón de manos. ¡Qué cosa tan vil es la naturaleza humana, Clarke! Por esa mezquina suma un hombre rico, como él, ha roto todos sus compromisos dejando morir de hambre a la pobre mujer. Pero le aseguro que tendrá que responderme de su felonía. Él me supone navegando en el Atlántico. Como logre regresar a Londres con estos bravos muchachos, he de perturbar un poco la dulce tranquilidad de su bienaventurada existencia. Entretanto, no tendré más remedio que fiarme de los cuadrantes solares, y enviar mi reloj a la buena señora Butterworth. ¡Dios la bendiga por la abundante leche con que me amamantó! Seguramente no he aplicado mis labios desde entonces a otra fuente que me suministrara un licor más saludable. Y bien, ¿qué me decís de vuestras cartas? Mientras las leíais, no habéis hecho más que fruncir el ceño y sonreír como un día de primavera.

—He recibido una misiva de mi padre con una posdata de mi madre —respondí—. Otra de las cartas es de un antiguo amigo mío, Zachariah Palmer, el carpintero de la aldea. La tercera me viene de Solomon Sprent, marino retirado, a quien profeso cariño y respeto.

—¡Curioso trío de corresponsales! Hubiera querido conocer a vuestro padre, Clarke, porque de lo que decís colijo que debe de ser un fornido inglés de antigua cepa. Os decía, hace un instante, que sabíais poco del mundo, pero bien pudiera ser que en vuestra aldea hayáis tenido ocasión de observar a los hombres sin el barniz que da el trato con gente culta y distinguida y que de esa suerte hayáis llegado a conocer mejor el buen fondo de la naturaleza humana. Con barniz o sin él, el mal enseña siempre la oreja. Ese carpintero y marino indudablemente han de mostrarse en lo que son. En cambio, cualquiera hubiera podido tratar a mis amigos de la corte durante toda la vida sin llegar nunca a conocerlos a fondo, siendo estériles todas vuestras investigaciones. ¡Mala peste me lleve, pero me voy volviendo filósofo, que es el viejo recurso de todos los tronados! Dadme un tonel, y me plantaré muy fresco en la plaza de Covent Garden, convertido en el Diógenes de Londres. No quiero volver a ser rico, Micah. ¿Qué es lo que dice la antigua jácara?

Como estamos sin dinero
nadie al juez nos llevará,
ni a la casa del banquero;
si naufraga algún velero,
si amaga el filibustero,
¿a nosotros qué nos da?

Sin casa ni posesiones,
no tenemos que temer
ni saqueo ni ladrones,
tasas, ni contribuciones;
que el que yace en tierra no puede caer.

»He ahí una excelente inscripción para un hospicio.

—Vais a despertar a *sir* Stephen —le dije en tono de reconvención, porque vociferaba con toda la fuerza de sus pulmones.

—No hay cuidado. Está con sus aprendices, ejercitándose en el manejo del montante; los he visto al pasar por el patio. Merece verse la figura que hace el buen viejo blandiendo su espada y gritando al tirar un tajo: «¡ajajá!». *Lady* Ruth y el amigo Lockarby están en la sala adornada con colgaduras: ella hilando, y él leyendo en voz alta uno de esos libros de pasatiempo que la joven se empeñaba en que yo debía conocer. Me parece que ha emprendido la conversión del amigo Reuben, y que el asunto terminará convirtiéndose ella de muchacha en mujer… Y hablando ahora de otro asunto, ya es cosa resuelta que vais a veros con el duque de Beaufort. Bien, yo querría acompañaros; pero Saxon no quiere ni oír hablar de ello; así que tendré que continuar al frente de mis mosqueteros. ¡Que Dios os permita regresar sano y salvo! ¿Dónde están mis polvos de jazmín y la cajita de parches?… Leedme vuestras cartas, si contienen algo interesante. He estado apurando una botella con nuestro bizarro coronel en la posada, y me ha contado varias cosas de vuestra casa de Havant, metiéndome en ganas de saber algo más.

—Esta trata de asuntos algo serios —dije.

—No importa: ahora estoy de humor para ello. Haced el favor de leérmela, aunque contenga toda la filosofía de Platón.

—El autor de ella es un venerable carpintero que por espacio de muchos años ha sido mi consejero y amigo. En él hallaríais un hombre religioso sin ribetes de sectarismo, filósofo sin exclusivismos de escuela y de carácter dulce sin debilidades ni condescendencias.

—¡Bonito retrato! ¡Un hombre modelo! —exclamó *sir* Gervas, mientras se cepillaba las cejas.

—Ya os lo había dicho —continué—, y me puse a leer la misma carta que ahora vais a escuchar vosotros:

Habiendo sabido por tu padre, mi querido Micah, que había alguna probabilidad de poder remitirte cuatro letras, he escrito la presente, y te la envío por conducto del buen John Packingham de Chichester que se

encamina al oeste. Espero que estés a salvo en el ejército de Monmouth y que hayas recibido en él un puesto honroso. No dudo que has de hallar entre tus camaradas algunos sectarios, burlones y descreídos. Te aconsejo, como amigo, que evites tanto un extremo como otro. Porque el fanático no solamente defiende sus creencias religiosas, en lo cual hace muy bien, sino que quiere imponérselas a los demás, y en esto cae en el mismo error que combate. El que irreflexivamente se burla de la religión, por otra parte, suele descender a un terreno más bajo, puesto que le falta el respeto a su propia dignidad y humilde resignación.

—¡Por vida mía! —exclamó el *baronet*—; que el buen viejo se expresa con escasa blandura.

Aceptemos la religión en sus conceptos fundamentales, porque la verdad debe ser más amplia de lo que nosotros podemos concebir.

La presencia de una mesa demuestra la existencia de un carpintero; y de igual modo el universo prueba la existencia de un Creador, llámese como se quiera. Hasta aquí pisamos terreno firme, sin necesidad de inspiración, enseñanza ni ayuda de ningún género. Ahora bien, puesto que debe haber un Hacedor del mundo, hemos de conocer la naturaleza del mismo por su obra. No podemos contemplar las magnificencias del firmamento, su extensión infinita, su belleza y la suprema perfección con que cada planta y animal están atendidos en sus necesidades, sin echar de ver que el Autor de tantas maravillas posee en grado inmenso la sabiduría, la inteligencia y el poder. Todavía continuamos, según comprenderás, en terreno firme, sin necesidad de invocar otras luces que las de la pura razón.

Una vez que hemos llegado a este punto, averigüemos para qué fin ha sido hecho el universo y para qué se nos ha puesto en él. La naturaleza toda nos enseña que ese fin debe consistir en el perfeccionamiento y desarrollo de nuestras facultades, creciendo principalmente en virtud positiva, en ilustración y en sabiduría. La naturaleza es un predicador silencioso que nos habla constantemente, así en los días de trabajo como en los festivos. Vemos que la bellota se transforma en encina, el huevo en pájaro y la larva en mariposa. ¿Cómo, pues, podremos dudar de que el alma humana, la más preciosa de todas las cosas del mundo, ha de estar a su vez en la misma senda de progreso? Y ¿de qué modo ha de verificarse ese progreso del alma, si no es mediante el cultivo de las virtudes y de la abnegación y dominio de sí mismo? ¿Hay, por ventura, otro camino? No, indudablemente. Por tanto, estamos en condiciones de afirmar que hemos sido colocados aquí para crecer en ciencia y en virtud.

Esta es la sustancia de toda religión; y no se necesita fe para aceptarla. Es tan cierta y demostrable como cualquiera de esos teoremas de Euclides que hemos dilucidado juntos. Sobre este terreno común los hombres han levantado muchos edificios diferentes. El cristianismo, la religión mahometana, el credo de los orientales, todos tienen la misma esencia, diferenciándose en las formas y en los pormenores. Defendamos nuestro credo cristiano con su hermosa doctrina de amor, profesada por muchos, y practicada por muy pocos; pero no despreciemos a nuestros prójimos, porque todos somos ramas del tronco común de verdad.

El hombre sale de las tinieblas a la luz; se detiene un momento en la claridad y luego vuelve a sepultarse en las tinieblas. Querido Micah, los días de nuestra vida se pasan, lo mismo los míos que los tuyos. No permitamos que se malgasten. Son contados en número. ¿Qué nos dice Petrarca?: «Para el que viene, la vida parece infinita; para el que parte, nada». Empleemos, pues, todos los días, todas las horas y todos los momentos en secundar los fines del Creador y en utilizar todas las facultades para el bien que hay dentro de nosotros. ¿Qué viene a ser el dolor, el trabajo o las contrariedades? La nube que empaña por un momento el disco del sol. Pero el resultado de las buenas obras lo es todo, y ese dura eternamente. Vive y se desenvuelve con el trascurso de los siglos. No te detengas a descansar; el descanso vendrá cuando haya pasado la hora del trabajo.

¡Quiera Dios protegerte y guardarte! No hay grandes noticias que comunicar de aquí. La guarnición de Portsmouth ha marchado al oeste. *Sir* John Lawson, el magistrado, ha estado en ésta, amenazando a tu padre y a otros, pero no conseguirá gran cosa por falta de pruebas. Los miembros de la iglesia oficial están a matar con los disidentes. En verdad, la ley de Moisés es más tolerante que las mansas enseñanzas del Evangelio.

¡Adiós, querido Micah! Te desea todo género de aventuras tu viejo amigo,

Zachariah Palmer.

—¡Pardiez! —exclamó *sir* Gervas, mientras yo doblaba la carta—, ni Stillingfleet ni Tenison pronunciaron jamás un sermón más elocuente. Este es un obispo disfrazado de carpintero. El báculo le sentaría mejor que la garlopa. Pero ¿qué hay de nuestro amigo el marino? ¿Es también un teólogo de vela y estacha?

—Solomon Sprent no tiene que ver nada con el anterior, aunque no le ceda en bondad a su manera —dije yo—. Pero ya lo juzgaréis por su carta.

Maese Micah Clarke:

Cuando estuvimos juntos por última vez, yo me fui al abordaje bajo el fuego de las baterías, mientras tú barloventeabas en el canal aguardando señales. Habiéndome detenido a hacer buena mi presa, la cual resultó, después del examen, bien equilibrada y asentada desde los fondos a la cubierta…

—¿Qué diablos quiere decir eso? —preguntó *sir* Gervas.

—Habla de una muchacha, de una tal Phoebe Dawson, hermana del herrero. Solomon apenas ha puesto el pie en tierra por espacio de unos cuarenta años, y, por consiguiente, no sabe hablar más que en esta jerga de mar, si bien él se imagina usar un inglés tan castizo como cualquiera de Hampshire.

—Seguid, pues —dijo el *baronet*.

Habiéndole leído también los artículos de guerra, y explicado las condiciones en que habíamos de navegar juntos en el viaje de la vida, es a saber:

Primera.— Le tocará a ella obedecer señales sin réplica, inmediatamente al recibirlas.

Segunda.— Gobernar por mi rumbo y estima.

Tercera.— Mantenerse lista a mi lado, como verdadera consorte, en tempestad, batalla o naufragio.

Cuarta.— Refugiarse bajo mis cañones, en caso de ataque de piratas, filibusteros o guardacostas.

Quinta.— Me tocará a mí mantenerla debidamente carenada, ponerla en dársena de tiempo en tiempo y cuidar de que tenga su asignación para pintura de casco, grímpolas y empavesadas, como corresponde a un bote de recreo.

Sexta.— No llevar otra barca a remolque, y cortar el cable de la que ahora pudiera seguirme.

Séptima.— Avituallarla día por día.

Octava.— Si, soplando fuertes los vientos del infortunio, le ocurriera hacer agua o sufrir averías, a mí me tocaría socorrerla, achicar y adrizar.

Novena.— Izar el pabellón protestante en el penol durante el viaje de la vida y navegar con rumbo al gran puerto, esperando poder hallar donde amarrar como conviene a dos naves de construcción inglesa que han zarpado para la eternidad.

Estaban cerca de dar las ocho campanadas, cuando se firmaron y sellaron estos artículos. Salí de proa a ti, pero no pude divisar más que la

punta de tu palo mayor. Poco después, supe que habías ido a la guerra junto con aquel barco medio pirata, de mástiles inclinados y largos que últimamente había visto en la aldea. Siento que no hayas saludado con la bandera al zarpar. Pero tal vez el tiempo era favorable y no podías detenerte. Si no hubiera estado yo mal enjarciado y con una verga rota, me habría gustado tender el velamen y navegar contigo, para oler otra vez la pólvora de cañón. Lo haría ahora, carcomido y todo, si no fuera por mi consorte, que podría reclamar por haber faltado a los artículos, y desviarse. Tengo que seguir el farol de su toldilla mientras estemos juntos.

¡Adiós, camarada! Cuando entres en acción, sigue el consejo de este viejo marino: «¡Orza y al abordaje!. —Díselo a tu almirante, el día de la batalla. Díselo en voz baja al oído—: ¡Orza, y al abordaje!». Dile también que pegue pronto, duro y firme. Esta era la orden de Christopher Mings; y mejor marino que él no se ha embarcado jamás, a pesar de haber subido a capitán por la bocina del escobén.

Siempre a tus órdenes,

Solomon Sprent.

Sir Gervas se había estado riendo entre dientes, mientras le leía la carta anterior, y al fin los dos prorrumpimos en grandes carcajadas.

—Para Solomon lo mismo es el mar que la tierra —dijo el *baronet*—; sin duda cree que todas las batallas se pelean en barcos. ¡Lástima que no hubierais tenido la carta antes de ir al Consejo de hoy para que Monmouth la hubiera tenido en cuenta! Si por ventura os pidiere todavía vuestra opinión, deberéis decirle: «Manteneos a barlovento y lanzaos al abordaje».

—Necesito dormir —repuse, dejando mi pipa—. Al apuntar el día debo estar ya en camino.

—Aguardad un momento y permitidme que conozca algo de lo que os dice vuestro padre, el austero *cabeza redonda*.

—No son más que cuatro líneas —respondí—. Siempre fue hombre de pocas palabras. Pero, si os interesan, os las leeré.

Te envío la presente por conducto de una persona de piedad, querido hijo mío, para decirte que confío en que has de portarte como corresponde a tu educación y sentimientos. En todos los peligros y dificultades no pongas la esperanza en tus propias fuerzas, sino pide el auxilio de lo alto. Si tienes autoridad, enseña a tus subordinados a cantar salmos al entrar en combate, conforme a la antigua y santa costumbre que nosotros teníamos. En la pelea usa más las estocadas que los tajos. Una estocada debe siempre ser superior a un golpe de corte. Tu madre y hermanos te envían recuerdos cariñosos.

Sir John Lawson ha estado en casa como lobo rapaz, pero no ha podido hallar prueba contra mí. John Marchbank de Bedhampton está en la cárcel. En realidad, el Anticristo domina en el país, pero se acerca el reinado de la luz. Pelea valerosamente por la verdad y la religión.

Tu querido padre,

Joseph Clarke.

—Y posdata de mi madre —continué—:

Espero que te acuerdes de mis advertencias, acerca de las medias de lana y los cuellos de lienzo que hallarás en la bolsa. Hace poco más de una semana que faltas de aquí, y me parece que ha transcurrido un año. Cuando tomes frío o alguna mojadura, bebe diez gotas de elixir *Daffy* en un vasito de aguardiente. Si te roza el calzado, úntale bien de sebo por dentro. Da mis recuerdos a maese Saxon y a maese Lockarby, si están contigo. Su padre se ha puesto furioso con su partida, porque estaba preparando una gran cantidad de cerveza y no tiene a nadie que le ayude en la operación. Ruth te envía ese pastel, pero el horno le ha jugado una mala pasada, así que ha salido muy apelmazado por dentro. Recibe un millar de besos de tu querida madre. M. C.

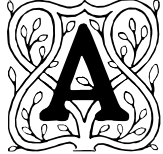
—Forman una digna pareja —observó *sir* Gervas, que después de haber terminado su tarea de componerse, se había metido en la cama—. Ahora comienzo a comprender vuestra pasta, Clarke. Veo los materiales de que habéis sido hecho; y que vuestros padres atienden no sólo a las necesidades del cuerpo, sino también a las del espíritu, repartiéndose entre ellos la carga. Sin embargo, me parece que se acomodan más a vuestro gusto las predicaciones del viejo carpintero. Sois, de hecho, un latitudinario empedernido. *Sir* Stephen os rechazaría; y Joshua Pettigrue os echaría la excomunión. Bien, apaguemos, porque uno y otro tenemos que levantarnos al cantar el gallo. Ésa es por el momento nuestra religión.

—Cristianos avanzados —indiqué, y los dos nos echamos a reír, entregándonos inmediatamente al sueño.

XXIII

DE LA CELADA EN QUE CAÍ EN EL CAMINO DE WESTON





penas había salido el sol, cuando uno de los criados del alcalde me despertó con el anuncio de que el honorable señor Wade me estaba esperando en las habitaciones del piso bajo. Después que me hube vestido, bajé y lo hallé sentado a la mesa entretenido con varios

papeles y una caja de obleas, cerrando y sellando la misiva que tenía yo que llevar. Era un hombre de pequeña estatura, bastante gastado y de semblante triste, muy estirado de porte y listo de lengua, con más apariencia de militar que de abogado.

—De modo, que tenéis el caballo preparado ya para la partida —dijo imprimiendo el sello sobre la cuerda que servía de precinto—. Lo mejor que podéis hacer es dar la vuelta por Nether Stowey y por el canal de Bristol, porque sabemos que la caballería enemiga vigila los caminos por la parte más lejana de Gales. Aquí está vuestro paquete.

Saludé con una inclinación y metí el sobre dentro de mi túnica.

—Es una orden escrita conforme a las indicaciones hechas en el consejo. El duque podrá daros la contestación de palabra o por escrito. En cualquiera de los dos casos, guardadla bien. El paquete contiene, además, una copia de las declaraciones prestadas por el ministro de La Haya y otros testigos que presenciaron el matrimonio de Charles de Inglaterra con Lucy Walters, madre de su majestad. La misión que lleváis es de tal importancia, que de ella puede depender el éxito bueno o malo de nuestra empresa. Procurad entregar los documentos al mismo Beaufort y no os valgáis de intermediario alguno, porque de otra manera tendría poco valor el hecho, el día que hubiera de ser juzgado en un tribunal.

Le prometí hacerlo así, en cuanto me fuera posible.

—Además, me tomo la licencia de aconsejaros —continuó— que llevéis espada y pistola para defenderos de los probables peligros que os sobrevengan en el camino, pero dejando el yelmo y las demás piezas de la armadura que os dan un aspecto demasiado guerrero para la pacífica misión que vais a desempeñar.

—Ya me había parecido a mí lo mismo —repuse.

—Pues entonces no hay más que decir, capitán —dijo el abogado alargándome la mano—. Os deseo muy de veras feliz suerte. Procurad hablar poco y oír mucho. Observad atentamente la marcha del asunto y qué personas ponen buena o mala cara. Tal vez el duque esté en Bristol; pero lo mejor es encaminarse a Badminton. Nuestro santo y seña de hoy es: «Tewkesbury».

Di las gracias a mi instructor por su consejo, después de lo cual monté a *Covenant* que comenzó a piafar y morder el bocado en señal de la satisfacción que le causaba la nueva partida. La mayoría de los vecinos continuaban durmiendo; pero, aquí y allá, vi asomar por las ventanas algún que otro curioso con su gorro de dormir. Tomé la precaución de llevar el caballo al paso sin hacer ruido hasta que estuve a alguna distancia de la casa, porque no

había dicho nada a Reuben de mi proyectado viaje, y estaba convencido de que, si llegaba a tener noticia de él, ni la disciplina ni los vínculos que le unían a su adorada le impedirían acompañarme.

A pesar de mi cuidado, los herrados cascos de *Covenant* resonaban al chocar con los guijarros, pero al mirar atrás, observé que las ventanas del cuarto de mi fiel amigo continuaban cerradas y que en la casa parecía reinar completa tranquilidad. Así, pues, aflojé la rienda y emprendí un trote acelerado por las silenciosas calles, que aparecían aún engalanadas con flores marchitas y alegres banderolas. En la puerta del norte había una guardia formada por media compañía que me dejó libre el paso después de oír el santo y seña. Luego que estuve fuera de las antiguas murallas, me encontré de nuevo en la campiña, de cara al norte y frente a un camino enteramente despejado.

La mañana estaba deliciosa. Se levantaba el sol por encima de los cerros lejanos, y un tinte de púrpura y oro bañaba enteramente el paisaje. Los árboles de los huertos inmediatos al camino despedían rumorosos gorjeos de las aves en ellos albergadas, y sus cantos crecieron hasta llenar el aire de armonía. Todo parecía respirar júbilo y vida nueva. A lo largo de los setos pastaban rojas vacadas, que proyectaban grandes sombras sobre el verdor de los prados y alzaban la cabeza para verme pasar. Los caballos de las casas de labor que yacían echados en los corrales saludaban con sus relinchos la aproximación de *Covenant*. Un numeroso rebaño de blancas ovejas venía en dirección contraria a la mía por las lomas inmediatas, y de cuando en cuando dejaban el pasto para triscar y corretear por el campo. Todos los ruidos causaban una impresión de vida inocente, desde el trino de la calandria encima de mi cabeza hasta el rumor de la musaraña entre los tallos del trigo o el aleteo del avión que rasgaba el aire, como una flecha, por delante de mi caballo. ¡Qué cuadro tan animado de inocente vida campestre! Y, ¿qué hemos de pensar del hombre, mis queridos niños, al ver las bestias del campo tan pacíficas y agradecidas a los beneficios de la naturaleza? ¿Dónde está la superioridad de la que tanto nos ufanamos?

Desde lo alto de las laderas, situadas al norte, volví la cara para contemplar la ciudad dormida, con la ancha orla de carros y tiendas de campaña que mostraban el rápido aumento de su población. El estandarte del rey seguía ondeando sobre St. Mary Magdalene; y no lejos de esta iglesia la torrecilla gemela de St. James ostentaba la bandera azul de Monmouth. De pronto sonó el importuno redoble de un tambor al que instantes después se unió el claro y estridente toque de las trompetas que llamaban a la tropa. Del

otro lado de la ciudad y a ambos lados de ella se extendía el magnífico panorama de los campos de Somersetshire, dilatándose hasta el mar en el último límite del horizonte, salpicado de ciudades y aldeas, torrecillas de castillos y campanarios de iglesias, masas de arbolado y zonas de tierra cultivada de cereales, formando el conjunto más hermoso y pintoresco que la vista podía desear. Al reanudar mi camino y lanzar mi caballo al galope, sentí, amados míos, que aquella tierra merecía el sacrificio de guerrear en su defensa y que la vida de un hombre importaba poco, a trueque de ayudar, aunque fuera en grado mínimo, a conquistar su libertad y procurar su ventura.

Al llegar a una aldea en lo alto del cerro tropecé con una avanzada de caballería, cuyo jefe me acompañó durante un trecho hasta ponerme en el camino que conduce a Nether Stowey. Acostumbrados mis ojos al color blanquecino de las margas y cantizales de nuestra aldea, extrañaban el color rojizo de los territorios de Hampshire. Además, las vacas en aquel país son en su mayoría rojas. Las casitas no están construidas con ladrillo o madera, sino con una especie de argamasa que llaman *cob*, que es resistente y lisa mientras no se ponga en contacto con el agua; por lo cual los habitantes de esta parte de Inglaterra protegen las paredes de sus viviendas con grandes bardales. En toda la comarca apenas se ve una aguja, circunstancia que parece extraña a un natural de la región opuesta. Todas las iglesias tienen una torre cuadrada guarnecida de pináculos en el remate y en su mayoría son amplias y magníficas con excelentes juegos de campanas.

Mi camino avanzaba bordeando el arranque de las hermosas colinas de Quantock, donde en las hondonadas anchas y fragosas, cubiertas de helechales y gayubas, aparecen diseminados numerosos vallecitos, vestidos de espeso bosque. A uno y otro lado de la ruta alzaban sus lomas cañadas retorcidas, en cuyos bordes crecía el argomón amarillo, resaltando sobre el vivo tono rojo del suelo, como una llama sobre las ascuas. Corrientes de agua pardusca se precipitaban en ruidosas cascadas en lo hondo de estos valles, llegando hasta el camino, en que *Covenant* hundía sus corvejones y los sacudía asustado al ver saltar delante de sus patas delanteras los pardos lomos de las truchas.



Durante el día entero cabalgué por esta pintoresca región, encontrando poca gente puesto que huía de los caminos principales. Algunos pastores y labriegos, un clérigo alto y zancudo, un buhonero con su mula y un jinete con una gran saca, a quien tomé por un comprador de lana, fueron todas las personas que puedo recordar. Por todo alimento se me ofreció en una posada

del camino un jarro de cerveza y un gran trozo de pan. Cerca de Combwich, *Covenant* perdió una herradura, y tardé dos horas en hallar en la villa un herrador que subsanara aquella deficiencia. Hasta bien avanzada la tarde no llegué a las márgenes del canal de Bristol, cerca de un lugar llamado Shurton Bars, donde el cenagoso Parret se abre paso hasta el mar. En este punto el canal es tan ancho que apenas pueden distinguirse las montañas de Gales. Las riberas son llanas, negras y cenagosas, y en ellas se ven blancos grupos de aves marinas; pero, más hacia el este, se alza una línea de colinas de aspecto bravío y quebrado, que a trechos ofrecen escarpados precipicios. Esta cadena de eminencias penetra en el mar y su ondulada superficie forma numerosos puertecitos y bahías, que están secos la mitad del día, pero que a media marea tienen suficiente fondo para un bote de regular tamaño. El camino da la vuelta alrededor de estas yermas y rocosas colinas, muy poco pobladas por una raza inculta de pescadores y pastores, que se metieron dentro de sus casas al oír el galopar de mi caballo y me dispararon, al pasar, algunos chistes brutales. Al paso que avanzaba la noche, la región se tornaba más desierta y solitaria. El único signo de la presencia del hombre era alguna temblorosa luz que centelleaba a lo lejos, en las remotas cabañas de las colinas. El camino continuaba bordeando el mar, y, a pesar de que el terreno tenía bastante elevación, la espuma de los rompientes saltaba a veces por encima de él.

Se cubrieron mis labios de una sutil capa de sal marina y aturdía mis oídos el ronco mugir del oleaje mezclado con el agudo canto de los chorlitos que cruzaban rápidamente en la oscuridad como fantasmagóricas y quejumbrosas apariciones de otro mundo. Soplaba del oeste un viento desigual en breves y violentas oleadas, y allá lejos, en la negra superficie de las aguas, el oscilar de una luz intermitente mostraba lo picado que estaba el mar en el canal.

Al caminar entre las densas sombras del crepúsculo por este paisaje extraño e inculto, mi ánimo se volvió de forma natural hacia el pasado. Pensé en mi padre y en mi madre, en el viejo carpintero y en Solomon Sprent. Luego me puse a meditar sobre la especial índole de Decimus Saxon, cuyo complejo carácter tenía tantas dotes admirables y tantos defectos aborrecibles. ¿Le profesaba yo algún afecto? No podía decirlo con toda certeza. Del soldado aventurero pasé a mi fiel amigo Reuben y a sus amores con la linda puritana, lo cual me llevó después a pensar en *sir* Gervas y en el naufragio de su fortuna. Mi atención vagó por las diversas escenas en que había intervenido el *baronet* para fijarse más tarde en la situación del ejército y en la proyectada revolución, causa de aquel viaje que yo hacía con sus peligros y dificultades.

Después de revolver en mi ánimo todas estas cosas, comencé a dormitar sobre el caballo, abrumado por la fatiga del viaje y experimentando el influjo enervante de los rumores del mar. No bien me había quedado dormido y comenzado a soñar que Reuben Lockarby había sido coronado como rey de Inglaterra por *lady* Ruth Timewell, mientras Decimus Saxon trataba de dispararle un tiro con un frasco de elixir *Daffy*, cuando de repente y sin el menor aviso fui arrancado violentamente de mi caballo y me hallé medio sin sentido sobre la pétrea superficie de la ruta.

Tan aturdido y estropeado quedé con aquella violenta caída que, a pesar de tener una conciencia vaga de las personas que se inclinaban sobre mí y de sus broncas carcajadas, no pude decir por espacio de algunos minutos dónde estaba o qué me había sucedido. Cuando al fin intenté ponerme de pie, vi que me habían atado piernas y brazos para sujetarme. Tras una lucha violenta, logré desatar una mano y golpeé con ella el rostro de uno de los hombres que me tenían en tierra; pero toda una cuadrilla de doce o más se echaron sobre mí al punto, y mientras unos me daban puñadas y puntapiés, otros me ataban con una nueva cuerda, codo con codo, sujetándome de tal suerte que no me era posible el menor movimiento. En vista de que mis esfuerzos de nada habrían de servirme en aquella situación, permanecí mudo y atento sin hacer caso del turbión de golpes que seguía lloviendo sobre mí. La oscuridad era tan densa que ni pude ver los rostros de mis asaltantes ni formar conjetura alguna sobre su probable condición ni acerca del modo en que me habían arrancado de la silla. El pateo de un caballo que cerca de mí luchaba por escaparse me hizo comprender que *Covenant* estaba tan preso como su amo.

—El holandés Pete ha recibido todo lo que podía llevar —dijo una voz ruda y áspera—. Ahí está tendido en el camino, hecho un congrio.

—¡Pobre Pete! —refunfuñó otro—. Me parece que no volverá a escanciarnos más vasos de legítimo coñac ni a manejar los naipes.

—Mientes en eso, mi puen amigo —repuso el sujeto aludido en un tono de voz débil y temblona—. Y yo proparé que mientes, si tienes una potella a mano.

—Aunque Pete estuviera muerto y sepultado —dijo el primer interlocutor —, bastaría una palabra referente a licores para hacerle salir del sepulcro. Dale un sorbo de tu botella, Dicon.

Se oyó a continuación un rumoroso gorgoteo acompañado de fuertes chupetones, terminando con un eructo del bebedor.

—*Gott sei gelobt!*[18] —exclamó con voz más firme el llamado Pete—; he fisto más estrellas de las que hay en el cielo. Si no hubiera tenido tan pien

aprigada mi capeza, seguramente me la hapría puesto el pruto como un parril desfondado. Las puñadas del hombre son coces de caballo.

Mientras hablaba, el cuadrante de la luna asomó por encima de una eminencia iluminando la escena con un resplandor intenso y frío. Alzando la vista pude observar que había una maroma atada de un árbol a otro al través del camino. No me hubiera sido posible divisarla aunque hubiera ido completamente despierto, a causa de la oscuridad, y esa cuerda fue la que, agarrándome por delante del pecho, al trotar *Covenant* por debajo de ella, me había arrancado de la silla y arrojado violentamente contra el suelo. La caída o los golpes que había recibido me habían causado un daño grave, porque pude sentir que un cálido hilo de sangre me corría por detrás de la oreja y alrededor del cuello. A pesar de todo, no hice diligencia alguna para moverme, sino que aguardé en silencio a ver qué clase de gente eran mis agresores. Únicamente temía que me quitaran las cartas, frustrando el objeto de mi misión. Me avergonzaba sólo de pensar en el trance de que en este mi primer ensayo me hubieran desarmado sin lucha y pudieran arrebatarme los documentos que llevaba.

La cuadrilla que se había apoderado de mí se componía de individuos que llevaban barba y se abrigaban con capas de pieles y ropas de pana, ajustadas al cuerpo por cinturones de ante, de los que pendían puñales cortos y anchos. Sus morenos y tostados rostros y las altas botas que calzaban me hicieron creer que eran pescadores o marineros, y así lo confirmaba además la rudeza de su lenguaje. Dos de ellos se pusieron a mis lados, asiéndome de los brazos; un tercero se puso detrás apuntándome a la cabeza con una pistola montada, mientras los restantes, que eran siete u ocho, ayudaban a ponerse en pie al hombre a quien yo había herido y que sangraba abundantemente de una herida abierta encima de un ojo.

—Lleva el caballo a casa del abuelo Mycroft —dijo un hombre fornido y de negra barba que parecía ser el jefe—. No es un rocín[19] cualquiera de esos que llevan los dragones, sino un hermoso bruto de buena raza que ha de valer al menos sesenta piezas. A vos, Peter, os tocará lo bastante para comprar bálsamo y ungüento con que curaros la herida.

—¡Ah, grandísimo perro! —exclamó el holandés amenazándome con el puño—. ¿Querías matar a Peter, ferdad? Querías derramar la sangre de Peter, ¿no es así? *Taunsend Teufel!*[20] Hombre, si tú y yo nos encontráramos mano a mano allá en la ladera, habías de fer quién es Peter.

—¡Menos bravatas, Peter! —gruñó uno de sus camaradas—; este sujeto es seguramente un esbirro de Satanás y tiene una profesión que ningún hombre

bien nacido y honrado querría seguir. Pero yo aseguro, juzgando por su apariencia, que había de aplastarte si te tomara por su cuenta. Luego comenzarías a aullar pidiendo auxilio como hiciste en el pasado noviembre, cuando confundiste a la mujer de Cooper Dick con un aforador.

—¿Aplastarme a mí? ¿Quién, él? ¡Rayos y truenos! —repuso el aludido, a quien el golpe y el aguardiente habían puesto medio loco—. Eso lo feriamos. ¡Toma, hijo del diablo, toma!

Y, al decir esto, se precipitó sobre mí y me dio de puntapiés con todas sus fuerzas.

Algunos de la cuadrilla se echaron a reír; pero el hombre que había hablado primero dio al holandés un empellón que lo arrojó a tres pasos tambaleando.

—¡Cuidado con eso! —dijo con acento amenazador—. Puesto que estamos en suelo inglés, hay que portarse a la inglesa, y no tolero ninguna de esas ruines artimañas. Delante de mí, ¿sabes?, ningún panzudo hijo de Ámsterdam lleno de ginebra, ningún gallina crapuloso dará de puntapiés a un hijo de Inglaterra. Si el patrón lo cree conveniente, se le ahorcará. Eso se da por supuesto; pero ¡mil rayos!, si quieres bronca, vuelve a tocarle otra vez.

—Muy bien hablado, Dicon —dijo el jefe con acento tranquilo—. Todos sabemos que Peter no sirve para recibir cuatro bofetones; pero en cambio es el mejor tonelero de toda la costa, ¿verdad? No hay quien lo iguale en punto a poner duelas o apretar los aros, o a dar a las vasijas la debida curvatura. Será capaz de tomar una tabla y convertirla en un barril antes que otro cualquiera lo piense.

—Vos lo reconocéis así, capitán Murgatroyd —dijo el holandés con acento de enojo—; y, sin empargo me feis aporreado, ensangrentado, aprumado de insultos y llenado de amenazas, sin darme auxilio. Juro que cuando fuelva a estar en el Texel después de regresar en el *María*, he de dedicarme a mi antiguo oficio y no poner más los pies en el parco.

—No hay miedo —respondió el capitán riendo—. Mientras el *María* transporte cinco mil piezas al año y pueda sacar ventaja a todas las escampavías de la costa, no hay que temer que el ambicioso Peter deje de tener su parte en el negocio. ¡Vaya, hombre! A este paso podrás tener en un año o dos una magnífica casita de tu propiedad con su bonita pradera y sus árboles de vistoso ramaje y criaderos de flores y un canal junto a la puerta y una rolliza ama de casa tan corpulenta como un burgomaestre. Muchas fortunas como ésa se han hecho con géneros de Malinas y coñacs.

—Sí, y también hay muchas capezas rotas con eso de los artículos de Malinas y coñac —gruñó mi enemigo—. ¡Rayos y truenos! Otras cosas hay además de las casas de recreo y las estufas para criar flores. Porque, ¿dónde me dejáis los nordestes y las costas de sotafento y los espolones y las nafes que os persiguen?

—Y, ¿dónde los bravos marinos que bregan sin provecho en la pesca del arenque, o navegan en barcos de cabotaje de Navidad a Navidad corriendo todo género de peligros y sin obtener ninguna ganancia especial?… Pero baste lo dicho. Levantad al prisionero y sujetémosle bien con los grilletes.

Me pusieron de pie y la cuadrilla me llevó, medio en el aire, medio arrastrando. Mi caballo había sido trasladado ya de aquel sitio en dirección contraria. Nosotros dejamos el camino y comenzamos a descender por una rocosa y escarpada barranca que se abría en dirección al mar. Al parecer, no había el menor rastro de senda o camino; y, como yo continuaba atado y sin poder valerme, no ofrecí otra resistencia que la de enredarme entre los arbustos o hacer hincapié en las rocas. Sin embargo, la sangre de mis heridas se había secado y la fresca brisa marina me despejó la cabeza, ayudándome a formar idea más clara de mi situación.

Del lenguaje de aquellos hombres se deducía evidentemente que eran contrabandistas. Como tales, no habían de sentir gran afecto hacia el Gobierno, ni tener gran empeño en apoyar al rey James por ningún concepto. Al contrario, lo probable era que se inclinaran a favor de Monmouth, porque, ¿no había visto yo el día antes en su ejército a todo un regimiento de infantería, reclutado de entre la población de la costa? Mas, por otra parte, su avaricia podía sobreponerse a todo sentimiento de lealtad e inducirlos a que me entregaran a la justicia esperando recibir algún premio. Bien mirado todo, creí más prudente no decir nada de mi misión y guardar el secreto de mis papeles mientras fuera posible.

Pero mientras me llevaban a rastras, hube de preguntarme con extrañeza por los motivos que habrían tenido estos hombres para tenderme aquella asechanza, conforme lo habían hecho. El camino que yo había seguido era solitario; mas, aun así, por él debían transitar bastantes viajeros, que desde el oeste hacían el viaje a Bristol, pasando por Weston. La cuadrilla no podía estar vigilándolo constantemente. ¿Por qué habrían puesto esa trampa precisamente la noche de mi viaje? Los contrabandistas eran gente desesperada que vivía fuera de la ley; sin embargo, generalmente, no descendían al nivel de los salteadores de caminos o ladrones. Con tal de no meterse en sus asuntos, rara vez ocurría que se anticiparan a causar

desórdenes. Y entonces, ¿cómo se explicaba que hubieran estado en acecho para perjudicarme a mí, que ningún daño les había causado nunca? ¿Cabía imaginar que alguien me hubiera hecho traición? Revolviendo andaba todavía en mi cabeza estas preguntas, cuando llegamos al sitio en que era preciso hacer alto; y el capitán hizo sonar una nota aguda con un silbato que tenía colgado al cuello.

El lugar donde a la sazón nos encontrábamos era el más tenebroso y abrupto de todo aquel salvaje desfiladero. A un lado y otro se alzaban grandes riscos que formaban un arco sobre nuestras cabezas, guarnecido de maleza y helechos por ambos lados, de suerte que casi quedaban ocultos el oscuro cielo y las pocas estrellas que brillaban en él con luz débil. Grandes rocas negras aparecían vagamente en la penumbra, mientras de frente nos obstruía el paso una revuelta vegetación de brezos. Al sonar un segundo silbido, se percibió por entre el ramaje un destello luminoso y toda la cuadrilla torció a un lado como si se hubiera movido girando sobre un gozne. Más allá se abría un pasadizo tortuoso penetrando en el interior de la ladera y nos metimos por él, teniendo que bajar las cabezas para no chocar con las rocas de la parte superior. Entonces sentimos resonar a ambos lados el murmullo del mar.

Después de pasar aquella entrada, que debía haberse abierto en la roca viva con gran trabajo, llegamos a una espaciosa cueva, iluminada por la hoguera que ardía en un extremo y por varias antorchas. A su amarillo y fuliginoso resplandor pude observar que el techo tendría unos cincuenta pies de altura, y de él pendían largas y brillantes estalactitas, que reverberaban y centelleaban con deslumbrante intensidad. El piso de la cueva era de fina arena, tan mullida y suave como una aterciopelada alfombra de Wilton, y descendía a lo largo en tal forma que parecía dirigirse a desembocar en el mar; conjetura confirmada por el mugir y estrellarse de las olas y por la humedad salitrosa que llenaba toda la caverna. Sin embargo, no era posible divisar el agua, porque el subterráneo torcía bruscamente, impidiendo ver su continuación.

En esta especie de elipsoide abierto en la roca que tendría unos sesenta pasos de longitud por treinta de anchura, había grandes pilas de pipas, barriles y cajas; mosquetes, cuchillos, duelas, garrotes y montones de paja esparcidos sobre el piso. En un extremo ardía la alegre llama de una hoguera, proyectando extrañas sombras sobre las paredes y esparciendo innumerables destellos diamantinos en los cristales de la techumbre. El humo escapaba por una enorme abertura del techo. Sentados en cajas, o tendidos en la arena

alrededor del fuego, había otros siete u ocho contrabandistas que se pusieron de pie y corrieron a nuestro encuentro al entrar.

—¿Lo habéis aprehendido? —preguntaron—. ¿De modo que al fin vino? ¿No lo acompañaba nadie?

—Aquí está, pero solo —respondió el capitán—. La maroma lo arrancó del caballo tan fácilmente como la red del cazador raquero barre a la descuidada gaviota. ¿Qué habéis hecho entretanto, Silas?

—Preparar los paquetes para el transporte —respondió el interrogado, que era un fornido marinero de rostro curtido por la intemperie y mediana edad—. La seda y encajes están en esas cajas cubiertas con jerga. En una de ellas he puesto «hilados» y en la otra «cáñamo»… un millar de encajes de Malinas por un centenar de piezas satinadas. Podrán ir perfectamente a lomo en un mulo. El aguardiente, la ginebra holandesa, la especial de Schiedam y el *goldwasser* de Hamburgo han sido dispuestos todos en debido orden. El tabaco está en las cajas achatadas junto a la sima Dark. Es un cargamento de lo más engorroso que jamás hemos transportado aquí; pero al fin podemos colocarlo en el barco, aunque el lugre flotará con él como una espumadera, pues apenas tiene lastre para resistir una brisa de cinco nudos.

—¿Hay alguna señal de que llegue del *Fairy Queen*? —preguntó el contrabandista.

—Ninguna. John, el *Largo*, está allá abajo en la ribera mirando a ver si descubre el farol insignia. Este viento favorecerá el arribo con tal que haya doblado la punta de Combe-Martin. Había un barco, unas diez millas en la dirección este-nordeste, al ponerse el sol. Tal vez fuera una goleta de Bristol o un filibote del rey.

—¡No son malos filibotes las naves-tortugas de su majestad! —repuso el capitán Murgatroyd en tono de mofa—. No podemos ahorcar al empleado de aduanas hasta que el capitán Venables llegue con el *Fairy Queen*, porque, al fin y al cabo, la víctima de los agentes del fisco ha sido uno de sus hombres. Que se encargue él de la molesta tarea de ejecutar al delincuente.

—¡Ira de Dios! —exclamó furioso el holandés—. ¿No sería el mejor modo de obsequiar al capitán Fenablos precipitar desde luego al aduanero por la *poca Dark*? ¿Quién sape si tendrá que prestarnos él algún día un serficio análogo?

—¡Callaos, pon cien mil demonios! ¿Quién manda aquí? ¿Vos o yo? —preguntó indignado el jefe—. Traed al prisionero junto a la hoguera. Vamos a ver, granuja, podéis contaros por tan muerto como si estuvierais tendido en la caja, rodeado de cirios. Mirad esto —y al hablar así levantó una antorcha

mostrándome a su roja luz un gran boquete que se abría en el piso en el extremo más remoto de la cueva—; podréis juzgar de la profundidad que tiene la sima Dark escuchando atentamente hasta que percibáis un ruido.

Dicho esto, levantó un barril vacío y lo arrojó por la abertura del piso. Por espacio de diez segundos estuvimos aguardando en silencio, hasta que un sordo y lejano ruido indicó que el objeto lanzado había caído en el fondo.

—Antes de que suelte el último aliento, habrá recorrido medio camino del infierno observó uno.

—Será una muerte más dulce que la que le daría la horca de Debizes —añadió otro.

—No —interpuso un tercero—; hay que ahorcarle antes. La boca Dark sólo nos servirá para darle sepultura.

—Desde que lo hicimos prisionero no ha abierto la boca —dijo el llamado Dicon—. ¿Será mudo? Mostradnos, buen amigo, que sabéis hablar y decidnos cuál es vuestro nombre. Más os hubiera valido haber nacido sin lengua para no denunciar a nuestro camarada y ser causa de su muerte.

—Había estado esperando una pregunta cortés después de todas vuestras insolencias, y bravuconadas —dije—. Mi nombre es Micah Clarke. Ahora haced el favor de decirme quiénes sois y con qué autoridad detenéis a los viajeros pacíficos en una vía pública.

—Aquí está nuestra autoridad —respondió Murgatroyd acariciando el mango de su machete—. En cuanto a quiénes somos, debéis saberlo de sobra. Vuestro nombre no es Clarke, sino Westhouse o Waterhouse, y sois el mismo condenado aduanero que maltrató a nuestro pobre camarada, Cooper Dick, y le quitó la vida en Ilchester.

—Juro que os equivocáis —repliqué—. En mi vida he estado por aquí antes de ahora.

—¡Bonitas palabras! ¡Bonitas palabras! —repitió otro de los contrabandistas—. Aduanero o no, daréis el salto mortal por la boca del precipicio, puesto que conocéis el secreto de nuestra cueva.

—Vuestro secreto está bien seguro por lo que a mí toca —respondí—; pero si queréis asesinarme, soportaré mi desgracia como corresponde a un soldado. Hubiera preferido morir en el campo de batalla antes que encontrarme como ahora a merced de semejante gavilla de ratas de agua; metidas en su guarida.

—¡Por quien soy! —exclamó Murgatroyd—. Estas son palabras mayores que seguramente no sabría pronunciar un aduanero. El hombre se porta como verdadero soldado. Tal vez queriendo cazar la zorra, hemos atrapado el león.

Sin embargo, teníamos cierta confidencia de que había de venir por este camino y con un caballo semejante.

—Llamad al Largo —sugirió el holandés—. Yo no daría una pipa de trinidado por la palapra de Schelm. John escapó con Cooper Dick cuando cayó prisionero.

—Así es —refunfuñó Silas—. Y por cierto que recibió una cuchillada en el brazo de manos del aduanero. Nadie mejor que él ha de conocerle.

—Que venga, pues —dijo Murgatroyd y poco después llegó un marinero alto y seco, abandonando la boca de la cueva donde había estado de centinela. Usaba un pañuelo rojo alrededor de la cabeza y un chaquetón azul y venía arremangándose una de sus mangas.

—¿Dónde está el aduanero Westhouse? —preguntó—; aquí me ha dejado una señal en el brazo. ¡Mala peste sobre mí, si el rasguño no se ha cicatrizado todavía! Pero ahora se han vuelto las tornas, amigo… ¡Callad! ¿Quién es este que tenéis en el cepo? No es el hombre que buscamos.

—¿De modo que no es él? —preguntaron entre ternos y maldiciones.

—Claro que no. Con este sujeto se podrían hacer dos hombres de la estatura del aduanero y aún sobraría materia para fabricar el amanuense de un juez. Podéis ahorcarle para mayor seguridad, pero repito que no es nuestro hombre.

—Sí, lo mejor es ahorcarlo —dijo el holandés Pete—. ¡Foto al infierno! ¿Fa a ser nuestra cuefa el asunto de las confersaciones de toda la comarca? ¿Adónde iría entonces nuestro parco *María* con sus sedas y satines, sus parriles y sus cajas? ¿Hemos de sacrificar nuestra cuefa por la conveniencia de este perillán? Además, ha maltratado a fuestro tonelero, golpeándole la capeza párbaramente. Pien merece eso la corpata de cáñamo.

—Lo que merece es un buen vaso de *rumbo* —repuso Dicon—. Por vuestra vida, capitán, me atrevería a decir que no somos una cuadrilla de salteadores o rateros, sino un grupo de honrados marineros que sólo hacemos daño a los que nos perjudican. El aduanero Westhouse ha ocasionado la muerte de Cooper Dick, y es justo que muera a su vez; pero por lo que se refiere a sacrificar a este joven soldado, lo encuentro tan descabellado como dar un barreno a nuestro barco *María* o poner en su penol otro pabellón.

No puedo decir qué respuesta se dio a tales palabras, porque en ese momento resonó un agudo silbido fuera de la cueva, y aparecieron dos contrabandistas trayendo el cuerpo de un hombre. Tan desmayado venía éste, que en un principio creí que se trataba de un cadáver; pero cuando lo depositaron sobre la arena comenzó a moverse y al fin se sentó como quien

despierta de un ligero sueño. Era un sujeto con cara de perro dogo, que presentaba una rozadura en la mejilla y vestía una chaqueta azul ajustada con botones dorados.

—Ese es el aduanero Westhouse —exclamaron a coro varias voces.

—Yo soy —dijo tranquilamente el hombre haciendo un movimiento como quien siente la molestia de un dolor—. Yo represento la ley y autoridad de nuestro legítimo soberano, y en su nombre os arresto a todos, declarando embargados y confiscados todos los géneros de contrabando que veo a mi alrededor, conforme a la sección segunda de la primera cláusula del estatuto referente al tráfico ilegal. Si entre los presentes hay algún hombre honrado, le pido que me ayude a cumplir con mi deber.

Hizo un movimiento para ponerse de pie, mientras decía las anteriores palabras, pero sus fuerzas no lo acompañaron y volvió a caer sobre la arena entre las carcajadas de los rudos marinos.

—Lo hemos encontrado tendido en el camino, al regresar de casa del abuelo Mycroft —dijo uno de los recién venidos, y que era el mismo que se había llevado a *Covenant*—. Debió pasar después de retiraros vosotros, y la cuerda le dio por debajo de la barba arrojándolo a la distancia de doce pasos. Descubrimos la botonadura dorada de su chaquetilla y por eso lo hemos traído. ¡Voto a tal y lo que ha pateado mientras estaba aturdido!

—¿Habéis aflojado la cuerda? —preguntó el capitán.

—Hemos desatado una de las puntas y la hemos dejado colgando.

—Perfectamente. Retendremos con nosotros al aduanero para entregárselo al capitán Venables. Y por lo que toca al otro prisionero, debemos registrarlo y examinar sus papeles; porque son tantos los barcos que navegan con bandera falsa, que se necesita andar con cautela. ¡Vamos a ver, señor soldado! ¿Qué os trae por estos parajes, y a qué rey servís? Pues, según mis noticias, ha estallado un motín en el que se disputan dos patronos la propiedad de la antigua nave de Inglaterra.

—Presto mi servicio a las órdenes del rey Monmouth —respondí viendo que el registro proyectado había de concluir con el hallazgo de mis documentos.

—¿A las órdenes del rey Monmouth? —preguntó con tono de duda el contrabandista—. No, amigo, eso no parece verdad. El buen rey necesita, según dicen, de todos sus amigos en el Sur, y no se concibe que deje a un soldado capaz como vos, vagar a lo largo de la costa como cualquier raquero de Cornish, capeando un sudoeste.

—Llevo despachos —dije— de puño y letra del mismo rey para Henry, duque de Beaufort, que debe estar en su castillo de Badminton. Podéis hallarlos en mi bolsillo interior; pero os ruego que no rompáis el sello, porque eso desacreditaría mi misión.

—Señor —exclamó el empleado de aduanas apoyándose sobre el codo—, os arresto por vuestras mismas palabras en méritos de ser traidor y promotor de traición, vagabundo y rebelde, conforme al tenor del estatuto cuarto del Acta. Como ministro de la ley, os intimo la sumisión a mi autoridad.

—Ponle una mordaza con tu faja, Jim —dijo Murgatroyd—. Cuando llegue Venables, no tardará en hallar el modo de hacerle cerrar el pico… Sí —continuó mirando el sobrescrito de mis papeles—, aquí consta lo que decís: «De James II de Inglaterra, conocido últimamente como duque de Monmouth, a Henry, duque de Beaufort, presidente de Gales, por mano del capitán Micah Clarke, del regimiento de infantería de Wiltshire, mandado por el coronel Saxon». Quitadle las ligaduras, Dicon. Ahora, pues, capitán, volvéis a ser hombre libre; y siento que os hayamos perjudicado por equivocación. A fuer de buenos luteranos, estamos más dispuestos a prestaros ayuda que a poner obstáculos a vuestra misión.

—¿No podríamos ayudar de hecho a desempeñar su cometido? —dijo el piloto Silas—. Por mi parte no tendría inconveniente en soportar algunas molestias por la causa y dudo que no seáis todos de mi opinión. Aprovechando la brisa que sopla, podríamos navegar hasta Bristol y desembarcar al capitán mañana por la mañana, librándole así de caer en las garras de algún bandido.

—Muy bien pensado —repuso el Largo—. La caballería del rey está más allá de Weston, pero el soldado se libraría de ella contando con la ayuda de nuestro barco.

—Bien —dijo Murgatroyd—, podemos retroceder tres largas bordadas. Venables necesitará cerca de un día para desembarcar sus géneros; si hemos de hacer la navegación en compañía, tendremos tiempo de sobra. ¿Qué os parece el proyecto, capitán?

—¿Y mi caballo? —pregunté.

—No hay motivos para detenernos por esa causa. Soy hombre capaz de improvisar una caballeriza con mis arboladuras de repuesto y los enjaretados; así que el vuestro estará bien atendido en el barco. El viento ha dejado de soplar; con lo que podremos llevar el lugre hasta el borde mismo de la Punta del Muerto y embarcar allí el caballo. Ve corriendo, Jim, a casa del abuelo, y tú, Silas, búscanos el bote. Aquí hay carne, fiambre y galletas… la menestra

del marino, capitán… y un vaso de legítima jamaica con que remojar la garganta. Conviene que vuestro estómago no se ande con escrúpulos y se acostumbre a todo.

Me senté sobre una barrica junto al fuego y estiré mis miembros, que estaban entumecidos a consecuencia de las ligaduras, mientras uno de los marineros me curaba la herida de la cabeza, lavándola con un pañuelo húmedo, y otro me ponía delante la comida en una caja. El resto de la banda se había ido a la boca de la cueva a preparar el lugre, con excepción de dos o tres que quedaron haciendo guardia junto al desdichado aduanero… Permanecía éste apoyando la espalda contra el muro de la cueva, los brazos cruzados sobre el pecho, y echando de cuando en cuando una mirada amenazadora a los contrabandistas, como pudiera hacerlo un viejo y valiente sabueso rodeado de una manada de lobos. Revolviendo estaba en mi imaginación si podría hacer algo en su ayuda, cuando llegó Murgatroyd y hundiendo un vaso de estaño en un tonelito abierto, que estaba casi lleno de ron, me lo ofreció brindando por el éxito de mi misión.

—Mandaré que os acompañe Silas Bolitho —dijo—, mientras aguardo aquí la llegada de Venables que manda, la nave compañera. Si puedo hacer algo para reparar los malos tratos…

—Una sola cosa voy a rogaros, capitán —le interrumpí con viva ansiedad —. Lo que os pediré es de tanto interés para vos como para mí. No consintáis que asesinen a ese infeliz.

El semblante de Murgatroyd se puso rojo de indignación.

—Os expresáis con expresiva crudeza, capitán Clarke —repuso—. Esto no es un asesinato, sino justicia seca. ¿Qué daño hacemos nosotros ejerciendo nuestra profesión? En toda la comarca no hay una mujer de su casa que no nos eche mil bendiciones. ¿Dónde había de comprar su *souchong* o sus licores y bebidas espirituosas si no fuera por nosotros? Vendemos barato y no obligamos a nadie a comprar nuestros géneros. Somos negociantes pacíficos. Pues con todo eso, este compadre y los de su cuerda no dejan de andar mordiéndonos los zancajos como tiburones en un banco de abadejo. Se nos acosa, se nos caza a ojeo, se nos persigue a tiros hasta obligarnos a buscar refugio en antros como el que veis.

»Hace un mes, cuatro de los nuestros llevaban un barrilito de ginebra por la ladera inmediata a la granja de Black, que era parroquiano nuestro desde hacía cinco años. De pronto llegó un piquete de caballería, conducido por este aduanero, y sin más ni más, los soldados desenvainaron los montantes y la emprendieron a cuchilladas con mi gente dando un tajo en el brazo a John y

tomando prisionero a Cooper Dick. Lo condujeron a la cárcel de Ilchester y después de presentarlo al tribunal que lo sentenció a muerte, lo colgaron junto a las prisiones, dejándole allí como un armiño a la puerta de un guardabosque. Tuve noticia de que este aduanero había de pasar hoy por la noche por el camino que vos traíais, ignorando que nosotros tratábamos de darle caza. ¿Tiene nada de extraño que le hayamos tendido una red, y que habiendo conseguido cazarlo, hagamos en él la misma justicia que ha ejecutado en nuestros camaradas?

—No es más que un subordinado —objeté—. Él no es el autor de la ley; su deber consiste en hacerla cumplir. De quien debéis quejaros es del código.

—Tenéis razón —dijo el contrabandista con aire sombrío—. A quien tenemos que ajustar la cuenta es al juez Moorcroft. Tal vez pase por este camino el día menos pensado. ¡Quiera el cielo que así sea! Pero hemos de colgar también al aduanero. Ahora conoce ya nuestra guarida y sería una locura dejarlo escapar.

Viendo que de nada servía continuar intercediendo por el preso, me contenté con dejar caer disimuladamente en la arena mi cuchilla cerca del aduanero, esperando que pudiera servirle de algo. Los que le guardaban reían y bromeaban entre sí, haciendo poco caso de su obligación; pero la víctima estaba alerta porque no tardó en alargar la mano para agarrar el arma.

Por espacio de algunas horas paseé de un lado a otro fumando pipa tras pipa, hasta que al fin apareció el piloto Silas y me dijo que el lugre estaba ya dispuesto con el caballo a bordo. Me despedí de Murgatroyd, aventurándome a decir algunas palabras más a favor del aduanero; pero se me contestó con un movimiento de cabeza que indicaba una redonda negativa. Metieron un bote en el interior de la cueva y lo atracaron para que yo saltara en él, como de hecho lo hice, después de haber recibido mi espada y pistolas. Los marineros desatracaron y entraron en el barquichuelo, al deslizarse, avanzando mar adentro.

A la luz de la antorcha que Murgatroyd había traído, pude ver que el techo de la cueva bajaba rápidamente al paso que nos acercábamos a la entrada. A corta distancia de ésta disminuía mucho el espacio entre el agua y la bóveda de la cueva, viéndonos precisados a doblar la cabeza para no chocar contra las rocas. Los remeros dieron dos golpes vigorosos que nos lanzaron fuera de la boca del subterráneo trasladándonos de pronto al exterior, donde las estrellas brillaban débilmente y la luna vertía una confusa claridad por entre las nubes y la niebla.

Frente a nosotros se divisaba un gran bulto, que al acercarnos tomó la forma de un enorme lugre columpiándose majestuosamente sobre las olas. Sus altas arboladuras y delicado cordaje campeaban sobre nuestras cabezas mientras nos acercábamos al costado; y al mismo tiempo el rechinar de poleas y el roce de cuerdas nos dio a entender que se aprestaba a darse a la vela. Se mecía en el mar con un suave balanceo, semejando una gigantesca ave marina que iba extendiendo lentamente sus alas para emprender el vuelo. Los boteros empujaron la pequeña embarcación hasta el pie de la escalera y la sujetaron mientras yo trepaba a cubierta.

Era un barco grande que presentaba notable anchura de manga con una graciosa curva en la proa y mástiles más altos de los que yo había visto en ninguna de las embarcaciones del Solent. Estaba cubierto enteramente por la parte de proa y dejaba entrever gran profundidad en la de popa, llevando numerosas cuerdas fijas alrededor de los costados para sujetar en ellas barriles cuando estuviera llena la bodega. En el castillo, de popa los marineros habían construido un establo donde hallé a *Covenant junto* a un pozal de avena. Mi antiguo amigo alargó la cabeza hacia mí y relinchó al reconocer a su dueño. Estábamos todavía entretenidos en acariciarnos, cuando asomó por la escotilla del camarote la cabeza entrecana de Silas Bolitho, el piloto.

—Ahora ya estamos en nuestro camino, capitán Clarke —dijo—. Como veis, la brisa ha amainado enteramente y tal vez tardemos algo en llegar al puerto. ¿No sentís alguna molestia?

—Estoy un poco cansado —confesé—. Me duele algo la cabeza a causa del golpe que recibí al ser arrancado de la silla.

—Pocas horas de sueño os bastarán para que quedéis enteramente despejado —dijo el contrabandista—. Vuestro caballo está bien atendido y podéis descuidar completamente sobre ese particular. Voy a mandar a un hombre que se encargue de él, aunque, a decir verdad, estos pícaros entienden más de arrastraderas y drizas que de cuidar caballos. Sin embargo, podéis estar tranquilo y bajar al camarote.

Descendí por la escalera casi vertical que conducía al interior del lugre y hallé dos huecos dispuestos en los lados para servir de cama.

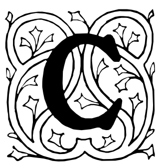
—Aquí podéis acostaros —dijo el piloto señalándome a uno de ellos—. Nosotros os llamaremos si ocurre alguna novedad.

No necesité segunda invitación, y acomodándome en el lugar que se me había indicado, sin aguardar a desnudarme, quedé sumergido a los pocos minutos en un profundo sueño, que no pudieron interrumpir ni el balanceo del barco ni el rumor de pisadas sobre mi cabeza.

XXIV

DE LA ACOGIDA QUE ENCONTRÉ EN BADMINTON





Cuando abrí los ojos, me costó algún trabajo recordar dónde estaba; mas al incorporarme y chocar con la cabeza en el cielo raso del camarote, caí en la cuenta de todo. En el lado opuesto al mío yacía Silas Bolitho tendido cuan largo era con un gorro de noche de lana

roja en la cabeza, enteramente dormido y roncando. En el centro pendía del techo una mesa muy usada, con innumerables manchas de grasa y licor. Un banco de madera, atornillado al piso, completaba el mobiliario junto con un soporte para mosquetes a lo largo de uno de los lados. Encima y debajo de las literas en que descansábamos nosotros había varias filas de alacenas, en las que se guardaban indudablemente los encajes y piezas de seda más preciosas. El barco subía y bajaba con suave balanceo; pero el aleteo de las velas me hizo comprender que apenas soplaba el viento. Me deslicé silenciosamente de la litera para no despertar al piloto y salí a cubierta.

Allí pude cerciorarme de que estábamos, no sólo ensalmados, sino envueltos por una espesa niebla que formaba a nuestro alrededor espesos pelotones ocultándonos del todo el agua y el cielo. Hubiera podido creer que nuestro barco flotaba en el aire navegando sobre un blanco estrato de cirros. De cuando en cuando, soplaba un momento la brisa hinchando el trinquete, que caía otra vez a los pocos instantes lacio y flojo contra el mástil. A veces un rayo de sol penetraba a través de la densa neblina, bañando la cubierta con un débil resplandor irisado, pero las masas de vapores volvían a acumularse cerrando el paso al invasor. *Covenant* volvía la cabeza a derecha e izquierda como aguijoneado por la curiosidad. La marinería se había reunido a lo largo de las amuradas; y cada hombre se puso a fumar su pipa mientras clavaba en la densa niebla una mirada escudriñadora.

—¡Ira de Dios, capitán! —dijo Dicon llevándose la mano a su montera de piel—. Mientras ha soplado la brisa, hemos navegado a nuestro gusto, y según la estima del piloto, estábamos a pocas millas de Bristol.

—En ese caso, mi buen amigo —respondí—, podéis desembarcarme, porque estoy cerca del punto de mi destino.

—Necesitamos aguardar a que levante la niebla —dijo el Largo—. En esta parte no hay más que un sitio donde descargar nuestros géneros con toda tranquilidad. Cuando aclare, navegaremos con rumbo a ese lugar; pero hasta tanto que pongamos en salvo el cargamento, no tenemos más remedio que aguantar al socaire.

—¡Vigila bien por esa parte, Tom Baldock! —ordenó Dicon a un marinero que estaba en proa—. Estamos en la ruta seguida por todos los barcos de Bristol, y aunque el viento es tan escaso, una nave de alta arboladura podría hallar la brisa que a nosotros nos falta.

—¡*Sshhh*! —dijo de pronto el Largo recomendando cautela con una señal de su mano.

Nos pusimos a escuchar con la mayor atención, pero no percibimos otro ruido que el suave chapoteo de las invisibles olas contra los costados de nuestro lugre.

—Llamad al piloto —repuso en voz baja el marinero—. Hay un barco cerca del nuestro, porque oigo el crujir de una cuerda sobre cubierta.

En un instante tuvimos a nuestro lado a Silas Bolitho, y todos aguzamos el oído y nos pusimos a atisbar por entre la densa niebla. Casi habíamos llegado a convencernos de que aquello era una falsa alarma, y el piloto se disponía a volver al camarote con humor algo avinagrado, cuando resonó siete veces muy cerca de nosotros el tañido de una campana, al que siguió un agudo silbido y un confuso rumor de voces y pataleo.

—Es un barco del rey —gruñó el piloto—. La campana marca las tres y media y hacen el relevo de los centinelas.

—Estaba en la dirección de nuestra cuarta —murmuró uno.

—No, me parece que lo teníamos a babor —repuso otro.

El piloto hizo señal de callar y todos permanecimos escuchando los nuevos ruidos que pudieran salir del vecino barco, tan en mal hora hallado. Se había levantado un poco de viento y navegábamos a la sazón con una velocidad de cuatro o cinco nudos por hora. Repentinamente oímos una voz bronca que dictaba imperiosas órdenes a nuestro lado.

—¡Virar de bordo! —gritaba—. ¡Echad una mano a esas cuerdas! ¡Izad esas vergas, canallas, o iré yo allá con el bastón a calentaros las costillas!

—Es un navío del rey, no cabe duda, y lo tenemos a dos brazas —dijo el Largo apuntando por la cuadra de popa—. Los marinos mercantes hablan con decencia. Sólo esa gente de las chaquetillas azules con botones dorados que no saben salir del alcázar, donde tienen buenos repuestos de licores y golosinas, es la que acostumbra amenazar con el bastón. ¡Hola! ¿No os dije yo?

Mientras hablaba, se rasgó la blanca nube de vapor que nos envolvía, desapareciendo como el telón de un escenario y descubriéndonos un soberbio barco de guerra, tan inmediato a nosotros que hubiéramos podido arrojar una galleta a bordo del mismo. Su largo y negro casco se balanceaba con gracioso ritmo, mientras los altos mástiles y blancas velas se irguieron un instante frente a nosotros, para quedar envuelto poco después en la niebla que nos rodeaba. Nueve cañones de bronce asomaban frente a nosotros por las portas de batería. Sobre la línea de hamacas que pendían como vellones de lana a lo largo de sus amuradas, pudimos ver las cabezas de los marinos que se volvían hacia nosotros y conversaban entre sí. En el castillo de popa estaba el oficial

más antiguo con su sombrero escarapelado sobre la blanca y acicalada peluca, e inmediatamente nos enfiló su anteojo.

—¡Ah, del barco! —vociferó apoyándose en el coronamiento—. ¿Qué lugre es ése?

—El *Lucy* —respondió el piloto—, que viene de Porlock Quay y va a Bristol con pieles y sebo en rama. Aprestaos a virar —añadió en voz más baja —; porque la niebla vuelve otra vez.

—Una de las pieles está todavía en el caballo —gritó el oficial—. Atracad a nuestro costado, que necesitamos veros más de cerca.

—Sí, señor, sí —respondió el piloto y accionando rápidamente el timón, hizo funcionar la botavara, y el *María* salió disparado como una gaviota y se ocultó entre la niebla. Al volver atrás la cabeza me fue imposible discernir adónde habíamos dejado al barco de guerra. Con todo eso no tardaron en oírse roncas voces de mando y ruido de maniobras.

—¡Aprovechad el viento, muchachos! —exclamó el piloto—. Ahora podremos escapar.

—No había acabado de pronunciar las palabras anteriores cuando se percibieron entre la niebla media docena de llamaradas, y otros tantos proyectiles cruzaron por entre nuestras jarcias. Uno de ellos partió la perilla del palo mayor y lo dejó colgando; otro dio en el bauprés e hizo saltar una nube de blancas astillas.

—No lo hacen mal, ¿verdad, capitán? —dijo el viejo Silas frotándose las manos—. ¡Pardiez! Tiran mejor con la niebla que en plena luz. Han disparado ya a este lugre más cañonazos que balas podría llevar, si se le cargara de material de guerra. Y, sin embargo, nunca le han hecho tanto daño como ahora en el barniz del casco. Vuelven otra vez.

Una nueva descarga salió del barco de guerra; pero esta vez habían perdido nuestro rastro y disparaban a bulto.

—Ese es su último ladrido —observó Dicon.

—No hay cuidado —murmuró otro de los contrabandistas—; en el resto del día tal vez sigan haciendo fuego porque es un buen ejercicio para la dotación y como las municiones son del rey, no les cuestan una blanca.

—Fortuna ha sido que se levantara la brisa —dijo el Largo—. Oí que echaban al agua los botes después de la primera descarga; se ve que querían registrarnos, y lo habrían hecho, tan cierto como no soy holandés.

—Tanto mejor para fos si lo fuerais, maldito pacalao de siete pies —repuso mi enemigo el tonelero cuyo aspecto no había ganado gran cosa con la gran venda que le cubría el ojo—. Hubierais aprendido algo más que a tirar de

una cuerda o a fregar cupiertas de parcos como una fil mozuela durante toda fuestra fida.

—Oye, tocinero —replicó el marino—; voy a meterte en uno de tus toneles y echarte al agua, ¡al garete! ¿Cuántas baquetas tendremos que darte para que acabes de soltar la grosería?

—La niebla levanta un poco por la parte de tierra —observó Silas—. Me parece que veo la forma confusa de la punta de San Agustín, que se levanta por la parte de estribor.

—Allí está seguramente, señor —confirmó uno de los marinos, apuntando a una mole oscura que se divisaba a través de la niebla.

—Entonces voy a poner el rumbo hacia la ensenada que tiene tres brazas de fondo —dijo el piloto—. Cuando hayamos doblado la punta, capitán Clarke, podremos desembarcaros con vuestro caballo. Desde allí sólo tendréis algunas horas de caminata hasta el punto de vuestro destino.

Llamé aparte al viejo marinero, y después de darle gracias por sus bondades y servicios, le hablé del aduanero y le rogué que empleara toda su influencia para salvarle la vida.

—Eso depende del capitán Venables —me respondió con semblante torvo —. Pero si lo dejamos marchar, ¿qué va a ser de nuestra cueva?

—¿No hay manera de conseguir que guarde el secreto? —pregunté.

—Bien, quizá pudiéramos embarcarlo para los ingenios de América — dijo el piloto—. Lo llevaríamos a la isla de Texel, y pediríamos al capitán Donders o a algún otro que le traslade del otro lado del océano.

—Hacedlo así —dije—, y yo me encargaré de hacer saber al rey Monmouth la ayuda que habéis prestado a su mensajero.

—Vamos a desembarcar dentro de poco —observó—. Bajemos al camarote en busca de algunas provisiones, porque no hay nada como zarpar con buen asiento y abundante lastre en la bodega.

Siguiendo el consejo del marino, lo acompañé y tomamos una refacción tosca pero sana. A la hora en que habíamos acabado, el lugre estaba entrando en una estrecha ensenada formada por dos bancales de arena. La región aparecía yerma y estaba llena de pantanos, sin que se descubriera la menor señal de habitantes. A fuerza de caricias y de empujones logramos que *Covenant entrara* en el agua y nadara hasta salir a tierra, mientras yo lo seguía en el bote del contrabandista. Se despidieron de mí con demostraciones rudas pero afectuosas; y poco después vi que la lancha regresaba y que el hermoso lugre comenzaba a alejarse en la costa, desapareciendo una vez más entre la niebla que seguía cubriendo la superficie del mar.

Verdaderamente, niños queridos, la Providencia realiza sus planes siguiendo caminos bien extraños; y hasta que el hombre no llega al otoño de su vida, apenas sabe decir qué sucesos le han sido adversos o prósperos. Porque entre todos los aparentes infortunios que me han ocurrido en el transcurso de mi azarosa vida, no hay uno solo que no haya llegado a considerarlo como una bendición del cielo. Y si vosotros grabáis profundamente en vuestros corazones las palabras que acabáis de oírme, hallaréis en ellas una poderosa ayuda para arrostrar todas las contrariedades con ánimo sereno, pues ¿por qué habríamos de quejarnos, no sabiendo si los sucesos que nos ocurren pueden o no llegar a ser causa de regocijo?

En lo que acabo de referiros, observaréis que comencé siendo arrojado de mi caballo a un camino pedregoso; después de lo cual, se me llenó de golpes y por último estuve a punto de ser condenado a muerte por equivocación. Con todo eso, mi desgracia terminó con trasladarme al punto a donde me encaminaba, mientras que si hubiera proseguido el viaje por tierra, lo más probable es que hubiera sucumbido en Weston; porque, conforme supe después, un destacamento de caballería operaba activamente en aquellos parajes bloqueando los caminos y apresando a todos los que caminaban en aquella dirección.

En cuanto me vi solo, mi primer cuidado consistió en lavarme la cara y las manos en una corriente que se precipitaba en dirección al mar, a fin de eliminar todas las huellas de la aventura que me había ocurrido la noche antes. Mi herida era de escasa importancia quedando oculta debajo de mi cabello. Después de haber compuesto mi traje y ordenado de algún modo el atavío de mi persona, pasé a limpiar mi caballo lo mejor que pude colocándole los arreos en mejores condiciones. Luego lo conduje de la brida a lo más alto de un montículo arenoso para desde allí orientarme.

La niebla se tendía espesa a lo largo del canal, pero en el interior de la isla la atmósfera estaba despejada y pura. En la dirección de la costa el terreno se mostraba árido y pantanoso; mas, en la parte opuesta se extendía una hermosa y fértil llanura, bien cuidada y cultivada. La línea entera del horizonte aparecía cubierta por una cadena de eminencias, que creí fueran los Mendips; y por la parte del norte se divisaba, en último término otra segunda barrera de colinas. El río Avon describía su tortuoso curso por la campiña, semejante a una culebra de plata arrastrándose por un macizo de flores. Cerca de su desembocadura, y a unas dos leguas del punto donde yo estaba, surgían las agujas y torres de la magnífica ciudad de Bristol, la reina del oeste, que era a la sazón y tal vez sigue siendo la segunda ciudad del reino. Los bosques de

mástiles, que se alzaban a manera de un espeso pinar sobre las techumbres de las casas, daban testimonio del activo comercio, sostenido por la floreciente ciudad con Irlanda y las colonias de América.

Como yo sabía que la residencia del duque estaba situada a varias millas de Bristol por la parte del condado de Gloucester, y, como además recelaba que, si penetraba en la ciudad, había de correr el peligro de ser arrestado y registrado, emprendí mi camino por el interior dando la vuelta por las afueras. La vereda que seguí me llevó a un camino real por donde transitaban numerosos viajeros a caballo y a pie. Los revueltos tiempos, en que estábamos, obligaban a viajar con armas; por lo que no hubo en mis arreos militares nada que excitara la atención; y de ese modo pude mezclarme con los demás jinetes sin dar lugar a preguntas y sospechas. Juzgándolos por sus apariencias, eran labradores o ricos hacendados en su mayoría y se encaminaban a Bristol para recoger noticias y colocar en lugar seguro sus objetos de valor.

—Con vuestro permiso, señor —me dijo un corpulento caminante de cara gruesa que usaba una chaqueta de terciopelo—: ¿Podéis decirme si su excelencia el duque de Beaufort está en Bristol o en su casa de Badminton?

Respondí que no podía decirle nada, y que yo mismo iba también a buscarle.

—Ayer tarde se lo vio en Bristol presidiendo el ejercicio de las milicias —añadió el forastero—; pero, en verdad, su excelencia trabaja con tal celo y lealtad por la causa del rey, que casi siempre anda recorriendo el condado, y sólo por casualidad se consigue encontrarlo. Pero, si en efecto vos lo buscáis, ¿adónde pensáis encaminaros?

—Pienso ir a Badminton —respondí—, y aguardarlo allí. ¿Podéis indicarme el camino?

—¡Cómo! No hay quien ignore el camino de Badminton —replicó lleno de asombro—. ¡Vaya! Yo creí que todo el mundo le conocía. Se ve que vos no sois de Gales ni de los condados inmediatos.

—Soy de Hampshire —repuse—, y he venido desde allí a ver al duque.

—Ahora lo comprendo todo —observó riendo a carcajadas—. Si no conocéis el camino de Badminton, no sabéis gran cosa; pero yo os acompañaré, os lo juro, y os enseñaré el camino, porque he de ver si puedo hablar allí con el duque. ¿Cómo os llamáis?

—Micah Clarke.

—Y yo Vairmer Brown; John Brown según el registro, pero más conocido por el nombre de Vairmer. Tomaremos por la derecha del camino real, y así

podremos trotar con nuestros caballos sin que nos moleste el polvo de otros viajeros. Y ¿para qué vais a ver a Beaufort?

—Para un asunto privado del que no puedo hablar —respondí.

—¡Oh!, cosas de gran importancia, negocios de Estado tal vez —repuso en tono de guasa—. Bien, el silencio prudente ha salvado a muchos la vida. También yo soy un hombre precavido, y hay ocasiones en que no dejaría traslucir el menor de mis pensamientos a nadie, ni me atrevería a tocar ciertos temas a solas con mi yegua por miedo de que el animal declarara algún día contra mí.

—En la ciudad parece que se trabaja con gran diligencia —observé al llegar a un punto desde donde se dominaban las murallas de Bristol, y al ver en ellas numerosas brigadas de obreros que se ocupaban en repararlas con picos y palas.

—Sí, por cierto; aquí se trabaja mucho a fin de tenerlo todo dispuesto en el caso de que los rebeldes vengan por esta parte. Cromwell y sus aguerridas huestes tuvieron un contratiempo en Bristol en tiempo de mi padre y puede suceder que le ocurra lo mismo a Monmouth.

—También cuentan con una fuerte guarnición —dije acordándome del consejo de Saxon en Salisbury—. Veo dos o tres regimientos allá lejos en aquel descampado.

—Tienen cuatro mil infantes y mil caballos —respondió el labrador—. Pero la infantería se compone toda de milicianos, y aquí no hay confianza en ellos, después del desastre de Axminster. Dicen que los rebeldes ascienden a cerca de veinte mil y que no dan cuartel. Bien, si hemos de tener guerra civil, espero que sea recia y breve, no de doce años como la última. En el caso de que hayan de cortarnos el cuello, que lo hagan con una navaja de afeitar y no con unas tijeras embotadas.

—¿No querríais tomar un vaso de sidra? —pregunté, al pasar frente a una posada cuya puerta aparecía cubierta de yedra y que llevaba la inscripción *The Beaufort Arms*.

—Con alma, y vida, joven —respondió mi compañero—. Lo mejor que podemos tomar aquí son dos pintas de buena cerveza, para limpiar el polvo del camino. El verdadero Beaufort Arms está más allá en la hospedería que el duque tiene en Badminton; y allí se puede pedir lo que se quiere al despensero sin tener que pagar una blanca.

—Habláis de la casa como si la conocierais bien —repuse.

—Y ¿quién podría aventajarme en ese punto? —preguntó el fornido labriego enjugándose los labios mientras reanudábamos el viaje—. ¡Vaya!

Parece que fue ayer cuando jugaba al escondite con mis hermanos en el viejo castillo de Boteler, que se alzaba donde ahora está la nueva casa de Badminton o Acton Turville, como algunos la llaman. Hace pocos años que el duque la ha construido; y, en verdad, no es mucho más viejo su ducado. Algunos creen que hubiera hecho mejor en conservar el antiguo palacio de sus antecesores.

—¿Qué clase de hombre es el duque? —pregunté.

—Arrebatado e impetuoso, como todos los de su familia. Sin embargo, cuando se detiene a pensar lo que hace y está sereno, procede con rectitud… Vuestro caballo ha estado en el agua esta mañana, amigo.

—Sí —respondí secamente—; le he dado un baño.

—Pues yo voy a ver a su excelencia con motivo de un caballo —añadió mi compañero—. Sus oficiales me han tomado uno que tenía, de cuatro años, bayo, sin tomarse siquiera la molestia de decirme: «Con vuestro permiso, o contando con vuestra venia, nos llevamos este caballo para uso del rey». Querría hacerles comprender que hay algo más alto que el duque y que el rey mismo, es a saber, la ley inglesa, que defiende los bienes y enseres de todos los ciudadanos. No tendría inconveniente en hacer algún sacrificio a favor del rey James, pero deshacerme de mi caballo bayo es demasiado.

—Mucho temo que las necesidades del servicio público prevalezcan sobre vuestras razones —repuse.

—¡No faltaba más! Entonces sí que tendría motivos para hacerme partidario de los *whigs* —replicó en tono acalorado—. Hasta los mismos «cabezas redondas» pagaron siempre penique por penique todo lo que tomaron, no obstante hallarse tan escasos de dinero, que les faltó hasta para los objetos de menos valor. He oído decir a mi padre que nunca florecieron los negocios tanto como en el año cuarenta y seis, cuando la revolución andaba por esa parte. El gran Noll tenía siempre preparado un lazo de cáñamo para los ladrones de caballos; los robaran para el rey, o bien para el Parlamento. Pero aquí viene el carruaje de su excelencia, si no me equivoco.

Mientras hablaba, apareció en el camino avanzando rápidamente hacia nosotros un magnífico coche de color amarillo, tirado por seis yeguas flamencas. Dos lacayos montados galopaban delante y otros dos a los lados, luciendo libreas de azul claro con adornos de plata.

—Su excelencia no viene en el carruaje; porque si así fuera, lo seguiría una escolta —dijo el labrador, mientras apartábamos nuestros caballos a un lado para dejar sitio al carruaje. Al pasar, mi compañero preguntó si el duque

estaba en Badminton, y el grave auriga, que adornaba su cabeza con elegante peluca le contestó con una inclinación de cabeza.

—Vamos a tener la suerte de encontrarlo —dijo el cultivador Brown—. Tan difícil es hallarlo en casa estos días, como dar con una trucha en un campo de trigo. Dentro de una hora o menos habremos llegado. Debo daros las gracias por no haber hecho un viaje inútil hasta Bristol. ¿Cuál decíais que era el objeto de vuestro viaje?

De nuevo me vi obligado a contestar que el asunto era de carácter reservado y que por tanto no podía hablar de él con un desconocido; a lo que se me mostró enfadado y hosco, caminando algunas millas sin abrir la boca. Espesos grupos de arbolado crecían a ambos lados del camino, y comenzamos a percibir en el aire el suave aroma de los pinos. A lo lejos se oyó el tañir de una campana que se difundió en todas direcciones, haciendo vibrar el cálido ambiente de la mañana. La sombra del ramaje era deliciosa, porque el sol quemaba brillando en un cielo sin nubes y levantando una bruma asfixiante en los campos y valles.

—Es la campana de Chipping Sodbury —dijo mi compañero al fin enjugándose el congestionado rostro—. Allá en lo alto de la colina está la iglesia de Sodbury, y aquí a la derecha tenemos la entrada del parque de Badminton.

Dos altas puertas de hierro en las que campeaban un leopardo y un grifo sosteniendo el escudo de Beaufort, giraban sobre las columnas situadas a sus lados para dar entrada a una hermosa extensión de pastos y prados en los que aparecían aquí y allá grupos de árboles y corrientes de agua, cubiertas por grandes bandadas de patos salvajes. De trecho en trecho, mientras seguíamos la tortuosa avenida, nuestros ojos tropezaban con algún rincón de singular belleza, y el labrador Brown, que parecía estar tan orgulloso de aquella posesión como si le perteneciera, se detenía a explicármelas una por una. Aquí era un grupo de rocas, en el que asomaba un millar de piedras de brillantes colores por entre el helecho y las enredaderas que de intento se habían plantado para servirles de adorno; allá, un rumoroso arroyuelo, cuyo cauce se había trazado de un modo que cayera formando una cascada por la cortadura de una roca; y acullá, en fin, alguna estatua de una ninfa o divinidad de las selvas o bien alguna glorieta artificiosamente construida y festoneada de rosales y madreselvas.

Nunca he visto una extensión cultivada con tanto esmero, siguiendo tan de cerca las condiciones peculiares del lugar, de suerte que el trabajo del hombre parecía confundirse con el de la naturaleza, y sólo se distinguía del último en

ocasiones por su profusión o reducida área. Pocos años más tarde, el buen gusto inglés se corrompió con el pedante estilo de jardinería holandesa, caracterizado por sus estanques uniformes y sus series de árboles dispuestos en fila como soldados de un regimiento de granaderos. A mi juicio, la responsabilidad del cambio pesa sobre el príncipe de Orange y *sir* William Temple; pero la moda pasó, y me parece que volvemos a seguir en el cultivo y embellecimiento de nuestros campos los sabios preceptos de la Naturaleza.

Ya cerca de la casa, llegamos a una amplia extensión cubierta de césped, en la que hacía el ejercicio un escuadrón de caballería, reclutado, según dijo mi compañero, de entre la servidumbre del mismo duque. Después de pasar por aquel lugar, avanzamos por una espesura de árboles curiosos y salimos a un descampado cubierto de grava frente a la casa. El palacio era de grandes dimensiones y había sido edificado conforme al nuevo estilo de Italia, más bien para regalo y comodidad que para defensa; pero subsistía un ala, que según me indicó Brown pertenecía a los antiguos baluartes del castillo feudal de los Botelers, y parecía tan fuera de su sitio como un verdugado del tiempo de la reina Elizabeth cosido a un traje de última moda llegado de París. En la entrada principal se veían hileras de columnas y una escalinata de mármol, sobre la que aguardaba un grupo de criados y lacayos que tomaron nuestras cabalgaduras, después de habernos apeado.

Un mayordomo de cabellera gris nos preguntó por el asunto que llevábamos; y al saber que queríamos ver al duque en persona, nos dijo que su excelencia recibiría a los forasteros por la tarde a eso de las tres y media. Inmediatamente añadió que estaba ya preparada la comida para los huéspedes, y que por voluntad de su señor ninguno de los visitantes de Badminton debería salir de allí con hambre. Mi compañero y yo nos alegramos muy de veras de aceptar la invitación del mayordomo; y, después de haber visitado el cuarto de baño y satisfecho las necesidades del tocador, seguimos a un lacayo, que nos introdujo en una gran pieza donde estaban ya sentados los comensales.

El número de los huéspedes sería de unos cincuenta o sesenta, viejos y jóvenes, rústicos y gente de ciudad, ofreciendo los tipos y aspectos más diversos. Observé que muchos de ellos miraban descarada y curiosamente a su alrededor durante los intervalos entre plato y plato, como si cada uno se maravillara de haber venido a ser miembro de una multitud tan abigarrada. El único carácter común que ofrecían era la ostensible devoción que demostraban a los manjares y a las botellas de vino. Se hablaba poco, porque eran raros los que conocían a sus vecinos. En la concurrencia se veían

soldados que habían venido a ofrecer sus espadas y servicios al lugarteniente del rey, otros eran comerciantes de Bristol, que traían alguna propuesta o indicación relativa a la seguridad de sus bienes.

También se contaban entre los huéspedes dos o tres funcionarios de la ciudad, que habían venido a recibir instrucciones para la defensa de la misma; mientras aquí y allá se notaba la presencia del hijo de Israel a quien había llevado a aquel lugar la esperanza de procurarse elevados intereses, y generosos prestatarios en los turbulentos tiempos que corrían. Tratantes en caballos, guarnicioneros, armeros, cirujanos y clérigos completaban el número de los allí reunidos; y el servicio de la mesa estaba desempeñado por un grupo de criados vestidos de librea, los cuales traían y llevaban los platos con la seguridad y silencio propios de una larga costumbre.

La pieza formaba notable contraposición con la desnuda sencillez del comedor que yo había visto en Taunton en casa de *sir Stephen* Timewell, porque estaba adornada de ricos artesonados y lucía lujosas decoraciones en los muros. El piso era de mármol blanco y negro que ofrecía un dibujo compuesto de cuadros; y los entablamentos de los muros, de encina pulimentada, presentaban una larga serie de retratos pertenecientes a la familia de Somersetshire, comenzando por John de Gante. Además, el techo tenía delicadas pinturas de flores y ninfas en tan gran número, que no era posible contemplarlas todas detenidamente sin sentir el cansancio de mirar a lo alto. En el extremo más apartado del salón se abría una gran chimenea de mármol blanco, y encima de su tablero campeaban las armas de Somersetshire con leones y flores de lis tallados en roble, y una inscripción dorada con la siguiente leyenda que servía de empresa al escudo de la familia: *Mutare vel timere sperno*[21]. Las sólidas mesas a las que nos sentábamos estaban cargadas de fuentes y candelabros de plata y brillaban con la rica vajilla que daba gran celebridad a la residencia de Badminton. Pensé al verla que, si Saxon hubiera podido echarle una ojeada, no habría tardado mucho tiempo en recomendar que se llevara la guerra por aquella parte.

Después de comer, se nos introdujo en una pequeña antecámara, guarnecida de asientos de terciopelo, y en la que debíamos esperar hasta que el duque estuviera dispuesto a darnos audiencia. En el centro de esta pieza aparecían varias cajas, cubiertas de cristal por la parte superior y forradas de seda, las cuales contenían varillas de hierro y acero, tubos de bronce y otros objetos diversos de ingeniosa construcción, cuyo destino me fue imposible adivinar. Un gentilhombre de servicio dio la vuelta alrededor de la sala con un

papel y un tintero de cuerno, tomando nota de nuestros nombres y asuntos. Pregunté si no me sería posible obtener una audiencia enteramente privada.

—Su excelencia no recibe nunca en audiencia particular —replicó—. Siempre lo hace ante sus consejeros y empleados privados.

—Pero el asunto que aquí me trae es de carácter reservado; y nadie más que el señor duque debe tener noticia de él —insté.

—Su excelencia dice que no hay asunto exclusivamente reservado para él —repuso el gentilhombre.

—Debéis disponer las cosas del mejor modo posible, cuando os llegue el turno de hablar con el señor. Os prometo, sin embargo, comunicarle vuestro deseo, aunque os advierto que no se os concederá lo que pedís.

Le di las gracias por sus buenos oficios y me volví con el labrador a mirar las curiosas máquinas que había dentro de las cajas.

—¿Qué es esto? —pregunté—. Nunca he visto nada semejante.

—Son aparatos construidos por el marqués de Worcester, que estaba loco —me respondió—. Era el abuelo del duque, y pasó la vida haciendo e ideando mecanismos como los presentes que no sirvieron para nada. ¡Mirad! El marqués decía que calentando agua en ese pote podrían hacerse andar unas ruedas y viajar sobre barras de hierro con más velocidad que la de un caballo. Nosotros la llamamos la máquina de agua. Ya veis qué disparate… ¡Porra! Yo apostaría mi yegua torda a que tales inventos no se harán en jamás de los jamases. Pero volvamos a nuestros puestos, porque viene el señor duque.

Apenas nos habíamos sentado con los demás solicitantes cuando se abrieron las puertas de dos hojas y apareció en ellas un hombre grueso de baja estatura, como de unos cincuenta años, el cual entró con majestuoso continente en la sala y la recorrió entre las dos hileras de clientes que saludábamos con una inclinación. Tenía grandes ojos azules y saltones, bajo los que la piel se alzaba formando grandes repliegues, y un semblante de color amarillento y cetrino. Lo seguían doce empleados y personas de categoría, los cuales lucían flotantes pelucas y largas espadas. No bien hubieron penetrado en el cuarto particular del duque, situado en la parte opuesta de la sala, cuando el gentilhombre que tenía la lista llamó a uno de los que estábamos presentes, dando principio la audiencia.

—Me parece que su excelencia no está hoy de buen temple —observó el labrador Brown—. ¿No habéis observado cómo se mordía el labio inferior al pasar?

—Sin embargo, me ha parecido un señor bastante pacífico —respondí—. La verdad es que se necesitaría toda la paciencia de un santo Job para recibir a

esta gente en una sola tarde.

—¡Escuchad! ¡Escuchad eso! —murmuró levantando el dedo.

Se oía la voz del duque que se alzaba indignada en el interior de la cámara; y poco después salía un hombrecillo de cara enjuta y pasaba rápidamente por la antecámara, como si el temor lo hubiera puesto fuera de sí.

—Es un armero de Bristol —murmuró uno de mis vecinos—. Sin duda el duque no accede a las condiciones del contrato que le presenta.

—No es eso —añadió otro—. El hombre ha suministrado sables a las tropas de *sir* Marmaduke Hyson, y, según se dice, las hojas se doblaban como si fueran de plomo, de tal suerte que una vez usados no fue posible hacerlos entrar de nuevo en sus vainas.

—El hombre alto que entra ahora, es un inventor —observó el primero de los interlocutores—. Conoce el secreto de un combustible mortífero, como el usado por los griegos contra los turcos de Levante, y desea venderlo para usarlo en la defensa de Bristol.

El fuego griego no pareció complacer mucho al duque, porque el inventor salió al poco tiempo con el semblante enrojecido, como si hubiera experimentado los efectos del abrasador material, por él ideado. Siguió luego en la lista mi buen amigo el labrador, y las voces de enfado con que fue recibido no parecían de buenos augurios para el recobro de su potro bayo; pero los acentos de indignación se trocaron en otros de condescendencia y asentimiento, y poco después salió mi hombre y volvió a ocupar su asiento, frotándose las enrojecidas manazas con gran satisfacción.

—¡Ajajá! —dijo en voz baja—. Al principio estaba furioso; pero luego cambió enteramente y me ha prometido que, si pago el sostenimiento de un soldado de caballería mientras dure la guerra, se me devolverá el potro.

Entretanto yo había permanecido sentado cavilando cómo me las compondría para despachar mi encargo entre aquella turba de solicitantes y el grupo de funcionarios que acompañaban al duque. Si hubiera habido alguna probabilidad de celebrar una entrevista con él en cualquiera otra forma, la habría aprovechado con mil amores; pero todos mis esfuerzos en ese sentido habían sido inútiles.

Mientras no se presentara esa ocasión, lo mejor sería abstenerme de entrar; porque ¿cómo el duque había de conceder la debida atención al asunto delante de otros y entrar en discusiones sobre los extremos que abarcaba? ¿Qué esperanza cabía de que apreciara la importancia de la propuesta, como se merecía? Aun cuando sus sentimientos le inclinaran a favor de la misma,

seguramente no había de atreverse a manifestarlo, delante de tantas personas como tenían fijos en él los ojos.

Sentí tentaciones de fingir alguna otra razón de mi venida, esperando que la fortuna me brindara mejor ocasión de entregarle mis documentos. Pero en ese caso, pudiera muy bien no presentarse otra nueva oportunidad, y el tiempo urgía. Se decía que había de regresar a Bristol a la mañana siguiente. En resumen, parecía que lo más acertado era aprovechar las circunstancias de la situación presente, confiando en que la discreción del duque y el dominio que tuviera de sí mismo le indujeran a procurarme una entrevista privada, luego que hubiera visto los términos en que estaba concebida la dirección de mis despachos.

Apenas había llegado a esta conclusión, cuando se leyó mi nombre en voz alta; y entonces me levanté y encaminé a la cámara interior. Era una pieza pequeña, de mobiliario suntuoso, con las paredes tapizadas de seda azul y guarnecidas de una ancha cornisa con adornos dorados. En el centro había una mesa cuadrada llena de mamotretos y papeles; y, detrás de ella estaba sentado su excelencia, adornada la cabeza con una amplia peluca que le caía sobre los hombros, en actitud majestuosa e imponente. Se advertía en su persona el mismo aire sutil de cortesano que yo había tenido ocasión de observar, tanto en Monmouth como en *sir* Gervas; y esa cualidad, unida a sus atrevidas facciones y ojos grandes y vivos le daban el aspecto de un hombre de mando y autoridad. Su secretario particular estaba sentado junto a él, tomando nota de sus órdenes, mientras los demás miembros del Consejo se hallaban colocados en semicírculo, o bien tomaban rapé en el hueco de la ventana.

—Extended un pedido para Smithson —dijo al entrar yo—. Cien marmitas con sus correspondientes accesorios que deberán estar preparadas para el martes; además, una gruesa de llaves para los mosqueteros y doscientas palas de primera calidad para los trabajadores. Advertid que la orden será declarada nula y sin valor, a no cumplirse en el tiempo señalado.

—Así lo hago constar, señor.

—Capitán Micah Clarke —dijo el duque, leyendo la lista que tenía enfrente—. ¿Qué os trae por aquí, capitán?

—Un favor que desearía pedir a su excelencia en privado —respondí.

—¡Ah! ¿De modo que sois vos el que deseaba una audiencia particular? Bien, capitán, éstas son las personas de mi consejo y debéis considerarlas como a mí mismo. Así, pues, figuraos que estamos solos. Lo que yo puedo oír, pueden oírlo ellos. ¡Vamos, hombre! ¡Nada de vacilaciones ni temores y exponedme vuestro asunto!

—Mi súplica había despertado el interés de los circunstantes; y los que estaban en la ventana se acercaron a la mesa. Nada peor podía ocurrir para el buen resultado de mi misión; mas, a pesar de todo, allí no quedaba otro remedio que entregar mis despachos. Aseguro con toda verdad y sin el menor asomo de vanagloria que no sentía temor alguno por lo que pudiera sobrevenirme. La idea dominante en mi espíritu era la del cumplimiento del deber; y aquí puedo decir de una vez para siempre, mis queridos niños, que estoy hablando de mí con la misma imparcialidad que si se tratara de otro hombre. En verdad, el joven de veintiún años, lleno de fuerza y resolución, era muy distinto del anciano de cabellos grises que ahora se sienta en el ángulo de la chimenea, sin poder hacer otra cosa que contar viejas historias a los muchachos. La vanidad acarrea grandes humillaciones; y siempre me parecieron despreciables las personas jactanciosas. Espero, por tanto, que no habéis de mirar a vuestro abuelo como sí un viejo chocho que se entretiene en elogiarse a sí mismo o en presentarse como mejor que los demás. No hago más que exponer los hechos en la forma que puedo recordarlos, procurando hacerlo con entera independencia y verdad.

Mi breve tardanza y vacilación hicieron aparecer en el semblante del duque señales de impaciencia; de modo que saqué el paquete de papeles de mi bolsillo interior y se lo entregué con una inclinación respetuosa. Al fijar la vista en el sobrescrito el duque hizo un gesto repentino de sorpresa e inquietud, acompañado de un ligero movimiento, como si quisiera ocultar el sobre en su seno. Si tal fue su primer impulso, lo dominó, quedando pensativo por espacio de uno o más minutos con los papeles en la mano. Luego, con un rápido movimiento de cabeza, propio del que ha formado su resolución, rompió los sellos, leyó rápidamente el contenido y arrojó luego los papeles sobre la mesa con una carcajada sarcástica.

—¿Qué os parece, caballeros? —preguntó mirando alrededor con expresión desdeñosa—; ¿a qué pensáis que se reduce este mensaje particular? Pues nada menos que a una carta del traidor Monmouth, intimándome a renunciar a mi fiel adhesión al legítimo soberano y desenvainar mi espada a favor suyo. Si lo hago así, obtendré su magnánimo favor y protección. En caso contrario, me haré reo de las penas de secuestro, destierro y confiscación de bienes. Por lo visto, se figura que la lealtad de Beaufort puede comprarse como la tienda de un mercachifle o torcerse con bravuconadas. ¡Tendría que ver un descendiente de John de Gante[22] rindiendo pleito homenaje al hijo de una actriz vagabunda!

Varios de los consejeros se pusieron de pie al oír aquellas palabras que fueron seguidas de un murmullo general de sorpresa e indignación. El duque permaneció sentado frunciendo el ceño, golpeando el piso con el pie y revolviendo los papeles que había sobre la mesa.

—¿En qué cifrará sus esperanzas para pretender tales locuras? —exclamó —. ¿Cómo puede haberse atrevido a enviar semejante mensaje a una persona de mi calidad? ¿Será porque ha visto huir a una cuadrilla de cobardes milicianos y porque ha logrado reunir bajo su estandarte algunos centenares de destripaterrones que acaban de abandonar la mancera? ¿Qué otra cosa puede haberle movido a hablar de ese modo a todo un presidente de Gales? Pero vosotros seréis testigos de la manera cómo correspondo a la invitación.

—Los presentes estamos dispuestos a defender a vuestra excelencia de todo peligro de difamación en este punto —dijo el consejero más antiguo, mientras los demás acogieron la observación con murmullos de asentimiento.

—Y vos —continuó Beaufort, levantando la voz y clavando en mí sus ojos inflamados por la cólera—; ¿cómo os habéis atrevido a presentaros en Badminton con un documento de tal índole? Por fuerza habéis perdido el juicio, al comprometeros a emprender este viaje.

—Yo estoy en las manos de Dios aquí y en todas partes —respondí con cierto dejo peculiar del fatalismo de mi padre—. He cumplido la palabra que había dado; y lo demás no me importa.

—Pues vais a ver que os importa muchísimo —vociferó saltando en su silla y abandonándola para pasear de un lado a otro de la pieza—; os importa tanto que acabaréis teniendo interés en cualesquiera otros asuntos de esta vida. ¡Llamad a los alabarderos que están en el vestíbulo! ¿Tenéis que alegar algo en vuestra defensa?

—No hay nada más que decir —contesté.

—Pero hay todavía algo que hacer —replicó furioso—. ¡Agarrad a ese hombre y maniatadlo!

Cuatro alabarderos que habían acudido al llamamiento, me asieron inmediatamente. Hubiera sido una locura intentar ninguna resistencia, además de que yo no quería causar daño alguno a personas que se limitaban a cumplir con su deber. Puesto que me había decidido a probar fortuna, si el resultado de mi determinación era la muerte, como parecía entonces bastante probable, debía aceptarla como una cosa prevista. Me vinieron entonces a la memoria los versos latinos, que maese Chillingfoot de Petersfield había presentado innumerables veces a nuestra admiración:

Non civium ardor prava jubentium

non vultus instantis tyranni
mente quatit solida[23].

Frente a mí tenía ahora el *vultus instantis tyranni* en aquel hombre fornido, de rostro bilioso, coronado por una espléndida peluca y de ricos vestidos con adornos de encajes. La pintura del poeta tenía su realización en mi intrepidez e impasibilidad. Debo confesar ahora que las vanidades del mundo no me atrajeron jamás de tal modo que sintiera la menor pena en abandonarlas. Por lo menos, así ha sucedido hasta la época de mi matrimonio… hecho que, como veréis, modifica nuestras ideas sobre el valor de la vida, y también sobre otros asuntos. En tales condiciones, pues, permanecí erguido y mirando de frente al furioso prócer, mientras sus soldados me sujetaban los puños con esposas.

XXV

DE LAS EXTRAÑAS AVENTURAS QUE ME OCURRIERON EN EL CALABOZO DE BOTELER

—evantad acta de la declaración de este sujeto —dijo el duque a su secretario—. Quizá ignoréis, señor galopo, que su graciosa majestad el rey me ha conferido plenos poderes durante estos revueltos tiempos y que estoy autorizado para juzgar y castigar a todos los traidores sin necesidad de que intervenga tribunal alguno. ¿Es verdad que desempeñáis un cargo en el cuerpo rebelde que se denomina regimiento de infantería de Wiltshire, mandado por un tal Saxon? Si queréis salvar la vida, no ocultéis o neguéis lo que se os pregunta.

—Diré la verdad por consideración a algo más alto que Vuestra Excelencia —respondí—. Mando una compañía de ese regimiento.

—¿Y quién es ese Saxon?

—Yo responderé sólo de cosas que se refieran a mí mismo —dije—; pero no esperéis que diga la menor palabra relativa a otros.

—¡Hola! —repuso con acento indignado—. Nuestro caballerete se pica de puntillos de honor, después de haber hecho armas contra su rey. Os aseguro, amigo, que vuestro honor anda ya tan mal parado en las conversaciones ajenas que podéis muy bien prescindir de él y mirar por vuestra seguridad. A la hora presente se está poniendo el sol; y antes de que haya traspuesto el horizonte, pudiera ocurrir que vuestra vida se pusiera también para siempre.

—Tengo el deber de mirar por mi honor, señor duque —repuse—. Por lo que se refiere a mi vida, no me veríais aquí en este momento si temiera mucho perderla. Pero he de decir, porque lo creo justo, que mi coronel ha jurado tomar venganza de vos o de cualquiera de vuestros allegados o dependientes que pudieran caer en su poder, por el mal que me sobrevenga.

Digo esto, no en son de amenaza, sino de advertencia, porque lo conozco y es hombre que sabe cumplir su palabra.

—Vuestro coronel, como vos lo llamáis, tendrá bastante que hacer con salvar su vida —replicó el duque en tono despreciativo—. ¿Cuántos hombres tiene Monmouth en su campamento?

Al oír esa pregunta, sonreí indicando que no estaba dispuesto a contestar.

—¿Qué haremos para hacerle cantar claro? —preguntó furioso, volviéndose a las personas que formaban su Consejo.

—Yo le pondría las empulgueras —dijo un viejo soldado de rostro feroz.

—Una cerilla entre los dedos hace prodigios, según mis noticias —sugirió otro—. Con tan persuasivo procedimiento pudo *sir* Thomas Dalzell en las guerras de Escocia doblegar la resistencia de los más obstinados defensores del Covenant en el oeste.

—*Sir* Thomas Dalzell —dijo un caballero de pelo entrecano, vestido de terciopelo negro— había aprendido a guerrear entre los moscovitas durante sus bárbaras y sangrientas campañas con los turcos. No permita Dios que los cristianos de Inglaterra vayamos a buscar ejemplo entre los idólatras de un país salvaje.

—*Sir* William querría que la guerra se hiciera conforme a los cánones de la más exquisita cortesía —repuso el que antes había hablado—. Para él una batalla debería ser algo parecido a un elegante minué, donde no sufrieran menoscabo la dignidad ni la etiqueta…

—Caballero —repuso el aludido con acento acalorado—. Yo me he visto en batallas cuando vos andabais aún envuelto en pañales, y empuñaba un bastón de mando cuando vos apenas podíais con el sonajero. En un asalto o embestida puede el soldado proceder con dureza y rigor; pero sostengo que el uso de la tortura, abolido por la ley de Inglaterra, debería ser condenado además por el derecho de gentes.

—¡Basta, señores, basta! —exclamó el duque, viendo que la disputa daba señales de agriarse—. Tenemos en mucho vuestra opinión, *sir* William; y también la vuestra, coronel Hearn. Discutiremos eso más detenidamente en privado. Alabarderos, llevaos de aquí al prisionero y llamad a un ministro que atienda a sus necesidades espirituales.

—¿Lo meteremos en el cuarto de piedra, señor? —preguntó el capitán de la guardia.

—No, en el viejo calabozo de Boteler —replicó.

Al salir por la puerta lateral con un guardia delante y otro detrás, oí pronunciar el nombre del que me seguía en la lista. Pasamos por

interminables galerías y corredores haciendo resonar el piso con el ruido de las armas, hasta que llegamos al antiguo pabellón. En la torrecilla del ángulo de éste había un cuarto de paredes desnudas, cubierto de moho y humedad, con una elevada bóveda y una larga rendija por donde entraba la luz. Una cama de madera y una tosca silla componían todo el ajuar. El capitán, después de poner un guardia a la puerta, me introdujo en él y me quitó las esposas. Era un hombre de semblante triste, ojos hundidos de mirar grave y expresión austera que contrastaba con su brillante uniforme y correaje.

—No desmayéis, amigo —dijo con voz hueca—. Todo ello se reduce a una sensación de ahogo y a una pequeña lucha. Hace unos días hemos tenido que aplicar la misma pena y la víctima apenas se quejó. El viejo Spender, que es el ejecutor del duque, sabe preparar el nudo corredizo y disponer la caída tan bien como el verdugo de Tyburn. Por consiguiente, tened buen ánimo, que no vais a caer en las manos de cualquier principiante ramplón.

—Desearía poder comunicar a Monmouth la entrega de sus cartas —repuse sentándome sobre la cama.

—Yo aseguro por quien soy que las habéis entregado. Aunque hubierais sido el mismísimo cartero de Robert Murray, de quien me contaron tantas cosas en Londres la primavera pasada, no podríais haber desempeñado vuestro cometido de una manera más directa. ¿Por qué no hablasteis al duque con mejores modos? Es un señor generoso y afable, excepto cuando se le contraría o cuando se enoja. Si le hubierais dicho algo acerca del número y condiciones de los rebeldes, os habríais salvado.

—Extraño sobremanera que, siendo vos soldado, habléis de ese modo —repliqué fríamente.

—Bien, bien. Podéis hacer lo que queráis de vuestra garganta. Si os place que el verdugo la adorne con el corbatín de cáñamo, sería lástima no daros ese gusto. Pero su excelencia recomendó procuraros un capellán, y yo os lo voy a traer.

—Os ruego que no lo hagáis —repliqué—. Pertenezco a los disidentes en materia de religión y veo que hay una Biblia en aquel hueco de más allá. Nadie puede ayudarme a ponerme en paz con Dios.

—No me parece mal —observó el capitán—; porque casualmente ahora el deán Hewby ha llegado de Chippenham y está discutiendo con nuestro buen capellán sobre la necesidad de la mortificación, remojando al mismo tiempo la garganta con una botella de vino de Tokay. En la comida le oí dar gracias por los manjares que se le servían y preguntar al mismo tiempo al despensero cómo se atrevía a servir a un deán de la iglesia anglicana un pollo sin su

acompañamiento de trufas. Quizá os agrade recibir los auxilios espirituales del mencionado ministro… ¿No? Bien, os prestaré gustoso cualquier favor razonable que me pidáis, puesto que no vais a estar mucho tiempo en nuestras manos. Sobre todo, tened buen ánimo.

Salió de la celda, y poco después abrió de nuevo la puerta y asomó su tétrico semblante.

—Soy el capitán Sinclair, de la servidumbre del duque —dijo—; os lo advierto por si acaso os ocurriera preguntar por mí. Haríais mejor en permitir que viniera el capellán, porque os aseguro que en esta parte del castillo hay algo peor que guardias y prisioneros.

—¿Qué hay, pues? —interrogué.

—¿Deseáis saberlo? ¡Pardiez!, nada menos que el mismo diablo —respondió entrando nuevamente y cerrando la puerta—. El caso sucedió del siguiente modo —continuó bajando la voz—: hace dos años Hector Marot, el salteador de caminos, fue encerrado en este mismo calabozo de Boteler. Aquella noche estaba yo de guardia en el corredor y vi al prisionero a las diez sentado en esa cama como estáis vos ahora. A las doce vine a echar una mirada, según mi costumbre, con la esperanza de ayudarlo a pasar más alegremente sus horas solitarias, y figuraos mi sorpresa al ver que no estaba el prisionero. Sí, podéis maravillaros. Mis ojos no se habían separado de la puerta, y ya veis qué facilidades hay para salir por las ventanas. Los muros y el piso son de piedra, de un espesor igual al de una gran roca. Cuando yo entré se percibía un repugnante olor a piedra azufre, y la llama de mi linterna se volvió azul. No, no es asunto de risa. Si no fue el diablo el que se llevó a Hector Marot, decidme: ¿quién pudo hacerlo? Porque, seguramente, que no bajaría a salvarlo un ángel del cielo como en otro tiempo sucedió con san Pedro. Pudiera muy bien ocurrir que el diablo quisiera llevarse de la misma jaula un segundo pájaro, y así os he referido lo anterior para que os prevengáis contra sus asaltos.

—No le tengo miedo alguno —repuse.

—Está bien —refunfuñó el capitán—. No os amilanéis.

Desapareció su cabeza y la llave giró rechinando en la cerradura. Tan espesos eran los muros que no pude percibir el menor ruido después de haberse cerrado la puerta. El susurro del viento en las ramas de los árboles era el único rumor exterior que penetraba por la alta ventana, y en el interior del calabozo reinaba un silencio sepulcral.

Abandonado así a mis pensamientos, traté de seguir el consejo del capitán Sinclair acerca de no dejarme dominar del abatimiento, por más que su

conversación había tenido muy poco de consoladora y confortante. En los días de mi juventud, y especialmente entre los sectarios, con quienes más me había tratado, circulaba como dogma de fe la aparición del príncipe de las tinieblas en ciertas ocasiones y su intervención en los asuntos humanos en forma corpórea. Los filósofos pueden muy bien demostrar en el tranquilo retiro de sus gabinetes de estudio lo absurdo de semejantes creencias; mas para el que está en la oscuridad de un calabozo, aislado del mundo, en las primeras horas de la noche, y esperando la muerte de un momento a otro, el asunto es muy diferente. La fuga del salteador, a ser cierta la historia del capitán, parecía rayar con lo milagroso. Examiné cuidadosamente los muros de mi prisión, y vi que estaban formados de grandes piedras cuadradas, unidas de tal suerte que no dejaban espacio alguno. La delgada hendidura de la ventana había sido abierta en el centro de un mismo bloque. En todo alrededor, hasta donde la mano podía alcanzar, aparecían numerosos letreros escritos por sucesivas generaciones de cautivos. El piso se componía de viejas losas desgastadas y las junturas de las mismas estaban llenas de sólido cemento. El más minucioso registro no descubría agujero o intersticio alguno por donde pudiera escapar un ratón, cuanto menos un hombre.

Es una situación, queridos míos, nada grata ni tranquilizadora la del que a sangre fría piensa en que dentro de pocas horas habrá dejado de latir su pulso y habrá emprendido su alma el viaje final. Las circunstancias son verdaderamente terribles. El jinete que se lanza a lo más duro de la refriega, con los dientes apretados, la rienda en una mano y la espada en la otra, no puede comprender lo angustioso de este trance; porque el alma humana es de tal naturaleza que una emoción rechaza y desaloja siempre a otra. Ni siquiera el moribundo, que en su lecho de muerte respira anhelosamente aguardando la llegada del último instante, puede decir que sabe lo que padece el prisionero puesto en capilla; y la razón es que la sensibilidad debilitada por los padecimientos se somete a su destino sin examinar de cerca los horrores que le acompañan. Pero cuando un hombre, joven y sano, se encuentra solo y en calma contemplando la muerte cara a cara, tiene tanta materia en qué pensar; que si llegara a sobrevivir hasta edad avanzada, en todo el resto de su vida se dejaría sentir de aquellas horas solemnes, alterando el desenvolvimiento de su actividad, al modo que la roca plantada en el álveo de un arroyo muda el curso de su corriente. En presencia de la muerte, se manifiestan hasta las faltillas y lunares más menudos, a la manera que los átomos de polvo que enturbian la transparencia del aire aparecen al penetrar un rayo de sol en el sombrío recinto de una habitación. Entonces me di cuenta de mis numerosas

imperfecciones, y me parece que desde aquella época no he dejado de advertirlas.

Continuaba sentado con la cabeza apoyada en el pecho y absorto en tan graves reflexiones, cuando vino a sacarme de mi ensimismamiento un ruido inesperado y que se repetía con insistencia, como si procediera de alguien que me llamara. Me puse de pie al instante y escudriñé la penumbra que me envolvía, sin poder cerciorarme del origen de aquel rumor. Casi había llegado a persuadirme de que mis sentidos se engañaban, cuando el sonido se reprodujo con mayor intensidad que antes, y alzando los ojos a lo alto, percibí el semblante de alguien que miraba por la rendija, o para hablar con más exactitud, vi una parte de ese semblante, porque sólo asomaba un ojo y una parte de la mejilla. Me puse de pie sobre el taburete y entonces averigüé que el que allí estaba era el labrador, mi compañero de viaje.

—¡*Shist*, muchacho! —murmuró, indicándome que anduviera con cuidado—. Hablad bajo, no sea que nos oiga el guardia. ¿Qué puedo hacer a favor vuestro?

—¿Cómo habéis sabido que estaba aquí? —pregunté asombrado.

—¡No faltaba más! —respondió—. Conozco esta casa tan bien como el mismo Beaufort. Antes que se construyera el nuevo palacio de Badminton, mis hermanos y yo subimos muchos días a la vieja torre de Boteler. No es la primera vez que hablo por esta aspillera. Pero, vamos pronto: ¿qué es lo que puedo hacer por vos?

—Os doy mil gracias, señor —respondí—, pero me parece que no podéis hacer nada como no sea llevar la noticia de mi encarcelamiento al ejército rebelde del oeste.

—Puedo hacerlo —repuso en voz baja el labrador Brown—. Oíd una cosa que todavía no he dicho a nadie. La conciencia me remuerde en ocasiones por consentir que una nación protestante esté gobernada por un papista. Cada quién que gobierne a los de su religión, digo yo. Cuando las elecciones me fui a caballo a Sudbury y di mi voto por el señor Evans de Turnford, que se presentaba candidato por los exclusionistas. A buen seguro que, si ese Bill hubiera sido aprobado, a estas horas el duque ocuparía el trono de su padre. La ley en ese caso le habría apoyado, mientras que ahora le es contraria. Yo soy partidario de las leyes que hablan claro y llaman a las cosas por su nombre, como Barclay el cuáquero que no se muerde la lengua para decirle al párroco que es un fantoche de campanario. Cuando la ley lo dice, de nada sirve andar a tiros ni a lanzadas con ella ni darle cargas con tropa de caballería. Si la ley comenzara por decir «no, no» sería hasta el fin del

capítulo. Pelear contra ella valdría tanto como querer andar a sablazos con el libro del Génesis. Que Monmouth logre mudar la ley, y eso le servirá más que tener de su parte a todos los duques de Inglaterra. Pero basta que sea protestante para que yo le favorezca cuanto pueda.

—En el oeste encontraréis al capitán Lockarby, que presta servicio en el regimiento del coronel Saxon —repuse—. Si las cosas me salen mal, os agradeceré muchísimo que le llevéis mis cariñosos recuerdos, rogándole que los transmita de palabra o por escrito a mis padres y amigos de Havant. Me serviría de gran consuelo saber que cumpliríais mi encargo.

—Descuidad, muchacho, que lo haré sin falta —replicó el buen labrador —. Pienso enviar al criado de mi mayor confianza con un buen caballo esta misma noche, para que sepan allá el trance en que estáis. Traigo una lima por si acaso pudiera serviros de algo.

—Gracias —respondí—; en estas circunstancias poco pueden valerme los auxilios humanos.

—Antes había un boquete en la parte superior de la bóveda. Mirad a ver si descubrís algo.

—Hay gran altura desde aquí —repliqué mirando a lo alto—; y no percibo señal alguna de abertura.

—Pues es cierto que había una —repitió—. Mi hermano Roger bajó por ella en cierta ocasión con una maroma. Antiguamente introducían a los prisioneros desde arriba, como los hermanos de Joseph metieron a éste en una cisterna. La puerta es cosa de ayer como si dijéramos.

—Haya o no ese boquete, me es imposible utilizarlo —repuse—. No tengo medios para subir hasta él. No aguardéis más tiempo, buen amigo, no sea que os ocurra alguna desgracia.

—Adiós, entonces, querido —dijo, y desapareció de la rendija.

Muchas veces en el transcurso de la noche levanté los ojos a la abertura, esperando que regresara; y cada rumor que producía el viento en el ramaje exterior hacía encaramarme a la silla, pero no volví a ver al labrador Brown.

Esta bondadosa visita, con haber sido tan corta, me sirvió de gran consuelo, porque contaba con la promesa de que, ocurriera lo que ocurriera, mis amigos al menos tendrían noticia de mi desgracia. A la sazón había oscurecido enteramente y yo comencé a pasear de un lado a otro, cuando rechinó la llave en la puerta y entró el capitán con una candela y un gran cuenco de sopa de leche.

—Aquí tenéis la cena, amigo —me dijo—. Tomadla, con apetito o sin él, porque os dará fuerzas para portaros como un hombre cuando llegue la

ocasión. Dicen que daba gusto ver la serenidad con que murió lord Russell en Tower Hill. ¡Ánimo! ¡Mucho ánimo! La gente ha de hablar mucho de vos. Su excelencia está de un humor endiablado. No hace más que pasear de una parte a otra, mordiéndose el labio y retorciendo las manos como quien difícilmente puede contener su cólera. Quizá no sea contra vos; pero no sé qué otros motivos tenga para estar furioso.

No respondí nada a las palabras anteriores, que tenían tan poco de consoladoras como las de los amigos de Job; y así se marchó poco después, dejándome la candela y el cuenco sobre la silla. Tomé aquel alimento y sintiéndome fortalecido, me tendí en la cama y caí en un profundo sueño. En ese estado permanecí tres o cuatro horas, cuando de pronto me despertó un rumor semejante al crujir de goznes. Me senté en el jergón y eché una mirada a mi alrededor. La candela se había gastado y en el calabozo reinaba una impenetrable oscuridad. Un débil resplandor mostraba en un punto del muro la situación de la aspillera, pero todo lo demás estaba en tinieblas. Escuché atentamente, pero no volví a percibir ningún otro rumor. Sin embargo, tenía la certeza de no haberme engañado y de que dentro del calabozo había sonado cierto ruido. Me levanté y anduve a tientas alrededor del cuarto aplicando mi mano a las paredes de la puerta. Luego paseé de un punto a otro examinando con el pie el piso. Ni a mi alrededor ni encima se había operado cambio alguno. ¿De dónde, pues, había salido aquel ruido? Me senté en el borde de la cama y aguardé pacientemente con la esperanza de volver a oírlo.

Poco después se repitió el mismo crujido sordo, semejante al producido por una puerta o ventana que ha estado largo tiempo sin abrirse. Al mismo tiempo penetró por la parte superior una luz rojiza que procedía de una delgada abertura situada en el centro superior de la bóveda. Mientras yo seguía observando, la hendidura se ensanchó lentamente, como si hubieran corrido un tablero movedizo, hasta que apareció un boquete de regular tamaño y vi asomar por él una cabeza que me miraba, proyectándose sobre la confusa luz que brillaba detrás. Echaron por aquella abertura el extremo anudado de una maroma que bajó oscilando hasta el pavimento del calabozo. Era una gruesa cuerda de cáñamo, capaz de sostener el peso de un hombre corpulento, y, al tirar de ella, hallé que estaba firmemente asegurada en el extremo superior. Evidentemente mi desconocido bienhechor deseaba que yo subiera por ella; y así comencé a trepar, echando una mano tras otra, y después de alguna dificultad para sacar los hombros por el boquete, conseguí llegar a una pieza situada encima del calabozo. Mientras estaba frotándome los ojos a causa del repentino cambio de la oscuridad a la luz, tiraron

rápidamente de la cuerda, y el tablero corredizo se cerró nuevamente. Para los que no estuvieran en el secreto, mi desaparición tenía que parecer cosa diabólica.

Me hallé en presencia de un hombre grueso y de baja estatura, vestido con un tosco chaquetón y una zamarra que le daba cierta apariencia de mozo de cuadra. Llevaba en la cabeza un ancho sombrero de fieltro echado sobre los ojos, mientras la parte inferior de su cara desaparecía detrás de una ancha bufanda. A la luz de la linterna que tenía en la mano pude ver que el cuarto en el que estábamos era de dimensiones iguales a las del calabozo inferior, diferenciándose de él únicamente en estar rasgado por una amplia ventana que miraba al parque. No había muebles en aquella pieza, y una gran viga iba de un extremo a otro teniendo atada aún la maroma por donde yo había trepado.

—Hablad alto, amigo —dijo el desconocido—. Los muros son gruesos y las puertas están cerradas, aunque no querría que vuestros guardianes supieran de qué manera habéis desaparecido.

—Verdaderamente, señor —respondí—, apenas puedo creer que no estoy soñando. Es asombroso que mi prisión se haya deshecho con tanta facilidad; y más asombroso aún haber hallado un amigo capaz de arrostrar tantos riesgos por salvarme.

—Mirad aquí —dijo acercando su linterna de modo que iluminara la parte del piso donde estaba la trampa—. ¿Observáis lo vieja y desmoronada que está la obra de mampostería que la rodea? Esta abertura del techo es tan antigua como el mismo calabozo y de fecha muy anterior a la puerta por donde habéis entrado en él. Porque esta prisión era una de aquellas celdas en forma de botella, que los feroces hombres de otros tiempos idearon para tener seguros a sus cautivos. La persona que era introducida por esta abertura en la mazmorra donde habéis estado, podía despedirse del mundo porque su fatal destino era irrevocable. Sin embargo, ya veis cómo el mismo artificio que en otras épocas impedía la fuga, ha servido para poneros en libertad.

—Gracias a vuestra clemencia, señor —respondí, clavando la mirada en mi compañero.

—Bien; ¡fuera disfraces! —dijo con cierta displicencia, echándose atrás el sombrero y dejándome ver el semblante del duque—.Hasta un joven soldado sin instrucción me descubre a pesar de mis esfuerzos para ocultar quién soy. Me parece, capitán, que no había de servir para un complot, porque mi genio es tan franco como… bien sí, como sutil. No he podido redondear mejor la comparación.

—La voz de vuecencia es tal, que una vez oída no es fácil olvidarla —repuse.

—Especialmente cuando habla de dogales y calabozos —respondió sonriendo—. Pero si es cierto que os he encerrado en una prisión; también debéis reconocer que he reparado el rigor de la sentencia sacándoos del fondo del mismo en la punta de mi sedal, como si fuerais un pez. Pero ¿por qué me habéis entregado semejantes documentos en presencia de mi Consejo?

—Señor, habían sido inútiles todos mis esfuerzos para tener con vos una entrevista privada —repliqué—. Recordaréis que os envié un mensaje pidiendo ese favor.

—Es verdad —respondió—; pero tales mensajes suelo recibirlos de cada soldado que quiere vender su espada y de cada inventor que tiene tan larga la lengua como corta la bolsa. ¿Podía yo suponer que el asunto fuera de verdadera importancia?

—Temía dejar escapar la ocasión —repuse—; porque, según me dijeron, vuecencia anda ahora muy ocupado.

—En rigor, no puedo censurar con justicia lo que habéis hecho —añadió paseando de un lado a otro en la pieza—. Pero fue una fatalidad. Si hubiera tratado de ocultar los despachos, habría despertado sospechas, y, al fin, se habría traslucido el objeto de vuestra venida. Hay muchos que envidian mi elevada posición, y que desean aprovechar la primera coyuntura para malquistarme con el rey James. Tanto Sunderland como Somers acogerían con júbilo el menor rumor para convertirlo en base de una acusación terrible. No quedaba, por tanto, otro arbitrio que mostrar los documentos y encolerizarse contra el mensajero. El comportamiento que observé no permite que se ceben en mí las lenguas más venenosas. ¿Qué hubierais hecho vos mismo en semejantes circunstancias?

—Seguir el camino derecho —respondí.

—¡Ya, ya, hombre integérrimo! ¿Conque el camino derecho? Las personas que ocupan cargos públicos no pueden atenerse a esa máxima, porque en muchos casos irían a parar al precipicio. Si todos fuéramos a llevar el corazón en la mano, los calabozos de la Torre no bastarían para contener tantos prisioneros. Pero a vos puedo manifestaros aquí en privado lo que realmente pienso, sin temor a la traición ni a la calumnia. Os advierto que no escribiré una palabra; de modo que vuestra memoria será el documento que llevará mi respuesta a Monmouth. Y ante todas las cosas, os ruego que olvidéis las palabras proferidas por mí en la sala del Consejo. Imaginad que no se han pronunciado. ¿Estamos de acuerdo?

—Comprendo que no representan en realidad la opinión de vuecencia.

—Ni mucho menos, capitán. Pero ¿podéis decirme qué esperanzas de triunfo alimentan los rebeldes? Sin duda habréis oído a vuestro coronel y a otros discutir este asunto, o habréis podido colegir lo que piensan por su modo de portarse. ¿Tienen fundados motivos para creer que han de resistir el empuje de las tropas del rey?

—Hasta ahora han triunfado en todas partes —respondí.

—Sí, contra las milicias; pero ya verán que no es lo mismo pelear con tropas regulares. Y no obstante… no obstante… Lo único que sé es que cualquier derrota del ejército de Feversham traerá consigo un levantamiento general en todo el país. Por otra parte, los defensores del rey despliegan celo y gran diligencia. Cada correo que recibo me trae la noticia de alguna leva añadida a las anteriores. Albemarle continúa al frente de las milicias en el oeste. El conde de Pembroke ha organizado su gente de guerra en Wiltshire. Lord Lumley avanza desde el este con las fuerzas de Sussex. El conde de Abingdon está en armas en el condado de Oxford. En la Universidad se están transformando los manteos y birretes en cascos y petos. De Ámsterdam han zarpado los regimientos holandeses contratados por James. Con todo eso, Monmouth ha ganado dos batallas, y ¿por qué no había de ganar la tercera? Hay mar de fondo… ¡mucho mar de fondo!

El duque comenzó a pasear avanzando y retrocediendo, siempre de cara a mí, con el ceño fruncido, y murmuró las razones precedentes hablando consigo mismo más bien que conmigo y moviendo la cabeza indicando gran perplejidad:

—Querría que dijerais a Monmouth —añadió, al fin—, que le doy las gracias por su misiva, y que la meditaré detenidamente. Manifestadle también que le deseo fortuna en su empresa y que le ayudaría en ella si no me lo impidieran las muchas personas que me vigilan de cerca y que me denunciarían tan pronto como descubrieran mis intenciones. Añadiréis que, si avanza con su ejército en esta dirección, podré declararme francamente a favor suyo; pero que hacerlo así, hoy por hoy, equivaldría a labrar la ruina de mi casa sin el menor provecho para él. ¿Podéis llevarle esa contestación?

—Seguramente, señor.

—Y bien, ¿cómo se porta Monmouth en la campaña emprendida? —preguntó.

—Como un jefe prudente y valeroso —respondí.

—Es extraño —murmuró—; fue siempre el hazmerreír de la corte por su falta de constancia en los juegos, pues casi siempre tiraba la raqueta antes de

haberse terminado el partido. A cada instante mudaba de plan, como las veletas mudan de dirección según el viento. Sólo era constante en su inconstancia. Verdad es que capitaneó las tropas del rey en Escocia; pero no hay quien ignore que los verdaderos vencedores en Bothwell Bridge fueron Claverhouse y Dalzell. Me parece que recuerda a Bruto de la historia romana, el cual fingía flojedad de ánimo para ocultar sus ambiciones.

El duque conversaba nuevamente consigo mismo más bien que conmigo, de modo que no hice ninguna observación, fuera de hacer constar que Monmouth se había atraído el amor del pueblo.

—Ahí precisamente radica su fuerza —dijo Beaufort—. La sangre de su madre corre por sus venas, y no cree indigno de sí estrechar la roñosa mano del gañán ni terciar en unas carreras con los mozos de cualquier aldea o apostar un vaso de cerveza con el herrero. Bien, los acontecimientos siguen dándole la razón. Esos gañanes no le han abandonado, como lo han hecho sus amigos de más elevada categoría. Si pudiera uno leer en lo porvenir… Pero ya habéis recibido mi contestación, capitán, y espero que, si logréis hacerla llegar a su destino, sea en el sentido de que fue expresada con gran cordialidad. Ahora es tiempo ya de que partáis; porque dentro de tres horas se hará el relevo de la guardia y se descubrirá vuestra fuga.

—Pero ¿por dónde he de salir? —pregunté.

—Por aquí —respondió abriendo la ventana y echando la cuerda que estaba sujeta a la viga en aquella dirección—. Tal vez la maroma sea un pie o dos más corta; pero tenéis estatura bastante para subsanar esa deficiencia. Cuando hayáis llegado a tierra, seguid el paseo de grava que tuerce a la derecha hasta llegar a los árboles altos del borde del parque. El séptimo de esos árboles tiene una rama que pasa por encima de la cerca, trepad hasta esa rama y podréis saltar al otro lado, donde hallaréis a mi propio paje, que os aguarda con vuestro caballo. Emprended el camino sin pérdida de tiempo y galopad a toda prisa hacia el sur. Al amanecer podréis hallaros fuera de todo peligro.

—¿Y mi espada? —pregunté.

—Ahí están todas vuestras cosas. Haced saber a Monmouth mi respuesta y no olvidéis añadir que os he tratado con todo género de consideraciones.

—¿Qué dirá el Consejo de vuecencia cuando sepa que me he escapado? —pregunté.

—¡Bah!, no os inquietéis por eso. Yo partiré para Bristol al rayar la aurora y dejaré a mi Consejo bastantes asuntos que resolver para que no tenga tiempo de pensar en vos. Los guardias se convencerán de que ha sido cosa del

diablo, como ya ha ocurrido otras muchas veces. Si fueran verdad las cosas que se dicen, todos los demonios del infierno habrían pasado ya por este calabozo. Pero el tiempo apura. ¡Ea!, trepad a la ventana. ¡Así! No olvidéis mi encargo.

—Adiós, señor —respondí, y asiéndome a la cuerda me deslicé por ella sin ruido hasta llegar abajo; después de lo cual, el duque recogió la maroma y cerró la ventana. Al tender la vista a mi alrededor, divisé la estrecha abertura de mi calabozo, por la que el honrado Brown había conversado conmigo. Media hora antes estaba tendido en el jergón de la celda sin la menor esperanza de poder escapar. Ahora me encontraba en pleno aire libre, enteramente dueño de mí mismo, respirando el aire de independencia que la prisión y los grillos me habían arrebatado y sintiéndome como el que despierta de una pesadilla funesta.

Tales alternativas, mis queridos niños, conmueven profundamente el alma humana. El corazón que se endurece en ocasiones al contemplar la muerte cara a cara, se enternece al tener seguridad de haber salido del peligro. Conocí a un honrado mercader que habiendo soportado valerosamente el peligro de ver devorada toda su fortuna por las olas del océano, perdió no obstante su ecuanimidad cuando supo que no había motivo para tal alarma y que al cabo el riesgo había desaparecido enteramente. Por mi parte, persuadido como estoy de que la casualidad no entra para nada en los asuntos de este mundo, he creído que la Providencia me sometió a esa prueba a fin de disponer mi ánimo a concebir pensamientos más serios, poniéndome después en condiciones de ejecutarlos. Animado de vehementes propósitos de hacerlo así, me arrodillé sobre el verde césped, a la sombra de la torrecilla de Boteler, y pedí a Dios que me otorgara la gracia de ser útil en la tierra elevándome sobre mis propios intereses y necesidades para prestar mi concurso a todas las nobles y grandes empresas de aquellos días.

Hace ya cerca de cincuenta años, amados niños míos, desde que me postré ante el Gran Desconocido en el parque de Badminton, bañado por la luz de la luna; y con toda verdad puedo decir que desde ese día las aspiraciones que entonces concebí me han servido de norte en el tenebroso mar de la vida; norte que tal vez no haya seguido con la debida constancia, porque la carne es débil y flaca, pero que al menos ha brillado siempre en el cielo de mi espíritu, permitiéndome volver a él los ojos en épocas de duda y en trances angustiosos.

La vereda que torcía a la derecha pasaba por entre grupos de árboles y estanques de carpas en el espacio de una milla o más, hasta que llegué a la

línea de abetos que guarnecían la cerca de la posesión del duque. No tropecé en mi camino con ser alguno viviente, excepto un rebaño de gamos que huyó veloz al acercarme, a modo de sombras fantásticas, que se disiparon a la luz de la luna. Al volver la cara, contemplé las altas torres y gabletes del castillo de Boteler que proyectaban su negra silueta sobre el estrellado cielo. Después de llegar al árbol que se me había indicado, lo trepé y me deslicé por la rama que salía por encima de la cerca y me dejé caer del otro lado, encontrando allí a mi buen *Covenant* que me aguardaba con uno de los palafreneros de Beaufort. Luego de haber saltado a la silla, me sujeté nuevamente la espada y partí galopando a toda velocidad.

Durante el resto de la noche cabalgué a rienda suelta, dejando atrás dormidas aldeas, granjas iluminadas por la luna, corrientes que brillaban en la oscuridad y colinas cubiertas de hayas. Cuando el oriente trocó su tinte rosado por el de escarlata, y asomó por las azuladas colinas del norte de Somersetshire el gran disco del sol, había recorrido ya una enorme distancia. Era un domingo por la mañana, y de todas las aldeas salía un alegre campaneo. Ahora no llevaba conmigo papeles peligrosos, y podía, por tanto, seguir mi ruta con mayor descuido. En cierto lugar, un guarda aduanero me preguntó con aire receloso de dónde venía; pero sus sospechas se disiparon al punto cuando le respondí que viajaba por encargo de su excelencia el duque de Beaufort.

Más allá, cerca de Axbridge, alcancé a un ganadero que se encaminaba a trote corto al interior del país de Gales en una lucida jaca. Conversé con él un rato y supe que todo el norte de Somersetshire, lo mismo que el sur estaba ahora en franca rebelión, y que Gales, Shepton Mallet y Glastonbury estaban ocupados por voluntarios del rey Monmouth. Las fuerzas de James se habían retirado al oeste y éste, para aguardar la llegada de nuevos contingentes. Al pasar por las aldeas, observé que la bandera azul ondeaba en las torres de las iglesias y que los campesinos hacían la instrucción en las praderas, sin el menor indicio de tropas regulares que defendieran la autoridad de la dinastía Stuart.

Mi camino pasaba por Shepton Mallet, por la Posada del Gaitero, Bridgwater y por North Petherton, hasta que al llegar el frío de la mañana detuve a mi fatigado caballo en el lugar denominado *Cross Hands* y vi las torres de Taunton en el valle que se tendía a mis pies. Una botella de cerveza para el jinete y una cribada de avena para la cabalgadura restauraron los bríos de ambos; y nuevamente reanudé la marcha.

De pronto, por la ladera de la colina aparecieron avanzando hacia mí unos cuarenta jinetes que caminaban a todo galope. Era tal su ímpetu que refrené a *Covenant*, no sabiendo si eran amigos o enemigos, hasta que, al acercarse a mí en tropel, vi que los dos oficiales que mandaban aquella fuerza eran nada menos que Reuben Lockarby y *sir* Gervas Jerome. Al verme, tendieron los brazos hacia mí, y Reuben se echó sobre el cuello de su caballo, donde permaneció un momento abrazado a la crin, hasta que el bruto le empujó nuevamente obligándole a enderezarse en la silla.

—¡Es Micah! ¡Es Micah! —dijo con voz rota por la emoción, mientras corrían las lágrimas por su rostro.

—¡Vaya! ¡Vaya! ¿Cómo habéis venido? —preguntó *sir* Gervas palpándome con el índice, como para cerciorarse de que realmente era yo en cuerpo y alma—. Salíamos capitaneando una incursión al territorio de Beaufort con el propósito de atacarle y pegar fuego a su residencia si habías recibido daño alguno. No hace mucho ha llegado un criado de cierto labrador de aquella comarca, trayéndonos la noticia de que estabas sentenciado a muerte; y, al oírlo, fui al punto a buscar al amigo Lockarby, sin detenerme a peinar la peluca y vi que había obtenido permiso de lord Grey para partir en dirección al norte con este destacamento. Pero ¿cómo te ha ido?

—Bien y mal —respondí estrechando sus manos—. La noche pasada no tenía esperanza de ver salir el sol, y no obstante ya veis que estoy aquí sano y salvo; pero se necesita algún tiempo para contar todas estas cosas.

—Seguramente, y, fuera de eso, el rey Monmouth estará en ascuas hasta verte. ¡Doble derecha, muchachos, y al campamento! Jamás hubo quien hiciera un viaje tan rápido y feliz como éste. Mal lo hubieran pasado en Badminton si llegan a causarte algún mal.

Los soldados volvieron grupas y trotaron lentamente en dirección a Taunton, mientras yo seguía detrás entre mis dos fieles amigos, oyéndoles referir todo lo ocurrido en mi ausencia y refiriéndoles a mi vez las aventuras de la expedición. Había cerrado la noche antes que penetráramos por las puertas de la ciudad, y una vez en ella, entregué a *Covenant* al criado del alcalde y marché directamente al castillo a dar cuenta de mi misión.

XXVI

DEL ALBOROTO QUE SE ARMÓ EN EL CONSEJO

El Consejo del rey Monmouth estaba reunido cuando llegué, y mi entrada causó la mayor sorpresa y regocijo, pues acababan de recibir noticias del terrible trance en que me encontraba. Ni siquiera la presencia del rey fue parte a impedir que varios miembros, entre los que se contaban el viejo alcalde y los dos soldados aventureros, se pusieran de pie y me estrecharan la mano calurosamente. El mismo Monmouth me dijo algunas palabras afectuosas, invitándome a que me sentara a la mesa con los demás.

—Os habéis conquistado el derecho de asistir a nuestro Consejo —dijo—; y para que otros capitanes no os tengan envidia por asistir a nuestras juntas, os confiero el título especial de jefe de batidores, el cual, aunque de escasa importancia en cuanto a las obligaciones que impone en el estado presente de nuestras tropas, os dará, no obstante, la precedencia sobre vuestros compañeros. Hemos sabido que Beaufort os recibió de muy mal talante y que habéis pasado terribles apuros en sus calabozos. Mas, por fortuna, habéis llegado poco después que el mensajero de tales noticias. Decidnos, pues, todo lo que os ha ocurrido sin omitir ningún pormenor.

Por mi parte hubiera deseado haber referido sólo la entrevista con Beaufort y su respuesta; pero, como los consejeros dieron muestras de esperar una relación completa de mi viaje, tuve que describir, con la mayor brevedad y sencillez que pude, los diversos lances que me habían sobrevenido: la emboscada de los contrabandistas, la cueva, la captura del aduanero, la navegación en el lugre, el encuentro con el labrador Brown, mi encarcelamiento y, por último, el modo con que recobré la libertad y el mensaje que se me había confiado.

El Consejo escuchó mi relato con el mayor silencio; y tal cual interjección ahogada que salía de labios de algún cortesano, alternando con los suspiros y jaculatorias de los fanáticos del puritanismo, demostraban la profunda impresión que causaban los variados incidentes de mi viaje. Pero, sobre todo, estuvieron atentos a oír lo dicho por Beaufort, deteniéndome más de una vez cuando en apariencia refería de pasada algún dicho o suceso, sin dejarles tiempo para meditarlo. Cuando, al fin, terminé, permanecieron silenciosos, mirándose unos a otros y aguardando que alguien expresara su opinión.

—A fe mía —dijo, por fin Monmouth—, el capitán es un joven Ulises aunque su odisea no ha durado más que tres días. Seguramente Scudéry no sería tan pesado en sus narraciones si se hubiera inspirado en los episodios de estas cuevas de contrabandistas y de esos muros corredizos. ¿Qué os parece, Grey?

—Que verdaderamente el joven ha corrido curiosas aventuras —respondió el noble prócer—, logrando llevar a cabo su misión como mensajero intrépido y celoso. ¿Decís que Beaufort no os dio nada por escrito?

—Ni una palabra, milord —repliqué.

—¿Y su respuesta privada se redujo a que nos deseaba buena suerte, estando dispuesto a unirse a nosotros cuando estuviéramos en su territorio?

—Exactamente, milord.

—Sin embargo, según tengo entendido, profirió en su Consejo frases acerbas contra nosotros, injuriando al rey y menospreciando sus justas reclamaciones al homenaje de su nobleza. ¿Es cierto esto?

—Cierto —respondí.

—Quiere nadar entre dos aguas —dijo el rey Monmouth—. Los que así proceden corren el peligro de no tener las ventajas de ninguna de las dos partes, teniendo que sufrir sus odios. Sin embargo, pudiera ocurrir que avanzáramos por la parte de Badminton para darle ocasión de declararse.

—En todo caso —dijo Saxon—, según recordará vuestra majestad, tenemos resuelto marchar hacia Bristol y amenazar la ciudad.

—Las obras de defensa han sido reforzadas —añadí—; y hay cinco mil hombres de los que han recibido instrucción militar, procedentes del condado de Gloucester, reunidos dentro de los muros. Al pasar he visto a los operarios trabajando en los bastiones.

—Si tenemos de nuestra parte a Beaufort, nos apoderaremos de la ciudad —observó *sir* Stephen Timewell—. Hay ya un gran número de gente piadosa y honrada dentro de Bristol, y se alegrará de ver entrar en la ciudad un

ejército protestante. En el caso de ponerle sitio, podríamos contar con recibir ayuda de dentro.

—¡Rayos y truenos! —exclamó el soldado alemán, dejándose arrebatar de un impulso de impaciencia que ni siquiera la presencia del rey pudo reprimir —; ¿cómo nos atrevemos a hablar de sitios y asedios si no tenemos en el ejército un solo cañón de batir?

—El Señor nus dará todas las baterías que necesitemos —repuso Ferguson con su voz gangosa de raras inflexiones—. ¿No derribó el Señor los murus de Jericó sin necesidá e cañones? ¿No suscitó el Señor en estus tiempus a un hombre como Robert Ferguson, sacándoli con bien de treinta y cinco procesus y de veintidús condenas de los impíos? ¿Hay acasu alguna cosa que Él no pueda hacer? ¡Hosana! ¡Hosana!

—El doctor tiene razón —repuso uno de los *independientes*, de rostro enjuto y apergaminado—. Aquí hablamos demasiado de medios carnales y arbitrios mundanos, sin invocar la ayuda y apoyo de la voluntad celestial, que debería servirnos de fundamento inconmovible, sacándonos de todos los apuros y dificultades. Sí, caballeros —continuó, levantando la voz y clavando la mirada en uno de los cortesanos—; podéis burlaros de las palabras piadosas, pero yo afirmo que vosotros, y los que son como vosotros, habéis de atraer la cólera del cielo sobre este ejército.

—Estoy conforme con lo dicho —vociferó otro sectario con furia.

—Y yo; y yo —repitieron varios con Saxon entre ellos, si no oí mal.

—¿Desea vuestra majestad que se nos insulte en la misma mesa del Consejo? —preguntó uno de los cortesanos, poniéndose de pie, con el semblante rojo de cólera—. ¿Por cuánto tiempo vamos a estar sujetos a semejantes insolencias por tener la religión que corresponde a las personas de calidad y preferir practicarla en el secreto de nuestros corazones más bien que en los ángulos de las plazas como esos fariseos?

—No soltéis vuestra lengua contra los santos del Señor —increpó un puritano en voz alta y grave—. Oigo en el fondo de mi conciencia que sería preferible que cayerais muerto, aun en presencia del rey, antes que insultar a los regenerados en la vida del espíritu.

Por ambas partes la excitación creció de tal modo que eran muchos los que se habían puesto de pie. Las manos requirieron las empuñaduras de las espadas, cruzándose miradas fulminantes y venenosas; pero los miembros más neutrales y sensatos del Consejo consiguieron restablecer la paz y persuadir a los contendientes a que volvieran a sentarse.

—¿Qué es esto, señores? —interrogó el rey con semblante airado, luego que se restableció el silencio—. ¿Es ése el respeto que os inspira mi autoridad, para bravuconear en este sitio, como si la cámara del Consejo fuera cualquier fonducho de la calle Fleet? Os aseguro que estoy dispuesto a renunciar para siempre a mis derechos y volver a Holanda, o bien dedicar mi espada a la causa de la cristiandad contra los turcos, antes que tolerar semejantes indignidades. Si alguno se atreviera a suscitar discordias entre los soldados de la nación con pretexto de creencias religiosas, sabré cómo tengo que portarme con él. Profese cada uno las ideas que crea convenientes, pero absténgase de inmiscuirse en las de su vecino. En cuanto a vos, señor Bramwell, y vos, señor Joyce, y vos también *sir* Henry Nuttall, estáis dispensados de asistir a estas juntas hasta que os avisemos. Ahora podéis separaros, yendo cada uno a ocupar su puesto; y mañana por la mañana saldremos con la bendición de Dios para el norte, a probar la suerte que nos aguarda en esas regiones.

El rey hizo una inclinación en señal de haber terminado la junta, y llamando aparte a lord Grey, conversó con él animadamente en el hueco de una ventana. Los cortesanos, en cuyo número se contaban varios caballeros ingleses y extranjeros, llegados a Taunton con alguna gente distinguida de Devonshire y Somersetshire, salieron del cuarto en un grupo con mucho sonar de espuelas y chocar de espadas. Los puritanos se reunieron y abandonaron el local después de los anteriores, andando, no con el semblante modesto y recogido que tenían por costumbre, sino con la cabeza erguida y el ceño fruncido, a guisa de los antiguos judíos al escuchar aquellas palabras: «¡A tus tiendas, Israel!».

Se sentía en el ambiente la disensión religiosa y sectaria. En los alrededores de la pradera del castillo resonaban las voces de los predicadores como el zumbido de un enjambre de insectos. Todos los carros, pipas y cajas de provisiones se habían convertido en púlpitos; y en cada uno de ellos peroraba un orador a su corrillo de ávidos oyentes. Aquí era un voluntario de Taunton, vestido de tosco chaquetón con botas de caña y ancha bandolera, muy empeñado en sostener la justificación por las obras. Allá, un granadero de la milicia luciendo guerrera roja y cinturón blanco, se engolfaba en el misterio de la Trinidad. En uno o dos lugares, donde las tribunas estaban demasiado cerca, los sermones habían degenerado en acalorada discusión entre los dos predicadores, mientras el auditorio aplaudía con murmullos y exclamaciones al campeón cuyo credo estaba más en armonía con el suyo. Por entre aquellas animadas escenas a las que daban un tinte extraño los

rojizos resplandores de las hogueras del campamento, me abrí paso con el corazón oprimido, comprendiendo lo inútil que era esperar el triunfo mientras reinaran tales divisiones. Saxon, no obstante, contemplaba el espectáculo brillándole los ojos de satisfacción y frotándose las manos de gusto.

—La levadura está produciendo sus efectos —observó—. Algo va a resultar de toda esta fermentación.

—No sé que pueda provenir otra cosa más que el desorden y la debilidad —respondí.

—Y también soldados aguerridos, muchacho —replicó—. Están aguzando los filos de su denuedo enardeciéndose a su manera con las discusiones religiosas. Todo esto supone fanatismo, que es la pasta de que se hacen los conquistadores. ¿No habéis oído contar cómo el ejército del famoso Noll estaba dividido en presbiterianos, anabaptistas, *independientes*, vociferadores[24], sectarios de la quinta monarquía, brownistas y otra multitud de sectas, entre los que se formaron los mejores regimientos que salieron jamás a campaña?

Creyentes, como otros tantos,
que su fe y su religión
fundan en los textos santos
de la espada y el cañón.

»Como nos dice en verso el viejo Samuel. Os aseguro que prefiero verlos así antes que ocupados en hacer el ejercicio, a pesar de toda su gritería y alboroto.

—Pero ¿cómo ha podido armarse tal pelotera en el Consejo? —pregunté.

—En hecho de verdad, el asunto es grave. Se necesita mantener la armonía entre todos los credos; pero el puritano y el indiferente son como el aceite y el agua, si bien el puritano es el aceite, porque siempre flota. Los cortesanos están solos, mientras los otros tienen de su parte el nervio y medula del ejército. Me alegro de que mañana rompamos la marcha. Las tropas del rey están, según mis noticias, atravesando la llanura de Salisbury; pero la artillería y bagajes les causan gran retraso, porque necesitan ir bien provistos de víveres y municiones, ya que esperan poco de la buena voluntad de los paisanos. ¡Hola, amigo Buyse! ¿Cómo va?



—*Ganz gut*[25] —dijo el corpulento alemán, echando una mirada escudriñadora por entre la oscuridad—. Pero ¡vive Dios!, ¡qué barullo de graznidos y cacareos como de corral de gallinas al ponerse el sol! Vosotros, los ingleses, sois gente bien estrafalaria… sí, ¡rayos y truenos!, la gente más extravagante que he conocido. No hay dos bajo la capa del cielo que piensen de igual modo sobre cualquier asunto. El caballero de la corte quiere que le dejen sus lujosos vestidos y licencias de lenguaje. El puritano os cortaría el cuello de muy buena gana si tratáis de hacerle abandonar su traje sórdido y su Biblia. «¡Viva el rey James!, —grita uno—; ¡arriba Monmouth!», vociferan los campesinos; «¡queremos el reinado de Jesús!, —exclaman los sectarios de quinta monarquía—; ¡abajo los reyes de todas clases!», predican maese Wade y algunos otros partidarios de la República. Desde que puse el pie en el *Helderenbergh* en Ámsterdam, vengo devanándome inútilmente los sesos por saber qué es lo que deseáis porque antes de haber oído a uno exponer enteramente sus ideas y cuando comienzo a divisar un poco de luz entre las «finsternas[26]», digo, entre las tinieblas, viene otro con una nueva historia que me ponen tantas dificultades como el anterior… Pero celebro mucho

veros de vuelta sin novedad, mi joven Hércules. Ahora tengo cierto miedo de daros la mano, después de haber visto cómo la tratasteis últimamente. Espero que no hayáis empeorado al atravesar por tantos peligros.

—Lo que siento ahora es alguna pesadez en los párpados —repuse—. Fuera de una hora o dos a bordo del lugre y casi otro tanto en el calabozo, no he pegado los ojos desde que salí del campamento.

—Mañana romperemos la marcha al segundo toque de trompeta, a eso de las ocho —dijo Saxon—. Por tanto, os dejaremos en paz a fin de que podáis recobraros de vuestras fatigas.

Los dos soldados partieron haciéndome una señal de despedida y siguieron la calle de Fore, que estaba llena de gente, mientras yo regresaba a la hospitalaria residencia del alcalde, donde tuve que repetir mi historia desde el principio al fin ante la familia reunida, antes de poder retirarme a mi cuarto.

XXVII

DEL INCIDENTE QUE NOS OCURRIÓ CERCA DEL PUENTE DE KEYNSHAM

El lunes 21 de junio de 1685 amaneció nublado y con gran viento que arrastraba pesados nubarrones. La lluvia caía sin cesar y abundantemente; mas a pesar de todo, poco después del alba las trompetas comenzaron a sonar en todos los barrios de Taunton, desde el puente del Tone hasta Shuttern, y a la hora señalada los regimientos habían formado, se había pasado lista y la vanguardia marchaba con paso animado por la puerta de oriente. La salida de la ciudad se efectuó siguiendo el mismo orden observado en la entrada, ocupando la retaguardia nuestro regimiento y la compañía de tauntoneses. El alcalde Timewell y Saxon se repartieron la tarea de ordenar esta parte del ejército; y como eran hombres experimentados, colocaron la artillería en una posición menos arriesgada, protegiéndola con una fuerte escolta de jinetes y dejando una batería en las últimas filas para hacer frente a cualquier tentativa de los dragones del rey.

Se observó en general que el ejército había ganado mucho en orden y disciplina durante los tres días de descanso, por efecto quizá de su ejercicio incesante y de la práctica de disciplina militar. El número de combatientes había crecido hasta cerca de ocho mil, todos bien alimentados y animosos. Sus apretadas filas marchaban con aire marcial por pantanos y aguazales, entre rústicas bromas y gran derroche de cánticos e himnos.

Sir Gervas cabalgaba a la cabeza de sus mosqueteros, cuyas coletillas empolvadas caían lacias y chorreando agua. Los piqueros de Lockarby y mi compañía de guadañiles eran en su mayor parte labriegos de la campiña, hechos a soportar las inclemencias del tiempo, y avanzaban pacientemente con las caras salpicadas de gotas de lluvia. Al frente marchaba la infantería de Taunton; y en último lugar venía el tren de bagajes protegido por la

caballería. De este modo siguió su camino por las colinas la prolongada línea de tropas.

En el vértice de la eminencia, donde el camino empieza a descender, se dio la orden de alto para permitir a los regimientos acercarse unos a otros; y desde allí volvimos la cara para contemplar la hermosa ciudad, que muchos de nosotros no habíamos de ver nuevamente. Aun alcanzamos a percibir en las negruzcas murallas y en los tejados de las casas el ondear de blancos pañuelos agitados por los que nos daban la despedida. Reuben cabalgaba a mi lado, levantando en alto una camisa blanca, que excitaba la risa de sus piqueros, y con los pensamientos y la mirada tan distantes que no advertía sus muecas. Mientras continuábamos con los ojos fijos en la ciudad, un rayo de sol salió de entre dos negros nubarrones y reverberó sobre la torre St. Mary Magdalene, donde continuaba ondeando el estandarte real. Aquel incidente fue saludado como señal de feliz augurio, y al verlo estalló en el ejército una gran gritería, acompañada de ruido de armas y agitar de sombreros. Entonces las trompetas tocaron un aire militar, los tambores batieron paso de carga, Reuben metió su prenda de ropa blanca en la mochila, y el ejército continuó marchando por pantanos y charcos, bajo la espesa lluvia, protegidos en ambos flancos por colinas de aspecto tétrico. Un agorero hubiera dicho que los cielos derramaban sobre nosotros torrentes de desventuras.

Durante el día entero tuvimos que caminar penosamente por caminos llenos de lodazales con el barro hasta las rodillas; pero, al caer la tarde, llegamos a Bridgwater, donde se nos incorporaron algunos reclutas y adquirimos varios centenares de libras para nuestra caja militar, porque aquel lugar era rico y tenía un comercio floreciente que se extendía por toda la costa hasta el río Parret. Después de pasar una noche en cuarteles cómodos, reanudamos la marcha con un tiempo peor que hasta entonces. El terreno en aquellas regiones es un lodazal aun en tiempo de verano; pero las lluvias abundantes habían hecho que los pantanos crecieran extraordinariamente, convirtiéndose en dos anchos lagos a un lado y otro del camino. Esta circunstancia podía, en cierto modo, sernos favorable por librarnos de las cargas de la caballería real, pero en cambio entorpecía y dificultaba nuestro avance.

Continuamos chapoteando entre cieno y agua con las armas y caballos empapados de lluvia. Después de pasar el río Parret por Eastover, junto a la pacífica villa de Bawdrip, emprendimos la subida por el cerro de Polden, hasta que las trompetas hicieron la señal de hacer alto en las arboledas de Ashcot, donde se sirvió a los soldados una rústica comida. Luego volvimos a

caminar a través de la implacable lluvia; y dejando atrás el fragoso parque de la posada Piper, penetramos en Walton, donde la crecida de los torrentes amenazaba las viviendas, pasamos por los huertos de Street y seguimos adelante hasta que al oscurecer llegamos a la vieja ciudad de Glastonbury, cuyos buenos habitantes hicieron cuanto estaba en su mano para suavizar con sus afectuosas demostraciones de bienvenida las penalidades que nos había ocasionado el temporal.

Al día siguiente continuó la lluvia y el viento, de suerte que el ejército sólo hizo una breve jornada hasta Wells, ciudad de regular importancia, bien situada y que tiene una hermosa catedral con numerosas estatuas de piedra colocadas en nichos de la fachada, como las que habíamos visto en Salisbury.

La población estaba toda a favor de la causa protestante; de modo que el ejército encontró allí una acogida tan entusiasta que las vituallas apenas ocasionaron gasto alguno a la caja militar. Ahora comenzamos a ponernos por primera vez en contacto con la caballería del rey. Más de una vez, cuando al aflojar la lluvia se aclaraba el horizonte, columbramos el brillo de las armas en los cerros que dominan el camino; y nuestros exploradores anunciaron la presencia de numerosos cuerpos de dragones en ambos flancos. En cierta ocasión, se acumularon en gran número sobre nuestra retaguardia, como si proyectaran caer sobre la impedimenta; pero Saxon colocó un regimiento de piqueros a uno y otro lado de los carros; con lo que los enemigos se retiraron diseminándose por las colinas.

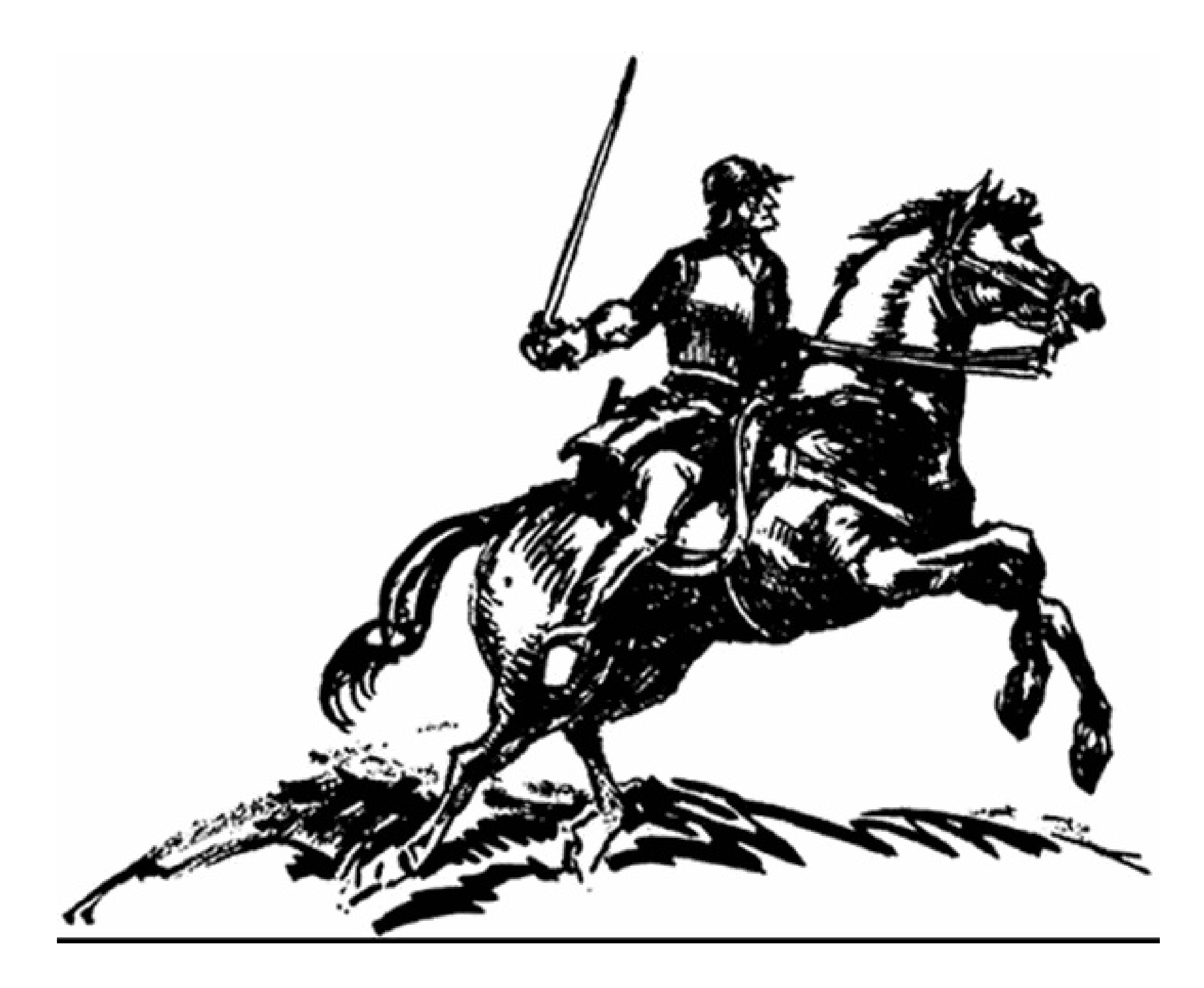
Desde Wells marchamos el día veinticuatro basta Shepton Mallet con el espectáculo amenazador de los sables y cascos de la caballería enemiga en ambos flancos.

Aquella noche nos encontramos en Puente de Keynsham, a menos de dos leguas de Bristol en línea recta, y algunos de nuestros caballos vadearon el río y avanzaron casi hasta las murallas.

A la mañana siguiente, el horizonte se había despejado; por lo que Reuben y yo resolvimos acercarnos poco a poco a una de las verdes laderas inmediatas, situadas a la espalda del campamento, esperando divisar desde allí al enemigo. Nuestros soldados se habían dividido en varios grupos e intentaban hacer hogueras sobre el césped con ramaje recogido en los alrededores, o bien ponían a secar al sol sus ropas. Por cierto, que formaban una muchedumbre de aspecto estrafalario, salpicados como estaban de lodo de los pies a la cabeza, con los sombreros lacios y empapados de agua, las armas cubiertas de orín y el calzado tan roto que muchos andaban descalzos y otros se habían atado los pañuelos a los pies. Sin embargo, su breve

aprendizaje militar los había convertido de gañanes de honrado semblante en soldados de fiera mirada, largos mostachos y mejillas hundidas, que llevaban las armas con la misma bizarría que si no hubieran hecho otra cosa desde su niñez.

La condición de los oficiales, por lo que mira a las incomodidades de la campaña, no era mejor que la de los soldados; fuera de que un oficial, mis queridos niños, estando de servicio no debe permitirse gozar comodidad alguna que no puedan todos compartir con él. Si no sabe tenderse junto a la hoguera del soldado o comer el rancho de éste, será un obstáculo y un estorbo para todos. Nuestros vestidos estaban empapados de agua; nuestros cascos, rojos de mugre; y los caballos, cubiertos de lodo, como si se hubieran revolcado en la pecina. Hasta las espadas y pistolas se encontraban en tan miserable estado, que apenas podíamos desenvainar las unas ni montar las otras. Únicamente *sir* Gervas consiguió mantener su atavío y persona tan limpios y elegantes como siempre. Nunca pude comprender cómo hacía las guardias de la noche ni cuándo satisfacía la necesidad del sueño, porque día tras día se presentaba al toque de corneta lavado, perfumado, cepillado, con la peluca compuesta y los vestidos sin la menor mancha. Llevaba en el arzón constantemente la gran caja de polvos, que le vimos usar en Taunton; y sus buenos mosqueteros aparecían todas las mañanas con las cabezas empolvadas, aunque a la hora sus coletas habían tomado el color oscuro que les era natural, mientras los polvos blancos formaban regueros blanquecinos a lo largo de sus anchas espaldas o costras en las faldas de los jubones. Aquello era una porfiada lucha entre las inclemencias del tiempo y el *baronet*; pero nuestro camarada llevaba la mejor parte.



—Hubo una época en que me llamaban Reuben, el *Gordinflón* —observó mi amigo mientras proseguíamos juntos el tortuoso camino—. Pero estoy adelgazando de tal modo, que antes de volver a Havant voy a convertirme en Reuben, el *Esqueleto*. Estoy tan repleto de lluvia como los barriles de mi padre lo están de cerveza. Querría, Micah, que me retorcieras para ver si suelto el agua y me pusieras luego a secar en alguno de esos arbustos.

—Pues si nosotros estamos calados de agua, los soldados del rey James han de estarlo también hasta los huesos —repuse—, porque siquiera nosotros hemos tenido algún abrigo.

—Menguado consuelo es para el que se muere de hambre saber que el vecino padece la misma necesidad. Te aseguro, Micah, que el lunes me apreté el cinturón saltando un ojal, el martes tuve que saltar dos, ayer uno y hoy otro. Nada, puedes creerlo; me disuelvo como un carámbano ante los rayos del sol.

—Sentiría que disminuyeras hasta reducirte a la nada —repliqué riendo —, porque, ¿qué cuenta iba yo a dar de ti en Taunton? Yo creía que desde que habías hecho tus primeras armas y conquistado el corazón de una hermosa doncella, nos habías aventajado a todos, convirtiéndote en hombre de peso y sustancia.

—Mayor sustancia y peso tenía antes de empezar a dar tumbos por estos andurriales como cualquier tendero de Hambledon. Pero, a decir verdad, y hablando en serio, Micah, es bien extraño advertir que todas tus esperanzas y ambiciones se hayan reducido a tan menguado espacio, que una caperuza basta para cobijarlas y dos malos zuecos para sostenerlas… Por lo que se refiere a mi adorada, me parece que forma la porción más elevada de mi ser, y que, si llegara a perderla, quedaría condenado a la situación de un ente incompleto y deforme. Teniéndola a ella, no deseo más. Si me falta ella, todo me sobra.

—Pero ¿no le has dicho nada al viejo? —pregunté—. O ¿estás en realidad desposado?

—Ya le he hablado —respondió mi amigo—; pero estaba tan entretenido en llenar de municiones unas cajas, que no logré conseguir que escuchara. Cuando intenté hablarle del asunto por segunda vez, estaba contando con una tarja y un tintero de cuerno las picas de repuesto que hay en la armería del castillo. Le dije que había ido a solicitar la mano de su nieta, y entonces se volvió a mí preguntándome: «¿qué mano?», con una mirada tan vaga que evidentemente no había entendido mi pregunta. En la tercera tentativa, hecha el día en que regresaste de Badminton, me resolví al fin a exponerle mi pretensión; pero me respondió furioso que no era tiempo de semejantes tonterías y me pidió que aguardara a que el rey Monmouth ocupara el trono y que entonces podría pensar en el asunto. Apostaría la cabeza a que hace cincuenta años, cuando él era un pretendiente como yo, no llamaba tonterías a cosas tan serias.

—Pero, al fin y al cabo, no te rechazó —repliqué—. La promesa es tan grata, que, si nuestra causa triunfa, también tú habrás logrado la victoria.

—Por cierto —añadió Reuben— que, si hay algún hombre capaz de darnos el triunfo con el esfuerzo de su brazo, seguramente no hay nadie que esté más interesado en ello que yo. No, no; ni el mismo Monmouth. El aprendiz Derrick había puesto desde muy atrás los ojos en la nieta de su amo, y el viejo, prendado de su celo y piedad, estaba dispuesto a tomarle por hijo. Pero alguien me ha soplado al oído que es un hombre de mala vida y un disoluto, a pesar de la máscara de piedad con que disimula su relajación. He creído, como tú, que ese canalla era el que capitaneaba la banda de malhechores que intentó secuestrar a *ladyRuth*; aunque, a decir verdad, apenas tengo derecho a odiarlos, porque me prestaron el mayor servicio que hombre alguno podía hacerme en el mundo. Entretanto, antes de partir de Gales, hace dos noches, he tenido ocasión de hablar al amigo Derrick

advirtiéndole que, si estimaba en algo su vida, no tramara ninguna traición contra *lady* Ruth.

—Y ¿cómo recibió él esta cariñosa intimación? —pregunté.

—Como una rata frente a una trampa. Murmuró despreciativamente algunas palabras de odio, y escurrió el bulto.

—¡Voto al diablo, joven! —repuse—; has tenido tantas aventuras como yo mismo. Pero henos aquí en lo más alto del cerro desde donde podemos gozar la vista del magnífico panorama.

Precisamente a nuestros pies arrastraba su corriente el Avon, serpeando en largas ondulaciones por entre los bosques y despidiendo a trechos destellos deslumbradores, a manera de un gran cordón de plata en que se hubieran ensartado una serie de minúsculos soles. Allá, en la lejanía, dilataba sus ámbitos la sosegada región agrícola de aquella comarca, salpicada de chozas, y ondulando entre huertos y sembrados, hasta terminar en una zona de bosque junto al remoto Malverns. A nuestra derecha se alzaban las verdes colinas inmediatas a Bath, y a la izquierda las escarpadas laderas de Mendips con la majestuosa Bristol, rodeada de sus fortalezas, tras de las que se extendía la superficie gris del canal, moteada de blanco por numerosas embarcaciones de nevado velamen.

A nuestros pies teníamos el puente de Keynsham, y en sus verdes campos aparecían grupos negros de nuestro ejército, y multitud de hogueras de las que se alzaban espesas nubes de humo y rumor de voces que se difundía en el tranquilo ambiente de aquel día de verano.

A lo largo de la ribera del Avon por la parte Somersetshire, corría un camino, por el que avanzaban dos destacamentos de nuestra caballería con intento de establecer avanzadas en el flanco derecho. Mientras trotaban con algún abandono, penetraron en un bosque de pinos donde la vereda tuerce de pronto. Estábamos contemplando todavía la escena, cuando, con la velocidad de un relámpago, un escuadrón de guardias reales de caballería apareció de pronto en el descampado y lanzándose a galope tendido atacó como una tromba a nuestros desprevenidos escuadrones. En las primeras filas resonó el apresurado preparar de las carabinas, pero en un instante los guardias rompieron por medio de ellos cayendo sobre el segundo grupo.

Durante algún tiempo, los valientes campesinos se mantuvieron firmes, y la densa masa de hombres y caballos osciló avanzando y retrocediendo, mientras las hojas de las guadañas giraban rápidamente despidiendo siniestros resplandores. Entonces los uniformes azules comenzaron a abrirse paso por entre las toscas chaquetas de los labriegos, que retrocedieron hasta cien pasos;

la densa muchedumbre de campesinos se dividió en dos partes, y los guardias del rey penetraron por la brecha y atacaron por derecha e izquierda, a través de los setos y sobre los pantanos, acuchillando y acosando a la caballería fugitiva. Aquella escena en que se mezclaba el patear de los caballos con los gritos de triunfo o desesperación y el acezar de los combatientes con el musical retintín y choque del acero, se nos ofreció a Lockarby y a mí, que la contemplábamos sobre la colina, como una visión extraña; tan rápida fue en su aparición y desenvolvimiento. Un agudo e imperioso toque de trompeta ordenó la retirada de los guardias azules al camino, donde formaron y emprendieron pronto el regreso trotando lentamente, antes de dar tiempo a que llegaran nuevos escuadrones en apoyo del derrotado. El sol seguía brillando esplendoroso, el río arrastraba un caudal más revuelto y crecido que de ordinario; y en el lugar donde se había verificado el combate no quedaba otro indicio de la racha infernal que se había desencadenado contra nosotros más que un largo reguero de hombres y caballos tendidos en tierra.

Mientras los azules se retiraban observé que un solo oficial se había quedado atrás protegiendo la retaguardia, y que cabalgaba con gran lentitud, como si se sintiera muy contrariado de volver la espalda, aunque fuera un ejército entero. El espacio que le separaba del resto del escuadrón fue aumentando constantemente; mas, aun así no hizo el menor esfuerzo para acelerar el paso, sino que prosiguió su camino a trote corto, volviendo la cara atrás de cuando en cuando para ver si lo seguían. En el mismo instante, nos asaltó a mi camarada y a mí un pensamiento idéntico que mutuamente leímos en nuestros semblantes.

—Esta vereda —me dijo con vehemencia— nos llevará del otro lado de los árboles y avanza en todo su trayecto por el vallado.

—Llevemos de las riendas a los caballos hasta encontrar terreno más firme —respondí—. Si la suerte nos favorece, podremos coparlo.

Sin hablar una palabra más, descendimos apresuradamente por aquel paso desigual, resbalando y dando traspiés en el húmedo césped. Saltamos nuevamente a las sillas y nos deslizamos por el barranco, entre el arbolado, logrando salir al camino con tiempo para ver la desaparición de la tropa enemiga y cortar el paso al oficial solitario.

Era un hombre de rostro atezado y facciones prominentes, con negros mostachos, y montaba un caballo castaño y huesudo. Al desembocar nosotros en el camino, se detuvo para contemplarnos a su sabor. Luego, después de haberse percatado de nuestras hostiles intenciones, desenvainó su espada, empuñó con la izquierda una pistola que sacó del arzón y, agarrando la brida

con los dientes, hundió las espuelas en los ijares de su caballo y cargó sobre nosotros a todo galope. Al abalanzarnos a él, Reuben por la izquierda y yo por la derecha, me descargó un terrible tajo y al mismo tiempo hizo fuego contra mi compañero. La bala rozó el carrillo de Reuben, dejando en él un verdugón rojo como la señal de un latigazo, y ennegreciéndole la cara con el humo de la pólvora. El tajo asestado contra mí no logró alcanzarme, y tendiendo yo el brazo en el instante de cruzarse nuestros caballos, lo así de la cintura y lo puse boca abajo a través de mi arzón delantero. El valiente *Covenant* continuó pesadamente su marcha con aquella nueva carga, y antes que los guardias cayeran en la cuenta de haber perdido a su oficial, lo habíamos llevado sano y salvo, a pesar de sus esfuerzos y contorsiones, a la vista del campamento de Monmouth.

—¡Vaya una navaja de afeitar mal suavizada! Me ha lastimado la piel, amigo —dijo Reuben llevándose la mano a la mejilla—. Y el tatuaje de mi cara hecho con pólvora va a ser causa de que parezca hermano de Solomon Sprent.

—Gracias a Dios no has recibido daño alguno —repliqué—. Mira cómo nuestra caballería avanza por el camino alto, capitaneada por el mismo lord Grey. Lo mejor es que llevemos el prisionero al campamento, porque aquí nada podemos hacer.

—¡Por los clavos de Cristo, matadme de una vez o ponedme en tierra! —exclamó—. No puedo sufrir que me conduzcáis de este modo a donde me vean vuestros groseros gañanes.

—A mí tampoco me gusta burlarme de ningún valiente —respondí—. Si me dais palabra de honor de no escapar, podréis ir a pie entre nosotros.

—No tengo inconveniente —dijo echándose a tierra y componiéndose el arrugado uniforme—. A fe mía, señores, que me habéis dado una lección para no pensar tan bajamente de mis enemigos. A sospechar que podía haber riesgo de caer en manos de vuestras avanzadas o centinelas, habría cabalgado con mi gente.

—Antes de cortaros la retirada, estábamos en lo alto de la colina —observó Reuben—. Pero, si la bala de vuestra pistola llega a tomar una dirección un poco más recta, hubiera puesto término a todas mis proezas militares. ¿Qué te parece, Micah? Hace un momento me estaba quejando de haber enflaquecido, pero si mis carrillos hubieran estado tan redondos como en otro tiempo, ahora tendría en uno de ellos un regular agujero que me haría muy poca gracia.

—¿Dónde nos hemos visto antes de ahora? —preguntó nuestro cautivo examinándome atentamente—. ¡Ah, ya caigo! Fue en la posada de Salisbury, donde mi aturdido camarada Horsford se batió con el viejo soldado que iba en vuestra compañía. Me llamo Ogilvy, el comandante Ogilvy de la guardia azul de caballería. Me alegré de que consiguierais escapar de los sabuesos. Tuvimos cierta confidencia relativa a vuestro destino, luego que partisteis; y por eso el mismo Horsford con el mayor y algunos otros fanáticos cuyo celo, a mi juicio, ahoga en ellos los sentimientos humanitarios, pusieron a los perros en vuestra pista.

—Os recuerdo perfectamente —repliqué—. En el campamento hallaréis a mi antiguo compañero, el coronel Decimus Saxon. Indudablemente no tardaréis en ser canjeado por alguno de nuestros prisioneros.

—Lo más probable es que pierda el cuello —repuso con una sonrisa—. Feversham está ahora de tal temple, que difícilmente ha de pensar en hacer prisioneros; y Monmouth, como es natural, ha de sentirse tentado a pagarme en la misma moneda. Pero así son las vicisitudes de la guerra; y es justo que expíe mi falta de precaución. A decir verdad, mi espíritu andaba a la sazón muy lejos de batallas y emboscadas, distraído enteramente con la acción del agua regia sobre los metales hasta que vuestra aparición me hizo volver a la realidad de la vida del soldado.

—He perdido de vista a la caballería —dijo Reuben mirando a su espalda —, tanto a la nuestra como a la enemiga. Sin embargo, percibo desde aquí un grupo de soldados allá lejos, al otro lado del Avon por la parte de la colina; ¿no columbras el brillo de los cascos?

—Allí hay infantería —respondí mirando con alguna atención—. Me parece que distingo cuatro o cinco regimientos y otras tantas banderas de caballería. Es preciso que lo sepa al instante el rey Monmouth.

—Indudablemente tiene ya noticia del hecho —dijo Reuben—. Allá está debajo de los árboles rodeado de su Consejo. Mira, uno de ellos viene por este camino.

Y de hecho un jinete se había destacado del grupo y galopaba hacia nosotros.

—Si sois el capitán Clarke —manifestó con un saludo—, el rey manda que comparezcáis en su Consejo.

—Entonces ahí te dejo al comandante confiado a tu custodia, Reuben. Cuida de que no le falte nada de cuanto podamos procurarle.

Así diciendo, apliqué espuelas a mi caballo, y poco después me incorporé al grupo reunido en torno del rey. Allí estaban Grey, Wade, Buyse, Ferguson,

Saxon, Hollis y algunos más, todos muy cariacontecidos, explorando el valle con sus anteojos. Monmouth se había apeado del caballo y permanecía apoyado contra el tronco de un árbol, con los brazos cruzados sobre el pecho y la desesperación pintada en su semblante. Detrás del árbol, un lacayo iba y venía llevando del diestro su lucio caballo negro que galleaba majestuosamente agitando su elegante crin.

—Ya veis, amigos —dijo Monmouth, paseando su lánguida mirada por el grupo de jefes—, la Providencia parece estar contra nosotros; y siempre hemos de vernos perseguidos por alguna desgracia.

—No es la Providencia, señor —intervino Saxon atrevidamente—, sino nuestro descuido. —Si la noche pasada hubiéramos continuado el avance sobre Bristol, ahora podríamos estar a la derecha de los bastiones.

—Pero ¿cómo podíamos imaginar que la infantería enemiga estuviera tan cerca? —preguntó Wade.

—Ya os advertí lo que podría resultar, y lo mismo hizo el coronel Buyse y el digno señor alcalde de Taunton —replicó Saxon—. Sin embargo, nada sacaremos en limpio de lamentar la torpeza cometida; y lo conveniente ahora es hacer lo posible por subsanarla.

—Avancemus sobre Bristul, y pongamos nuestra confianza en el Altísimu —observó Ferguson—. Si es su soberana voluntad que nos apoderemus e la ciudá, entonces entraremos en ella, aunque lluevan proyectilis y lanzas tan espesas como los guijarrus de las calles.

—¡Eso!, ¡eso! ¡A Bristol! ¡Dios está con nosotros! —exclamaron a coro varios puritanos exaltados.

—Pero eso es una locura —interrumpió Buyse con gran acaloramiento—, una *dummheit*[27], una manifiesta tontería. Cuando tuvisteis la ocasión, no quisisteis aprovecharla. Ahora que no es tiempo, mostráis una solicitud estéril. Aquí a la derecha del río tenemos un ejército de cinco mil hombres, a lo que puedo calcular. Nosotros estamos en la margen izquierda y, sin embargo, habláis de pasar al otro lado y de poner sitio a Bristol sin tren de batir y sin zapadores ni minadores, teniendo, además, a retaguardia a todas estas tropas enemigas. ¿Cómo ha de capitular la ciudad, si desde sus baluartes pueden los defensores ver la vanguardia del ejército que viene en su auxilio? Y ¿acaso nos ayudará a combatir a ese ejército la circunstancia de tener a nuestro lado una ciudad fortificada, de la que pueden salir tropas de infantería y caballería para atacar nuestro flanco? Digo y repito que eso es una locura.

Lo dicho por el soldado alemán expresaba una verdad tan clara, que hasta los más fanáticos guardaron silencio. Las prolongadas y brillantes líneas de

cascos y armaduras que aparecían por la parte de oriente, y las manchas de escarlata que resaltaban sobre el verdor de las laderas vecinas, eran argumentos que los más desaprensivos y faltos de entendimiento no podían dejar de comprender.

—¿Qué aconsejaríais, pues, en tales circunstancias? —preguntó Monmouth, pensativo, golpeando sus altas botas de montar con la rica empuñadura de la fusta.

—Pasar el río y embestirlos, antes que puedan recibir auxilio de la ciudad —respondió el corpulento alemán en tono brusco—. No comprendo para qué estamos aquí, si no es para pelear. Si vencemos, la ciudad caerá en nuestro poder. Si salimos derrotados, habremos intentado un golpe atrevido contra Bristol y no podemos hacer otra cosa.

—¿Es ésa también vuestra opinión, coronel Saxon? —interrogó de nuevo el rey.

—Seguramente, señor, si se nos ofrece ocasión de pelear con ventaja. Sin embargo, difícilmente podremos hacerlo así, teniendo que cruzar el río por un sencillo y estrecho puente, con semejante ejército a la vista. Yo aconsejaría más bien destruir el puente de Keynsham y marchar por la margen meridional con propósito de dar batalla en la posición que podamos escoger.

—Todavía no hemos intimado a Bath que apoye nuestra causa —dijo Wade—. Hagamos, pues, lo que propone el coronel Saxon, y avancemos entretanto en esa dirección enviando un heraldo al gobernador.

—Todavía queda otro plan —observó *sir* Stephen Timewell—, y consiste en avanzar apresuradamente hacia Gloucester, cruzar allí el Severn, y seguir la marcha por Worcestershire, Shropshire y Cheshire. En todos esos puntos vuestra majestad tiene muchos amigos.

Monmouth paseaba de un lado a otro con la mano puesta en la frente, profundamente distraído.

—¿Qué voy a hacer? —exclamó, al fin—, ¿qué resolución tomar en medio de consejos tan contrarios, cuando sé que no solamente el triunfo sino las vidas de esos pobres campesinos y artesanos dependen de lo que yo determine?

—Con todo el respeto debido a vuestra majestad —dijo lord Grey, que acababa de regresar a caballo—, yo indicaría, teniendo en cuenta que hay muy poca tropa de caballería enemiga en esta parte del Avon, volar el puente y avanzar hacia Bath, para desde allí penetrar en Wiltshire que sabemos nos es leal.

—¡Sea enhorabuena! —exclamó el rey con el aire impaciente del que acepta un plan, no porque fuera el mejor, sino porque comprendía que todos pecaban igualmente de inútiles—. ¿Qué pensáis vosotros, señores? —añadió con una amarga sonrisa—. He tenido noticias de Londres esta mañana, y según ellas, mi tío ha encerrado a doscientos comerciantes y a otras personas en la torre y en la Flota, por creerlos sospechosos de no profesar la verdadera religión. Con el tiempo va a necesitar que la mitad de la nación haga guardia para tener presa a la otra mitad.

—Y al final, vuestra majestad hará guardia cerca de su calabozo —sugirió Wade—. Tal vez un día de éstos lo tengamos a él en las prisiones de Traitor's Gate.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿De veras? ¿Lo creéis así? —repitió Monmouth, frotándose las manos y sonriendo con satisfacción—. Bien, tal vez habéis acertado. ¿Quién sabe? La causa de Enrique pareció perdida, hasta que al fin Bosworth dirimió la contienda[28]. ¡A caballo, señores! Dentro de media hora vamos a partir. El coronel Saxon y vos, *sir* Stephen, cubriréis la retaguardia, defendiendo los bagajes con lo que prestaréis un servicio honroso, pues el enemigo ha de amenazaros de cerca.

El Consejo se disolvió inmediatamente volviendo cada miembro de él a su regimiento. Todo el campo hervía en actividad, resonando sin cesar el toque de las trompetas y el redoble de los tambores, hasta que en breve tiempo el ejército se puso en orden, y partió el escuadrón de caballería encargado de reconocer el terreno, marchando a la descubierta por el camino que conduce a Bath. En la vanguardia iban quinientos caballos con los milicianos de Devonshire. Tras ellos seguían por su orden el regimiento de marineros, los voluntarios de Somersetshire septentrional, el primer regimiento de ciudadanos de Taunton, los mineros de Mendip y Bagworthy, los tejedores de artículos de lana y operarios de encajes de Honiton, Wellington y Ottery de St. Mary; los leñadores, ganaderos, habitantes de los pantanos y la gente del distrito de Quantock. A continuación, iban los cañones y los bagajes con nuestra brigada y cuatro escuadrones de caballería, formando la retaguardia. Mientras seguíamos nuestro camino, pudimos ver a las chaquetas rojas de Feversham, los cuales continuaban pacíficamente en la ribera opuesta del Avon. Una gran división de la caballería y dragones del enemigo había vadeado la corriente y nos acosaba de cerca; pero Saxon y *sir Stephen* protegieron tan hábilmente los bagajes e hicieron frente a las acometidas con tal aparato de mosquetería siempre que los jinetes se acercaron demasiado, que no se resolvieron a dar una carga.

XXVIII

DE LA PELEA EN LA CATEDRAL DE WELLS

l llegar a este punto, mis queridos niños, he de seguir puntualmente los hechos históricos, citando con exactitud los nombres, lugares y fechas, permítalo o no la amenidad del relato. En el caso de un drama tan interesante como el que voy a presentaros, sería impertinente hablaros de mi persona, a no ser como testigo que presenció aquellos hechos y desea pintároslos con mayor viveza. Por cierto, que no es para mí materia tan agradable, que halle gusto en insistir en ella; pero, estando convencido de que no existe la casualidad ni en las cosas grandes ni en las pequeñas de este mundo, tengo a la vez plena seguridad de que no se perdieron estérilmente los generosos sacrificios de aquellos valientes y de que sus esfuerzos no fueron tan inútiles como a primera vista pudiera parecer. Si la intransigente raza de los Stuarts no ocupa hoy el trono, y si la libertad religiosa sigue siendo una planta que crece libremente en Inglaterra, podemos agradecérselo a los gañanes de Somersetshire, que fueron los primeros en demostrar a qué poca costa puede derribarse el trono de un rey impopular. El ejército de Monmouth no era más que la vanguardia del que tres años después marchó a Londres, obligando a James y a sus crueles ministros a salir de la nación, apareciendo ante el mundo entero como proscriptos.

En la noche del 27 de junio, o más bien al apuntar el 28, llegamos a la ciudad de Frome, empapados de agua y en condición lastimosa, porque la lluvia había vuelto de nuevo y todos los caminos estaban convertidos en verdaderas charcas. Aquel mismo día avanzamos una vez más hasta Wells, donde pasamos la noche y todo el día siguiente, a fin de dar a los soldados tiempo para que secaran sus vestidos y se recobraran de las fatigas y privaciones sufridas.

Antes de mediodía, nuestro regimiento de Wiltshire celebró una parada cerca de la catedral; y en aquel acto Monmouth lo elogió como se merecía por los progresos que había alcanzado tan rápidamente en materia de instrucción militar.

De regreso a nuestros cuarteles, después de despachar a los soldados, tropezamos con un grupo numeroso de rudos mineros, procedentes de Bagworthy y Oare, que se había formado en la explanada inmediata a la catedral, y estaba escuchando a uno de sus camaradas que les predicaba desde un carro. Los descompuestos y frenéticos ademanes del orador nos hicieron comprender que era uno de esos sectarios exaltados, cuya religiosidad corre el riesgo de tocar en locura. Los murmullos y sollozos que salían de la multitud demostraban, no obstante, que su arrebatada arenga respondía a los sentimientos del auditorio; y, en vista de eso, nos detuvimos en las últimas filas del gentío para escuchar al predicador. Era éste un hombre de semblante torvo y barba roja con revueltos e hirsutos cabellos que le caían sobre los ojos centelleantes; y su voz bronca resonaba en la plaza entera.

—¿Qué podremos dejar de hacer por el Señor? —exclamaba—. ¿Qué no haremos por el Santo de los santos? ¿Por qué se deja sentir sobre nosotros tan pesadamente el rigor de su mano? ¿Cómo es que no hemos sabido libertar a este país, al modo que Judit libró a Betulia del furor de Holofernes? ¡Ay, hermanos míos! Hemos buscado la paz, sin haber conseguido bien alguno; hemos buscado la salud, y he aquí que la enfermedad nos oprime. Y ¿por qué sucede esto? En verdad, hermanos, la razón de todo está en que hemos tenido en poco al Señor y en que no le hemos guardado sincera fidelidad. Considerad bien que, si le hemos honrado con los labios, en cambio nuestros corazones han estado lejos de Él. Vosotros no ignoráis que el prelatismo es una doctrina maldita… un escarnio y una abominación a los ojos del Altísimo. Y, no obstante, ¿qué hemos hecho los que nos preciamos de ser sus siervos para defender la gloria de Dios en este punto? ¿No hemos visto iglesias prelatistas, templos de sombra y figura, en los que se confunde a la criatura con el Creador? ¿No los hemos visto, repito, absteniéndonos de barrerlos de la faz de la tierra, y de infligirles el castigo merecido? ¡Ahí, ahí está el gran pecado de esta generación indiferente y retrógrada! ¡Ahí está la causa por la que el Señor mirará con desvío a su pueblo! Ved cómo hemos dejado a nuestra espalda en Shepton y en Frome templos como los que acabo de mencionar. Y también en Glastonbury hemos respetado esos infames edificios levantados por las manos idólatras de los antiguos. ¡Ay de vosotros si, después de haber puesto la mano en el arado, volvéis la cara atrás! Alzad los ojos y fijadlos por

un instante en lo que nos rodea —gritó volviéndose a la hermosa fábrica de la catedral—. ¿Qué significa esa gran mole de piedra? ¿No es acaso un altar de Baal? ¿No ha sido edificado para tributar culto al hombre más bien que a Dios? ¿No es ahí donde falsos ministros, como Thomas Ken[29], se pavonean con sus roquetes burlescos y vestidos ridículos, predicando doctrinas muertas y sepultadas, que no son más que las antiguas invenciones del papismo presentadas en una forma nueva? Y ¿toleraremos semejantes infamias? Nosotros, las criaturas escogidas del Señor, ¿permitiremos que siga en pie este lugar maldito? ¿Cómo podremos esperar que el Todopoderoso nos dispense su ayuda, si nosotros no tendemos una mano para vindicar su honra? Atrás hemos dejado los demás templos del prelatismo; y ¿consentiremos que siga alzándose éste también, hermanos míos?

—¡No, no! —aulló la multitud agitándose frenética.

—¿Verdad que debemos derribarla, hasta que no quede en ella piedra sobre piedra?

—¡Sí, sí! —gritaron los oyentes.

—Pues bien: sea ahora mismo.

—¡Ahora mismo!

—¡Manos, pues, a la obra! —exclamó, y saltando del carro se precipitó hacia la catedral llevando tras sí a toda la turba de feroces fanáticos. Varios de ellos arremetieron en tropel, vociferando y gritando por las puertas de la catedral, que estaban abiertas, mientras otros trepaban a los pilares y pedestales de la fachada para destruir las obras de ornamentación escultórica y derribar de sus hornacinas las antiguas imágenes ennegrecidas por el tiempo.

—Hay que poner coto a esta barbarie —dijo Saxon con sequedad—. No podemos consentir este insulto y afrenta a toda la Iglesia de la nación, por dar gusto a cuatro energúmenos. El saqueo de esta catedral hará más daño a nuestra causa que la pérdida de una gran batalla. Traed vuestra compañía, *sir* Gervas, mientras nosotros lucharemos con todas nuestras fuerzas para tenerlos a raya hasta que lleguen los mosqueteros.

—¡Oíd, Masterton! —gritó el *baronet* al divisar a uno de sus subordinados entre la muchedumbre de curiosos que permanecían indiferentes sin ayudar ni oponerse a los alborotadores—. Id corriendo a los cuarteles y decid a Barker que venga la compañía con las mechas encendidas. Yo aguardo aquí, por si puedo servir de algo.

—¡Hola! ¡Aquí tenemos a Buyse! —exclamó Saxon regocijado viendo que el corpulento alemán se abría paso por entre la multitud—. Y también

lord Grey. Debemos salvar la catedral, milord; quieren saquearla y pegarle fuego.

—Por aquí, caballeros —dijo un viejo de cabello entrecano, corriendo hacia nosotros con las manos tendidas y un atado de llaves colgado del cinto —. ¡Aprisa, señores, si es que vais a lograr detener a esos desalmados! Ya han derribado la estatua de san Pedro y harán otro tanto con la de san Pablo, si el auxilio no llega pronto. No van a dejar en pie a uno solo de los apóstoles. La ventana de oriente está hecha añicos; y ahora han traído un tonel de cerveza y tratan de abrirlo sobre el altar mayor… ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Parece mentira que tales cosas puedan suceder en un país de cristianos!

Y sollozando con grandes demostraciones de dolor, se agitaba con una especie de frenesí.

—Es el pertiguero, señores —dijo uno de los circunstantes—. Le han salido las canas en la catedral.

—Por aquí, caballeros, iremos a la puerta de la sacristía —insistió el viejo avanzando resueltamente por entre la multitud—. ¡Ay qué desdicha, señor! También han echado abajo a san Pablo.

Apenas había acabado de pronunciar las palabras anteriores, cuando en el interior de la catedral resonó un crujido de maderas rotas, que indicaba un nuevo atropello por parte de los fanáticos. Nuestro guía aceleró el paso hasta llegar a una pequeña puerta de encina, medio oculta bajo un robusto arco, y la abrió después de largo rechinar de chavetas y chirriar de goznes. Por allí nos introdujimos, como nos fue posible, y siguiendo al viejo salimos a un corredor enlosado, que conducía por una poterna al interior de la catedral, cerca del altar mayor.

El grandioso recinto del templo estaba lleno de amotinados que corrían de un lado a otro, destrozando y destruyendo cuanto podían haber a las manos. Un buen número de ellos eran genuinos fanáticos, discípulos del predicador, a quien habíamos oído en las afueras de la catedral. Pero al frente de ellos se veían también ladrones y vagabundos, de los que suelen seguir a los ejércitos en marcha. Mientras los primeros se ocupaban en arrancar las imágenes de los muros o en lanzar los libros de rezos contra las vidrieras de colores, los segundos arrebataban los candeleros de bronce macizo llevándose todo lo que era de valor. Uno de los saqueadores se había encaramado al púlpito y desgarraba con furia el terciopelo carmesí que lo cubría, lanzando los retazos sobre la multitud. Otro había derribado el atril y trabajaba afanosamente por quitarle las abrazaderas de bronce que lo sujetaban. En el centro de la nave lateral un pequeño grupo había echado una cuerda al cuello de la imagen de

san Marcos Evangelista, y los iconoclastas tiraban con fuerza de ella hasta que, en el momento de entrar nosotros, la estatua, después de vacilar unos momentos, cayó con gran estrépito sobre el pavimento de mármol. Las voces que aplaudían todas aquellas violencias, el crujir de la madera, el saltar de los cristales y los golpes de las piedras al caer, formaban un ruido ensordecedor, que aumentó con el tronar del órgano que alguien se entretenía en hacer sonar después de haber sacado la lengüetería, hasta que otro de los sacrílegos asaltantes lo redujo al silencio desgarrando el fuelle.

Lo que desde luego llamó principalmente nuestra atención fue la escena que se estaba representando a nuestra vista en el altar mayor. Sobre él habían colocado un tonel de cerveza, y a su alrededor se movía una docena de rufianes esperando que uno de ellos, armado de un hacha y puesto de pie sobre el altar, acabara de abrir un boquete en el tonel, entre chistes obscenos y repugnantes blasfemias. En el momento preciso de entrar nosotros, el que tenía el hacha acababa de hacer una abertura en la pipa de cerveza, la cual vertió abundante espuma sobre el altar, mientras la turba llenaba los vasos entre ruidosas carcajadas. Al ver aquel espectáculo, el soldado alemán soltó un juramento brutal y abriéndose paso a empujones por entre aquella canalla, se plantó de un salto junto al tonel. El jefe de la cuadrilla se inclinaba en aquel momento sobre el barril con el vaso en la mano, y el puño de hierro de Buyse cayó sobre el pestorejo del escanciador, sepultándole la cabeza dentro de la pipa, mientras el pataleo de la víctima derramaba en todas direcciones el espumante líquido. El forzudo coronel tomó la pipa con el minero embutido en ella y la arrojó por las anchas escaleras de mármol que conducían al centro de la catedral. Al mismo tiempo, con la ayuda de una docena de nuestros soldados que nos acompañaban, rechazamos a los demás del grupo, obligándoles a retirarse detrás de la verja que establecía la separación entre el coro y la nave.

Nuestra acometida calmó por un momento el alboroto; pero al mismo tiempo el furor de los fanáticos dejó de cebarse en los muros y ventanas para dirigirse contra nosotros. Las imágenes, la sillería del coro y los relieves quedaron abandonados, y la turba entera se nos vino encima con broncos rugidos de rabia perdiendo toda la noción de orden y disciplina en su religioso frenesí.

—¡Degollar a esos prelatistas! —aullaban—. ¡Abajo los amigos del Anticristo! ¡Sacrifiquémoslos en los cuatro ángulos del altar, como se hacía con las víctimas en la ley antigua! ¡Mueran los idólatras!

En breves momentos se reunió a ambos lados de nosotros una muchedumbre enfurecida y medio loca en la que, si no todos tenían armas, en cambio no había uno que no clamara contra nosotros pidiendo nuestras cabezas.

—Esto es una guerra civil dentro de otra —dijo lord Grey, sonriendo tranquilamente—. Caballeros, lo mejor será desenvainar y defender la entrada de la verja lo mejor que podamos hasta que nos llegue auxilio.

Desenvainó su espada y se puso en la parte superior de la escalinata, teniendo a Saxon y *sir* Gervas a un lado, y a Buyse, Reuben y a mí al otro. El espacio era tan estrecho, que sólo cabíamos en él los seis en condiciones de blandir nuestras armas eficazmente; por lo que nuestros compañeros hubieron de diseminarse a lo largo de la verja, la cual era por fortuna tan alta y fuerte, que imposibilitaba el escalo de la misma con una pequeña resistencia.

El alboroto se había convertido a la sazón en un verdadero motín de los mineros y habitantes de los marjales. Se veían brillar en el sombrío ambiente del augusto recinto numerosas picas, guadañas y cuchillos, mientras los gritos salvajes de los amotinados repercutían en las altas bóvedas como los aullidos de una manada de lobos.

—¡Adelante, hermanos míos! —clamaba el predicador fanático, que había sido causa del tumulto—. ¡Adelante y a ellos! ¿Qué importa que ocupen altos puestos? Más alto está el trono de Aquél por quien peleamos. ¿Acaso nos retraerá de cumplir con nuestro deber la vista de una espada desnuda? ¿Consentiremos que el altar de los prelatistas sea conservado por esos hijos de Amalek? ¡Adelante, en nombre del Señor!

—¡A ellos, en nombre del Señor! —vociferó la multitud con una especie de mugido sordo.

Por ambos lados, los asaltantes crecieron en número y se acercaron hasta llegar al alcance de nuestras espadas.

No puedo decir lo que ocurrió a mi derecha e izquierda durante la refriega; porque tan empeñada fue ésta y tantos nuestros enemigos, que cada uno de nosotros no pudo pensar más que en defender su puesto. Tuvimos en nuestro favor la furia y número de los enemigos, que se estorbaban unos a otros al querer hacer uso de sus armas. Un fornido minero me tiró un tajo con su guadaña, pero le falló el golpe y dio media vuelta arrastrado por el empuje de su arma; momento que yo aproveché para hundirle mi espadón en el cuerpo traspasándole antes que tuviera tiempo de recobrarse. Aquélla fue la primera vez que di muerte a un hombre con saña deliberada, queridos niños; pero nunca se borrará de mi memoria la imagen de aquel rostro cadavérico

que me miró con ojos vidriosos antes de caer. Otro de los amotinados cerró contra mí, cuando aún no había sacado mi espada del cuerpo del minero, pero pude herirlo con la mano izquierda, y descargando enseguida de plano mi espada sobre su cabeza, lo derribé sin sentido en el pavimento.

Bien sabe Dios que no deseaba quitar la vida a aquellos fanáticos, engañados e ignorantes; pero nos veíamos forzados a defender la nuestra. Un morador de la región pantanosa del oeste, hombre que parecía una bestia feroz más que un ser racional, se me abalanzó por debajo de la espada y se abrazó a mis rodillas, mientras otro me asestaba una mazada en el yelmo, en el que resbaló, cayendo luego sobre mi hombro. Un tercero me hirió con una pica en el muslo, pero yo le rompí de un revés el arma en dos pedazos, y de un mandoble le partí la cabeza. El del mazo retrocedió acobardado, y un puntapié me libró del que estaba asido a mis piernas, de suerte que me vi libre de mis enemigos, sin haber recibido otro daño que una picada en la pierna y una contusión en el cuello y hombro.

Entonces pude mirar a mi alrededor y observé que mis compañeros habían rechazado también el ataque de sus adversarios. Saxon empuñaba en su mano izquierda la espada llena de sangre, mientras le salía un reguero sanguinolento del brazo derecho. Frente a él yacían muertos dos mineros y cuatro a los pies de *sir* Gervas Jerome, que en el momento de fijar yo en él la vista había sacado su caja de rapé y la presentaba abierta a lord Grey con una inclinación cortés, mostrándose tan indiferente como si volviera a estar en el Café de Londres. Buyse permanecía apoyado en su largo chafarote contemplando con semblante torvo un tronco sin cabeza que yacía tendido a su lado, y que por el vestido reconocí ser el cadáver del predicador. Reuben no había recibido ningún daño, pero se mostró apenadísimo por mi herida, a pesar de haberle asegurado que no pasaba de un rasguño menos grave aún que los que de muchachos habíamos recibido en los zarzales al tomar moras.

Los fanáticos, sin embargo, no eran gente capaz de escarmentar con aquel castigo. Habían perdido diez hombres entre los que se contaba su jefe, sin lograr romper nuestra línea; pero el fracaso no sirvió más que para aumentar su furor. Por espacio de uno o dos minutos continuaron reunidos en la nave lateral preparándose para una nueva arremetida; y luego, con un horrible clamoreo, se precipitaron una vez más e hicieron esfuerzos desesperados por abrirse paso hasta el altar. La lucha ahora fue más recia y prolongada que antes. Uno de nuestros hombres cayó con el corazón atravesado sin exhalar un gemido. Otro cayó en tierra sin conocimiento, de una pedrada que le disparó un montañés gigantesco. A Reuben lo derribaron de un porrazo, y

seguramente lo hubieran arrastrado y despedazado a no haber acudido yo a tiempo para rechazar a sus enemigos.

Sir Gervas no pudo tenerse en pie resistiendo el empuje de la muchedumbre; pero derribado y todo se defendía como un gato salvaje hiriendo furiosamente a todo el que se ponía al alcance de su espada. Buyse y Saxon, espalda con espalda, se mantenían firmes contra la revuelta y furiosa muchedumbre acuchillando a todos los que se les acercaban. Con todo, en semejante lucha el número debía prevalecer al fin; y confieso que por mi parte había comenzado a temer el éxito desgraciado de la refriega; cuando de pronto sonó en toda la catedral el andar acompasado de la infantería, y los mosqueteros del *baronet* acudieron corriendo a la nave central. Los fanáticos no aguardaron a resistir la embestida, huyendo a la desbandada a refugiarse detrás de los bancos y escaños; pero aun allí les persiguieron nuestros soldados, que se pusieron furiosos al ver en tierra a su amado capitán. Durante breves minutos se oyó confuso ruido de pisadas, lamentos y culatazos de mosquetes sobre el piso de mármol. Allí quedaron muertos algunos de los amotinados; pero la mayoría tiró las armas y fueron arrestados por orden de lord Grey que puso a las puertas de la catedral dos nutridos retenes para evitar nuevos asaltos de la furia sectaria.

Cuando, al fin, la catedral quedó despejada y restablecido el orden, pudimos echar una mirada en torno a nosotros y reconocer las pérdidas y daños sufridos. En todas las vicisitudes y trances apurados de mi vida, así como en las muchas guerras en que me he visto desde entonces, y respecto de las que la campaña de Monmouth era sólo una leve escaramuza, no he visto jamás una escena más terrible ni que me causara mayor impresión. Los montones de cadáveres tendidos frente a la verja, con sus miembros retorcidos y cárdenos semblantes ofrecían, a la débil y augusta claridad del sagrado recinto, un aspecto en extremo fúnebre y espantoso. La luz de la tarde que penetraba por una de las pocas vidrieras de colores, salvadas de la destrucción, envolvía en ráfagas de púrpura sangrienta y verde enfermizo aquel montón de cuerpos inmóviles. Algunos heridos ocupaban la sillería de enfrente, o bien permanecían tendidos en las escaleras, clamando por agua. Ninguno de nosotros había salido ileso. Tres de los soldados que nos habían seguido, quedaron muertos, mientras otro yacía en tierra sin sentido a causa de un golpe. Buyse y *sir Gervas* tenían heridas de alguna importancia; Saxon una cuchillada en un brazo, y Reuben había sido derribado de un porrazo y seguramente hubiera perecido, a no ser por el fino temple del peto de *sir* Jacob Clancing, merced al cual se había librado de una terrible lanzada. Mis

heridas apenas merecen citarse; pero por espacio de algunas horas sentí dentro de mi cabeza un zumbido constante y, además, la sangre de mi pierna teñía enteramente una de las botas de montar, lo cual tal vez me fuera beneficioso, porque nuestro barbero de Havant, Sneckson, me estaba repitiendo constantemente que había de sentarme muy bien una sangría.

Mientras tales sucesos se verificaban, todas las tropas se reunieron y el motín pudo ser rápidamente sofocado. A no dudarlo, había muchos puritanos que no podían ver a los prelatistas; pero, exceptuando los fanáticos más exaltados, ninguno dejaba de comprender que el saqueo de la catedral había de levantar en armas a todos los partidarios de la Iglesia oficial, arruinando la causa de Monmouth. Así y todo, no eran escasos los daños causados, porque mientras los alborotadores que habían penetrado en la catedral, destruían cuanto hallaron a mano, otros compañeros suyos la emprendieron fuera del edificio contra las cornisas y gárgolas, hasta hacerlas trizas; y no contentos con eso, arrancaron del tejado las planchas de plomo que lo cubrían y, en grandes trozos las arrojaron a los que estaban debajo. Este destrozo no fue del todo estéril; porque el ejército carecía de abundantes municiones, de suerte que aquel plomo fue recogido por orden de Monmouth y fundido para hacer bala. Durante algún tiempo, los prisioneros permanecieron custodiados; pero se consideró imprudente castigarlos; por lo cual se les arrojó del ejército, después de haberles otorgado el perdón.

Como el segundo día de nuestra permanencia en Wells amaneció espléndido y caluroso, tuvimos una gran parada, en la que se pasó revista a todas las fuerzas en los campos cercanos a la ciudad. Entonces se vio que la infantería, compuesta de seis regimientos de unas setecientas plazas, formaba un contingente total de cuatro mil hombres: mil quinientos de ellos eran mosqueteros; dos mil piqueros; y los restantes guadañiles o campesinos armados de mazos y martillos. Algunos cuerpos de voluntarios, muy contados, tales como el nuestro y el de Taunton, podían reclamar con algún fundamento el derecho de ser considerados como tropas regulares; pero no por eso dejaban de constar en su mayoría de labriegos y artesanos armados. Con todo, las deficiencias de su armamento e instrucción militar estaban subsanadas por la circunstancia de ser gente robusta, llena de valor nativo y de celo religioso.

El ligero y voluble Monmouth comenzó a entusiasmarse una vez más, al observar su bizarro aspecto y oír sus calurosas aclamaciones. Mientras cabalgaba junto a su Estado Mayor, le oí expresar su satisfacción a los que le rodeaban, preguntándoles si sería posible que voluntarios tan animosos y

esforzados pudieran retroceder ante las tropas mercenarias e indiferentes del rey.

—¿Qué me decís, Wade? —preguntó—. ¿No hemos de ver nunca una sonrisa en ese triste semblante? ¿Qué? ¿La vista de esos valientes no os da la esperanza de ocupar el puesto de gran canciller?

—Líbreme Dios de pronunciar una palabra, capaz de entibiar el celo o debilitar el entusiasmo de vuestra majestad —respondió el abogado—; pero no puedo menos de recordar la época, en que vuestra majestad, al frente de los mercenarios que acaba de citar, puso en precipitada fuga a tropas tan esforzadas como éstas, en el combate de Bothwell Bridge[30].

—Cierto, cierto —dijo el rey pasándose la mano por la frente que era su gesto favorito, cuando le acometía el fastidio o el cansancio—. Los partidarios del Pacto en occidente eran hombres atrevidos; y, no obstante, no pudieron resistir el empuje de nuestros batallones. Pero aquéllos carecían de instrucción; mientras éstos saben desplegar en línea y formar el cuadro con toda la perfección deseable.

—Aunqui no tuviéramus un solu cañón ni un pedreñal —dijo Ferguson—; aunqui careciéramus hasta d' una simpli ispada, teniendo que pelear con nuestras propias manos, el Señor nos daría la victoria si lo hallara agradabli a sus divinos ojus.

—En todas las batallas —observó Saxon que llevaba el brazo herido, vendado con su pañuelo—, el triunfo se debe a alguna combinación afortunada que nadie pudo prever y que no obstante inclina la balanza a favor de uno de los contendientes. Muchas veces he sido derrotado cuando tenía esperanzas de vencer; y al contrario he obtenido el triunfo cuando creí ser derrotado. Todo combate viene a ser un juego de azar, cuyo resultado no se conoce hasta haber tirado la última carta.

—La duda subsiste en tanto que duren las apuestas —añadió Buyse con su voz gruesa y gutural—. Hay muchos capitanes que ganan con maña la primera parte, y sin embargo pierden la partida.

—Esa primera parte, debida a la astucia y el artificio, es sin duda la próxima batalla; y la partida, la campaña entera —observó el rey sonriendo—. Nuestro buen amigo Buyse es un maestro en metáforas relativas al arte militar. Pero me parece que nuestros pobres caballos están en condición lastimosa. ¿Qué pensaría de una parada militar como ésta el primo William, acostumbrado a ver en La Haya las brillantes y bizarras tropas de su guardia?

Durante esta conversación, había desfilado la prolongada columna de infantería, enarbolando aún las banderas que había traído consigo, y que a la

sazón estaban muy deterioradas por el viento y el agua. La última observación de Monmouth había sido sugerida por el aspecto de los diez escuadrones de caballería que pasaron después de los infantes. Las continuadas marchas y la incesante lluvia de los días anteriores habían dejado sentir sus efectos en los caballos; y, por otra parte, los jinetes no presentaban un aspecto más satisfactorio con los cascos mugrientos y las armas oxidadas. Aun para el menos experto en achaques de guerra, era manifiesto que únicamente podíamos tener confianza en la infantería para resistir un ataque del enemigo. En lo alto de los cerros que nos rodeaban, el frecuente centelleo de las armaduras que brillaban aquí y allá al reverberar en ellas los rayos del sol, demostraba cuán fuertes eran las tropas del rey precisamente en la misma arma en que nosotros teníamos deficiencias tan considerables. A pesar de todo, la revista de los contingentes con que contábamos nos causó una impresión favorable, porque demostró el espíritu excelente de los voluntarios en los que no parecía quedar resentimiento alguno por el duro castigo ejecutado en los fanáticos del día anterior.

La caballería enemiga nos siguió de cerca durante estos días; pero los soldados de a pie se habían retrasado a causa del mal tiempo y de las crecidas. El último día de junio partimos de Wells y avanzamos por llanuras cubiertas de juncos y por las colinas de Polden hasta Bridgwater, donde hallamos algunos reclutas que esperaban incorporarse a nosotros. Aquí Monmouth estuvo tentado a tomar posiciones y emprender trabajos de fortificación; pero se le indicó que, aun en el caso de poder sostenerse en la ciudad, sólo había en ella provisiones para algunos días, mientras, por otra parte, los alrededores habían quedado ya tan agotados de vituallas, que podía esperarse poco de ellos. Se abandonaron, por tanto, los trabajos emprendidos; y, poco después, nos vimos empujados hacia la bahía sin tener un resquicio por donde escapar ni quedarnos otro arbitrio que aguardar la aproximación del enemigo.

XXIX

DEL ANGUSTIOSO GRITO QUE SALIÓ DE LA CASA SOLITARIA

Y de esta suerte terminaron al fin nuestras fatigosas marchas y contramarchas para encontrarnos rodeados de fuerzas regulares y con toda la fuerza del Gobierno dispuesta a caer sobre nosotros. No tuvimos la menor noticia de que hubiera ocurrido levantamiento alguno a favor nuestro en ninguna parte de Inglaterra. En todas partes eran reducidos a prisión los disidentes; y la Iglesia dominaba como dueña y señora. Las milicias de los condados avanzaban contra nosotros desde el norte, este y oeste. A Londres habían llegado seis regimientos de tropas holandesas suministradas por el príncipe de Orange mediante el compromiso de corresponder con dinero o con otro servicio análogo. Se decía que estaban en camino nuevos refuerzos procedentes del país últimamente citado. En la *City* se habían alistado diez mil hombres. No había región alguna, fuera de la que nosotros ocupábamos, donde no se reunieran contingentes para marchar en socorro de la flor del ejército inglés, que estaba ya en Somersetshire. Y todos los preparativos enumerados tenían por fin derrotar a cinco o seis mil obreros y pescadores, mal armados y peor provistos de dinero, los cuales estaban dispuestos a dar sus vidas por un hombre y por una idea.

Pero si la idea por la que peleaban aquellos pobres hombres era noble y elevada, ¿qué diremos del hombre elegido para campeón de su causa? ¡Lástima que voluntarios de aquel temple tuvieran semejante caudillo! Alternando entre las elaciones de la confianza y los desmayos de la desesperación, eligiendo un día su futuro consejo de Estado para proponer al siguiente huir del ejército, Monmouth pareció desde un principio la verdadera encarnación de la volubilidad. Con todo, gozaba de cierta nombradía antes de

acometer esta empresa. En Escocia se había coronado de laureles, merced a su afortunada campaña, no menos que a la moderación y clemencia usadas con los vencidos. En Europa había mandado una brigada inglesa mereciendo los elogios de los veteranos soldados de Louis y del Imperio. Y, sin embargo, ahora que estaban en litigio su cabeza y porvenir, se mostraba débil, irresoluto y cobarde. En frase de mi padre, «todas las virtudes le habían abandonado». Confieso que cuando lo vi cabalgar entre sus soldados, con la cabeza caída sobre el pecho y el semblante triste como si asistiera a un entierro, esparciendo en torno a él una impresión de desmayo y desconfianza, me convencí de que, aun en el caso de triunfar, un hombre así no estaba destinado a ceñir sus sienes con la corona de los Tudor o Plantagenet, sino que alguna mano extraña, la de alguno de sus generales, tal vez, habría de arrebatársela.

Debo, no obstante, hacer a Monmouth la justicia de afirmar que, desde la fecha en la que al fin se decidió a pelear, por la sencilla razón de que no quedaba otro camino que seguir, dio muestras de un espíritu más varonil y guerrero. Durante los primeros días de junio, no se perdonó diligencia ni sacrificio alguno para alentar a las tropas y apercibirlas para la próxima batalla. Desde por la mañana hasta la noche, trabajábamos sin descanso, enseñando a la infantería la manera de formar en pelotones para resistir las cargas de la caballería, ejercitándolos a la vez en el modo en que debían auxiliarse unos a otros y atender a las órdenes de sus oficiales. Por la noche, las calles de la pequeña ciudad, desde el campo del castillo hasta el puente del río Parret, resonaban incesantemente con los rezos y predicaciones de los voluntarios.

Los oficiales no teníamos necesidad de castigar los desórdenes e irregularidades de la tropa, porque los mismos soldados se encargaban de hacerlo. Cierto individuo, que se presentó un día medio embriagado, corrió grave peligro de que le colgaran sus compañeros y al final fue expulsado por ellos de la ciudad, considerándole indigno de pelear por una causa que para ellos era sagrada. Por lo que mira a su valor, nunca fue necesario estimularlo, porque se mostraron intrépidos como leones; y el único riesgo temible era el de que su ilimitada osadía degenerara en temeridad. Su deseo era arrojarse sobre el enemigo, como una horda de fanáticos musulmanes, costándonos gran trabajo ejercitarlos en la firme serenidad y cautela que la guerra demanda.

Al tercer día de nuestra permanencia en Bridgwater comenzamos a sentir la falta de provisiones, a causa de haber vivido nosotros a costa de aquella parte del país, y también por efecto de la vigilancia ejercida por la caballería

del rey, que hacía correrías constantes por todo el distrito impidiendo que se nos enviaran bastimentos. En vista de ello, resolvió lord Grey enviar dos destacamentos de caballería a favor de la oscuridad de la noche, para procurarnos vituallas. El mando de la pequeña expedición se confió al comandante Martin Hooker, antiguo guardia de seguridad, hombre de lenguaje rudo y maneras bruscas, que había prestado excelentes servicios ejercitando a los tozudos aldeanos y labradores en guardar cierto orden y disciplina. *SirGervas* Jerome y yo pedimos permiso a lord Grey para unirnos a la expedición, gracia que se nos concedió sin dificultad, porque no había temor de que se suscitaran desórdenes.

Serían las once de una noche sin luna, cuando salimos de Bridgwater con el intento de explorar el terreno en la dirección de Boroughbridge y Athelney. Habíamos tenido confidencias de que por aquella parte las tropas enemigas eran poco numerosas, y la fertilidad del distrito daba esperanzas de hallar en él abundantes provisiones. Llevamos con nosotros cuatro carros vacíos, con ánimo de transportar en ellos lo que tuviéramos la suerte de recoger.

Nuestro jefe dispuso que marchara delante uno de los piquetes de caballería y el otro detrás, mientras *sir* Gervas capitanearía un grupo de jinetes que irían de avanzada a unos cien pasos del convoy. En este orden salimos de la ciudad, precisamente cuando sonaba el último toque de las trompetas, y nos alejamos por los silenciosos y sombríos caminos, atrayéndonos las miradas curiosas de los moradores de las casas, situadas junto al camino por donde avanzamos, envueltos en la oscuridad de la noche.

No puedo pensar en esta excursión sin que se me representen todos los pormenores con gran viveza de colorido. Las sombrías masas de copudos sauces que se alzaban junto a nosotros, el suspirar de la brisa entre las mimbreras, las vagas y borrosas formas de los piquetes de caballería, el sordo patullar de los cascos y el choque de las vainas contra los estribos; todo ello se conserva fresco en mi memoria. El *baronet* y yo cabalgábamos al frente, rodilla con rodilla; y su amena charla sobre la vida que había llevado en Londres, entreverada de trozos de verso o canto, de Cowley o Waller, servían de bálsamo consolador a mi triste y algo apesadumbrado espíritu.

—Esto se llama vivir en una noche tan sosegada —dijo *sir* Gervas, mientras respirábamos el fresco ambiente del campo, empapado de los vahos de las sementeras y del ganado vacuno—. Maldita sea mi suerte, si no tengo motivos para envidiaros, amigo Clarke, la dicha de haber nacido y vivido en una aldea. ¿Qué placeres puede ofrecer la ciudad, dignos de compararse con los liberales dones de la naturaleza, con tal de tener a la mano siempre un

peluquero inteligente, y un vendedor de rapé, y un perfumista, y uno o dos abastecedores tolerables de bebidas? Con esto, y un buen café, y una casa de juego, me parece que había de darme maña para pasar algunos meses agradables en pleno contacto con la rústica naturaleza.

—Pues, señor, hay que ver lo que son las cosas —repuse riendo—; nosotros, la gente de las aldeas, hemos creído siempre que la verdadera vida feliz, y en la que se adquiere ilustración y cultura, es precisamente la de las ciudades.

—¡Valiente ilustración y cultura las que yo he adquirido allí! —replicó. ¡Voto al diablo! Si he de decir la verdad, más he vivido y aprendido en las pocas semanas que hemos andado rodando por esos caminos, aguantando la lluvia en compañía de nuestros gañanes, que durante el período entero en el cual fui paje de la corte y objeto de los favores de la fortuna. Es cosa bien aburrida no tener nada en qué pensar más que en devolver un cumplido o en bailar un minué. ¡Por Júpiter, muchacho! Tengo que dar muchas gracias a vuestro amigo el carpintero. Como él dice en su carta, mientras un hombre no utiliza sus dotes naturales, tiene menos valor en el mundo que cualquiera de las gallinas que estamos oyendo cacarear; porque al menos ellas cumplen su misión de poner huevos. ¡Pardiez! Voy a dedicarme a predicar este nuevo credo.

—Pero —repliqué—, cuando erais rico, por fuerza seríais útil a muchas personas; porque, ¿cómo es posible gastar tanto dinero y no hacer mucho bien?

—¡Ay, bienaventurado Micah! —exclamó con una alegre carcajada—. ¡Querido y bucólico Micah! Vos no dejáis de hablar de mi pobre fortuna en tono de asombro y ahuecando la voz, como si en realidad hubiera sido la riqueza de las Indias. No podéis figuraros, amigo, cuán fácil cosa es para un saco de dinero criar alas y echarse a volar, privándoos de su grata compañía. Verdad es que el hombre que lo derrocha apenas se aprovecha de ello, limitándose a hacerlo pasar a otras manos; pero, aun así, la falta está en la circunstancia de entregarlo a gente que no lo merece, sosteniendo de ese modo una clase inútil y corrompida, con pretexto de proteger a personas decentes. ¡Caramba, muchacho! Cuando pienso en la caterva de mendigos hambrientos, alcahuetes sacatrapos, matones cínicos, zalameros y adulones que vivían a nuestro amparo, consciente de que nuestro dinero causaba un daño irremediable con sostener a sabandijas de tal ralea. ¿No los he visto acosarme en número de treinta, una mañana en que concedía audiencia y arrastrarse hasta mi cama?…

—¿Hasta vuestra cama? —pregunté asombrado.

—¡Claro que sí! Era moda recibir en la cama, luciendo fina camisa de batista adornada de encajes y con la blanca peluca muy compuesta; si bien posteriormente se permitió pasar a la sala, pero vistiendo *à la négligée*, en bata y babuchas. La moda, Clarke, es un tirano terrible, a pesar de que su dominio no se extienda hasta aldeas como Havant. El hombre ocioso de la capital debe tener algún método de vida, y ser esclavo de los cánones de la moda. Nadie los observaba en Londres más estrictamente que yo. Puedo decir que era un modelo de regularidad en mis irregularidades y de orden en mis desórdenes. A las once en punto, venía mi ayuda de cámara con la copa matinal de vino aromatizado, cosa excelente para combatir las bascas, y un ligero desayuno, que podía ser la pechuga de un verderol o el alón de una cerceta. Luego comenzaba la recepción, y entraban veinte, treinta o cuarenta individuos de los que os he hablado; si bien, de cuando en cuando, se tropezaba con algún caso de honrada necesidad, como el de algún literato que pedía una guinea o algún sabio sin hospedaje, que tenía el cerebro tan atiborrado de erudición antigua, como vacía la bolsa de dinero moderno. Porque además de poder hacer algo por mi cuenta, era público que gozaba de gran valimiento cerca de milord Halifax, Sidney Godolphin, Laurence Hyde y otros que estaban en condiciones de elevar a un hombre al pináculo de la fortuna o hundirlo en el arroyo… Pero, hablando de otra cosa, ¿no percibís unas luces a mano izquierda? Tal vez convenga averiguar si podemos sacar algo de allí.

—Nuestro jefe, Hooker, tiene órdenes de encaminarse a cierta casa de campo —respondí—. Ya pasaremos por ahí a la vuelta, si nos queda tiempo. Hemos de estar de regreso antes de amanecer.

—Pues por fuerza necesitamos obtener vituallas, aunque tengamos que retroceder hasta Surrey —repuso—. Que me maten, si me atrevo a mirar a la cara a mis mosqueteros como no les lleve algo con que brindar por el triunfo de nuestra causa. Cuando me separé de ellos, apenas tenían con qué regalarse el gusto, como no fuera con las balas de su bolsa de municiones. Pero venía hablándoos de la vida que hacía en Londres. Nunca nos faltaba en qué pasar el tiempo. Si una persona de calidad tenía afición a los deportes, siempre los había más o menos atrayentes. Podía, por ejemplo, asistir a las salas de esgrima en Hockley, o a las peleas de gallos, en Shoe Lane, o a las de perros en Southwark o al tiro de pichón y caza menor en Tothill Fields. Además, a su disposición estaban los jardines de St. James y los botes que navegaban por el río, con la marea baja, hasta los fresales de Rotherhithe, o bien le era dable

cabalgar hasta Islington para tomar un vaso de cremosa leche o pasear por el parque, que era lo más elegante para los caballeros que se preciaban de vestir a la moda. Ya veis, Clarke, que andábamos bien ocupados en medio de nuestra ociosidad. Luego, al caer la tarde, teníamos los teatros: Dorset Gardens, Lincoln's Inn, Drury Lane y el de la reina, en los que siempre podía hallarse algún entretenimiento.

—Allí, al menos, pasaríais bien el tiempo —observé—; porque oiríais los grandes pensamientos y magníficas estrofas de Shakespeare o de Massinger, que despertarían en vuestro espíritu sentimientos e ideas elevadas.

Sir Gervas reía tranquilamente al oírme.

—¡Qué cándido sois, Micah! Me estáis causando el mismo efecto que el sencillo ambiente de la campiña. Pero, inocente, ¿ignoráis que al teatro no se va a presenciar la representación?

—Pues, ¿a qué se va entonces? —pregunté.

—Sencillamente a vernos unos a otros —respondió—. Habréis de saber que, para toda persona de calidad, la moda es volver la espalda al escenario desde que se levanta el telón hasta que vuelve a caer. Allí teníamos a las mundanas más elegantes para echarles algunas pullas, y… ¡qué lenguas tan viperinas tenían las condenadas!… y a las diablas del antifaz cuyas pequeñas caretas picaban nuestra curiosidad y a las bellezas más empingorotadas y a los galanteadores de la corte; todo ello ofreciéndose por blanco de nuestros monóculos. ¡Buena estaba la representación! Algo mejor teníamos que hacer que escuchar alejandrinos o apreciar el mérito de los hexámetros. Verdad es que cuando bailaba la Jeune o salían a las tablas la Bracegirdle o la Oldfield, palmoteábamos y mosconeábamos, pero nuestros aplausos se dirigían a la mujer de mundo y no a la artista.

Al terminarse la función, iríais sin duda a cenar y después a la cama.

—A cenar, desde luego: unas veces a la Casa Renish, otras a la de Pontack, en la callejuela de Abchurch, cada uno según su capricho. Después venían los dados y los naipes en el Groom Porter o bajo las arcadas del Covent Garden, donde podíais entregaros al piquet, billar, primero, o cualquier otro juego acomodado a vuestro gusto. Después de eso, podíais hallar a todo el mundo en los cafés, tomando una cena de última hora que se os servía a menudo con cuatro endiablados huesos y algunas ciruelas para despejaros la cabeza de los vapores del vino. ¡Voto a tal, Micah! Como los judíos aflojen un poco en su persecución, o esta guerra nos traiga alguna ventura, habéis de venir conmigo a Londres para ver con vuestros ojos todo lo que os he referido.

—Si he de decir la verdad, no siento grandes deseos de visitar la capital —respondí—. Mi genio tardo y serio pegaría en los lugares que me habéis descrito, como una calavera en un banquete.

A punto estaba de replicar *sir* Gervas, cuando de pronto rasgó el silencio de la noche un lamento prolongado y agudo que nos puso los pelos de punta. En mi vida he oído tan desgarrador acento de desesperación. Detuvimos los caballos, y lo mismo hicieron los soldados que venían detrás, aguzando el oído para percibir el punto de donde había salido el clamor, porque, a juicio de unos, ese lugar estaba a nuestra derecha, y según otros, a nuestra izquierda. En esto, había llegado el grupo principal de la expedición con los carros, y todos nos pusimos a escuchar atentamente esperando que volviera a sonar el espantoso alarido. Poco después lo oímos de nuevo con un salvaje y penetrante dejo de agonía; aquello parecía el grito de una mujer que estaba en un trance de angustia mortal.

—Allí es, comandante Hooker —exclamó *sir* Gervas, alzándose sobre los estribos y explorando la oscuridad—. Hay una casa a poca distancia, y percibo un débil resplandor que debe salir por una ventana cerrada.

—¿No acudimos inmediatamente? —pregunté con impaciencia, porque nuestro jefe permanecía con impasible estolidez en su caballo, como si no estuviera seguro de la resolución que debía tomar.

—Yo he venido aquí, capitán Clarke —dijo—, para llevar provisiones al ejército; y de ningún modo estaría justificado que abandonara mi cometido para meterme en otras aventuras.

—¡Ira de Dios! Cerca de nosotros hay una mujer que se encuentra en un trance mortal —interrumpió *sir* Gervas—. ¿Es posible, comandante, que penséis en continuar vuestro camino sin hacer caso de sus gritos en demanda de auxilio? ¡Callad! Ahora se oye otra vez.

Mientras esto decía, el clamor volvió a salir de la casa solitaria.

—Yo no puedo aguantar esto por más tiempo —interpuse, sintiendo que me hervía la sangre en las venas—; seguid vuestro camino, mayor Hooker, mientras mi amigo y yo acudimos a ver lo que ocurre. Luego sabremos justificar ante el rey nuestro comportamiento. Vamos, *sir* Gervas.

—Reparad en que desobedecéis, capitán Clarke —dijo Hooker—; aquí estáis a mis órdenes, y si os alejáis, tendréis que sufrir las consecuencias.

—En un caso como éste, no me importan una blanca vuestras órdenes —respondí acalorado.

Y tirando de la rienda a *Covenant*, me lancé a galope por una vereda estrecha y desigual que conducía a la casa, seguido de *sir Gervas* y de dos o

tres soldados. En el mismo momento oí una imperiosa voz de mando, dada por Hooker y el rechinar de las ruedas, indicio de que nos había abandonado, prosiguiendo la marcha para desempeñar su misión.

—Tiene razón —observó el *baronet*, mientras seguíamos la vereda—; Saxon o cualquier otro jefe hubieran recomendado la disciplina.

—Hay cosas más altas que la disciplina —murmuré—. A mí me hubiera sido imposible pasar de largo dejando a esa pobre mujer abandonada a su desgracia. Pero ¿qué es esto?

Un enorme bulto oscuro aparecía frente a nosotros; y al acercarnos, vimos que eran cuatro caballos, atados al seto por las bridas.

—Caballos de las tropas del rey, capitán Clarke —dijo uno de los soldados que había echado pie a tierra para examinarlos—.Tienen las sillas y pistoleras con la marca del Gobierno. Aquí hay una puerta de madera que da acceso a un sendero, por donde se puede llegar a la casa.

—Lo mejor que podemos hacer es apearnos —dijo *sir* Gervas, saltando de la silla y atando su montura al lado de las que estaban en el seto—. Vosotros, muchachos, quedaos a la mira de los caballos, y acudid en nuestra ayuda cuando os llamemos. Sargento Holloway, podéis acompañarnos, tomad vuestras pistolas, por si acaso.

XXX

DEL ESPADACHÍN DE CHAQUETA PARDA

El sargento, que era un fornido y huesudo aldeano de occidente, abrió la puerta y todos avanzamos por el tortuoso sendero, cuando una ráfaga de luz amarillenta salió repentinamente de la puerta de la casa, al abrirse, y vimos una figura vaga que se coló dentro de la vivienda. En el mismo instante se oyó un confuso estrépito seguido de dos pistoletazos y voces entrecortadas, entre chocar de aceros y una tempestad de juramentos. Al percibir aquel repentino alboroto, corrimos los tres con la mayor prisa posible y nos asomamos por la puerta, ofreciéndosenos una escena tan terrible, que jamás se borrará de mi memoria mientras viva.

La habitación era una pieza grande y alta, con largos varales de perniles y piezas de cecina, como las que suele haber en las casas de labranza de Somersetshire. En un rincón había un reloj de pared; y en el centro una mesa rústica, sobre la que se veían platos y fuentes preparados para una comida. Frente por frente de la puerta, ardía una fogata de leña, y encima de ella vimos con horror indecible que pendía un hombre cabeza abajo, suspendido de una cuerda atada a los tobillos, y que después de pasar por una argolla sujeta a una viga había sido atada a otra del piso. Los esfuerzos de la infeliz víctima habían hecho que la cuerda se retorciera, de suerte que el cuerpo del hombre giraba sobre las llamas, como si fuera un cuarto de carne puesto al fuego. En el umbral yacía una mujer que debía ser la misma cuyos gritos nos habían atraído a aquel lugar; pero su rígido semblante y contraído cuerpo mostraban que nuestra ayuda había llegado muy tarde para salvarla del terrible destino que la amenazaba. Inmediatos a ella estaban tendidos los cadáveres de dos dragones, con las chaquetas rojas del ejército real, ceñudos y amenazadores aún después de muertos. En el centro de la pieza había otros dos dragones que tiraban tajos y cuchilladas con sus montantes a un hombre pequeño y rechoncho, cargado de hombros y envuelto en una especie de

chaquetón de paño pardo. Empuñaba éste una larga tizona de cazoleta y saltaba con gran agilidad por entre las sillas y alrededor de la mesa, y paraba o esquivaba los golpes con maravillosa destreza, tirando cada vez una estocada a sus adversarios. A pesar del duro aprieto en que estaba, su rostro sereno y resuelto, expresión firme y ojos vivos, hacían pensar en un valiente, mientras la sangre que corría por la manga de uno de sus adversarios demostraba que la lucha no era tan desigual como pudiera parecer. En el instante en que fijábamos los ojos en la escena, saltó atrás para evitar una terrible embestida de los soldados furiosos, y de un rápido tajo cortó la cuerda de la que pendía la víctima. El cuerpo cayó sobre los ladrillos del piso con un ruido sordo, mientras el espadachín se escabullía por otra región de la pieza, parando o evitando con suprema habilidad y maña los espesos golpes que llovían sobre él.



Aquella extraña escena nos dejó perplejos durante algunos segundos; pero luego vimos que no había tiempo que perder, porque cualquier resbalón o descuido había de ser fatal para aquel valiente. Penetrando en la habitación, espada en mano, caímos sobre los dragones, que, al verse sobrepujados en número, se retiraron a un rincón y lucharon desesperadamente, sabiendo que

no podían esperar clemencia después de la infame hazaña que habían perpetrado. Holloway, nuestro sargento de caballería, se arrojó a ellos furioso, recibiendo una estocada que lo tendió en tierra muerto. Antes que el dragón tuviera tiempo de sacar el arma, *sir* Gervas lo derribó de un tajo y en el mismo instante, el desconocido espadachín forzó la guardia de su antagonista y le hirió mortalmente en la garganta. De los cuatro dragones ninguno escapó con vida; y sus cuerpos, unidos al de nuestro sargento, y a los del anciano matrimonio, primeramente, sacrificado, aumentaban el horror de la escena.

—El pobre Holloway ha muerto —dije después de poner la mano sobre su corazón—. ¿Quién vio jamás semejante infamia? Esto es espantoso y me causa vértigo.

—Aquí hay un poco de aguardiente, si no me engaño —dijo el desconocido, encaramándose a una silla y alcanzando una botella de un anaquel—. A juzgar por el olor parece bueno. Tomad un sorbo, porque estáis más blanco que una camisa recién planchada.

—Tengo valor para pelear honradamente en la guerra; pero escenas como la presente me hielan la sangre —respondí después de tomar un trago del frasco.

En aquella época, queridos míos, era un soldado muy joven aún; pero debo confesar que cualquier clase de crueldad me causó siempre la misma repulsión hasta el término de mis campañas. Os aseguro que cuando fui la última vez a Londres, la vista de un caballo de seco espinazo, que tiraba de un carro excesivamente cargado, acezando con su carga y recibiendo brutales golpes por no hacer lo que no podía, me causó una impresión más desagradable que el desastre de Sedgemoor o que la mortandad de la otra derrota más terrible, en la que quedaron tendidos al pie de los terraplenes de Landen diez mil hombres de la flor y nata del ejército francés.

—La mujer ha exhalado el último aliento —dijo *sir* Gervas—, y el hombre me parece que no ha de poder volver en sí. No tiene grandes quemaduras; pero, a mi juicio, el infeliz padece de una terrible congestión por habérsele acumulado la sangre en la cabeza.

—Si no es más que eso —observó el desconocido—, todo podrá remediarse; —y sacando del bolsillo una navajita, descubrió el brazo del viejo y le abrió una de las venas. Al principio sólo brotaron de la herida algunas gotas de sangre negra; pero poco después comenzó a circular un chorro, y el paciente dio señales de recobrar el conocimiento.

—Vivirá —dijo el desconocido espadachín, volviendo a meter su lanceta, en el bolso—. Y bien, ¿a quién debo ayuda en este asunto, que tal vez hubiera

tenido el mismo resultado, si nos hubierais dejado zanjarle entre nosotros solos?

—Pertenecemos al ejército de Monmouth —respondí—. Está acampado en Bridgwater y nosotros hemos salido a reconocer el terreno y a buscar provisiones.

—Y ¿quiénes sois vosotros? —preguntó *sir* Gervas—. Y ¿cómo os habéis metido en esta pendencia? ¡Pardiez!, se necesita ser un gallo de duros espolones para luchar con cuatro enormes gallitos como éstos.

—Mi nombre es Hector Marot —respondió el espadachín, limpiando sus pistolas descargadas y volviendo a cargarlas con el mayor cuidado—. En cuanto a quién soy es asunto que importa poco. Baste saber que he ayudado a quitar de en medio a cuatro granujas de la caballería de Kirke. Reparad las caras de asesinos que tienen, aún después de muertos. Estos hombres han aprendido a guerrear peleando contra los salvajes de África, y ahora practican sus diabólicos procedimientos en pobres ingleses indefensos. ¡Permita el Señor que las tropas de Monmouth no dejen uno con vida! Esta peste es más temible que la cuerda de la horca o el hacha del verdugo.

—Pero ¿qué os ha ocurrido para llegar hasta aquí en este preciso momento? —pregunté.

—Venía trotando por el camino en mi yegua, cuando oí galopar en la misma dirección que yo llevaba, y ocultándome cuidadosamente, como lo hubiera hecho cualquier hombre cuerdo en los tiempos que corren, vi pasar a estos cuatro criminales. Llegaron a la casa del labrador, y poco después colegí por los gritos y otras señales la endiablada fechoría que estaban cometiendo. Entonces dejé mi yegua en el campo y me acerqué a toda prisa; por lo que pude observar por la ventana que estaban atando al buen hombre y colgándolo frente al fuego para obligarle a confesar dónde tenía guardado el dinero, aunque, de hecho, creo que ni él ni ningún otro labrador de esta comarca tenga dinero alguno que guardar, después de haber acampado sucesivamente en ella dos ejércitos. Viendo los sayones que el viejo no cantaba, lo colgaron, y sin duda lo hubieran asado vivo, a no haber penetrado yo y derribado a dos de ellos con mis pistolas. Los otros dos se lanzaron a mí, pero logré traspasar a uno el antebrazo, y seguramente hubiera dado buena cuenta de ellos, aunque no hubierais venido vosotros.

—¡Sois un bravo! —exclamé—. Vuestro nombre no me es enteramente desconocido, y tengo alguna reminiscencia de haberlo oído antes de ahora.

—No sé —repuso clavando en mí una mirada de reojo—; no puedo decir nada sobre el particular.

—Pues juraría que me han hablado de vos —repuse.

El desconocido se encogió de hombros y continuó examinando el cebo de sus pistolas con cierta expresión de inquietud y desconfianza. Era un hombre robusto y cuadrado, de cara torva y angulosa, que presentaba en la frente una larga cicatriz semejante a una cuchillada. Usaba una gorra de montar con vivos dorados, un chaquetón de paño burdo, bastante maltratado por el tiempo y un par de altas botas de caña desgastadas.

Sir Gervas, que había permanecido contemplándolo atentamente, lanzó de pronto una exclamación y se dio una palmada en la rodilla.

—¡Claro que sí! —añadió—. Que reviente si puedo recordar dónde he visto esta cara; pero no me cabe duda de que nos hemos encontrado en otra ocasión.

El hombre nos miró con aire hostil y frunciendo el ceño.

—Me parece que he caído entre gente conocida —repuso en tono desabrido—; pero no conservo el menor recuerdo de vosotros. Tal vez, jóvenes señores, os engaña la imaginación.

—No, por cierto —replicó el *baronet* con aire tranquilo, e inclinándose hacia adelante murmuró algunas palabras al oído de nuestro hombre, quien, al oírlas, saltó de su asiento y dio rápidamente algunos pasos, como para escapar de la casa.

—¡Oh, eso no! —exclamó *sir* Gervas, interponiéndose entre él y la puerta —, no tenéis por qué huir de nosotros. ¡Quita allá, hombre! No hay para qué echar mano a la espada. Bastante sangre ha corrido ya esta noche. Además, no intentamos causaros daño alguno.

—¿Qué pretendéis, entonces? ¿Qué os ocurre? —preguntó, mirando recelosamente como la fiera cazada en una trampa.

—Después de lo que he visto, os tengo verdadero afecto —declaró *sir* Gervas—. ¿Qué me importa que hayáis echado a alguno al otro mundo, mientras seáis un hombre de corazón? Máteme Dios si olvido la fisonomía vista una vez, y menos la vuestra, que lleva en la frente una marca tan inconfundible.

—Y aunque fuera yo esa misma persona, ¿qué intentáis? —preguntó el desconocido con aire amenazador.

—Aquí no hay hipótesis que valga. Puedo jurar que sois el mismo. Pero no temáis que me hubiera propasado a… no; aunque os hubiera sorprendido infraganti. Habéis de saber, Clarke, puesto que nadie nos escucha, que en otro tiempo desempeñé en Surrey el cargo de juez de paz, y que entonces me llevaron preso a nuestro amigo, acusándole de cabalgar a horas desusadas de

la noche, molestando algún tanto a los viajeros. Ya me entenderéis. La causa se elevó al tribunal correspondiente, pero el reo se fugó, entretanto, logrando salvar su vida. En verdad me alegro mucho de que así fuera, porque convendréis conmigo en que una persona tan decente no debe bailar en la cuerda como cualquier vulgar asesino de los ejecutados en Tyburn.

—Y yo recuerdo bien ahora dónde he oído vuestro nombre —repuse—. ¿No es verdad que estuvisteis preso en Badminton, en las cárceles del duque de Beaufort, y que lograsteis escapar del antiguo calabozo de Boteler?

—Puesto que tan enterados estáis, caballeros —replicó sentándose en el borde de la mesa y balanceando descuidadamente sus piernas—, sería una insensatez que yo tratara de engañaros. Soy, verdaderamente, el mismo Hector Marot, que ha sembrado el terror en todos los caminos reales del oeste, y que ha visto más calabozos que cualquier otro hombre del sur. Sin embargo, puedo decir con toda verdad que, en mis diez años de salteador de caminos, no he quitado jamás una blanca a ningún pobre, ni he hecho el menor daño a quien no quisiera causármelo a mí. Al contrario, muchas veces he arriesgado la vida por salvar la de otros.

—De eso, nosotros podemos salir fiadores —respondí—; porque si esos cuatro diablos de la chaqueta roja han expiado su crimen, a vos se debe antes que a nosotros.

—¡Bah! Poca honra me cabe en ello —añadió Hector—. Tengo todavía muchas cuentas que ajustar con la caballería del coronel Kirke, y me he alegrado de haber tropezado aquí con estos canallas.

Mientras sosteníamos la conversación precedente, se nos incorporaron los soldados que estaban afuera, junto con algunos de los labradores vecinos, que se llenaron de terror al contemplar aquel montón de cadáveres y pensar en la venganza que al día siguiente habían de tomar las tropas reales.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó uno de ellos que era un aldeano viejo y rubicundo—; llevad a esos malditos soldados al camino, para que crean que han muerto en un combate. Si se supiera que los habían matado dentro de una casa de labranza, prenderían fuego a todas las de esta comarca y apenas escaparía con vida ninguno de nosotros.

—Tiene razón el viejo —dijo el salteador con acento brusco—. No tiene gracia que seamos nosotros los autores de la fechoría y paguen otros las consecuencias.

—Bien, oíd una cosa —dijo *sir* Gervas, volviéndose al grupo de aterrados labriegos—. Voy a proponeros un arreglo del asunto. Nosotros hemos venido por vituallas, y difícilmente podemos volver con las manos vacías. Si entre

todos vosotros nos procuráis un carro lleno de víveres de todas clases y una docena de cebones, no solamente os protegeremos en este trance, sino que os damos palabra de pagaros los víveres al precio corriente en el mercado, si queréis venir por el dinero al campo protestante.

—Yo me encargo de los cebones —dijo el anciano a quien habíamos salvado la vida, y que ahora había recobrado fuerzas suficientes para incorporarse—. Ya que mi pobre mujer ha muerto asesinada, me importa poco lo que pueda ser de mi hacienda. Quiero verla enterrada en el cementerio de Durston, y luego os seguiré al campamento, y allí moriré contento, con tal de haber quitado de en medio a uno solo de esos diablos encarnados.

—Decís bien, abuelo —exclamó Hector Marot; es lo mejor que podéis hacer. Me parece que veo colgada allá en el techo una vieja escopeta de caza, que, con una buena carga de postas y un pulso sereno, podría echar abajo a uno de esos pajarracos de plumaje rojo.

—Había sido la fiel compañera de mi vida por más de treinta años —dijo el anciano con el rostro lleno de lágrimas—. Treinta siembras y treinta cosechas habíamos trabajado juntos. Pero ésta es una sementera que ha de dar cosecha de sangre, con tal de que mi mano acierte a dirigirla debidamente.

—Si vais a la guerra, abuelo Swain, nosotros cuidaremos de vuestra hacienda —dijo el labrador que había hablado anteriormente—. En cuanto a las legumbres y verduras, que pide este caballero, no sólo le daremos un carro, sino tres, con tal que se nos conceda media hora de tiempo para cargarlos. De ese modo estaremos seguros de que servirán para favorecer la buena causa. Oye, Miles, ve a donde están los mozos y diles que pongan rápido en los carros las patatas, las espinacas y la cecina.

—Ahora lo mejor será que nosotros procuremos cumplir la otra parte del contrato —dijo Hector Marot.

Y, diciendo y haciendo, comenzó, con la ayuda de nuestros soldados, a transportar los cadáveres de los cuatro dragones y el de nuestro sargento, dejándolos en tierra a corta distancia de la vereda, donde puso los caballos convenientemente y removió la tierra como si se hubiera reñido allí un encuentro de tropa de caballería. Entretanto, algunos operarios lavaron las baldosas de la cocina e hicieron desaparecer todas las señales de la tragedia. La mujer asesinada, fue puesta en la cama de su dormitorio, de suerte que no quedó indicio alguno de lo ocurrido, como no fuera la persona del infeliz labrador, que continuaba sentado en el mismo sitio con aire pensativo,

apoyando el rostro en sus secas y callosas manos y mirando con expresión vaga y fija, enteramente ajeno a lo que pasaba a su alrededor.

La carga de los carros se efectuó rápidamente y con ellos vinieron los cebones recogidos en un campo inmediato. A punto estábamos de comenzar nuestro regreso, cuando llegó a caballo un joven aldeano con la noticia de que entre nosotros y el campamento había un escuadrón de la Guardia Real. El mensaje encerraba extraordinaria gravedad, porque nosotros no éramos más que siete, y necesariamente teníamos que avanzar con lentitud a causa de la impedimenta de los carros.

—¿Qué es de Hooker? —indiqué—. ¿No convendrá enviarle un aviso?

—Yo puedo ir al momento —dijo el aldeano—. Me comprometo a llevarle el recado si está en el camino de Athelney.

Dicho esto, picó espuelas a su caballo y desapareció galopando en la oscuridad.

—Mientras tengamos espías voluntarios como éste —observé—, no cabe dudar que la población de la comarca está de parte nuestra. Hooker tiene todavía la mayor parte de los dos escuadrones, de modo que podrá defenderse. Pero ¿cómo podremos volver nosotros?

—¡Ira de Dios, Clarke!, improvisemos aquí una fortaleza —indicó *sir* Gervas—. Nos defenderemos en esta casa de labor contra todos los que vengan, hasta que regrese Hooker y luego nos incorporaremos a él. ¡Lástima que no tengamos aquí a nuestro terrible coronel, que estaría en sus glorias, ideando fuegos cruzados y fuegos de flanco con todas las demás filigranas de una defensa bien dirigida!

—El caso es —repuse—, que después de habernos separado del mayor Hooker alardeando de caballeros, parece bastante impropio pedirle ayuda ahora que se ha presentado el peligro.

—¡Hola! ¿Esas tenemos? —exclamó el *baronet*—. No creía yo que fuera tan fácil llegar al fondo de vuestra estoica filosofía, amigo Micah. A pesar de toda vuestra estolidez y sangre fría, sois bastante delicado respecto al honor. ¿No será mejor que avancemos para ver si damos con él? Apuesto una corona a que no tropezamos con una chaqueta roja.

—Si queréis seguir mi consejo, señores —dijo el salteador de caminos, trotando en una hermosa yegua baya—, yo os diría que lo mejor que podéis hacer es permitirme serviros de guía hasta el campamento. Raro será que no logre hallar caminos por donde desconcertemos a esos brutos de la Guardia Real.

—Esa propuesta me parece prudente y oportuna —repuso *sir* Gervas—. Maese Marot, aquí tenéis mi caja de rapé, servíos de ella y habréis concertado un pacto de amistad con su dueño. ¡Vaya, hombre! Aunque nuestro conocimiento por ahora se limite a que yo estuve a punto de mandaros ahorcar en una ocasión, os tengo simpatía, si bien quisiera veros empleado en otro oficio más distinguido.

—Algo me consuela el tener por compañeros a muchos que cabalgan de noche, como yo —respondió Marot, riendo entre dientes—. Pero lo mejor es partir, porque comienza a clarear en el oriente, y antes que lleguemos a Bridgwater será ya de día.

Dejamos, pues, la funesta casa de labranza, a nuestra espalda, y nos alejamos con todas las precauciones militares, cabalgando Marot y yo al frente y a cierta distancia, mientras dos de nuestros soldados de caballería cubrían la retaguardia. La oscuridad era todavía muy densa, a pesar de que una débil faja grisácea señalaba en el horizonte la próxima venida de la aurora. Con todo, nuestro guía nos señaló la ruta en medio de las tinieblas sin vacilar un instante, sin que fuera obstáculo la espesa red de atajos y veredas que cruzaban los campos y pantanos, donde los carros se hundieron a veces hasta los ejes, mientras en otras ocasiones rechinaban amenazando volcar por entre rocas y piedras. Con tanta frecuencia torcíamos en nuestra marcha y tan a menudo mudábamos de dirección al avanzar, que más de una vez desconfié de nuestro guía; pero, al fin, cuando los primeros rayos del sol comenzaron a brillar en el horizonte, divisamos la aguja de la iglesia parroquial de Bridgwater que se erguía frente a nosotros.

—¡Vive Dios, Hector! Por fuerza debéis tener instintos de alimaña para haber acertado con el camino en una noche tan oscura —manifestó *sir* Gervas acercándose a nosotros—. Ahora respiro con satisfacción al ver la ciudad, porque mis pobres carros han venido crujiendo y rechinando de tal suerte que me duelen los oídos de oír los chasquidos del eje. Maese Marot, os quedamos reconocidos por este servicio.

—¿Es este vuestro distrito especial? —pregunté yo—; o ¿conocéis del mismo modo todas las comarcas del sur?

—Mi coto —respondió Marot encendiendo su corta y negra pipa—, se extiende desde Kent a Cornwall, pero sin llegar al norte del Támesis ni del canal de Bristol. En toda esa región no hay camino alguno que no me sea familiar, ni hay en los setos entrada alguna que no sea capaz de hallar en la noche más oscura. Es mi oficio. Pero el negocio ha perdido mucho. Si tuviera un hijo, no le dedicaría a esta profesión. La han echado a perder las escoltas

de las diligencias y los malditos fundadores de los bancos que guardan el dinero en sus cajas fuertes, entregando a los dueños hojas de papel, que a nosotros no nos sirven para nada. Os aseguro que, el pasado viernes hizo una semana, detuve a un ganadero que venía de la feria de Blandford y le robé setecientas guineas en cheques de papel, como los llaman, y de haber sido en oro hubiera tenido bastante para vivir tres meses. La verdad es que el país avanza mucho, cuando se permite que tales documentos sustituyan la verdadera moneda del rey.

—¿Por qué continuáis viviendo en semejante oficio? —pregunté—. A poco que reflexionéis, ha de pareceros claro que pararéis por fuerza en la ruina y en la horca. ¿Conocéis siquiera a uno que haya medrado en esa profesión?

—Sí, por cierto —respondió al momento—. Un tal Kingston Jones, que ejerció muchos años el oficio en Hounslow. En una ocasión logró pescar diez mil guineas de oro; y como hombre cuerdo, no quiso volver a arriesgar el cuello. Se fue a Cheshire, contando la historia de que acababa de llegar de las Indias, compró una gran posesión y ahora es un caballero rico de la campiña que goza de gran reputación y por añadidura desempeña el cargo de juez de paz. ¡Rayos y truenos! Verlo ahora sentado en el tribunal, condenando a algún ratero miserable por haber robado una docena de huevos es una comedia que me saca de quicio.

—A pesar de todo —insistí—, sois hombre, juzgando por lo que hemos visto y con vuestra pericia en el uso de las armas, podríais alcanzar rápidamente un puesto distinguido en cualquier ejército. Sin duda sería preferible que utilizarais esas bellas cualidades, ganando honra y crédito en lugar de convertirlas en escalón de infamia para subir a la horca.

—Por lo que respecta al patíbulo me importa muy poco —repuso el salteador, despidiendo bocanadas azules de humo que flotaban en el ambiente matinal—. Todos tenemos que pagar nuestra deuda a la naturaleza; y el hacerlo danzando en la cuerda o en una cama de plumas, al cabo de un año o después de diez, me tiene tan sin cuidado como a cualquiera de vosotros que estáis sujetos a los azares de la guerra. Por lo que hace a la deshonra, es cuestión de opiniones. Por mi parte no me parece afrentoso cobrar un tributo de peaje desvalijando a los ricos, puesto que al hacerlo así expongo mi vida.

—Hay un derecho natural —repliqué—, que no puede abolirse con palabras, y es tan peligroso como estéril jugar con él.

—Además, aun cuando fuera cierto lo que habéis dicho respecto de la propiedad —observó *sir* Gervas—, eso no os excusaría de la vida irregular y

azarosa que lleva consigo vuestro oficio.

—¡Bah! Bien mirado se reduce a una cacería, excepto que, en algún caso determinado la pieza puede convertirse en cazador. Sin duda es, como decís, un juego peligroso; pero sólo dos entran en la partida, y cada uno tiene sus probabilidades. Aquí no valen fullerías ni dados falsos. Hace pocos días, saliendo a echar un vistazo por el camino real, vi a tres labradores muy alegres que corrían a todo galope por los campos, con una traílla de perros delante persiguiendo a un conejo inofensivo. Era una región yerma y despoblada en los límites de Exmoor, de suerte que me asaltó la idea de que el mejor modo de emplear mis ocios era cazar a los cazadores. ¡Voto al infierno! Fue una ocurrencia magnífica. Los labradores corrían, gritando como locos, con las chaquetas ondeando al soplo de la brisa, azuzando a los perros y divirtiéndose extraordinariamente. No llegaron a darse cuenta del tranquilo jinete que cabalgando detrás de ellos y sin un «¡alto!» ni un «¡venga la bolsa!» les limpió enteramente los bolsillos. Sólo faltó allí una cuadrilla de ministriles de la justicia que hubieran hecho otro tanto conmigo para que hubiera resultado algo parecido al juego de los muchachos cuando se pasan los unos a los otros el cinto preguntándose después quién lo tiene.

—¿Y qué resultó de todo? —pregunté, porque Hector se reía en silencio.

—Pues que mis tres amigos tomaron su liebre y sacaron sus botellas para echar un trago, como gente que había ejecutado una hazaña extraordinaria. Todavía estaban bromeando y riendo a costa de la pieza cobrada, y uno de ellos se había apeado para cortarle las orejas, cuando llegué galopando.

—¡Buenos días, señores! —dije—; nos hemos divertido en grande.

Se me quedaron mirando desconcertados y uno de ellos me preguntó qué diablos tenía yo que hacer allí y cómo me atrevía a mezclarme en una diversión, a la que no estaba invitado.

—Ciertamente, pero yo no pretendo cazar la liebre, caballeros —repuse.

—Entonces, ¿qué pretendéis? —preguntó uno de ellos.

—¡Caramba!, una cosa muy sencilla: cazaros a vosotros —respondí—; y por cierto que desde hace muchos años no he tenido una cacería más afortunada. —Dicho esto, les mostré mis pistolas como argumentos convincentes y en cuatro palabras les expliqué el asunto. Seguramente os hubierais reído de ver la cara que ponían al sacar lentamente las anchas bolsas de cuero que guardaban en sus faltriqueras. Aquella mañana gané setenta y una libras; cantidad más digna de una buena carrera que las orejas de una liebre.

—¿Pero no levantaron a la gente de toda la comarca para perseguiros? —pregunté.

—¿Y qué me importaba? Cuando mi yegua *Alice* olfatea que corre peligro la cabeza de su amo, vuela más que las malas noticias.

—Bien; ya estamos en nuestras avanzadas —observó *sir* Gervas. Ahora, mi buen amigo, porque para nosotros lo habéis sido, digan otros lo que quieran, ¿no queréis venir en nuestra compaña y pelear por una buena causa? ¡Vive Cristo, hombre!, que habéis cometido muchos crímenes y reclaman expiación, yo os lo aseguro. ¿Por qué no añadir una acción buena a la cuenta que habréis de dar, arriesgando la vida en defensa de la fe reformada?

—No en mis días —respondió el salteador de caminos deteniendo su cabalgadura—. No me importa nada mi piel; pero ¿por qué había de arriesgar mi yegua en semejante contienda de locos? Si por desgracia el animal recibiera algún daño en la refriega, ¿dónde podría encontrar otro? Fuera de eso, a ella no le importa nada que sea un papista o un protestante el que ocupe el trono de Inglaterra; ¿no es verdad, hermosa?

—Pero podríais tener ocasión de ganar algún grado en el ejército —repliqué—. Nuestro coronel Decimus Saxon es hombre aficionado a los buenos espadachines y goza de gran ascendiente con el rey Monmouth y su Consejo.

—¡Nada, nada! —exclamó Hector Marot en tono impaciente—. Cada uno que siga su vocación. En cuanto a los soldados de Kirke, siempre estaré dispuesto a entenderme con ellos, desde que una cuadrilla de esos galopos ahorcó a mi amigo, el viejo, ciego y anciano Jim Houston de Milverton. Ya llevo echados al otro barrio siete granujas de la chaqueta roja, y daría cuenta de todo el regimiento si tuviera tiempo disponible. Pero no pelearé contra el rey James ni arriesgaré la vida de mi yegua; por consiguiente, no me habléis más del asunto. Y ahora es tiempo de dejaros, porque tengo mucho que hacer. ¡Ea! ¡Pasadlo bien!



—¡Adiós, adiós! —exclamamos estrechando sus callosas manos curtidas por la intemperie—; gracias por el servicio que nos habéis hecho guiándonos.

El bandido saludó quitándose el sombrero, sacudió las bridas y se lanzó al galope por el camino entre una densa nube de polvo.

—¡Mala peste, si vuelvo a decir una palabra contra los ladrones! —dijo *sir* Gervas—. En mi vida he visto a otro hombre que esgrimiera la espada con mayor seguridad y destreza; y debe ser un excelente tirador de pistola para haber derribado de dos tiros a dos corpulentos dragones como los que hemos dejado en el camino. Pero oíd, Clarke, mirad por aquella parte. ¿No divisáis pelotones de chaquetas rojas?

—Sin duda alguna —respondí tendiendo la vista por la ancha llanura cubierta de juncales que se dilataba desde el otro lado del tortuoso Parret hasta los lejanos cerros de Polden—. Alcanzo a verlos más allá en la dirección de Westonzoyland y el rojo vivo de sus uniformes resalta sobre el tono gris del paisaje como las amapolas en un campo de trigo.

—Todavía hay más por la parte de la izquierda, cerca de Chedzoy —observó *sir* Gervas—. Uno, dos, tres, y otro más allá, y otros dos detrás de este… seis regimientos de infantería, en total. Me parece que veo brillar los petos de la caballería allá lejos, y también algunos indicios de artillería. Por

quien soy que Monmouth no tendrá más remedio que pelear, si alimenta alguna esperanza de ceñir a sus sienes la corona. Todo el ejército del rey James se le ha venido encima.

—Necesitamos, pues, volver a nuestros puestos —respondí—. Si no me engaño, veo flotar nuestras banderas en la plaza de la ciudad.

Picamos espuelas a nuestras fatigadas monturas y proseguimos nuestro camino con los soldados que llevábamos y los víveres recogidos, hasta que estuvimos de regreso en nuestros cuarteles, donde los voluntarios hambrientos nos saludaron con alborozadas aclamaciones. Antes de mediodía los cebones quedaron convertidos en trozos de carne dispuestos para el asador; y el acopio de verduras y demás vituallas completaron la última comida que muchos de nuestros soldados habían de tomar.

El comandante Hooker llegó poco después con una buena cantidad de provisiones, pero no en muy buen estado, porque había tenido un encuentro con los dragones, perdiendo en él ocho o diez hombres. Expuso en debida forma sus quejas al Consejo por el modo con que lo habíamos abandonado; pero se acercaban a toda prisa importantes acontecimientos, y quedaba muy poco tiempo que dedicar a minucias de disciplina. Por mi parte, confieso francamente, al reflexionar en el hecho, que el comandante tenía perfecta razón, como militar, y que nuestro comportamiento, juzgado con arreglo a la ordenanza, no admitía excusas. Sin embargo, tengo la seguridad de que aun ahora, mis queridos niños, en que me siento abrumado por el peso de los años, el grito de una mujer en situación de angustia, sería una señal que me arrastraría en su ayuda en tanto que mis viejas piernas puedan sostenerme. Porque el deber que tenemos de acudir en auxilio del débil, supera a todos los demás en cualesquiera circunstancias; y por lo menos yo no sabría decir por qué el uniforme del soldado ha de despojar de sus sentimientos naturales al corazón del hombre.

XXXI

DE LA NIÑA DE LOS MARJALES Y DE LA BURBUJA QUE SALIÓ DEL PANTANO



Cuando nosotros llegamos a Bridgwater, en toda la ciudad reinaba gran agitación, porque se sabía que las tropas del rey James estaban a cuatro millas de distancia, en la llanura de Sedgemoor, y era probable que avanzaran de un instante a otro y asaltaran la ciudad. Por la parte de Eastover se habían construido algunas obras de defensa, y detrás de ellas estaban colocadas dos brigadas dispuestas a rechazar la acometida, mientras el resto del ejército permanecía de reserva en la plaza del mercado y en el campo del castillo. Sin embargo, en las primeras horas de la tarde volvieron al campamento algunos piquetes de nuestra caballería y campesinos de los marjales con la noticia de que no era probable

un asalto. Las tropas reales habían acampado cómodamente en las pequeñas aldeas de las inmediaciones; y después de recoger cantidades considerables de sidra y cerveza que hubieron de entregarles los labradores, no daban el menor indicio de avanzar.

La ciudad estaba llena de mujeres, viudas, madres y hermanas de nuestros campesinos, las cuales habían venido de puntos distantes y próximos, para ver una vez más a sus queridos allegados. Las mismas calles de Londres, de Fleet o Cheapside, en día de gran tráfico, no se encontraban tan concurridas como lo estaban las de la ciudad principal de Somersetshire. Soldados de caballería con botas de caña y coletos de ante; milicianos con uniformes de escarlata; tauntoneses de rostro severo y pardos trajes; piqueros vestidos de jerga; rudos y bravíos mineros; gañanes de largas blusas; marinos de curtidos rostros y atrevidos continentes; montañeses y roqueros de la costa del norte, secos y enjutos… todos aparecían fundidos en una abigarrada multitud que se movía entre empujones y vocerío ensordecedor. Entre ellos se veían por todas partes numerosas aldeanas, con bonetes de paja, que hablaban a gritos, lloraban, abrazaban y exhortaban. Aquí y allá destacándose de entre los multicolores trajes y brillantes armas de los soldados, se movía la figura tétrica y sombría de algún ministro puritano, envuelto en amplio manteo de color pardo y cubierta la cabeza con sombrero de ala ancha, repartiendo a diestro y siniestro breves y encendidas exhortaciones o sentenciosos y graves textos de la Biblia impregnados de espíritu belicoso, que llenaban de entusiasmo a los oyentes. De cuando en cuando salía de la multitud un clamor vibrante y fiero, semejante a los aullidos de una jauría furiosa que luchara contra la traílla por lanzarse al cuello del enemigo.

Nuestro regimiento había abandonado el servicio, al saberse con entera certeza que Feversham no intentaba avanzar, y a la sazón andaba ocupado con los víveres que nuestra excursión nocturna había procurado al ejército. Era un domingo, despejado y caluroso, en que no se veía una nube en el cielo, y soplaba una fresca brisa, impregnada de los aromas de la campiña. Durante el día entero, las campanas de las aldeas vecinas llenaron el aire de sus sonidos, esparciéndolos por la soleada comarca. Las ventanas superiores y los rojos tejados de las casas aparecían llenos de mujeres y niños de pálido rostro, que dirigían ansiosamente la mirada hacia el este, donde las manchas de carmesí resaltaban sobre el fondo pardusco del inmenso yermo señalando la posición de nuestros enemigos.

A las cuatro, Monmouth celebró su último consejo de guerra en la torre cuadrada, de donde arranca la aguja de la parroquia de Bridgwater, excelente

lugar de observación que dominaba los alrededores. Desde que presté el servicio de llevar el mensaje a Beaufort, se me había honrado siempre, invitándome a asistir a las juntas, a pesar del humilde puesto que ocupaba en el ejército. Habría en total unos treinta consejeros, que eran los que cabían en el local, soldados y cortesanos, caballeros e individuos de la secta puritana, unidos todos a la sazón por los vínculos del peligro común. La aproximación de la crisis que había de decidir la futura suerte de los allí reunidos había quebrantado mucho la divergencia de sus ideas y sentimientos y destruido en gran parte antagonismos que parecían irreductibles. Los sectarios no mostraban ya la misma austeridad, y ardían en deseos de que llegara el momento de la batalla, cuyo resultado les inspiraba viva inquietud; y por otra parte, la ligereza de los hombres de mundo se había trocado en inusitada gravedad, al darse cuenta del peligro de la situación. Unos y otros olvidaron, por un momento, sus antiguas querellas, mientras se reunían en el parapeto y se pusieron a contemplar con aire grave las espesas columnas de humo que se alzaban sobre el horizonte.

El rey Monmouth aparecía entre sus jefes, pálido y ojeroso, con el aspecto abandonado y descompuesto del hombre a quien un trance angustioso le hace olvidarse del cuidado de su persona. Tenía en la mano unos gemelos de marfil, y al aplicarlos a los ojos, sus blancas y finas manos temblaban nerviosamente de tal modo, que daba pena mirarlo. Lord Grey alargó sus anteojos a Saxon, quien, apoyado de codos sobre el tosco antepecho de piedra, permaneció largo tiempo escudriñando el campamento enemigo.

—Son los mismos soldados que estuvieron a mis órdenes en otra ocasión —dijo Monmouth por fin en voz alta, como hablando consigo mismo—. Más allá, a la derecha, diviso la infantería de Dumbarton. Conozco bien a esas tropas. Seguramente pelearán con brío. Si las tuviéramos a nuestro lado, todo nos saldría de maravilla.

—No digáis eso, señor —repuso lord Grey con viveza—; hacéis una injusticia a vuestros valientes partidarios. También ellos sabrán pelear hasta verter la última gota de su sangre por la causa de vuestra majestad.

—Vedlos ahí —dijo Monmouth tristemente señalando las calles donde hervía la muchedumbre—. Corazones más generosos y esforzados no palpitaron jamás en pechos ingleses; pero, ahí los tenéis clamoreando y vociferando como payasos la noche de un sábado; comparad su aspecto con el orden y severidad de los batallones disciplinados. ¡Desgraciado de mí! ¿Por qué habré arrancado de sus hogares a gentes tan honradas para pelear una batalla en que no hay esperanza de vencer?

—¡Alto ahí! —exclamó Wade—. Ni ellos creen que el combate sea desesperado, ni tampoco nosotros.

Mientras la conversación seguía en tales términos, se alzó de la apiñada multitud que escuchaba a un orador colocado en una ventana, una gritería estruendosa.

—Es el venerable doctor Ferguson —dijo *sir* Stephen Timewell que acababa de llegar—. Está hablando como un inspirado y su peroración arrebata al auditorio. Es un verdadero profeta de la ley antigua. Ha elegido por texto aquellas palabras: «El Señor, Dios de los dioses, es grande en su sabiduría y se acordará de Israel. Si ha de ser rebelándonos contra el Señor o traspasando su ley, no nos salvéis en este día».

—¡Amén, amén! —gritaron devotamente varios soldados puritanos, mientras el bronco vocerío de los demás, el chocar de las hojas de las guadañas y el ruido de las armas, demostraban la profunda impresión causada en el pueblo por las ardientes palabras del fanático.

—Verdaderamente parecen entusiasmados por entrar en batalla —dijo Monmouth con semblante más animado—. Quizá, quien, como yo, ha mandado tropas regulares, se sienta inclinado a conceder excesiva importancia a la disciplina y a la instrucción. Esos valientes dan muestras de tener grandes esperanzas. ¿Qué pensáis de las disposiciones del enemigo, coronel Saxon?

—Por quien soy —respondió el interrogado con gran llaneza—; no me parecen gran cosa, señor. He visto muchos ejércitos dispuestos en batalla en diversas partes del mundo y bajo distintos capitanes. He leído además la sección que trata de la materia en el tratado *De re militari* de Petrinus Bellus, y en las obras de un flamenco muy acreditado; y, sin embargo, no he hallado nada ni oído cosa alguna, que recomiende la disposición de las fuerzas en la forma que desde aquí estamos viendo.

—¿Cómo llamáis al caserío de la izquierda que tiene una torre cuadrada y cubierta de yedra? —preguntó Monmouth, volviéndose al alcalde de Bridgwater, que era un hombre de baja estatura y semblante azorado, con señales evidentes de estar muy intranquilo en el lugar prominente a que le había elevado su cargo.

—Westonzoyland, honorable señor, es decir, excelencia, digo, majestad —tartamudeó—. El otro caserío que está dos millas más allá es Mibblezoy, y más a la izquierda, precisamente en la parte más remota del *rhine*, se ve Chedzoy.

—¿Cómo del *rhine*, señor? ¿Qué queréis decir? —preguntó el rey con vehemencia y encarándose tan fieramente con el tímido alcalde, que éste perdió la poca serenidad que le quedaba.

—Sí, señor, el *rhine*… sí, excelencia, digo, majestad —repuso con voz temblona—; el *rhine*, que la excelencia de vuestra majestad no puede menos de alcanzar a ver, es… lo que la gente del país llama el *rhine*.

—Así se denomina en efecto, señor, el conjunto de zanjas profundas y anchas que dan salida al agua del gran pantano de Sedgemoor —añadió *sir* Stephen Timewell.

Monmouth se puso pálido como un cadáver; y varios individuos del Consejo se miraron significativamente, recordando la rima extrañamente profética de la que yo había sido portador. Sin embargo, aquel silencio fue interrumpido por un viejo comandante de la época de Cromwell, llamado Hollis, que había estado dibujando en un papel la situación de las aldeas en que el enemigo estaba acuartelado.

—Con la venia de vuestra majestad, indicaré en la disposición de las tropas con quien tenemos que combatir, una particularidad que me recuerda algo análogo del orden guardado por los escoceses en vísperas de la batalla de Dunbar. Cromwell acampaba en Dunbar, como lo hacemos nosotros en Bridgwater. El terreno de los alrededores, que era pantanoso e inseguro, estaba en poder del enemigo. No había nadie en el ejército, que no abrigara la convicción de que, si el viejo Leslie se mantenía firme en su posición, no tendríamos otro remedio, juzgando por los dictámenes de la más sana prudencia, que retirarnos a nuestros navíos, abandonar los depósitos de víveres y la artillería y refugiarnos a toda prisa en Newcastle. Pero quiso la Providencia que Leslie evolucionara dejando un gran cenagal entre su ala derecha y el resto del ejército; lo cual, visto por Cromwell, le indujo a caer sobre la división aislada del enemigo, al apuntar la aurora, destrozándola completamente con tan buena fortuna, que todas las tropas de Leslie huyeron, persiguiéndolas nosotros y acuchillándolas hasta las mismas puertas de Leith. En aquella batalla perdieron la vida siete mil escoceses, y sólo un centenar de los nuestros. Ahora bien, vuestra majestad podrá ver, con los anteojos, que entre esas aldeas se extiende una milla de terreno pantanoso; y que podemos aproximarnos, sin entrar en la gran ciénaga, a la que está más cercana, esto es, a Chedzoy, como creo que la llaman. Tengo la plena seguridad de que si el gran Cromwell estuviera ahora con nosotros, aconsejaría que nos aventurásemos en un ataque análogo.

—Es un plan atrevido teniendo que combatir a soldados veteranos con campesinos bisoños —observó *sir* Stephen Timewell—.Con todo, si se acuerda llevarlo a cabo, yo respondo de que ningún voluntario, nacido al amparo de la torre de St. Mary Magdalene, se retraerá de prestar su cooperación.

—Decís bien, *sir* Stephen —repuso Monmouth—. En Dunbar, Cromwell tenía a sus órdenes tropas aguerridas para pelear con enemigos poco experimentados.

—Aun así y todo, no deja de haber gran fundamento en lo dicho por el comandante Hollis —observó lord Grey—. Tenemos que elegir entre acometer al enemigo o quedar cercados enteramente y condenados a perecer de hambre. Siendo esto así, ¿por qué no hemos de aprovechar al punto la oportunidad con que nos brinda la ignorancia o el descuido de Feversham? Mañana, Churchill logrará convencer a su jefe de la necesidad de corregir ese error; y no me cabe la menor duda de que las tropas enemigas adoptarán otra disposición; con lo que tendremos el sentimiento de haber desperdiciado una coyuntura favorable.

—Tiene la caballería en Westonzoyland —observó Wade—. El sol brilla con tal intensidad en este momento, que apenas podemos ver nada, a causa de su reverbero en los marjales y de los vapores que sobre ellos levanta. Con todo, hace un momento pude distinguir con mis anteojos las prolongadas filas de soldados, dispuestas en piquetes en la yerma planicie que se tiende del otro lado de la aldea. Más allá, en Middlezoy, hay dos mil hombres de las milicias; mientras en Chedzoy, donde debemos concentrar el ataque, no hay más que cinco regimientos de infantería regular.

—Si logramos desbaratarlos, todo saldrá bien —dijo Monmouth—. ¿Qué opináis vos, coronel Buyse?

—Mi consejo es siempre el mismo —respondió el alemán—. Aquí estamos para combatir, y cuanto antes lo hagamos mejor.

—Y vos, ¿qué decís, coronel Saxon? ¿Estáis conforme con la opinión de vuestro amigo?

—Creo con el comandante Hollis, señor, que Feversham ha dispuesto sus fuerzas de modo que podemos atacarlas con ventaja; y que, por tanto, conviene hacerlo al punto. Sin embargo, considerando que hombres fogueados y con caballería numerosa pelearán a la luz del día mejor que nuestros soldados bisoños, me declaro por una encamisada o ataque nocturno.

—Eso mismo opinaba yo —dijo Grey—. Nuestros amigos de aquí conocen el terreno palmo a palmo, y pueden guiarnos en la oscuridad hasta

Chedzoy con tanta seguridad como si fuera de día.

—Según mis noticias —añadió Saxon—, en el campamento enemigo han entrado grandes cantidades de sidra y cerveza, así como también de vino y licores fuertes. En tal supuesto, podríamos darles una sorpresa, mientras tienen las cabezas trastornadas por la bebida, y cuando apenas han de poder distinguir si somos nosotros o los diablos del infierno los que han caído sobre ellos.

Un coro general de aprobación, salido de todo el Consejo, demostró que al fin había sido bien acogido el proyecto de un ataque inmediato, después de las marchas fatigosas y de los retrasos de las últimas semanas.

—¿Alguno de los consejeros tiene algo que decir contra este plan? —preguntó el rey.

Todos nos quedamos mirándonos mutuamente, pero, aunque en muchos semblantes podía leerse la duda o la desconfianza, nadie dijo una palabra contra el ataque nocturno, porque, evidentemente, nuestra acción era dudosa de todos modos, y la determinación propuesta tenía al menos el mérito de prometer resultados más favorables que otra cualquiera. Sin embargo, queridos míos, me atrevo a decir que hasta los más valientes sintieron caérseles las alas del corazón al mirar el semblante triste y desmayado de nuestro jefe, preguntándose cada uno interiormente si por ventura podía esperarse de semejante hombre que llevara a cumplido término una empresa tan desesperada.

—Puesto que todos estamos conformes —dijo Monmouth—, el santo y seña será «Soho» y acometeremos al enemigo lo más pronto posible después de medianoche. Entretanto, las demás disposiciones referentes al combate podrán ser estudiadas y discutidas. Ahora, señores, volved a vuestros regimientos y tened bien presente que cualquiera que sea el éxito de nuestra acción, y, llegue Monmouth a ser coronado rey de Inglaterra o tenga que huir para salvar su vida, mientras conserve un aliento de ella, se acordará siempre de los valientes amigos que lo acompañaron en la época de prueba.

Al oír estas sencillas y conmovedoras palabras, los consejeros experimentaron un sentimiento de afecto al hombre que las había pronunciado y al mismo tiempo de compasión al pobre y débil caballero. Lo rodeamos, con la mano puesta en la empuñadura de la espada, jurando que nos tendría siempre a su lado, aunque el mundo entero se interpusiera entre él y sus derechos. Hasta los rígidos e impasibles puritanos se sintieron movidos a demostrarle su lealtad; mientras los cortesanos, arrebatados de celo por la causa de Monmouth, desenvainaron las espadas y lo vitorearon, hasta que la

multitud que llenaba las calles se hizo eco del entusiasmo, llenándose el aire de atronadoras aclamaciones. Los ojos de Monmouth recobraron su brillo, y volvieron a colorearse sus mejillas al escuchar aquel clamoreo. Por un momento, al menos, pareció ser el rey en la forma que soñaba.

—¡Gracias, amigos y súbditos queridos! —exclamó—. El éxito de nuestra empresa está en manos del Altísimo, pero sé bien que esta noche haréis todo lo que está en vuestras fuerzas. Si Monmouth no logra poseer a toda Inglaterra, al menos seis pies de su suelo serán suyos. ¡A vuestros regimientos ahora, y quiera Dios ponerse de parte de la justicia y del derecho!

—¡Quiera Dios amparar la justicia y el derecho! —repitió solemnemente el Consejo y sus miembros se separaron dejando al rey que en compañía del anciano lord tomara las últimas disposiciones para el ataque.

—Estos monigotes de la corte están siempre prontos a blandir sus espadas y a gritar cuando hay cuatro millas de distancia entre ellos y el enemigo —dijo Saxon mientras nos abríamos paso por entre la multitud—. Mucho temo que no han de mostrarse tan arrogantes cuando tengan enfrente una línea de mosqueteros, y cuando una brigada de caballería cargue tal vez sobre su flanco. Pero aquí viene el amigo Lockarby, cuyo semblante indica que nos trae noticias frescas.

—Tengo que participaros una cosa importante, coronel —dijo Reuben acercándose a nosotros, casi sin aliento—. Recordaréis que hoy he estado de guardia con mi compañía en la puerta de oriente.

Saxon contestó con una inclinación de cabeza.

—En el deseo de explorar el campo enemigo, trepé a un gran árbol que se alza precisamente en las afueras de la ciudad. Desde este punto de observación, he podido, con ayuda de un anteojo, descubrir las líneas del ejército contrario. Mientras estaba observando, vi por casualidad a un hombre que se deslizaba medio a escondidas por entre las hayas situadas entre el campamento de las tropas del rey y de la ciudad. Lo seguí con la vista y hallé que se acercaba a nosotros. Poco después, estuvo tan cerca, que pude distinguir quién era, pues se trata de una persona conocida mía; pero en vez de entrar en la ciudad por la puerta donde yo hacía centinela dio la vuelta por las turberas, y de ese modo se encaminó indudablemente en busca de otra entrada. Tengo motivos para creer que ese hombre no ama verdaderamente nuestra causa, y supongo que ha estado en el campo del rey a llevar confidencias de nuestros proyectos, habiendo regresado ahora en busca de ulterior información.

—¡Perfectamente! —dijo Saxon enarcando las cejas—. Y ¿cómo se llama ese individuo?

—Derrick y en otro tiempo ha sido principal aprendiz de maese Timewell en Taunton, pero al presente desempeña el cargo de oficial en la infantería de esa villa.

—¿De modo que es el inquieto mozo que pretende a la hermosa *lady* Ruth? ¿Es posible que sus amoríos le hayan hecho pasar de valiente a espía del enemigo? Yo lo tenía por uno de los más fanáticos, pues lo he oído predicar a los piqueros. ¿Cómo se explica que un sujeto de esa índole preste auxilio a la causa prelatista?

—Precisamente por la circunstancia de estar enamorado —repuse—. El amor es una planta que produce lindas flores cuando crece sin obstáculos, pero si se le contraría suele dar frutos muy amargos.

—Tenía resentimiento contra muchos de nuestro campo —dijo Reuben—, y desearía arruinar al ejército para vengarse de ellos, al modo que un desesperado querría echar a pique un buque para ahogar a un enemigo suyo que fuera en él. El mismo *sir Stephen* es objeto de su odio por haber rehusado obligar a su nieta a darle la mano. Ha regresado al campamento; y por mi parte he creído que debía informaros de todo para que veáis si convendría enviar un pelotón de piqueros y seguirle de cerca la pista, no sea que vuelva a hacernos traición.

—Tal vez eso fuera lo mejor —respondió Saxon pensativo—, y sin embargo, creo que el tal sujeto ha de tener preparada alguna historia con que desorientar nuestras suposiciones. ¿No podríamos sorprenderlo en el acto mismo?

Se me ocurrió entonces una idea. Desde la torre había observado que a una tercera parte de la distancia al campo del enemigo se alzaba una casita solitaria, cerca del camino, en un lugar donde abundaban los pantanos. Todo el que tomara aquella ruta, tenía que pasar cerca de la casa mencionada. Si Derrick intentaba llevar confidencias de nuestros planes a Feversham, podría cortársele el paso en este punto colocando allí unos cuantos soldados de centinela.

—¡Magnífico! —exclamó Saxon cuando le hube explicado el proyecto—. El mismo Fleming no podría haber discurrido un arbitrio más ingenioso. Llevad, pues, el número de piqueros que creáis conveniente, y veremos si maese Derrick nos trae algunas noticias nuevas o lleva informes frescos de aquí para milord Feversham.

—De ningún modo. Un pelotón de soldados que salga del campamento dará que decir —observó Reuben—. ¿Por qué no habíamos de ir Micah y yo?

—Eso sería lo más acertado —respondió Saxon—. Pero prometedme que, suceda lo que suceda, habréis de regresar al ponerse el sol, porque vuestros compañeros necesitan estar en armas, una hora antes de comenzar el avance.

Se lo prometimos así con el mayor gusto; y cuando tuvimos noticias ciertas de que Derrick había regresado de hecho al campamento, Saxon se encargó de dejar caer delante de él algunas palabras, referentes a los planes que habíamos de ejecutar por la noche, mientras nosotros partíamos sin dilación para nuestro puesto. Dejamos atrás los caballos y deslizándonos por la puerta de Oriente, emprendimos el camino por charcas y pantanos, ocultándonos del modo que nos fue posible, hasta que salimos al camino solitario y nos encontramos frente a la casa.

Era una vivienda sencilla, revocada de blanco y con techumbre de pajas y ramajes, con una tablita sobre la puerta, donde se anunciaba la venta de leche y mantequilla. No salía humo alguno de la chimenea; y las maderas de la ventana estaban cerradas; de lo cual colegimos que sus moradores habían huido de los peligros que los amenazaban en aquel punto. A un lado y otro se extendían los pantanos, poco profundos y vadeables en los bordes, pero con enorme caudal de agua a cierta distancia, donde la traidora superficie aparecía cubierta de flotante vegetación. Llamamos a la puerta que mostraba los rigores de la intemperie; pero, en vista de que no se nos contestaba, apliqué a ella mi hombro e hice saltar el cerrojo.



En el interior no había más que una sola pieza, con una escalera colocada casi verticalmente en un rincón, para subir a un agujero cuadrado del techo que daba acceso al dormitorio debajo del tejado. Tres o cuatro sillas y banquetas aparecían dispersas sobre el piso de tierra, y al lado de las mismas se veía una mesa rústica con varias vasijas anchas y parduscas destinadas a medir o contener leche. Los manchones del muro y un hundimiento en un lado de la casita demostraban los efectos de la humedad de los pantanos que la rodeaban.

No fue pequeña nuestra sorpresa cuando tropezamos con uno de sus moradores. En el centro de la habitación, frente a la puerta por donde habíamos entrado, estaba una niñita rubia y vivaracha, de cinco o seis años. Vestía una falda blanca sujeta a la cintura por un cinto de cuero que llevaba una hebilla brillante. Por debajo del vestido asomaban dos pantorrillas regordetas, medio cubiertas por calcetines, y calzada con botas de cuero. La niña se nos presentó firmemente plantada, con el pie derecho echado adelante, como el que se apresta a defender el terreno que pisa. Su delicada cabeza estaba echada atrás, y en los grandes y azules ojos se leía la expresión del

asombro y de la desconfianza. Al entrar nosotros, la niña agitó el pañuelo en ademán de golpearnos con él y de espantarnos, como si fuéramos dos gallinas intrusas que debiera arrojar de la casa. Reuben y yo nos detuvimos en el umbral, desconcertados y vacilantes, como dos muchachos grandullones, contemplando aquella menuda reina, cuyos dominios habíamos invadido, y dudando entre emprender la retirada o calmar su cólera con palabras blandas y zalameras.

—¡Oh! ¡Afuera *daquí*! —exclamó moviendo todavía las manecitas y sacudiendo el pañuelo—. ¡Afuera *daquí*! La abuelita me dijo que al que viniera lo echara de casa.

—¿Y si no queremos irnos, pequeña? —preguntó Reuben—, ¿qué haríais entonces?

—Os echaré —respondió avanzando atrevidamente hacia nosotros agitando el pañuelo—. Tú, mal hombre —continuó encarándose conmigo indignada—, tú has roto el cerrojo de la abuelita.

—¡Oh!, eso no vale nada. Lo compondré otra vez —respondí con tono de arrepentimiento, y tomando una piedra clavé de nuevo la espiga de hierro del pasador que había arrancado al empujar violentamente la puerta—. Ya está, pequeña, y vuestra abuela no advertirá la menor novedad.

—Pues lo mismito debéis marcharos ahora —insistió—; esta casa es de la abuelita y no vuestra.

¿Qué íbamos a hacer ante la resuelta intimación de aquella menuda reina de los marjales? A todo trance necesitábamos continuar en la casa, porque no había otro lugar donde ocultarnos o guarecernos en toda la yerma y pantanosa extensión. Pero la minúscula dueña de la vivienda estaba empeñada en que saliéramos de allí con una decisión e intrepidez, que pudiera haber avergonzado al mismo Monmouth.

—Vendéis leche, según parece —dijo Reuben—. Nosotros estamos cansados y sedientos y por eso hemos venido a tomar un vaso.

—¿De veras? —preguntó sonriendo—; ¿me pagaréis como la gente paga a la abuelita? ¡Ay qué bien entonces!… ¡Anda salero! Esto va a ser bonito.

Se encaramó a un banquillo y llenó dos grandes vasos de los barreños que había sobre la mesa.

—¡Un penique! ¡Hagan el favor! —dijo la lecherita.

Era curioso ver a la menuda ama de casa guardar la moneda en el bolsillo de su falda, mostrando en su inocente rostro la satisfacción y orgullo con que había hecho aquel gran negocio en ausencia de su abuelita. Nosotros nos

retiramos con la leche a la ventana y después de entreabrir las maderas, nos sentamos en ademán de echar una mirada al camino.

—¡Por los clavos de Cristo, bebe poco a poco! —murmuró Reuben en voz baja—. Debemos hacer la deshecha tragando lentamente nuestra leche; porque de otro modo volverá a echarnos de la casa.

—Ahora ya, hemos pagado el portazgo —respondí— seguramente nos dejará continuar aquí.

—Si habéis acabado, debéis marcharos *daquí* —volvió a decir con firmeza.

—¡Tendrían que ver dos hombres de armas, como nosotros, soportando la tiranía de esta muñeca! —dije riendo—. De ningún modo, menuda, haremos un trato pagándoos este chelín por toda la leche que tenéis, y entonces continuaremos aquí bebiéndola a nuestro gusto.

—Jinny, como llama abuelita a la vaca, está precisamente en el marjal —observó la niña—. Casi es ya tiempo de ordeñar, y yo iré por ella si queréis más.

—¡Ahora sí que vamos a estar frescos! —exclamó Reuben—. ¡Dios nos asista! La criatura acabará por hacernos comprar la vaca. ¿Dónde está vuestra abuelita, pequeña?

—Se ha ido a la ciudad —respondió la niña—. Allí hay unos hombres muy malos, con chaquetas rojas y escopetas, que vienen a robar y matar; pero la abuelita les hará marchar pronto *dallí*. La abuelita ha ido a arreglarlo todo.

—Nosotros estamos peleando contra los hombres de las chaquetas rojas, muñequita mía —repuse—; y así tendremos cuidado de vos y de vuestra casa y no dejaremos que nadie robe nada.

—¡Ah!, entonces sí que podéis estar —dijo trepando sobre mi rodilla y permaneciendo sentada en ella, como un gorrión sobre una rama—. ¡Qué muchachazo tan grande eres!

—¿Muchacho?, y ¿por qué no un hombre? —pregunté.

—Porque no tienes barbas. ¡Vaya!, la abuelita tiene más pelo en la cara que tú. Además, solamente los muchachos beben leche. Los hombres toman sidra.

—Entonces, si soy un muchacho, ¿me quieres por novio? —pregunté.

—No, por cierto —respondió sacudiendo sus bucles dorados—. No pienso casarme tan pronto; pero mi novio es Giles Martin de Gommatch. ¡Qué blusa de hojalata tan bonita tienes y que espadón tan grande! ¿Por qué llevarán los hombres esas cosas para hacerse daño unos a otros, cuando en realidad son todos hermanos?

—¿Por qué son todos hermanos, pequeña? —preguntó Reuben.

—Porque dice abuela que todos son hijos del gran Padre —respondió—. Si todos tienen un padre, deben ser hermanos, ¿verdad?

—«De las bocas de los niños y de los que maman», Micah —dijo Reuben citando un texto de la Escritura, mientras miraba distraídamente por la ventana.

—Eres una linda florecita de los marjales —le dije sosteniéndola para que no se cayera con los esfuerzos que hacía en su afán de quitarme el casco—. ¿No es bien extraño, Reuben, que tengamos a un lado y a otro millares de cristianos, ansiosos de quitarse la vida, y que aquí entre ellos haya un querubín de ojos azules predicándonos la santa filosofía que debería hacernos volver a nuestras casas con el corazón despojado de sus iras y el cuerpo ileso?

—Si estuviera un día con esta criatura, me parece que había de aborrecer para siempre la vida de soldado —respondió Reuben—. Las palabras de la niña me hacen creer que el militar y el carnicero tienen muchos puntos en común.

—Y, no obstante, uno y otro son tal vez igualmente necesarios —repuse encogiéndome de hombros—. Hemos puesto la mano en el arado y, como dice el Evangelio, no debemos volver la cara atrás. Pero, si no me engaño, el sujeto a quien estamos esperando se acerca al amparo del ramaje de los sauces que aparecen en aquella línea.

—Seguramente es él —afirmó Reuben asomándose por la vidriera de la ventana.

—Entonces, pequeña, tienes que sentarte aquí —dije tomándola en brazos y colocándola en una silla puesta en el rincón de la habitación—. Has de portarte como una mocita valiente y permanecer callada, suceda lo que quiera. ¿Lo harás así?

La niña cerró los labios y asintió con un movimiento de cabeza.

—Viene a toda prisa, Micah —observó mi compañero que continuaba en su observatorio—. ¿No es verdad que parece una raposa u otra alimaña de la misma especie?

En verdad había algo en aquella figura delgada, vestida de negro y de movimientos rápidos y furtivos, que traía a la imaginación la idea de un animal astuto. Se deslizaba entre las sombras de los arbustos achaparrados y mimbreras, con el cuerpo inclinado, de suerte que el ojo más penetrante no alcanzaría fácilmente a divisarle desde Bridgwater. No obstante, estaba a la sazón a tanta distancia de la ciudad, que sin el menor riesgo hubiera podido salir de su escondrijo y avanzar por el páramo; pero las profundas lagunas que

había a ambos lados no le permitían dejar el camino, hasta haber pasado de la choza donde estábamos nosotros.

Al llegar frente a nuestra emboscada, los dos salimos por la puerta abierta y le cortamos el paso. En cierta ocasión había oído yo a un ministro *independiente* describir en Emsworth la aparición de Satanás; pero, si el buen señor hubiera estado con nosotros aquel día, no habría necesitado torturar mucho su imaginación. Una palidez cetrina cubrió el moreno semblante de Derrick, que al mismo tiempo retrocedió tomando aliento, mientras sus negros ojos despedían un brillo siniestro buscando a derecha e izquierda un punto por donde escapar. Por un instante su mano buscó la empuñadura de la espada; pero la reflexión debió hacerle comprender que difícilmente lograría abrirse paso por entre nosotros. Entonces miró a su alrededor, pero la retirada sólo era posible pasando por el campamento que había traicionado. Así, pues, permaneció con aire sombrío y estólido, torvo e inclinado el semblante, mirando con expresión recelosa e inquieta y ofreciendo la imagen y símbolo de la alevosía.

—Os hemos estado esperando algún tiempo, maese John Derrick —dije yo—. Debéis volver con nosotros a la ciudad.

—¿Qué motivos tenéis para arrestarme? —preguntó con voz bronca y entrecortada—. ¿Con qué autoridad lo hacéis? ¿Quién os ha dado el cargo de molestar a los viajeros en el camino real?

—Tengo orden de mi coronel —respondí secamente—. Habéis estado ya otra vez esta misma mañana en el campo de Feversham.

—¡Mentira! —rugió con fiereza—. No he hecho más que dar un paseo para gozar del ambiente.

—No lo neguéis —dijo Reuben—; porque yo mismo os he visto regresar; y ahora permitidnos ver qué papel es ese que asoma por debajo del jubón.

—De sobra conozco la causa por qué me tendéis esta celada —repuso Derrick con enconado acento—. Habéis hecho circular contra mí rumores calumniosos, para que no os sirva de obstáculo en vuestro proyecto de casaros con la nieta del alcalde. ¿Quién sois vos para atreveros a poner en ella los ojos? Un vagabundo sin amo ni familia que llega de no se sabe dónde. ¿Por qué habéis de aspirar a arrebatarnos la flor que se ha criado entre nosotros? ¿Qué tenéis vos que ver con ella ni con nuestra ciudad? Respondedme.

—No es asunto ese que haya yo de discutir aquí, porque para ello tendremos tiempo y lugar más oportuno —contestó Reuben tranquilamente—. Entregadnos vuestra espada y venid con nosotros. Por mi parte os prometo hacer lo que pueda para salvaros la vida. Si vencemos esta noche, vuestros

pobres esfuerzos servirán de poco para hacernos daño. Si somos derrotados, tal vez no sobrevivamos muchos para perjudicaros a vos.

—Os agradezco una protección tan generosa —replicó con el mismo aire de frío encono mientras se desceñía la espada, y se acercaba lentamente a mi compañero—. Podéis tomarla para hacer un regalo a *lady* Ruth —añadió, presentando el arma en la mano izquierda—, pero llevaos también «esto» —dijo rápidamente sacando un cuchillo del cinto y hundiéndolo en el costado de mi pobre amigo.

La acometida fue tan rápida e inesperada, que me faltó tiempo para evitarla o prevenirla; y la víctima cayó en tierra exhalando entrecortados gemidos, mientras el cuchillo cayó en el camino a mis pies. El asesino lanzó un grito agudo de triunfo y retrocedió para evitar la estocada furiosa que le tiré, echando luego a correr por el campo con toda la velocidad que le permitían sus piernas. Era superior a mí en agilidad y estaba más ligeramente vestido; pero, por razón de mi estatura y ejercicio, había yo llegado a ser el mejor corredor de la comarca; y el ruido de mis pasos le hizo comprender que no tenía probabilidades de escapar de mi furor. Dos veces cambió rápidamente de dirección, como suelen hacer las liebres cuando los galgos a punto están de alcanzarlas; y otras dos más cuando mi espada le pasó a corta distancia, porque, a decir verdad, no pensaba yo en perdonarlo, más que si se tratara de una culebra venenosa que delante de mí hubiera clavado su diente en el pecho de mi amigo. Así, pues, ni se me pasó por la imaginación usar con él misericordia, ni él tampoco la pidió.

Al fin, sintiendo cerca de sí mis pasos y aliento, saltó desesperadamente por entre las junqueras precipitándose en el traidor pantano. Hundidos hasta el tobillo, hasta la rodilla, hasta la cintura, luchamos resbalando y vacilando a cada instante, y sacándole yo siempre ventaja; de modo que, poco después, lo tuve al alcance de mi brazo y blandí mi espada para herirlo. Pero estaba dispuesto, mis queridos niños, que el traidor no había de morir como un valiente sino como reptil que era; porque de pronto, y cuando yo estaba a dos pasos de él, se hundió en lo profundo produciendo un ruido estertoroso y cerrándose al punto sobre su cabeza la verde espuma del pantano. Aquello sucedió de una manera repentina y silenciosa, como si algún monstruo extraño de los marjales lo hubiera asido y sepultado en lo profundo de la charca.

Todavía continuaba yo con la espada en alto y la vista fija en el sitio por donde había desaparecido el traidor, cuando salió a la superficie una enorme burbuja que reventó en el aire, quedando luego todo en silencio y ofreciendo

la sombría superficie que tenía delante la imagen de la muerte y la desolación. No puedo decir si el desgraciado cayó verdaderamente en un hoyo profundo, o si en su desesperación se arrojó al fondo a propósito. Lo único que sé es que en la gran ciénaga de Sedgemoor están sepultados los huesos de un traidor y de un espía.

Salí como pude del lodazal y regresé a toda prisa adonde había dejado a Reuben tendido en tierra. Inclinándome sobre él, hallé que el cuchillo había penetrado por la correa lateral que unía el peto al espaldar y que la sangre no sólo brotaba de la herida, sino que salía en burbujas por un ángulo de la boca. Con dedos temblorosos desaté las correas y desdí las hebillas, a fin de aflojar la armadura, apretando luego mi pañuelo contra su costado para detener la sangre.

—Confío en que no lo habrás matado, Micah —dijo abriendo repentinamente los ojos.

—Un poder más alto que el nuestro ha sellado su destino, Reuben —respondí.

—¡Pobre infeliz! Tenía muchos motivos para estar medio desesperado —murmuró y al instante cayó nuevamente en un desmayo. Mientras permanecía arrodillado junto a él, observando la palidez de su rostro y la dificultad de su respiración, pensé en la índole sencilla y bondadosa de mi pobre amigo y en el afecto que me profesaba sin merecerlo. Esta consideración, queridos míos, me conmovió de tal suerte que, sin vergüenza alguna lo digo, rompí a llorar como un niño a pesar de no ser hombre delicado ni sensiblero; y mis lágrimas se mezclaron con su sangre.

Mientras tales cosas ocurrían, Decimus Saxon había subido a la torre de la iglesia con ánimo de observar con el auxilio de sus anteojos cómo desempeñábamos nuestra misión. Como advirtiera que había sobrevenido alguna desgracia, buscó apresuradamente un cirujano experto, y nos lo trajo con una escolta de guadañiles. Permanecía yo aún de rodillas junto a mi desmayado amigo, auxiliándole en la forma que mis escasos conocimientos me sugerían, cuando llegó el grupo con el coronel al frente y me ayudaron a transportar al herido a la casa preservándole de los rayos del sol. Los minutos me parecieron horas mientras el médico examinaba y sondeaba la herida con aire grave.

—El golpe no es mortal —dijo al fin, y al oírlo me dieron ganas de abrazarlo—. La hoja ha resbalado en una costilla, pero el pulmón está ligeramente herido. Es necesario que lo traslademos a la ciudad.

—Ya oís lo que dice —repuso Saxon en tono bondadoso—. Como hombre de ciencia, su opinión es de peso… ¿qué dice a este propósito el poeta?:

Mucho más vale un médico con maña
que cincuenta soldados en campaña.

»¡Ánimo, hombre! Estáis tan pálido que, al parecer, sois vos quien ha perdido la sangre y no vuestro amigo. ¿Dónde está Derrick?

—Ahogado en los pantanos —respondí.

—Perfectamente. Así nos ahorraremos siete pies de una buena cuerda de cáñamo. Pero aquí estamos en una posición peligrosa, porque la caballería real pudiera caer sobre nosotros. ¿Qué niña es esta que veo ahí tan pálida y silenciosa sentada en el rincón?

—La guardiana de la casa. Su abuelita la ha dejado sola.

—Lo mejor es que te vengas con nosotros, pequeña. Pudiera ocurrir algo grave aquí, antes que haya concluido todo.

—No quiero; tengo que aguardar a la abuelita —respondió con los ojos llenos de lágrimas.

—Es que nosotros te llevaremos con tu abuela —le dije—. No podemos dejarte aquí.

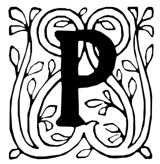
Le tendí entonces mis brazos y la niña se arrojó a ellos y se recostó sobre mi pecho, sollozando con pena inconsolable.

—¡Llévame! —gimoteó—. Tengo mucho miedo.

Procuré tranquilizar de la mejor manera posible a la criatura y la puse sobre mi espalda. Los campesinos habían preparado una especie de camilla con los mangos de sus dalles metidos por las mangas de las chaquetas y sobre ella fue colocado Reuben. El cirujano le administró un cordial que hizo aparecer en sus mejillas una ligera tinta de carmín, y el herido saludó entonces a Saxon con una inclinación y una sonrisa. De este modo, avanzando lentamente, regresamos a Bridgwater, donde Reuben fue conducido a nuestros cuarteles y la niña de los marjales puesta al cuidado de una familia de la ciudad, que prometió devolverla a su casa cuando hubieran terminado los disturbios.

XXXII

DEL COMBATE DE SEDGEMOOR



or más urgentes y apremiantes que fueran nuestras necesidades y desgracias privadas, apenas teníamos tiempo de pensar en ellas, porque se acercaba el momento en que había de decidir en lo futuro, no solamente nuestro destino sino el de la causa protestante

de Inglaterra. Ninguno de nosotros miraba con desdén el peligro. Sólo un milagro podía librarnos de la derrota, y la mayoría opinábamos que habían pasado las edades milagreras. Otros, sin embargo, pensaban de diferente modo, y creo que muchos de nuestros puritanos, si hubieran visto aquella noche los cielos abiertos y los ejércitos de los serafines y querubines que bajaban a prestarnos ayuda, lo hubieran considerado como el acontecimiento más ordinario y natural.

En toda la ciudad resonaban las arengas de innumerables predicadores. Cada escuadrón o compañía había elegido su orador especial, y a veces más de uno para que les expusiera la justicia de su causa y la doctrina de la Biblia. Las pipas de cerveza, los carros, las ventanas y hasta los caballetes de las casas quedaron convertidos en púlpitos. La elocuencia de los oradores producía evidentemente sus frutos; porque la multitud prorrumpía a menudo en broncos y feroces rugidos mezclados con oraciones y jaculatorias. Los soldados se embriagaban con el fervor religioso mejor que pudieran hacerlo con el vino o las bebidas alcohólicas; y sus semblantes aparecían congestionados; su lenguaje era duro y sus ademanes amenazadores. *Sir* Stephen y Saxon se miraban sonriendo al observarlos, porque, siendo como eran soldados veteranos, sabían que entre todos los medios que pueden contribuir a comunicar a un hombre el valor y el desprecio de la vida, el sentimiento religioso es el más fuerte y duradero.

Por la noche tuve tiempo de visitar al herido y lo hallé cómodamente acostado respirando con alguna dificultad, pero tan animado y alegre como siempre. Nuestro prisionero, el comandante Ogilvy, que nos había cobrado gran afecto, estaba sentado junto a él leyéndole en voz alta un libro ameno.

—Esta pícara herida ha venido en malísima ocasión —dijo Reuben con impaciencia—. ¿No es cosa insoportable que una pequeña punzada como ésta sea causa de que mi compañía entre en batalla sin su capitán, después de tantas marchas y de tan prolongado ejercicio? Se me ha invitado al banquete y en el momento de comenzar me veo obligado a retirarme de él.

—Tus soldados han sido unidos a los de mi compañía —le respondí—; aunque, a decir verdad, los pobres están consternados por la falta de su capitán. ¿Te ha visto el médico?

—Ahora mismo acaba de salir —dijo el comandante Ogilvy—. Dice que nuestro amigo mejora; pero me ha advertido que no lo deje hablar.

—¡Chitón entonces, muchacho! —repuse poniéndome el índice en los labios—. Como te oiga articular una palabra me marcho al instante. Esta

noche, comandante, os libraréis de una sorpresa desagradable. ¿Qué opináis de nuestras probabilidades de vencer?

—Que me parecen muy escasas —replicó sin ambages—. Monmouth viene a ser una especie de jugador arruinado que arroja su última guinea en la mesa. Es poco lo que puede ganar, y en cambio corre el peligro de perderlo todo.

—No estoy conforme —repliqué—. Si triunfamos, tal vez se levante en armas todo el centro de Inglaterra.

—El país no está maduro para una revolución de tal índole —observó el comandante moviendo la cabeza—. Verdad es que no siente el menor entusiasmo a favor del papismo ni de un monarca católico; pero no hay quien ignore que estamos tolerando un mal pasajero; porque el llamado a suceder al rey actual es el protestante príncipe de Orange. ¿Por qué, pues, habríamos de arriesgarnos en guerras civiles para conseguir lo que el tiempo y la paciencia han de darnos por sí mismos? Fuera de eso, el caudillo que habéis elegido no merece confianza alguna. ¿No prometió en su manifiesto dejar a los Comunes la elección de monarca, y, sin embargo, antes de transcurrir una semana, se proclamó a sí mismo, rey de Inglaterra en la plaza de Taunton? ¿Quién puede fiarse de un hombre tan infiel a su palabra?

—¡Traición, comandante, traición de primer orden! —repliqué riendo—. Sin embargo, si nos fuera dable encargar un caudillo como se encarga una chaqueta, quizá hubiéramos elegido uno de mejor temple. Estamos en armas, no precisamente por Monmouth, sino por las antiguas libertades y derechos de los ingleses. ¿Habéis visto a *sir* Gervas?

El comandante Ogilvy y hasta Reuben se echaron a reír.

—Podéis hallarlo en la habitación superior —respondió nuestro prisionero —. Jamás hubo entre los elegantes más refinados de la corte uno que se preparara para asistir a un baile de etiqueta con el esmero que *sir* Gervas para entrar en batalla. Si las tropas del rey lo hacen prisionero, seguramente han de confundirlo con el duque. Aquí ha estado, no hace mucho, pidiéndonos parecer sobre sus lunares postizos, sus calcetines y no sé qué otras cosas más. Lo mejor será que subáis a verlo.

—¡Adiós, entonces, Reuben! —dije estrechándole la mano.

—¡Adiós, Micah! ¡Dios te saque con bien de la refriega!

—¿Podría hablar con vos una palabra aparte, comandante? —murmuré en voz baja—. Me parece —continué cuando estuvimos en el pasillo—, que no podréis quejaros de la dureza con que os hemos tratado. ¿Podría, pues, esperar de vos que cuidéis a mi amigo, si salimos derrotados esta noche? Sin dudarlo,

en el caso de que Feversham consiga prevalecer, habrá gran derramamiento de sangre. Los que están sanos pueden mirar por ellos mismos; pero el que está impedido necesita el apoyo de una mano amiga.

El comandante me estrechó la mano.

—Os juro ante Dios —dijo—, que no recibirá ningún daño.

—Me habéis quitado un peso de encima que me oprimía el corazón —respondí—; sabiendo ahora que lo dejo en lugar seguro, entraré en el combate con el ánimo tranquilo.

El soldado regresó sonriendo amistosamente al cuarto del enfermo, mientras yo subía la escalera y penetraba en el departamento de *sir* Gervas Jerome.

Lo hallé de pie delante de una mesa, materialmente cubierta de botes, cepillos, cajas y una infinidad de menudencias, que había comprado o pedido prestadas para la ocasión. Un gran espejo de mano aparecía fijo en el muro, con candelas a los dos lados. Frente a él, con expresión solemne y grave en el pálido y hermoso rostro, el *baronet* estaba componiéndose y recomponiéndose una corbata blanca. Sus botas de montar brillaban con el lustre que acababan de recibir y habían sido cuidadosamente compuestas. También se advertía la limpieza más esmerada en la vaina y cinto de la espada en el peto y en todas las prendas de vestir. Se había puesto el traje más vistoso y nuevo, adornando su cabeza con una magnífica peluca de estricta etiqueta, que le llegaba hasta los hombros y blanqueaba como la nieve. No había la menor mancha en su persona desde el elegante sombrero de montar hasta las relucientes espuelas, formando extraña contraposición con el aspecto que yo ofrecía cubierto del lodo de Sedgemoor y con el vestido en desorden, a causa de haber cabalgado e ido de una parte a otra sin descansar en dos días.

—¡Caramba! Habéis llegado con la mayor oportunidad —exclamó al verme entrar—. Acabo de pedir una botella de vino de Canarias. ¡Hola! Ya la tenemos aquí —añadió al ver entrar a una criada con la botella y los vasos—. Toma esa pieza de oro, querida, la última que me queda en el mundo, y la única superviviente de una excelente familia. Paga el vino a la patrona, chiquilla, y quédate con la vuelta, para que te compres algunas chucherías que lucir en el próximo domingo. Pero ¡maldita corbata!, no puedo conseguir quitarle las arrugas.

—Es igual —le repliqué—. ¿Cómo podéis ocuparos en tales minucias cuando estamos a punto de entrar en batalla?

—¿Minucias? —preguntó enojado—. ¡Vaya unas minucias! Bien, basta; sería inútil discutir con vos. Vuestro ánimo bucólico será siempre incapaz de

elevarse a comprender la sutil importancia que encierran asuntos de esta índole, y la tranquilidad que siente el espíritu al saber que todas las cosas están en su punto, así como la inquietud que lo acosa cuando hay algo desordenado. Indudablemente esto procede de la educación; y tal vez en la presente materia aventajo a muchos otros de mi clase. Me comparo a menudo al gato que se complace en lamerse todo el día, a fin de hacer desaparecer la menor mota de su piel. ¿No he tenido un tino especialísimo para colocarme el lunar sobre la ceja? ¡Bah!, vos no sois competente para dar parecer. Tanto valdría consultar al amigo Marot, el caballero de las pistolas. ¡Llenad vuestro vaso!

—Vuestra compañía os está esperando junto a la iglesia —observé—, la he visto al pasar.

—Y ¿qué aspecto presentaba? —preguntó—. ¿Estaban los mosqueteros bien limpios y empolvados?

—No tuve tiempo de fijarme en ello; pero vi que estaban cortando las mechas y preparando el cebo de los mosquetes.

—Yo preferiría que tuvieran cierre de muelle —repuso rociándose con agua perfumada—; los portamechas son pesados y molestos. ¿Habéis bebido bastante vino?

—No tomaré más —respondí.

—Entonces tal vez el comandante se encargue de apurar la botella. No es frecuente que yo necesite ayuda para una cantidad tan despreciable; pero quiero conservar serena mi cabeza esta noche. Bajemos a ver a nuestra gente.

Cuando llegamos a la calle, eran las diez de la noche. El alborotado murmullo de los predicadores y el clamoreo del pueblo habían desaparecido, al volver los regimientos a sus puestos; y las tropas permanecían ahora silenciosas y graves, pudiéndose distinguir sus apretadas filas a la débil luz de las lámparas y de las ventanas. De entre un montón de apretados cirros salió la luna derramando sobre la escena una luz fría y plateada, que desapareció poco después velada por nuevas nubes. Por la parte del norte y en los últimos confines del horizonte aparecían trémulos rayos luminosos que se elevaban al cielo, con un movimiento de vaivén semejante al de gigantes y temblorosos dedos. Era una aurora boreal, espectáculo que rara vez se ve en los condados meridionales. Nada tiene, por tanto, de extraño que, al presentarse en época tan crítica, los fanáticos vieran en aquel fenómeno un signo sobrenatural, comparándole a la columna de fuego que guio al pueblo de Israel en su peligrosa peregrinación por el desierto. Las azoteas y ventanas estaban llenas

de mujeres y niños, que prorrumpían en agudos gritos de terror o asombro al avivarse o palidecer aquella extraña luz.

—Son las diez y media por el reloj de St. Mary —dijo Saxon, mientras cabalgábamos en busca del regimiento—. ¿No tenemos nada que dar a los soldados?

—En el corral de aquella posada hay un tonel de sidra de Zoyland —contestó *sir* Gervas—. Oye, Dawson, toma estos prendedores de oro y dáselos a mi posadero a cambio de la sidra. Abre el barril, y procura que cada soldado tome un vaso. Que me mate la peste, si van a ir a pelear no llevando más que agua en el estómago.

—Cuando van a echar de menos una bebida confortante, será antes de amanecer —dijo Saxon mientras pasaba corriendo una docena de piqueros en dirección a la posada—; porque el aire de los marjales tiene una humedad fría que penetra hasta los huesos.

—Pues yo comienzo a sentirla ya, y *Covenant* piafa con ganas de hacer ejercicio —repuse—. ¿No podríamos, en el caso de tener tiempo, caminar a trote largo hasta la línea?

—Seguramente —respondió Saxon en tono de satisfacción—; apruebo la idea.

Sacudimos, pues, las bridas y nos lanzamos al trote por las calles empedradas con pedernales que hacían saltar chispas de los cascos de nuestros caballos.

Detrás de la caballería y en una larga línea que se extendía desde la puerta de Eastover, pasando por el puente, a lo largo de la calle High hasta Cornhill y siguiendo luego por la iglesia hasta el lugar denominado Pig Cross, estaba nuestra infantería, silenciosa y austera, excepto cuando alguna voz de mujer salía de las ventanas y arrancaba de las filas alguna contestación breve y sorda. La vacilante luz se reflejaba en las hojas de las guadañas y en los cañones de los mosquetes, dejando ver las líneas de semblantes rudos y serios de los voluntarios, entre los que se contaban mozalbetes barbilampiños y hombres de avanzada edad con los cabellos entrecanos, todos animados del mismo valor y fiera resolución. Aquí se veían aún los pescadores de las regiones meridionales, los feroces mineros de los Mendips, los salvajes cazadores de Porlock Quay y Minehead, los ladrones de caza, venidos de Exmoor, los escuálidos marjaleses de Axbridge, los montañeses de los Quantocks, los tejedores de jerga y lana de Devonshire, los ganaderos de Bampton, los chaquetas rojas de la milicia, los graves ciudadanos de Taunton, y por último, como elemento más brioso y resistente de todo aquel ejército,

los valientes campesinos de los llanos, con sus largas blusas, y los brazos morenos y nervudos remangados, conforme a la costumbre que tenían de prepararse para el trabajo.

Hace cincuenta años, mis queridos niños, desde que transcurrieron los acontecimientos que os estoy relatando; y ese espacio de tiempo no es a los ojos de mi memoria más que una especie de neblina matinal, pues me parece que estoy cabalgando una vez más por las tortuosas calles de Bridgwater entre las apretadas filas de mis bizarros compañeros. ¡Qué hombres tan valerosos! Ellos supieron demostrar cuán escaso tiempo necesita el inglés para convertirse en soldado, y cuán indomable es el espíritu de los que habitan en las pacíficas aldeas, esparcidas en las soleadas vertientes de Somersetshire y en las hondonadas de Devon. Si alguna vez Inglaterra cayera rendida en lucha con otra nación, y se viera abandonada de los que, en lugar de defender su independencia, la dejaran a merced del enemigo, debería animarse, recordando que cada aldea del reino es un cuartel, y que su verdadero ejército permanente está en el valor intrépido y la sencilla virtud que se alberga en los humildes pechos de sus campesinos.

Mientras recorríamos la línea, salía de las filas un rumor de bienvenida y saludo, dirigido a la estirada y tétrica figura de Saxon. Estaban a punto de dar las once, cuando regresábamos a nuestro regimiento, y en aquel mismo instante el rey Monmouth salía a caballo de la posada, acompañado de su Estado Mayor que le seguía por la calle High. Se había prohibido todo género de aclamaciones; pero las gorras levantadas en alto y el blandir de las armas manifestaban el entusiasmo de sus partidarios. No sonó ninguna trompeta ordenando que se rompiera la marcha, sino que cada voluntario recibió el santo y seña empezando al mismo tiempo su movimiento. El acompasado andar de centenares de hombres resonó acercándose cada vez más, hasta que le tocó el turno a la columna de los habitantes de Frome, situados frente a nosotros, y entonces emprendimos, mezclados con ellos, aquel viaje del que muchos no habían de regresar.

La ruta que seguíamos pasaba por el Parret y Eastover, y continuaba luego por el lugar, donde Derrick había quedado sepultado bajo las pantanosas aguas cerca de la casita solitaria donde encontramos a la niña. Un poco más allá, el camino se convierte en un sencillo sendero que recorre la llanura. Sobre la región pantanosa se alzaba una densa niebla que formaba espesos pelotones en las concavidades y ocultaba no sólo la ciudad de donde habíamos partido, sino las aldeas a las que nos acercábamos. De cuando en cuando se despejaba el ambiente por breves instantes; y entonces podíamos

ver a la luz de la luna la prolongada y ondulante línea negra del ejército, salpicada de reflejos de azul y manchas blancas de las toscas banderas que ondeaban al soplo de la brisa nocturna. Allá lejos, por la parte de la derecha, ardía una gran hoguera, que tal vez fuera una casa de labor, saqueada e incendiada por los bárbaros soldados de Tangiers.

Caminábamos lentamente y con gran cuidado, porque, conforme nos había advertido *sir* Stephen Timewell, la llanura estaba cortada por grandes zanjas, llamadas en el país *rhines*, sólo vadeables en ciertos puntos. Estos *rhines* habían sido abiertos a fin de sanear el terreno de los marjales; y era tal su profundidad, que ni los caballos podían atravesarlos. La escasa anchura de los puentes era causa de que se tardara algún tiempo en pasarlos. Al fin, efectuamos la travesía de las dos zanjas principales, la de Black y la de Langmoor, sonando entonces la voz de alto para formar en línea, porque teníamos motivos para creer que no existía fuerza alguna entre el campamento real y nosotros. Hasta aquí todo había salido admirablemente, y estábamos ya a media milla del campamento sin que hubiera ocurrido contratiempo ni desgracia alguna, y sin que los centinelas del enemigo ni sus avanzadas dieran la menor señal de su presencia. Evidentemente las tropas de James nos miraban con tal desprecio, que ni siquiera les había pasado por las mientes la idea de que pudiéramos atacarlas. Si alguna vez hubo general que mereciera ser penado por su negligencia y descuido, Feversham debía figurar en primera línea. Al romper la marcha por el páramo, el reloj de Chedzoy dio la una.

—¿Verdad que esto es magnífico? —murmuró en voz baja *sir* Gervas mientras hacíamos alto del otro lado de la zanja de Langmoor—. ¿Hay algo en el mundo que pueda compararse al interés y excitación de este espectáculo?

—Cualquiera diría oyéndoos hablar así que vamos a presenciar una lucha de gallos o de perros —le respondí con alguna dureza—. La ocasión es solemne y triste, como pocas. Gane quien gane, esta noche correrá en abundancia la sangre inglesa.

—Los que sobrevivan quedarán más a gusto —repuso con ligereza—. Ved allá lejos, entre la niebla, el resplandor de las hogueras en el campo enemigo. ¿Cuál era la recomendación de vuestro amigo el marino? «Ponte a barlovento y al abordaje», ¿verdad? ¿Se lo habéis dicho al coronel?

—¡Ea!, ahora no estamos para pullas ni bromas —repliqué en tono serio —; lo probable es que pocos de nosotros veamos mañana la salida del sol.

—No tengo gran curiosidad por presenciar suceso tan ordinario — observó, riendo—. Al fin y al cabo, el sol saldrá poco más o menos como

ayer. ¡Voto a tal! Nunca me he levantado en mi vida para ver eso, aunque me ha gustado ver centenares de soles antes de acostarme.

—Le he dicho a mi amigo Reuben cuatro palabras sobre lo que debería hacer en el caso de que yo sucumba en la pelea; y me ha servido de gran alivio saber que no faltará quien dé mis recuerdos a todos los conocidos. ¿No podría yo prestaros un servicio análogo?

—¡Hum! —me contestó—. Si caigo en la refriega, podéis decirle a Araminta… pero no, mejor será dejar en paz a la pobre muchacha. ¿Por qué enviarle mensajes tristes y fastidiosos? Si por ventura fuerais a Londres, Tommy Chichester se alegraría de oíros contar las peripecias que nos ocurrieron en Somersetshire. Podréis encontrarle todos los días de la semana en el café Coca Tree, entre las dos y las cuatro de la tarde. Allí está también la abuela Butterworth, a quien os recomendaría con gusto. Fue la reina de las nodrizas; mas por desgracia el tiempo cruel ha dado al traste con su negocio y ahora la pobre necesita que la alimenten a ella.

—Si salgo con vida de la pelea, y vos sucumbís, haré por ella lo que pueda —le respondí—. ¿Tenéis algo más que encargarme?

—Únicamente que el mejor sastre donde podéis vestiros es Hacker, el de Paul's Yard —repuso—. Es un informe de menor cuantía, pero que no deja de tener su valor. Ahora otra cosa. He dejado allá una o dos joyas que podrían servir de regalo para la linda puritana, si nuestro amigo se resuelve a llevarla al altar… ¡Caramba con la muchacha! ¡No son poco estrafalarios los libros que ha de hacerle leer!… ¿Qué pasa, coronel? ¿Por qué nos hemos detenido en el páramo como una bandada de golondrinas en el alero de un tejado?

—Están formando en línea de batalla —dijo Saxon que había llegado en aquel momento—. ¡Rayos y truenos! ¿Quién vio jamás un ejército tan mal acampado? ¡Quién no diera tener aquí por espacio de una sola hora mil quinientos jinetes de la caballería húngara de Wessenburg! Seguramente había de dejarles el campo como una extensión de trigo después de un pedrisco.

—¿No podría avanzar nuestra caballería? —pregunté.

El viejo soldado hizo una mueca de desdén.

—Si hemos de ganar esta batalla, será con la infantería —añadió—. ¿Acaso puede esperarse cosa alguna de una caballería como la que traemos? Procurad mantener el orden en vuestra gente, porque tal vez tengamos que rechazar la carga de los dragones del rey. Corremos el peligro de ser atacados de flanco, porque estamos en el puesto más comprometido.

—Me parece que hay algunas tropas a nuestra derecha —observé escudriñando el horizonte a través de la oscuridad.

—Así es; tenemos a los ciudadanos de Taunton y a los campesinos de Frome. Nuestra brigada cubre el flanco derecho. Cerca de nosotros están los mineros de Mendip, que por cierto son excelentes camaradas, con tal que su impetuosidad no los arrastre a cometer imprudencias. En este momento caminan con el lodo hasta las rodillas.

—No por eso dejarán de pelear con gran brío —observé—; pero seguramente nuestras tropas siguen avanzando.

—¡Sí, sí! —exclamó Saxon con gran entusiasmo, desenvainando la espada y atando su pañuelo alrededor de la empuñadura para sujetarla mejor —. ¡Ha llegado la hora! ¡Adelante!

Con el mayor silencio y lentitud continuamos la marcha por entre la densa niebla resbalando y chapoteando por el suelo húmedo. A pesar del cuidado que poníamos, no era posible evitar que el avance de un número tan considerable de hombres no produjera un sordo rumor procedente de los millares de pisadas. Enfrente de nosotros se veían manchas de luz rojiza que oscilaba entre la niebla, señalando los diversos puntos en que las tropas de James tenían apostados los centinelas. Inmediatamente, nuestra caballería avanzó de frente, en una densa columna. Súbitamente salió de la oscuridad una voz que daba el «quién viven» seguido de la descarga de una carabina y el galopar de un caballo. A lo lejos y a lo largo de la línea oímos después una serie de disparos. Nuestras fuerzas habían llegado a las avanzadas enemigas. Al percibirse aquellas señales de alarma, los escuadrones de lord Grey cargaron lanzando atronadores hurras, y nosotros los seguimos con la infantería corriendo a toda prisa. Ya habíamos atravesado doscientas o trescientas yardas, pudiendo oír de cerca el toque de las trompetas reales, cuando nuestros jinetes hicieron alto de pronto, quedando suspendido el avance.

—¡Santa María! —exclamó Saxon corriendo precipitadamente a vanguardia para averiguar la causa de aquella detención—. Es necesario avanzar a toda costa. Este alto hará fracasar enteramente la encamisada.

—¡Adelante, adelante! —exclamamos *sir* Gervas y yo blandiendo nuestras espadas.

—Es inútil, señores —rugió un alférez de caballería retorciéndose las manos de rabia—; estamos perdidos, nos han hecho traición. Hay una enorme zanja frente a nosotros de veinte pies de anchura, llena de agua e imposible de atravesar.

—¡Dejad sitio a mi caballo y yo os mostraré la manera de pasar al otro lado! —gritó el *baronet*, picando espuelas a su montura—. ¡A ver, muchachos! ¿Quién se atreve a saltar conmigo?

—Deteneos, señor, deteneos, por los clavos de Cristo —dijo un soldado echando mano a la brida del caballo de *sir* Gervas—. El sargento Sexton ha saltado hace un instante y jinete y montura se los ha tragado el abismo.

—Veámoslo —dijo Saxon abriéndose paso por entre los soldados—. Lo seguimos nosotros de cerca, hasta llegar a los bordes del gran pantano que impedía nuestro avance.

Hoy es el día en que no he podido poner en claro si fue la casualidad o la traición de nuestros guías la que nos llevó al pie de este terrible foso. Hay quienes aseguran que la zanja de Bussex, como se la denomina, no era ancha ni profunda, por lo que los marjaleses no la tuvieron en cuenta; pero que con las recientes y constantes lluvias había crecido, alcanzando una extensión hasta entonces desconocida. Otros creen que los guías se desorientaron con la niebla y equivocaron el camino; de suerte que, si hubieran tomado otro rumbo, habríamos podido llegar al campo enemigo sin cruzar aquel foso. Sea de ello lo que quiera, el hecho es, que nosotros quedamos detenidos ante aquella enorme balsa de agua ancha y negruzca, que tenía veinte pies de una margen a otra y mostraba en el centro la gorra del infeliz sargento a manera de mudo aviso y amenaza dirigidos a los que intentaran vadearla.

—Por fuerza tiene que haber algún paso —exclamó Saxon furioso—. Cada momento que pasa el enemigo centuplica, sus probabilidades de vencer. ¿Dónde está milord Grey? ¿Ha recibido ya el guía el castigo que merece?

—El comandante Hollis lo ha arrojado de cabeza en la zanja —respondió el joven alférez—. Milord Grey está recorriendo a caballo la ribera en busca de un vado.

Tomé una pica de uno de los soldados y sondeé con ella el depósito de agua pantanosa, después de haber entrado en la zanja hasta la cintura, mientras sujetaba con la mano izquierda la brida de *Covenant*; pero no logré hallar fondo ni señal alguna de que pudiera hallarse terreno firme dentro del foso.

—Oye, amigo —dijo Saxon tomando del brazo a un soldado de caballería —. ¡Vuela a retaguardia! Trae al momento un par de carros de municiones, y veremos si es posible improvisar un puente para salvar esta barrera infernal.

—Si pudiéramos llegar a la otra parte unos cuantos —observó *sir* Gervas mientras el jinete galopaba en cumplimiento de las órdenes recibidas—, nos sostendríamos allí hasta que recibiéramos ayuda.

Un sordo y feroz murmullo que sonó a lo largo de la línea del ejército rebelde demostró que el avance general se había estrellado contra el mismo obstáculo. Al otro lado del foso redoblaban los tambores, rasgaban el aire las trompetas y resonaban imperiosas voces de los oficiales ordenando las tropas para la pelea. Las luces que comenzaron a brillar en Chedzoy, Westonzoyland y en otros caseríos situados a derecha e izquierda de los anteriores, indicaban la rapidez con que se extendía la alarma. Decimus Saxon recorría de un lado a otro el borde de la laguna, profiriendo juramentos en diversas lenguas, rechinando los dientes y levantándose, de cuando en cuando, sobre los estribos para amenazar con la mano levantada al enemigo.

—¿Quién vive? —preguntó una voz ronca entre la niebla.

—Tropas del rey —respondieron los campesinos.

—¿De qué rey? —interrogó nuevamente la voz.

—Del rey Monmouth.

—¡Fuego, muchachos! —Y al instante siguiente, una nube de balas pasó silbando por nuestros oídos. La vista de los fogonazos aterró a los caballos, que se lanzaron a todo correr por la llanura, a pesar de los esfuerzos que los jinetes hacían por detenerlos. No falta quien dice que tales esfuerzos fueron poco enérgicos y que, desalentados los soldados de caballería por el fracaso sufrido en el foso, no tuvieron el menor reparo en volver grupas ante el enemigo. Por lo que se refiere a milord Grey, puedo asegurar con toda verdad que lo divisé entre los escuadrones fugitivos, luchando con todas sus fuerzas por obligarlos a detenerse. Pero los escuadrones siguieron su desenfrenada carrera rompiendo por entre las filas de la infantería, y dejando a sus compañeros llevar el peso de la batalla.

—¡A tierra, voluntarios! —ordenó Saxon con voz potente que resonó dominando el estruendo de la mosquetería y los lamentos de los heridos. Los piqueros y guadañiles se echaron boca abajo obedeciendo al coronel, mientras los mosqueteros, arrodillados frente a ellos cargaban y descargaban, sin tener otro blanco que las mechas encendidas de los tiradores enemigos, las cuales aparecían como puntos luminosos de brillo variable en medio de las tinieblas. Todo a lo largo de ambas líneas, a derecha e izquierda, se había roto el fuego, que los soldados hacían en rápidas y breves descargas cerradas, y los campesinos en un confuso y continuado tiroteo. En el ala más remota habían comenzado a funcionar nuestros cuatro cañones, llegando hasta nosotros el bronco estruendo de sus estampidos.

—¡Cantad, hermanos, cantad! —gritó nuestro animoso capellán, maese Joshua Pettigrue, recorriendo las filas de los combatientes postrados en tierra

—. ¡Imploremos la ayuda del Señor en este día de prueba!

Los voluntarios entonaron en voz alta y fervorosa un himno, formándose luego un gran coro al acompañarlos los habitantes de Taunton que estaban a nuestra derecha y los mineros de Mendip, situados a nuestra izquierda. Cuando lo oyeron los soldados del campo contrario, prorrumpieron en atronadores hurras, llenándose el aire de ensordecedor clamoreo.

Nuestros mosqueteros estaban en los bordes mismos del *rhine* de Bussex; y las tropas reales habían avanzado también cuanto les fue posible; de suerte que entre ambas líneas no había más que la distancia de cinco picas. Con todo, aquel breve espacio era impracticable, no sólo por el mortífero fuego de los combatientes, sino por los obstáculos naturales. Tan cerca llegamos a estar unos de otros, que los tacos encendidos de los mosquetes de nuestros adversarios pasaban por encima de nuestras cabezas a manera de copos de fuego y sentíamos en la cara el caluroso y rápido vaho de sus descargas. Sin embargo, a pesar de que zumbaba en el aire un espeso enjambre de balas, la puntería de los soldados era demasiado alta, dada la circunstancia de estar de rodillas nuestros voluntarios, por lo que pocos de éstos fueron heridos. Por nuestra parte, hicimos lo posible por mantener bajos los cañones de nuestros mosqueteros, obligándoles a inclinar las armas. Saxon, *sir* Gervas y yo íbamos y veníamos a caballo de un extremo a otro de la línea de fuego, corrigiendo la puntería con nuestras espadas y recomendando a los tiradores que apuntaran con calma y pulso firme. Los gemidos y lamentos del bando enemigo probaban que al menos algunos de nuestros disparos no se habían hecho al aire.

—Aquí nos sostenemos bien —dije a Saxon—. Me parece que afloja el fuego enemigo.

—Su caballería es la que me da que temer —respondió—. Pueden evitar la zanja, puesto que están en las aldeas situadas a nuestro flanco y en cualquier momento los tendremos encima.

—¡Hola, buen amigo! —gritó *sir* Gervas deteniendo su montura al pie mismo del foso y quitándose la gorra para saludar a un oficial montado que estaba a la parte opuesta—. ¿Podéis decirme si nos cabe la honra de pelear con la guardia de a pie?

—Somos el regimiento de Dumbarton, caballero —respondió el interrogado—. Os dejaremos buen recuerdo de nuestra entrevista.

—No tardaremos en pasar al otro lado para estrechar relaciones —replicó *sir* Gervas, y en el mismo momento caballo y jinete cayeron rodando a la ciénaga, entre un murmullo de risas, que el suceso despertó entro los soldados

del rey. Inmediatamente, media docena de nuestros mosqueteros se precipitaron en el foso, hundiéndose en el cieno hasta la cintura, y sacaron del peligro a nuestro amigo, pero el caballo que había recibido un balazo en el corazón se sumergió sin hacer el menor movimiento.

—No hay novedad —exclamó el *baronet* poniéndose de pie—. Prefiero pelear de este modo al lado de mis valientes.

Los voluntarios prorrumpieron en vítores y aclamaciones al oírlo, y por ambas partes arreció el fuego con redoblado encono. Tanto para mí como para muchos otros fue objeto de admiración el comportamiento de aquellos bizarros labriegos que se batían, con las bocas llenas de postas, cargando, cebando y disparando con la misma seguridad que si lo hubieran estado practicando toda su vida, y sosteniéndose contra un regimiento de veteranos, que en campañas anteriores había dado pruebas de no ceder la primacía a ningún otro del ejército inglés.

La grisácea luz de la mañana se extendía furtiva y callada sobre el páramo, y la batalla continuaba indecisa. La niebla flotaba sobre nosotros en blanquecinos pelotones y el humo de la pólvora formaba entre ambas líneas una nube sombría, a través de la cual los chaquetas rojas de la parte opuesta ofrecían, con sus prolongadas líneas, el aspecto de un batallón de gigantes. Me dolían los ojos y sentía en los labios una picazón producida por los gases de la pólvora. Junto a mí caían voluntarios cada vez en mayor número porque, al aumentar la claridad, los soldados habían rectificado la puntería. Nuestro buen capellán fue alcanzado por una bala cuando llegaba a la mitad de un salmo, y lanzando un fervoroso grito de alabanza y acción de gracias, pasó a unirse con aquellos de sus feligreses que yacían muertos en el campo a su alrededor. También habían caído Williams Re-Hope y el hostelero Milson, suboficiales de los más valientes que contaba la compañía; el uno muerto, y el otro gravemente herido, pero con fuerzas todavía para seguir manejando la baqueta y escupir postas en el cañón de su escopeta. Los dos Stukeley de Somerton, hermanos gemelos y mozos de grandes esperanzas, yacían inmóviles, con los pálidos rostros vueltos al grisáceo cielo y unidos en la muerte como lo habían estado en su nacimiento. En todas partes, los supervivientes se encontraban rodeados de cadáveres; pero ninguno cejó en su puesto, y Saxon permanecía aún en su caballo animándolos con palabras de esperanza y elogio, apareciendo a los ojos de los sencillos patanes, con su rostro severo y anguloso y su enjuto y brioso continente, como sugestiva imagen que les infundía indomable aliento. Los que entre mis guadañiles

sabían manejar un mosquete fueron colocados en la línea de fuego y provistos de las armas y municiones abandonadas por los muertos.

Al paso que iba aclarando, pude observar por entre las franjas de humo y niebla el progreso incesante de la pelea por ambas partes. A mi derecha el terreno aparecía cubierto de las parduscas manchas que proyectaban en la verdosa planicie los voluntarios de Taunton y Frome, tendidos a la larga para librarse de los proyectiles. A lo largo de los bordes del Bussex, una espesa zona de nuestros mosqueteros cambiaba mortíferas descargas cerradas, casi a boca de cañón, con el ala izquierda del mismo regimiento que luchaba contra nosotros, y que estaba apoyado por un segundo regimiento de uniforme galoneado de blanco, perteneciente, a mi entender, a la milicia de Wiltshire. En ambas riberas de la negra ciénaga se extendía una ancha zona de cadáveres, de tono oscuro en una de las partes, y de vivo escarlata en la otra, las cuales servían de parapeto a los combatientes, que se ocultaban detrás de ellas y apoyaban los cañones de los mosquetes en los cuerpos exánimes de las víctimas. Entre las mimbreras de nuestro flanco izquierdo se habían refugiado quinientos mineros de Mendip y Bagworthy, los cuales cantaban a todo pulmón; estos voluntarios carecían de armas de tal suerte, que apenas había una escopeta por cada diez hombres, para contestar al fuego que se les hacía. Les era imposible avanzar, y tampoco querían retirarse, por lo que se guarecían entre los arbustos del mejor modo posible y aguardaban resignados a que sus jefes resolvieran lo conveniente. Más allá, en el espacio de media milla, poco más o menos, se extendía la prolongada nube de humo, iluminada de cuando en cuando por vivas llamaradas, indicadoras de que todos nuestros bisoños regimientos peleaban valerosamente. A la izquierda había cesado el fuego de nuestros cañones. Los artilleros holandeses habían dejado a los isleños componer entre sí sus diferencias y escapaban a toda prisa a refugiarse en Bridgwater dejando sus silenciosas piezas en poder de la caballería real.

En tal punto estaba la batalla, cuando se alzó el grito de: «¡El rey, el rey!», y Monmouth pasó a caballo recorriendo nuestras filas, con la cabeza descubierta y el semblante azorado, entre una escolta formada por Buyse, Wade y otros doce jinetes. Se detuvieron a corta distancia y Saxon les salió al encuentro, saludando con la espada levantada. No pude menos de advertir la contraposición notable que formaba el veterano de tranquilo y sereno rostro, a la vez vigilante y atento, y el continente descompuesto del hombre a quien nos veíamos forzados a considerar como jefe.

—¿Qué opináis, coronel Saxon? —preguntó con gran agitación—. ¿Cómo va la batalla? ¿No ocurre aquí ninguna novedad? ¡Qué error! ¡Oh, qué error!

¿Seremos rechazados, eh? ¿Qué decís vos?

—Señor, aquí nos defendemos bien —respondió Saxon—; a mi juicio, si pudiéramos improvisar algo parecido a las empalizadas o estacadas, que usan los suecos, podríamos resistir el ataque de la caballería.

—¡Ah, la caballería! —exclamó el infeliz Monmouth—. Si salimos de ésta, milord Grey responderá del fracaso de nuestros jinetes. Huyeron como un rebaño de tímidas ovejas. ¿Qué general puede hacer nada de provecho con tales tropas? ¡Oh, día funesto, día desgraciado! ¿No avanzaremos?

—No hay razón para avanzar, señor, después del fracaso de la encamisada —dijo Saxon—. Había mandado traer algunos carros para tender un puente sobre el foso, conforme al plan que se recomienda en el tratado, *De vallis et fossis*; pero al presente, de nada servirían. No podemos hacer otra cosa que pelear como estamos.

—Enviar tropas a la otra parte sería sacrificarlas —dijo Wade—. Nuestras bajas, coronel Saxon, son considerables; pero, a juzgar por lo que veo en la ribera opuesta, hemos dado buena cuenta de los chaquetas rojas.

—¡Manteneos firmes! ¡Por amor de Dios, manteneos firmes! —exclamó Monmouth con aire desolado—. La caballería nos ha abandonado, y la artillería ha seguido su ejemplo. ¡Oh! ¿Qué puedo yo hacer con semejantes hombres? ¿Qué voy a hacer? ¡Desdichado de mí!

Picó espuelas a su caballo y partió a galope, siguiendo la dirección de la línea, con las mismas demostraciones de amargo desaliento. ¡Oh, queridos niños! ¡Qué cosa tan despreciable y vil es la muerte cuando se la compara con la deshonra! Si este hombre hubiera sabido soportar en silencio los rigores de su destino, como lo hacía el último soldado de a pie, que militaba bajo sus banderas, ¡con qué orgullo y satisfacción os hubiera yo hablado de nuestro caudillo de sangre real! Pero, dejémosle en paz. A la hora presente han quedado acalladas ya por muchos y largos años las agitaciones, temerosas inquietudes y emociones pasajeras que conmovían el espíritu de aquel hombre, como el hálito de la brisa conmueve y riza la superficie de las aguas. Acordémonos únicamente de la bondad de su corazón y demos al olvido las debilidades de su espíritu.

Mientras la escolta lo seguía, el corpulento guerrero alemán se destacó del grupo y volvió a donde estábamos nosotros.

—Estoy cansado de trotar de un lado a otro como maniquí de feria —dijo —; quedándome aquí, tendré probabilidades de participar de la pelea… ¡Quieto, pues, mi querido *Bucéfalo*! Una bala le ha causado una rozadura en

la cola; pero un soldado veterano como él, no ha de pararse en minucias… ¡Hola, amigo! ¿Dónde está vuestro caballo?

—En el fondo de la ciénaga —dijo *sir* Gervas mientras con la hoja de la espada se rallaba el lodo que le cubría el vestido—.Ahora son las dos y media —continuó— y hace una hora o más que andamos enredados en este juego… y eso que tenemos en frente un regimiento de línea. ¡Bah!, esto no es lo que yo me había figurado.

—Pronto vais a quedar contento —repuso el alemán brillándole los ojos de satisfacción—. *Mein Gott*! ¡Qué soberbio! ¡Mira, amigo Saxon, mira!

Había verdaderamente motivo para que el soldado hiciera aquellas demostraciones de admiración. A través de la neblina espesa que teníamos a nuestra derecha, se veían brillar aquí y allá numerosos destellos de luz plateada, mientras llegaba a nuestros oídos un ruido sordo y atronador, semejante al producido por el oleaje al estrellarse contra las rocas de un acantilado. Los movedizos reflejos del acero se hicieron más visibles, mientras crecía el estrépito causado por el galopar de los jinetes, cuando de pronto se rasgó la niebla y aparecieron las prolongadas líneas de la caballería real, avanzando en sucesivas oleadas, teñidas de escarlata, azul y oro, ofreciendo un espectáculo superior a lo que puede soñar la fantasía. En aquel movimiento ordenado y compacto de un cuerpo tan considerable de jinetes había algo que infundía el sentimiento de un poder irresistible.

Fila tras fila y escuadrón tras escuadrón se acercaban a nosotros, con las banderas ondeando al viento entre penachos de crines y reflejos de acero, constituyendo por sí solos un ejército cuyos flancos se perdían entre la neblina. Mientras galopaban con espantoso estruendo, rodilla con rodilla y brida con brida, salía de entre ellos tal tempestad de juramentos, mezclados con el chocar de los arneses, el retiñir del acero y el acompasado patullar de millares de cascos, que sólo el que haya tenido que hacer frente a tan arrollador torbellino con una pica de siete pies en la mano, es capaz de comprender el terrible trance de mantenerse a pie firme en la posición ocupada.

Pero con ser tan maravilloso el espectáculo, teníamos, queridos niños, como podéis suponer, poco tiempo para contemplarlo. Saxon y el alemán se metieron entre los piqueros e hicieron cuanto cabe en potencia humana para ordenar sus filas en un bloque nutrido. *Sir* Gervas y yo ejecutamos una operación análoga con los guadañiles que habían sido instruidos sobre la manera de formar un triple frente a la usanza alemana colocándose la primera fila, rodilla en tierra, la segunda con el cuerpo doblado hacia adelante y la

tercera de pie, haciendo avanzar las armas a igual distancia. Junto a nosotros, los voluntarios de Taunton habían formado un pelotón circular de aspecto sombrío, rodeado por una zona de acero, en cuyo centro podíamos ver y oír a su venerable alcalde, con la luenga y blanca barba flotando al soplo de la brisa y haciendo resonar en todo el campamento el eco estridente de su voz. El rumor de terremoto que engendraba la caballería enemiga se hizo cada vez más intenso y aterrador.

—¡Firmes, valientes! —gritó Saxon con voz vibrante—. ¡Clavad en tierra el regatón de la pica y apoyad sobre él el pie derecho! ¡No cedáis una pulgada! ¡Firmes!

Una gritería ensordecedora salió de ambas partes, y la viviente oleada se estrelló contra nuestras primeras filas.

No es posible, mis queridos niños, describiros la escena que siguió con los chasquidos de las astas rotas, los agudos y entrecortados lamentos de los heridos, el resoplar de los caballos y el chirriar de las espadas contra los hierros de las picas y las hojas de las guadañas. ¿Quién es capaz de reproducir con toda la viveza de colorido un cuadro, del que sólo conserva una vaga y confusa impresión? El que ha figurado en el hecho como actor no alcanza a tener idea tan clara del conjunto, como podría formársela un espectador que contemplara el espectáculo desde un elevado observatorio; pero conservo profundamente grabados en mi alma los incidentes que me tocó presenciar.

Mis recuerdos se limitan a un torbellino de humo por el que asomaban cascos de acero y rostros anhelantes y feroces, junto con la imagen de las enrojecidas narices de los caballos y sus patas delanteras levantadas en alto al retroceder frente al muro de acero. Vi entonces a un mozalbete barbilampiño, oficial de dragones, arrastrándose a gatas debajo de las guadañas y escuché su alarido de mortal angustia, cuando uno de los campesinos lo traspasó de parte a parte dejándolo clavado en tierra. Veo a un soldado barbudo, de semblante achatado, que montaba un caballo gris, llegar hasta el mismo muro formado por las hojas de las guadañas y buscar con ansia algún resquicio por donde penetrar, gritando al mismo tiempo con rabia frenética. En semejante ocasión y circunstancias, esos menudos incidentes de la lucha se imprimen en el ánimo de una manera imborrable, con todos sus pormenores; y así, me ocurre recordar ahora la blanca dentadura y rojas encías del jinete. Al mismo tiempo descubrí a un soldado de pálido rostro y labios finos que, echándose hacia adelante, sobre el cuello de su montura, enfilaba contra mí la punta de su espada, lanzando al mismo tiempo un torrente de maldiciones como las que suelen tener en la boca hombres de tal calaña. Todas estas imágenes surgen en

mi ánimo, al pensar en aquella feroz refriega, durante la cual descargué tajos, mandobles y estocadas a hombres y caballos sin hacer caso de quites ni de guardias.

En torno mío se alzaba una babel espantosa de voces y gritos, piadosas jaculatorias de los campesinos y horribles blasfemias de los soldados, campeando sobre todo aquel fragor la voz de Saxon mandando a sus piqueros mantenerse firmes. Luego retrocedió el turbión de jinetes, abriendo un ancho círculo en la llanura, y el vocerío triunfal de mis camaradas junto con la lista de una caja de rapé que aparecía abierta frente a mí, proclamó que habíamos sabido hacer volver grupas a escuadrones tan aguerridos y esforzados como jamás siguieron el redoble de los timbales.

Pero, aunque nosotros pudiéramos cantar victoria, el ejército en general no podía decir otro tanto. Únicamente la flor y nata de nuestras tropas pudo resistir y rechazar el empuje arrollador de caballos y jinetes vestidos de coraza. Los labriegos de Frome habían desaparecido, barridos enteramente por el enemigo. Muchos se habían hundido en la fatal ciénaga que detuvo nuestro avance. Otros yacían acuchillados en tierra en revuelto montón. Algunos, muy contados, se habían incorporado a nuestras filas, librándose así de correr la suerte de sus compañeros. A cierta distancia se veía aún a los tauntoneses conservando su posición, pero muy disminuidos en número.

Una prolongada lomera de caballos y jinetes, tendida frente a ellos, demostraba cuán violenta había sido la embestida y cuán indomable la resistencia. A nuestra izquierda, los mineros habían sido dispersados a la primera carga, pero se defendieron tan ferozmente metiéndose debajo de los caballos y acuchillándolos, que al fin los dragones se retiraron. Los milicianos de Devonshire sufrieron la misma suerte que los voluntarios de Frome después de haber perdido su formación. Durante el curso entero de la lucha, la infantería enemiga, instalada en la margen opuesta del *rhine* de Bussex, sostenía un tiroteo nutrido, al que nuestros mosqueteros, teniendo que defenderse contra la caballería, no pudieron contestar.

No se necesitaba gran experiencia militar para comprender que la batalla estaba perdida y, juntamente, la causa de Monmouth. A la sazón había amanecido enteramente, si bien el sol permanecía debajo del horizonte. Habíamos perdido la caballería y la artillería; nuestra línea estaba rota en muchos puntos, y algunos de nuestros regimientos habían sido destruidos. En el flanco derecho, la Guardia Azul de a caballo, la caballería de Tangiers y dos regimientos de dragones estaban formando para una nueva carga. A nuestra izquierda, los guardias de infantería habían tendido un puente sobre la

ciénaga y peleaban cuerpo a cuerpo con los voluntarios del norte de Somersetshire.

Por el frente recibíamos un fuego constante, sin que nos fuera dado contestarle sino de una manera débil e incierta, porque los carros de municiones se habían extraviado con la oscuridad de la noche; y muchos mosqueteros clamaban pidiendo municiones, mientras otros cargaban con guijarros en lugar de balas. Añádase a esto que los regimientos, aún en pie, habían perdido mucha gente a consecuencia de las cargas quedando reducido a una tercera parte. A pesar de todo, los valientes patanes lanzaban incesantes aclamaciones y se animaban mutuamente con chistes familiares como si la batalla fuera un juego más o menos brutal, que habían de continuar hasta el fin mientras quedara un solo jugador.

—¿Está ahí el capitán Clarke? —preguntó Decimus Saxon, llegando a caballo con el brazo derecho salpicado de sangre—. Buscad a *sir* Stephen Timewell y decidle que incorpore, sus voluntarios a los nuestros. Separados, no podremos resistir; juntos, haremos frente a otra carga.

Picando espuelas a *Covenant*, llegué adonde estaban nuestros compañeros y cumplí la misión que llevaba *sir* Stephen, que había sido herido por la bala de un pedreñal y llevaba atado a su blanca cabellera un pañuelo rojo, comprendió que el aviso era atinado y condujo a su gente al lugar donde estábamos nosotros. Como sus mosqueteros estaban mejor provistos que nosotros, prestaron excelente servicio sosteniendo por algún tiempo un fuego mortífero contra los que estaban del otro lado de la ciénaga.

—¿Quién lo hubiera creído de él? —exclamó *sir* Stephen con los ojos brillando de indignación, en el momento en que Buyse y Saxon salían al encuentro—. ¿Qué os parece de nuestro noble monarca, de nuestro campeón de la causa protestante?

—Indudablemente no es un gran guerrero —respondió Buyse—. Pero tal vez provenga de la falta de hábito, tanto como de la de valor.

—¡Valor! —exclamó el anciano alcalde en tono de mofa—. ¡Mirad allá lejos y contemplad a vuestro rey!

Al decir esto señalaba una región del páramo temblándole la mano de ira más que de debilidad. En la lejanía pudimos divisar un caballero elegantemente vestido cuya figura resaltaba sobre el color grisáceo del suelo y al que seguía un grupo de acompañantes, que huían a todo galope del campo de batalla. No cabía equivocación: era el desleal Monmouth.

—¡Chitón! —exclamó Saxon al observar que nosotros prorrumpíamos en un grito de horror y de execración—; no desalentéis a nuestros valientes. La

cobardía es contagiosa y se propaga en los ejércitos como la fiebre pútrida.

—*Der Feigherzige!*[31] —exclamó Buyse rechinando los dientes—. ¡Pobres campesinos, tan valientes como desgraciados! ¡Esto es horrible!

—¡Sosteneos firmes con vuestras picas! —rugió Saxon con voz de trueno, y no bien habíamos tenido tiempo de formar el cuadro y colocarnos dentro de él, cuando la caballería cayó sobre nosotros nuevamente.

Al unírsenos los voluntarios de Taunton, había quedado abierto un claro en nuestras filas; y por él se precipitaron al instante los guardias azules, repartiendo furiosos mandobles a derecha e izquierda. Los tauntoneses por una parte y nuestros soldados por la otra contestaron con sus picas y guadañas derribando a muchos jinetes; pero en lo más crudo de la refriega, la artillería del rey tronó con un ruido ensordecedor desde la parte opuesta de la ciénaga y un torrente de balas se abrió paso a través de nuestras densas filas, señalando su paso con regueros de muertos y heridos. En el mismo instante se oyó que nuestros mosqueteros, después de hacer su última descarga gritaban con desesperación: «¡pólvora! ¡Por los clavos de Cristo, pólvora!».

Nuevamente tronaron los cañones, abriendo grandes claros en nuestras filas, como si la muerte hubiera penetrado en ella con su guadaña. Al fin, la formación quedó rota y deshecha. En el centro mismo del grupo formado por los piqueros brillaron los cascos de la caballería enemiga junto con el alzar y descargar de sus montantes. Todo el regimiento fue arrollado en un espacio de doscientos pasos o más, mientras continuaba luchando furiosamente y se mezclaba con otros cuerpos de tropa que a pesar de haber perdido toda formación militar rehusaban huir. Los voluntarios de Devon, Dorset, Wiltshire y Somersetshire, pisoteados por la caballería, acuchillados por los dragones y barridos a docenas por las balas enemigas, continuaban peleando con valor desesperado a favor de una causa arruinada y de un hombre que nos había abandonado. Dondequiera que se fijaron mis ojos vi semblantes encendidos por el ardor de la pelea, y escuché rechinar de dientes y aullidos de rabia y provocación, pero ni un solo grito de temor de sumisión. Hubo algunos que saltaron a las grupas de los caballos y derribaron de sus sillas a los jinetes. Otros tendidos en tierra despanzurraban a los caballos y daban muerte a los jinetes con sus guadañas, antes de que pudieran desenredarse.

Una y otra vez los guardias penetraron en el grupo de voluntarios; pero las dispersas filas volvían a cerrarse y continuaba la lucha con el mismo encarnizamiento. Tan desesperada y lastimosa se hizo nuestra situación, que llegué a desear la dispersión y la fuga, a no ser porque en el ancho páramo no había refugio donde guarecerse. Y durante todo este tiempo, mientras los

voluntarios peleaban abrasados de sed y abrumados de cansancio con el semblante ennegrecido por la pólvora, y escupiendo sangre, el hombre que se llamaba a sí mismo rey de aquellos valientes huía a rienda suelta con el corazón palpitante, concentrando todos sus pensamientos en salvar su vida sin cuidarse para nada de lo que pudiera ocurrirles a sus heroicos partidarios.

Un gran número de las tropas de infantería pelearon hasta morir, sin dar ni recibir cuartel, pero al fin, dispersos, quebrantados y sin municiones, la mayoría de los campesinos se declararon en fuga, perseguidos de cerca por la caballería. Saxon, Buyse y yo hicimos todo lo posible por reducirlos al orden una vez más, no sin dar muerte a algunos de sus perseguidores, cuando observé de pronto que *sir* Gervas permanecía de pie y sin sombrero con un grupo de sus hombres en medio de una muchedumbre de dragones. Picando espuelas a nuestros caballos, acudimos en su rescate blandiendo nuestras espadas hasta dejar por un momento despejado el campo.

—¡Saltad a mi grupa! —exclamé—. Podemos escapar.

Me miró sonriendo e hizo signos negativos con la cabeza.

—Me quedo con mi compañía —dijo.

—¿Vuestra compañía? —gritó Saxon—. ¿Pero, estáis loco? Vuestra compañía ha quedado enteramente deshecha.

—Eso es precisamente lo que quería decir —respondió sacudiendo de su corbata una pequeña mancha—. No penséis en mí. Salvaos vosotros. ¡Adiós, Clarke!, presentad mis respetos a…

Los dragones volvieron a cargar, obligándonos a retroceder mientras peleábamos desesperadamente, y cuando pude tender la vista a mi alrededor, el *baronet* había caído muerto. Después supimos que las tropas del rey habían hallado en el campamento un cadáver elegantemente vestido que confundieron con el de Monmouth a causa de la finura de sus facciones y la riqueza de su traje.

Indudablemente ese cadáver era el de nuestro intrépido amigo, *sir* Gervas Jerome, nombre que se conservará siempre en mi memoria y que no puedo pronunciar sin sentir respetuoso afecto al que lo llevó. Cuando, diez años después, me refirieron heroicas proezas de los jóvenes cortesanos pertenecientes a la servidumbre del rey francés y del jovial denuedo con que pelearon contra nosotros en las tierras bajas de Steinkirk y en otros puntos, me acordé de *sir* Gervas y formé de aquellos valientes la opinión que se merecían.

Cada hombre ahora tuvo que mirar por sí mismo. Los rebeldes no ofrecieron ya resistencia alguna en ninguna parte del campo; y los primeros

rayos del sol naciente, al caer sobre la inmensa y tétrica llanura, iluminaron la prolongada línea de los batallones de color escarlata, reflejándose en las crueles espadas que se levantaban y caían entre grupos de fugitivos.

El alemán se había separado de nosotros en medio del alboroto y confusión producido por la última carga de dragones; de modo que no logramos saber si había sucumbido en ella o había salvado su vida; pero con posterioridad nos dijeron que había logrado escapar para caer prisionero con el desdichado duque de Monmouth. Grey, Wade, Ferguson y otros consiguieron también salvarse; mientras Stephen Timewell quedó en el campo rodeado de sus austeros conciudadanos que, a su ejemplo, sucumbieron como indomables puritanos ingleses. Todo esto lo aprendimos más tarde. Al presente, huíamos a uña de caballo para salvar nuestras vidas, seguidos de algunos escuadrones, que no tardaron en abandonar la persecución en busca de presas más fáciles.

Pasábamos por una pequeña arboleda de alisos, cuando atrajo nuestra atención una voz varonil que parecía rezar. Penetrando por entre el ramaje, encontramos a un hombre sentado, con la espalda apoyada contra una gran piedra, el cual se ocupaba en cortarse un brazo con un cuchillo de hoja ancha, entonando al mismo tiempo alabanzas al Señor con voz firme y entera. Al levantar el rostro para mirarnos, reconocimos en él a un tal Hollis, a quien ya he mencionado como uno de los que estuvieron con Cromwell en Dunbar. Una bala de cañón le había partido el brazo y el herido completaba tranquilamente la separación de la parte destrozada para librarse de aquel estorbo.

El mismo Saxon, a pesar de estar acostumbrado a todos los horrores de la guerra, se quedó contemplando lleno de estupor al extraño cirujano; pero el hombre, mostrándonos su reconocimiento con una breve inclinación, prosiguió su terrible tarea, hasta que, estando aún nosotros presentes, cortó el último trozo de brazo muerto y cayó a tierra mientras sus labios descoloridos seguían murmurando una oración[32]. Como nosotros apenas podíamos hacer nada por él y nuestra presencia en aquel lugar había de atraer a algunos soldados enemigos, le arrojé mi botella medio llena de agua y proseguimos a toda prisa nuestro camino.

¡Oh, qué terrible cosa es la guerra, mis queridos niños! ¡Y cómo se dejan los hombres engañar por los deslumbradores atavíos de las operaciones militares y de los falsos sentimientos de honor y de gloria, hasta que al fin llegan a descubrir debajo de sus oropeles los horrores y calamidades que lleva consigo! Cuando veáis desfilar los escuadrones deslumbrándoos con el brillo

de sus armas y color de sus uniformes; y cuando escuchéis el vibrante toque de las trompetas, acordaos del hombre solitario que se ocultaba a la sombra de los alisos y de lo que estaba haciendo en una época de civilización y en un país de cristianos.

Sin duda, quien como yo ha encanecido bajo el arnés y visto tantas batallas en el transcurso de la vida, debería ser el menos indicado para predicar sobre esta materia; pero, hablando honradamente, no puedo menos de confesar que los hombres deben abandonar la guerra o de otro modo reconocer que la doctrina de Cristo, en lo que encierra de más sublime, es demasiado elevada para ellos e inútiles todos los esfuerzos enderezados a practicarla en la sociedad. Yo he visto a un sacerdote cristiano bendecir un cañón que acababa de fundirse, y a otro ministro hacer lo propio con un barco de guerra en el momento de ser botado al agua. No puedo comprender estos actos religiosos, sino suponiendo que esas bendiciones no se dirigen a los instrumentos de destrucción, considerados como tales, sino como medios para la justa defensa de la verdad y del derecho atropellados.

Verdad es que en el Evangelio no solamente se encuentran preceptos sino también consejos de altísima perfección, inaccesibles, por desgracia, para la mayoría de los hombres; pero, indudablemente, el ideal al que debe aspirar la humanidad supone la desaparición de la guerra con todos los crímenes y horrores que suelen acompañarla.

Volviendo ahora a mi relato, os diré, queridos niños que desde la cima de los cerros situados al oeste de la pantanosa planicie, pudimos ver la nube de jinetes que se precipitaba como una tromba por el puente del Parret en la ciudad de Bridgwater persiguiendo a los inermes fugitivos. Habíamos detenido nuestros caballos para contemplar en silencio la fatal llanura, cuando llegó a nuestros oídos el rumor cercano de caballos y al volvernos, vimos a dos soldados de caballería con el uniforme de la Guardia Azul que cabalgaban hacia nosotros. Habían hecho un rodeo para cortarnos la retirada y nos acometieron con semblante amenazador.

—¿Más carnicería aún? —pregunté malhumorado—. ¿Por qué se empeñan en obligarnos a pelear?

Saxon clavó una mirada escrutadora en los jinetes que se acercaban, y una amarga sonrisa cubrió de innumerables arrugas su enjuto semblante.

—Es el amigo que en Salisbury puso los sabuesos en nuestra pista —dijo —. Me alegro de encontrarme con él porque tenemos que ajustar una cuenta.

Y, realmente, uno de nuestros perseguidores era el arrebatado e impetuoso alférez con quien habíamos tropezado al comenzar nuestras aventuras. Una

fatal casualidad le había hecho reconocer a mi compañero mientras galopábamos por el campo y se resolvió a seguirlo con la esperanza de vengar la humillación que le había inferido. El otro era un cabo de lanceros, hombre robusto y de marcial aspecto, que montaba un caballo negro con una mancha blanca en la frente.

Saxon se acercó lentamente al oficial, mientras el cabo y yo nos quedamos mirándonos el uno al otro.

—Bien, muchacho —oí decir a mi compañero—; espero que hayáis aprendido esgrima desde que nos vimos por última vez.

El joven guardia profirió un grito inarticulado al escuchar la nueva provocación; y un instante después el choque de sus espadas me dio a entender que habían empezado la pelea. Por mi parte, no tuve tiempo de echarles una mirada, porque mi adversario me atacó con tal furia, que hube de atender a rechazar la acometida. Aquello fue un honrado combate al arma blanca, sin que ninguno de los contendientes echara mano a las pistolas. Las estocadas del cabo, dirigidas, ora a mi rostro, ora al pecho, se repetían con tal insistencia, que no tuve ocasión de descargarle un terrible tajo que pusiera fin a la contienda.

Nuestros caballos giraban uno alrededor de otro, tascando el freno y piafando, mientras andábamos nosotros en quites y estocadas; al fin nos acercamos hasta tocar rodilla con rodilla, pudiendo asirnos del cuello. Sacó entonces una daga del cinto e hirió con ella mi brazo izquierdo, mientras yo le descargué con el guantelete un golpe que lo derribó del caballo, dejándolo tendido en tierra sin habla. Casi en el mismo instante, el alférez cayó de su caballo con varias heridas.

Saxon saltó de la silla, y recogiendo del suelo la daga del soldado, hubiera dado el golpe de gracia a los dos, a no haberme yo interpuesto asiéndole de la muñeca. El aventurero se encaró furioso conmigo con expresión tan salvaje, que pude percatarme de la feroz condición de su naturaleza.

—¿Qué tienes tú que ver aquí? —rugió—. ¡Retírate inmediatamente!

—De ningún modo. Bastante sangre se ha derramado ya. Dejadlos en paz.

—¿Por ventura hubieran tenido ellos alguna compasión de nosotros? —preguntó irritado, luchando por desasirse de mí—. Han perdido la partida y deben llevar su merecido.

—A sangre fría, eso sería un asesinato —repuse con acento firme—. No lo consentiré en cuanto mis fuerzas lo permitan.

—¡Me gusta! ¡Vaya una señoría que nos ha salido aquí imponiendo su consentimiento! —respondió con sorna y echando fuego por los ojos.

Con una violenta sacudida libertó la mano que yo le tenía asida y retrocediendo de un salto, recogió la espada que se le había caído.

—¿Y ahora qué? —pregunté poniéndome en guardia a horcajadas sobre el herido.

Saxon me miró fijamente durante un largo minuto con semblante ceñudo y contraído. Estuve esperando que de un momento a otro se arrojara sobre mí; pero, al fin, devorando la rabia de la que estaba poseído, envainó su espada con un movimiento brusco y saltó nuevamente a la silla.

—Se acabó nuestra amistad —dijo fríamente—. Dos veces he estado ya a punto de mataros y a la tercera pudiera ser que se me acabara la paciencia. No servís para amigo de un soldado aventurero. Haceos cura, joven; ésa es vuestra vocación.

—¿Es Decimus Saxon el que habla o es William Spotterbridge? —pregunté acordándome de las bromas que le había oído, relativas a los antecedentes de su familia, pero en su arrugado rostro no apareció la sonrisa que yo esperaba.

Asiendo la brida de su cabalgadura con la mano izquierda, echó una mirada llena de odio al ensangrentado oficial y se alejó galopando por una de las rutas que conducen al sur. Le seguí con la vista durante algún tiempo, pero no se dignó enviarme con la mano un saludo de despedida y continuó su camino sin volver la cabeza hasta que desapareció en una hondonada del páramo.

—He ahí un amigo que me abandona —pensé tristemente—, y todo por no querer consentir que se quitara la vida a un hombre indefenso. Otro amigo ha quedado muerto en el campo de batalla. Un tercero, el más antiguo y querido de todos, yace herido en Bridgwater, a merced de una soldadesca brutal. Si vuelvo a casa, llevaré conmigo persecuciones y peligros a mis padres y hermanos. ¿A dónde iré ahora?

Por espacio de algunos minutos permanecí sin saber qué resolución tomar junto a los guardias que continuaban tendidos en tierra, mientras *Covenant* se alejaba poco a poco pastando la escasa hierba de aquellos lugares y volviendo la cabeza de cuando en cuando para mirarme fijamente, como si intentara darme las seguridades de su constante amistad.

Por el norte, se alzaban los cerros de Polden; al sur, se tendía la región de Blackdowns; al oeste, la azulada cordillera de los Quantocks y al este, la inmensa planicie de los marjales; pero por ninguna parte pude vislumbrar esperanza alguna de salvación. A decir verdad, sentía una mortal amargura y me importaba poco escapar o no.

De mis meditaciones vino a sacarme un juramento pronunciado entre dientes y un gemido. El cabo se incorporaba en aquel momento, frotándose los ojos y mirando en torno suyo con expresión de asombro, como si no estuviera seguro del lugar donde estaba ni de cómo había venido a él. El oficial dio también señales de volver en sí y recobrar el conocimiento. Evidentemente no eran graves las heridas que había recibido.

No había peligro alguno de que me persiguieran, aunque hubieran querido hacerlo porque sus monturas se habían alejado en busca de otros caballos sin jinete, que vagaban por los pantanos. Monté, pues, y emprendí lentamente el camino, procurando no fatigar a *Covenant*, porque la brega de aquella mañana lo había quebrantado bastante.

Se veían numerosos escuadrones de caballería corriendo de un lado a otro por el marjal. Pero logré evitar su encuentro, trotando por la región más desierta, hasta que me hallé a ocho o diez millas del campo de batalla.

Las pocas chozas por donde pasé, estaban abandonadas, y muchas de ellas presentaban señales de saqueo. No se veía un solo campesino. La mala fama de los soldados de Kirke había hecho huir de aquellos lugares a todos los que no se unieron a los rebeldes. Al fin, después de cabalgar por espacio de tres horas, me pareció estar bastante lejos de la zona de persecución para creerme libre de todo peligro; por lo que elegí un lugar abrigado donde crecían al pie de un arroyo algunos arbustos. Allí me senté sobre un ribazo cubierto de suave musgo dando descanso a mis fatigados miembros y procurando eliminar de mi persona las señales del combate.

Sólo cuando pude examinar tranquilamente mi traje, me di cuenta del terrible encuentro en que había tenido parte, saliendo ileso de él casi de milagro. Apenas conservaba recuerdo de los golpes que había repartido en la pelea; pero debieron ser muchos y terribles, porque observé en el filo de mi espada melladuras sin cuento, como si hubiera estado golpeando con ella por espacio de una hora en una barra de hierro.

De los pies a la cabeza me encontraba cubierto de manchas de sangre, en parte mía, pero casi toda de otros. Mi casco había recibido numerosas abolladuras. Una bala de pedreñal dobló profundamente la visera del mismo dejándole una gran señal. Varias hendiduras y marcas indicaban en mi peto de prueba los lugares donde habían chocado los proyectiles. Tenía entumecido y casi inútil el brazo izquierdo a causa de la puñalada que me había dado el cabo; pero al remangarme la manga del jubón y examinar la herida, hallé que a pesar de haber derramado mucha sangre, la incisión estaba en la parte exterior del hueso y carecía, por tanto, de importancia. Un pañuelo empapado

en agua y atado fuertemente alrededor, calmó los escozores y restañó la sangre. Fuera de este rasguño, no tenía otras heridas, si bien a causa de mis esfuerzos me sentía tan molido y quebrantado como si me hubieran dado una paliza; y además la leve lanzada recibida en la catedral de Wells había vuelto a abrirse y estaba sangrando. Sin embargo, con un poco de paciencia y agua fría, pude curarla y vendarme tan bien como lo hubiera hecho cualquier cirujano del reino.

Después de atender a mis heridas, necesitaba componer mi aspecto exterior; porque en realidad hubiera podido tomárseme por uno de aquellos sanguinarios gigantes con quienes tuvieron que luchar el famoso don Belianís de Grecia, y otros valientes paladines. Las mujeres y los niños hubieran huido al verme, porque estaba horriblemente ensangrentado, como en una matanza de pueblo por San Martín.

Un buen lavatorio en el arroyo hizo rápidamente desaparecer aquellas señales, dejando enteramente limpios de ellas mi peto y mis botas. Por lo que toca a mis vestidos, resultó tarea tan imposible la de quitar las manchas, que hube de abandonarla desesperado. Mi buen caballo apenas tenía rozaduras de espada o bala, de suerte que, después de haber pastado y bebido, recobró su habitual vigor; y los dos abandonamos el arroyuelo en condiciones mucho mejores de las que teníamos antes de haber llegado a él.

Faltaba a la sazón muy poco para ser mediodía y yo comenzaba a sentir hambre, porque no había probado alimento alguno desde la noche anterior. En el páramo se veía un grupo de dos o tres casas; pero sus paredes ennegrecidas por el humo y los chamuscados bardales indicaban que era inútil esperar en ellas ningún alivio. Una o dos veces alcancé a divisar gente en los campos y en la carretera; pero la presencia de un jinete armado les hacía huir a la espesura del bosque, como si fueran animales salvajes.

En cierto lugar, donde una elevada encina señalaba el cruce de tres caminos, pendían de una de las ramas dos ahorcados, demostrando que los temores de los aldeanos tenían su fundamento en las lecciones de la experiencia. Según todas las probabilidades, aquellos infelices debieron de ser colgados, porque el importe de sus menguados ahorros no había satisfecho las esperanzas de los saqueadores o porque habiendo dado cuanto tenían a una banda de ladrones, no les restó cosa alguna con que aplacar la avaricia de otra cuadrilla que llegó después. Al fin, cuando ya me sentía bastante cansado de buscar inútilmente sitio dónde comer, descubrí un molino de viento que se alzaba sobre una verde colina en el lado opuesto a una extensión de terreno

cultivado. Juzgando por sus apariencias, no debía haberle alcanzado el saqueo general; y así tomé la vereda que conducía a él desde el camino real[33].

XXXIII

DE LA PELIGROSA AVENTURA QUE ME SUCEDIÓ EN EL MOLINO

Al pie del molino se veía un sotechado que evidentemente servía de establo a las caballerías que llevaban el grano de los labradores. Allí había un montón de hierba, por lo que aflojé la cincha a *Covenant* y lo dejé que comiera a su sabor. El molino presentaba todas las apariencias de estar deshabitado, porque no se oía ruido alguno. Subí por una escalera de madera, y, abriendo la puerta de un empujón, entré en una pieza redonda enlosada, desde la cual una segunda escalera de mano conducía al sobrado de la parte superior. En uno de los lados de esta habitación había un largo arcón, y alrededor de las paredes descansaban colocados en fila numerosos sacos de harina. En el hogar se veía un montón de leña a punto de ser encendida, de modo que con la ayuda de mi yesquero no tardé en preparar una alegre fogata. Tomé un gran puñado de harina del costal más próximo y eché sobre ella agua de la que había en una jarra, con lo que logré amasarla en forma de torta y me dispuse a cocerla sonriendo entretanto al pensar en lo que hubiera dicho mi madre viéndome ocupado en semejante faena culinaria.

Bien seguro estoy de que el mismísimo Patrick Lamb cuyo tratado *El perfecto cocinero de Palacio* estaba siempre en la mano izquierda de mi querida madre, mientras con la derecha agitaba y batía alguna salsa o condimento especial, no hubiera preparado un plato más de mi gusto en aquel momento; porque faltándome la paciencia para esperar a que la masa se cociera, le eché el diente y la devoré cuando aún estaba solo medio hecha. Amasé entonces una segunda torta y habiéndola puesto al fuego, saqué la pipa de mi bolsillo y me puse a fumar, esperando a que se cociera con toda la filosofía de la que en aquellos momentos me sentía capaz.

Absorto en mis reflexiones sobre la triste impresión que había de causar a mi padre la noticia de nuestra derrota, dejaba pasar tranquilamente el tiempo, cuando me sobresaltó un fuerte estornudo, que sonó como si me le hubieran disparado en el oído. Me puse al instante de pie y eché una mirada a mi alrededor; pero no descubrí otra cosa que la sólida pared a mi espalda y la habitación vacía delante de mí. Casi había llegado a persuadirme de que había sido víctima de una ilusión, cuando volvió a interrumpir el silencio del lugar otro resonante estornudo, mucho más fuerte y prolongado que el anterior. ¿Estaría acaso el molinero metido en alguno de los sacos?

Desenvainé mi espada y recorrí las hileras de costales picándolos ligeramente; pero no logré dar con la causa de aquel ruido. De pronto y cuando estaba asombrándome de un hecho tan singular, comenzó a oírse una serie extraordinaria de resoplidos, garraspeos, gemidos entrecortados y silbos, mezclados con exclamaciones por el estilo de las siguientes: «¡Santa Madre de Dios!». «¡Cristo bendito!» y otras parecidas. Ahora ya no me cupo duda alguna respecto del lugar de donde el ruido procedía. Me lancé sobre el arquetón en que había estado sentado y levanté la pesada tapadera para examinar el contenido.

La gran arca estaba llena de harina hasta más de la mitad; y sepultado en ella se revolcaba un bulto, enteramente enharinado de tal modo, que hubiera costado trabajo precisar si pertenecía o no a la especie humana, a no ser por los lamentos que estaba profiriendo. Me incliné y asiendo al desconocido, con una mano lo levanté en vilo sacándolo de su escondrijo; y, tan pronto como lo dejé en tierra, cayó de rodillas implorando a gritos misericordia, levantando al mismo tiempo tal nube de harina, a cada estremecimiento de su cuerpo, que a mi vez comencé a toser y estornudar.

Cuando la envoltura o cascarón de polvo blanco fue poco a poco cayéndose, vi con gran sorpresa que aquel hombre no era el molinero ni ningún campesino, sino un soldado con enorme espadón al cinto, que al presente parecía un carámbano, y un gran peto guarnecido de acero. El casco se había quedado entre la harina, y su cabello rubio, único toque de color que en él se advertía, estaba erizado de terror, mientras me suplicaba que le perdonara la vida. Advirtiendo en su voz un acento que no me era desconocido, le di con el revés de mi mano en la cara; con lo que empezó a lanzar agudos lamentos como si le hubiera herido mortalmente. No era posible equivocarse al ver aquellos mofletes y ojillos de mirar anhelante. El sujeto en cuestión era nada menos que maese Tetheridge, el charlatán escribiente de Taunton.

Pero ¡cuán diferente aparecía ahora del secretario de ayuntamiento, a quien yo había visto pavonearse con toda la pompa y arrogancia de su cargo, ante el buen alcalde, el día de nuestra llegada a Somersetshire! ¿Qué se había hecho de aquel vivo carmín semejante al de una camuesa de septiembre? ¿Dónde estaban la seguridad de modales y el comportamiento viril? Mientras continuaba de rodillas, sus grandes botas de caña chocaban una con otra por efecto del miedo y su dueño comenzó a endilgarme en tono lastimero que recordaba el usado por los mendigos de los asilos de Lincoln, una retahíla de ruegos, excusas y zalamerías, como si yo fuera Feversham en persona y estuviera a punto de mandarle ejecutar.

—No soy más que un pobre escribiente, serenísimo señor —decía con voz llorona—. De veras, alteza, soy el escribano más infeliz del reino que se ha visto arrastrado a tener parte en estas contiendas por la tiranía de sus superiores. Hombre más leal que yo, señor excelentísimo, no se vio jamás en Inglaterra ni en el mundo entero; pero si el alcalde dice *sí*, ¿puede el secretario decir *no*? Perdonadme la vida, milord; perdonad a un desdichado arrepentido de su culpa, que ruega constantemente al cielo le permita servir al rey James hasta derramar la última gota de su sangre.

—¿Renunciáis al duque de Monmouth? —pregunté en tono serio.

—Renuncio a él de todo corazón —respondió con acento de profunda sinceridad.

—Entonces preparaos a morir —troné con voz amenazadora blandiendo mi espada—, porque soy uno de sus oficiales.

El desdichado escribiente dio un grito de terror al observar el movimiento del acero y postrándose en tierra, se retorcía con violentas contorsiones, hasta que, alzando el rostro, observó que me estaba riendo. Entonces se puso nuevamente de rodillas y luego de pie, mirándome desconcertado como si no estuviera bien seguro de mis intenciones.

—Debéis acordaros de mí, maese Tetheridge —le dije—. Soy el capitán Clarke del regimiento de infantería de Wiltshire, mandado por el coronel Saxon. Extraño mucho, en verdad, que hayáis desertado del partido después de haber jurado fidelidad y tomado a otros el mismo juramento.

—De ningún modo, capitán, de ningún modo —respondió volviendo a tomar su antiguo aire de gallo de Bantam, tan pronto como vio que había pasado el peligro—. En materia de lealtad y juramentos, soy el hombre más íntegro y constante que hubo en el mundo.

—Motivos sobrados tengo para creerlo —repliqué.

—¡Oh! No vayáis a figuraros… —continuó sacudiendo la harina de su persona—. No he hecho más que disimular, ¿sabéis?, poniendo en práctica el principio de combinar la astucia de la serpiente, que todo guerrero debe tener, con el valor del león. Vos habréis leído a Homero, ¿eh? Yo también he adquirido mi correspondiente tintura de humanidades. No soy sólo un rudo soldado, por más forzudo que pueda mostrarme en el manejo de la espada. Maese Ulises es mi tipo, así como el tuyo supongo que es maese Áyax.

—Me parece que os convendría más el tipo de maese *Jack-in-the-box*[34] —respondí—. ¿Queréis tomar la mitad de esta torta? ¿Cómo diablos fuisteis a parar al arcón de harina?

—Muy sencillo, hombre —respondió con la boca llena de pan—. Ha sido una estratagema como las usadas por los grandes generales, los cuales se distinguieron siempre por la astucia para ocultar sus planes y refugiarse donde menos se esperaba. Después de haberse perdido la batalla y de haberme cansado yo de repartir tajos y mandobles, me di cuenta de que era el único ciudadano superviviente de Taunton. Si estuviéramos en el campo de batalla yo os mostraría el sitio que ocupé, todo cubierto de cadáveres que cayeron al filo de mi espada. Pero viendo que todo estaba perdido y que nuestros pícaros jinetes habían escapado, monté en el caballo de nuestro digno alcalde, que para nada lo necesitaba ya, y salí tranquilamente del campo. Os juro que mi continente y manera de mirar impidieron a la caballería enemiga perseguirme de cerca. Verdad es que uno de los soldados se me interpuso en el camino, pero no pudo resistir el tajo furioso que le tiré. ¡Cuántas muertes como la suya llevo sobre mi conciencia! ¡Cuántas mujeres han quedado viudas y cuántos niños huérfanos! A mí no se me pone nadie delante, ¿sabéis?… pero ¿qué es esto, Dios de misericordia?

—Mi caballo, que está en el cobertizo, junto a la puerta —respondí.

—Creí que eran los dragones —observó el escribiente enjugándose las gotas de sudor que le habían brotado en la frente—. Buena cuenta hubiéramos dado de ellos vos y yo.

—¿Metidos en el arcón de harina? —interrogué.

—Todavía no os he explicado cómo he venido a parar aquí —continuó—. Después de haber cabalgado algunas leguas desde el campamento, descubrí este molino y me vino a la imaginación que un soldado valiente podía defenderse aquí contra un regimiento de caballería. A los Tetheridges nos viene de familia el huir del peligro de mala gana, aunque tal vez en ello haya algo de orgullo, y siempre nos hemos distinguido por nuestros instintos belicosos. Por nuestras venas circula la sangre de un antepasado ilustre que

acompañó, como vivandero, al ejército de Ireton. Pues, como os iba diciendo, me detuve y apeé para reconocer el terreno, cuando el bruto de mi caballo sacudió con fuerza la brida y recobrando su libertad, se lanzó a correr saltando setos y zanjas. No me quedó, por tanto, más que mi buena espada para defenderme. Subí por la escalera y me ocupaba en planear el mejor modo de organizar la defensa, cuando oí ruido de cascos indicando la aproximación de un jinete, y poco después vos subíais aquí. Me oculté al punto en una emboscada, desde la cual seguramente hubiera hecho una salida o ataque repentino, a no ser porque la harina me tapó las narices y me asfixiaba. Me alegro de que las cosas hayan sucedido así, porque en mi ciego furor pudiera haberos causado daño sin querer. Al oír el ruido que hacíais con la espada, cuando subíais por la escalera se me figuró que seríais alguno de los esbirros del rey James, tal vez el mismo capitán de algunos escuadrones que están allá abajo en los campos.

—Todo perfectamente explicado, maese Tetheridge —repuse volviendo a encender mi pipa—. Indudablemente el comportamiento que observasteis cuando os saqué del escondrijo, no era más que un artificio para disimular vuestro valor. Pero basta de esto. Ahora debemos pensar en el futuro. ¿Qué intenciones tenéis?

—Permanecer en vuestra compañía, capitán —respondió.

—De ninguna manera; no tengo gran empeño en ello. Vuestro intemperante y arrebatado valor pudiera comprometerme en algún zipizape, que de otro modo podría evitar.

—¡Oh, capitán!, por eso no lo hagáis, que yo moderaré mis ímpetus —exclamó—. En los turbulentos tiempos que corren no perderíais nada con la compañía de un hombre belicoso como yo y de valor tan probado.

—Sí, probado y deficiente —repuse cansado de tantas bravuconadas—. Os aseguro que partiré solo.

—Bien, bien; no necesitáis incomodaros tanto por eso —exclamó apartándose de mí precipitadamente—. Sea como fuere, lo mejor que podemos hacer es quedarnos aquí hasta la noche y entonces encaminarnos a la costa.

—Son las palabras primeras en que dais pruebas de alguna cordura —le repliqué—. La caballería del rey tendrá bastante que hacer con la sidra de Zoyland y la cerveza de Bridgwater. Si logramos pasar felizmente por entre esos lugares, yo tengo amigos en la costa del norte que nos transportarán en un lugre hasta Holanda. Esta es una ayuda que no tengo inconveniente en

ofreceros, ya que sois mi compañero de infortunios. ¡Lástima que Saxon no se hubiera quedado conmigo! Mucho me temo que ha de caer prisionero.

—Si os referís al coronel Saxon —dijo el escribiente—, me parece que también es de los que saben unir la astucia, al valor. Me consta que es un soldado de temple recio y brioso, porque hemos peleado juntos espalda con espalda por espacio de cuarenta minutos contra un escuadrón de caballería de Sarsfield. En cuanto al lenguaje crudo, indudablemente, lo tiene, y quizá, no guarda todas las consideraciones que reclama el honor de un caballero, pero en el campo de batalla jefes como ése son los que necesitaba nuestro ejército.

—Decís verdad —respondí—; pero ahora que hemos matado el hambre, es tiempo de que pensemos en tomar algún descanso, puesto que quizá necesitemos viajar mucho esta noche. ¡Qué bien nos vendría tener a la mano una botella de cerveza!

—Yo también bebería con gusto a vuestra salud y amistad —repuso mi compañero—; mas por lo que hace a descabezar el sueño, es asunto que puede fácilmente arreglarse. Si subís por esa escalera, hallaréis en el sobrado una cama hecha con sacos vacíos donde poder reposar. En cuanto a mí, pienso continuar de pie un rato y prepararme otra torta.

—Quedaos, pues, de centinela por espacio de dos horas y llamadme luego —repliqué—. Después yo haré guardia, mientras vos dormís.

Maese Tetheridge tocó la empuñadura de su espada en señal de que cumpliría fielmente su cometido; y, en vista de ello, aunque no sin sentir alguna inquietud, subí al desván, y echándome en la ruda cama, no tardé en caer en un profundo sueño, arrullado por el zumbido monótono y triste de las aspas.

Desperté al oír pasos junto a mí y me percaté de que el escribiente había subido la escalera y me estaba contemplando. Le pregunté si era ya tiempo de levantarme, a lo que respondió con voz temblorosa y extraña que podía dormir aún otra hora y que él había venido para ver si se me ocurría alguna cosa. Tan fatigado estaba yo, que apenas reparé en el tono vacilante de sus palabras y en la palidez de sus mejillas y dándole gracias por su atención, di media vuelta y me quedé nuevamente dormido.

Cuando desperté poco después, fue de una manera ruda y áspera. De repente sonaron fuertes patadas en la escalera y penetraron en tropel en el cuarto una docena de chaquetas rojas. Me puse de pie de un salto y eché mano a la espada que había dejado junto a mí; pero el arma había desaparecido mientras dormía. Privado de aquella defensa y sorprendido en condiciones tan desfavorables, me derribaron y sujetaron en un momento. Uno de ellos me

apuntaba con una pistola a la cabeza jurando que me levantaría la tapa de los sesos si intentaba la menor resistencia, y al mismo tiempo otros me ataron con una cuerda dando tantas vueltas con ella a mi cuerpo y brazos, que aunque hubiera tenido la fuerza de Sansón no me hubiera sido dable desatarme.

Viendo que de nada habían de servirme los esfuerzos que hiciera, permanecí tranquilo, aguardando los acontecimientos. Ni en aquella ocasión ni en otra alguna, mis queridos niños, había concedido gran importancia a mi vida; pero entonces la estimaba menos que ahora, porque cada uno de vosotros es un lazo que me liga a este mundo. Sin embargo, cuando pienso en las almas queridas que me esperan más allá del sepulcro, me parece que ni aun ahora había de inspirarme la muerte gran horror. ¡Qué cosa tan insoportable y vana sería la vida sin ella!

Después de atarme los brazos y las piernas, los soldados me arrastraron por la escalera como si fuera un haz de heno hasta la pieza inferior, que estaba llena también de tropa. En un rincón vi al desdichado escribano, verdadera imagen del terror abyecto, que daba diente con diente y temblaba de tal modo que, a no haber estado sostenido por un cabo, seguramente hubiera venido a tierra. Frente a él había dos oficiales; uno de ellos moreno, de baja estatura, con ojos negros brillantes y modales desenvueltos, el otro alto y delgado con un largo bigote rojo que le llegaba casi a los hombros. El primero tenía mi espada en la mano, y ambos estaban examinando cuidadosamente la hoja.

—Es una excelente pieza de acero, Dick —decía aquél apoyando la punta contra una piedra del piso y doblando la hoja hasta que la empuñadura tocó casi en el suelo—. Mira con qué fuerza rebota. No lleva nombre de armero; y en su puño sólo se lee la fecha de 1638. ¿Dónde la habéis adquirido, amigo? —preguntó clavando la mirada en mi rostro.

—Ha sido de mi padre antes que mía —respondí.

—Entonces seguramente la habrá desenvainado a favor de una causa mejor que la defendida por su hijo —dijo el oficial más alto con sorna.



—En una causa tan buena, pero no mejor —repuse—. Esa espada se ha desnudado siempre en defensa de los derechos y libertades de los ingleses y contra la tiranía de los reyes y la intolerancia de los sacerdotes.

—¡Bonita frase para el teatro, Dick! —exclamó el oficial—. ¿Cómo es? «La intolerancia de los reyes y la tiranía de los sacerdotes». ¡Vaya! Si

Betterton la declamara cerca de las candilejas, con una mano puesta en el corazón y la otra señalando al cielo, estoy seguro de que el público de las gradas altas aplaudiría a rabiar.

—Muy probable —respondió el otro retorciéndose el bigote—. Pero no tenemos tiempo para estar de palique, ¿qué vamos a hacer con el hombrecillo ese del rincón?

—Ahorcarlo —respondió el otro con gran sangre fría.

—¡Oh! Eso no, caballeros ilustrísimos y magnánimos —imploró en tono lacrimoso maese Tetheridge, desprendiéndose repentinamente de la garra del cabo y arrojándose a los pies de los dos jefes—. ¿No he sido quien os ha dicho dónde podíais hallar a uno de los soldados más fuertes y valerosos del ejército rebelde? ¿No os he guiado yo al lugar donde estaba? ¿No me he deslizado con cautela para quitarle la espada a fin de evitar que muriera alguno de los súbditos del rey, al apresarlo? Seguramente no os portaréis de ese modo conmigo, después de haberos prestado tan importante servicio. ¿Por ventura os he engañado? ¿No es, como yo había dicho, un gigante en estatura y de una fuerza portentosa? Todo el ejército puede decir si no vale por dos en singular combate. Y ahora que os lo he entregado, ¿no me pondréis en libertad?

—Muy bien recitado y con envidiable modestia —observó el oficial más pequeño golpeando suavemente con la palma de su mano el reverso de la otra —. El énfasis está justificado y la enunciación ha sido clara. Cabo, haced el favor de colocaros un poco más atrás hacia las aspas del molino. ¡Gracias! Ahora, Dick, puedes apuntar lo que sigue de la representación.

—No, John, esto es demasiado absurdo —replicó el otro con impaciencia —. Los actores y sus disfraces están bien en el teatro; pero vos miráis las piezas escénicas como una realidad y la realidad como una ficción dramática. Lo que este reptil ha dicho es cierto. Debemos cumplirle la palabra, si queremos que la demás gente del país nos entregue los fugitivos. No hay otro remedio.

—Por mi parte soy partidario de la ley de Jeddart —respondió su compañero—. Primero ahorcaría a ese perillán y luego discutiría la cuestión de nuestra promesa. Sin embargo, me guardaré bien de imponer a nadie mis opiniones.

—No, eso no puede ser —respondió el oficial más alto—. Cabo, llevadlo allá y que os acompañe Henderson. Quitadle el peto y la espada, que se afrentan de una compañía tan cobarde, y oíd, cabo, no estarán de más algunas

caricias con las correas de los estribos para que conserve recuerdo de los dragones del rey.

Mi traidor compañero fue sacado a rastras, luchando y aullando; y, tras una serie de lamentos dolorosos que fueron extinguiéndose lentamente al paso que la víctima huía de sus atormentadores, anunciaron el cumplimiento de la orden del oficial. Los dos jefes corrieron presurosos a la pequeña ventana del molino y prorrumpieron en carcajadas, mientras los soldados, asomándose furtivamente por encima de sus hombros, le acompañaban en las demostraciones de hilaridad; de todo lo cual, colegí que maese Tetheridge, espoleado por el miedo, corría por setos y zanjas, ofreciendo un espectáculo un tanto cómico.

—Y ahora vamos al otro —dijo el oficial más pequeño, retirándose de la ventana y enjugando de su rostro las lágrimas de risa que le surcaban—. Esa viga de más allá servirá admirablemente para nuestro propósito. ¿Dónde está el verdugo Broderick, primer ejecutor de los ejércitos de su majestad?

—Presente, señor —respondió un soldado de cara gruesa y tétrica saliendo al frente—; ya tengo la cuerda con el lazo corredizo.

—Pasadla entonces por el hueco que hay entre la viga y el techo. ¿Qué tenéis en esa mano, grandísimo bergante, para tenerla vendada de ese modo?

—Perdonad, señor —respondió el hombre—, la culpa de todo la tiene un ingrato y canalla presbiteriano que tuve que ahorcar en Gommatch. Había hecho por él todo lo posible para aliviarle el tormento, y aunque le hubieran ejecutado en Tyburn, difícilmente le habrían tratado con más consideración. Pues, con toda y con eso, cuando le puse la mano en el cuello para cerciorarme de que el dogal estaba en su punto, me dio un terrible mordisco arrancándome un trozo del dedo pulgar.

—Lo siento mucho —dijo el oficial—. Ya sabéis que el mordisco humano en tales circunstancias es tan fatal como el del perro rabioso, de modo que el día menos pensado vais a amanecer ladrando y tirando dentelladas a todo bicho viviente. No os pongáis tan pálido, hombre. Muchas veces os he oído predicar paciencia y valor a vuestras víctimas. ¿Tenéis miedo a la muerte?

—No temo una muerte cristiana, señor. Pero diez chelines por semana es una cantidad bien escasa para retribuir una faena tan peligrosa.

—¡Ca, hombre! Es una verdadera lotería —observó el capitán en tono de broma—. Según mis noticias, hay reo que al colgarlo se agita y sacude de tal modo, que llega a dar con los talones en el cogote. Pero tal vez el trance no sea tan penoso como parece. Entretanto, cumplid con vuestro deber.

Tres o cuatro soldados me asieron de los brazos, pero los arrojé de mí como pude y avancé con paso firme y rostro sonriente hasta ponerme debajo de la viga que era un grueso larguero ennegrecido por el humo e iba de un extremo a otro de la pieza. Se echó la cuerda por encima de ella y el verdugo con dedos temblorosos me puso el dogal al cuello, cuidando de no poner la mano al alcance de mis dientes. Media docena de dragones asieron el otro extremo de la cuerda y se dispusieron a enviarme a la eternidad.

En todo el curso de mi azarosa vida nunca he estado tan cerca de los umbrales de la muerte, como en esta ocasión, y os aseguro que, no obstante, lo terrible del trance, no podía pensar más que en el tatuaje del brazo de Solomon Sprent y en la habilidad con que se combinaban en él los colores rojo y azul.

Pero no se me escapaba pormenor alguno de todo lo que me rodeaba. Hoy conservo perfectamente en mi memoria la imagen de la rústica pieza de piso enlosado, la única y estrecha ventana, los elegantes y desocupados oficiales, la pila de armas que había en el rincón y hasta el tejido de la tosca sarga roja y los emblemas de los grandes botones dorados que adornaban la manga del verdugo.

—Es preciso hacer las cosas con orden —observó el capitán más alto sacando de su bolsillo un librito de memorias—. Quizá el coronel Sarsfield quiera algunos pormenores. Veamos. Este es el decimoséptimo, ¿no es así?

—Cuatro en la granja y cinco en las encrucijadas —respondió el otro contando con los dedos—. Además, aquél a quien maté de un tiro en el soto, y el herido que casi se nos murió antes de ahorcarlo, y los dos que quedaron colgados en la arboleda del pie de la colina. No puedo recordar más, como no sean los ahorcados en Bridgwater inmediatamente después de la acción.

—Conviene que tomemos nota de todo —observó el otro garabateando en su libro—. Bien está que Kirke y su gente cuelguen y maten como medio moros que son, sin ceremonias ni formalidades; pero nosotros hemos de darles mejor ejemplo. ¿Cómo te llamas, galopo?

—Micah Clarke, capitán del ejército protestante —respondí.

Los dos oficiales se quedaron mirando el uno al otro; y el más pequeño silbó de una manera significativa como si hubieran tropezado con una noticia inesperada.

—¡Es el mismo! —añadió—. He ahí las ventajas de preguntar a tiempo. Mala peste me ataque si no tenía barruntos de que podía resultar lo que estamos oyendo. Dicen que era hombre fornido.

—Vamos a ver, granuja, ¿no has conocido al comandante Ogilvy de la Guardia Azul de caballería? —preguntó el capitán.

—Si os dijera que he tenido el honor de hacerle prisionero —repliqué—, y que desde entonces hemos compartido la vida de soldado, me parece que os convenceríais de que lo conozco.

—¡Quítale el dogal! —ordenó el jefe; y el verdugo, aunque de mala gana, sacó el lazo corredizo por mi cabeza—. Joven —continuó dirigiéndose a mí—, seguramente estáis reservado para alguna gran empresa, porque no volveréis a encontraros tan cerca del sepulcro hasta que de hecho os hayan metido en él. Este comandante Ogilvy ha demostrado gran interés por vos y por un amigo vuestro que está herido en Bridgwater. Se ha dado a conocer vuestro nombre a todos los jefes de caballería con orden de llevaros ileso a la ciudad mencionada, en el caso de que cayerais prisionero. Pero debo advertiros que, aunque la palabra del comandante os libre de la ley marcial, no os servirá gran cosa ante los tribunales civiles, donde, al fin, habéis de ser juzgado.

—Mi deseo es compartir la suerte que corran mis compañeros —respondí.

—He ahí un modo de tomar vuestra salvación por el lado triste —observó el oficial más pequeño—. La situación está clara como el agua. Otro la hubiera aprovechado mejor. ¿Por qué no seguir el viento favorable de la fortuna? ¿Y qué sabéis de ella?

—¿Quién es ella? —pregunté.

—¡Bah! ¿Quién ha de ser? La mujer; vuestra esposa, novia, prometida… lo que queráis.

—No hay nada de eso —respondí.

—¿Cómo? ¡Ahora sí que estamos frescos! ¿Qué puede hacerse en un caso de esta naturaleza? —preguntó sorprendido—. Pues es lástima, porque después de un trance como el que habéis pasado, habría venido desalada a echarse en vuestros brazos. Yo he visto escenas así, a dos pasos del sepulcro. El caso es que hay gran abundancia de excelente material que se está echando a perder por falta de alguien que lo trabaje.

—Otras cosas tenemos que trabajar nosotros, John —repuso su compañero con impaciencia—. Sargento Gredder, tomad dos números y conducid al prisionero a la iglesia de Gommatch. Ya es hora de que continuemos nuestro camino, porque dentro de poco la oscuridad hará imposible la persecución.

Al oír la orden del jefe, los soldados bajaron al campo, donde tenían atados los caballos y emprendieron rápidamente la marcha dirigidos por el

capitán más alto, mientras el alférez, aficionado a las cosas de teatro, formaba la retaguardia. El sargento, a quien se me había confiado, hombre fornido de anchas espaldas y tez morena, mandó preparar mi caballo y me ayudó a montar en él. Recogió, sin embargo, mis pistolas y las colgó de su arzón junto con mi espada.

—¿Queréis que le ate los pies por debajo del vientre del caballo? —preguntó uno de los dragones.

—No; el muchacho tiene cara de hombre de bien —respondió el sargento—. Si da palabra de portarse bien, le desataremos los brazos.

—No tengo ánimo de escaparme —dije.

—Entonces quitadle la cuerda. Un valiente en situación desgraciada podrá contar siempre con mi benevolencia; y que Dios me mate si digo mentira. Soy el sargento Gredder, en otro tiempo afiliado a las tropas de Mackay, y ahora a la caballería real, y hombre tan perseguido de contratiempos y tan mal pagado, como cualquier otro de los que militan al servicio de su majestad… ¡Doble derecha y seguid por la vereda! Colocaos a los lados del prisionero y yo marcharé detrás. Tenemos las carabinas cebadas, amigo, de modo que procurad cumplir vuestra promesa.

—Podéis descansar en ella con toda confianza —respondí.

—Vuestro camarada os ha vendido de una manera vil —dijo el sargento—; porque, al vernos venir por el camino, nos salió al encuentro y se entendió con el capitán consiguiendo que le perdonara la vida, a condición de entregarnos a uno de los soldados más valientes del ejército rebelde. Indudablemente no os faltan bríos ni corazón, pero sois demasiado joven y sin experiencia de las cosas de la guerra.

—Ésta ha sido mi primera campaña —respondí.

—Y probablemente será también la última —añadió el soldado con ruda franqueza—. Tengo entendido que el Consejo Privado intenta hacer un escarmiento que deje amansados a los *whigs* por veinte años. Han hecho venir de Londres un juez, cuya peluca es mil veces más terrible que nuestros yelmos. Mayor número de hombres ha de echar él al otro mundo que un regimiento de caballería en una persecución de diez millas. Por quien soy, me alegraría que tomaran por su cuenta esta faena de carniceros en que nos han metido. Mirad los cadáveres que penden de aquel árbol. Mal año es el que hace producir tales frutos a las encinas de Inglaterra.

—Sin duda —repuse—, es una época bien desgraciada aquélla en que hombres que se llaman cristianos ceban de ese modo su saña en sencillos labriegos que han seguido los dictámenes de su conciencia. Comprendo que

se castigue a los jefes y oficiales, porque, en caso de haber triunfado, podían esperar altas recompensas; y, por tanto, me parece justo que expíen las consecuencias de su derrota; pero me llega al alma ver tratar tan cruelmente a los infelices campesinos.

—No deja de haber mucha verdad en lo que decís —repuso el sargento—. Otra cosa sería si se tratara de alguno de esos predicadores gangosos, de esos mansos de cencerro, que han conducido sus rebaños a la perdición. ¿Por qué no ha de obligárseles a que se conformen con la Iglesia? Si el rey la encuentra aceptable, ellos no han de ser de mejor condición. ¡Mala peste para esas conciencias delicadas que rehúsan contentarse con lo que labra la prosperidad de todo inglés honrado! No quieren seguir el camino real porque les parece demasiado ordinario y buscan un atajo para su uso exclusivo, echando pestes contra los que no siguen su ejemplo.

—Pero convendréis conmigo —objeté— en que en todos los credos se encuentran personas de sólida piedad. Si un hombre observa una vida virtuosa, ¿qué importan las ideas que pueda tener en materia de religión?

—La verdadera virtud ha de guardarse en el corazón —observó el sargento Gredder—. Yo miro con prevención la piedad que sale demasiado a la superficie con gangosidades gazmoñas, gemidos alharaquientos y miradas santurronas. Esa piedad se parece a la moneda falsa que tiene más brillo y apariencia que la verdadera.

—¡Excelente símil! —repliqué—. Pero ¿cómo se explica, sargento, que hayáis fijado la atención en estos asuntos? Si malas lenguas no mienten, los dragones reales suelen pensar en otras cosas muy distintas.

—He pertenecido a la infantería de Mackay —respondió secamente.

—He oído hablar de él; y, según mis noticias, es hombre de grandes prendas y sólida piedad.

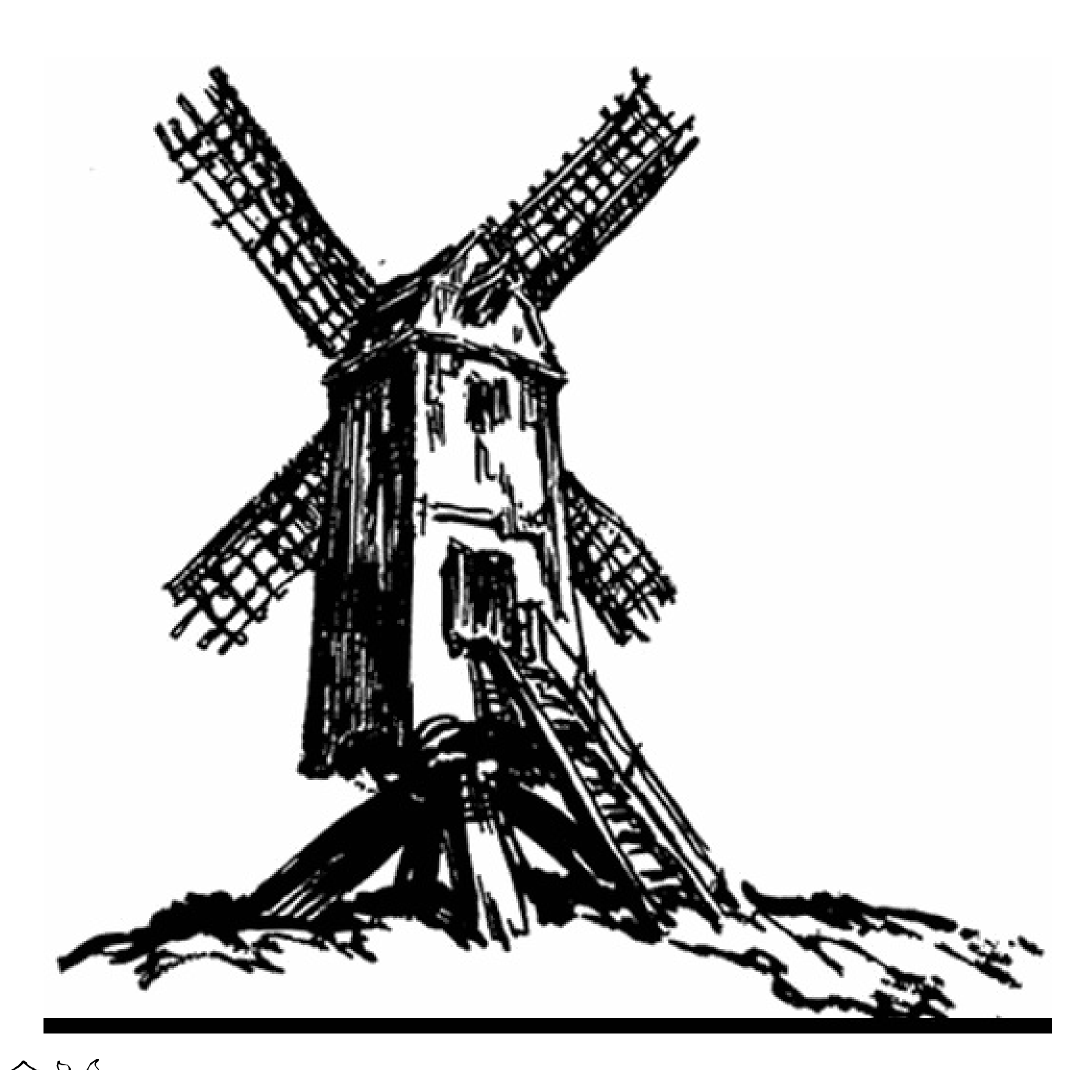
—Ciertamente —afirmó con vehemencia el sargento Gredder—. A juzgarle por su apariencia, Mackay no pasa de ser un militar rudo; pero en el fondo tiene el corazón de un santo. Puedo aseguraros que apenas había necesidad de emplear la vara en su regimiento, porque los soldados temían más una mala mirada de su coronel que al capitán preboste.

Durante nuestra larga caminata, tuve ocasión de convencerme de que el sargento había asimilado las enseñanzas del coronel Mackay, porque dio pruebas de gran sensatez y moderación. En cuanto a los dos soldados, no profirieron una palabra en todo el camino, porque los dragones de aquella época no entendían más que de vino y mujeres, y quedaban mudos siempre que salía a relucir otra cuestión cualquiera.

Cuando, al fin, penetramos en la pequeña aldea de Gommatch, que domina la llanura de Sedgemoor, mi guardián y yo nos despedimos con pena. Como último favor le rogué que cuidara de *Covenant*, prometiendo pagarle una cierta suma mensual por aquel servicio y encargándole que se quedara con el caballo para su uso si no se le reclamaba en el término de un año. No pude menos de experimentar un sentimiento penoso al ver que mi fiel compañero, en el momento de alejarse, volvió la cabeza y clavó en mí sus ojos con curiosidad, como si no acertara a explicarse aquella separación. Pero cualquiera que pudiera ser el sesgo que tomaran los acontecimientos, sabía bien que mi caballo quedaba en poder de una buena persona y había de estar bien atendido.

XXXIV

DE LA LLEGADA DE SOLOMON SPRENT



La iglesia de Gommatch era un edificio pequeño cuya fachada aparecía cubierta de yedra, con una torre cuadrada, al estilo de las de Normandía, que se alzaba en el centro de la aldea. Sus grandes puertas de encina, tachonadas con clavos de hierro, y sus elevados ventanales en forma de aspilleras, la hacían servir admirablemente para el fin a que entonces se la destinaba. En el lugar se instalaron dos compañías de

Dumbarton a las órdenes de un comandante de grave aspecto, a quien me entregó el sargento Gredder, haciendo una breve exposición de las circunstancias de mi captura y de las razones que habían impedido mi ejecución sumaria.

La noche avanzaba a toda prisa; pero las pocas lámparas que pendían aquí y allá en los muros derramaban una luz incierta y vacilante sobre la escena. Tendidos o sentados sobre el pavimento de piedra, había un centenar de prisioneros, muchos de ellos heridos, y algunos agonizando. Los que estaban sanos formaban silenciosos y pacíficos grupos alrededor de sus amigos, y hacían todo lo posible para aliviar sus padecimientos. Algunos se habían despojado de la mayor parte de sus vestidos a fin de suministrar a los heridos ropa en que poder apoyar la cabeza y abrigarse.

También podían divisarse, entre las sombras, confusas figuras arrodilladas, y el murmullo de sus rezos se difundía por las naves, interrumpido por algún que otro gemido o por el fatigoso acezar de alguna de las víctimas. La amarillenta y débil luz de las lámparas caía sobre los rostros contraídos por el dolor y sobre las harapientas y enlodadas formas de los prisioneros, formando un cuadro digno de ser reproducido por alguno de los artistas de los Países Bajos cuyas obras vi mucho después en La Haya.

El jueves por la mañana, a los tres días de haberse dado la batalla, fuimos todos conducidos a Bridgwater, donde estuvimos presos durante el resto de la semana en la iglesia de St. Mary, que era la misma desde cuya torre Monmouth y sus jefes habían inspeccionado la posición ocupada por Feversham. Cuanto más completos eran los informes adquiridos de los soldados y de otras personas acerca de la batalla, tanto más se puso de manifiesto que, a no ser por imprevistos accidentes, teníamos todas las probabilidades de haber triunfado en nuestro ataque nocturno. Feversham había cometido muchos y gravísimos errores, apreciando mal la importancia del enemigo y dejando su campamento enteramente expuesto a una sorpresa.

Cuando comenzó el fuego se arrojó de la cama, y como no encontrara su peluca se entretuvo en buscarla por la tienda de campaña, mientras se decidía el combate; y sólo se presentó en el campo de batalla cuando éste ya estaba terminado.

Todos convinieron en que, si nuestros guías y exploradores no se hubieran engañado al creer vadeable el *rhine* de Bussex, nuestros soldados habrían penetrado en las tiendas enemigas antes que las tropas del rey se pusieran sobre las armas. Sólo esta circunstancia y el valeroso denuedo de John Churchill, que era el segundo de Feversham, y que posteriormente se

conquistó gran renombre, tanto en la historia de Francia como en la de Inglaterra, impidieron que el ejército de James sufriera una derrota que hubiera alterado la marcha de la campaña[35].

Cuando, por tanto, oigáis o leáis, mis queridos niños, que el levantamiento de Monmouth fue fácilmente sofocado, o que desde un principio debió considerarse como una causa perdida, no olvidéis que vuestro abuelo, después de haber tenido parte en el mismo, os asegura que la balanza estuvo realmente en el fiel, y que un puñado de campesinos animosos, sin otras armas que sus picas y guadañas, estuvieron a punto de alterar el curso entero de la historia inglesa. La ferocidad demostrada por el Consejo Privado, después de vencida la rebelión, se inspiró en la conciencia que los gobernantes tuvieron del peligro de una derrota.



No quiero insistir demasiado en el ensañamiento y barbarie de los vencedores, porque vuestros oídos infantiles no deben escuchar tales enormidades. El indolente Feversham y el brutal Kirke se conquistaron en toda la región de occidente una fama de sanguinarios, que sólo fue eclipsada por el cobarde y asesino que los sucedió. Por lo que se refiere a sus víctimas,

aunque perecieran ahorcadas, descuartizadas y atormentadas con todo género de crueldades, al menos dejaron sus nombres en las aldeas a las que pertenecían para ser transmitidos de generación en generación con la aureola que correspondía a los heroicos defensores de una noble causa.

Visitad hoy mismo las aldeas de Milverton, Wiveiscombe, Minehead, Colyford, o cualquiera otra de Somersetshire, y hallaréis que no se han olvidado en esos lugares los gloriosos nombres de sus mártires. En cambio, ¿qué memoria queda de Kirke y Feversham? Verdad es que se conservan sus nombres, pero como objeto del odio y execración de toda aquella comarca. ¿Quién no se dará cuenta, por tanto, que esos hombres, al castigar a otros, se llenaron a sí mismos de infamia? De esta suerte, el fallo inexorable de la historia ha dejado sentir sobre ellos todo su peso.

No perdonaron ninguna de las violencias y crueldades concebibles, sabiendo bien que tal comportamiento era agradable a los hipócritas que estaban en el poder. Se esforzaron por conquistar su protección, y lo consiguieron. Se ahorcó y acuchilló sin piedad a los vencidos; no hubo insulto ni contumelia que pudiera contribuir a acrecentar los horrores de la ejecución que no se infligiera a las víctimas; a pesar de eso, en el país nativo de éstas se refiere con orgullo que entre los muchísimos sacrificados no hubo uno que no arrostrara la muerte con firmeza, enorgulleciéndose de estar dispuestos a dar cien veces la vida por la misma causa.

Al cabo de una o dos semanas, se recibieron noticias de los fugitivos. Monmouth, según parece, fue hecho prisionero por los soldados de Portman cuando intentaba encaminarse al New Forest, de donde proyectaba escapar a Europa. Lo sacaron arrastrando de un campo de alubias donde se había escondido, y fue llevado a Ringwood en Hampshire. A nosotros llegaron extraños rumores relativos a su comportamiento y pudimos recogerlos entre los brutales chistes de nuestros guardias. Se decía que, todo tembloroso y descompuesto, había caído de rodillas a los pies de los patanes que lo apresaron. Algunos añadían que había escrito al rey James sometiéndose incondicionalmente a todo, incluso a la condición de abjurar del protestantismo a trueque de salvar su cabeza[36].

Nosotros nos reíamos entonces de tales historias, menospreciándolas como invenciones de nuestros enemigos. Increíble nos parecía que, cuando los defensores de la causa protestante estaban dando pruebas de entereza y lealtad, el caudillo de aquellos héroes, en quien se fijaban los ojos de todos, pudiera demostrar menos valor que cualquier trompeta de los que marcharon al frente de sus regimientos al entrar en batalla. ¡Ay!, tiempo había de llegar

en que se confirmara la verdad de tales historias, demostrándose que no había bajeza ni infamia a la que no se hubiera rebajado el infeliz Monmouth con la esperanza de prolongar por algunos años aquella existencia que tan fatal y nefasta había resultado para muchos que pusieron en él su confianza.

De Saxon no llegaron noticias, ni buenas ni malas, capaces de alentarnos a creer que hubiera hallado un refugio donde ponerse en salvo. Reuben continuaba en cama con su herida, al cuidado del comandante Ogilvy y bajo su protección. Este caballero vino a verme varias veces y se esforzó por consolarme, hasta que le di a entender que me dolía encontrarme en situación distinta de los valientes con quienes había compartido los peligros de la campaña. Me hizo un gran favor escribiendo a mi padre para participarle que me encontraba sin novedad y por el momento libre de todo peligro. En contestación a esta carta, recibí una larga misiva del anciano autor de mis días llena de valeroso espíritu cristiano, y en ella me exhortaba a tener buen ánimo y citaba importantes pasajes de un sermón sobre la paciencia, compuesto por el reverendo Josuah Seaton de Petersfield.

Me decía, además, que mi madre estaba muy angustiada a causa de mi situación, pero que la sostenía su confianza en los decretos de la Providencia. Incluía una letra a favor del comandante Ogilvy, encargándole que hiciera uso de aquella cantidad en cualquier forma que yo indicara. Este dinero, junto con el pequeño depósito que mi madre me había cosido al cuello del jubón, prestó servicios inapreciables, porque cuando se declaró el tifus entre los prisioneros, pude adquirir alimentos convenientes para los enfermos y pagar la asistencia de médicos, de suerte que la enfermedad fue combatida antes que tuviera tiempo de propagarse.

A principios de agosto se nos trasladó de Bridgwater a Taunton, donde fuimos encerrados con otros centenares de prisioneros en el mismo almacén de lana en que nuestro regimiento había estado acuartelado a principios de la campaña. No ganamos gran cosa con el cambio, si bien nuestros nuevos guardianes mostraron menor crueldad que los anteriores y se portaron con mayor benignidad. No solamente se permitió, de cuando en cuando, que personas amigas entraran a visitarnos, sino que pudimos obtener libros y periódicos, mediante un pequeño obsequio hecho al sargento que estaba de servicio. Pudimos, por tanto, pasar el tiempo con cierta comodidad durante el mes o algo más que transcurrió antes de ser sometidos a juicio.

Una tarde, en que estaba distraído, de espaldas al muro, contemplando una delgada faja de cielo azul que se descubría por la estrecha ventana, y dejando volar mi fantasía por las praderas de Havant, oí una voz conocida que me

recordó mi casa de Hampshire. Aquel tono destemplado y bronco, que de tiempo en tiempo sonaba con acento de indignación, no podía venir de otra persona distinta de mi viejo amigo el marino. Me acerqué a la puerta de donde provenía el alboroto, y desaparecieron todas mis dudas al escuchar la conversación.

—¡Dejadme paso! ¿No queréis? —vociferaba—. Pues habéis de saber que yo no he torcido nunca mi rumbo cuando algún enemigo se me atravesó por la proa. Debo deciros que tengo permiso del almirante y necesito atracar un momento junto a una nave de guerra de las más valientes; vira pronto, porque pudiera ocurrir que os pasara por ojo.

—Aquí no tenemos que ver nada con almirantes —replicó el sargento de guardia—. Ha pasado ya la hora señalada para ver a los prisioneros; y si no os retiráis, ensayaré en vuestras espaldas la resistencia de mi alabarda.

—Yo he dado y recibido golpes mucho antes que cualquier topo de secano como vos —replicó el viejo Solomon—. Cuando vos estabais todavía mamando, andaba yo al abordaje de los barcos de Ruyter[37]; y, aunque soy viejo, os daré a entender que no me falta nervio y puedo cambiar bordadas con cualquier filibustero de los que tienen marcadas las espaldas con las varas del capitán preboste. Si navego de vuelta hasta el comandante Ogilvy y le hago saber la manera con que me habéis recibido, os ha de poner el cuerpo más rojo que la chaquetilla que lleváis.

—¡Ah, el comandante Ogilvy! —exclamó el sargento en tono más respetuoso—. Si hubierais dicho que teníais permiso del comandante Ogilvy, habríamos acabado; pero venís ladrando no sé qué cosas de almirantes, comodoros y otros títulos de marina que no conocemos en tierra.

—Vergüenza les debiera dar a vuestros padres por no haberos enseñado debidamente el inglés castizo —gruñó Solomon—. Verdaderamente, amigo, no comprendo por qué los marinos han de dar lecciones a la gente de tierra en materia de lenguaje. Entre setecientos hombres que éramos en el navío *Worcester,* el mismo que se fue a pique en la bahía de Funchal, no había un miserable grumete que no entendiera mi lenguaje, mientras en tierra tropiezo a cada paso con zopencos, como tú, que saben tanto inglés como los moros de Berbería y se me quedan con dos palmos de boca abierta cuando les pregunto por la singladura o las campanadas de la hora.

—¿A quién queréis ver? —preguntó el sargento, enojado—. Tenéis una lengua infernalmente larga.

—Sí, y áspera también cuando tengo que tratar con tontos —replicó el marino—. Si os hubiera tenido a mi cargo durante un corso de tres años, tal

vez os habría hecho un hombre.

—¡Pase enhoramala el viejo! —exclamó el sargento furioso, y el marino entró pisando fuerte, con el tostado semblante contraído, en parte por la satisfacción de la victoria obtenida sobre el sargento, y en parte por estar masticando un trozo de tabaco.

Después de echar una mirada a su alrededor, sin que lograra verme, se puso las manos en la boca y gritó a todo pulmón mi nombre entre una serie de exclamaciones que resonaron en todo el edificio.

—Aquí estoy, Solomon —dije tocándole en el hombro.

—¡Dios te bendiga, muchacho! ¡Dios te bendiga! —dijo apretándome la mano—. No podía verte porque tengo un ojo con más niebla que los bancos de Terranova; y está así, desde que el grandullón de Williams me tiró un vaso en la posada Tiger, hace cerca de treinta años. ¿Cómo estás? ¿Sin novedad de fondo a cubierta?

—Todo lo bien que pudiera desear —respondí—. Tengo poco de qué quejarme.

—¿No te ha llevado una bala ninguna parte del aparejo? —continuó—. ¿No te han echado abajo los palos? ¿Ningún boquete en la línea de flotación, eh? ¿No te han quitado la pintura del casco, ni te han tumbado ni abordado?

—Nada de eso —repuse riendo.

—Pero, en verdad, estás más delgado que antes y has envejecido diez años en dos meses. Cuando saliste, eras un barco de guerra gallardo y bien equilibrado como pocos; y ahora eres el mismo barco que después de la batalla y la tormenta ha perdido la pintura de los costados y las grímpolas. Sin embargo, me alegro mucho de verte sin grandes averías.

—He visto escenas capaces de añadir diez años a la edad de cualquiera.

—Sí, sí —respondió con un gruñido bronco, moviendo exageradamente la cabeza—. Es un negocio de lo más infernal. Sin embargo, con ser tan mala la tempestad, la calma viene siempre después, a condición de buscarla, con el áncora echada a gran profundidad, en la Providencia. ¡Ah, muchacho, tú estás bastante bien! Pero, si no me engaño, tu pena nace de ver a esos desgraciados que te rodean más que de ti mismo.

—Es un efecto desgarrador verlos padecer sin exhalar una queja —respondí—, ¡y padecer por causa de semejante hombre!

—¡El miserable, de corazón de gallina! —murmuró el marino, rechinando los dientes.

—¿Cómo están mi madre y mi padre? —pregunté—. Y ¿cómo habéis venido de tan lejos?

—¡Bah!, me hubiera podrido de impaciencia si hubiera tenido que continuar amarrado por más tiempo. Corté, por tanto, el cable y después de hacer una singladura con rumbo al norte hasta Salisbury, he navegado hasta aquí con viento en popa. Tu padre anda cariacontecido y atiende, como de ordinario, a su trabajo, si bien los tribunales lo han molestado mucho, de modo que ha tenido que ir dos veces a Winchester para sufrir un interrogatorio; pero le han encontrado los papeles en regla y no han podido presentar contra él ninguna acusación. Tu madre, la bienaventurada, tiene poco tiempo para gimoteos ni aspavientos, porque es tan esclava de su deber, que, aunque el navío se fuera a pique, apostaría un galeón de plata contra una mandarina a que no había de moverse del fogón preparando potingues medicinales o amasando pasteles. Han recurrido a la oración, como otros lo hubieran hecho a los licores fuertes, y rezando templan sus corazones cuando sopla frío el viento de la desgracia. Se han alegrado mucho de que viniera a verte; y les di mi palabra de marino de que había de sacarte del cepo, si humanamente podía hacerse.

—¡Ea, Solomon! ¡Sácame cuanto antes! —repliqué—; ¡bah!, la cosa es fácil y desde luego lo doy por supuesto. ¿Cómo podrías conseguirlo?

—De muchas maneras —respondió bajando la voz de suerte que sólo se oyera un apagado murmullo; e inclinando al mismo tiempo su cabeza entrecana, como si hablara de un asunto que le hubiera costado largas meditaciones, añadió—: Podría apelarse al barreno.

—¡Al barreno!

—Sí, muchacho. Cuando yo era cabo de brigada en la galera *Providence* en la segunda guerra con Holanda, nos vimos encerrados entre costa de sotavento y la escuadra de Van Tromp; así que, después de pelear hasta que las balas enemigas nos barrieron los palos, y la sangre corrió en regueros por los imbornales, nos tomaron el barco al abordaje y nos llevaron presos a la isla de Texel. Cargados de cadenas, nos sepultaron en la bodega entre ratas y agua de pantoque, con las escotillas cerradas y aseguradas, y centinelas encima; pero, ni aun así pudieron con nosotros, porque al poco tiempo nos deshicimos de los grillos, y Will Adams, el primer carpintero, abrió un boquete en las costuras de los tablones, de modo que el navío estuvo a punto de irse a pique. En medio de la confusión caímos nosotros sobre la marinería enemiga, y valiéndonos de los grillos como de porras, reconquistamos el navío… Pero veo que te ríes, como si hubiera pocas esperanzas de realizar ese plan.

—Si este almacén de lanas fuera el navío *Providence* y los campos de Taunton el golfo de Vizcaya, podría intentarse —respondí.

—Tienes razón que me he salido del canal perdiendo el rumbo —respondió frunciendo el ceño—. Sin embargo, queda todavía otro proyecto magnífico que he concebido y consiste en volar el edificio.

—¿Volar el edificio? —pregunté con asombro.

—Sí. Un par de barriletes llenos de pólvora y una mecha que arda a fuego lento lo harían en cualquier noche oscura. Y entonces ¿adónde irían a parar estos muros que te tienen preso?

—Y ¿adónde iría la gente que ahora está dentro de ellos? —objeté—. ¿No volarían todos también?

—¿Mala peste para el proyecto? No había caído en la cuenta —replicó Solomon—. Nada; entonces lo dejo por tu cuenta. ¿Qué propones tú? No tienes más que dar órdenes y verás cómo, sin nave compañera o con ella, gobierno conforme a tus disposiciones, mientras esta vieja carraca obedezca al timón.

—En ese caso, mi querido y viejo amigo —dije—, soy de parecer que dejes seguir su curso a los acontecimientos y regreses volando a Havant con un mensaje mío para los que me conocen, diciéndoles que tengan buen ánimo y esperen que se resuelvan todas las dificultades. Ni vos, ni otro hombre alguno puede ayudarme en esta situación, porque estoy resuelto a seguir la suerte de los prisioneros que me acompañan; y, aunque pudiera, no había de abandonarlos. Haced cuanto esté en vuestra mano para confortar el corazón de mi madre y dad mis recuerdos a Zachariah Palmer. Vuestra visita me ha procurado un alegrón; y otro ha de facilitarles a ellos vuestro regreso después de haberme visto. Así me favoreceréis mejor que estando aquí.

—¡Voto a tal, si me hace gracia volver sin descargar un golpe! —refunfuñó—. Sin embargo, si ésa es tu voluntad, el asunto ha concluido. Dime, muchacho: ¿te ha jugado alguna mala pasada aquel altaricón amigo que tenías, tan consumido de costados y con panza de arenque? Porque, si es así, juro por el Todopoderoso que, viejo y todo como soy, mi machete ha de trabar conocimiento con la tizona que lleva pendiente al cinto. Conozco el lugar donde ha anclado y amarrado por proa y popa, al abrigo de los vientos y en espera del cambio de temporal.

—¿Cómo? ¿Os referís a Saxon? —pregunté—. ¿De veras sabéis dónde está? Por Dios, hablad bajo, porque la noticia significaría un ascenso y quinientas libras oro para cualquiera de estos soldados que lograra echarle el guante.

—No es probable que puedan hacerlo —repuso Solomon—. Al navegar para acá, anclé por casualidad en un sitio llamado Bruton donde hay una posada, como tantas otras, cuya dueña es una moza de mucha lengua y ojos alegres. Estaba yo bebiendo allí un vaso de cerveza doble, a la hora de costumbre, cuando vinieron a caer mis ojos en un carretero seco y larguirucho, que cargaba en el corral un carro con barriles de cerveza. Mirándole con mayor atención, me pareció que la nariz del hombre, semejante al pico de un gavilán y sus chispeantes ojos de párpados medio arrizados, no me eran desconocidos; pero cuando le oí jurar entre dientes en holandés puro y castizo, en un momento me vino a la imaginación quién era. Salí al corral y le di una palmadita en la espalda. ¡Voto a Cristo, muchacho! Tendrías que haberlo visto retroceder de un salto y bufar como un gato salvaje, con los pelos de la cabeza enteramente erizados. Sacó un cuchillo de debajo de la blusa, porque sin duda creyó que me proponía ganar el premio ofrecido al que lo entregue a los chaquetas rojas. Le dije que su secreto no corría peligro de que yo lo revelara y le pregunté si tenía noticia de que estabas en el cepo. Me respondió que lo sabía y que salía fiador de que no habías de recibir ningún daño, aunque, a la verdad, a mí me pareció que trabajaba con todas sus fuerzas por tender el velamen de su propio navío y no de servir de piloto a otro alguno. Sin embargo, allí lo dejé, y allí volveré a hallarlo si te ha hecho algún daño.

—No —respondí—; me alegro mucho de que haya encontrado ese refugio. Rompimos nuestra amistad por opinar de diverso modo en un asunto particular; pero no tengo motivos para quejarme de él. Al contrario, me ha mostrado de muchas maneras su afecto y buena voluntad.

—Es listo y astuto como el escribiente de un sobrecargo —observó Solomon—. He visto a Reuben Lockarby, que te manda recuerdos. Sigue todavía en la litera a causa de la herida; pero lo tratan bien. El comandante Ogilvy me dijo que se había interesado tanto por él que, según todas las probabilidades, saldrá absuelto, especialmente porque no tuvo parte en la batalla. En cuanto a ti, cree que sería más fácil obtener el perdón si hubieras peleado con menos brío; pero te tienen por hombre peligroso, sobre todo porque muchos de los rebeldes te manifiestan cariño.

El buen marino continuó en mi compañía hasta hora avanzada de la noche, escuchando mis aventuras y refiriéndome en cambio las hablillas de la aldea, más interesantes para el que está ausente de ella que la elevación y caída de los imperios. Antes de partir sacó de la faltriquera un puñado de monedas de plata, y fue recorriendo los prisioneros para preguntarles lo que

necesitaban y aliviar sus sufrimientos con algunas piezas y frases rudas de aliento, como las que podían salir de la boca de Solomon.

En la mirada afectuosa y en la honrada expresión del semblante hay un lenguaje que todos los hombres pueden comprender; y, aunque las razones del marino debieron de sonarles a griego a los campesinos de Somersetshire, éstos lo rodearon en el momento de marchar colmándole de bendiciones. Por mi parte, experimenté el mismo efecto que si en nuestra estrecha y pestífera prisión hubiera penetrado una saludable ráfaga de brisa marina, dejándonos consolados y fortalecidos.

A últimos de agosto salieron de Londres los jueces y emprendieron aquel malhadado viaje que causó la pérdida de tantas vidas y haciendas y dejó en los condados del tránsito recuerdos que nunca se borrarán de la memoria de sus habitantes. De día en día, recibíamos noticias referentes a las actuaciones judiciales; porque los guardias se deleitaban en contarlas minuciosamente entre chistes y maldiciones, a fin de que supiéramos lo que nos esperaba y gozáramos, como ellos decían, los placeres anticipados de nuestra condena.

En Winchester, *lady* Alice Lisle, que gozaba fama de santidad, fue sentenciada por el presidente del tribunal Jeffreys a ser quemada viva; y los esfuerzos y súplicas de los amigos de la víctima apenas lograron del juez la mezquina gracia de substituir por el hacha el haz de leña. La hermosa cabeza de *lady* Alice fue separada del tronco entre los gemidos y lamentos de una llorosa multitud en la plaza de la ciudad.

La carnicería se ejecutó al por mayor en Dorchester. Trescientos de los acusados fueron condenados a muerte, pena que se aplicó de hecho a setenta y cuatro, hasta que los hacendados *torys* más leales de la comarca se quejaron de que por todas partes no se veían más que cadáveres de ahorcados. Desde allí los jueces pasaron a Exeter y posteriormente a Taunton, adonde llegaron en la primera semana de septiembre, como bestias furiosas y embravecidas que después de haber probado la sangre, no podían calmar su sed insaciable. Nadie diría que eran seres racionales, capaces de discernir los diversos grados de culpabilidad y de absolver al inocente separándole del culpable.

La crueldad de los jefes halló campo abonado en que producir sus frutos, porque solamente en Taunton había un millar de infelices prisioneros, muchos de los cuales estaban tan poco ejercitados en expresar sus pensamientos y tropezaban con tantas dificultades para ello en el extraño dialecto en que se expresaban, que pudieron ser considerados como mudos en cuanto a las probabilidades de hacer comprender al juez y a los magistrados las excusas que podían alegar en su favor.

El presidente del tribunal hizo su entrada en Taunton un lunes por la tarde, y yo lo vi pasar desde una de las ventanas del cuarto en que estábamos encerrados. Rompían la marcha los dragones con sus banderas y atabales; seguían a continuación los piqueros con sus alabardas y detrás de ellos iba una hilera de coches llenos de altos dignatarios de la ley. Al final, avanzaba una gran carroza abierta, tirada por seis yeguas flamencas de larga cola y adornada con incrustaciones de oro; y en este lujoso vehículo aparecía reclinado entre cojines de terciopelo el infame juez, envuelto en una toga de triple seda carmesí y adornada la cabeza con espléndida peluca blanca que le caía sobre los hombros.

Dícese que usaba el color escarlata a fin de infundir terror en el corazón del pueblo, y que para el mismo fin había mandado tapizar de rojo la sala del tribunal. Por lo que se refiere a su persona; siempre había tenido la costumbre de usar ese color; y la perversidad de sus instintos era ya proverbial entre toda clase de personas, que lo pintaban como a hombre de expresión y facciones tan monstruosas como su alma. Sin embargo, esto último carece de fundamento. Al contrario, Jeffreys debió de ser extraordinariamente hermoso en su juventud[38].

No tenía, en verdad, muchos años cuando yo lo vi; pero la relajación y mala vida habían dejado profundas huellas en su continente, sin destruir del todo la regularidad y belleza de sus facciones. Por el color parecía meridional más bien que inglés, con ojos negros y tez morena. Su expresión era altiva y noble; pero estaba dotado de un temperamento tan irascible, que la menor contrariedad o molestia le ponía frenético, y sus ojos despedían un brillo siniestro mientras echaba espumarajos por la boca. Una vez le he visto en ese estado, temblándole el rostro como si le hubiera acometido un accidente de epilepsia. Tan escaso era el dominio que tenía de sus emociones de otra índole, que, según me han contado, cualquier cosilla bastaba para hacerle sollozar y llorar, especialmente por cualquier insignificante desdén recibido de sus superiores.

A mi juicio, era hombre de extraordinarias facultades tanto para el bien como para el mal; pero a fuerza de halagar las peores inclinaciones de su naturaleza despreciando el ejercicio de las buenas cualidades, llegó a convertirse en una bestia tan dañina como puede serlo un hombre degenerado. Mal gobierno era sin duda aquel que confirió uno de los cargos más elevados de la magistratura a un ser tan abyecto y maledicente. Mientras pasaba su carruaje, un caballero *tory* que cabalgaba al estribo del mismo señaló a la atención del juez las caras de los prisioneros que lo estaban mirando. Les

echó una rápida mirada, sonriendo maliciosamente; y luego se reclinó otra vez en el carruaje. Pude observar que ninguno de los curiosos se descubrió al verlo y que hasta los rudos soldados parecían contemplarlo con un sentimiento, mezcla de terror y de disgusto, al modo que un león contemplaría a un despreciable vampiro que se cebara en la presa cazada por él.

XXXV

DEL DIABLO DE TOGA Y PELUCA



Los preparativos para las ejecuciones comenzaron inmediatamente. Aquella misma noche se construyó un gran patíbulo al lado de la posada White Hart. Durante horas y horas, pudimos oír el ruido del martillo y de la sierra, mezclado con las voces y los chistes obscenos del personal que formaba el séquito del juez, y estaba a la sazón de parranda con los oficiales del regimiento de Tangiers frente a la pieza de la

prisión que dominaba la horca. Los prisioneros se pasaron la noche orando y meditando; y los más animosos exhortaban a sus hermanos a portarse como hombres, caminando al patíbulo con serenidad que pudiera servir de ejemplo a los verdaderos protestantes en todo el mundo.

Los ministros puritanos habían sido ahorcados inmediatamente después de la batalla; pero quedaban unos cuantos que se encargaron de sostener el valor de sus feligreses y darles ejemplos en el patíbulo. Nunca he visto nada tan admirable como la serena y alegre tranquilidad con que aquellos patanes arrostraron su fatal destino. El valor que habían demostrado en el campo de batalla palideció ante el que demostraron en el degolladero de la ley. De esta suerte, entre el profundo murmullo de las plegarias y súplicas de misericordia elevadas a Dios por lenguas que jamás la imploraron de los hombres, apuntó la claridad de la mañana, de la última mañana que muchos de nosotros habían de pasar en la tierra.

El tribunal debió haber comenzado a funcionar a las nueve; pero el milord Presidente se encontraba indispuesto, por haber estado hablando hasta hora avanzada con el coronel Kirke. Eran cerca de las once cuando los heraldos y pregoneros anunciaron que había tomado asiento en el tribunal. Mis compañeros de prisión fueron llamados uno a uno por sus nombres, comenzando por los más prominentes. Salieron de entre nosotros recibiendo numerosos apretones de manos y bendiciones, y no volvimos a oír nada de ellos, como no fuera un súbito redoble de tambores que sonaba de cuando en cuando para ahogar, según nos dijeron los guardias, las últimas palabras de los condenados a muerte, evitando así que fueran recogidas por el público.

Aquel conjunto de mártires salió al encuentro de la muerte con paso firme y alegre semblante, desfilando uno tras otro durante aquel largo día de otoño, hasta que los rudos soldados de la guardia permanecieron silenciosos y admirados en presencia de un valor que no podían menos de reconocer como más elevado y noble que el suyo. Mucha gente pudo denominar juicio criminal las formalidades con ellos usadas; y juicio fue en realidad, aunque no en el sentido en que lo entendemos los ingleses. En sustancia se redujo a arrastrarlos violentamente llevándolos a presencia del juez y a insultarlos antes de hacerles sufrir la última pena.

La sala del tribunal era el espinoso sendero que conducía al patíbulo. ¿De qué servía la comparecencia de un testigo, si se le aturdía a gritos, insultos y amenazas por el presidente del tribunal que vociferaba y juraba de tal modo que podían oír sus gritos los atemorizados vecinos de la calle Fore? He oído a personas dignas de entero crédito que Jeffreys se encolerizaba como un

endemoniado, brillándole los negros ojos con tal saña vengativa, que apenas parecía humana.

Los jurados temblaban en su presencia como ante un bicho venenoso, cada vez que fijaba en ellos su siniestra mirada. De cuando en cuando, según me han contado, su furor tomaba un sesgo más terrible, echándose atrás en su asiento y prorrumpiendo en histéricas carcajadas, hasta que las lágrimas corrían abundantemente por su rostro. En este primer día fueron ejecutados o condenados a muerte cerca de cien prisioneros.

Había yo esperado que me llamaran a comparecer entre los primeros de la lista, y así hubiera sucedido indudablemente a no ser por los esfuerzos del comandante Ogilvy. El hecho es que pasó el segundo día y me percaté de que no se acordaban de mí. Durante los dos días siguientes disminuyó el número de ejecuciones, no porque se despertara en el juez ningún sentimiento de piedad, sino porque los grandes propietarios *torys* y los principales defensores del gobierno, movidos a compasión, se rebelaron contra aquella carnicería ejecutada en hombres indefensos. A no ser por la influencia ejercida en el juez por esos elementos, no me cabe la menor duda de que Jeffreys hubiera ahorcado a todos los mil cien prisioneros que había en Taunton. Así y todo, sucumbieron doscientos cincuenta, víctimas de aquel monstruo, sediento de sangre humana.

Al octavo día de haber comenzado sus sesiones el tribunal, sólo quedábamos en el almacén de lana cincuenta prisioneros. Últimamente los acusados habían comparecido en grupos de diez y veinte; pero a la sazón se nos llevó a todos de una vez con la correspondiente escolta, siendo introducidos en la sala cuantos cabían en ella, mientras los restantes aguardaban en la antecámara del salón como terneras en el mercado. El juez descansaba reclinado en un sillón bajo un dosel de color escarlata, y tenía a sus lados otros dos jueces en asientos colocados a menor altura.

A la derecha estaba el cuerpo de jurados compuesto de doce sujetos, cuidadosamente escogidos, *torys* de la antigua escuela, defensores inflexibles de las doctrinas de la noresistencia y del derecho divino de los reyes. Se había puesto gran cuidado por los agentes de la Corona en la elección de estos hombres; de modo que no se contaba entre ellos uno que no fuera capaz de sentenciar a muerte a su mismo padre si recaían sobre él sospechas de inclinarse a favor de los presbiterianos o del partido *whig*.

Frente al juez había una mesa ancha, cubierta de tapete verde y llena de papeles. A mano derecha de la misma se veía un grupo numeroso de abogados de la Corona, de semblante torvo y austero, y cada uno de ellos

ojeaba con ansia los documentos que tenía en la mano pasando y repasando las hojas, como si estuvieran siguiendo la pista que había de servirles para cazar a sus víctimas.

Al otro lado de la mesa se sentaba un joven cortesano, de semblante sano y fresco; y los movimientos nerviosos que imprimía a su peluca y toga de seda indicaban especial inquietud. Era el abogado Helstrop, que la clemencia de la Corona nos había otorgado por defensor, para que nadie osara decir que se nos había juzgado sin cumplir con todos los requisitos legales. Lo restante de la sala estaba ocupado por empleados subalternos de los ministros de justicia y por soldados de la guarnición, que habían tomado el local por sitio de pasatiempo considerando el espectáculo como una especie de deporte barato y prorrumpiendo en carcajadas al oír las groseras burlas y jocosidades del presidente.

Después que el notario hubo expuesto en la forma acostumbrada que los que estábamos en la barra, después de haber perdido el temor de Dios, nos habíamos reunido facciosamente y hecho traición a su majestad con todos los demás cargos de rebeldía, ataque a la fuerza pública y proclamación de un soberano ilegítimo, el presidente de la sala procedió a tomar el asunto por su cuenta.

—Espero que estos males queden corregidos de una vez y para siempre —comentó—. Confío en que no ha de ser necesario en lo futuro que se constituya nuevamente el tribunal en este edificio. ¿Dónde se ha visto jamás reunidos tantos criminales en una misma sala? ¿Quién ha tenido nunca delante de sí una multitud tan numerosa de traidores? ¡Ah, canallas, ya está preparada una cuerda para cada uno de vosotros! ¿No teméis el juicio divino? ¿No teméis el fuego del infierno? Oíd, vos, el de la barba gris que está en el rincón, ¿cómo se explica, infame, que la gracia de Dios os haya abandonado hasta el punto de hacer armas contra vuestro magnánimo y bondadoso monarca?

—Yo he seguido los dictámenes de mi conciencia, milord —respondió el honrado tejedor de Wellington, a quien hablaba el juez.

—¡Los dictámenes de su conciencia! —aulló Jeffreys—. ¡Hay que ver, un fanático demagogo con conciencia! ¿Qué habéis hecho de ella durante los dos meses últimos, grandísimo granuja? De poco os va a valer esa conciencia, pillastre, cuando dancéis en el aire con una cuerda al cuello. ¿Se ha visto nunca semejante perversidad? ¿Hubo en ninguna parte del mundo desvergüenza y cinismo como éstos? Y vos, grosero patán, ¿no sabéis siquiera bajar los ojos con respeto en lugar de mirar cara a cara a los ministros de

justicia, como si fuerais un hombre honrado? ¿No tenéis miedo ninguno a la horca que os aguarda?

—Antes de ahora, milord, había pensado en ella y no la temí —respondió el interpelado.

—¡Generación de víboras! —exclamó tendiendo los brazos—. ¡Rebelarse contra el padre más cariñoso y el mejor de los reyes!… Notario, procurad que mis palabras consten en autos. ¡El más indulgente de los soberanos!… A los hijos desobedientes y díscolos hay que reducirlos a la obediencia con la vara. —Y al llegar aquí hizo una mueca feroz—. El rey quiere evitar a vuestros padres naturales que se molesten en cuidar de vosotros. Si lo hubieran hecho a su tiempo, sin duda os habrían imbuido principios más sanos. Tunantes, vamos a trataros con misericordia… ¡Qué misericordia tan mal empleada! ¿Cuántos tenemos aquí, señor juez?

—Cincuenta y uno, milord.

—¡Terrible caterva de villanos! Cincuenta y un malvados de lo más perdido que se reunió jamás en rastra de malhechores. ¡Qué enorme masa de corrupción! ¿Quién defiende a estos miserables?

—Yo defiendo a los prisioneros, señor —replicó el joven abogado.

—¡Ah, maese Helstrop, maese Helstrop! —exclamó Jeffreys, sacudiendo su gran peluca hasta que perdió la mayor parte del polvo que tenía—; ¿en causas tan malas como la presente empleáis vuestros talentos, maese Helstrop? Pudiera suceder que se os fuera la lengua, señor letrado. A veces se me figura que os veo también en el banquillo. Quizá no tardéis en necesitar la ayuda de un señor togado, maese Helstrop. ¡Cuidado, pues! ¡Mucho cuidado!

—El mandamiento que tengo es de la Corona, señor —respondió el abogado con voz temblorosa.

—¡A mí no se me contesta de ese modo! —vociferó Jeffreys con los negros ojos brillando de cólera—. ¿Voy a consentir que se me insulte en mi tribunal? ¡No faltaba más que cualquier abogadillo de tres al cuarto, prevalido de la peluca y la toga que adquirió por casualidad, se atreviera a faltar el respeto al presidente de la sala y a querer eludir sus justas observaciones! ¡Ay, señor letrado! Mucho me temo que os va a sobrevenir alguna desgracia.

—Pido perdón a su señoría —impetró lleno de miedo el defensor, con la cara más blanca que el papel que tenía en la mano.

—¡Cuidad mucho de lo que decís y hacéis! —repuso Jeffreys con voz amenazadora—. Y guardaos de mostrar excesivo celo a favor de esta gente que es la hez de la sociedad. Y bien: ¿qué pretenden alegar en su favor estos cincuenta y un malvados? ¿Qué invenciones mentirosas tienen que exponer?

Señores del jurado, os ruego que fijéis la atención en la cara de asesinos que tienen esos hombres. Con gran acierto el coronel Kirke ha puesto en el tribunal una guardia suficiente; porque ni los ministros de justicia ni los templos están seguros en manos de estos facinerosos.

—Cuarenta de los reos desean confesarse culpables de haber tomado las armas contra el rey —replicó nuestro abogado.

—¡Qué horror! —exclamó el juez—. Esta impudencia no tiene semejante en la historia. Esta desvergüenza supera a todo lo que es dable concebir. ¿Es posible que se confiesen culpables, en lugar de mostrar su arrepentimiento por haber faltado al más benigno y paciente de todos los monarcas? Tomad nota de esas palabras, notario.

—Se han negado a dar ninguna prueba de arrepentimiento, señor —repuso el defensor.

—¿Eso más? ¡Ah, parricidas, malvados sin pudor! —exclamó el juez—. Poned a esos cuarenta a un lado para que los veamos bien. ¡Ahí los tenéis, señores! ¿Habéis visto en toda vuestra vida una banda semejante de perversos? Contemplad cómo la vileza y el crimen se atreven a presentarse con la cabeza erguida. ¡Oh, monstruos endurecidos! Y los otros once, ¿cómo pueden esperar que demos crédito a una hipocresía tan manifiesta, a un disimulo palpable? ¿Cómo intentan eludir el rigor del tribunal?

—Milord, todavía no han expuesto nada en su defensa —tartamudeó el abogado.

—Pero yo rastreo la mentira antes que la profieran los labios —replicó el juez sin deponer la violencia de su tono—. Puedo leerla en los semblantes tan pronto como se conciba interiormente. Adelante, adelante, que los momentos son preciosos. Exponed vuestra defensa, o sentaos para que falle el tribunal.

—Estos hombres, milord —repuso tembloroso el letrado—, estos once hombres, señor…

—¡Once diablos, milord! —interrumpió Jeffreys.

—Son labriegos inocentes, milord, que aman a Dios y al rey, y no se han mezclado para nada en las últimas revueltas. Han sido arrancados de sus hogares, no porque hubiera sospecha alguna contra ellos, sino porque no pudieron satisfacer la avaricia de ciertos soldados que se dedicaban al saqueo en…

—¡Oh, vergüenza inaudita! —exclamó Jeffreys con voz de trueno—. ¡Oh, infamia increíble, maese Helstrop! ¿No estáis satisfecho con apoyar la felonía de los rebeldes que os propasáis a denigrar a las tropas del rey? ¿Adónde

vamos a parar? Pero acabemos de una vez. ¿A qué se reduce la defensa de estos canallas?

—A probar la coartada, señor.

—¡Ya! El recurso obligado de todos los pillos. ¿Tienen testigos?

—Aquí hay una lista de cuarenta, milord. Están esperando abajo; y muchos de ellos han venido de puntos muy distantes y pasando grandes fatigas y trabajos.

—¿Quiénes son? ¿Qué clase de gente es? —interrogó Jeffreys.

—Campesinos, señor; jornaleros y labradores, vecinos de esos infelices que los conocen bien y pueden dar abundantes informes.

—¡Labriegos y cultivadores! —exclamó el juez desdeñosamente—. Por tanto, pertenecen a la misma clase que los reos. ¿Querríais hacernos creer en el juramento de quienes profesan las ideas *whigs*, o están afiliados al presbiterianismo o a la fanática secta de declamadores de Somersetshire, compañeros y compadres de los que están sometidos a nuestro tribunal? Estoy seguro de que han amañado las declaraciones bebiendo juntitos sus jarras de cerveza. ¡Valientes pillos!

—¿No quiere su señoría oír a los testigos? —preguntó nuestro abogado, como avergonzándose de sentirse herido por tal ultraje en su escasa dignidad de hombre.

—Ni una palabra, señor letrado —dijo Jeffreys—. Todavía estoy dudando si los deberes que me impone la lealtad a mi rey y bondadoso señor… Escribid bien claro, notario, eso de «bondadoso señor»… No me autorizan a poner en la barra a todos vuestros testigos, como cooperadores y encubridores del crimen de traición.

—Con perdón de su señoría —dijo uno de los prisioneros—; yo tengo por testigos al señor Johnson, de Nether Stowey, que es un buen *tory*, y también al señor Shepperton, el cura.

—Poco les honra a esos señores aparecer en una causa como ésta —replicó Jeffreys—. ¿Qué vamos a decir, señores del jurado, cuando vemos que hacendados de la comarca e individuos del clero y de la iglesia oficial apoyan de esta manera la rebeldía y la traición? Sin duda, se acercan los días apocalípticos. Vos sois un *whig* de lo más peligroso y maligno que se conoce, pues habéis seducido a esas buenas personas haciéndolas faltar a su deber.

—Pero oíd, milord —interpuso uno de los prisioneros.

—¿Oíros a vos, gañán desvergonzado? —interrogó furioso el juez—. No tenemos que oír ya nada. ¿Pensáis acaso que habéis vuelto a vuestro conventículo para atreveros a levantar la voz de ese modo? ¡Oíros a vos!

¡Vaya! Ya os oiremos cuando estéis amarrado al extremo de una cuerda antes de muchos días.

—Trabajo nos cuesta creer, señor presidente —dijo uno de los abogados de la Corona poniéndose de pie mientras revolvía un montón de papeles—; trabajo nos cuesta creer, repito, que el tribunal del rey necesite llevar a cabo indagatoria ninguna para establecer la verdad de los hechos en ningún caso. Ya hemos oído la relación completa de esta criminal y execrable tentativa en repetidas ocasiones. Los acusados que están en la barra ante su señoría han confesado casi todos sus crímenes, y entre los demás no se encuentra uno que nos haya expuesto razones sólidas en pro de su inocencia. Por tanto, los señores magistrados opinan unánimemente que se requiera sin más dilación al jurado a que pronuncie un solo e idéntico veredicto sobre todos los prisioneros.

—¿Que es…? —preguntó Jeffreys echando una mirada al presidente del tribunal de hecho.

—De culpabilidad, señor —respondió el interrogado sonriendo, mientras sus compañeros asentían con la cabeza y se reían mirándose unos a otros.

—¡Por supuesto, por supuesto! Sin duda son culpables, como Judas Iscariote —afirmó el juez mirando con maligna alegría el grupo de campesinos y artesanos que estaban ante él—. Ujieres, haced que se acerquen un poco más para que pueda verlos mejor. ¿Qué decís ahora, canalla astuta? ¿No estáis convictos y en manos de la justicia? ¿Por dónde vais a escapar? ¿No veis el infierno abierto a vuestros pies? ¿No sentís el terror de la muerte? Pronto, muy pronto, vais a recibir la última absolución.

El juez parecía un demonio en figura de hombre, porque mientras hablaba sonreía de una manera cruel y tecleaba con aire de complacencia en el cojín rojo que tenía delante. Eché una mirada a mis compañeros y vi que sus rostros parecían cincelados en mármol. Si esperaba el presidente del tribunal haber arrancado lágrimas o inspirado temor, no gozó de tal satisfacción.

—Si fuera cosa mía —añadió Jeffreys—, ninguno de vosotros escaparía de la horca. Sí; si dependiera de mí y pudiera obrar con independencia, algunas conciencias delicadas, algunos espíritus que se pican de sensibles y humanitarios, alardeando de servir al rey, mientras interceden por sus peores enemigos, habrían de acordarse de las sesiones que el tribunal ha celebrado en Taunton. ¡Oh, hijos rebeldes e ingratos! ¿No sabéis que vuestro benigno y clementísimo soberano, que es el mejor de todos los hombres… Poned eso en el atestado, notario… Cediendo a los ruegos del ilustre y piadoso hombre de gobierno, lord Sunderland… Apuntadlo, notario… Ha tenido compasión de

vosotros? ¿Ni siquiera este rasgo de magnanimidad os llega al alma moviéndoos a humillaros y confundiros? En cuanto a mí, confieso que al pensar en él —se interrumpió el juez súbitamente al llegar a este punto y prorrumpió en sollozos mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—, cuando pienso en la paciencia cristiana, en la inefable compasión de nuestro soberano, no puedo menos de acordarme del gran Juez, ante quien todos nosotros, y hasta yo mismo, tendremos que rendir cuenta algún día. ¿Lo repetiré otra vez, notario, o lo habéis escrito ya?

—Ya lo tengo escrito, señor;

—Entonces poned «sollozos» en el margen. Conviene que el rey conozca nuestra opinión en tales asuntos… Sabed, pues, monstruosos rebeldes y traidores, que este buen padre a quien habéis despreciado se ha interpuesto entre vosotros y el rigor de la ley. Por orden suya retiramos el castigo que habéis merecido. Si sois capaces de orar, y si vuestros infernales conventículos no han despojado a vuestras almas de todos los auxilios del cielo, caed de rodillas y dad gracias al Todopoderoso al saber que vuestro paternal monarca manda absolveros libremente.

Entonces el juez se levantó de su asiento en ademán de descender del tribunal; y nosotros nos quedamos mirando asombrados de aquella imprevista terminación del juicio. Los soldados y curiales se mostraron igualmente sorprendidos, y los pocos aldeanos que se habían atrevido a penetrar en el recinto de la sala, prorrumpieron en murmullos de alegría y aprobación.

—Este perdón, empero —continuó Jeffreys, volviéndose a nosotros mientras sonreía maliciosamente—, va acompañado de ciertos requisitos y limitaciones. Todos vosotros seréis trasladados de aquí a Poole, cargados de cadenas; y allí hallaréis un navío que os está esperando. Embarcaréis con varios otros, y a expensas del rey, seréis conducidos a los ingenios y plantaciones de América para venderos en ellas como esclavos. Dios os depare dueños que, mediante el empleo del látigo y la vara, ablanden vuestros ánimos empedernidos, inclinándolos a cosas mejores.

Después de esto, el presidente iba a dar por terminado el acto, cuando uno de los abogados de la Corona murmuró breves palabras a su oído.

—Tenéis razón, amigo —respondió el juez en voz alta—. Se me había olvidado advertir una cosa. Ujieres, traedme a los prisioneros. Tal vez creáis que con el nombre de plantaciones designo los dominios de su majestad en América. Por desgracia hay ya en ellos muchos de vuestra misma ralea, e iríais a caer entre amigos que tal vez os confirmaran en vuestras erróneas ideas y malos caminos poniendo en grave peligro vuestra salvación. Con la

palabra «plantaciones» quiero significar la isla de Barbados y las Indias, donde viviréis con los demás esclavos, cuyas pieles tal vez sean más negras que las vuestras, pero cuyas almas aventajan en blancura a las de criminales como vosotros.

Con esta cariñosa perorata terminó el juicio; e inmediatamente se nos condujo por las calles repletas de gentío a la prisión de donde nos habían sacado. A un lado y otro de la calle, pudimos ver, al pasar, los cadáveres de nuestros antiguos compañeros que pendían de la horca, y cuyos rostros parecían hacernos una mueca burlona, por encima de las picas y del patíbulo.

Ninguna región salvaje del corazón del África pagana hubiera presentado un aspecto más terrible que el de la antigua ciudad inglesa de Taunton, después que Jeffreys y Kirke dispusieron de ella a su antojo. Se percibía en el ambiente algo fatal y mortífero, y la población se mostraba silenciosa y sobrecogida, sin atreverse a llevar luto por las víctimas sacrificadas, temiendo que se tomara por un acto de traición.

Apenas habíamos regresado al almacén de lanas, cuando entró un pelotón de guardias con un sargento; escoltando a un individuo de elevada estatura y pálido rostro en el que resaltaba una dentadura desigual y saliente, vestido de casaca azul y calzones blancos de seda, con espada de puño dorado y brillantes hebillas en los zapatos; prendas que lo presentaban como a uno de esos *exquisitos* de Londres, atraídos por el interés o la curiosidad al lugar de la rebelión. El forastero andaba de puntillas, como un maestro francés de baile, agitando el perfumado pañuelo frente a su fina y prominente nariz y aspirando sales aromáticas de un frasquito azul que llevaba en la mano izquierda.

—¡Pardiez! —exclamó—; el tufo que despiden estos repugnantes patanes corta el aliento. ¡Sí, por cierto, pardiez! Que me hagan picadillo, si me hubiera aventurado a meterme entre esta gente a no hallarme en situación tan crítica. ¿Hay peligro de tifus, sargento? ¿Eh, qué decís?

—Todos están fuertes como rocas, honorable señor —dijo el suboficial, saludando.

—¡Je!, ¡je! —repuso el Exquisito con aguda risa de tiple—. No tendréis con frecuencia visitas de personas de calidad; lo juraría. ¡El negocio, sargento, el negocio! *Auri sacra fames…* ¿Recordáis el verso de Virgilio Marón, sargento?

—Nunca he oído hablar a ese caballero, señor… al menos no figura entre mis conocidos —dijo el sargento.

—¡Je! ¡Je! ¿Nunca le habéis oído hablar, eh? ¡Qué bueno sería esto para contarlo a mis amigos, en Slaughter, sargento! Seguramente había de hacerlos desternillar de risa. Es cosa particular, ¡canario!, que cuando me aventuro a contar alguna historia en el círculo, los oyentes se quejan de que no se les sirve bien, porque los mozos se ríen de tal modo que abandonan el cumplimiento de su deber. ¡Pardiez!, ésta es una pandilla de lo más repugnante y malvado. Mandad que se acerquen los mosqueteros, sargento, no sea que se tiren a mí.

—Nosotros lo evitaremos, honorable señor.

—Tengo concedida una docena de ellos, y el capitán Pogram me ha ofrecido muchos más a razón de doce libras por cabeza. Pero los quiero musculosos y fuertes, porque el viaje mata a muchos, sargento, y el clima deja también sentir sus efectos. Aquí hay uno que me conviene. Sí, verdaderamente es joven y hay en él vida y robustez. ¡Ponedlo aparte, sargento, ponedlo aparte!

—Se llama Clarke —dijo el soldado—. Ya he tomado nota de él.

—Si éste es el sacristán, ahora necesitamos el cura para completar el juego —añadió el lechuguino aplicando nuevamente el frasquito a las narices —. ¿Comprendéis el chiste, sargento? ¡Je! ¡Je! ¿Alcanza a tanto vuestro torpe ingenio? ¡Voto al diablo! Nadie dirá que no soy hombre fácil de contentar. Allí hay otro de rostro moreno que podéis apuntarme también. Ponedlo aparte. ¡Callad!, me hace señas con la mano. ¡Alerta, sargento! ¿Dónde está mi frasquito de sales? ¿Qué es esto, hombre, qué es esto?

—Con permiso —dijo el joven campesino—, si acaso me habéis escogido para entrar en la cuenta, espero que elijáis también a mi padre que es aquel hombre de más allá, para que vaya con nosotros.

—¡Puah! —exclamó el elegante—; es una pretensión imposible, de todo punto imposible. ¡A quién se le ocurre! El honor me lo prohíbe. De ningún modo puedo sustraer ningún hombre a mi buen amigo el capitán Pogram. ¡Uf! ¡Abrenuncio! Que me abran en canal si no había de decir que lo había estafado. Aquel tipo fornido de pelo rojo, sargento. Los negros van a creer que está pintado. Ésos, con los seis gañanes, completan mi docena.

—Os lleváis lo mejorcito —observó el sargento.

—¡Que reviente si no tengo una vista de primera, lo mismo para caballos que para hombres o mujeres! A mí no se me escapa nunca lo mejor. Doce por doce, sargento, hacen cerca de ciento cincuenta libras; y todo, por cuatro palabras, amigo, por cuatro palabras. No he hecho más que enviar a mi mujer, que es infernalmente hermosa, fijaos bien, y viste a la moda, a mi buen amigo

el secretario para pedirle algunos rebeldes. «¿Cuántos?» preguntó él. «Una docena bastarán», respondió mi esposa. El asunto quedó despachado de una plumada. ¡Qué estúpida! ¡No haber pedido un centenar! Pero ¿qué es esto, sargento?, ¿qué es esto?

Un sujeto pequeño, vivaracho y de semblante rojo como una manzana, vestido de redingote y botas de montar, había penetrado en el depósito de lanas, pisando fuerte, con aire autoritario, arrastrando un espadón antiguo y con una fusta en la mano.

—¡Buenas, sargento! —dijo con voz fuerte e imperiosa—. Tal vez me hayáis oído nombrar. Soy maese John Wooton de La Casa Señorial de Langmere, cerca de Dulverton y he luchado con tanto empeño por el rey, que el mismo señor Godolphin ha dicho de mí en la Cámara de los Comunes que soy una de las columnas locales del Estado. Esas fueron textualmente sus palabras. ¡De primera! ¿No es verdad? Columnas, reparad bien: la idea supone que el Estado es, como si dijéramos, un palacio o un templo y los ciudadanos leales, entre los que me cuento, otras tantas columnas. Yo soy una columna local, sargento, y he recibido autorización regia para escoger entre vuestros prisioneros, diez pícaros de los más fornidos para venderlos, obteniendo así el premio a mis sacrificios. Presentadlos, por tanto, a fin de que pueda elegir.

—En ese caso, señor, los dos traemos el mismo asunto —observó el londinense, inclinándose con la mano sobre el corazón, hasta que la espada se levantó apuntando al techo—. El honorable caballero, George Dawnish, a vuestras órdenes. ¡Vuestro muy humilde y devoto servidor! Mandad en la forma que queráis. Me congratulo y felicito, señor, de haber conocido a persona tan distinguida. ¡Hem!

El rico hacendado de la campiña pareció algo sorprendido ante aquel turbión de cumplimientos londinenses.

—¡Ejem, señor! ¡Bien, señor! —respondió inclinando la cabeza—. Me alegro de verle, caballero —y volviéndose a un lado, añadió entre dientes—: ¡qué abominablemente me ha salido el saludo! Pero ¿dónde están esos hombres, sargento? El tiempo urge, porque mañana es el mercado de Shepton, y me gustaría echar un segundo vistazo al ganado antes de llevarle a vender. Allí hay uno fuerte como un toro. Me quedo con él.

—Perdonad, lo tengo ya escogido —observó el cortesano—. ¡Lo siento verdaderamente, córcholis!

—Entonces, éste —añadió el otro apuntando con el látigo.

—También es mío. ¡Je! ¡Je! ¡Je! ¡Vaya que es chusco!

—¡Acabemos, porra! ¿Cuántos son vuestros? —preguntó el ricacho de Dulverton.

—Una docena. ¡Je! ¡Je!, una docena justa. Todos los que están en este lado. La flor y nata, amigo, la crema de la cuadrilla. Ya sabéis el antiguo adagio: «el que primero llega…».

—Es una desgracia —exclamó acalorado el propietario—; una desgracia y una vergüenza. Nosotros somos los que hemos de pelear por el rey y arriesgar nuestras vidas, y luego, cuando la campaña ha concluido llega con sus manos limpias una caterva de lacayos de servicio y arramblan lo mejor, dejándoos con un palmo de boca abierta.

—¡Lacayos de servicio, señor! —chilló el Exquisito—. ¡Pardiez! Esto es una injuria que lastima mi honor. Yo he visto correr la sangre, señor, y andar a cuchilladas con menor motivo. ¡Retractaos, caballero, retractaos!

—¡Largaos pronto, maniquí! —exclamó el otro desdeñosamente—. Habéis venido como los buitres al olor de la carnuza, después de haberse terminado la pelea. ¿Se os ha mentado a vos ni siquiera una vez en pleno Parlamento? ¿Sois acaso una columna local? ¡Largo, largo, monigote de sastrería!

—¡Callad, insolente destripaterrones! —replicó furioso el elegante—. ¡Patán desvergonzado! La única columna local que habéis merecido conocer es la de la picota. ¡Mirad, sargento, ahora pone mano a la espada! Detenedlo, sargento, detenedlo, porque de otro modo, no tendré más remedio que lastimarlo.

—No, caballeros —interpuso el suboficial—. Esta contienda no debe continuar aquí. En la cárcel no queremos peleas. Pero, allá fuera, hay un lugar cubierto de césped y perfectamente llano con todo el espacio que un caballero puede desear, para despacharse a su gusto.

Esta proposición por el momento no pareció agradar a ninguno de los dos contendientes, los cuales, sin embargo, prometieron encontrarse antes de ponerse el sol. Nuestro amo, como fundadamente puedo llamar al elegante, partió al fin, y el rico hacendado, después de elegir diez prisioneros, se alejó, echando pestes contra los cortesanos, los londinenses, el sargento, los prisioneros, y sobre todo contra la ingratitud del Gobierno que tan mal había premiado sus sacrificios.

Esta escena no fue más que la primera de una serie prolongada; porque el Gobierno, en su deseo de satisfacer las reclamaciones de sus partidarios, había prometido muchos más prisioneros de los que había. Con profundo dolor debo decir que vi, no solamente hombres, sino también mujeres de mi país y

hasta señoras de título retorcerse las manos y lamentarse de no haber podido obtener ningún labriego de Somersetshire para venderlo como esclavo. De hecho, no se avenían a soportar que sus reclamaciones al Gobierno no les dieran derecho para apoderarse de cualquier campesino que encontraran a su paso y venderle entre los que iban embarcados, con destino a las plantaciones de América.

Bien, mis queridos nietos, noche tras noche, durante este largo y fatigoso invierno, habéis retrocedido conmigo a tiempos pasados, contemplado escenas, cuyos actores duermen ya el sueño eterno bajo el césped del camposanto, excepto quizá algún que otro superviviente, de cabello entrecano, como yo, que podrá recordar los acontecimientos. Tengo entendido que tú, Joshua, has ido escribiendo todas las mañanas lo que me oías narrar la noche anterior. Conviene que lo hayas hecho así, porque tus hijos y los hijos de tus hijos podrán hallar algún interés en ese relato, y aun quizá enorgullecerse sabiendo que sus antepasados desempeñaron un importante papel en las escenas descritas.

Pero ahora que se acerca la primavera, y la nieve desaparece de los campos, podréis hacer otras cosas mejores que escuchar sentados las historias de un viejo charlatán. Decís que *no*, moviendo las cabezas, pero verdaderamente esos tiernos miembros necesitan adquirir fuerza y robustez con el ejercicio; cosa que no se obtiene alrededor del hogar. Fuera de eso, mi relato camina rápidamente a su término, porque nunca he intentado referiros más que los sucesos relacionados con el levantamiento de occidente.

Si la conclusión ha sido árida y desagradable, y si la contienda no terminó con repique de campanas y apretones de manos, como muchos cuentos de vuestros libros de entretenimientos, debéis echar la culpa a la Historia y no a mí. Porque la verdad es una señora muy grave y cuando se ha emprendido el camino con ella, es preciso continuar por los parajes que le plazca recorrer, aunque no reúnan la amenidad y condiciones necesarias para convertir el áspero desierto del mundo en los maravillosos jardines de las *Mil* y *una Noches*.

Tres días después de haber sido juzgados por el tribunal se nos colocó en la calle North frente al castillo con otros prisioneros que habían de compartir su suerte con nosotros. Fuimos puestos en orden, de cuatro en fondo, atando con una cuerda a los de cada fila, de las que pude contar cincuenta, de modo que el total de prisioneros ascendía a doscientos. A un lado y otro cabalgaban dragones, y delante y detrás compañías de mosqueteros para evitar toda tentativa de liberación o escape.



En este orden emprendimos la marcha el diez de septiembre, entre los llantos y gemidos de los habitantes de Taunton, muchos de los cuales veían a sus hijos o hermanos marchar al destierro sin poder abrazarlos ni darles el último adiós. Varios de ellos, que eran viejos caducos y mujeres decrépitas, con el semblante lleno de arrugas, viajaron algunas millas detrás de nosotros por el camino real, hasta que la retaguardia de infantería se volvió contra ellos y los obligó a retroceder entre maldiciones y golpes de sus fustas.

Aquel día seguimos la marcha por Yeovil y Sherborne, y a la mañana siguiente lo hicimos por las hondonadas del norte hasta Blandford, donde se nos encerró en un corral para que pasáramos la noche, como si fuéramos bestias de carga. A los tres días, reanudamos el viaje por Wimbourne y una serie de bonitas aldeas de Dorsetshire; las últimas que la mayoría de nosotros había de ver por espacio de muchos años.

A hora avanzada de la tarde, surgieron a nuestra vista los mástiles y jarcias de los barcos anclados en el puerto de Poole, y poco después habíamos descendido por el escarpado sendero que conduce a la ciudad. Cuando hubimos llegado a ella, se nos condujo al muelle donde estaba amarrado un bergantín de cubierta ancha y palos altos, destinado a transportarnos a

regiones de esclavos. Durante, todo el viaje la gente del pueblo nos trató con la mayor bondad, saliéndonos al encuentro con frutas y leche que repartían entre nosotros.

En otros lugares se nos acercaron varios ministros disidentes y permanecieron junto al camino, con peligro de sus vidas, echándonos la bendición, a pesar de los chistes groseros y los juramentos brutales de los soldados.

Subimos a bordo, y poco después el piloto del barco, que era un marinero alto y colorado, con arillos en las orejas, nos condujo a la bodega, mientras el capitán, sentado en la popa, muy abierto de piernas y fumando su pipa, iba leyendo uno por uno nuestros nombres en una lista que tenía en la mano. Al observar la robusta constitución y el buen estado de salud de los labriegos, a quienes no había logrado quebrantar un encarcelamiento tan prolongado, los ojos del capitán brillaron de satisfacción, mientras se frotaba las rojas manos.

—Guíalos a la bodega, Jem —dijo a voces al piloto—. Estíbalos bien, Jem. Allí podrán estar como duques, porque hay excelente sitio para alojamiento. Ponlos a cada uno en su sitio.

Uno tras otro fuimos pasando los prisioneros por delante del satisfecho capitán, descendiendo por la escalera casi vertical que conducía a la parte inferior del barco. Allí entramos en un pasillo que tenía a ambos lados pequeñas divisiones para ser ocupadas por nosotros. Cuando cada prisionero llegaba frente a una de tales divisiones, un marino lo metía en ella y el herrero del barco le sujetaba el pie con un anillo de hierro prendido en la extremidad de una cadena. Era ya de noche, cuando todos estuvimos colocados en nuestros puestos, y entonces llegó el capitán con un farol y recorrió todas las filas de prisioneros para cerciorarse de que el cargamento estaba en las debidas condiciones. Pude oírle calcular con el piloto el valor de cada prisionero y lo que pensaba ganar en el mercado de la isla de Barbados.

—¿Les has preparado la comida, Jem? —preguntó mientras pasaba su farol por cada una de las divisiones—. ¿Has procurado que todos tengan su ración?

—Un pan de centeno y una pinta de agua —respondió el piloto.

—Nada, que lo van a pasar como duques. ¡Voto a tal! —exclamó el capitán—. Mira ése, Jem: es fornido y vigoroso; podrá trabajar muchos años en los arrozales antes que se lo coman los bichos del país.

—Seguramente los dueños de las plantaciones van a recibir satisfechos este lote. ¡Vive Dios, capitán, que habéis hecho un negocio redondo! ¡Bien habéis engañado a esos mamelucos de Londres!

—¿Qué es esto? —vociferó el capitán—. Aquí hay uno que no ha tocado la menestra. ¡Oye, granuja! ¿Eres tan delicado de estómago, que no puedes comer lo que comen otros mejores que tú?

—No tengo apetito, señor —respondió el prisionero.

—¿Pensáis que aquí valen antojos o escrúpulos? Ya no tenéis que pensar en tener o no tener gana, porque habéis de saber, pillastre, que sois mío en cuerpo y alma. ¡No faltaba más que se os antojara no comer después de haber pagado por vos doce libras oro! Comed al instante lo que se os ha dado, grandísimo bergante, o haré que os calienten las costillas.

—Aquí hay otro —dijo el piloto—, que anda siempre de murria sin dar señales de vida.

—¡Vamos a ver, perro rebelde y obstinado! —exclamó el capitán—. ¿Qué te duele para que nos pongas esa cara de asegurador en tiempo de tempestad?

—Con perdón, señor —respondió el prisionero; no hago más que acordarme de mi anciana madre que está en Wellington, y no sé cómo lo va a pasar ahora sin mí.

—¡No tengo que ver nada con esa historia! —vociferó el brutal marino—. ¿Cómo habéis de llegar sano y alegre al puerto de destino si estáis ahí hecho un virote? Ahora toca reírse y estar alegre, porque de otro modo os daré motivos para llorar. ¡Vaya con el gallina, acobardarse como un chico de escuela! ¿No tienes cuanto podías desear? Mira, Jem, si vuelve a poner esa cara aplícale a las espaldas el extremo de un cabo. Cualquiera diría que tiene a menos estar con nosotros.

—Con permiso, capitán —dijo un marinero, que venía a toda prisa de cubierta—; en popa aguarda un señor que desea hablar con vos.

—¿Qué facha tiene, granuja?

—Seguramente es persona de calidad, capitán; porque habla con tanto imperio como si tuviera el mando del barco. Por una broma que le dijo el botero, se puso furioso mirándole con unos ojos, como un tigre. Job Harrison dice que es el mismo demonio. A los marinos no les gusta el aspecto que tiene, capitán.

—¿De dónde nos ha salido esa peste? —dijo el patrón—. Vuelve a cubierta y dile que estoy contando mi cargamento de esclavos y que al momento iré a verme con él.

—Con permiso, señor —repuso el marino—: tendremos un disgusto si no subís; porque jura que necesita inmediatamente camarote y que quiere veros enseguida.

—¡Reniego de su linaje, sea el que sea! —gruñó el capitán—. Cada gallo canta en su muladar. ¿Qué pretende aquí ese bergante? Aunque fuera el mismísimo lord del Sello Privado, le haría entender que en mi barco nadie manda más que yo en el castillo de popa.

El piloto y el capitán que seguía dando bufidos de indignación comenzaron a subir la escalera, haciendo gran ruido.

Una sola lámpara de aceite colgada de una viga en el centro de la escalera que pasaba por entre las filas de nichos era la única luz que nos alumbraba. A su amarillento y débil resplandor podíamos ver el sólido costillaje del barco arqueándose a ambos lados nuestros, y las enormes vigas que sostenían la cubierta. Infeccionaba el aire un repugnante olor procedente de las aguas del pantoque. De cuando en cuando, un chillido, acompañado de un ligero rumor, anunciaba el paso de una rata por la zona de luz, desapareciendo en la oscuridad de la parte opuesta.

El acompasado murmullo con que sonaba la respiración de mis compañeros, fatigados del viaje, me hizo entender que habían caído en profundo sueño. Una vez y otra se percibía el choque de los grillos y la aspiración profunda de alguno de los labriegos, que tal vez había soñado con las arboledas de los Mendips, para encontrarse de pronto metido en un ataúd, respirando el aire emponzoñado de la prisión.

Permanecí despierto largo tiempo pensando en mi suerte y en la de los infelices que me rodeaban. Pero, al fin, el monótono chapoteo del agua contra los costados del bergantín, unido al suave balanceo me sumergieron en un profundo sueño, del que me despertó de pronto el resplandor de una luz. Me incorporé y vi a varios marinos a mi alrededor y a un hombre alto envuelto en un manto negro y con un farol que me aplicaba al rostro.

—Éste es —dijo.

—¡Vamos, amigo! Vais a subir a cubierta —dijo el herrero del barco; y con cuatro golpes de su martillo me quitó la abrazadera de hierro que llevaba sujeta al pie.

—Seguidme —dijo el desconocido, y empezó a subir la escalera de las escotillas.

Era delicioso volver a respirar aire puro. El firmamento aparecía tachonado de brillantes estrellas. La brisa soplaba fresca, de la costa, y zumbaba agradablemente entre el aparejo del barco. A nuestro lado, veíamos brillar las amarillentas y alegres luces de la ciudad, y la luna comenzaba a salir por los cerros de Bournemouth.

—Por aquí, señor —dijo el marinero—, hacia popa, donde está el camarote.

Seguí a mi guía y llegamos al pequeño camarote del bergantín. En el centro había una mesa cuadrada y encima de ella pendía una lámpara. En el extremo opuesto a la entrada estaba sentado el capitán en un espacio completamente iluminado; y en su semblante podía leerse que estaba dominado por la avaricia. Sobre la mesa había un pequeño montón de monedas de oro, un frasco de ron, vasos, una caja de tabaco y dos largas pipas.

—Tengo el gusto de saludaros, capitán Clarke —dijo el patrón con una inclinación de cabeza—. Os ofrezco el saludo de un honrado marino. Parece que al fin y al cabo no vamos a navegar juntos en este viaje.

—El capitán Micah Clarke tiene que hacer otro viaje por su cuenta —dijo el desconocido.

Al oír el sonido de aquella voz, no pude contener mi asombro.

—¡Santo Dios! —exclamé—. ¡Saxon!

—El mismo en cuerpo y alma —dijo desembozándose el manto y dejando ver el semblante y figura del soldado aventurero—. ¡Vive Cristo, hombre! Si vos pudisteis sacarme del Solent, supongo que no hago nada demás con sacaros de esta maldita ratonera. «Amor con amor se paga», como reza el adagio vulgar. A decir verdad, me enfadé con vos al separarnos por última vez; mas, a pesar de todo, no os he olvidado.

—Un asiento y un vaso, capitán Clarke —dijo el patrón—. ¡Rayos y truenos! Yo hubiera creído veros saltar de alegría al recibir la noticia.

Me senté a la mesa, dándome vueltas a la cabeza.

—Esto es más de lo que podía soñar —dije—. ¿Qué quiere decir lo que estoy viendo y cómo se explica?

—Para mí todo ello es tan claro como las lentes de mis binóculos —repuso el capitán—. Vuestro buen amigo, el coronel Saxon, como dice llamarse, me ha ofrecido por vuestro rescate la cantidad por la que hubiera podido venderos en las Indias. ¡Voto a Satanás! Yo podré ser un marino rudo y franco; pero tengo almario. ¡Sí, señor! Y no amarro a un hombre pudiendo dejarle en libertad. Pero tenemos que mirar el día de mañana, y el tráfico es duro y penoso.

—¿De modo que estoy libre? —pregunté.

—Completamente libre —contestó—. Aquí está sobre la mesa el precio de vuestra libertad. Podéis ir adónde os plazca, con tal de no poner los pies en Inglaterra, donde continuáis sujeto a la sentencia de proscripción.

—¿Cómo habéis hecho esto, Saxon? —interrogué de nuevo—. ¿No teméis nada por vos mismo?

—¡Ja! ¡Ja! —dijo riendo el veterano—. Yo estoy enteramente libre; he obtenido el perdón y no me importan un maravedí ningún género de espías o delatores. ¿Quién dijera que había de encontrarme días pasados, con el mismo coronel Kirke? Pues, sí, muchacho; tropecé con él en la calle y le provoqué, calándome el sombrero. El villano requirió la espada, y yo hubiera desenvainado mi tizona y enviado su alma a los infiernos, a no haberse interpuesto la gente entre nosotros. Ni él, ni Jeffreys, ni ninguno de ellos me importan las cenizas de esta pipa. Puedo hacerles una higa, cuantas veces se me pongan delante, aunque os aseguro, que no verán muchas veces la cara de Decimus Saxon.

—Pero ¿cómo ha podido ocurrir todo esto? —pregunté.

—¡Vaya, hombre! De la manera más sencilla. Yo soy perro viejo y a mí no se me engaña fácilmente. Cuando nos separamos, busqué cierta posada donde estaba seguro de encontrar una mano amiga. Allí permanecí algún tiempo escondido, mientras ejecutaba el plan que había ideado. ¡Rayos y truenos! ¡Menudo susto el que me dio allí un marinero viejo, amigo vuestro, que podría venderse como una rareza en cualquier museo de antigüedades, porque no creo que sirva para otra cosa en el mundo! Bien, a su debido tiempo me acordé de la visita que hicisteis a Badminton y al duque de B. No quiero citar nombres, pero ya me entenderéis. Envié a ese señor un mensajero para comunicarle que había resuelto comprar mi perdón declarando todo lo que sabía respecto de sus tratos con los rebeldes. Este mensaje se le comunicó secretamente, y su respuesta fue que acudiera yo a tener una entrevista con él por la noche en un lugar determinado. Pero en lugar de presentarme yo mismo, mandé a mi mensajero; y a la mañana siguiente se lo encontró patitieso, con más agujeros en el jubón que ojales había hecho el sastre en la misma prenda. En vista de ello reiteré mis demandas ampliándolas e insistiendo en su satisfacción inmediata. Me pidió el duque que le expusiera mis condiciones; y le contesté que eran las siguientes: para mí, perdón absoluto y un grado en el ejército; y para vos, bastante dinero con que desembarcar en algún país extranjero, donde pudierais seguir la noble profesión de las armas. Obtuve ambas cosas aunque el buen señor sintió soltar el dinero tanto como si le arrancaran las muelas, a par de muerte. Su nombre goza en la corte de gran ascendiente y es instrumento poderoso para recabar del rey cualquier gracia. De modo que estoy en posesión de mi entera libertad y del mando de un regimiento en Nueva Inglaterra. En mi poder obran

vuestras doscientas libras oro, de las que treinta se han pagado al capitán por vuestro rescate, y veinte se me deben a mí por los desembolsos hechos en la tramitación del asunto. En esta bolsa hallaréis las ciento cincuenta restantes, de las que pagaréis quince a los pescadores que se han comprometido a trasportaros sano y salvo a Flushing.

Podéis conjeturar, mis queridos niños, cuán grande no sería mi estupefacción ante aquel inesperado y repentino sesgo que habían tomado los acontecimientos. Cuando Saxon cesó de hablar, quedé como helado y me esforcé por tomar como cosa real lo que me había dicho. Me ocurrió, empero, un pensamiento, que nubló las brillantes esperanzas concebidas con motivo del recobro de mi libertad. Mi presencia había servido de gran consuelo a los infelices que estaban allá abajo en la bodega del barco. ¿No sería cruel dejarlos abandonados a su desgracia? No hubo entre ellos uno solo que no volviera a mí los ojos en aquella tribulación; y yo había procurado fortalecerlos y animarlos del mejor modo que supe. ¿Era posible que los desamparara en tan aflictiva situación?

—Os estoy obligadísimo, Saxon —dije al fin, hablando despacio y con alguna dificultad, porque la lengua se negaba a expresar mi pensamiento—. Pero recelo que todas vuestras diligencias van a servir de poco. Estos pobres campesinos no tienen quien cuide de ellos ni los asista; su extremada sencillez los incapacita para aclimatarse en un país extranjero; por lo que mi corazón se resiste a separarse de ellos.

Saxon se echó a reír al oírme e hizo un movimiento de extrañeza apoyando la espalda sobre su asiento y permaneciendo un instante con las piernas tendidas y las manos sepultadas en los bolsillos.

—¡Esto es demasiado! —dijo por fin—. He tropezado con muchas dificultades en la ejecución de mi plan, pero no había contado con la presente. Sois el hombre más absurdo e ilógico que he conocido. Siempre tenéis alguna razón extraña para andar en escarceos y quisquillas como potro sin domar. Sin embargo, me parece que he de lograr convenceros de la falta de fundamento de vuestros reparos con algunas sencillas reflexiones.

—Por lo que toca a los prisioneros, capitán Clarke —dijo el patrón del barco—, podéis despreocuparos, porque los trataré como un padre. Os doy mi palabra de honrado marinero de que estarán bien atendidos. Además, con sólo que me entreguéis la miseria de veinte libras, podrán comer tan bien como muchos de ellos no lo hicieron jamás en sus casas. Les daré permiso para que salgan a cubierta custodiados por centinelas, y gocen del aire libre una hora o dos al día. ¿Puedo ofrecer mejores condiciones?

—Tengo que hablar unas palabras con vos, Clarke —dijo Saxon.

—Salió del camarote y yo lo seguí hasta la popa, donde hicimos alto apoyándonos sobre las amuradas. Las luces de la ciudad habían ido extinguiéndose, una tras otra, y delante de nosotros se extendía la oscura superficie del mar estrellándose en una playa más oscura aún.

—No tenéis que sentir intranquilidad alguna por la futura suerte de los prisioneros —dijo en voz baja—. No irán a la isla de Barbados, ni el avaro capitán hará con ellos el negocio que se imagina. No hará poco con salvar su pellejo; porque lleva a bordo un hombre que ha de darle que sentir.

—No os entiendo, Saxon —repuse.

—¿No habéis oído hablar de un tal Marot?

—¡Hector Marot! ¡Oh!, seguramente; he tenido ocasión de conocerlo. Es un salteador de caminos, pero a la vez un valiente de corazón generoso.

—El mismo. Como decís, es un espadachín esforzado, y hábil, aunque, a juzgar por lo que he visto de su juego de esgrima, no está fuerte en estocadas, y quizá concede excesiva importancia a los tajos olvidándose de usar la punta del arma. En esto se aparta de las enseñanzas de los mejores maestros de Europa. Pero, en fin, es materia donde caben diversas opiniones. En cuanto a mí, preferiría ceder el campo ateniéndome a las todas reglas del arte antes que salir ileso y vencedor quebrantándolas. A mí dejadme mi cuarta, tercera y el *raccoon*; y que el diablo cargue con eso de las espadas y otros artificios.

—Pero ¿qué ibais a decir de Marot? —pregunté con impaciencia.

—Que está a bordo —dijo Saxon—. Parece que se indignó al ver las crueldades que se cometían con los campesinos después de la batalla de Bridgwater; y siendo, como es, un hombre de ánimo un tanto feroz y violento, su cólera se desahogó en hechos más bien que en palabras. Aquí y allá comenzaron a aparecer soldados muertos a pistoletazos o a cuchilladas, sin que se hallara el menor rastro del autor de tales fechorías. Hasta una docena o más quedaron tendidos por los caminos, y no tardó en susurrarse que en todo ello intervenía Marot, el salteador; por lo que se emprendió una persecución activa contra él.

—Bueno, y ¿qué resultó? —volví a preguntar impaciente porque Saxon se había detenido a encender su pipa con el mismo yesquero que había usado cuando nos encontramos por primera vez.

Siempre que recuerdo a Saxon, lo hago habitualmente tal como lo vi cuando se nos coló en el barco de pesca, con su semblante de nariz aguileña y expresión anhelosa, cubierto, al sonreír, de las innumerables arrugas y repliegues que en él habían impreso la edad y las penalidades. A veces, veo

en sueños ese mismo rostro, cuyos ojos brillantes, medio ocultos entre los párpados, me miran de reojo; y me ha ocurrido en algunos casos incorporarme y tender la mano en el espacio vacío, esperando sentir en ella el apretón de otra mano huesuda y vigorosa. Por muchos conceptos Saxon era un hombre reprochable, astuto, marrullero y de manga ancha en cuestiones de honra; mas, con todo eso, tan difícil nos es regular nuestros sentimientos y tan incomprensibles son los impulsos de la naturaleza humana, que mi corazón se conmueve siempre ante su recuerdo y los cincuenta años transcurridos parecen haber acrecentado en lugar de debilitar el afecto que le cobré.

—Sabía ya —dijo fumando tranquilamente su pipa—, que Marot era un sujeto de ese jaez, y tampoco ignoraba que corría peligro de ser capturado. Procuré, por tanto, tener una entrevista con él, y entonces conocí que la circunstancia de haber perdido la yegua que le servía de compañera en sus correrías le había vuelto más feroz y peligroso que en época anterior. Según manifestó, no se sentía con ánimos para continuar ejerciendo el bandidaje. En realidad, su situación era tan desesperada, que estaba dispuesto a todo y en condiciones de servir de instrumento para cualquier plan. Averigüé que en su juventud había hecho el aprendizaje de marino, y entonces vi que se me ofrecía la coyuntura más favorable para aprovechar sus servicios.

—Todavía no he salido de mis dudas y perplejidades —manifesté—. Acabad de explicaros.

—Ahora lo comprenderéis todo sin gran denuedo. Marot se resolvió a burlar los esfuerzos de sus perseguidores y a favorecer a los proscriptos. ¿Qué mejor medio podía escoger al efecto, que entrar como marinero en este bergantín, que llaman *Dorothy Fox* y zarpar en él de Inglaterra? La tripulación cuenta sólo treinta individuos. Debajo de las escotillas hay doscientos hombres que, a pesar de su sencillez, saben andar a cuchilladas sin orden ni disciplina, en la forma que vos y yo conocemos y que conviene especialmente al caso actual. Bastará, pues, que Marot baje a la bodega cualquier noche oscura, y después de quitarles las cadenas, les provea de algunos garrotes o estacas. ¿Qué os parece, Micah? Los colonos pueden muy bien cultivar con sus manos las plantaciones, como no tengan otra ayuda que la que han de prestarle los campesinos del Oeste, a lo menos por esta vez.

—Verdaderamente, me parece un plan bien concebido —respondí—. Es lástima, Saxon, que vuestro agudo ingenio y rápida inventiva no hayan tenido mejor campo en que explayarse. Sin duda reunís condiciones excepcionales para mandar ejércitos y organizar campañas.

—¡Mirad allí! —murmuró Saxon, asiéndome del brazo—. Reparad en aquel espacio iluminado por la luna junto a la escalera. ¿No veis a un marinero bajo y cuadrado que está solo en ademán meditabundo, con la cabeza apoyada en el pecho? Ese es Marot. Os aseguro que si yo estuviera en lugar del capitán Pogram, antes querría tener de piloto y compañero de litera al mismo diablo que llevar a bordo a un sujeto de esa índole. No necesitáis interesaros por los prisioneros; porque su futura suerte está decidida.

—Entonces, Saxon —repliqué—, sólo me resta daros las gracias y aceptar los medios de salvación que habéis puesto a mi alcance.

—Eso se llama hablar como un hombre —dijo él—. ¿Hay algo que pueda hacer por vos en Inglaterra? Aunque, seguramente no he de permanecer aquí mucho tiempo, porque, según tengo entendido, se me confiará en breve el mando de una expedición que se está preparando contra los indios, que han talado las plantaciones de nuestros colonos. No vendrá mal hallar algún empleo lucrativo; porque una guerra, como la pasada, sin combates ni saqueos no la he visto en los días de mi vida. Os doy mi palabra de que mis dedos apenas han tocado la plata desde que comenzó el movimiento revolucionario; y, aunque me prometieran el saco de Londres, no volvería a enredarme en semejante campaña.

—*Sir* Gervas Jerome me encargó que favoreciera a una persona amiga suya —observé—; pero ya he tomado algunas determinaciones para cumplir lo que le prometí. Solo, pues, os encomendaré que comuniquéis en Havant mi opinión de que un monarca, tan cruel para con sus súbditos como el que hoy ocupa el trono, no es probable que dure mucho en Inglaterra. Cuando caiga, regresaré, y tal vez suceda esto antes de lo que generalmente se cree.

—Estos castigos del oeste han suscitado hondo resentimiento en todo el país —repuso mi compañero—. Todas mis referencias coinciden en que el rey y sus ministros son más odiados hoy que antes del levantamiento… ¡Hola! Aquí tenemos al capitán Pogram. El asunto está terminado, y mi buen amigo el patrón desea darse a la vela.

—Esperaba que habíais de regresar pronto —dijo el capitán avanzando hacia nosotros con pasos inseguros, haciéndome sospechar que debía haberse bebido casi toda la botella de ron—. ¡Vive Dios, que estaba seguro de ello! No extraño que el capitán haya vacilado antes de salir del *Dorothy Fox*, porque es un bergantín que daría envidia a cualquier duquesa. ¿Dónde tenéis el bote?

—Aguarda aquí al costado del barco —replicó Saxon—; mi amigo y yo, capitán Pogran, esperamos que tengáis un viaje feliz y lucrativo.

—En él cifro grandes esperanzas —respondió el capitán, saludando con su sombrero de tres picos.

—También creemos que llegaréis sin novedad a la isla de Barbados.

—¡Oh! De eso no hay que dudar —observó el capitán.

—Y contamos con que sabréis colocar vuestras mercaderías, como corresponde a vuestra caridad y humanidad.

—¡Bah! ¡Bonitas palabras! —respondió el capitán—. Vaya, señor, podéis mandarme como gustéis.

Junto al costado del bergantín aguardaba un bote de pesca, y a la escasa luz de sus faroles de popa, pude ver maniobrar a los marineros que tendían las velas disponiéndose a emprender la navegación. Salté por la borda y puse el pie en la escalera de cuerda que conducía al bote.

—¡Adiós, Decimus! —dije.

—¡Adiós, muchacho! ¿Habéis guardado el dinero?

—Sí, lo tengo en el bolso.

—Entonces tengo que haceros otro regalo. Me lo entregó un sargento de la Caballería Real; y es éste, que debe serviros para procuraros cuanto necesitéis; el instrumento al que puede volver los ojos todo hombre de corazón para ganarse la vida, el cuchillo con que podréis abrir la ostra del mundo. Ahí la tenéis, muchacho; es vuestra espada.

—¡Oh, mi vieja espada! ¡La espada de mi padre! —exclamé en un transporte de júbilo, mientras Saxon la sacaba de debajo de su manto y me la alargaba. Allí tenía la misma vaina desgastada y vieja y el mismo pomo de bronce que yo conocía también.

—Ahora —continuó—, pertenecéis al honroso gremio de los soldados aventureros. Mientras el Turco continúe amenazando las puertas de Viena, no faltará campo donde puedan emplearse las armas fuertes y los corazones esforzados. Si acudís a esa campaña, hallaréis que entre los combatientes de todos los climas y nacionalidades brilla a gran altura el nombre inglés. No dudo que, al entrar vos en el gremio, ese nombre conquistará nuevos lauros. De buena gana os acompañaría, pero se me han prometido una paga y una posición que no me conviene despreciar. ¡Adiós, muchacho, y buena suerte!

Estreché la áspera mano del soldado y bajé al bote. Recogieron desde el bergantín la cuerda con que estábamos amarrados, el botero tendió la vela y la pequeña embarcación salió disparada por la bahía. Avanzamos en un principio por entre una oscuridad, tan impenetrable como la futura suerte que me esperaba. Poco después, las prolongadas elevaciones y descensos del bote me hicieron comprender que habíamos salido de la restinga del puerto y

entrado en mar abierto. Las luces que brillaban dispersas en una larga zona indicaban la línea de la costa.

Al volver la vista atrás, apareció la luna por detrás de una nube y vi proyectarse sobre el inmenso fondo del mar las jarcias del bergantín. Junto a los obenques, divisé al veterano soldado que se asía a una cuerda con una mano y agitaba la otra en señal de alentadora despedida. Una segunda nube ocultó enteramente el astro de la noche y la seca y huesuda figura de Saxon con el brazo extendido fue lo último que divisé del querido país donde nací y me crie.

XXXVI

DEL FINAL Y REMATE DE TODO ELLO

Con esto, mis queridos niños, he llegado al término de la historia de un fracaso; valiente y noble, es verdad, pero, al fin, un verdadero fracaso. Tres años más tarde, Inglaterra había de volver en sí y romper los grillos que la encadenaban, arrojando de su suelo a James y a su prosapia casi al mismo tiempo que yo navegaba con rumbo a un país extranjero. Habíamos cometido el error de anticiparnos a los acontecimientos que habían de venir después.

Sin embargo, llegaron días en que la opinión pública juzgó favorablemente a los que con tanto denuedo habían peleado en el oeste, y en que sus restos, recogidos de la horca y de las encrucijadas, fueron trasladados en medio de una silenciosa manifestación de duelo a los cementerios donde hubieran querido descansar. Allí, donde tañe la campana que desde sus primeros años los había llamado a la oración, bajo el césped mismo que habían hollado en vida, a la sombra de aquellas colinas de Mendip y Quantock que tanto habían amado, reposan silenciosos y pacíficos en el seno de la madre tierra aquellos valientes que pelearon por la causa de la libertad.

No volveré a decir otra palabra más acerca de mí. Me había propuesto narraros la historia de la guerra del oeste, y una vez terminada no hay razón alguna para entrar en nuevos comentarios. ¡Ah! De sobra sabéis que vuestro abuelo no se cansa de teneros a vuestro lado oyéndole hablar de los sucesos de otros días. Si alguna vez llegarais a acompañarle en un viaje hasta Flushing, os referiría las guerras del Imperio y os describiría la corte de William y la segunda invasión del oeste que obtuvo un resultado más satisfactorio que la primera. Mas, al presente, no he de añadir una palabra más sobre tales asuntos.

¡Ea, picarillos, a correr por la pradera! ¿Acaso no tenéis que cuidaros más que de regalar vuestros oídos para permanecer aquí con tanto empeño

alrededor de la silla de vuestro abuelito? Si mi vida se prolonga hasta el próximo invierno y los reumas me dejan en paz, es probable que reanude el hilo de mi historia.

De algunos asuntos sólo podría deciros lo que aún conserva mi memoria; pero muchos pormenores han desaparecido del campo de mis recuerdos. De otros he oído relaciones vagas e incompletas. Los cabecillas de la insurrección eludieron el castigo más fácilmente que sus secuaces; porque se aprovecharon de la circunstancia de ser más poderosa en los perseguidores la pasión de la avaricia que la de la crueldad. Grey, Buyse, Wade y otros compraron su libertad y absolución cediendo todas sus posesiones. Ferguson escapó. Monmouth fue ejecutado en Tower Haill, y en sus últimos momentos dio algunas pruebas de aquel valor que brillaba espasmódicamente en su natural débil, a modo de momentáneas llamaradas de una candela agonizante.

Mi padre y madre conocieron el restablecimiento del protestantismo y vieron a Inglaterra convertida en campeóna de la fe reformada en toda Europa. Después de transcurrir tres años, me reuní con ellos en Havant hallándolos tan sanos y buenos como los había dejado, si bien los rizos de mi madre contenían mayor número de plateados cabellos, y los robustos hombros de mi padre comenzaban a encorvarse un poco, a la vez que habían aumentado las arrugas que surcaban su rostro. El puritano y la anglicana vivieron aún pacíficamente durante largos años; y ese ejemplo de dos almas unidas por el amor más tierno y el respeto mutuo a sus diversas creencias me hizo concebir la esperanza de que desaparecerían en Inglaterra las enconadas y sangrientas guerras religiosas.

Tal vez lleguen días en que la antigua catedral católica y la capilla protestante vivan en armonía como dos hermanas de diferente edad, trabajando cada una por su particular fin y regocijándose mutuamente con sus triunfos. Acabe de una vez la lucha con picas y pistolas, con tribunales y prisiones, y peléese la contienda con otras armas de orden moral, rivalizando en pureza de vida, en ideas generosas y grandes y en el desenvolvimiento de obras caritativas. Entonces esa rivalidad dejará de ser una maldición para convertirse en una fuente inagotable de bienes.

Reuben Lockarby estuvo enfermo durante muchos meses; y cuando al fin recobró la salud, halló que el comandante Ogilvy había negociado su perdón. Después de algún tiempo y cuando todos los disturbios habían desaparecido, se casó con la nieta del alcalde Timewell y vive todavía en Taunton en situación desahogada y próspera. Hace treinta años nació un Micah Lockarby y al presente me dicen que ha venido al mundo otro Micah del mismo

apellido, hijo del anterior y que promete ser un *cabeza redonda* de lo más empedernido que siguió jamás el redoble del tambor.



De Saxon he tenido noticias más de una vez. Con tal ingenio supo explotar la influencia del duque de Beaufort, que por su mediación se le nombró jefe de las tropas enviadas para castigar a los salvajes de Virginia por sus crueldades y violencias contra los colonos. Tan hábilmente empleó sus emboscadas y ardides guerreros, que los indios lo recuerdan aún, en el día de hoy, con una palabra de su idioma que significa «el marrullero patudo de ojos de rata». Después de haber rechazado a las tribus indias obligándolas a internarse en los bosques, obtuvo por sus servicios una gran extensión de territorio en la que se estableció como colono. Allí contrajo matrimonio y pasó el resto de sus días cultivando tabaco y enseñando los principios de la guerra a una prolongada serie de descendientes tan larguiruchos y descuajaringados como su progenitor. Me dicen que con el tiempo surgirá

allende los mares una gran nación de admirable poder y extensos dominios. Si tal acaece, pudiera ocurrir que los descendientes de Saxon o los hijos de éstos tuvieran parte en su engrandecimiento. ¡No permita Dios que sus corazones pierdan el cariño a la isla querida, que fue la cuna de su raza!

Solomon Sprent vivió después de casado tantos años felices como sus amigos podían desearle. Tuve carta de él en el extranjero y en ella me decía que, aunque había zarpado sólo con su consorte en la navegación del matrimonio, al presente iban con él un botecito y una falúa. Cierta noche de invierno, en que había caído una gran nevada, mandó llamar a mi padre, que acudió presuroso a su casa y halló al viejo sentado en la cama, con la botella de coñac a su alcance, la petaca al lado y una gran Biblia sobre las rodillas. Respiraba angustiosamente y estaba en extremo grave.

—Ha cedido una tabla de mi barco y tengo nueve pies de agua en la bodega —dijo—. Me falta tiempo para achicar y estoy a punto de irme a pique. Si he de decir la verdad, amigo, hace varios días que no me sentía en buenas condiciones marineras; y ya es tiempo de que me retire al puerto de la eternidad.

Mi padre movió la cabeza tristemente al observar la demacración de su rostro y la fatiga de su respiración.

—¿Y vuestra alma? —preguntó mi padre—. Bien —respondió Solomon —; ése es un cargamento que llevamos bajo las escotillas, aunque no podemos verlo ni estibarlo. He estado repasando ahora las órdenes de embarque y los diez artículos de guerra y hallo que no me he separado del rumbo, de tal modo que no tenga esperanzas de volver a entrar en el canal.

—No confiéis en vos mismo, sino en Cristo —dijo mi padre.

—Él es el piloto para este viaje —replicó el viejo marino—. Pero siempre que tuve un piloto a bordo de mi barco, no dejé de seguir con cuidado la marcha del temporal; y así lo hago ahora. El que gobierna la nave no pierde nada con ello. Por eso quiero echar mi sonda, aunque dicen que no hay fondo en el océano de la misericordia divina. Decid, amigo, ¿pensáis que este cuerpo mío, este mismo casco derrumbado, volverá a resucitar?

—Así nos lo han enseñado —respondió mi padre.

—Quisiera quitarme las marcas del tatuaje —dijo Solomon—. Me hicieron esos dibujos, estando con *sir* Christopher en las Indias Occidentales y sentiría zarpar con ellos. Por mi parte, ¿sabéis?, nunca he tenido a nadie mala voluntad, ni siquiera a los holandeses, y eso que peleé en tres campañas contra ellos y me llevaron a uno de los mástiles, los malnacidos. Si di la muerte a algunos de ellos, fue en honrada pelea y en cumplimiento del deber.

Verdad es que he bebido cerveza y licor bastante para quitar el mal gusto al agua de pantoque, pero pocas veces me habrán visto embriagado y poco seguro en el aparejo, o rebelde al timón. Tanto mi paga como el dinero que me correspondió de las presas, lo he repartido con mi prójimo cuando estuvo en situación apurada. En cuanto a las elecciones, lo mejor es no tratar del asunto. Me he portado como fiel consorte con mi Phoebe, desde que se conformó con atender a mis señales. Estos son mis papeles, todos claros y en su punto. Si el Gran Almirante me llama esta noche al castillo de popa, no tengo miedo de que me mande poner en el cepo; porque, aunque soy solamente un pobre marinero, he cumplido lo que manda en este libro y recibido sus promesas de premiar mis trabajos estando seguro de que no ha de faltar a su palabra.

Mi padre permaneció algunas horas sentado junto al moribundo e hizo todo lo que pudo para confortarle y asistirle en el último trance, porque manifiestamente el viejo marino se acercaba rápidamente a su fin. Cuando el autor de mis días se separó de él, dejándolo acompañado de su fiel esposa, el moribundo le alargó la curtida mano por debajo de las ropas del lecho.

—Nos volveremos a ver otra vez muy pronto —dijo mi padre.

—Sí. En la latitud de los cielos —replicó el marinero agonizante.

Ese presentimiento se cumplió, porque en las primeras horas de la mañana, su esposa, al inclinarse sobre él, vio que una alegre sonrisa iluminaba su moreno y curtido semblante. Se incorporó en la almohada y se llevó la mano a la melena, conforme a la costumbre de saludar propia de los marinos, y cayó luego dulce y pacíficamente en el último y perdurable sueño.

Sin duda me preguntaréis qué fue de Hector y del extraño cargamento que había zarpado del puerto de Poole. No se volvió a saber nada de ellos, a no ser cierta historia divulgada algunos meses después por el capitán Elias Hopkins del *Caroline* de Bristol; historia que tal vez se relacione con la suerte de los deportados. Refiere el mencionado capitán que, regresando a Inglaterra desde las posesiones de América, le ocurrió tropezar con una espesa niebla y un viento de proa en la proximidad de los grandes bancos de bacalao.

Una noche, mientras barloventeaba en una cerrazón tan espesa, que apenas podía ver la punta de sus mástiles, le ocurrió una cosa bien extraña y fue que mientras él y otros estaban en cubierta, oyeron asombrados el canto de muchas voces fundidas en un gran coro, que en un principio sonaba débilmente y a gran distancia, pero que poco después creció y se aumentó como si los cantores estuvieran a un tiro de piedra del navío, debilitándose luego más y más hasta perderse en la lejanía. Entre la tripulación hubo

algunos que lo creyeron cosa del demonio; pero, según observó el capitán Elias Hopkins, no se comprendía que el espíritu del mal eligiera los himnos religiosos del oeste de Inglaterra para sus entretenimientos nocturnos, y menos aún se explicaba que los moradores del infierno cantaran con el acento peculiar de Somersetshire.

En cuanto a mí, apenas me cabe duda alguna de que en realidad la causa del hecho fue el *Dorothy Fox*, que pasó envuelto en la niebla; y también creo muy natural que los prisioneros, después de recobrar su libertad, se entregaran a piadosas demostraciones, conforme al verdadero estilo puritano. Si fueron arrastrados a las escarpadas costas del Labrador, o si hallaron refugio en algún territorio desierto, donde no pudiera alcanzarles la crueldad del rey, es cosa que no se sabrá jamás.

Zachariah Palmer vivió muchos años, respetado y honrado de todos hasta que le llegó la hora de unirse con sus antepasados. Fue un sencillo y amable filósofo de aldea con un corazón de niño a pesar de lo avanzado de su edad. Su recuerdo tiene para mí algo del aroma de las violetas; porque si mis ideas sobre la vida y mis esperanzas en lo futuro difieren algún tanto de las tétricas y duras enseñanzas de mi padre, sé que lo debo a las prudentes doctrinas y dulces exhortaciones del carpintero. Si, como él acostumbraba a decir, en el mundo los hechos lo son todo y el dogma nada, el intachable comportamiento que Zachariah observó debe serviros de modelo a vosotros y a todos. ¡Séale la tierra leve!

Una palabra ahora acerca de otro amigo, que no por mencionarse en último lugar fue el menos apreciado. Diez años llevaba ya en el trono William de Holanda, y todavía podía verse en la pradera de la casa de mi padre un caballo alto y de fuerte osamenta, cuya piel gris estaba salpicada de manchas blancas. Y la gente de la aldea pudo observar constantemente que, si pasaba tropa por Portsmouth, o sonaba el clamor de las trompetas o el redoble de los tambores, ese caballo se encabritaba, levantaba la cola y emprendía un presuntuoso y petulante galope.

Los aldeanos se detenían a observar con curiosidad los grotescos alardes del viejo caballo; y entonces solía ocurrir que alguno de ellos contara a los demás cómo en otro tiempo había cabalgado en él uno de los mozos de la aldea, y de qué manera un sargento de las tropas del rey había devuelto el bridón, como un recuerdo del jinete, a su padre y antiguo dueño. De este modo, *Covenant* pasó los últimos días de su vida, siendo un veterano entre los de su clase, bien cuidado y alimentado y tal vez con grandes aficiones a

referir en su caballuno lenguaje a los incultos congéneres de Havant las maravillosas aventuras que le habían sucedido en el oeste.

APÉNDICE

Nota A. —El odio que los puritanos tenían a la instrucción

A pesar de que los *independientes* y anabaptistas contaron en sus filas hombres de letras tan eminentes como John Milton, el coronel Hutchinson y algunos más, manifestaron una profunda aversión al estudio, cosa que ha sido comentada por escritores de diversos matices políticos. El doctor South observa que en sus sermones se clamaba contra toda clase de estudios, de suerte que los mejores predicadores entre ellos eran los que no sabían leer, y los mejores teólogos los que eran incapaces de escribir sus nombres. En las predicaciones se jactaban de seguir la inspiración del Espíritu Santo, de tal suerte que algunos de ellos difícilmente sabían deletrear una carta. Ser ciego se consideraba como una condición especial para servir de guía en asuntos espirituales; y para ellos los términos «instruido» e «irreligioso» eran equivalentes. Sólo a los artesanos y operarios mecánicos les era dable tener la inspiración; y únicamente los que ejercían las profesiones manuales gozaban de la consideración de apóstoles por el estilo de san Pablo, exigiéndoseles que supieran hacer un púlpito antes de predicar en él.

En la colección de las baladas leales, reimpresa en 1731, el poeta realista insiste en poner de relieve estos racismos caracteres:

¡Abajo universidades
donde se enseña la ciencia,
porque emplean y defienden
el lenguaje de la bestia!

Proscribamos los doctores,
y sus disputas y escuelas.
abajo todo y entonces…
¡Bravo! ¡La victoria es nuestra!

Nota B. —Sobre la velocidad de los correos

Resulta difícil comprender hoy en día lo mucho que tardaba un despacho en llegar a su destino en el siglo XVII, aun en los casos más urgentes. Monmouth desembarcó en Lyme en la mañana de un jueves 11 de junio. El alcalde *tory* de Lyme, Gregory Alford, salió inmediatamente para Honiton, donde despachó un mensajero al Consejo Privado. A pesar de eso, hasta las cinco de la mañana del sábado, 13, no llegó la noticia a Londres, teniendo que recorrer sólo 156 millas.

Nota C. —Sobre los derechos del que presta un caballo

La dificultad indicada por Decimus Saxon acerca del derecho que tiene el que presta un caballo en el botín ganado por el jinete, se encuentra discutida frecuentemente por los escritores coetáneos, que tratan de los usos de la guerra. Una ilustre autoridad dice: «*Praefectus turmae equitum Hispanorum, cum proelio tuba caneret, unum ex equitibus suae turmae obvium habuit; qui questus est quod paucis ante diebus equum suum in certamine amiserat, propter quod non poterat inminenti proelio interesse unde jussit Praefectus ut unum ex suis equis conscenderet et ipsum comitaretur. Miles, equo conscenso, inter fugandum hostes, incidit in ipsum ducem hostilis exercitus, quem cepit et consignavit Duci exercitus Hispani, qui a captivo vicena aureorum millia est consequtus. Dicebat Pracfectus partem pretii hujus redemptionis sibi debere, quod miles equo suo dimicaverat, qui alias proelio interesse non potuit. Petrinus Bellus affirmat se, cum esset Bruxellis in curia Hispaniarum Regis de haec quaestione consultum et censuisse, pro Praefecto facere aequitatem quae praecipue respicitur inter milites, quorum controversiae ex aequo et bono dirimendre sunt; unde ultra conventa quis obligatur ad id quod alteri praestare oportet*». El caso, según parece, se resolvió en definitiva contra el capitán que había prestado el caballo.

Nota D. —Sobre la pronunciación de los galancetes de la corte

La sustitución de la *a* por la *o* era una afectación común en el lenguaje de los elegantes de aquel período, como puede verse en el *Relapse* de Vanbrugh. El famoso Titus Oates, en su exagerado empeño de seguir los preceptos de la moda, se excedió en esta extravagancia; y sus gritos de «¡Oh, *lard*!; ¡Oh,

lard!» eran exclamaciones familiares en Westminster, cuando el doctor por la Universidad de Salamanca estaba en el apogeo de su nombradía.

Nota E. —Relojes de arena en los púlpitos

En aquel tiempo se daba la costumbre de poner un reloj de arena en una armazón de hierro al lado del púlpito, de modo que toda la concurrencia pudiera ver cuando caía la arena. Se le invertía en el momento en que el predicador anunciaba el texto, y seguramente se aplicaba el dictado de holgazán al que no proseguía el sermón hasta que la arena hubiera cesado de caer. Cuando el orador pasaba de ese límite, el auditorio daba a entender por medio de carraspeos y bostezos que había recibido ya más alimento espiritual del que podía digerir. *Sir* Roger L'Estrange (*Fables*, Parte II., Fab. 262) nos habla de un célebre hilvanador de textos, que, habiendo agotado su clepsidra, y estando a la mitad de otra, fue detenido en su carrera por un valiente sacristán, que se puso en pie y salió del templo diciendo al predicador: «cuando hayáis terminado, señor, haced el favor de cerrar y dejar la llave debajo de la puerta».

Nota F. —Los extraños desórdenes y ruidos de la vieja casa Gast en la pequeña ciudad de Burton

Las circunstancias a las que el alcalde hizo referencia al aludir al *Tamborilero de Tedsworth* eran probablemente bien conocidas y no necesitaban exponerse con detalle. El embrujamiento de la vieja casa de los espantos o duendes en Burton debía ser un suceso reciente en aquella época para la gente de Somersetshire; porque los hechos ocurrieron en 1677. Tal vez ofrezcan algún interés los breves relatos que hallamos en documentos coetáneos.

«La primera noche que estuve allí con Hugh Mellmore y Edward Smith, éstos oyeron un ruido como si estuvieran lavando con agua encima de ellos. Entonces, tomaron una candela y subieron a las habitaciones superiores, donde se les arrojó un trapo mojado que cayó en las escaleras. Como siguieron avanzando les cayó, como anteriormente, otro paño mojado; y cuando entraron en la habitación vieron una vasija con agua blanquecina como si hubieran puesto en ella jabón. Precisamente, esa misma vasija había estado antes en la cocina y no podía haber sido transportada a los cuartos superiores, sino pasando por la pieza, donde ellos estaban. Inmediatamente se oyó un ruido terrible, semejante al estruendo de un trueno, y poco después

fuertes arañazos en un catre, seguidos de terribles martillazos contra la cabecera de la cama, de suerte que las dos niñas que estaban en ella comenzaron a gritar pidiendo auxilio. Entonces subieron corriendo las escaleras, y hallaron el martillo en la cama y, en la cabecera del catre, cerca de un millar de señales del martillo. Las niñas dijeron que una mano con uñas muy largas las había arañado y pellizcado.

»La segunda noche que estuvieron allí James Sherring y Thomas Hillary, el primero se sentó en la chimenea a llenar de tabaco su pipa. Se valió de las tenazas para tomar una brasa con que encender la pipa. Después, esas mismas tenazas fueron llevadas al cuarto de arriba y arrojadas en la cama. Aquella misma noche, una de las muchachas dejó sus zapatos junto al hogar y fueron transportados al dormitorio, mientras los del viejo desaparecieron del lugar que ocupaban en éste y pasaron a ocupar en la cocina el sitio de los de la chica. Al subir por la escalera, les cayeron encima muchos objetos, que momentos antes estaban en la sala de abajo; y cuando bajaron descendieron sobre ellos los calzones del viejo.

»Otra de las noches, entró en la casa un arzón desprendiéndose de una percha que había a la entrada, y anduvo saltando por el interior, de mesa en mesa. Todo esto les molestó bastante hasta que lo rompieron en pequeños trozos y lo arrojaron al camino. De esta suerte continuaron por algunas semanas los extraños sucesos acompañados de golpes, rasguños, traslados de objetos pesados y otras cosas raras que pudieron atestiguar todos los que estaban en la aldea, hasta que al fin cesaron tan repentinamente como habían comenzado».

Nota G.— Avance de Monmouth en el oeste

Durante la marcha triunfal de Monmouth por los condados de occidente, algunos años antes de la rebelión, el duque se aventuró a lucir en su escudo los leones de Inglaterra y las flores de lis de Francia sin el siniestro bastón. Una demostración de peor agüero fue la de haberse propasado a ser instrumento de la curación de las escrófulas por el contacto. Insertarnos a continuación una carta, sacada de la colección de opúsculos que se conserva en el Museo Británico y que quizá tenga interés, como testimonio directo de la eficacia casual de ese curioso procedimiento.

RELATO DE UNA CURACIÓN EXTRAORDINARIA DE LA ESCRÓFULA EN EL QUE APARECE HONRADO EL DUQUE DE MONMOUTH EN SU AVANCE POR EL OESTE DE INGLATERRA

Esta relación se contiene en una carta procedente de Crewkhorn, en Somersetshire, escrita por el ministro de la parroquia y en la que deponen otros muchos testigos.

Los abajo firmantes, certificamos la curación milagrosa de una muchacha de esta ciudad, de cerca de veinte años, llamada Elizabeth Parcet, hija de una pobre viuda, que había enflaquecido con la dolencia de las escrófulas, que pudiera llamarse la peor de todas. A la edad de diez o doce años, tenía en la mano derecha cuatro llagas abiertas, una en la palma y tres en el reverso con otras dos más en el mismo brazo, una en el puño y otra cerca de la articulación del codo. Además, tenía debajo de las axilas un gran tumor, que, según los médicos, era la causa de las seis llagas en supuración. El mismo humor le había afectado el ojo izquierdo, de modo que casi estaba ciega. Su madre estaba temiendo que perdiera la vista y falta de medios para enviarla a Londres, a fin de que fuera tocada por el rey, no permitiéndoselo su extremada pobreza unida a la circunstancia de tener muchos hijos y de que esta muchacha era inútil para el trabajo, deseando obtener la curación de la enferma pidió ayuda a los médicos, los cuales trataron a la enferma durante algún tiempo sin conseguir aliviarla. Viajó también diez u once millas en busca de su séptimo hijo, pero todo fue en vano. No quedaba esperanza alguna, y la doliente se resignó a morir.

Pero, hallándose en situación tan desesperada, Dios, que es el gran médico, le inspiró, cuando más extenuada se sentía, lo que había de hacer para sanar, y era ir a ver al duque de Monmouth y procurar su contacto. La muchacha dijo a su madre que sólo con que pudiera tocar al duque quedaría bien. Reprendió la buena mujer tan necio proyecto, pero la enferma insistió en persuadir a su madre en que había de ir a Lackington, a ver al duque, que a la sazón estaba con el señor Speaks. «Ciertamente —decía—, sanaría, si pudiera tocarlo». La madre despreciaba tales instancias, pero, cuanto más la reprendía, tanto mayor empeño tenía la muchacha en poner en obra su pensamiento. Pocos días después, habiendo sabido la enferma que *sir* John Sydenham intentaba tener una entrevista con el duque en White Lodge en el parque Henton, fue a aquel lugar con muchos de sus vecinos, y aguardó la venida del duque. Cuando lo vio se abrió paso por la multitud y le asió la mano enguantada, teniendo ella cubiertas las heridas con otro guante. No satisfecha con esta primera tentativa de haber tocado su guante solamente, se resolvió a acercarse nuevamente a él para tocarle la piel desnuda. La pobre muchacha, luchando entre temores y esperanzas, aguardó el paso del duque. De pronto llegaron noticias de que se acercaba; y entonces la escrofulosa

desgarró su guante para estar preparada y lo hizo con tal precipitación que se le abrieron las heridas y hasta se desgarró la piel. El guante del duque, por disposición de la Providencia tenía recogida la parte superior, dejando al descubierto la muñeca. Avanzó la muchacha y lo asió de la muñeca con la mano llagada diciendo: «¡Dios bendiga a vuestra alteza!» y el duque respondió «¡Dios os bendiga!». Llena de alegría por el buen éxito de su diligencia, volvió hacia donde estaban sus amigos y les aseguró que al momento estaría bien. Llegó a casa de su madre con gran alegría y refirió cómo había tocado la mano del duque. Al oír la madre su relación, la reprendió ásperamente su atrevimiento, diciéndole que cómo se había atrevido a hacer tal cosa y amenazándole con golpearla. Ella exclamó: «¡Oh madre, volveré a estar buena y a curarme de mis heridas!». Y, disponiéndolo así el Todopoderoso, con gran asombro de cuantos lo presenciaron, las seis heridas se secaron rápidamente, el ojo quedó perfectamente bien y la muchacha gozó de buena salud. Todo lo cual nos ha sido manifestado por la madre y la hija, así como también por los vecinos que la conocen.

Henry Clark, ministro; capitán James Bale… El que dude de la verdad de esta relación puede ver el original que está en poder de las personas mencionadas en el Café de Ámsterdam calle de Bartolomé, Lonja Real.

A pesar de la incultura que se advierte en el estilo de la narración hay en ella cierto dejo de sentimiento humanitario que la hace digna de ser reproducida.

Nota H.— Razones invocadas por Monmouth a favor de su legitimidad

Sir Patrick Hume, refiriendo una conversación sostenida con Monmouth antes de su expedición, dice: «Le pregunté con instancias si se consideraba hijo legítimo del rey Charles, fallecido últimamente. Me respondió que sí. Le interrogué de nuevo si podía demostrar y probar el matrimonio de su madre con el rey Charles, y si intentaba presentar sus reclamaciones a la corona. Respondió que últimamente había podido probar el hecho del matrimonio, y que, si no habían fallecido recientemente algunas personas de quienes quería informarse, podría demostrarlo todavía. En cuanto a sus pretensiones a la corona, no pensaba dar paso alguno en el asunto hasta que se lo aconsejaran los que estaban interesados en unirse para obtener la libertad de las naciones».

Conviene advertir que, en el nombramiento de Monmouth para general, fechado en abril de 1668, se le designa con las palabras «nuestro hijo

amadísimo y natural». Fuera de eso, en el nombramiento extendido a su favor, confiriéndole el gobierno de Hull en abril de 1673, se le llama «nuestro muy amado hijo natural».

Nota I.— Los dragones y las tropas de caballería

Los dragones, que en realidad eran un cuerpo de infantería montada, tenían caballos muy inferiores a los usados por la caballería real. De una carta de Cromwell («Squire Correspondence», 3 de abril de 1643) se deduce que el caballo de un dragón valía veinte piezas, mientras uno de la Guardia Real no podía comprarse por menos de sesenta.

Nota J.— Batalla de Sedgemoor

Las dos cartas siguientes, presentadas al Instituto Real de Arqueología por el reverendo C. W. Bingham, arrojan curiosa luz sobre algunos pormenores de la batalla de Sedgemoor, aunque los informes provengan de una parte interesada.

Para la señora Chaffin, Chettle House.

Lunes, cerca de mediodía, 6 de julio de 1685.

Queridísima:

Esta mañana, a eso de la una, los rebeldes cayeron sobre nosotros mientras estábamos en nuestras tiendas del rey en Sedgemoor, con todo el ejército. Hemos dado muerte y hecho prisionero lo menos a un millar de ellos. Han tenido que huir a Bridgwater. Se dice que les hemos tomado todos los cañones, pero es seguro que la mayor parte están en nuestro poder. Se ha encontrado una casaca con estrellas con largos faldones. Algunos han creído que pertenecía al duque rebelde, el cual, según ellos, había muerto; pero la mayoría cree que es de alguno de los de su servidumbre. Desearía que hubiera quedado entre las víctimas para que acabe la guerra. La opinión general sostiene que no podrá inducir a su gente a que pelee de nuevo. Doy gracias a Dios por haber salido bien y sin la menor herida, lo mismo que nuestros amigos de Dorsetshire. Te ruego que comuniques el contenido de esta carta a Biddy.

Tu amantísimo,

Tossey.

Bridgwater, 7 de julio de 1685.

Hemos puesto enteramente en fuga a los enemigos de Dios y del rey y seguramente no quedan cincuenta hombres reunidos en todo el ejército

rebelde. A todas horas estamos haciendo prisioneros en los campos de trigo y en las zanjas. Ha caído prisionero Williams, último ayuda de cámara del duque, y nos ha hecho una relación ingeniosa de todo lo sucedido, muy larga de escribir. La última palabra que su señor le dijo al huir su ejército fue que estaba perdido y necesitaba componérselas como pudiera. Creemos que se encaminará hoy con el general a Wells en su huida. Al presente está a dos millas del campamento y no puedo decir con certeza adónde intentará ir. Estaré en casa con toda seguridad el sábado lo más tardar. Me parece que mi amada Nan habría querido quinientas libras porque su Tossey hubiera servido al rey hasta el fin de la guerra.

Tuyo eternamente, mi querida niña.

Nota K. —Lord Grey y la caballería en Sedgemoor

Es justo hacer constar que Ferguson ha gozado entre muchos la fama de soldado animoso y entendido, no menos que de hombre celoso en materia de religión. El relato que hace de la batalla de Sedgemoor es interesante, porque demuestra la manera de ver de los que de hecho tuvieron responsabilidad en las causas de aquel fracaso.

«Ahora bien, además de estas dos divisiones, cuyos oficiales, a pesar de no ser muy competentes, tenían valor sobrado para haber hecho algo honroso, si el descuido de un guía no les hubiera hecho tropezar con el obstáculo citado, no hubo parte alguna de las restantes tropas nuestras que avanzara, cargara o se aproximara al enemigo de modo que pudiera dar o recibir alguna herida. El señor Hacker, uno de nuestros capitanes, no avistó bien el campamento enemigo, cuando disparó traidoramente una pistola para advertirles de nuestra aproximación e, inmediatamente, desertó con su caballo huyendo a todo galope a acogerse al favor de una proclama publicada por el rey en la que ofrecía perdón a todos los que regresaran a casa dentro de ese plazo. Hacker alegó su comportamiento al comparecer ante el tribunal; pero Jeffreys le respondió que él lo consideraba merecedor de la horca más que a todos los demás por haber hecho traición a Monmouth lo mismo que al rey. Y aunque ningún otro de nuestros oficiales cometió una villanía parecida, no sirvieron de nada, por no haber intentado nunca cargar sobre el enemigo ni mantener siquiera a sus soldados formando un solo cuerpo. Y me atrevo a afirmar que, si nuestra caballería no hubiera disparado un solo tiro, limitándose a permanecer en una actitud capaz de inspirar recelo y aprensión al enemigo, la infantería sola hubiera ganado la jornada saliendo triunfante. Pero, como nuestra caballería anduvo

dispersa y desunida y huyó siempre que se aproximaba un escuadrón de los soldados a las órdenes de Oglethorpe, dio una gran ventaja a esta división de la caballería enemiga, para que después de haber dejado a la nuestra en la imposibilidad de atacar por andar dispersa a causa del miedo, cayera al fin sobre la retaguardia de nuestros batallones y nos arrebatara de las manos la victoria que habíamos comenzado a obtener y casi a ganar enteramente. Y es de advertir que esa parte de su caballería no pasaba de trescientos jinetes, mientras que nosotros teníamos más de los necesarios si hubieran dado pruebas de valor y estado a las órdenes de un jefe bizarro para haberlos atacado fácilmente por el frente y flanco. Puedo afirmarlo así con gran certeza, porque presencié los acontecimientos con bastante pena de mi corazón; pues habiendo, contra mi costumbre, dejado de acompañar al duque que avanzaba con la infantería, me incorporé a la caballería, de la que se esperaba la primera acción de aquella mañana, consistente en romper y desordenar el campamento enemigo. Al tiempo que nuestros batallones debían ejecutar la operación, hice cuanto me fue posible, no sólo castigando a diversos soldados que habían abandonado su puesto, sino reprendiendo a diversos capitanes que faltaban al cumplimiento de su deber. Además, hablé con gran acaloramiento a milord Grey y le conjuré a que cargara y no consintiera que nos arrebataran la victoria, obtenida en cierto modo por nuestra infantería. Pero, en lugar de darme oídos, no solamente desertó de aquella parte del campo y abandonó el mando, como hombre indigno, haragán y cobarde, sino que a todo galope buscó al duque para decirle que la batalla estaba perdida y que había llegado el tiempo de mirar por sí. Con lo cual, como complemento a todo el daño anterior del que había sido ocasión, indujo al mudable e infortunado caballero a dejar los batallones, mientras seguían disputando con gran valor una victoria indecisa. Y esto sucedió para mayor desgracia, cuando cierta persona trataba de hallar al duque a fin de rogarle que acudiera y cargara a la cabeza de sus tropas. Sin embargo, me atrevo a afirmar que, si el duque hubiera sido dueño de doscientos jinetes, bien montados, con buen armamento, de valor personal y dirigidos por oficiales expertos, con ellos hubiera obtenido la victoria Así lo han reconocido nuestros enemigos, que han confesado muchas veces que estaban dispuestos a huir a causa de la impresión que les había causado nuestra infantería y que hubieran sido derrotados, si nuestra caballería hubiera cumplido con su deber, en lugar de dejar que oportunamente la caballería enemiga torciera el curso de la lucha cargando sobre la retaguardia de nuestros batallones. Y la falta no estuvo en los

soldados lord Grey, a quien podemos acusar de haber traicionado nuestra causa, si es que la cobardía merece el nombre de traición».

Trozo de un manuscrito del doctor Ferguson citado en *Ferguson the Plotter*, obra interesante publicada por un inmediato descendiente suyo, abogado de Edimburgo.

Nota L.— Comportamiento de Monmouth después de haber caído prisionero

La siguiente carta, escrita por Monmouth a la reina desde la Torre, refleja el abyecto estado de su alma.

Señora,

No tendría el atrevimiento de escribir a vuestra majestad hasta haber demostrado al rey lo mucho que debo detestar lo que he hecho y el ardiente deseo que me anima a vivir para servirlo. Espero, señora, que lo que he dicho hoy al rey probará cuán sincero soy y cuánto abomino de todos los que me han inducido a la rebelión. Habiéndolo hecho así, señora, creí hallarme en condiciones de solicitar vuestra intercesión, que seguramente no rehusáis jamás a los desgraciados, estando seguro, señora, de que soy objeto de vuestra compasión por haber sido engañado y metido con adulaciones en este horrible negocio. Si deseara, señora, vivir por amor a la vida, nunca os causaría esta molestia, pero si deseo la vida es para demostrar al rey lo que soy capaz de hacer y lo que haré excediendo a lo que puedo expresar. Por tanto, señora, después de una declaración como ésta me atrevo a instaros y suplicaros que intercedáis por mí, porque estoy seguro, señora, de que el rey os oirá benignamente. Vuestros ruegos no pueden ser rehusados, especialmente cuando piden una vida que se ha de dedicar sólo al servicio del rey. Espero, señora, que, por la generosidad y bondad del rey y vuestra intercesión, se me perdone la vida, que, en el caso de concedérseme, emplearé siempre en demostrar a vuestra majestad la más profunda e inconcebible gratitud y en servir al rey como verdadero súbdito. Obedientísimo y rendido servidor de vuestra majestad para siempre,

Monmouth

NOTAS

[1] Nota A, Apéndice.— *El odio que los puritanos tenían a la instrucción*.

[2] Covenant: El Pacto.

[3] Si es lícito en la guerra valerse de engaños; y si puede usarse un lenguaje falso con los enemigos.

[4] Nota B, Apéndice.— *Sobre la velocidad de los correos*.

[5] Subsección nona: en el caso de una guerra pública, puede rehusar un duelo el que ha sido provocado al mismo, por causa de una amistad particular.

[6] Rico botín.

[7] Nota C, Apéndice.— *Sobre los derechos del que presta un caballo*.

[8] Nota D, Apéndice.— *Sobre la pronunciación de los galancetes de la corte*.

[9] Nota E, Apéndice.— *Relojes de arena en los púlpitos*.

[10] Nota F, Apéndice.— *Los extraños desórdenes y ruidos de la vieja casa Gast en la pequeña ciudad de Burton*.

[11] ¡Dejadlos atrás!

[12] Nota G. Apéndice.— *Avance de Monmouth en el oeste*.

[13] ¡Dios mío!

[14] ¿Por qué no?

[15] ¡Admirable!

[16] En el dialecto usado por este personaje predominan los sonidos de la *i* y *u* en una forma análoga a la indicada en el texto castellano.

[17] Nota H, Apéndice.— *Razones en que Monmouth apoyaba su legitimidad*.

[18] ¡Alabado sea Dios!

[19] Nota I, Apéndice.— *Los dragones y las tropas de caballería*.

[20] ¡Voto a mil demonios!

[21] La volubilidad y el miedo me inspiran desprecio.

[22] John de Gante, duque de Lancaster, que casó, después de la expedición del Príncipe Negro, con Constanza, hija de Pedro Ide Castilla y tomó el título de rey de Castilla, hasta que en 1387 renunció sus derechos a favor de su hija, Catalina.

[23] El varón de alma intrépida y entera / no se conmueve ante el furor insano / de inicuos poderosos, ni le altera / el rostro amenazante del tirano.

[24] Mote con que se designaba a una secta del tiempo de la República.

[25] Perfectamente bien.

[26] *Finsterniss*; en alemán, oscuridad, tinieblas.

[27] Palabra alemana, que significa bobería, necedad.

[28] Henry VII, hijo de Edmund Tudor y Margaret Beaufort, obtuvo el trono de Inglaterra, después de derrotar y dar muerte a Richard III en la batalla de Bosworth.

[29] Prelado anglicano, autor de varios himnos (1637-1711).

[30] Lugar de Escocia, inmediato a Bothwell, donde en 22 de junio de 1679 el duque de Monmouth derrotó a los partidarios del Pacto (*covenanters*).

[31] ¡El Follón!

[32] El incidente es históricamente verdadero, y puede servir para demostrar qué clase de hombres eran los que habían aprendido a guerrear a las órdenes de Cromwell.

[33] Nota J, Apéndice.— *Batalla de Sedgemoor*.

[34] *Jack-in-the-box*: juguete infantil que consiste en una caja musical. En su interior se encuentra un payaso o bufón que es expulsado de la caja al finalizar la melodía.

[35] Nota K, Apéndice.— *Relato de Ferguson*.

[36] Nota L, Apéndice.— *Comportamiento de Monmouth*.

[37] De Ruyter o Ruijter, vicealmirante holandés, que guerreó contra los ingleses en aquel período (1630-76).

[38] El retrato de Jeffreys, que se conserva en la National Gallery de retratos confirma ampliamente las observaciones de Micah Clarke. Su figura es la más hermosa de toda la colección.